

JUAN MONTALVO

LAS CATILINARIAS

El Cosmopolita-El Regenerador



PROLOGO

LOS ESTADOS UNIDOS: EL PRETORIANISMO

DESPUÉS DE Ayacucho, los lugartenientes de Bolívar reclamaron la *soldada* por su participación en la Guerra Magna, en forma de estados desunidos, de “ínsulas baratarias” que gobernar, a su guisa, cada uno de ellos. La potencia congregadora del genio se debilitó con su enfermedad y su muerte.

Lo que debió ser uno, cada vez más grande, más unificado, más totalizado, —la Gran Colombia— se dividió en varias parcialidades menores. Sin delimitaciones geográficas precisas que habían de convertirse en los límites nacionales del futuro. Cuya panacea, cuyo remedio universal se pensó sería el famoso *uti possidetis juris*, que contribuyó —y contribuye aún— a embrollarlo todo. Y los pueblos tenían más motivos de discrepancia y controversia, en la medida en que más vecinos eran.

Páez, el llanero Páez —no olvidar la “cosiata”—, retuvo para sí a Venezuela. Era “el centauro de los llanos”, el soldado invencible. Gran figura de toda la historia latinoamericana. Pero él inauguró el pretorianismo venezolano, uno de los más fuertes y pertinaces de la historia continental.

Santander, “el hombre de las leyes”, —no olvidar la noche septembrina— era de Nueva Granada. El la retuvo, él es el fundador. Colombia, fundada por Santander, tiene en su historia la “Guerra de los mil días” y los “Dos mil días de violencia”, inaugurados el 9 de julio de 1948, con el disparo que asesinó a Gaitán. . .

De norte a sur: en el viejo Reino de Quito de los Shyris, departamento del sur de la Gran Colombia, un venezolano, Juan José Flores, con el prólogo trágico del asesinato de Sucre en las breñas de Berruecos, inauguró la República del Ecuador actual.

El favorecido con el imperio de los incas, el Tahuantinsuyo de Huayna-Cápac y Atahualpa, fue ecuatoriano, nacido en Cuenca: el mariscal José de la Mar, héroe de Junín y Ayacucho.

Casi siempre con un soldado o varios soldados en la iniciación. Con el gusano del pretorianismo en la entraña recién nacida, joven, se inició la construcción lenta y penosa, de cerca de veinte estados, en un vasto territorio que, como las colonias inglesas del norte o las portuguesas del centro de América del Sur, debió aspirar a la unidad por lo menos federativa. Ya que todo invitaba a esa unidad: Las formaciones étnicas —varias internamente, de acuerdo con la medida dada por el mestizaje—; la unidad idiomática, que se mantiene, a pesar de las pintorescas variantes regionalistas; la unidad —tibia, si se quiere— de creencias religiosas, fieles todas al catolicismo romano; la unidad del esfuerzo por la emancipación, que tuvo y mantuvo su coincidencia histórica, desde el Río Bravo hasta la tierra del Fuego.

Así, cada estado nacional, crea su propio drama. Casi siempre con sangre y con un señalado proceso de disgregación. Y lo que es más lamentable —¿para qué ocultarlo?— con marcados signos de distanciamiento, de enemistad entre pueblos vecinos, que han traído consigo numerosos, frecuentes, casi permanentes enfrentamientos armados entre países de común historia y de común futuro, y una permanente situación de desconfianza, que cava cada vez más hondo las zanjas fronterizas y hace cada vez más difícil la convivencia fraternal entre estos pueblos que, mientras más divididos, son más fáciles presas del imperialismo.

Fruto inevitable de la dispersión, del debilitamiento y de su expresión, —inevitable también— el dominio pretoriano, castrense, es la dictadura. Dictadura pocas veces de apariencia civil; las más veces desembozadamente militar. Basado en el dogma de que, en nuestros pueblos, lo único disciplinado, organizado, es la “clase” militar.

¿Qué rol le corresponde en este caso a la cultura, a la inteligencia? O rendirse u oponerse. Pocas veces se ha rendido. La oposición de la inteligencia se ha expresado en el panfleto político, en forma, calidad y volumen de ensayo: Sarmiento, Montalvo, Alamán, Bulnes; los hombres de la Reforma: Altamirano, Zarco, Lerdo de Tejada, Prieto; los que enfrentaron las dictaduras venezolanas; los que combatieron y fueron exilados en el sur: Alberdi, Larrazola.

Usó la inteligencia, en escala menor por la escasez de medios, pero a veces con eficacia tremenda, el periodismo. Ya el tipo de hoja clandestina o semiclandestina —hoja volante— ya el de panfleto mayor, impreso con mil dificultades o, como en ciertos casos, manuscrito y repartido de la mano a la mano. También la poesía satírica, la copla, algunas veces cantada por el pueblo.

En menor escala, utilizó la narrativa: novela, leyenda, cuento. *Amalia* de José Mármol —poeta, panfletario, periodista a la vez— es el paradigma de la novela contra una dictadura: la de Juan Manuel de Rosas, en la Argentina. Es tal la virulencia, el odio, el furor de lucha, que la trama relatística se ve la mayor parte del tiempo ahogada por la violencia insultativa y la denuncia tremenda contra la dictadura y sus implicaciones.

Cuando las luchas emancipadoras de Cuba y Puerto Rico abren dentro de la historia latinoamericana el período, que aún continúa y que, desde hace mucho tiempo, hemos llamado de la "Segunda Independencia", también la lucha de la inteligencia contra la dictadura se reinicia con características más agudas. Y las dictaduras, como era de esperarse, se defienden más. Les ha surgido un poderoso aliado, con características más definitivas, más violentas, más rapaces: el imperialismo norteamericano.

La figura inicial —no necesitamos acaso insistir en ello— es la de José Martí, el héroe claro y luminoso de la América en trance de despertar y comprender. El siglo xx se abrió con el triunfo y la tragedia del gran combatiente de la inteligencia y el fusil, expresión suma del presente y del futuro de nuestra América.

Es, a lo largo y lo ancho de América Latina, la hora del ensayo panfleatario. Se empezaba a masticar, a deglutir, en las entrañas populares, la verdad inscrita en el dístico famoso inscrito en los muros de Quito al día siguiente de saberse el triunfo de Ayacucho:

*Ultimo día del despotismo
y primero de lo mismo.*

Solamente que la dominación colonial, la dictadura peninsular, llegaba sin rabia, casi sin violencia. Solamente con rapacidad, con avidez, con ímpetu de lucro. Ya ni siquiera se hallaban en vigencia, o habían perdido acerbidad, las atrocidades iniciales. El mestizaje en marcha había emparentado mucho colonizadores con colonizados. Pero habían engendrado la desconfianza, el odio entre ellos. Es ante ese estado de cosas posterior a la emancipación, que Martínez Estrada afirma: "Había que independizarlos de la independencia".

Desde luego, el maestro rioplatense, cuya *Radiografía de la Pampa*, es, como los *Siete Ensayos* de José Carlos Mariátegui, una especie de Biblia de nuestros orígenes y una irrefutable interrogación con respuestas sobre nuestra verdad originaria, trabaja con elementos acaso menos complejos que los que ofrecen los países del Pacífico y del Norte —México, casi toda Centro América, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia— en los cuales la participación indígena en el mestizaje es notablemente superior. Es, sin embargo —en los países enumerados— tan intenso el deseo de blanquearse, que Angel Rosenblat al tratar el tema afirma: "*Alguien lo ha expresado con una fórmula, que resume además una actitud: en Estados Unidos es negro el que tiene una gota de sangre negra; en la América Latina es blanco el que tiene una gota de sangre blanca*".

Pero la verdad es que la influencia étnica, racial, en la conformación de las futuras clases sociales en América Latina, fue decisiva en las primeras épocas. No desaparece aún. Y la discriminación por esa causa, si no tan brutal y trágica como en los Estados Unidos con los negros, persiste aún y se extiende a casi todos los niveles de la convivencia, aun los educacionales.

Las artes, singularmente la literatura, la plástica y aun la música, están inmersas en el agudo —y la mayor parte de nuestros países, no resuelto— problema indígena. No propiamente indigenista.

Fue, pues, muy ardua la herencia de los héroes y sus guerras heroicas.

La primera determinación, tomada casi siempre a ciegas: imitar a los estados democratizados de Europa después de la revolución francesa, copiarles sus estatutos constitucionales, sus leyes fundamentales, sin previo examen de si nuestra situación —la situación de todos los nuevos estados en general y de cada uno en particular— ofrecía las condiciones más elementales para la adopción de instituciones probadas en siglos de guerras, de fracasos, de sangre.

Además de Europa, nos deslumbraron los Estados Unidos, la colonia inglesa que había tomado la delantera en su proceso de separación de su metrópoli. Delantera cronológica que coloca a la revolución estadounidense como antecesora de la propia revolución francesa. No olvidemos que Lafayette vino a ponerse a las órdenes de Washington y que, de regreso, intervino en los primeros pasos, tan moderados, de la revolución de su país.

Esas constituciones copiadas de países altamente civilizados, de centurias y trágicas historias —Inglaterra, Francia, acaso España misma— caían en manos de militares ignorantes, valentones, heroicos muchas veces. A los que sus contemporáneos —y luego lo que ha dado en llamarse *la historia* —llamaban “Padres de la Patria”. A la que trataban como buenos padres a sus hijos, a coscorriones y latigazos. . .

Al Ecuador le tocó como “padre” el general venezolano Juan José Flores, previa la trágica eliminación mediante el brutal asesinato en Berruecos —cuando le faltaban horas de a caballo para entrar al Ecuador, donde residía su esposa y donde el pueblo lo esperaba, porque lo amaba mucho— del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.

Nunca le perdonó el Ecuador —no le perdona aún— al general Juan José Flores, el haberle privado de tener como su primer presidente a Sucre, el libertador de su territorio en la batalla del Pichincha, el 24 de Mayo de 1822; y esta clara falta de aceptación y de afecto creó la primera causa de guerra civil entre los ecuatorianos, que terminó en Miñarica con el triunfo militar de Flores. Y Sucre, el esperado, el que debió ser, se convirtió, a pesar de no haber nacido en su territorio, en el héroe máximo del Ecuador, país donde todo lo importante y valioso, lleva el nombre del héroe de Pichincha y Ayacucho. Se venera, se respeta a Bolívar, respecto del cual el Ecuador ostenta “el procerato de la lealtad”, pero se ama a Sucre y se detesta a Flores, “el padre de la Patria”. Es un caso bien claro de paternidad repudiada.

En la lucha armada —primera guerra civil a la sombra y casi con los mismos clarines de la independencia— triunfó, como era de esperarse, el soldado, Flores, en la sangrienta y lamentable batalla de *Miñarica*, que ya hemos mentado. Después de ella se cumplió a la letra, lo que afirma Martínez Estrada sobre la Argentina: “Los triunfos de los ejércitos, encendieron el espíritu de rapiña de los soldados. Una ambición de poseer, de dominar los

llevó a la formación de partidos, que se lanzarían, con pretexto de defender la libertad, contra los que verdaderamente la promovieron". Y continúa: "Los ejércitos suramericanos se formaron antes que el pueblo suramericano". Y más adelante: "Peores fueron los males de la paz que los de las luchas, porque fueron la oxidación de las armas en ocio".

Es de entonces el feo y degradante episodio llamado de la "Reconquista", que consistió en la oferta que el "Padre de la Patria", general Juan Flores, hizo a la reina Cristina de España de devolverle —comenzando por el Ecuador— su dominio colonial perdido por la gloriosa e invencible campaña de Bolívar, su jefe, su "patrón".

Flores, que se creía amo a perpetuidad de esta parcela que él había elegido, disputándose a Sucre, cayó vencido por los patriotas de Guayaquil el 6 de marzo de 1845, en la acción libertaria y nacionalista más noble de la historia nacional.

Después de tratados y convenios que le garantizaban una situación de rey en el exilio, con rentas, títulos y honores, el dictador odiado se embarcó para Europa. "En Madrid, —dice Pedro Moncayo— Flores comenzó su campaña con el cinismo propio de un saltimbanqui que, sin detenerse ante ninguna consideración, ni ante el respeto del trono, ni ante el anatema de la opinión pública, marcha adelante por el sistema tortuoso de su desenfrenada ambición. Para demostrar su resultado, dejamos la palabra a testigos presenciales. Wenceslao Ayguals de Izco, en un libro titulado *Historia de los verdugos de la humanidad*, (Madrid, 1855) copia un extenso memorial: "María Cristina, vuelta a España por acontecimientos que no se necesita referir, es por desgracia cierto que, en obsequio de intereses de familia, comprometió al gobierno de tal suerte que pudo ser causa de graves conflictos. La famosa expedición del general Flores con la República del Ecuador, fue efectivamente, acogida y apadrinada por el gobierno, con el objeto de colocar en un trono del continente americano, con el nombre de Don Juan I, a uno de los hijos de los Duques de Rianzares.¹ Esta agresión justificaba cuantos disgustos hubiera traído a España, poniéndola en el choque con las potencias europeas y con las repúblicas de América, que tan cercano tienen el cercano punto donde vulnerarnos".

Este abominable episodio de "la Reconquista", ensucia la historia nacional. Es el antecedente, abortado por fortuna *in ovo*, la gran traición de los conservadores mexicanos que capitaneados por obispos, políticos, escritores, pseudoaristocracia y criolliería enriquecida, se humillaron vergonzosamente ante Napoleón III y protagonizaron el drama que culminó en el Cerro de las Campanas de Querétero, con el fusilamiento del desgraciado y bobalicon archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo. De donde —antes y después— surgió la figura gigantesca del indio de Guelatao, indio puro, auténtico, sin mezcla alguna, Benito Juárez que, con la figura del hispano auténtico,

¹El chico, llamado Juan I, era el hijo de la reina María Cristina, con su caballero mayor, titulado duque de Rianzares, con quien había contraído matrimonio morganático.

tico, nacido en el Caribe, José Martí, inauguran esta lucha de la *segunda independencia* en que está empeñada América Latina.

Este abominable episodio de la reconquista que en 1846 y 1847 se intentó y fracasó, por la vanidad fachendosa del mulato de Puerto Cabello y por la rivalidad implacable del poderío británico en ascenso contra el poderío español en decadencia, fue también el antecedente para la imitación caricaturesca y bochornosa realizada por García Moreno en sus vergonzosas *Cartas a Trinité*, quien era representante diplomático de Francia en el Ecuador, con carácter de Encargado de Negocios. A él se dirigió el tirano ecuatoriano suplicándole, humildemente, que transmitiera a su amo el pedido que en nombre del pueblo del Ecuador le formulaba para que se hiciera cargo en calidad de colonia francesa, de "esta valiosa comarca".

He aquí un párrafo de la tercera carta de insistencia humilde y rogatoria que el dictador ecuatoriano dirige al representante diplomático del usurpador francés, que no se había dignado dar respuesta alguna a las proposiciones anteriores:

"... y he preferido hoy escribirle en francés, porque temo no haber conseguido hacerme comprender enteramente en español. En efecto, yo no me propongo un protectorado honorario, que sería sin duda gravoso a la Francia. No se trata únicamente de una garantía para la conservación de un hombre en el poder, garantía que, es necesario decirlo, han exigido muchas veces los jefes ambiciosos de estas desgraciadas repúblicas. Se trata al presente, no sólo de los intereses del gobierno de que soy miembro, sino también del interés de este país que quiere librarse del azote de las revoluciones perpetuas, asociándose a una gran potencia de cuya paz y civilización pueda participar. Se trata también del interés de la Francia, pues que ella sería el *dueño* de estas bellas regiones que no le serían inútiles. - He aquí lo que yo pienso hacer y lo que haré ciertamente tan pronto como Ud. me dé confidencialmente la seguridad de la protección del gobierno de S. M. I. El gobierno provisorio de Quito interrogará al pueblo si quiere unirse al Imperio francés, bajo el nombre que Ud. tuviera a bien indicarme de antemano; y estoy seguro de la aquiescencia del pueblo, que tan cansado está de las calamidades de las revueltas y que tanto odia el que por fuerza se le incline a las miras del gobierno peruano. - Nosotros procuraremos ganar tiempo esperando; pero valdría más apurarse lo más pronto posible, y sería una felicidad para el Ecuador que el jefe de la estación naval francesa, pudiese tomar sobre sí la responsabilidad del paso que propongo, es decir, la seguridad de no ser abandonado".

La opinión pública de América Latina, como en el despreciable caso de la "Reconquista" de Flores, reaccionó indignadamente. Esto del teócrata sombrío era naturalmente peor, más amenazador y peligroso. Porque el falso sobrino de Napoleón Bonaparte era, en ese momento, el jefe —usurpador o no— del imperio más poderoso del mundo. Mientras que la pobre reina María Cristina, viuda hija del más ridículo —y feroz— de los reyezuelos es-

pañoles de la decadencia, Fernando VII, y que había descendido al triste papel de esposa morganática —léase concubina— de su caballero mayor, el burlesco duque de Rianzares, era una pobre mujer sin mando ni prestigio, enredada en truculentas y burlescas cuestiones de alcoba con validos y caballerosos...

Napoleón III, empeñado en emular a su formidable tío el Corso, sí quería un imperio americano. Y, naturalmente, fue seducido por la oferta del obispo de México, los generales Miramón y Mejía y el general Juan N. Almonte.

APARICION DEL ENSAYO POLEMICO: MONTALVO EL LUCHADOR

¿Cuál podía ser la acción de la cultura, de los hombres de cultura, en este desbarajuste de las patrias? Pues pelear, reclamar, atacar. No podía ser la obra de la planificación y el raciocinio, la obra de la filosofía, la obra del pensamiento aleccionador y guiador. Esas voces no podían tener audiencia en las camarillas castreras, casi siempre analfabetas, apoderadas de la conducción de los pueblos.

Tampoco, peor aún, la obra de la poesía, épica o lírica, útil para el diti-rambo, el elogio a los poderosos, la declaración de amor. Así, por ejemplo, el caso ecuatoriano: José Joaquín de Olmedo ha sido —y es— el máximo poeta épico que hemos producido. Actor valeroso en varios episodios heroicos de la lucha emancipadora, después de cantar a Bolívar, en oda heroica inigualable, con motivo de la batalla de Junín, un poco envejecido sin duda, dedica la que —en el decir de sus críticos a la letra— es lo mejor de su obra, la *Oda a Miñarica*, al opresor, al verdugo de su pueblo.

Así pues, las horas primeras, las de “las patrias bobas”, produjeron una especie generalizada y necesaria a lo largo de la América Latina: el ensayista panfletario. El hombre de cultura que, incapaz de tomar el fusil y lanzarse a la *montonera*, pelea desde la clandestinidad, desde la *hoja volante*, la revista de pocas páginas, el periodiquito que se entrega y se presta de la mano a la mano, el panfleto incendiario, insultante casi siempre, calumnioso muchas veces que, acaso como la epopeya homérica, se transmite en las etapas duras, de boca en boca...

Así Espejo. Así Nariño. Así Miranda. Ellos, los precursores, los actores casi siempre de la lucha armada, fueron los suscitadores de la revuelta, los levantadores del ánimo, los provocadores del conflicto. Ellos los sembradores, por poblados y campos, del descontento; los clarificadores de esto que no siempre era comprendido en las bajas y lejanas esferas de una población primordialmente campesina.

Tras ellos se sitúa la era del panfleto político. Y es entonces cuando surgen, casi simultáneamente, las dos figuras maestras de la época: en el ensayo panfletario duro, virulento, insultativo y en la acción y la pasión políticas: Juan Montalvo y Gabriel García Moreno.

Gabriel García Moreno en la obra panfletaria de Montalvo, es como *Napoleón el Pequeño* en la obra panfletaria de Víctor Hugo. Lo necesitó para *El Año Terrible*, para *El Desastre*, muchas de sus obras poéticas y varias de sus grandes novelas y algunas de sus obras teatrales. Por ataque directo o por alusión inconfundible.

Hay una especie de conjuración, en la que cayó de buena fe el propio don Pedro Henríquez Ureña, el admirable y tan querido amigo: presentar a un Montalvo sabihondo, gramatiquero, perseguidor de solecismos y barbarismos. Era, en el mejor sentido del término, un purista, un enamorado del idioma, un enemigo de sus transgresores, no de sus innovadores. Ya que él mismo era un innovador. Pero no era solamente eso, como se lo quiere presentar en coleccioncillas de consumo interno.

Quieren ofrecerle al mundo —ya que no lo pueden desconocer ni sobajar— como un *sabidor* del idioma y, a lo más, como un lector de Plutarco y sus *Vidas Paralelas*. . . De allí que recomiendan e incluyen en antologías fragmentos inofensivos de *Los Siete Tratados* y la *Geometría Moral*. . . Jamás las diatribas —todo Montalvo— contra dictaduras y dictadores: García Moreno en especial, y Veintemilla.

“Cogí las *Catilinarias* de Montalvo —dice Miguel de Unamuno—, pasé por lo excesivamente literario del título ciceroniano, ya que el término se ha hecho vulgar desprendiéndolo de su etimología, y empecé a devorarlas. Iba saltando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos ¡sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo.

“Se ha preguntado alguien qué es lo que habría podido hacer Montalvo al haber podido vivir sosegado en un Ecuador de libertad civil y de paz de justicia. Pues yo os digo que muy poca cosa; toda su literatura clasicista y casticista se habría quedado de pasto de unos pocos curiosos de experimentos literarios. Os lo confieso, no he podido acabar los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Allí apenas hay más que las líneas en que termina el capítulo XLVI, dedicadas a Ignacio de Veintemilla, ahorcado por ‘asesinato, robo, traición, atentado contra el pudor. . .’ Esto ¡el insulto!

“Lo demás es imitación, todo lo bien hecha que se quiera, de Cervantes, y me interesa la imitación de Don Quijote. Cervantes mismo no es por su estilo literario por lo que principalmente me atrae.

“Fue la indignación lo que hizo de lo que no habría sido más que un literato con la manía del cervantismo, un apóstol, un profeta encendido en quietismo poético; es la indignación lo que salva la retórica de Montalvo”.

Como Unamuno, también Rufino Blanco Fombona ama en Montalvo al formidable combatiente, al rebelde contra los tiranos y las tiranías. Como Unamuno se disgusta de que a Montalvo lo pretendan encasillar en los anaqueles de los “puristas” y gramatiqueros. En el prólogo que escribió para *Los Siete Tratados* dice: “Aunque purista en punto a lenguaje, ve más allá de la punta de la nariz y, creador de hermosura, no se imagina como tristes e infecundos preceptistas, que la gramática es el *non plus ultra* del arte de

escribir. La gramática, opina, no es tierra para flores; mas como ella da los frutos del idioma, preciso es contemplar ese campo de espinas y plantas sosas”.

Aun cuando lo domina la pasión justiciera, no puede decirse que Montalvo sea, como escritor, como ensayista, como fabulador, un escritor social, tal como hoy los entendemos: mantenedor de una doctrina política o social, una “ideología”.

Montalvo es un romántico y, por lo tanto, enamorado de la libertad. Romántico por temperamento, acaso, pero también porque la época en que estuvo inmersa su vida cívica, era una época dominada por ese tipo de romanticismo.

Por mucho que haya sido, por amor al idioma, un cervantino, cosa infrecuente en América Latina y en su época, sus preferencias iban al romanticismo francés. Porque ese romanticismo literario, cuyos sustentáculos supremos eran Lamartine, Víctor Hugo, Michelet, era un romanticismo dominado por la pelea política, por el combate contra la usurpación, contra la tiranía.

En este punto de mis afirmaciones, me place acogerme a las afirmaciones de José Enrique Rodó:

“Pocos escritores hay que, analizados en la abstracta entidad de sus ideas, rindan al análisis tan escaso residuo personal, y pocos hay también que, tomados en conjunto y en vivo, tengan un sello de personalidad tan claro y resistente. Leído una vez, en una sola página, Montalvo, ya no se despinta su carácter de escritor, y basta que diez líneas tuyas pasen de nuevo bajo nuestros ojos, para obligarnos a decir: “Este es Montalvo”.

“Si la grandeza y personalidad del escritor se levantan así sobre toda salvedad, hay más reservas y distingos cuando se le juzga en la condición de pensador. ¿Fue pensador Montalvo? Para llenar cabalmente el concepto, faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasiones, sino también la condición más esencial de interesarse en las ideas por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio, o como arena de una justa; faltóle aquel pertinaz afán con que se entra por entre las reconditoccs de una idea, hasta iluminar lo más entrañado y secreto; con que se la apura y exprime hasta verla soltar su más espesa substancia. Pero no sería lícito concluir de aquí que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas; hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante, a que aplicamos el nombre de *luchador*.

“Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala, o se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte.

“No se representa bien a Montalvo, quien no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca. Alma quiijotesca, si las hubo;

alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios, y limpiar el mundo de mandrines y follones. Tocando a esta condición, ponemos la mano en el fondo del carácter; en el rasgo maestro y significativo, que, concertándose con aquel otro, no menos esencial, del decir hermoso y pulcro, diseñan, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad”.

Quedamos pues en que Montalvo es, ante todo, el peleador. No ha de cuajar el intento castrador de presentarlo como el hombre solamente —entendámonos bien, solamente— vocado al purismo gramatical, al paladín armado con todas las armas contra el solecismo, el galicismo, el barbarismo, la neolalia... No. Habría sido una réplica de un don Aureliano Fernández Guerra y Orbe o de don Antonio de Balbuena. De los gramatiqueros que, en nuestros países son legión y que, pomposamente, se hacen llamar humanistas.

Hemos rescatado a Montalvo de la *acusación* de gramatizante y lo hemos redimido del encasillamiento como purista en que se ha querido confinarlo, para achicarlo, para anonadarlo.

Debemos, pues, situar a Montalvo, en el gran sitio que eligió para el ejercicio de su inteligencia, de su cultura, de su amor por la libertad, de la inmersión en la lucha de los grandes espíritus de su siglo en defensa de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Esa lucha tenía absorbidos a los grandes espíritus de finales del Siglo XVIII y todo el siglo XIX. Desde las barricadas de la Ilustración, con las armas de la filosofía que, a veces, se “humanizaban” hasta la polémica y aun el panfleto que utilizaban en diferentes formas principalmente Voltaire, singularmente Diderot y más aún Rousseau, se removían los espíritus, se rebelaban las inteligencias, se encrespaban las conciencias para preparar las grandes batallas del liberalismo, de la independencia de los pueblos, de la libertad nacional e individual.

Dentro de ese ambiente —¿cuál otro?— había de desenvolverse la personalidad y la potencia intelectual de Montalvo.

La influencia —acaso con la sola excepción de Chateaubriand— del romanticismo literario, fue profunda y, más que todo, muy amplia, muy regada por todo el continente. Al rastrear un poco el desarrollo de las aún pequeñas historias literarias de todos nuestros países encontramos siempre —como hoy aún, como siempre— la huella de las influencias y las preferencias.

Salvo algunas, muy raras anticipaciones, en que se adelantaba alguna marca de las corrientes realistas europeas de reciente aparición —reciente para la época— todo el resto es producto del huracán romántico, hasta sus últimas determinaciones. Y sirvió para la derecha y para la izquierda, para emplear términos posteriores a la época. En efecto, la derecha literaria —y también la política—, se pusieron justamente bajo las alas del vizconde del *Genio del Cristianismo* y, sobre todo, de *Atala*. Allí tenemos, por ejemplo, a nues-

tro Juan León Mera, que para escribir *Cumandá*, evocaba el espíritu inspirador de Chateaubriand, el de los falsos indios persignadores, rezadores y devotos.

Habían de ser franceses, alguna vez ingleses, alemanes y hasta norteamericanos, los modelos a seguir. ¿Españoles? No. Y no por viejos resentimientos ni secuelas de desamor por la conquista y la dominación, sino porque España, desde su gran Siglo de Oro, se había callado. Como suele callarse España, por siglos y siglos. Se había callado desde su máxima e inigualada expresión, Don Quijote de la Mancha. Se había callado desde su picaresca inimitable. ¿Qué podía importarle a un joven poeta, ensayista, relatista latinoamericano, nacido entre vientos universales de rebelión, azotado por ciclones de insurgencia, ese *costumbrismo* español, cuya única figura agradable es el montañés José María de Pereda y podía seguir el elegante y amanerado afrancesamiento del diplomático-escritor Don Juan Valera? ¿Qué podía importarle un político, a ratos perdidos escritor, como Gaspar Melchor de Jovellanos, personaje de crónicas galantes en los buenos tiempos de “la Reina Castiza”? ¿Qué poetas como el “divino” Herrera, ni dramaturgos como los Fernández de Moratín, seguidores de Molière, para uso de colegios de niñas? ¿Qué el mismo buen rimador y moralizante Ramón de Campoamor?

En literatura, españoles no. ¿Cómo habían de sufrir la influencia, por ejemplo, de Martínez de la Rosa? ¿Ni la del duque de Rivas, autor de *El Moro Expósito*? No tanto la obra, sino más bien la vida atormentada y romántica de José Espronceda, llegó a impresionar. Y por ello, se leyó, pero no pienso que se siguió, *El Diablo Mundo* y *El Estudiante de Salamanca*, cuyo *Canto a Teresa* cuasó viva impresión en los espíritus románticos.

El caso de José Zorrilla es aparte. No por el autor, sino por el tema españolísimo y universal de su *Don Juan Tenorio*. Versión del *Miguel de Mañana*, del *Don Juan* de Tirso de Molina. Golpeó fuertemente en los públicos de España y América Española.

Una excepción —gran excepción— puede hacerse: la de Gustavo Adolfo Bécquer. Sus *Rimas* son la suma no igualada de la expresión romántica amorosa en el idioma español, desde el Siglo de Oro hasta hoy. Su difícil facilidad —todo aparente— llevó a los terribles peligros de la *versomanía* en que cayó —y no ha levantado todavía— la juventud de habla española. Y sin embargo, nadie menos imitable que Bécquer.

La insurgencia armada era inspirada, conducida, orientada, por lo que ahora llamamos —y ojalá dejemos de llamar— intelectuales. Y realizada por lo que entonces llamaban —y ahora seguimos llamando— *gens d'armes*, gentes de armas, gendarmes... Algunas veces los mandamás reunían las dos condiciones —o creían reunir las—: la inteligencia y la fuerza. Este caso ha sido muy, pero muy frecuente como en los ejemplos de Gaspar de Francia, Rafael Núñez, Gabriel García Moreno.

Montalvo, Don Juan Montalvo, tuvo frente a sí, en la plenitud de su juventud romántica, enardecida con las vocaciones libertarias de Victor Hugo

y Alfonso de Lamartine, cuyas voces venía escuchando en su último viaje a Europa, nada menos a Gabriel Moreno, político controversial, al cual he dedicado un libro: *García Moreno, el Santo del Patíbulo*.

EL GRAN ENCUENTRO: GARCÍA MORENO - MONTALVO

Una hora fatídica acababa de pasar por sobre la joven República del Ecuador. García Moreno había pedido la intervención peruana al mariscal Castilla. Se le había, por ello, acusado de traidor. Pero —y esto era en 1859— no se había producido aún la consolidación del nuevo estado.

El pequeño estado ecuatoriano sufría pues la invasión internacional —provocada y pedida por García Moreno— y la guerra civil interna, que amenazaba fraccionarlo. La historia es larga y no la vamos a contar ahora. García Moreno interviene en nombre del triunvirato “provisorio” que gobernaba desde Quito. Y, hay que reconocerlo, se lanza como una ráfaga sobre las zonas amagadas. Se impone. Restablece la paz. La república se unifica. Y el audaz teócrata asume el poder supremo del país por él pacificado.

Es en este momento cuando llega Montalvo desde Europa.

El 26 de Septiembre de 1860, cuando García Moreno era el déspota triunfante, por muchos reverenciado y adulado y por todos temido, Montalvo, enfermo, casi inválido por la artritis que le ataca una de sus piernas, le dirige una carta desde un lugar cálido y húmedo, *La Bodeguita de Yaguachi*, muy lejana a Quito todavía y a donde había llegado penosamente, a caballo, desde el puerto de Guayaquil donde había desembarcado.

Traía la cabeza llena de los lirismos rebeldes que agitaban Europa, desde la Gran Revolución de 1789: de *Allons enfants de la patrie*, de la voz tonante de Hugo, de la voz románticamente libertadora de Lamartine y de Lord Byron, de la voz rectora de Rousseau. Y quería insuflar ese espíritu de libertad a su patria casi recién nacida.

Y al llegar, doliente, enfermo del cuerpo, pero animoso de espíritu, se encuentra con la gran desgracia, “la horrenda desgracia” que dice el Himno Nacional de su paisano el señor Mera, y a pesar de que la tortura y la muerte eran las herramientas de gobernación que estaba empleando su joven y feroz compatriota, le dirige la siguiente carta, cuyos fragmentos esenciales no podemos omitir porque esta carta constituye la partida de bautismo o nacimiento del escritor, del luchador. Hela aquí:

“Señor:

No es la voz del amigo que pide su parte en el triunfo la que ahora se hace oír ni la del enemigo en rota que demanda gracia y desea incorporarse con los victoriosos. Mi nombre, apenas conocido, no tiene ningún peso, y no debo esperar otra influencia que la de la justicia misma y la verdad de lo que voy a decirle. Extraño a la contienda, lejos del teatro, he mirado los excesos de todos y los crímenes de muchos, lleno de indignación. No digo

que todo lo he visto con ojos neutrales, no; mi causa es la moral, la sociedad humana, la civilización, y ellas estaban a riesgo de perderse en esta sangrienta y malhadada lucha. Los malos se habían alzado con el poder en este infeliz distrito, y la barbarie no sólo amenazaba, pero también obraba ya solamente la asociación civil. La inteligencia y la virtud pública en rematado vilipendio; las leyes y buenas costumbres holladas bajo los pies de miserables, incapaces de comprenderlas ni estimarlas; la justicia y el derecho huyendo ante la violencia y la rapiña. ¿Era acaso partido? No, ni facción puede llamarse aquella cuyas asonadas se hacían a la sombra de bandera tan siniestra: levantamiento de gentes sin ley, banda era tan sólo la que, por felicidad, acaba de sucumbir, y que no tuvo adeptos sino los de perversa inclinación, o los que por violencia estuvieron obligados a seguirle. El azote pasó. Los grandes criminales deben ser condenados inexorablemente, los secuaces y ciegos instrumentos, generosamente perdonados.

“Pero ahora hay que pensar en cosas más serias tal vez, más serias sin duda. La Patria necesita de rehabilitación, y Ud. señor García, la necesita también. ¿Cuál es la situación política del Ecuador respecto a las naciones extranjeras? ¿No ha sido invadido, humillado, traicionado? ¿Qué defensas ha hecho de su libertad amenazada? ¿Cómo ha sostenido su pundonor? Sólo enemigos ha encontrado en los que, debiendo defenderlo, no han hecho sino coadyuvar a los designios de ambiciosos extranjeros. Si no preparamos y llevamos a cima una espléndida reparación, no tenemos el derecho, no, señor, de dar el nombre de país civilizado a estos desgraciados pueblos. Los otros nos rehusarán, y justamente, sus consideraciones, y todos se creerán autorizados para atentar contra su territorio. No se alegue nuestra indigencia, que el valor y el honor en todos tiempos fueron recursos poderosos. ¿Y qué sería de la vida misma entre el miedo de los unos y la vergüenza de los otros? No son grandes enemigos los que tuviéramos que combatir, y nunca faltan medios de acometer y sostenerse al que antepone su consideración a su existencia. Ud. debe sentirlo y conocerlo, Ud. señor, más bien que cualquier otro. En su conducta pasada hay un rasgo atroz, que Ud. tiene que borrar a costa de su sangre. . . La acción fue traidora, no lo dude Ud.: mas creo, que si la intención no fue pura, sólo hubo crimen en el hecho: un sacrificio al Dios de las pasiones, venganza o ambición tal vez. Pero nunca pensó Ud. vender su patria, ¿es esto cierto? ¡Oh! dígalo Ud., repítalo Ud. mil veces! Hay más virtud en reparar una falta que en no haberla cometido; esta es verdad muy vieja: borre Ud. un paso indigno con un proceder noble y valeroso. ¡Guerra al Perú! Si Ud. pereciera en ella, téngase por muy afortunado: no hay muerte más gloriosa que la del campo de batalla, cuando se combate por la honra de la patria. Si triunfa, merecerá el perdón de los buenos ecuatorianos, y su gloria no tendrá ya su insuperable obstáculo.

“En cuanto a mí, la suerte me ha condenado al sentimiento sin la facultad de obrar: una enfermedad me postra, tan injusta como encarnizada, para siempre tal vez, tal vez de un modo pasajero; mas por ahora me asiste el vivísimo pesar de no poder incorporarme en esa expedición grandiosa; por-

que si de algo soy capaz, sería de la guerra, pero no en facciones, en luchas fratricidas; la sangre de mis compatriotas inocentes vertida por elevar o abatir a un quídam, me horroriza y acobarda. Mas en una causa egregia me vería honrado con la simple plaza de teniente, o cualquier otra en que pudiera morir o vencer por mis principios. (. . .)

“Pero me queda un temor: Ud. se ha manifestado excesivamente violento, señor García. El acierto está en la moderación, y fuera de ella no hay felicidad de ninguna clase. ¡Cuánto más mérito hay en dominarse a sí mismo que en dominar a los demás! El que triunfa de sus pasiones ha triunfado de sus enemigos: virtudes, virtudes ha menester el que gobierna, no cólera ni fuerza. La energía es necesaria, sin la menor duda; pero en exceso y a todo propósito, ¿qué viene a ser sino tiranía? Los pueblos nunca confiaron el poder a nadie para la satisfacción de inmorales satisfacciones y caprichos, sino para fines muy diversos. “¡A mí se me ha elevado al trono, no para mi bien, sino para el del género humano” solía decir un gran Emperador de Roma. Los que disfrutaban del poder, si quieren ser amados y honrados, deben tener en la memoria la lección de aquel sabio monarca, que habiendo encontrado un día a un mortal enemigo suyo a quien había jurado toda su venganza, lo saludó con este término: ‘Mi buen amigo, te escapaste, porque me han hecho Emperador’.

“Que el poder no le empeore, señor; llame usted a la razón en su socorro. (. . .)

“Déjeme Ud. hablar con claridad: hay en Ud. elementos de héroe y de . . . suavicemos la palabra, de tirano. Tiene Ud. valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido, caerá, como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad. Pero consuéllese Ud. porque ellas pueden ser imitadas, y si no las recibimos de la naturaleza, podemos recibirlas de los filósofos y sabios gobernantes. No piense Ud. en Rosas, ni en Monagas, ni en Santana sino para detestarlos; acuérdesese de Hamilton y Jefferson para venerarlos, y será ya una virtud, un buen augurio. (. . .)

“¿Le irrita mi franqueza? debe Ud. comprender que en el haberla usado me sobra valor, valor para arrostrar lo que ella pudiera acarrear, si me diérgiera al hombre siempre injusto. Mas al espíritu grandioso suele calmarlo la victoria, y la moderación es un goce para él; y yo entiendo además, que el que lo quiere y lo procura, puede mejorar de día en día.

“No he pretendido dar lecciones a Ud., señor, no; todo ha sido interceder por la patria común; celo y deseo de ver su suerte mejorada. Y si mis palabras tienen poco peso, bien estará concluir con una autoridad tan respetable como antigua; pues había Platón dicho, hablando del gobierno, que: ‘los hombres no se verían libres de sus males, sino cuando por favor especial de la Providencia la autoridad suprema y la filosofía se encontrasen reunidas en la misma persona e hiciesen triunfar la virtud de los asaltos del vicio’. Los soldados, que nos han dominado hasta ahora pudieron prescindir de toda

filosofía, mas los hombres que no son ni pequeñuelos ni ignorantes ¿por qué no habrían de adoptarla?»

Carta indispensable en un estudio sobre Montalvo, porque ella significa, al par que la declaratoria de guerra del panfletario al tirano y a la tiranía, primordialmente, la partida de nacimiento del Juan Montalvo histórico.

EL COSMOPOLITA

Constituye un plan. Acaso inorgánico, disperso, pero coherente, en pro de la libertad del hombre. En contra de todo lo que a ella se oponga. Interesa. Porque se trata de un hombre joven, inmerso en la vorágine de los primeros días de conformación democrática de un país ásperamente disputado por dos grandes fracciones de lo que fuera el sueño de Bolívar: el Perú y la Nueva Granada. Y ese plan tenía una clara inspiración denominativa: la democracia liberal, cuyo foco deslumbrante lo hallaba el mundo entero en la revolución francesa.

Montalvo se sumergió dentro de la tempestad romántica, también en lo político. Yendo acaso a lo político por el camino de lo literario. Sus contactos personales, más gratos para don Juan Montalvo, fueron sin duda los que llegó a tener con Lamartine y Víctor Hugo. Y lo mismo, desde luego, con los personajes actuantes en las guerras libertadoras que se sucedieron en ese tiempo de romanticismo político: Garibaldi, los propios Víctor Hugo y Lamartine, en sus encumbramientos, luchas, persecuciones y destierros...

El Cosmopolita es, sin duda, lo que fija género y carácter en la obra montalvina. Vinieron luego proyectos y realizaciones más ambiciosas, más vertebradas, más largas. Pero es la manera y la prosa de *El Cosmopolita*, las que lo sitúan y lo caracterizan. Es por ello que, admiradores y lectores lo marcaron para siempre con el estigma de consagración: Juan Montalvo vale decir "el Cosmopolita", no como un seudónimo adoptado por él sino como un cognomento marcador de obra y vida.

El Cosmopolita aparece el 3 de Enero de 1866. Su autor había ya recorrido lo mejor de este mundo: la Europa mediterránea, principalmente Francia, España, Italia. Algún saltito a Inglaterra —tierra donde se hablaba mucho de libertad también— y necesariamente a Suiza, desde donde habían formulado sus exhortaciones libertarias sus maestros amados: Voltaire, Rousseau, algunos de los enciclopedistas. Tenía sus buenos treinta y cuatro años cuando publicó *El Cosmopolita*.

Pero ya a los veinte pronunciaba discursos patrióticos, llenos de indignación y rebeldía. Y cuando viajó a Europa, como secretario de Embajada, en 1857, tenía exactamente veinticinco años, la edad para *tener avidez de comprender*.

París. Víctor Hugo, en *El Año Terrible*, enseñó a las gentes con su famosa dedicatoria: "*A París, capital de las naciones, salud*", a considerar real-

mente a París como la capital del mundo, del mundo occidental. Sobre todo para los intelectuales, los artistas de toda índole.

Nuestro Juan Montalvo se instaló a los veinticinco años de edad en París, como secretario de Legación, cuyo jefe era nada menos que don Pedro Moncayo, eminente ciudadano, demócrata activo, historiador y polemista. Hombre éste, Moncayo que, en política, tenía los mismos odios y los mismos amores que su joven secretario; y de quien éste, Montalvo, aprendería mucho, ya que las actividades de Moncayo, desde la fundación de la república, estuvieron dirigidas a la lucha contra la tiranía abusiva de Juan José Flores, al que luego combatiría igualmente Montalvo.

Como, en último análisis, el verdadero inspirador de Montalvo y de la mayor parte de los ensayistas y panfletarios liberales de aquella época ha sido y es Plutarco y sus "Vidas de Varones Ilustres", más conocidas con el nombre de *Vidas Paralelas*, Montalvo buscó respiro de sus trabajos en París para hacer una escapada a Italia, principalmente a Roma en cuyas ruinas, museos, monumentos antiguos, colinas inspiradoras, trataría de hallar las huellas de aquella civilización romana libertaria que había producido hombres que, a imitación de los griegos, habían dejado lección eterna de lucha por la libertad.

Un gran montalvino, eminente escritor, combatiente implacable de García Moreno por inspiración de Montalvo, don Roberto Andrade, ha narrado episodios de esa época de la vida de Montalvo en Europa. Roberto Andrade resulta un testigo, apasionado probablemente, pero documentado y verídico, para guiarnos en lo relativo a buena parte de la vida de Montalvo en Europa. Y la aproximación —tan cara a Juan Montalvo— al gran romántico de *Jocelyn* y *La chute d'un ange*, *Greziela*, *Raphael* y sobre todo, de *La historia de los Girondinos*:

"Volvió a París a los pocos días; y entonces concurría a las reuniones con que un parisiense distinguido, llamado Carlos Ledru, acostumbraba recrear a algunas personas escogidas. La esposa de Ledru era amiga de las letras y se recreaba con las conversaciones del *bárbaro* Montalvo. Una noche platicaron acerca de la pobreza del poeta Lamartine, y Montalvo se retiró enternecido y lleno de imaginación de los resplandores que despedía la gloria de aquel bardo. Al día siguiente remitió a la señora de Ledru un manuscrito en lengua francesa, en que se reflejaban los destellos de la conversación de la víspera, y empapado en la ambrosía americana; y al día siguiente mandó la Señora devolverle el escrito, impreso en uno de los mejores diarios de París. Invitaba a Lamartine a América y le describía Ambato, ciudad huerto, ciudad jardín. "Yo no le he sido presentado por nadie, dice: el arroyo que salta súbitamente en la montaña, no tiene necesidad de que nadie lo conduzca al río". Lamartine leyó el artículo con gratitud y enternecimiento y en el acto escribió a Montalvo una esquelita:

"He leído vuestras líneas, me he enternecido, he amado la mano extranjera que las ha escrito. ¡Ojalá en mi patria hubicra tales sentimientos! No

estaría yo como me hallo en este instante, ocupado en cortar hasta mis árboles, para vender esta sombra tan querida, y repartir entre mis acreedores mis últimos despojos. —La Francia interrogada ha respondido: “¡que muera!”; y él morirá, pero lejos de ella, sin que a ella le queden ni sus huesos.—Lamartine”.

Luego Lamartine invitó a su casa a Montalvo:

“Me sorprendí cuando lo conocí en su casa” me decía Montalvo, en una de nuestras noches de Ipiales: paseábase Lamartine a lo largo de una habitación amplia y modesta: era altísimo, mucho más alto que yo: la cabeza la tenía echada hacia atrás, y coronada de canas, como gorro de algodón. ¡Qué aspecto tan noble de hombre! Razón tuvo Cormenin cuando le llamó “el último de los caballeros franceses”.

Tras el ocaso del poeta más amado, Lamartine, surge ante el suramericano enamorado de la libertad, surge el deslumbrante, cegador, Víctor Hugo. A él se dirigió, como a un espíritu tutelar, cuando el terremoto de Imbabura: “¿No tendrás una mirada para estas ruinas, un ¡ay! para estos ayes, una lágrima para estas lágrimas?” En el prólogo de Gonzalo Zaldumbide a *El Cosmopolita*, se transcribe la respuesta de Hugo a la invocación desesperada de su adorador suramericano: “Votre précieux m'arrive en retard. Vous me faites un appel émouvant. Je saisisai la première occasion pour éveiller la pitié sur cette grande épreuve de tout un peuple. J'ai dénoncé souvent ces fléaux, les despotes; je ne manquerai pas au devoir de dénoncer aussi ces autres tyrans de l'homme, les Eléments. Mon regret est de ne pas avoir reçu à temps votre éloquent page; mais je ferai mon possible pour faire revivre l'à-propos. Je suis avec vous du fond de mon cœur.

“Je vous serre la main. Vous êtes un noble esprit”.

Montalvo, a su regreso de Europa, donde se estaba también sufriendo la dominación usurpadora de Napoleón “el pequeño”, comprendió que el pretorianismo, en cuya cuna había nacido el Ecuador, estaba siendo conducido por la ambición personalista de los políticos “providenciales”, hacia la esclavitud de los fusiles. Es entonces cuando, en *El Cosmopolita*, lanza una severa admonición a los soldados que, de haber sido escuchada, nos habría acaso salvado de las peores épocas de esclavitud y de sangre, que ensucian nuestra historia. Y así, es cuando lanza el capítulo IV de “*El nuevo Junius*”, dirigido en forma clara y terminante “A la clase militar, algunos de cuyos párrafos esclarecen el pensamiento montalvino, no como el de un antimilitarista a toda costa, sino como el de un ciudadano que, sabiendo de su autoridad y del peligro que amenaza a su gentes, amonesta:

“¡Soldado! ¡soldado! abre los ojos y mira. Escucha puesto el oído. Si eres hombre, tienes razón y voluntad; si tienes razón, discurre y distingues lo bueno de lo malo, quédate a lo primero, puesto que no eres verdugo sino personaje ilustre. Cuando te dicen: ¡Mata! no mates, si no es en la refriega o cuando la justicia te señala la víctima con su imperioso dedo. Cuando te dicen: —Alzate, derriba el poder legítimo, degüella a tus iguales; no te alces, ni derribes, ni degüelles, porque la parte del soldado no es la del

foragido, sino la del hombre pundonoroso y valiente. Cuando te dicen: —Oprime al pueblo, frustra sus derechos, prepondera por la violencia sobre la mayoría; no oprimas ni frustres cosas legítimas ni degüelles inocentes, porque el soldado es protección del indefenso, ejecución de leyes, timbre de la patria, cuando su tizona se mueve como la del Cid, y triunfante en la batalla, la estira por el suelo ante los códigos. En la obediencia ciega se encierra el despotismo; los oficiales del despotismo no son ciudadanos; el verdugo tiene víctimas, no semejantes. Vosotros, los valientes, no hagáis oficios de cobardes; vosotros los de fieras almas, no os humilléis como ruines; vosotros los gloriosos, no busquéis la oscuridad del crimen”.

El sentía lo grave de su responsabilidad, ya que su voz, aureolada por la consagración nacional e internacional, era escuchada con respeto en un país de pequeñas ciudades, de cultura incipiente, en el que las autoridades intelectuales se hacían en los aleros y bajo la sombra del poder. Y en la que la llamada aristocracia criolla, formada por títulos adquiridos por compra en la Corte, se aferraba a los privilegios nacidos principalmente o por esa pseudo-aristocracia en formación o —lo que era más grave y efectivo— por vinculaciones con quienes en una u otra forma, habían tomado parte en las luchas por la emancipación de la metrópoli española.

Montalvo, de familia provinciana conocida, es verdad, era uno de los que estaban inaugurando la *clase media nacional*, a la que pertenecían los militares sin graduación y los que empezaban a iniciar las filas, cada vez más absorbentes, de la burocracia.

Esa naciente clase media, es lamentable registrarla, se alineaba, casi siempre, en los registros inferiores de la clase dominante. Clase dominante que, por acentuar la tan ambicionada aristocracia de nombres, se constituyó en el sostén de la religiosidad católica, que la emparentaba más prietamente con la odiada pero envidiada *criolledad* de probable origen peninsular.

De tal manera era esto inficionante y peligroso en el ambiente intelectual, hasta el punto que las juventudes con vocación de escritores, no tenían otro remedio que plegar a los estamentos dominantes: clero, burocracia gubernamental, milicia.

En un medio así, la obra de Montalvo era difícil. Su prédica llegaba a pocos jóvenes con intención de libertad, que se resignaban a un cierto aislamiento social para seguir las enseñanzas del maestro. Al cual las gentes hipócritas, pacatas, envidiosas, tachaban de hereje, ateo, masón: todos los nombres y calificativos que aterrizaban a beatos y beatas adueñadas de la vida política, económica, social del pequeño Estado recién nacido del vientre colonial y caído en la plenitud del pretorianismo más selvático, desalmado y rapaz.

Característica esencial de Juan Montalvo fue la de pretender ser un hombre de toda América. En ciertos momentos, hombre de todo el mundo. No debemos olvidar que las intervenciones y luchas de Montalvo, se produjeron apenas vencida la mitad del Siglo XIX, y que Montalvo, trataba de mantener esa categoría que, en otra ocasión, yo he llamado de “hombres de to-

da América”, que sobrevivieron pocos años al Libertador: Rocafuerte, Andrés Bello, Lastarria, Unánue. Vino luego la acentuación de las nacionalidades con nombres. Vinieron luego los héroes y los heroísmos en luchas fraticidas, por linderos mal señalados, traicioneramente señalados.

Montalvo quiso todavía, en su época decimonónica, merecer el título —hoy ya “discontinuado”— de hombre de toda América. De toda América Latina, por lo menos. Y es por eso que, además de adoptar el título de *El Cosmopolita*, quiso demostrar su “ciudadanía del mundo” preocupándose ardidamente de las cosas de todas partes y, muy particularmente de las de “nuestra América”. *El Cosmopolita* es una comprobación de ello. Y así sin ser poeta, sin habérselas dado de tal, dedica una Oda muy importante a Andrés Bello. Era el son de la época.

Y mientras su retrógrado antagonista, García Moreno, se pone abiertamente en contra de Juárez y en favor del grotesco imperio mexicano de Maximiliano de Habsburgo, Montalvo toma el problema como suyo propio y hace causa propia del problema de México. Hasta el punto de que en su hermoso diálogo, publicado en *El Cosmopolita*, bajo el título de “Méjico”, así, con j, como aún se empeñan ahora en hacerlo ciertos banales españolizantes, dice:

“Napoleón: ¿Luego no es racional el parecer de Lamartine, que América está destinada por su naturaleza para servir a Europa?”

“El Marqués de Munster: La naturaleza no ha criado esclavos: el nuevo mundo será un día dueño y señor del viejo; pero es un error y una extravagancia en nosotros querer conquistar a América. Nuestro pobre Lamartine no ha expresado ahí ni una idea poética, menos política o filosófica. Tan es así, que él mismo, cuando ha escrito con sinceridad, es decir siempre, ha dicho todo lo contrario. Por la natural sucesión de los acontecimientos, esa parte del mundo se engrandecerá de día en día”.

Para situar a Montalvo en su calidad de “cosmopolita”, y singularmente de *hombre de toda América*, nos basta releer su ensayo “*Ojeada sobre América*”, incluido en una de las entregas de *El Cosmopolita*.

Es un ensayo corto, pero tremendamente denunciador de la permanente situación de riña, desavenencia, guerra, en que se encuentran todas las naciones latinoamericanas. Y, cuando no es de unas contra otras, la cosa es dentro de cada una de ellas: son esas guerras civiles, declaradas, o no, con las que se ha ensuciado el nombre grande de revolución y que debieran tener nombres —y los tienen— de cuartelazos, balaceras, carnicerías, *alzamientos*.

En su *Ojeada sobre América*, Montalvo pasa una revista inteligente y documentada sobre la marcha de nuestras naciones en sus primeros pininos de republicanismos. Todas, o poco menos están en guerras, civiles o internacionales. Se inaugura el *cuartelazo*, modo de crimen público todavía vigente. La usurpación de poder, la osonada, la guerra civil. Una orgía cuartelaria que todavía no cesa... Pero, lo que pretendo remarcar, es la preocupación americanista, continentalista de Montalvo, poco tiempo después de las guerras de liberación de la metrópoli europea —España o Portugal—. Mon-

talvo no limitaba su combate a los conflictos de su propio país: miraba a todos y lanzaba sus anatemas contra todos los tiranos, sin importarle el país donde se situaba el escenario de sus crímenes.

LA OBRA MAYOR: SIETE TRATADOS

Elegió bien Gonzalo Zaldumbide cuando pidió al venezolano Rufino Blanco Fombona, quien estaba desterrado por Juan *Bisonte* Gómez, que prologara la obra más importante de Montalvo: *Siete Tratados*. Justamente para que en el pórtico de su obra más "clásica" se mostraran las garras afiliadas del león, sin caer en la añagaza del Montalvo "cultista", "castizo", "gramatiquero". Blanco Fombona inaugura el conocimiento del maestro, diciendo: "En vez de plantar un árbol junto al sepulcro del maestro, hemos plantado un bosque. El hacha tiene mucho que hacer en torno de esa tumba. La gran lección de ese apóstol, la gran moral de ese ejemplo, la gran verdad de esa vida deben aprovecharse intactos y escuetos".

En otro lugar de su prólogo, dice: "*Siete Tratados* es tal vez la obra capital de Montalvo, la que mejor se conoce. Por voto unánime se la considera un monumento de la lengua castellana". En realidad es una obra excepcional, reveladora de la amplia aunque bastante dispersa cultura acumulada por don Juan Montalvo a través de sus viajes, destierros y lecturas. Cultura varia, pero no superficial, cultura adquirida por un espíritu ávido de comprender el mundo, de entender a los hombres, a los países y a los pueblos, anheloso de penetrar en la historia para arrancarle enseñanzas.

A pesar de la variedad de los temas abordados, no hallamos asomos de diletantismo o superficialidad. Acaso más bien, de deslumbramiento ante lo que su mirada descubría, o su inteligencia comprobaba.

Parte muy importante de los *Siete Tratados* está inspirada en la lectura, sustentadora, inspiradora y primordial, de las *Vidas paralelas* de Plutarco, ese real iniciador del género ensayístico, siglos antes de Montaigne y de Quevedo. Las figuras de las historias griega y romana por él estudiadas seguían manejándose como paradigma de la vida del siglo XIX. "Mientras duren los libros continuaremos redescubriendo eternamente a Plutarco" había dicho Emerson, y los latinoamericanos manejaron esos modelos: Julio César repudiando a su mujer, Catón como paradigma de honradez, desinterés y honor. De uno a otro confín de América se reclamaba a los políticos, a los militares de "cuartelazo" que fueran *catones*. Pero entre todos, el ejemplo que mantenía enardecidos a todos los rebeldes puros, inspirados en Plutarco, era el de Marco Bruto, el hombre que por la libertad sacrificaba a su benefactor, Julio César, a su propio padre. Fue una generación "embrutecida" —permítase el "calembour"— por la influencia sacrificada, heroica y libertaria que, a través de Plutarco ejerció Marco Bruto en los liberales latinoamericanos de las promociones políticas y literarias inmediatamente posteriores a las luchas por la independencia de la colonialidad española.

En el caso de Montalvo, la influencia es evidente. Pero le sirve para aplicaciones circunstanciales a problemas nacionales o latinoamericanos. Sobre todo, para la incitación a la rebeldía, a la defensa de la libertad. Gladiador incansable con los tiranos y los tiranuelos de su patria tiene la fortuna, para él excepcional, de hallarse un rival de alta talla: el teócrata Gabriel García Moreno. Pero, eso no fue óbice para que abriera campaña, casi siempre más cerrada y virulenta, con su formidable capacidad de diatriba, contra adversarios que él consideraba inferiores: el dictador Ignacio de Veintemilla y el arzobispo Ignacio Ordóñez. El primero es el héroe de la obra más auténticamente montalvina, en el pensar de Unamuno, por lo menos: *Las Catilinas*; y el segundo —que colocara en el *index los Siete Tratados*— le dio motivo para una diatriba tremenda, que se extiende a lo que él llama la *clerigalla*: *La Mercurial Eclesiástica*.

El primer tratado de los *Siete, De la Nobleza*, está inspirado, sin mayor hondura sociológica ni menos etnológica, en los prejuicios nobiliarios, de índole discriminatoria, prevalecientes en ciertas capas o estratos sociales de la pre y la pos-independencia y que, con ligeras atenuaciones, más de forma que de esencia, se mantienen hasta hoy.

En los países de más agudo mestizaje hispano-indígena, este tipo de auténtica discriminación racial se halla vivo con ligeras atenuaciones más bien aparienciales que reales en los estratos de mayor cultura, de grado mayor de desarrollo. Y, justamente, en América Latina, el Ecuador, es uno de esos países.

Lo que hoy constituye la República del Ecuador —patria de Montalvo y mía— durante el coloniaje fue una unidad administrativa inferior, secundaria: una Real Audiencia. Perteneció, sucesivamente, a los Virreinos de Nueva Granada y del Perú. Y, sabido es que, la afluencia de colonizadores —principalmente administradores y recaudadores de la Corona o aventureros a título personal —buscadores de oro, esmeraldas, tesoros— se fijaba en las capitales de los Virreinos.

Por otro lado, antes del corte del Canal de Panamá, había dificultades casi insalvables para llegar hasta ella: tocar la Tierra Firme, por el lado del Atlántico, atravesar, casi sin caminos practicables, sobre todo en la época lluviosa, cerca de cien kilómetros a pie o a lomo de cabalgadura y, en la vertiente pacífica, esperar días, meses, algunas veces años.

Todo eso prueba que la afluencia española a la Audiencia de Quito no fue nunca muy nutrida. En valiosas estadísticas retrospectivas, Angel Rosenblat asigna para el Ecuador, según estudios de diferentes etnólogos, un 37% de indios y el resto, un 33% de mestizos y un 30% de blancos. No sabemos lo que haya dado, en este aspecto, el censo oficial, realizado en 1974. En realidad, en el Ecuador, hasta las dos guerras mundiales, no existía sino un “mano a mano” hispano indígena. Por las razones ligeramente puntualizadas, la inmigración de otros países, europeos o asiáticos, había sido escasa en el Ecuador. La inmigración china fue prohibida total-

mente. Después de las guerras mundiales, la inmigración judía fue importante y, cosa curiosa, también la árabe, sobre todo de las regiones sirio-libanesas.

La discriminación racial se ha atenuado, ha disminuido. No aún en proporciones convincentes. Y entonces, los “pujos de nobleza” que son motivo del primer tratado de los *Siete*, si no han desaparecido del todo, se han disimulado un tanto. Si el “cholo”, el “turco” —como se llama a los árabes sirio libaneses— o el “judío”, tienen plata, fábricas, empresas, casa lujosa, coches, ya no se les exige “limpieza de sangre” ni “probanzas” en la Villa y Corte.

A Montalvo le salta el espíritu plutarqueano cuando dice: “Los varones más esclarecidos de la antigüedad fueron de humilde cuna, sin antecedentes por parte de sus mayores, cuya gloria se cifraba en sus hechos puramente. Temístocles en Atenas, Camilo en Roma, nacieron de la plebe, y uno y otro tuvieron la gloria de arrancar a su patria de garras de los bárbaros; el griego en Salamina escarmentando a los persas, el romano en las plazas de Roma exterminando a los galos. Nada encarece más Plutarco en estos héroes, que el de haberlo todo debido a su mérito personal, sin que en su grandeza entrasen por algo títulos ni bienes de fortuna de sus padres”.

Y concluye Montalvo con estas palabras concretas: “Los *huaches* de Bogotá, los *cholos* de Quito, los *rotos* de Santiago, los *léperos* de Méjico: los *chagras*, *huasos*, *gauchos*: los *ñoños*, los *ñores* y *dones*; los encamisados y los descamisados, en fin, de toda la América Meridional, inclusive la formidable cohorte de zambos, mulatos, cuarterones y quinterones; todos estos y cada uno de ellos, podrían probarle, si entendiesen de genealogías, al más pintado caballero, que sus abuelas fueron hermanas y moraban contiguas, la una en la abacería de tal calle, la otra en el figón de enfrente. . .”

En el segundo tratado, *De la Belleza en el Género Humano*, Montalvo nos ofrece, con varonil franqueza, su autorretrato físico, que si lo defiende de acusaciones muy frecuentes de *negritud* y *zambería*, no lo redime totalmente de ciertas *flaquezas* que, en punto de belleza física, poseía. He aquí el auto-retrato textual: “Puesto que nunca me han de ver la mayor parte de los que lean este libro, yo debía estar me calladito en orden a mis deméritos personales; pero esta comezón del egotismo que ha vuelto célebre a ese viejo gascón llamado Montaigne y la conveniencia de ofrecer algunos toques de mi fisonomía, por si acaso quiera hacer mi copia algún artista de mal gusto, me pone en el artículo de decir francamente que mi cara no es para ir a mostrarla en Nueva York, aunque, en mi concepto, no soy zambo ni mulato. Fue mi padre inglés por la blancura, español por la gallardía de su persona física y moral. Mi madre, de buena raza, señora de altas prendas. Pero, quien hadas malas tiene en su cuna, o las pierde tarde o nunca. Yo venero a Eduardo Jenner, y no puedo quejarme de que hubiese vendido tarde al mundo ese benefactor de género humano: no es a culpa suya si la vacuna, por pasada, o porque el virus infernal hubiese ya acto posesivo de mis

venas, no produjo efecto chico ni grande. Esas brujas invisibles, circes asquerosas que convierten a los hombres en monstruos, me echaron a devorar a sus canes; y dando gracias a Dios, salí con vista e inteligencia de esa negra batalla: lo demás, todo se fue anticipadamente, para advertirme quizás que no olvidase mis despojos y fuese luego a buscallos en la deliciosa posesión que llaman sepultura. ¡Deteneos! ¡oh, no! no vayáis a discurrir que puedo entrar en docena con Scarrón y Mirabeau: gracias al cielo y a mi madre, no quedé ni ciego, ni tuerto, ni remellado, ni picoso hasta no más, y quizá por esto he perdido el ser un Milton, o un Camoens, o *la mayor cabeza de Francia*; pero el adorado blancor de la niñez, la disolución de rosas que corría debajo de la epidermis aterciopelada, se fueron, ¡ay! se fueron y harta falta me han hecho en mil trances de la vida. Desollado como un San Bartolomé, con esa piel tiernísima, en la cual pudiera haberse imprimido la sombra de un ave que pasara sobre mí, salga usted a devorar el sol en los arenales abrasados de esa como Libia que está ardiendo debajo de la línea equinoccial. No sería tarde para ser bello; mas esas virtudes del cuerpo ¿en dónde? prescritas son, y yo no sé cómo suprimirlas. Consolémonos, oh hermanos en Esopo, con que no somos fruta de la horca, y con que a despecho de nuestra antigüedad, no hemos sido tan cortos de ventura que no hayamos hecho verter lágrimas y perder juicios en este mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, mientras los pícaros feos no acaban de hartarse de felicidad. Esopo he dicho: ¿tuvo él acaso la estatura excelsa con la que ando yo prevaleciendo? ¿esta cabeza que es una enorme explosión de anillos de azabache? ¿estos ojos que se van como balas negras al corazón de mis enemigos y como globos de fuego celeste al de las mujeres amadas? Esta barba... Aquí te quiero ver, escopeta: Dios, en sus inescrutables designios dijo: A éste nada le gusta más que la barba; pues ha de vivir y morir sin ella: conténtese con lo que le he dado, y no se ahorre las gracias debidas a tan espontáneos favores. Gracias, eternamente os sean dadas, Señor: si para vivir y morir hombre de bien; si para ayudar a mis semejantes con mis escasas luces fuera necesario perder la cabellera, aquí la tendría, aquí; y mirad que no es la de Absalón, el hermoso traidor”.

En este tratado “De la belleza en el género humano”, Montalvo incluye, como en varios de los demás, un episodio: *El otro Monasticón*, al que le atribuye caracteres de verdad, de relato de algo ocurrido. Revela en él su calidad de relatista, que pugna por asomar en varios de sus escritos, aun en aquellos que asumen una franca naturaleza de ensayo.

El tercero de los *Siete Tratados* es la *Réplica a un sofista pseudocatólico*, y en él se contiene, como inicial, un episodio: *El cura de Santa Engracia*. En él, a manera de relato, Montalvo nos presenta el dechado del sacerdote católico, el cura perfecto. El, combatido por anticlerical, anticristiano, ateo, presenta la imagen no solamente del sacerdote sino del cristiano, del hombre perfecto. Lector de Balzac y de Zola, el cura de Santa Engracia es una réplica en los Andes ecuatoriales de esos sacerdotes evangélicos que pintaron

los grandes novelistas franceses y que acercó a nosotros, con su poder irresistible, Benito Pérez Galdós, Rufino Blanco Fombona observa: "Este anticlerical es, por contraste, espíritu profundamente religioso, del propio modo que sus odios de tigre no eran sino desbordamientos de amor. Sólo los corazones que aman saben odiar. Sólo blasfeman los creyentes.

"Sería no acabar nunca si fuésemos a citar sus ataques a gente de cogulla y a beatos camanduleros. Cada embestida es un muerto; porque este toro posee astas buidas y certeras. Sabe, por otra parte, más teología que un canónigo y conoce la Biblia como el mejor exégeta. Armado de todas las armas de la sabiduría, cuando sale a controversias cuenta las victorias por las batallas.

Y Blanco Fombona continúa más lejos:

"Y, en efecto, es tanta la sinceridad de este moralista que cuando topa un sacerdote evangélico, lo pone sobre los cuernos de la luna. Véase, si no, el episodio que titula *El Cura de Santa Engracia*".

El cuarto de los *Siete Tratados* es "*Del Genio*". Es este el ensayo en el cual Montalvo, acaso, pudo exponernos una tesis filosófica propia. Porque él es filósofo, o sea amante de la sabiduría. Es un ensayo revelador de la vasta cultura, de la múltiple información de todo lo que había producido el pensamiento humano. Difícil es señalar, en el ámbito latinoamericano, un ensayista de la capacidad para abarcar conocimientos que demuestra Montalvo, singularmente en el cuarto tratado. Se pasea por entre los nombres geniales y por entre las doctrinas. Es cuando lo hallamos más cerca de Montaigne. Y en nuestras comarcas, solamente le harán compañía Rodó, en la sapiencia no acompañada de rebeldía; González Prada en la rebeldía principalmente, acompañada igualmente de sapiencia. Pero los dos, el uruguayo y el peruano, representan otro momento histórico. Y si llegan por sus propios caminos a las esferas montalvinas, en cambio nadie le ha igualado en este acoplamiento de la sabiduría, el bien decir y la rebeldía que culmina en la diatriba.

No he de comprender jamás la razón por la que, con la mejor intención montalvina del mundo, pretendamos que este escritor formidable se congele en las frías y profundas disquisiciones de la filosofía. Montalvo, el gran escritor rebelde, el inigualable panfletario, ¿filósofo? No los ha producido en siglos la gran estirpe hispánica. ¿Se rebaja a don Miguel de Cervantes Saavedra si se dice que no es un filósofo sistemático?

Montalvo, felizmente no es un filósofo sistemático. Unamuno pensaba que la mejor cosa que hizo la Reina Isabel la Católica, es la de haber privado a España —o Portugal— mediante el destierro de los judíos, de tener un filósofo de la talla de Baruch Spinoza. Así nos quedamos, dice, con la filosofía de los místicos, con la filosofía de la picaresca, con la filosofía del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha...

En el quinto tratado Montalvo se entrega a "Los Héroes de la Emancipación de la raza Hispanoamericana" y, obvia y naturalmente, comienza con

Bolívar. Observamos que la emancipación es “de la raza”. Emancipación, dice Montalvo, no *independencia*. ¡Y cómo, los hombres que hemos venido después, advertimos que el *Cosmopolita* tenía razón. No la razón derivada de designios academizantes y teóricos. No. La razón de la verdad. En la Guerra Magna nos emancipamos, no nos independizamos: dejamos, en lo político, de ser *colonias* españolas, pero no avanzamos un punto en el largo camino de llegar a ser hombres libres. Ni siquiera libres de libertad humana, menos aún de libertad económica.

La abolición de la esclavitud no fue motivo de las campañas emancipadoras. Veinte o treinta años después de Ayacucho, se dictaron en cada país los respectivos decretos de abolición de la esclavitud total. En el Ecuador, por ejemplo, solamente en junio de 1851, se dictó —por el general José María Urbina— el decreto de “manumisión de los esclavos”.

El otro acierto —pero es pleito perdido actualmente— es el de llamar “raza hispanoamericana”. Más justo, más históricamente verdadero. Pero, también es verdad incuestionable que lo de “latinoamericano” es más abarcador y comprensivo.

Y, claro, había de ser Plutarco el guía para situar, en la historia de todos los tiempos, a “nuestro” Libertador. Dice Montalvo: “De Fabio Máximo no mucho, de Julio César, poco. Todo de Alejandro en el determinarse y en el acometer”. Y para que el recuerdo de Plutarco se complete, Montalvo ensaya con Bolívar, dos capítulos de *vidas paralelas*: Bolívar y Napoleón; Bolívar y Washington.

En el sexto tratado, “Los Banquetes de los Filósofos”, Montalvo nos entrega toda su sabiduría basada en Plutarco y los filósofos griegos. Pero, el comienzo, un largo y delicioso comienzo, es un verdadero tratado de gastronomía, basado en sus amplios conocimientos de la antigüedad clásica. Es increíble pensar que un hombre manifiestamente sobrio, haga una poemática presentación del arte del bien comer y el buen beber. Si alguna tesis filosófica parece dominarlo, esta sería la del epicureísmo. Desfilan, en descripción apasionante, los más variados y succulentos platos, los más embriagantes y deliciosos vinos. Y los nombres de gloria que por allí aparecen son los de Lúculo y Cimón, Alcibíades y Critóbulo. Los hombres de mejor comer y de mejor beber.

Es un ensayo bellamente literario. Se olvida el *Cosmopolita* de sus cóleras, de sus rencillas, de su capacidad de diatriba y de insulto. Y se dedica, como un monje sibarita del Renacimiento al cántico del comer y del beber.

El séptimo tratado, es *El Buscapié*, que lleva este largo subtítulo: “Prólogo de un libro inédito titulado *Ensayo de imitación de un libro inimitable o Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*”.

Es para mí este, sin duda, el mejor de los “siete tratados” y, en la línea de las obras no polémicas de Montalvo, ocupa un lugar relevante.

En este ensayo —verdadero ensayo, por su originalidad y su hondura— Montalvo vierte todo lo que lleva dentro en cuanto a pensamiento filosófi-

co, a construcción moral, a convicciones político-sociales. Todo envuelto en la farsa quijotesca, que no imita en verdad, sino trata de esclarecer para sí mismo y para sus lectores. Ensayo a lo grande este *tratado*; que tiene, además, la singular preocupación del lenguaje, como estructura y como representación. Sin alardes de "purista" o "caticista" que todo lo echarían a perder. Hace, con alta categoría, la defensa del humorismo, a pesar de que él, en verdad, no se encuentre muy a gusto dentro del humorismo. Es irónico, mordaz, sarcástico.

LA CUMBRE: LAS CATILINARIAS

Llegando a *Las Catilinas*, llegamos al Montalvo total. Allí se redime definitivamente de la confabulación de quienes, "gramaticalizándolo", pretenden disminuirlo y castrarlo. El Montalvo de todos, el que dura y dura y durará, el capitán indiscutido e indiscutible de los escritores insurgentes, eso que América Latina necesitaba y necesita hoy más que nunca. Porque, según Mario Vargas Llosa, la novela, la literatura, es fuego, es expresión de inconformidad, de rebeldía contra la realidad real, y quien esté conforme y no tenga contra qué protestar, no tiene para qué escribir.

Juan Montalvo no fue un escritor conforme. La conformidad los lleva a la bucólica transnochada o al *costumbrismo*, virus estupefaciente que contaminó a buena parte de la literatura de mediados y fines del siglo XIX. Montalvo fue un escritor enfurecido, indignado, inconforme. Y una de sus inconformidades mayores fue la que mantuvo contra la política, contra la conducción de su pueblo por tiranos vesánicos como García Moreno y bárbaros como Veintemilla. Contra este último, lanza Montalvo sus *Catilinas*, título plutarquiano, como toda la obra de Montalvo, dominada por el pensamiento clásico.

Sobre este tema de la procacidad, de la indignación, del insulto, tan caros a Unamuno, ha dicho Rodó: "Panamá vio nacer *Las Catilinas*. Desde que esta obra salió a luz, hubo, para Veintemilla, América y posteridad que le mirasen. Nunca gavilanes de pluma se hicieron con más despiadada fuerza en las entrañas de una tiranía y en la fama de un tiranuelo. La prolijidad del odio no es capaz de más codicioso rebusco de afrentas; pero el odio que allí hierve es odio santo, que ennoblece y realza el furor del ultraje personal. Abolengo, figura, antecedentes; vicios y tachas de la vida íntima; defectos de la educación; crímenes de la vida pública, puntualizados en cuanto a la opresión, en cuanto a la felonía, en cuanto al asesinato, en cuanto al robo; nada de lo del déspota escapa a la terrible inquisición que lleva adelante la pluma; todo él cuelga a lo largo de ese libro, como de una horca, desgarrado y sangriento en los colmillos de la sátira. Burla, sarcasmo, execración, infunde alternativamente su soplo a una retórica que, por lo demás, no pierde ni un momento la dignidad del ritmo oratorio. Quieren las condiciones a que ha debido adaptarse la obra de la inteligencia en los pueblos de América, que algunas de las cosas mejores de la literatura americana,

tengan originariamente el carácter de panfletos políticos, y que debajo de esas formas transitorias hayan alentado inspiraciones de pensamiento y de arte, de esas que en un ambiente de cultura adulta florecen en su forma propia y cabal. Así, el *Facundo* es el panfleto que participa de la índole de la historia pintoresca y de la filosofía de la historia; las *Catilinarias* son el panfleto que vincula su naturaleza con la obra de estilo y de clásica literatura”.

De entre los escritores de primera línea que han opinado sobre Montalvo, todos están de acuerdo en ello: es el gran ensayista combativo y rebelde, adversario de los tiranos y las tiranías, inconforme con “la realidad real”. En suma, el panfletario.

Lo encontramos en *La Mercurial Eclesiástica*, diatriba indignada contra un obispo católico que prohibió la lectura de los *Siete Tratados*: los mayores excesos de furor se derraman aquí contra el clero católico envenenador de conciencias y de voluntades, entorpecedor de mentes, ensuciador de almas. No se detiene ante el adjetivo ni el dicterio: llega a las mayores excelencias posibles en este género tan raro que —como lo afirma Rodó— en realidad lo utilizaron los escritores de ensayo y construcción, aquellos que, con el arma de las letras, hicieron tanto como los libertadores de espada o de fusil.

Frente a Montalvo, frente a su prestigio en plenitud de consolidación, se alzaron hombres de pluma y toga; para mayor enrabiamiento del ofendido, hombres de su propia tierra. Entre ellos, particularmente Juan León Mera, acólito de García Moreno, ambateño como el gran Don Juan. Figura realmente menor, si se la compara con la de *El Cosmopolita*, hombre de la poesía —del verso es más justo decir— devota y religiosa. No mística, que es cosa grande que nos lleva a Juan de la Cruz y Teresa de Jesús. Y sobre todo, Mera, pertenece al *costumbrismo*, esa endemia que nos mediocrizó y nos sumió en el más rebajador de los niveles.

Pues bien: más iracundia que contra Veintemilla, más cólera que contra el obispo Ordóñez, acumula Montalvo contra Juan León Mera. Su panfleto “Marcelino y Medio”, es acaso la más procaz de las diatribas en toda la obra de Montalvo: le llama permanentemente el *búbo*, y vale la pena, ilustrativamente, dar unas pequeñas muestras: “No sabemos qué sangre de perros correrá por las venas del *búbo* de Ambato; mas sí sabemos que su presencia es de un feo y despreciable *cholazo*, que no puede llamar negro ni al diablo; y verle el alma, eso sí que es negro”. Y en otro lugar: “El vampiro no es poeta, el verdugo no es poeta, la hiena no es poeta, el cerdo no es poeta, tú no eres poeta, León Mera”.

Este buen Juan León Mera, es nada menos que el autor de *Camandá*, la célebre novela de indios y selva, inspirada en *Atala* de Chateaubriand; de la letra del Himno Nacional inspirado por García Moreno y en la que, como en varias de otros países hispanoamericanos, se muestra una indignación terrible contra España. . .

Hay quienes encuentran en Montalvo fuertes posibilidades de narrador,

de novelista. Y las fundan precisamente en obras como *Geometría Moral*, llamada por algunos "el octavo tratado" porque, sobre episodios de amor, hace una demostración romántica de sus facultades de relatista. Obra póstuma, encontrada entre sus papeles y editada en Madrid, en 1917, con hermoso prólogo de Juan Valera.

El Dr. Plutarco Naranjo, el valioso montalvista a quien debemos la más seria compilación de las obras de Montalvo, declara su perplejidad ante esta obra: "Es difícil saber si la obra quedó inconclusa. Al leerla se tiene la impresión de que le falta el capítulo final, el de la moraleja, el de la elocuente y señorial tropología. Valera tuvo igual sensación. Las premisas son muy claras y ciertas, por el contrario la inferencia, la conclusión, particularmente de la actitud y trascendencia de su propio Don Juan Tenorio, apenas si se logra adivinar, a tal punto que Valera aventura una hipótesis muy probablemente equivocada sobre la intención de Montalvo, cuando cree: "Sin duda pretende Montalvo que cuanto produzca América, ya sea malo, ya sea bueno, tenga mayor ser, goce de superior energía y logre trascendencia más alta que cuanto se produzca en Europa". Y luego de referirse a amores célebres, a parejas históricas, agrega: "Pero ninguno de estos casos, ora históricos, ora imaginarios o novelescos, puede equipararse con los de un seductor ecuatoriano, cuyo vivo retrato Montalvo nos ofrece, y cuya peregrina historia nos cuenta. También se llama Don Juan, pero deja atrás, muy atrás, a su tocayo Tenorio".

Yo descubro en Montalvo una inclinación, una vocación autobiográfica, que no tuvo tiempo de desenvolver. El panfletario tumultuoso nos enseña su vida: armado con dos piedras en las manos y, al propio tiempo, con un ardiente y desolado corazón, transido de amor, no precisamente en el sentido donjuanesco de Mañara o Tenorio, sino hambriento de amor a lo Kierkegaard o Lamartine.

Toda esta intimidad dolorosa, un poco trágica a momentos, la encontramos en *Carta de un Padre Joven*, en la que, recurriendo al viejo truco del anagrama, hace aparecer un supuesto inglés de apellido TOMANVOL que, al morir en Granada, ha dejado un manuscrito abandonado. Capítulo claramente autobiográfico, en el que este orgulloso, entrega desnuda su intimidad. Desde entonces se cuida mucho de este tipo de revelaciones.

Sin mayor respeto a la cronología, hemos querido dedicar un párrafo especial a una intervención panfletaria de Montalvo, que coronó la obra de su vida de escritor, de político, de hombre: su tremenda denuncia contra el adversario capital de la patria y de la libertad: Gabriel García Moreno. Y el final trágico de esta lóbrega dictadura el 6 de Agosto de 1875, con el asesinato del tirano, llevada a cabo por dos vertientes: la de su vida corrompida, que mueve el machete de Faustino Rayo y la de los jóvenes liberales románticos que se conjuraron, como en una rediviva página de Plutarco, para descargar sus pistolas sobre el tenebroso dictador que, recién nacida la patria, la tomó para entregarla al Vaticano.

Esta formidable intervención montalvina, hecha desde Panamá, lleva el

nombre de *La Dictadura Perpetua*, que el ponderado y justiciero escritor uruguayo José Enrique Rodó así define: "En la ciudad del Istmo dio a la imprenta, en octubre de 1774, el opúsculo *La Dictadura Perpetua*, donde replica al periódico *Star and Herald*, que abogaba por la reelección de García Moreno. Allí se reabre, con impaciencia y nerviosa brevedad, el proceso de la tiranía; allí se sostiene que conspirar es deber, contra el déspota que "dividió el pueblo ecuatoriano en tres partes iguales, y la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro y la última a la servidumbre". Rasgos de estos quedan como en acero, entre las marchiteces de la entonación declamatoria: "El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano".

Entre velones nocturnos, en cavernas de clandestinidad, copiado de la mano, de un solo manuscrito llegado fraudulentamente a las manos de un patriota, el terrible panfleto montalvino se leyó en todas partes y por todos. La nación estaba al reventar. Conspiraban todos. Pero todos lo hacían aterrorizados por el tremendo sistema de espionaje entronizado por el dictador quien se valía sobre todo de la clerigalla y del confesionario, del púl-pito y la misa. Los hijos, bajo advertencia de pecado mortal y de las penas del infierno, estaban obligados a delatar a sus padres; las esposas a los esposos; los empleados a sus empleadores; los alumnos a los maestros. La obediencia y la delación jesuítica eran el sistema de vida bajo servidumbre de García Moreno.

Hasta que al fin estalló. Y más que la historia, la fe popular atribuye parte principal a la lucha de Montalvo y sobre todo, a su tremenda denuncia: *La Dictadura Perpetua*.

No fue, en realidad, García Moreno el único adversario de Montalvo. A la muerte del teócrata feroz, Don Juan añoró la falta de un adversario de su talla. Era su madurez gloriosa de escritor latinoamericano que se había carteadado con Víctor Hugo, Lamartine, César Cantú, Castelar, don Juan Valera y muchos más en Europa, y que en América Latina misma había merecido altos elogios de Ricardo Palma, de González Prada, de los colombianos dictadores de la lengua, Caro y Cuervo. En el período post-garciano tuvo adversarios de talla menor: en lo político, Veintemilla; en lo eclesiástico y clerical, el obispo Ordóñez; en lo académico, don Aureliano Fernández Guerra y Orbe; en lo literario doméstico, Juan León Mera, el doctor Martínez y pocos más de su estatura.

Epoca fecunda, sin embargo. Epocas estas de *El Regenerador*, de *El Espectador* y de las ya citadas *Catilinarias*.

Como pocos escritores, acaso ninguno para superarlo, Montalvo había adquirido una estampa continental: la del fustigador de tiranos y de tiranías. Su verbo, sus frases —en las que se manifestó siempre rotundo y lapidario— fueron acuñadas como monedas de libre circulación en el hemisferio hispanoparlante. En eso, ninguno como él. Seguramente.

BENJAMÍN CARRIÓN

CRITERIO DE ESTA EDICION

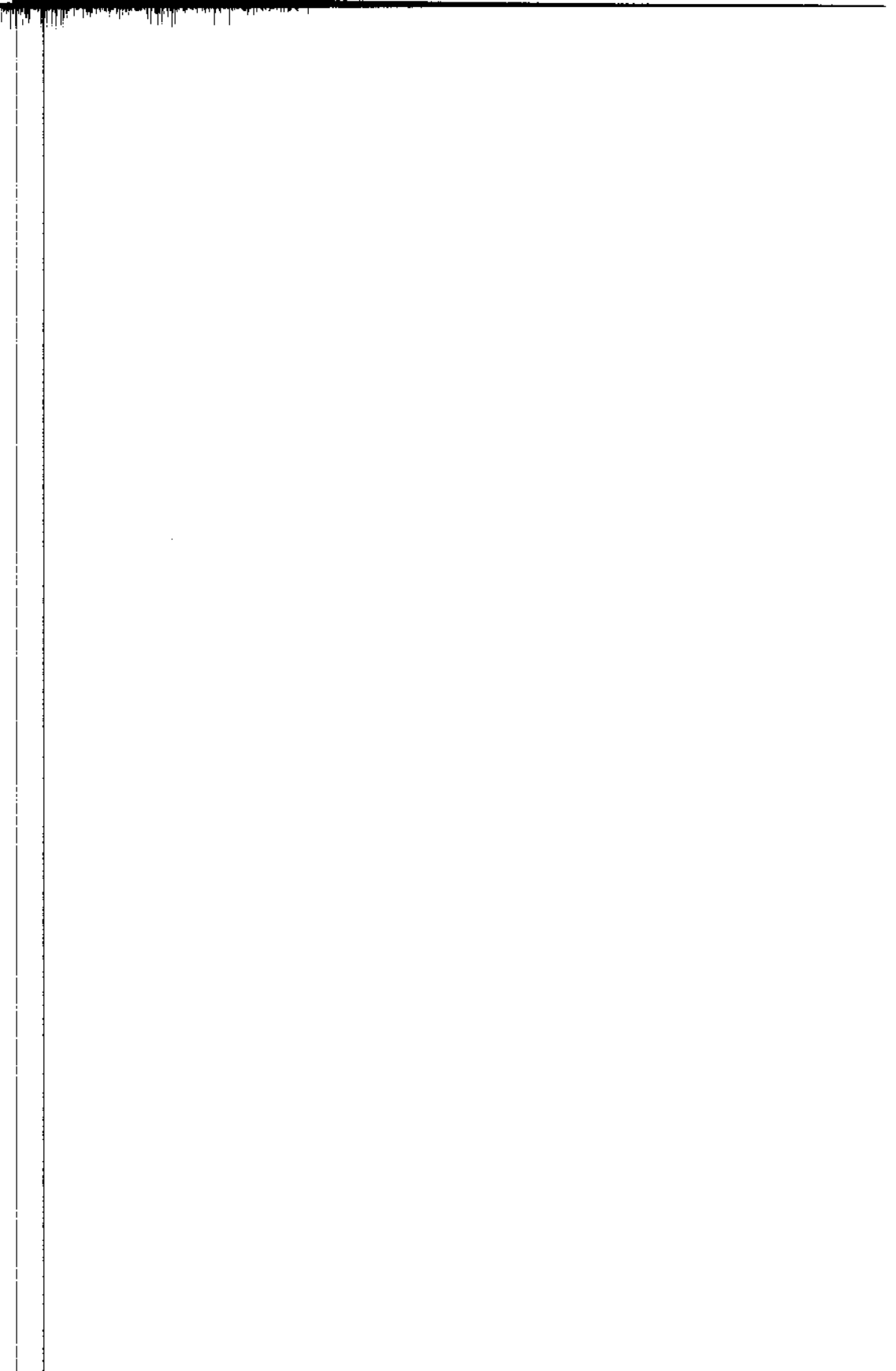
PARA EL presente volumen se utilizaron los textos que fueron establecidos y vigilados por Gonzalo Zaldumbide para la edición de las obras de Juan Montalvo que emprendió en París en homenaje al maestro ecuatoriano.

Se han utilizado las siguientes ediciones: *Las Catilinarias*, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1929 (dos volúmenes de 204 y 362 pp. respectivamente); *El Cosmopolita*, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1927 (dos volúmenes de 378 y 396 pp.) y *El Regenerador*, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1929 (dos volúmenes de 238 y 266 pp.).

El texto de *La dictadura perpetua* procede de la edición originaria (Panamá, Mariano de la Torre, 1874, 24 pp.), habiéndose modernizado las grafías de acuerdo a las normas vigentes.

BIBLIOTECA AYACUCHO





EL COSMOPOLITA

1866 - 1869

(Selección)

OJEADA SOBRE AMERICA

LOS FILÓSOFOS han sacado no pocas consecuencias funestas para la especie humana, haciendo un principio de un hecho que bien podía tener lugar fuera de las reglas de la razón, y estableciendo como axiomas palabras sofísticas o atroces juicios de hombres poco adictos al alto Señor Dios, que nunca hubiera creado un mundo en el cual su criatura viviese como en infierno, nadando en sangre, ardiendo en llamas, vociferando contra la divina Providencia. Así, al ver el constante y vasto degüello que tiene lugar de polo a polo, han concluido que la guerra era de derecho natural, y que nuestra vida no estaba en cobro sino con la muerte de nuestros semejantes. Desde Caín hasta nuestros días todo es matarse unos a otros: nacen las humanas sociedades, y matándose principian: el hogar doméstico se riega con sangre, la primera familia sufre el peso de esa dura ley. Hay dos hermanos y el uno mata al otro; Caín, ¿qué has hecho de tu hermano? ¿Soy por ventura su custodio? Contesta al Señor el réprobo, dando a entender con su insolencia cuán poco le había derribado una acción que él pensaba acaso tenerla por derecho propio. Conque la familia está manchada en sangre. Fórmase la tribu, y esa tribu procura dar con otra con quien entrar en guerra: los hijos de Jacob no dieron al mundo pobladores pacíficos: el maldito y el bendito de su padre son contrarios, se aborrecen de muerte y se hacen cruda guerra. Los Israelitas y los Amalecitas no pueden respirar el mismo aire; el universo les viene angosto si los unos no exterminan a los otros y quedan dueños de la vasta creación.

¿Cómo es en efecto que el salvaje ignorante e insensible está de suyo al cabo de las cosas que constituyen la guerra? Todo se le ignora, y sabe que puede matar a los demás; carece hasta de los instrumentos necesarios para la vida, y armas no le faltan, y las sabe forjar, y las emplea con arte y sabiduría. El rústico esquimal persigue al hurón, el hurón al iroqués, el iroqués al natche, y el selvoso Nuevo Mundo se llena con el ruido de las armas y los ayes de los moribundos en sus inmensas soledades.

Se forman las naciones, y las naciones se acometen desde sus principios, y las naciones se agarran cuerpo a cuerpo, y las naciones se destruyen. ¿No va el pueblo de Dios en triste cautiverio a Babilonia? Cambises se engolfa con millones de soldados en el desierto, y va sin rumbo, y va sin agua, y va sin guía en busca de pueblos que exterminar. Semíramis alza todos sus reinos, y va sin rumbo, y va sin agua, y va sin guía en busca de pueblos que exterminar. Ciro alza medio mundo y va sin rumbo, y va sin agua, y va sin guía en busca de pueblos que exterminar: y todos estos exterminadores son exterminados, y los conquistadores son conquistados, y los bebedores de sangre beben sangre. *Satia te sanguine, quem sitiste.* Y a todo esto la tierra queda despoblada, cumpliendo los hombres con la *ley natural* de matarse unos a otros.

Cartago no puede sufrir a Roma ni Roma a Cartago: los moros acaban con los españoles, los españoles con los moros; los turcos detestan a los francos, los francos abominan a los turcos, y una guerra eterna está librada entre los hombres de razas y religiones diferentes. ¿Qué digo? Los pueblos más civilizados, aquellos cuya inteligencia se ha encumbrado hasta el mismo cielo y cuyas prácticas caminan a un paso con la moral, no renuncian a la guerra: sus pechos están ardiendo siempre, su corazón celoso salta con ímpetus de exterminación. Europa no es estéril, como se diría exageradamente, por motivo de la sangre y los huesos humanos que la fecundizan y devuelven su vigor perdido; todo es campo de batalla, todo pirámides de cráneos, todo inscripciones a las víctimas de los reyes y de las revoluciones. Morat y Waterloo, Rocroy y Marengo, las naves de Tolosa y la Rochela se encuentran por donde el viajero lleve sus pasos. ¿Cuántos millares de hombres no han muerto en la Crimea? ¿Cuántos millares de hombres no han muerto en Solferino? ¿Y cuántos tienen que morir, oh Dios, en los campos que el demonio tiene previstos para sus festines! Y aquí, en este Nuevo Continente, en este virgen mundo están pasando los acontecimientos más terribles que nunca vio la tierra.

Veis a una gran nación dividirse en dos falanges formidables; hermanos eran ayer, hoy enemigos; se arman de la cabeza a los pies, blanden la espada y se amenazan. Notad esa mirada horrible... ¡Qué odio, que rencor, qué furia no indican esos ojos sanguíneos, esa atqueada ceja, ese aspecto cuyos rasgos todos intimidan a los enemigos de la paz! Llegó el instante... los ríos corren bramando con redoblado caudal, a causa de la sangre que cae en ellos a torrentes; la metralla destruye las ciudades, la muerte en todas formas se ceba en los americanos! Media nación ha perecido, y nadie triunfa, porque de los restos sojuzgados salen asesinos y siguen matando; ¿a quién? ¡Al libertador de los esclavos, al amigo de las leyes, al padre de los pueblos!

Dad un paso y en Méjico halláis a la muerte de mantel, borracha, dando gritos y danzando frenética de un extremo al otro de la infortunada República. El mejicano muere por defender su patria, el francés por dar nuevos esclavos a la suya; el dominicano muere por defender su patria, el español

por dar nuevos esclavos a la suya; pero todos mueren y cumplen con la *ley natural* de matarse unos a otros.

El Plata corre también ensangrentado arrastrando hacia el mar cadáveres sin cuento. Si las naciones no aciertan a matar con propias fuerzas, se ligan, aúnan las armas y, fuertes contra el débil, aniquilan al menor número, cosa para ellas de gran júbilo, materia de *Te Deum*, iluminaciones y fuegos de Bengala. El Brasil, Uruguay y Buenos Aires, agavillados contra el heroico Paraguay, sostienen con la punta de la lanza no sé qué derechos, piden no sé qué seguridades, llevan adelante no sé qué pretensiones que ellos mismos no aciertan a entender, no sabiendo de fijo sino que tanto más labrarán su fortuna cuanto más acosen al vecino, disminuyan su resistencia, lastimen al género humano. Buen derecho, punto de honra, cualquiera cosa podrá mediar allí; pero al hombre de bien, al hombre civilizado, al cristiano le basta saber que el Brasil es comerciante de carne humana, que compra y vende esclavos, para inclinarse a su adversario y poner de su parte la razón. Dios nos guarde de esos pueblos feroces que mandan buques a Guinea o a las Costas de Oro, y allí con agujas, chupadores de cristal y abalorios se vuelven dueños de sus semejantes, amos de sus iguales, tiranos de los desgraciados. Estos pueblos jamás tienen razón, porque ella es una misma cosa con Dios, y Dios reprueba ese mercadeo infame, esa ganancia impía sacada de la libertad ajena. Como quiera que sea, el Paraná y el Plata arrastran sangre en lugar de agua, y mugientes e impetuosos van a teñir los mares.

Atravesad las Pampas, en donde ni por deshabitada y oscura está la tierra libre de la muerte, porque el silvestre *gaucho* vuela en su yegua tras el viajero y allí luego le mata; y dais en Chile, abrasada a la hora de hoy en guerra que amenaza ser larga y espantosa. Los enemigos la han mojado ya con su sangre, el orgulloso español ve ya su estandarte flameando en uno de los templos de la nación acometida. He aquí el caso en que la guerra es justa, necesaria. Una potencia amiga se presenta de repente, y encumbrando el pendón de la injusticia, pide dinero, reparaciones, deshonor al que ella tiene por indefenso, pues todo se le niega, que cuando sobra valor, superabundan los medios de resistencia. La lucha es desigual con una nación antigua, avezada a la conquista, poderosa de suyo, ufana con recientes triunfos: empero si una república joven y de estrechos lindes no llevaría lo mejor en la contienda, atentos sus recursos físicos, su fuerza moral es inmensa. De mala gana defendería un caminante una moneda de oro contra un bandido; mas una doncella brega hasta morir por la conservación de su honra, y en la misma debilidad encuentra el violador fuerzas invencibles. Se atraviesa la honra en esta guerra, la libertad corre peligro; pues Chile será fuerte, audaz, terrible, y ayudada por la justicia, dará al través con estos viejos godos tan enemigos del reposo. La iniquidad está de su parte, Chile sostiene su derecho: Chile está en guerra, guerra justa para ella, honrosa guerra, permitida, disciplinada, aconsejada por la ley de las naciones. *Justum est bellum, quibus necessarium; et pia armae nulla nisi in armis relinquitur spes.*

Se halla el Perú en el mismo trance, el mismo enemigo le acomete. ¿En dónde está la paz? ¿Qué rincón ignorado habita ese ente divino? La paz es una lengua de fuego que baja momentáneamente, como el Espíritu Santo, sobre algún mortal afortunado, y torna al cielo, habiendo sido apenas conocida de los hombres. La paz es el demonio de Sócrates, la ninfa Egería de Numa, el genio de Pen. Oh paz, cordero de Dios, paloma celestial, Paz, ¿en dónde estás ahora? No en el Asia, porque el japonés degüella al cabila; no en Europa, porque el cosaco degüella al polonés; no en América, porque los americanos se degüellan entre americanos! La paz es el ave Fénix; nace cada quinientos años, vuela por regiones desconocidas, y cuando muere no deja sino un descendiente: la mira, el orobias, arden en la pira de esa ave del Paraíso; pero esos humos sabrosos y vivificantes no llegan a nosotros. ¿Por dónde vuela ahora el ave Fénix? ¿Cruza los verdes prados de la Arabia feliz? ¿Para en un oasis del gran desierto de Sahara? ¿Gorgoritea posada tranquilamente en un aroma de los jardines de Bóbolí? Si está en alguna de estas partes del mundo, en América no está, nunca ha estado en la desventurada América. Guerra en los Estados Unidos, guerra en Méjico, guerra en la República Argentina, guerra en Chile, guerra en el Perú; en Bolivia, en Venezuela, en Colombia, ¡guerra, guerra!

Guerra en Venezuela, ¡sí! guerra en Venezuela: guerra sin fin, exterminadora, abominable: treinta mil víctimas ha hecho la revolución: treinta mil ciudadanos menos en las familias: madres, esposas, hijas sin cuento lloran a treinta mil hijos, maridos o padres. Número descomunal para un estadillo miserable en lo perteneciente a la población, aunque grande, egregio en lo que mira al valor, la inteligencia y más prendas morales. ¡Qué desgracia! Venezuela despuntada con la exuberancia de las más ricas y fructuosas plantas, quería ser la primera de las repúblicas de la América latina, si por lo relativo al pensamiento, si por lo tocante a la industria y los progresos materiales: ¿cómo había de ser? La patria de Bolívar abriga en su seno la simiente de los grandes hombres: donde nacen Suces, Guales y Bellos, por fuerza y razón hay un principio de grandeza que tarde o temprano se desenvolverá grandioso y producirá efectos superiores: la guerra lo embaraza, la guerra lo pervierte; los venezolanos descendientes de los héroes de la independencia, y por el mismo caso llamados al más eminente puesto, se ocupan de matarse entre ellos, en destruirse, en ser inferiores a los que valen menos. Todo es guerra, todo sangre en Venezuela.

¿Pues Colombia? ¡Pobre Colombia! ¡Cómo se han acostumbrado a matar los colombianos! Entre las víctimas de las batallas y las del cadalso dicen que han perecido el largo de 25.000 hombres en estos últimos años. A este paso, ¿qué será de la desdichada América del Sud? Lo que piden sus desiertos para ser campos y tierras pertenecientes a la civilización es pobladores; pues la revolución los despuebla más y más, y con la despoblación y el apego a la matanza viene la barbarie. Y se ha dicho en verdad, la sangre de los colombianos es de muy buena consistencia; les sirve en las venas noblemente, y son capaces de arrojarse a las mayores cosas. Tengo por

acertado el dicho vulgar de que en ellos hay algo de franceses, vivos, inquietos, ardientes, acometedores de peligros y rebosando en pundonor. Tal es el carácter de la nación en general; y si el carácter general es bueno, como observa un filósofo, ¿qué importan las excepciones? Poco hace al caso que algunos colombianos me hayan insultado recientemente: no soy hombre de partido, no discuro como parcial: el escritor debe girar en órbita muy dilatada, sin parar la atención en tropiezos incapaces de detenerle en su carrera: no debe expresarse como rojo ni conservador, como secuaz de Mosquera ni Arboleda, como urbinista ni floreano: ésta es mezquina condición que no habla con los que profesan la verdad. El que habla mal de mí, no habla mal de mí: no he sabido que Diógenes se haya irritado contra los que le llamaban *tonto* y querían hacer fisga de él. Diógenes, esa gente se burla de vos. Y yo, respondió el filósofo, no me tengo por burlado. Tan cierto es, como afirma Cicerón, que el hombre de bien no puede recibir injuria.

¡Lástima grande que tan buenas cualidades vengan a ser no tan útiles como pudieran, si los granadinos tirasen un poquillo la rienda al pensamiento y se dejasen estar quedos en donde la razón lo manda! Si algo les falta es buen juicio: son alborotados, anhelosos de lo imposible, *progresistas* a despecho del progreso la mayor parte de ellos; los otros, por convicción o por contradicción, apenas si se mueven. De aquí resulta un choque sempiterno entre los exaltados y los moderados, entre el espíritu de progreso violento y el espíritu de progreso paulatino, entre el sistema de Chateaubriand y el de los Girondinos. Yo pienso que el acierto está en la moderación, y tengo por axioma digno de Sócrates el vulgar proverbio que dice que *despacio se va lejos*. No merece aplauso aquel frenesí de *progresar* atropellando por la razón, la prudencia, la filosofía y todo; menos aún aquel espíritu de quietismo que aconseja no dar un paso, aquella tenacidad en aferrarse a lo establecido, bueno o malo, aquella alma de plomo que cae verticalmente y se asienta como *de punto* para más no levantarse. Si nos lanzamos ciegos tras lo que a nosotros mismos se nos ignora, corremos el peligro de dar pasos en vago, a modo del Cíclope de Virgilio que persigue a los griegos de Ulises dando trancadas descomunales sin saber dónde pisaba. El paso más seguro es ese sostenido, firme y al mismo tiempo moderado con el cual no se pierde el aliento y se llega tarde o temprano adonde uno se propone. Arrancad vuestro caballo, y en media hora salváis dos o tres leguas; pero allí le faltan las fuerzas; espumoso y jadeante, temblando, cae y os deja en media jornada. Ponedle en paso llano, tenedle a media rienda, y fresco y robusto llega adonde os dirigíais. Entre los granadinos unos quieren volar a toda rienda, otros moverse como tortugas, y se encuentran, y se chocan, y resultan heridos en la frente: de ahí la guerra, de ahí la sangre que no deja de correr en esas comarcas tan favorecidas por la naturaleza.

¿Cuál de las repúblicas sud-americanas puede lisonjearse de situación pacífica? Respuesta triste y verdadera, ninguna, ninguna. Revolución en Venezuela, revolución en Colombia, revolución en el Perú, revolución en Bolivia; en Bolivia revolución tras revolución: Linares, Achá, Bélsu, Mel-

garejo, Arguedas se derriban unos a otros cada día, y en este campo de Agramante no hay un rey Sobrino que ponga en orden a tanto desordenado ambicioso que derrama la sangre de sus propios hermanos por designios que nada tienen que ver con la patria ni con la libertad. La *libertad* y la *patria* en la América latina son la piel de carnero con que el lobo se disfrazaba: *patria* dicen los traidores, los enemigos de ella, los que la venden a Europa: éstos son *americanos* cuando va en ello su provecho; mañana volverán a ser franceses o españoles, enemigos de la *turbulenta demagogia de América*, reconocedores del imperio mejicano. ¡Oh escarnio! ¡oh ruin juego de pasiones! oh inicuo entremeterse en la política para mal del género humano!

Es asimismo Centro-América teatro de sangrientas escenas. Carrera, el selvático y poderoso Carrera, ese Maximino falsificado, desoló a Guatemala, el Salvador y otras repúblicas; tiranizó a todas, corrompió a muchas, y la guerra y el patíbulo fueron la orden del día durante la larga dominación de ese indio atroz. Carrera ha muerto, y el cadalso sigue de pie, y más y más se gallardea en las ciudades. ¿Pues no matan a Barrios a despecho de la palabra empeñada, a despecho de la misericordia y de la ley? Barrios representaba en Centro-América el liberalismo, el americanismo, el progreso; pues matan a Barrios, y los tiranos siguen reinando en las tinieblas, y la sangre corre, y el hombre vive para la desgracia.

¡El Ecuador ha vivido *en paz*! ¡Oh desdichada paz! ¡Oh paz vergonzosa y miserable! Esta ha sido la paz de la cárcel en donde los pobres indios tributarios gemían amontonados sufriendo el látigo de los capataces; la paz de los condenados a bóvedas, la paz de los obrajes: silencio profundo o llanto ahogado; abatimiento, miseria, terror, esclavitud. Los deportados al Napo están en paz; los cadáveres encerrados en los nichos de San Diego están en paz. En vez de esta paz quiero la guerra, la guerra con todos sus trabajos y desdichas: la guerra de los cartagineses, la guerra de los moros, la guerra de los judíos, cualquiera guerra, cualquiera muerte; porque al fin el que muere deja de ser esclavo, deja de temer, y empieza a descansar; descansa sí, descansa en el seno de Dios, y olvida las miserias y calamidades de este mundo.

¿Y qué llaman paz los sayones del tirano? Dos guerras con la Nueva Granada, centenares de víctimas; fuga, deshonra, vergüenza; ¿esto llaman paz? Mil y mil conspiraciones sofocadas, ahogadas en sangre; infinitos hombres muertos en los calabozos y el patíbulo; ¿esto llaman paz? ¡Esta es la paz de los demonios! Idos con vuestra paz a los infiernos.

Ved aquí, americanos, el cuadro fiel de América: extendiendo la mirada del uno al otro extremo del continente, y no veo sino guerra en todas las naciones conocidas que se titulan *civilizadas*. ¿Quién sabe si en Patagonia y Polinesia los salvajes son más felices que nosotros? No es probable; en guerra deben estar: en guerra constante, perpetua están los záparos con los jíbaros, los jíbaros con los canelos, los canelos con los murgas, y el

hombre civilizado y el salvaje cumplen con la *ley natural* de matarse unos a otros.

No ha sido mi intento desfavorecer al continente americano con esta pintura sombría y nada halagadora: de América he hablado, porque de América quería hablar. No es más feliz Europa, y nada tiene que echarnos en cara en punto a calamidades y desventuras. Verdad es que en algunos de sus pueblos reina la paz a la hora de hoy; pero ¡qué paz! Media nación armada, apercibida a la pelea, mantiene en paz a la otra media nación; Estados que han menester setecientos mil soldados sobre las armas, ¿podrán lisonjearse de la paz? Que falte un punto ese forzado equilibrio; y la guerra se precipita afuera, rugiendo y sacudiendo un tizón ensangrentado. La paz de Europa no es la paz de Jesucristo, no: la paz de Europa es la paz de Francia e Inglaterra, la desconfianza, el temor recíprocos, la amenaza; la una tiene ejércitos para sojuzgar el mundo, y sólo así se cree en paz; la otra se dilata por los mares, se apodera de todos los estrechos, domina las fortalezas más importantes de la tierra, y sólo así se cree en paz. Los zuavos, los húsares, los cazadores de Vincennes son la paz de Francia; los buques acorazados, Gibraltar, Malta son la paz de Inglaterra. ¡Paz mezquina e inútil aquella que necesita de lanzas y cañones! Rusia ahogando a Polonia, ahorcándola, azotándola, mandándola a los *steps* de Siberia, es la paz de Europa. La Gran Puerta degollando, desterrando, aniquilando a mansalva a los montenegrinos, es la paz de Europa. Prusia defendiendo *el derecho divino*, oprimiendo a Dinamarca, despedazando los ducados; con su rey Guillermo, ese triste Fernando VII, con su Bismark, ese horroso duque de Alba, es la paz de Europa, Austria remachando más y más las cadenas de Venecia, sepultándola en los *pozos*, imponiéndole su lengua montaraz a viva fuerza, es la paz de Europa. ¡Oh paz de Europa hermana de la paz de América!

Tras esta paz la guerra, viva, ardiente, vigente e infalible, como *ley natural*, que no puede dejar de obrar en las humanas sociedades. Mas sea ello como fuere, nunca creeré en esa *ley de la naturaleza*. Las leyes de la naturaleza son todas justas, blandas, cumplideras; leyes de Dios al fin, y como tales, buenas y caritativas. El hombre las escatima, las pervierte, e investido de un derecho que no tiene, se dispara con sus armas a acometer al hombre. Pues ¿no ha pretendido que la esclavitud tenía origen en la caridad? Según el derecho antiguo el vencedor tenía sobre los vencidos el de matarlos, y aun en el tormento: el vencedor, que en vez de quitar la vida al prisionero le cargaba de cadenas y le hacía su esclavo, era hombre *caritativo*. El acreedor tenía asimismo sobre el deudor insolvente el poder de vida o muerte, podía matarlo, hacerle pedazos descoyuntándole según le inspirase su perverso instinto: si en vez de poner en ejecución esta facultad monstruosa *le hacía esclavo* dejándole con vida, era hombre *caritativo*. Luego la esclavitud nació de la misericordia, como lo sienta el autor de "El Espíritu de las leyes", para refutarlo en seguida victoriosamente.

Si se discute de ese modo vendremos a parar en que los mayores abu-

sos, las costumbres más atroces, los crímenes de lesa humanidad mismo nacieron de alguna de las acciones aconsejadas por Dios, de alguna de las virtudes teologales. Bien que haya un viso de bondad en no quitar la vida a quien podemos quitarla; pero ¿quién nos invistió de este derecho? Fue la equidad divina o la injusticia humana? ¿No es ley abominable, reprobada por el cielo, aquello que pone al vencido inocente a merced del vencedor inicuo? ¡Caritativo afecto debió ser sin duda aquel que inspiró a los romanos la ley por la cual una deuda podía cobrarse en pedazos de carne del cuerpo humano, en miembros palpitantes, atenaceando, desperdigando, haciendo menudo picadillo del infeliz que a pesar de su honradez no podía satisfacerla!

Si la esclavitud tiene su origen en la misericordia, ¿por qué la guerra no había de ser de derecho natural? Los brutos se devoran unos a otros, y esto sin motivos de venganza ni temores para el porvenir, sino tan sólo por natural instinto, por necesidad física e inevitable: el tigre persigue al corzo, el lobo al cordero, el alcotán a la paloma: desde el león hasta la hormiga, desde el águila hasta la abeja todos tienen víctimas, todos se ceban en una especie inferior: la muerte es la vida, la guerra el trabajo que les proporciona la subsistencia. Subamos al hombre; ¿no le vemos a éste devorar al hombre en varias comarcas de la tierra? Pueblos hay en donde los ancianos sirven de plato en los festines de los hijos; otros en donde los extranjeros son muy sabrosos para el ávido diente del salvaje; otros en fin, en donde pelean entre vecinas tribus para agenciarse el alimento en los miembros de los vencidos. Luego tan natural es la guerra entre brutos como entre racionales.

No, no, oh Dios, esto no puede ser: un ente desposeído de razón está muy lejos de otro que la tiene: bien que el tigre devore al corzo, pero ¿vemos que jamás el tigre devora al tigre, ni el oso al oso, el buitre al buitre? sólo el hombre devora al hombre, y en esto viene a ser de peor condición que la bestia misma.

Este es un abuso de su libre albedrío y nada más: ¿cuántas cosas hay que hacemos y no debemos hacer? ¿Cuántas acciones prohibidas por el Legislador Supremo no las estamos poniendo por obra cada día? ¿Cuántas palabras indecorosas, indecentes, que no debía contener la lengua, no las soltamos insolentes a cada paso? El hombre comete adulterio, luego puede cometerlo por derecho; el hombre roba, luego puede robar; el hombre dice soberbio: ¡No hay Dios! luego Dios no existe. Esto sería tomar el efecto por la causa, uno de los vicios de raciocinio que lleva a los mayores errores, señalado por la lógica como el arma del impío, que la suele forjar, no teniéndola de mejor temple para sus combates. El hombre mata, luego puede matar; puede matar, luego lo hace por derecho propio; lo hace por derecho propio, luego Dios lo permite, lo manda; Dios lo permite, lo manda, luego Dios es... ¡Oh Dios, contén el ímpetu del ateo! Rompe esa cadena de blasfemias, pon aquí tu mano y muéstranos la verdad. Matamos así como robamos; matamos así como mentimos; matamos así como envidia-

mos: todas estas transgresiones de la ley natural: el estado de guerra es estado de crimen para el que no tiene de su parte la justicia y la defensa propia; y aquel discurso por el cual la guerra viene a ser ley de la naturaleza, y por el mismo caso a investir al Criador de pasiones horrorosas, no es sino el soritis de Caracalla: Quien nada me pide, no confía en mí; quien no confía en mí, se recela; quien se recela, me teme, me aborrece; quien me aborrece, desea mi muerte; quien desea mi muerte, conspira; quien conspira, debe morir. Consecuencias hiladas de este modo no tienen ningún peso en la razón, y no queda en limpio sino el abuso bárbaro, constante que los hombres hacen de uno de sus más preciosos atributos. No debe mentir, y miente, y ha mentido desde el principio del mundo; no debe codiciar, y ha codiciado siempre. Por el mismo tenor, no debe matar, y mata, y ha matado, y ha de matar hasta la consumación de los siglos, porque como dice Platón, no esperéis reformar las costumbres de los hombres a menos que no plazca a la Divinidad enviarnos un Genio revestido de todos sus poderes.

Sin los argumentos de raciocinio hay otros, y de mayor importancia, por donde venimos a la persuasión de que la guerra no es de derecho natural. Si así fuera el Redentor del mundo no habría predicado la paz, no habría aconsejado el sufrimiento y el perdón de los agravios; porque siendo ellos motivo de guerra, bien así entre personas como entre naciones, —“Sosteneos hubiera dicho, no evitéis la guerra, vengaos de vuestros enemigos”. La guerra es de derecho humano y como tal, errado, perverso; es el yugo que los reyes ponen a los pueblos, la triste necesidad en que éstos entran a causa de las inicuas tiranías. Y por más que me probasen lo contrario, yo jamás daría asenso a derecho tan monstruoso; porque según el dicho de Pascal, el corazón tiene razones que la razón no tiene. Esas razones del corazón me convencen de que no debo llevar adelante a viva fuerza mis pretensiones, vertiendo la sangre de mis semejantes; me convencen de que es bárbaro y cruel sentenciar con la espada en favor del fuerte; me convencen de que es cosa indigna del hombre entrar a una ciudad por fuerza de armas, degollar a ciegos, ancianos y niños, hombres y mujeres, culpables e inocentes; me convencen de que es injusto y atroz prevalerse del número y el arte para imponer deshonrosas condiciones a pueblos indefensos, obligarles a duros actos, y donde no, vomitar sobre ellos torrentes de metralla. Esto no lo permite la ley natural, éstas son sugerencias del demonio. Tuvo quien le defienda Jesucristo, partidarios tuvo sin cuento, ejércitos hubiera tenido, y no hemos visto que se haya valido de la fuerza. ¿Peleó con los Judíos? ¿Peleó con los Romanos? Al contrario, improbó la única acción sanguinaria que se cometió por él, volviendo a su lugar la oreja derribada por la espada de uno de sus discípulos. Esto no es instituir la guerra, esto es reprobarla; y ¿ha reprobado Jesucristo ninguna de las leyes naturales?

LA VIRTUD ANTIGUA Y LA VIRTUD MODERNA

A los Señores colaboradores de "La Patria"

MUY SEÑORES míos,

Si en lo esencial están ustedes en un corazón conmigo, en lo secundario tendremos poco que decir. "El grave defecto de que adolece en general" "El Cosmopolita", según el entender de ustedes, no está en mí, sino en los que precipitan su juicio sin cargar la consideración en la sustancia de las cosas. Quítese aquella *contraposición* entre las virtudes paganas y cristianas, entre María madre de Dios, y Arria, mujer de Cecina Peto, y de suyo quedan en nada esos *abismos tenebrosos, ruidos temerosos, preludios horribrosos* con que se nos quiere hacer temblar. Nuestro anhelo porque la mujer tome ideas de lo antiguo no implica menosprecio por lo moderno; antes por el contrario, suponemos primitiva, precisa y adquirida ya la educación religiosa, para que vengamos a proponerla ahora como cosa nueva de la cual convendría tomar lecciones. ¿Quién no sabe que el cristianismo ante todo? ¡María! es el primer nombre que la niña pronuncia, en él suelta la lengua, con él principian los ejercicios de su habla. ¿No la ven ustedes haciendo altarcitos y oyendo la misa. que un rapaz de la familia ahí luego se la dice? La mujer entre nosotros nace, vive y muere cristiana: ¿y se imaginan ustedes que a estas horas hemos de querer venir a convertirla al paganismo? Más loco sería quien tal creyese que quien tal intentase.

Yo no he dado una lección en el prospecto de "El Cosmopolita"; era y no más un preludeo, una introducción a lo que me proponía decir acerca de la educación de la mujer. Mis ideas se hubieran desenvuelto a gusto de los más aprensivos cristianos, porque de las virtudes antiguas y modernas habría procurado destilar, si sufre decirse, una sola, buena y verdadera. Tal era mi intento, y tal lo habría manifestado, si ustedes no se hubieran anticipado a reprobarme lo que aún no había dicho. Bien se me alcanza que la

pura y limpia virtud, la virtud digna del cielo está en la ley cristiana, ley de Dios. Pero si los antiguos griegos y romanos practicaron gran parte de ella por especial favor de la Providencia, ¿diremos que no fue virtud solamente porque el Redentor no había aún descendido al mundo? Virtud fue la de Sócrates, sabiduría la de Platón. ¡Cómo! Sócrates practicando y enseñando el sufrimiento; Sócrates sufriendo y aconsejando la pobreza; Sócrates poniendo por obra y prescribiendo la modestia; Sócrates hablando en todo caso la verdad; Sócrates humilde; Sócrates morigerado; Sócrates continente; Sócrates benigno, bueno, afable ¿no fue virtuoso verdaderamente? Todo lo que Jesucristo predicó después, Sócrates lo predicó antes; casi todo lo que Sócrates practicó antes, Jesucristo lo enseñó después. Si Sócrates hubiera vivido en tiempo de Jesucristo, habría sido el primero, el más querido de sus discípulos, él le hubiera bautizado en el Jordán. Sí, Sócrates es uno como profeta, en cierto modo precursor del Mesías, que han venerado todos los siglos, que nosotros debemos venerar, que venerarán nuestros descendientes. Filósofo sin par, hombre tan sólo inferior a Jesús, alma sublime, ¡Sócrates! ¿No eres tú el que con mano firme rasga el espeso manto que envolvía al mundo, y con mirada clara distingue allá un solo Dios eterno? ¿No eres tú el que muere por la sabiduría? ¿No eres tú el que pone escuela de grandeza de alma y bondad de corazón? El Salvador estaba lejos de emprender su grande obra, y ya en la tierra había un hombre que le anunciaba con las suyas: este era Sócrates. Y porque no tuvo el nombre de *cristiano* ni lo podía tener ¿hemos de llevar a mal que se le proponga como ejemplar de virtud y sabiduría? ¿Quién ha dicho que los hombres de hoy inmolen un gallo a Mercurio a la hora de su muerte? Fuera de esta debilidad o condescendencia, Sócrates fue verdadero y buen cristiano, y el Padre le ha bautizado tal vez en la Ciudad de Dios.

Notad qué similitud reina entre estos dos excelsos personajes, uno y otro nacen en humilde cuna; uno y otro llevan vida pobre, laboriosa, bienhechora a los demás; uno y otro tienen discípulos; uno y otro son denunciados, acusados, perseguidos; uno y otro beben el amargo cáliz; uno y otro mueren a manos de los que querían salvar. Jesucristo murió por redimir al género humano, Sócrates no murió por la vanidad. No hay sino una diferencia entre los dos maestros, pero diferencia grande, infinita, la que media del cielo a la tierra, es a saber, que el uno era hombre Dios, y el otro hombre puramente. Si se desea imitar a Sócrates, no se echa en el olvido a Jesucristo; el toque de la dificultad estará en la naturaleza de las obras que se escriban; si son religiosas y encaminadas a la conversión de los fieles, no hay para qué nombrar Sócrates ni Platones; todo será en ellas Jesucristo y San Juan Evangelista; si es mundana, cosa del siglo, que versa sobre la educación política y civil, sobre el aprendizaje de las sociedades y el paso común de la vida, teniendo por bien averiguar y admitido ya lo perteneciente a la religión, nadie nos quita que nos valgamos de los filósofos y grandes hombres de lo antiguo. Déjenme ustedes escribir un libro ascético, y les ofrezco no olvidar a ninguno de los Santos ni Santas de la Corte Celestial. Pero está uno hablan-

do de Atenas y de la Roma antigua, ¿y ha de salir con Santo Tomé y Santo Toribio? Tengan ustedes conciencia. Y tengan también cuidado, porque, si empiezan ahora a echar piedras a Sócrates, pueden correr la suerte de Anyto y Melito, quienes fueron perseguidos por los griegos, aborrecidos y escupidos de todos, excomulgados y al fin lapidados a su vez, por haber acusado al Maestro ante el Areópago: es uno como Gran Pontífice: el que le toca, queda maldito.

Yo sé bien que Jesucristo es el primero, el principal modelo de virtud. Su Imitación es, a mi juicio, uno de los más sublimes y mejores libros que salieron de la mano del hombre. Pero en segundo lugar, y cuando no venga al caso hablar de él, ¿qué, quién, nos prohíbe acudir a los varones antiguos, sabios y virtuosos? Ustedes han querido sentar un principio ocasionado a mil sonrojos según alcanzo a columbrar, esto es, que fuera de la Iglesia no puede haber virtud. Para no apartarnos del mismo filósofo, una vez que tanto les disuenan los nombres gentiles, díganme ustedes: la humildad en sí misma ¿es virtud cristiana? en San Francisco lo es, en Santa Teresa lo es, ¿y no lo sería en Sócrates? Si en éste no era virtud, ¿qué era? ¿vicio, o cosa indiferente? Estos son los *abismos*, los *ruidos*, los *preludios* a que ustedes nos arrastrarían con sus doctrinas egoístas.

“Si con el corazón puro tiendes los brazos a la Divinidad, y te rehúas a lo inicuo, y no vives en pecado; entonces elevarás la frente sin mancilla, y olvidarás tu miseria, y no te acordarás de tus males sino como de aguas que han pasado. Y tu gloria resplandecerá como el sol de medio día, y cuando te creas consumido, renacerás como la estrella matutina. Y permanecerás seguro, y en la tumba dormirás sin temor”.

“Señor, ¿quién habitará en vuestro tabernáculo, y quién reposará sobre vuestra montaña Santa? El que va por el camino de la inocencia y practica la virtud: el que dice la verdad en su corazón, y no oculta el artificio en sus palabras: el que no hace mal a su hermano y no le provoca con injurias: aquel cuya presencia confunde a los perversos, y honra al hombre temeroso de Dios; que hace contra el mal un juramento irrevocable; que no da dinero a usura ni recibe presentes para juzgar con injusticia; éste, éste es el que no irá vacilante por la eternidad”.

Así hablan los profetas: aquí no hay egoísmo, aquí no se condena la virtud de Sócrates, aquí no hay *ruidos* ni *preludios*.

“Tribulación y angustia sobre el alma de todo hombre que practica el mal, del judío desde luego, después del pagano; pero gloria, honra y paz eterna a todo el que practica el bien, al judío y al gentil, porque Dios no hace distinciones de personas.”¹

He aquí los discípulos del Señor abriendo los brazos al género humano, ¡y vosotros echándole a empujones al infierno! “Al judío desde luego, después del gentil, porque Dios no distingue las personas”. ¿Habéis oído? Y si Dios no excluye a ningún bueno, ¿nosotros huiremos su contacto bien así como

¹Epístola de San Pablo a los Romanos.

de gente maldecida? Ya habéis visto, la virtud es virtud en todo tiempo y lugar, y de ella hay ricas fuentes en esas tierras que vosotros cubrías de tinieblas y condenación. El Señor es magnánimo, el Señor es generoso. "Hay muchas moradas en la casa de mi padre", dice el mismo, y vosotros trabajáis por hacer esa casa mezquina y miserable, donde no haya espacio sino para los elegidos vuestros, y no para los elegidos del Señor.

Leo con asombro en vuestro escrito: ¿Iremos a la antigua Roma (y por lo tanto a la antigua Grecia, pues que habéis aunado estas palabras) en busca de la moral y de la virtud? Pero ellas son hijas de la religión &. Y leo con gusto, y me consuela este pasaje de Bossuet. "Poco más o menos por el mismo tiempo Thales mileciano formó la secta jónica, de donde salieron *esos grandes filósofos* Heráclito, Demetrio, Empédocles, Parménides, Anaxágoras, que hice ver el mundo construido por un espíritu eterno; Sócrates, que algo después trajo el mundo al estudio de las buenas costumbres, y *fue el padre de la filosofía moral*". Carneades, Plutarco y otros filósofos discípulos de Platón, discípulo de Sócrates, trajeron a Roma esta filosofía moral, y la enseñaron, y tuvieron sectarios infinitos. He allí la filosofía moral, y con ella la moral y la virtud con *las buenas costumbres a que Sócrates trajo el mundo*. ¡Mi Dios! ahora no me fío en la autoridad de un pagano: Bossuet, Bossuet es mi apoyo; Bossuet, Bossuet es mi guía; Bossuet, Bossuet es mi maestro. El me hace ver que esos Gentiles que vosotros aborrecéis y menospreciáis son *grandes filósofos*; él me hace ver que esos hombres ciegos incapaces de moral y virtud, son padres de la moral; él me hace ver que esos ídólatras hijos de Satanás ven el mundo construido por un espíritu eterno y proclaman un solo Dios.

Si antes de la propagación de la religión cristiana no podía haber moral ni virtud, como afirmáis, venís por vuestros pasos, vendados los ojos, a ponerlos al borde de un abismo más *tenebroso* que ese que *yo he querido cavar*: Moisés, Aarón, Josué, y tú, gran Melchisedech, no conocisteis la moral; David, Salomón, y tú Ratzías venerable, no conocisteis la virtud; Ezequías, Jeremías y tú, sublime Isafas, no conocisteis la sabiduría. Y con todo, "no solamente veáis a Jesucristo, mas antes érais su imagen y representábais sus misterios". Lejos de mí el pensamiento de creer a mis impugnadores imbuidos en estas creencias; esto no es sino para hacerles ver cuán peligroso es dejarse arrastrar por un entusiasmo ciego o una mala fe sin límites, que muchas veces llevan a la impiedad involuntaria aun a los hombres más adictos a la religión cristiana.

El empeño constante de ellos es hacer pasar por impíos, por *herejes* a los que no lo son, como si eso no fuera faltar a la caridad, dejar de observar la ley de Dios, ser impíos ellos mismos. Pero ¡qué diferentes son los juicios de Dios de los de los hombres! Mientras vosotros nos condenáis, él nos absuelve, como piensa Tertuliano.¹ Sed sabios sobriamente, no lo seáis más de lo preciso, dice el Apóstol.

¹Apologético.

“Sois generoso con el generoso, seréis terrible con el perverso. Vos sois, Señor, quien hace brillar la antorcha que me alumbrá; iluminad mis tinieblas.

En vuestra custodia, oh, mi Dios, atravesaré el campo de mis enemigos; con vos tendré fuerza y agilidad para salvar sus murallas.

Dios es más elevado que los cielos: tú, miserable criatura, no podrás alcanzarle; más profundo que el infierno, impenetrable a tus miradas. Dios es más extenso que la tierra, más vasto que el mar.

Dios toma al culpable, le carga de cadenas, le llama a juicio: ¿quién puede oponerse a su sentencia?

Dios conoce la vanidad de los mortales, ve el crimen en medio de las tinieblas”.¹

Sí, Dios es y hace todo esto: Dios ve el crimen en medio de las tinieblas. Vosotros, *miserables criaturas*, ¿qué veis? ¿Queréis por dicha igualaros a Dios viendo lo que no se puede ver en medio de las tinieblas que nos rodean? ¿Cuán prontos se hallan de continuo a condenar a sus semejantes *los piadosos* que no quieren ver en la religión sino una estrecha cárcel en donde el hombre no puede moverse ni echar la mirada en torno suyo! Dios es más elevado que los cielos, más profundo que el infierno, más extenso que la tierra, más vasto que la mar; y lo que es Dios es su religión, elevada, profunda, extensa, vasta. ¿Y tú quieres reducirla a mezquinos lindes? ¿Y tú rebajas su infinita altura? ¿Y tú le quitas su profundidad y la haces somera y sin asientos? “Hombrecillo de tierra, ¿de qué te ensoberbeces? Polvo y ceniza, ¿por qué te magnificas y engrandesces?”. Tú no puedes tomar a Dios y medirle, y formarle según tus pasiones y tu mezquina y vil naturaleza. Déjale encumbrado, profundo, extenso, vasto, generoso.

Todos preferiremos siempre María, madre de Dios, a Lucrecia, mujer de Colatino, esto es sin duda: no hay, no puede haber contraposición, rivalidad entre ellas. La virtud se junta con la virtud a pesar de tiempos y distancias. Mahoma ha reunido a María, hermana de Moisés, María, madre de Dios, Cadijah su esposa, Játima su hija, y las ha llamado *las cuatro mujeres perfectas*. Vosotros, cristianos de por ahí, tomaríais por los cabellos a Játima y Cadijah, y sin averiguar su naturaleza, sin meteros a consultar al Juez Supremo si eran buenas o malas, las aventaríais al infierno, tan solamente porque eran esposa e hija de Mahoma. Este ha hecho lo contrario; ha tomado a la hermana de Moisés y a la madre de Jesús y las ha puesto como las dos primeras mujeres cabales. Hacéis pues al verdadero menos magnánimo, menos benigno, menos perdonador que al falso profeta. ¡Dios me guarde de querer igualar a esas mujeres de condición tan diferente! Lo que hay de virtud en ellas, si es virtud, todo se saldrá allá; pero la calidad sublime de ser la una de ellas hermana del mayor y más santo de los profetas, la otra madre de Dios mismo, las separa de las demás personas de su

¹Cántico de David. Los Jueces. Job. Ant. Test.

sexo, y a la segunda, de su sexo y del género humano. Pero María dechado de virtudes, humilde, justa, compasiva, caritativa, buena, santa, ¿llevaría a mal que hubiese otras mujeres santas, buenas, caritativas, compasivas, justas, humildes, dechados de virtudes? ¡No, por Dios! antes quisiera que todas fuesen como ella.

Aquí tienen ustedes que la *suicida* Lucrecia hubiera sido *Santa Lucrecia*, si en tiempos de los reyes hubiera habido Pontífice Romano. Ya veo que se os erizan los cabellos, os asustáis, horrorizáis y me hacéis cruces. No importa, Lucrecia, mujer de Colatino, hubiera sido *Santa Lucrecia*, y vosotros la hubiéreis puesto *cerillas* y rezádole más de un *Padre nuestro*. Lucrecia es un conjunto de virtudes, de virtudes cristianas: modesta, pues trabajaba en junta de sus criadas; humilde, por la misma razón; caritativa, pues no habla de nadie ni hace mal a nadie: honesta, pues por haber perdido la honra a pesar suyo se da de puñaladas. Aquí está lo malo, decís; con este hecho impíamente heroico pierde todas sus virtudes. No es así. Una mujer cristiana, desde luego, hubiera luchado hasta la muerte, y si sus fuerzas flaqueaban para la defensa, no la hubieran abandonado para el último recurso; hubiérase quitado la vida antes de la consumación del crimen, y la Iglesia la recibiera entre sus mártires. Si las ideas de estos tiempos hubieran reinado entonces, Lucrecia habría hecho lo propio; mas el cristianismo aún no iluminaba la tierra, y una mujer, por virtuosa y santa que fuese, no podía atenerse a su doctrina. Más aún, la esposa de Colatino, lejos de cometer una acción reprehensible con suicidarse, no obraba sino un acto indiferente según las ideas de esos tiempos: indiferente, si ya no era virtuoso, como indicador de un ánimo fuerte y de una masculinidad siempre bien vistos entre los romanos. ¿Cómo pues llamar *criminal* a esa mujer heroica? Ni las leyes, ni las costumbres, ni la filosofía prohibían el suicidio; ¿y ha de ser criminal quien lo verificaba? Y echad de ver que nunca aplaudo en Lucrecia el acto mismo del suicidio, ni pretendería que nuestras mujeres empezasen ahora a matarse cuando sufriesen la desgracia de esa antigua, sino el pundonor subido, la virtud sin límites y la pureza irritada que la pone en la necesidad urgente de quitarse la vida, sin pensar en más recurso. Lo que yo quisiera que nuestras esposas aprendiesen de Lucrecia sería la fidelidad, la buena fe, la modestia y ese honrado apego a su marido, que no le permite vivir después de haber mancillado su honra: no, nunca quise la imitasen ni en el gentilismo, ni en el suicidio.

Todo eso pueden aprenderlo de nuestras Santas, decís. En buena hora; pero porque lo pueden aprender de nuestras Santas, ¿no lo pueden aprender de aquella? En Lucrecia me fijé, por cuanto ella es un egregio personaje que se levanta sobre el género humano y está a la vista de todo el mundo; y como mi ánimo era hablar de las antiguas virtudes romanas, no podía yo salir con Santa Quisíaca. La Historia y el Año Cristiano son cosas muy diferentes, pero que en ninguna manera se excluyen: yo propogo la una sin prohibir el otro; ustedes dan a entender que con éste no tenemos otra cosa que desear. Buen provecho.

¿Qué hubiera debido hacer una cristiana en la estrecha situación de la romana? Resistir hasta el último suspiro, o matarse antes de sufrir el sello de la infamia, decís. Pero Lucrecia no lo podía... ¿Por qué? Por motivo de esa misma infamia de que ella quería huir. Viene Sesto Tarquino, hijo del rey, y la amenaza con la muerte si en el acto no se rinde a su pasión. La honrada esposa desprecia el hierro que ya hiere su pecho. Pues mira, dice Sesto, te mato, luego mato a uno de tus esclavos, pongo juntos los dos cadáveres, corro hacia Colatino y le doy cuenta de haber matado a su mujer, como buen amigo suyo, por haberla encontrado *in fraganti* delito de adulterio con un esclavo. Sabido es que entre los romanos todos tenían la facultad de matar a los adúlteros, si los sorprendían criminales, y quien tal obraba, hacía un distinguido favor a sus amigos... ¿Qué hace Lucrecia? ¿qué debía hacer? Matarse. Vuelvo a advertir que la ley de Cristo no regía aún, y que Lucrecia no pensaba cometer un crimen; y torno a advertiros que, en mi concepto, ella servirá de ejemplar de lo bueno de su alma, no de lo malo, si algo malo hubiese en alma tan grandiosa.

¿Debía Lucrecia haber dado cuenta a su marido sin matarse? ¿Por qué no resististe? hubiera éste respondido. —Porque no pude.— ¿Pues por qué no te dejaste matar? Porque me amenazó con la infamia... —Y ahora te tienes por limpia de ella? ¿no estás infamada? ¿no eres adúltera, infiel?, visto que es físicamente imposible la consumación del crimen a viva fuerza, ¿no he de pensar que concestiste? ¿no me cubre a mí tu infamia tanto como a ti? y si te cubriste de ella, ¿no debo tener por bien averiguado que he perdido tu corazón? y sin tu corazón ¿qué es la vida para mí que te amo más que a ella? Lucrecia muere de su propia mano, por no vivir infamada, y esta sublime muerte trae consigo la libertad de Roma. ¡Qué grande acontecimiento!

Lucrecia es suicida, y por suicida, decís, no se la debe mentar en cosa de virtudes. Y ¿qué diréis, y qué haréis cuando os presente yo *suicidas* beatificadas, canonizadas por los Pontífices Romanos? Suicidas por la misma causa de Lucrecia, suicidas Santas, Santas suicidas? ¡Qué asombro! Aquí están, aquí están.

Vosotros que sois tan buenos cristianos debéis saber más que nosotros, pobres desventurados herejes, dignos de compasión. Abrid las obras de San Ambrosio, buscad el tratado “De la virginidad”, y ved allí a *Santa Pelagia* con su madre y sus hermanas lanzándose en un río por no servir de plato a los hambrientos de ellas.

Echad la vista a la Historia Eclesiástica de Rufino, y ved allí a Santa Sofronia dándose de puñaladas, cual otra Lucrecia, por huir de las brutales manos del emperador Maxencio.

Leed, buscad por ahí, y hallaréis otras varias Santas suicidas. Y tened entendido que fueron canonizadas después de su muerte, pues a mí se me ignora que nadie haya recibido en vida ese augusto tributo de veneración.

¿Qué decís? Santa Pelagia, su madre y sus hermanas ¿debían haber servido de *plato a los hambrientos de ellas* por amor de Dios? Santa Sofronia

¿debía haberse entregado al emperador Maxencio por amor de Dios? Ajenos os hallábais de querer proferir una blasfemia, y la habéis proferido.

Yo, pobre hereje digno de compasión, me quedo a Lucrecia y Pelagia y Sofronia; vosotros católicos romanos, ¿a quién os quedáis? *Notable es* que vuelva yo a proponeros *tres suicidas*. Prosigamos.

Ni pretendí hacer comparaciones entre las mujeres paganas y las cristianas, ni menos dar la preferencia a aquéllas. Cada una en su lugar: María, en el corazón y la cabeza, en la cabeza y los labios de la mujer desde que nace hasta que expira: Lucrecia, Arria, Pompeya Paulina, cuando empieza su educación secundaria, cuando viene a su conocimiento el pundonor del mundo, el punto de honra. Si decís que estas cosas son innecesarias o contrarias a la religión cristiana, probaréis que está en la naturaleza del hombre formar sociedades de Santos y Santas. La mujer que alcance fuerzas morales para ser una Virgen María, ignore en buena hora los nombres de Grecia y Roma: el hombre que sea capaz de seguir punto por punto la "Imitación de Jesucristo", prescindá de la filosofía de Platón. Pero así como no podemos ser Pitágoras ni Sócrates, asimismo no podemos ser Jesuses ni Magdalenas. El hombre moderno, civilizado según las formas de las sociedades que componemos y los tiempos que alcanzamos, tiene que ser cristiano desde luego, después *gentil*, si tener nociones de la filosofía antigua e imitar las virtudes heroicas es profesar el gentilismo.

Ya os entiendo que vuestro ahínco es echar abajo toda la grande antigüedad, de un hachazo, como el soldado de Constantino hizo con la estatua de Serapis; advertid, hermanos, que eso sería entrar Roma a sangre y fuego, derribar a tontas y a ciegas templos, circos, estatuas y más grandezas del arte. Derribar la antigüedad es poner fuego a la biblioteca alejandrina; derribar la antigüedad, es querer destruir como Calígula la *Iliada* de Homero y las *Décadas* de Tito Livio. De buena gana destruiríais la *Iliada*, ¿no es verdad? ¿Y cómo no, cuando en ella no se habla de San Crispín y San Clavijo, sino de Júpiter Tonante y Agamenón Atrida? Destruid la *Iliada*, amigos, y asemejáos a Calígula, católico romano. Yo no destruyo la *Iliada*, y admiro y venero, y aprendo de memoria las Sagradas Escrituras: las Sagradas Escrituras, fuente inagotable de virtudes, mar de poesía, monumento grandioso digno de la inspiración divina. Si a bien tenéis ahora, levantadme un *auto de fe*, mostradme las calderas hirvientes... Torquemada está pronto a escucharos y complaceros. ¿Qué insensato empeño es éste de querer formar sectas, doctrinas diferentes y opuestas, en donde no hay ni puede haber sino una religión y doctrina? Todos somos unos en ellas, y grito yo con Jeremías: El templo de Dios, el templo de Dios, el templo de Dios está entre nosotros!

"¿Ni qué iríamos a buscar en la Roma antigua? ¿Sería la libertad?" habéis dicho también. Sí, en la Roma antigua iremos a buscar la libertad, que por desdicha no la conocemos en la mayor parte de las naciones modernas. Hablamos de la libertad política, ya me habéis comprendido; de esa liber-

tad que se siembra y cosecha en el monte Aventino. No echéis en olvido que nunca me referí en mis acotaciones ni ejemplares sino a la *Roma antigua*; llegan los emperadores, cesa mi admiración por Roma, dado que con su llegada cesan las virtudes romanas. Harto se me acuerda que los Marios y los Silas, los Pompeyos y los Césares no fueron emperadores; pero éstos no pertenecen ya a la antigua Roma. La Roma de los Decios, la Roma de los Fabricios, la Roma de los Régulos, la Roma de los Escipiones, la Roma de las Cornelias, la Roma de las Bolumnias y Veturias, esa es la antigua Roma. En ella iremos a buscar la abnegación patriótica, lanzándonos con los Decios a brazo partido en medio de los enemigos por salvar la patria; en ella iremos a buscar la honradez invencible, negándonos con Escipión a dar cuentas al Senado; en ella iremos a buscar la pobreza evangélica, despreciando las riquezas con Fabricio, en ella iremos a buscar la buena fe, volviéndonos con Régulo a Cartago.

Bella será y amable la joven que hoy *prende su cerilla y la pone a su patrón por la salud de su hijo*; Bolumnia empero y la anciana Veturia representando al esposo y al hijo por la salud de Roma, en consideración a la Divinidad, la generosidad y la paciencia, son grandiosas y sublimes. Yo gusto de esa madre devota y su cerilla, y como no se opone en ningún modo a la de Coriolano saliendo de luto al frente de las matronas romanas al campo de los Volscos, de buena gana la quiero también y la venero. Vosotros os contentáis de alumbraros con *cerillas*; un grande hombre, un sublime cristiano piensa muy de otra manera: "Sería vergonzoso en general, dice, a todo hombre de bien ignorar el género humano".¹ Para huir de esta vergüenza iremos a Roma a buscar todas esas cosas, a conocer al género humano hirviendo en el Foro, saludando a la libertad a voz en grito. Roma es libre, "uno de los pueblos más libres que nunca vio la tierra", como dice Montesquieu. Porque es libre, y para serlo, se retira al monte Sacro; porque es libre, y para serlo, derroca a los reyes, destruye a los Decenviros; porque es libre, y para serlo, tiene la ley Valeria. ¿Y no iremos a buscar la libertad en Roma?

"El esposo tirano de la esposa", habéis dicho. La ley mantenía a la mujer en perpetua tutela hasta el día en que se casaba, en el cual quedaba emancipada y libre: nunca en Roma tuvo el marido el derecho de vida y muerte sobre la mujer, nunca pudo obligarla ni la obligó a los trabajos y penas de la servidumbre. En Roma se podía repudiar a la mujer, y esta facultad la tenían amplia los maridos; y con todo *era tal el respeto que se tenía a los auspicios*, tales las costumbres y la moral, que por el espacio de quinientos veinte años nadie se atrevió a usar de este derecho, hasta que Cervilio Ruga repudió a su esposa por motivo de esterilidad.² Las mujeres tenían templos aparte; las casadas, juntas misteriosas en donde trataban cosas ignoradas siempre por los maridos, quienes sufrían esos misterios con religioso

¹Bossuet, *Discours sus l'histoire universelle*.

²Dionisio de Halicarnaso.

silencio. Más de un grande hombre dijo en los asuntos graves: "Lo consultaré con mi mujer". He aquí el esposo tirano, he aquí la esposa tiranizada.

Queréis "la libertad de pensar, hablar, trabajar, aprender y enseñar": todo esto lo tenía el pueblo romano. Pensaba hasta el extremo de ser él mismo su legislador; hablaba hasta llenar el cielo de sus voces; en el Foro no hacía sino hablar; los Tribunos hablaban más que los Cónsules. No trabajaba mucho, es verdad, porque profesaba las armas, no porque no tuviese libertad para tan noble ocupación; pero ved luego al otro lado del Tíber, y en un corto pegujal hallaréis a Cincinato labrando la tierra con sus manos. Esperad ¿quiénes vienen allí? Son los principales padres conscriptos que el Senado envía en comisión a revestir de la púrpura dictatorial al viejo labrador. Cincinato obedece; pero después de haber salvado la patria en cortos días, vuelve y empuña otra vez la esteva. ¿No se trabaja en Roma?

En cuanto a los *alaridos del esclavo desgarrado por el látigo* del dueño, que no *del patrón* (el patrón era un protector obligado a tales y cuales servicios para con sus clientes; el patrón, en Roma, no tenía esclavos, tenía amigos que le servían con buenos oficios, y a quienes él protegía a su vez) esos alaridos, digo, más me desgarran las entrañas a mí que a vosotros; pero la culpa de la esclavitud, estoy lejos de echarla a Roma ni a su religión: mujeres tenían los dioses, queridas y mensajeros; mas no he sabido que en el Olimpo hubiese esclavos. La esclavitud es el gran pecado de los pueblos antiguos y modernos, el crimen de que no se quieren castigar ni pueden prescindir; pero no tiene su origen en Roma, ni es vicio de la naturaleza de las antiguas afecciones. No lo es, ya que se ha afirmado que ella procedía de la conmiseración, la caridad, virtudes evangélicas, y de las principales; no lo es, ya que ha sobrevivido a Roma; no lo es, ya que ha reinado junto con el cristianismo en muchas partes de la tierra; no lo es, ya que reina todavía para vergüenza de nuestros tiempos. No queréis ir a la antigua Roma por no oír los alaridos del esclavo; pues no vayáis tampoco a los Estados Unidos, nación cristiana por la mayor parte; no vayáis al Brasil, en un todo cristiana; no vayáis a Cuba, esclava de España, católica, apostólica, romana. ¿Por qué habéis querido tiznar a Roma con esa mancha que tanto afea a los tiempos antiguos cuanto a los modernos? El cristianismo acabará por extirpar ese nefando abuso; pero tarda, tarda más de lo que pide la naturaleza: el Evangelio no sufre la esclavitud, el Redentor muere por el género humano y todo entero lo redime. No, no iremos a buscar en Roma la esclavitud, porque el hombre de bien a ninguna parte ha de ir a buscar sino lo justo y bueno.

Y echad de ver una cosa, que yo he querido ir a Roma, que es el pueblo romano el que me admira, y de ningún modo a la infame Capadocia, ni los galos y germanos de entonces. No me traigáis estos esclavos desnudos a ponerme los por delante; así les compadezco yo como vosotros, así los libentaréis vosotros como yo. El derecho antiguo de la guerra era monstruoso: hizo mal Roma en reducir a la esclavitud a los prisioneros: pero en descuento de

este abuso; ¿no se os acuerda cuántos vencidos enemigos, tan inferiores a los romanos y tan cortos de ventura en sus comarcas, vinieron a Roma a ser *ciudadanos romanos*? En Roma, al lado de un crimen halláis siempre una virtud. Id a Roma; aprovechad de lo segundo, absteneos de lo primero.

El vicio general de que adolece vuestra censura es la mala fe, lo veo, lo palpo; y demás de esto hay en ella error de juicio y un espíritu de generalización que tuercen mis intentos y estragan mis ideas. Cito a Platón, y decís que Atenas no puede servirnos de modelo; traigo una ley de Licurgo, y voláis a advertirme que en Lacedemonia se toleraba el hurto; admiro a Lucrecia, ¡y qué prontos y apercebidos estáis a echarme en cara el suicidio! Locura sería en mí pretender que ahora nos educásemos en la escuela de Hegesías; locura y muy grande, que imitásemos en todo a los romanos. Pero es no menor la vuestra de querer inspirar repugnancia por las antigüedades griega y romana, y hacernos olvidar los nombres de Solón y de Catón por los de San Plácido y San Clérigo. ¿No sería mejor pensar en todo, saber de todo, y del vasto campo de las civilizaciones antiguas y modernas tomar la flor y adornarnos con ella? Diréis que para salvarnos no habemos menester las sentencias de Bías ni los consejos de Pitaco; y yo os digo que porque los sepamos no nos condena el Señor a las llamas infernales. Y sobre todo, ¿no os lo dijo ya Bossuet? Sería vergonzoso a todo hombre de bien ignorar el género humano. Condenad cuanto queráis a vuestros semejantes; pero *felices los que esperan en silencio la salud de Dios*.

¿Qué diría Gibbon si os oyese la peregrina especie de no querer se inspire a los jóvenes *simpatía* por la antigua Roma? ¿Qué diría Fenelón? ¿Qué diría el gran Carlos de Secondat? ¿Qué dirían tantos varones perillustres que han preponderado sobre los demás, no por haber vertido su sangre, mas antes por haber estudiado en el Pórtico y el Liceo; por haber ido con los diputados del Senado en busca de las buenas leyes del mundo para formar *las doce tablas*; por haber bebido, no de *las turbias aguas de Sodoma*, sino de las cristalinas y sabrosas del Peneo? No me cerréis las puertas de la antigüedad, porque os las rompo a hachazos.

¡Y Cicerón! mi Cicerón viene aquí atrastrado por las barbas como *sodomita*, para que el fuego del cielo llueva sobre él. No me acuerdo haber leído en ninguna parte que este grande hombre se haya precipitado en ese abismo: Middleton en su vida no lo trae: los historiadores de Roma no lo dicen, o he perdido la memoria de ello. Todo puede ser, visto que ese era el crimen harto común entre los antiguos, si bien es Nerón el que se casa públicamente con Esporo. Uno de los mejores emperadores cayó también en ese lomedal: harto conocido es el impúdico Antinoo; pero Publio, aquel hermoso niño, ¿no dio ocasión a la abolición de la esclavitud por deudas defendiendo su pudicia a todo trance contra el infame Papirio? En Roma, al lado de un gran crimen, siempre una gran virtud, no lo olvidéis.

“¡Oh! si en el seno de algún pueblo católico cundiera tan abominable vicio, se estremecerían de horror aun las potestades del infierno”, exclamáis horrorizados. Las potestades del infierno están estremecidas; Sodoma

y Gomorra están reedificadas; ¡horrorizaos! ¿En dónde? En el seno de más de un pueblo católico... En esas ciudades-monstruos en donde los vicios más inverosímiles habitan entre tinieblas; en donde el dios Priapo tiene altares en oscuros subterráneos; en donde los hechizos de Venus nada pueden; en donde los Antinoos y Esporos desbancan a las Frinés y Popeas; en donde... Jóvenes que habéis tenido la desgracia de salir por un instante de la inocente América, decid si estoy hablando la verdad. ¿Qué crímenes, qué horrores, qué pecados inauditos no se llevarán adelante en esas bacanales, que aunque no se disparen enloquecidas por las calles públicas, están bailando, saltando y corriendo furiosas por sus escondrijos? Los que no habéis viajado, no sabéis... Pero nadie ignora por allá que ese nefando vicio está hoy tan coronado como en lo antiguo. Tan coronado, no, porque las leyes no lo sufren como en Atenas, ni lo prescriben a los mozos como en la infame Tebas; pero ¡ay! no deja de reinar. ¿Os atreverías a desmentirme? ¿y los mil viajeros que os citaría luego? ¿y los mil casos auténticos que os pusiera a la vista? ¿y las mil pruebas que os adujera? Estemos a justicia, España es en este particular la nación más bien quista de la Providencia; en España la naturaleza está en sus términos; reina majestuosa, no se apca ni un punto de su trono, y los hombres la tributan sus respetos en la debida forma.

El grave, religioso español no va a Sodoma; si se pierde es en Jerusalén. De aquí es que nosotros estamos libres de ese vicio, nos horrorizamos de sólo oírlo, y la mayor parte de los americanos aun ignora lo que ello pueda ser. ¡Dichosa ignorancia! Pero dad un paso de España, salvad las Columnas de Hércules, y allí veréis a la madre natura tirada por el fango, estropeada, pisoteada por el hombre. "Dícese que en Argel se ha llegado al extremo de no tener ni una mujer en los serrallos; y cuando los revolucionarios contra el sultán Achmet de Constantinopla saquearon la casa de Chaya, no se encontró en ella ni una mujer".¹ Si bien es verdad que estos desventurados pueblos viven en las tinieblas del Corán, los otros profesan el Evangelio: esas son llagas incurables con que el género humano morirá infestado. Si la ley del Cristo fuera observada, se curarían; pero ¿qué importa que se le profese cuando no se la sigue? No hay otro diluvio, no llueve fuego sobre las ciudades, porque el Señor ha dicho: "No maldeciré a la tierra en adelante a causa de los hombres, porque su pensamiento y su corazón están inclinados al mal desde que nacen: no fulminaré pues mi ira contra toda criatura viviente, como lo he dicho".²

"¿Por dicha buscaremos la propiedad en la antigua Roma?" Principia así vuestro argumento acerca de esta importante y esencial materia. Sí, iremos a la antigua Roma a buscar la propiedad; pues ella no podía estar ausente de un pueblo que *era magnánimo, porque era virtuoso*, y porque era vir-

¹*Espirit des Lois.*

²Moisés, el Génesis.

tuoso desdeñaba las riquezas. "No basta en una buena democracia que sean iguales las porciones de tierra, sino que han de ser pequeñas, como entre los romanos. No permita Dios, decía Curio a sus soldados, que ningún ciudadano crea ser poca tierra, la que es suficiente para alimentar a un hombre". El comunismo y el socialismo, estos azotes de las modernas sociedades, no han salido, no podían haber salido de un pueblo en donde cada ciudadano se contentaba con una porción de tierra que él podía labrar con sus manos. Los graneros públicos en Roma no estaban al arbitrio del pueblo; los magistrados repartían el trigo conforme al número de personas de la familia; y la ley agraria, que yo sepa, nunca tuvo por objeto la comunidad de bienes: de continuo se la debatía en el Foro, mas el Senado en esto se mantuvo firme; y cuando ella hubiera pasado, no disponía que los romanos gozasen de sus bienes en común, sino que la tierra se repartiese en justicia, quitando algo al que tenía por demás, dando algo al que tenía menos, o nada tenía: cosa muy diferente del comunismo de los absurdos revolucionarios franceses. Una vez hecho el repartimiento, la porción de cada ciudadano quedaba garantida por la ley, sagrada, precisamente como sucede entre nosotros: con esta diferencia, que entre los antiguos romanos no eran las riquezas de la menor estima, ni había ricos en la antigua Roma; al paso que en las sociedades cristianas todo poseen unos, nada otros. No quiero ley agraria, no porque ella por su naturaleza no sea justa, sino por las injusticias y males sin cuento que traería consigo, caso que fuera posible llevarla a cabo, lo cual es muy dudoso: La revolución francesa no lo pudo, ¿quién lo podría? Ricos hay en Francia, ricos en Inglaterra que tienen de renta una libra esterlina por minuto; ricos en esta misma pobre *aldea nuestra*. Pobres hay en Francia, pobres en Inglaterra, de esos que se comen las manos y se echan en el Támesis o el Sena; pobres en *esta pobre patria*. Sea como quiera, la propiedad exista, vaya adelante como está, haya pobres y ricos. Los unos gocen de sus riquezas, los otros quedémonos al Señor. "Y Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícil es que los que poseen riquezas entren en el reino de los cielos!"¹

Todo viene al fin a parar en Dios, amigos míos: ora andemos perdidos por los laberintos de la antigüedad, envueltos en sus tinieblas; ora salgamos a éstos que nos parecen *claros* tiempos, el resumen de nuestros juicios y nuestras afecciones es siempre Dios. Sócrates le vio, Platón le vio, Anaxágoras le había visto antes; San Pablo, San Jerónimo, San Agustín le vieron después; nosotros le vemos ahora; nuestros hijos le irán viendo conforme vayan viniendo. Demos de mano la disputa, porque en presencia de Dios, como dice el Apóstol, la humana sabiduría no es sino locura; y lo que en Dios parece incuerdo, es más cuerdo que toda la sabiduría de los hombres, y lo que en Dios parece flaco, es más fuerte que toda la fuerza de los hombres.

¹Evangélio de San Marcos.

CONTESTACION

A la "Carta de un sacerdote católico
al redactor de "El Cosmopolita"

LA AUGUSTA persona que con tan humilde título me ha hecho la honra de dirigirme esa carta, me anima por una parte con tan insigne distinción, mas por otra me veo desalentado y puesto en duda acerca de si debo o no entrar con ella a profundizar materias de tanta gravedad, cuando considero que esta suele ser la tarea de los sabios. ¡Mas por cuanto en ello se atraviesan el interés de mi patria y los derechos de todas las repúblicas latino-americanas, procuraré decir lo que más viniere al caso en mi concepto, huyendo cuidadosamente de internarme en asuntos delicados en donde más entra la teología que la filosofía. No es posible añadir algo nuevo a los libros y discursos que se han compuesto acerca del poder temporal de los pontífices romanos, de la independencia de la Iglesia y de los derechos del soberano; ni la comarca en que escribimos es buena para que la inteligencia se dilate en explayado razonamiento. Con lástima habréis visto, venerable sacerdote, cómo en este pueblo no es permitido al escritor nombrar siquiera a un hombre grande de la antigüedad, sin incurrir en la nota de antirreligioso y estar expuesto a los desmanes del fanatismo azuzado por la malevolencia política, o por las ruines pasiones que envenenan a los hombres de persona a persona.

Con todo, si exigiés de mí contestación, me veo el caso de deciros que el derecho de Patronato es uno de los inherentes a la soberanía de las naciones, y que disputarlas este derecho sería quitarles el poder de regirse conforme a la ciencia del gobierno, que consiste en hacer de modo que los asociados vivan en orden imperturbable, obrando lo posible por su felicidad. Pero esta felicidad no puede hallarse, complázcome en deciros, sino donde la Iglesia y el Estado perfeccionan su unión sin lastimar las prerrogativas de cada uno, sin llevar adelante pretensiones ambiciosas que aca-

rrean de continuo males y desgracias, evitables con sólo un poco de moderación y de justicia. Si una de las primeras obligaciones del soberano es mirar por el establecimiento del orden y por el bienestar de los pueblos, ¿no es evidente que tendrá de suyo la facultad de intervenir en todo lo que a tan sanos fines sea opuesto? Jesucristo instituyó su Iglesia y la dejó los poderes necesarios para que se conserve y propague su doctrina, pero al mismo tiempo manifestó muy clara su intención cuando dijo a sus discípulos: "Obedeced a las potencias superiores". La Iglesia es santa e infalible; los hombres pueden errar y aun ser malos: de esa *buena y dulce madre*, como la llamáis, no desconfiamos; la Iglesia, tal cual la instituyó su divino fundador, es con efecto esa madre tierna y amorosa que no quiere sino el bien de sus hijos; como la han puesto las revoluciones de los siglos y los abusos de los hombres, puede merecer algún reparo. ¿Obraban dentro de los límites de su jurisdicción aquellos Papas que intervenían, reinando la ignorancia, en los asuntos domésticos de casi todas las naciones? ¿Obraban dentro de los límites de su jurisdicción los que ponían en entredicho reinos enteros, excomulgaban clases de hombres, traían reyes y emperadores a su presencia, obligándoles a venir a pies descalzos a arrastrarse de rodillas en el Vaticano? ¿Obraban dentro de los límites de su jurisdicción los que deponían soberanos, creaban soberanos, y dispensaban a los pueblos de la debida obediencia incitándoles a la rebelión? No hablo, venerable sacerdote, llevado *de la pasión*, como decís, mas antes instruido por la historia y espantado de tamañas transgresiones de las leyes. Hablo porque veo a un Gregorio VII llamando a juicio temporal al emperador Enrique IV de Alemania y deponiéndole de mano poderosa; hablo porque veo a un Sixto V violar la ley fundamental del reino de Francia y declarar el legítimo heredero del trono inhábil para suceder a sus mayores; hablo porque veo a un Papa Alejandro obligar a un Federico Barbarroja a tirar del diestro a su mula por la plaza de San Marcos; hablo... ¿Qué infinitos ejemplos no se podrían traer del abuso del poder de los Pontífices Romanos? Jesucristo no llamó a cuentas al emperador de Roma ni excomulgó a los de Samaria; antes aconsejó conforme a su humildad y sabiduría a sus discípulos: "No aspiréis, les dijo, a los primeros puestos en los festines"; y de continuo les andaba dando pruebas de su sometimiento a las potestades civiles, y la más clásica es el haberse él mismo sometido a la jurisdicción de Herodes y a la sentencia de Pilatos, sin proferir un término en orden al abuso de esos bárbaros magistrados. No vemos que después los apóstoles hubieran obrado un solo acto que indicase el derecho de reinar independientes, ni los Santos Padres enseñaron nunca esa doctrina. ¿Cómo la habían de predicar los Santos Padres? Estos varones sabios y virtuosos tenían presente *al maestro*, y sabían muy bien a qué atenerse. "Los bienes de la Iglesia están sujetos al emperador, dice San Ambrosio; imponga los tributos que quisiere, yo no rehúso pagarlos" *Si agros desiderat imperator*. ¿No era esto reconocer el derecho de la potestad civil sobre la eclesiástica? San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Bernardo y todos los santísimos doctores

que son la gloria de la cristiandad y de la Iglesia, nunca profesaron las perniciosas doctrinas que con el transcurso de los tiempos han propagado algunos eclesiásticos ultramontanos, echando en olvido las divinas máximas de nuestro Salvador.

El había dicho: "Mi reino no es de este mundo", y ved allí a un Alejandro VI repartiendo como árbitro supremo una gran parte de la tierra entre los reyes de España y Portugal. San Pablo aconsejaba a los Corintios gobernarse con modestia, sin usurpar el poder ajeno, y ved allí a un Urbano VI tratando de *sacrilegos* a los soberanos y magistrados que se atreviesen a juzgar a un eclesiástico. San Ambrosio había dicho lo que vos sabéis más que yo, y ved allí a un Bonifacio VIII declarando en su bula *Unan Sanctam* que la Iglesia tiene dos espadas, y que es artículo de fe necesario para la salvación el creer que toda criatura humana está sujeta a la Silla Apostólica en lo temporal. ¡Oh Dios! ¿Jesucristo se hizo por ventura declarar emperador de Romanos, ni blandió la espada del exterminio? Si volviese al mundo, hallaría que su doctrina se había de todo en todo pervertido, y que era menester redimirlo y purificarlo nuevamente con otro sacrificio. ¿No vale más imitar a Jesús que era el *último de todos* por la humildad, que a Bonifacio que quería ser el primero por el orgullo?

Los males que han causado al género humano el abuso del poder de algunos Papas y su absoluta independencia del Estado, pasan los términos de toda ponderación; y un derecho ejercido tan en mengua de los hombres no es posible que nazca de Dios que es el bien y la justicia. Los *anabaptistas* negaban toda obediencia a las potestades de la tierra, y de esta arrogancia se siguieron males sin cuento a la cristiandad. Paulo V puso en entredicho a Venecia con ocasión de haber la República dictado para su gobierno ciertas leyes de policía que no fueron del gusto del pontífice, y el Gran Consejo corrió los mayores peligros sin saber cómo salir del paso. Cristerno, rey de Dinamarca, invadió y asoló la Suecia prevalido de un decreto del Papa León con el cual excomulgaba al Administrador de este infortunado reino. No acabaría si hubiese de enumerar los males que el abuso del poder y la independencia del clero han acarreado a las humanas sociedades durante los siglos de ignorancia.

Los dos mejores reyes de Francia fueron asesinados por fanáticos que pensaban servir a la religión con el más execrable de los crímenes, irritados de que los soberanos tomasen parte en los asuntos que, aun cuando tocaban a la Iglesia, más tenían que ver con el Estado. ¿Y esta madre piadosa y tierna llevará nunca a bien semejantes desafueros?

No os he nombrado, venerable sacerdote, esos Pontífices con el fin de afeardar el Pontificado; pues si de éstos hubo entre los sucesores de San Pedro, varones santísimos y sapientísimos se encuentran asimismo entre ellos que son la honra de la dinastía espiritual, y han sido las delicias del mundo cristiano. Helos traído a colación, porque de ahí pienso sacar el argumento que os ha de hacer algún peso, o yo no entiendo un ápice en achaque de racionismo. Pregunto, pues, si en vista de las arbitrariedades de aquellos Pon-

tífices Romanos y de los males evidentes que causaban al gobierno civil, el soberano tenía o no derecho de intervenir en los actos que traían esas consecuencias? El Papa León fulmina un interdicto contra la república de Venecia por haber dictado ciertos reglamentos de policía encaminados a su bienestar; ¿tiene o no derecho de intervención el soberano? ¿O ha de sufrir en silencio la usurpación de su soberanía por un poder extranjero? Diréis que conviene distinguir el abuso del derecho puro y neto: si es así, de acuerdo estamos en el punto más esencial de la materia que se discute; pero queda en mi favor el haberos demostrado que en vista de la experiencia, no podemos confiar ciegamente en un poder que no pocas veces se ejerció en menoscabo de los derechos de la sociedad política.

De aquí proviene la necesidad del *pase* al cual tiene derecho el soberano en materias eclesiásticas, porque sin él nulas serían todas sus prerrogativas, y la asociación civil correría, si no el peligro inminente, a lo menos la probabilidad de sufrir mortales golpes de un poder extranjero. De la sabiduría y bondad reconocidas de nuestro padre Pío IX, que Dios guarde, nada debemos temer; ¿pero no está en la naturaleza de las cosas que pueda sentarse en la Silla de San Pedro otro Alejandro VI u otro Bonifacio VIII? Pues si uno de estos declarase por un decreto pontificio nula y de ningún valor la elección de un Presidente americano, el soberano haría bien y no usurparía poder ninguno en secuestrar ese decreto y ordenar no tenga ninguna fuerza en la República. No era ese desde luego asunto eclesiástico; pero como la Sede Romana ha revestido muchas veces con este nombre las cosas meramente civiles, bien podía ser que pretendiera ejercer sus prerrogativas de madre espiritual en esa coyuntura, y el gobierno político había menester el *pase* para no dejar destruir la sociedad encomendada a su rencia.

Vuestro argumento sacado de la comparación entre la unión del cuerpo y el alma y la de la Iglesia y el Estado, así puede servirnos a vos como a nosotros; pues si la vida del hombre y el ejercicio de sus funciones físicas y morales provienen de la estrecha correspondencia de sus dos partes y del obrar de la una sobre la otra, claro está que la independencia absoluta de cada una de ellas no es admisible: el alma obra en el cuerpo, el cuerpo obra en el alma, y cada cual se somete a la influencia del otro; luego si la misma paridad corre entre la Iglesia y el Estado, sufrid que así como ella es todopoderosa en materia de dogma, en lo tocante a la disciplina tenga el otro tan solamente la intervención necesaria para el orden y la tranquilidad de la asociación política. Jesucristo formó una sociedad independiente y revestida de los poderes necesarios para gobernarse, no tratamos de contradeciros; ¿pero qué sería de los Imperios si esa sociedad viviese en medio de ellos sin ninguna sujeción al soberano? “¿Qué indigno fuera, exclama Vattel, ver a un obispo resistirse atrevidamente al soberano, y declarar que no tiene que dar cuenta sino a Dios!” Como sacerdote no esté en buena hora sujeto sino al tribunal supremo; pero como miembro de la sociedad civil, como ciudadano, ¿por qué no se sometería a los tribunales de la tierra?

Sea de esto lo que fuere, notad, venerable sacerdote, que la ley de Patronato más se ha ejercido en bien de la Iglesia que en detrimento de sus fueros; pues la misma etimología de la palabra lo demuestra, significando como significa *protección*, y así está puesta por efecto, pues que muchos de sus artículos se reducen a dictar disposiciones como estas: "Corresponde al Congreso dictar todas aquellas medidas que estimare convenientes para mantener en todo su vigor la disciplina de las Iglesias de la República, &." "Hacer que los Prelados visiten sus diócesis, prestándoles los auxilios necesarios al efecto &". ¿No es esto proteger la Iglesia? ¿Y qué usurpación sufriría ella con que se mirase por su interés con tanto ahínco?

La práctica de esta ley sería asimismo un buen argumento en favor del derecho del gobierno civil. Los reyes de Castilla gozaron del Patronato en las Iglesias de América, mientras la una dependió de la otra: proclama su libertad América, adquiere el derecho de gobernarse a sí propia; luego es manifiesto que adquirió todas las facultades conducentes a este fin, visto que cuando se aspira a un todo se aspira a cada una de sus partes. Y si como os hemos demostrado, la intervención del poder civil en ciertos asuntos eclesiásticos es indispensable para la tranquilidad del Estado, ¿no es inconcuso que los americanos no habrían ido a conquistar una libertad imperfecta, con la cual no pudieran vivir en orden seguro y bien establecido? Las Iglesias de América, por otra parte, fueron todas erigidas y dotadas por sus hijos, sin que los monarcas españoles hubiesen hecho la menor erogación para esa santa empresa; de donde es fácil deducir que los americanos adquirieron un derecho propio para los tiempos felices en que, con la libertad política, lo pudieran ejercer. El que hayan conquistado su independencia ¿sería razón para que empezaran a depender de una autoridad distinta en materias que entrañan su existencia, por estar íntimamente ligadas con su Constitución?

Pero demos que este beneficio lo hubieran debido a los reyes de Castilla; paréceme que con la independencia no perdimos los privilegios que en junta suya habíamos gozado; puesto que ella tampoco los ha perdido. ¿Cómo puede admitirse que de la ruptura de dos miembros aproveche un tercero? Claro es que cada una de las partes separadas se quedó con lo que tuvo, cuanto más que no se había estipulado con la Santa Sede lo contrario.

El Congreso de Colombia del año 24 no tuvo en su ánimo recabar de la Silla Romana una concesión, un derecho que no podía ejercer sino con su consentimiento, cuando dispuso que el Poder Ejecutivo celebre con Su Santidad un concordato, pues que dice que "el Poder Ejecutivo celebrará con la Silla Apostólica un concordato que asegure para siempre e irrevocablemente esta prerrogativa de la República y evite en adelante quejas y reclamaciones". El objeto era pues evitar *quejas y reclamaciones*, y de ningún modo impetrar una gracia, como lo habéis dado a entender, mi digno refutador. ¿Ni como había de tener ese concordato por objeto impetrar una gracia, cuando uno de los considerandos de la ley es "Que el gobierno de Colombia debe sostener no sólo los derechos que tiene como protector de la Iglesia, sino también los que le competen en la provisión de beneficios en razón de

la disciplina, bajo la cual se establecieron las Iglesias de este territorio, que hasta ahora no ha sufrido alteración?”

La mente de la ley, como sin dificultad conocen todos es, que el Poder Ejecutivo hará reconocer por Su Santidad el derecho que Colombia tenía de mirar por el bien de sus Iglesias, protegiéndolas *como patrono* en todo lo conducente a su bienestar, al mismo tiempo que defendiese el Estado contra las injustas pretensiones del clero, para establecer de este modo la armonía entre los dos poderes. ¿Cómo formar una sociedad perfecta con dos soberanos cuyos caprichos y ambiciones casi siempre son opuestos? “Sufrir que un gran número de súbditos, y de súbditos en dignidad, dependa de una potestad extranjera y se consagre a ella, es vulnerar los derechos de la asociación y chocar con los primeros elementos del arte de reinar”. «Desde que el clero forma un cuerpo aparte es formidable», añade el mismo Vattel. Y es así la verdad, porque al instante que los dos cuerpos, eclesiástico y civil, están separados, son rivales, se encuentran, disputan y lejos de tender a la concordia, cada cual quiere ir por su camino, y el pro común padece horribles contratiempos. ¡Qué representación no tiene un obispo! ¡qué influencia, qué poder no ejerce en su diócesis! Y en el nombramiento de un personaje tan eminente ¿no intervendrá el soberano? ¿nada tendrá que ver esa elección con el Estado? No es posible. La doctrina, os la dejamos intacta; pero en lo que nada tiene que ver con ella, dejadnos poner una mano protectora. Y ni aquello de un modo absoluto; porque si como es posible que suceda, un prelado empezara a predicar errores manifiestamente contrarios a la religión que la ley protege, el poder civil tendría derecho de reprimirle y de evitar a la Iglesia un cisma peligroso.

“El Patronato, decís, fue concedido al rey de Castilla, *como rey de Castilla*, no como conquistador de las Américas”. Si así fue, ¿por qué ejercía el Patronato en las Indias aquel rey? ¿Era esta una usurpación a la Silla Apostólica? ¿O probaréis que el rey de Castilla no tenía intervención ninguna en los asuntos eclesiásticos de sus colonias? Sobre que aquí no cabe réplica, oíd luego a Escribano: “El patronato eclesiástico corresponde a la corona de España en aquellos países (las Indias) por haberlos descubiertos. . . razón por la cual los pontífices romanos han expedido Bulas motu proprio para la conservación de esta regalía. El patronazgo real *es uno e insolidum*, perpetuamente reservado a la corona &.” Aquí tenéis anonadado vuestro argumento.

Ni los reyes de Castilla obtuvieron de la Silla Apostólica un privilegio; con la celebración del memorable concordato no hicieron sino reivindicar un antiguo derecho inherente a su soberanía, que había sido ejercido por los antiguos monarcas y que un inconsulto rey fue a cederlo voluntariamente al Sumo Pontífice al tiempo de su coronación en Roma.

Habéis alegado en favor de la Iglesia la sumisión de los reinos más ilustrados de Europa, y el constante reconocimiento de su independencia. En esto habría mucho que decir, pues “vemos que los parlamentos de Francia defendieron fiel y constantemente los derechos de la corona en las materias eclesiásticas. Los sabios magistrados que componían estas ilustres corporaciones esta-

ban penetrados de las máximas que la sana moral dicta en esta materia".¹ ¿Y habéis pretendido que Francia reconoció siempre su falta de derecho en asuntos eclesiásticos? Viendo estamos de continuo la oposición de los obispos a las medidas del Gobierno imperial; pero la sabia corte no cede ni una mínima en lo que tiene por cierto, y mantiene ilesas sus regalías. Inglaterra, una de las naciones más avisadas del mundo, no solamente no ha reconocido esa independencia, pero ha unido el pontificado a la corona. No vayáis a pensar que aprobamos esta unión; no tratamos de exponer ahora nuestro dictamen; esto no es sino para refutar la proposición de que *las naciones más ilustradas de Europa* han reconocido el absoluto e independiente poder de la Santa Sede. De España hemos dicho ya lo necesario. Austria ha celebrado, es verdad, un concordato muy desfavorable a la nación, por el cual renuncia sus regalías; pero esto no prueba sino que todos son dueños de ceder voluntariamente lo que poseen, si otras obligaciones no les ligan a un tercero.

Se me ocurre una reflexión, venerable sacerdote, para concluir esta parte del asunto que discutimos. Un cisma contrapone a los católicos; una nueva secta difunde sus doctrinas; divídese la Iglesia en dos partes iguales, y como cada una de ellas se tiene por perfecta, cunde la desobediencia, y mil peligros amenazan a los reinos. El asunto es puramente eclesiástico, pero es tal la eferescencia de los ánimos, que toda la sociedad civil está en riesgo de alterarse. ¿Tiene o no derecho el príncipe para meter allí su brazo y poner en orden a los turbulentos? ¿No es su deber mirar por la conservación del Estado y conjurar cuantos peligros le amenacen así de cerca como de lejos? Los templarios, los albigenses perturban la tranquilidad pública; pero como no abrazan sino materias eclesiásticas, el soberano no tiene ninguna acción contra ellos. ¿No sería este un golpe mortal a la soberanía?

¡Mirad que es cosa dura y terrible condenar como *herética y sacrilega* una *proposición* que ha servido de ley a millones de hombres durante largos años! ¿Cómo habíamos de ser herejes y sacrílegos cuando nuestros legisladores y nuestros magistrados, y nuestros padres nos enseñaron a creer en las leyes, respetarlas y obedecerlas? Y estos legisladores, y estos millones de hombres, y estos inocentes ¿gemirán hoy en las llamas infernales por *herejes y sacrílegos*, cuando los unos no procuraron sino dictar a los pueblos las leyes que creían convenientes, y los otros cumplir con el estricto deber de observarlas? El Sumo Pontífice no ha fulminado contra el congreso de Colombia las terribles expresiones de *herético y sacrilego*, porque dictó la ley de Patronato, ¿y ahora incurren en sacrilegio y herejía los que la recuerdan? No, no es esto lo que queráis decir, hombre de bien católico.

Y pues que con tanto anhelo exigís declare yo la intención que mi *pláceme* envolviera, sabed que mi ánimo fue aprobar la medida del Gobierno, como un remedio contra la anarquía que reinaba en materias eclesiásticas, como que hemos visto escandalizados que el clero se atenía al concordato en lo que él aprovechaba, y en lo que no, se dejaba regir por la ley de Patronato, en el

¹Vattel, *Derecho de gentes*.

fueo v. g. Que aquél no estaba perfeccionado es evidente, pues que ha sido sometido a la Silla Apostólica con ciertas modificaciones para su nueva aprobación. ¿Sería pues juicio *desacordado e imprudente* el que aceptaba la eliminación de la anarquía? Veo con pena que habéis comprendido mal, sospechando que yo quería imbuir al Gobierno en alguna idea hostil al clero, con haberle dicho que *aclare su conducta y tome por el camino del bien*, consejos que en ningún caso serían malos, porque jamás es malo aclarar su conducta, y menos tomar por el camino del bien. Si es del *bien*, ¿no será bueno y justo? El *bien* no es ambiguo; en el *bien* puro y neto no hay mal ¿por qué merezco reprehensión? Mas para satisfaceros en un todo, sabed que yo quise hablar de la política general, y de ningún modo de lo perteneciente al clero, cuyo asunto no toqué sino de paso. Oprimir a una clase numerosa, útil, necesaria y que no carece de virtudes, no es tomar por el camino del bien. Dejáos de aprensiones.

Mas ya que se me ofrece la ocasión, os he de manifestar mi dictamen acerca del concordato, y con tanta mayor confianza cuanto que tengo noticia de vuestras justas y honradas opiniones. Paréceme que en los términos en que está concluido es, no solamente contrario a nuestra Constitución política, como lo ha hecho ver hasta la evidencia el ilustrado ecuatoriano señor don Pedro Carbo, sino también de muy perniciosas consecuencias y ocasionado a mil peligros. ¿Cómo había de ser conveniente constituir a los obispos en árbitros supremos de la educación de la juventud? ¿Con que el soberano no tendrá en adelante el menor derecho en el punto más delicado y de mayor trascendencia? ¿Qué sería del Ecuador a la vuelta de veinte años con sistema semejante? Ahora mismo estáis oyendo cómo llaman *gentil*, necia y desvergonzadamente al que se atreve a nombrar a Sócrates; ¿qué sería cuando el concordato se pusiese en práctica en toda su plenitud? Habremos de huir de la civilización para no tener en nuestras manos sino tal cual libro ascético que los obispos quieran prescribirnos. Este es el camino de la barbarie.

Fuera de esto, ¿no habéis visto los alarmantes efectos que el concordato empezaba a producir? El hogar doméstico violado, la propiedad invadida, el brazo eclesiástico armado de la espada temporal acometiendo a sangre y fuego a lo que debía respetar, he aquí lo que principiábamos a ver llenos de dolor. Si un obispo tiene facultad de crear un cuerpo de gendarmes para invadir las casas, a quemar libros prohibidos, ¿no podrá asimismo formar un batallón? Y si puede formar un batallón ¿por qué no formará un ejército? He aquí un Estado en otro Estado, cosa absurda, frágil y de imposible duración. Mientras permanezcáis entre nosotros las cosas irán mejor, la parte más ilustrada del clero se contendrá en ciertos límites, porque hemos oído y aplaudido vuestros sabios consejos; pero una vez que volvais al lado del augusto Padre que nos hizo la honra de mandaros, ¿qué medida pondrá ella a sus excesos? “Si la cuerda se temple demasiado, el arco se rompe”, la habeis dicho; y es así, la cuerda se templará demasiado, el arco se romperá. ¿Y hubo nunca revolución más desastrosa y sangrienta que aquella en donde se atravesaron las ideas religiosas? Ni el mundo en general está en disposición de sufrir otra edad media, ni nuestra República es tan ciega y vil que sufra por su parte el renacimien-

to de la Inquisición y de la teocracia. Mirad cómo todavía andan errantes por todos los rincones del mundo esos mal aconsejados sacerdotes que a fuerza de abusos y de tiranía sacaron de sus quicios a la nación más religiosa del mundo y la obligaron a bañarse en la sangre del desventurado clero. La revolución de España debe estar presente en el ánimo del nuestro, el cual no debe olvidar que, por manso y humilde que sea un pueblo, llega al fin el día en que es soberbio y exterminador. ¿Cuántos y cuántos sacerdotes no perecieron en la religiosa España? ¿Pues cómo repetir ahora aquí las causas de esos trastornos dolorosos? Ved lo que hacéis, contenéos en los términos de la prudencia.

Lo que ahora aconsejaría yo al Gobierno sería que aprovechándose de la facultad que le concede la Constitución y la ley dada por el congreso de Colombia del año 24, celebrase un nuevo concordato con Su Santidad, más igual para ambas partes, menos expuesto a los peligros que tememos con razón, y más paternal y magnánimo de parte de nuestro Padre Santo. Si los pueblos no se avienen ya a *esa clase de tratados*, ¿por qué no hacerlos más adecuados para sus actuales circunstancias? ¿Acaso le falta caridad, generosidad ni cordura al venerable Pío IX? El no había de negarse a las exigencias de un pueblo católico que, si no pidiere la efectividad de un derecho propio, no repugnaría pedirle una gracia, como a su padre sabio y amoroso. No había de negarse, pues con las repúblicas de Costa Rica y el Salvador, y últimamente con la de Haití, ha celebrado concordatos liberalísimos en los cuales rebosan la munificencia y la cordura de nuestro Padre Santo Pío. ¿Por qué no trataría con el Ecuador del mismo modo? Ya sé lo que vais a responderme: Su Santidad no ha sido mezquino con vosotros, decís; vosotros sois los que habéis sido mezquinos con vosotros mismos; él estaba dispuesto a concederos cuanto pidiésteis; si no os propasábais de la razón, nada os hubiera negado de lo que tuviésteis por conveniente para la perfecta armonía de los dos poderes y para el caudal de vuestras luces. Vosotros habéis sido cortos en pedir, y aun necios en rehusar, ¿de qué os quejáis ahora? ¡Ah! Señor... no digáis *vosotros*; decid tal cual descastado ecuatoriano de apocada inteligencia o de la buena fe, levántese la castidad. He pedido Fabios Máximos, no Domicios Nerones; he pedido Paulos Emilios, no Heliogábalos; he pedido Lucrecias, no Mesalinas; he pedido, en fin "la Roma de las virtudes y de las grandes cosas". Esa Roma embozada regimiento de su grandioso manto de púrpura, coronada de luareles, con un cetro de marfil en la mano, ésa es mi Roma.

¿Para qué, Señor, entrar en paralelos de crímenes y vicios? El hombre siempre ha sido hombre, y la balanza no sabría a qué lado inclinarse si pesásemos en justicia las desgracias antiguas y modernas. El circo se riega con sangre humana, es cierto; pero al fin esto lo autorizaban las leyes; y la copiosa sangre que después se ha vertido trasgrediéndolas? Habrán muerto algunos centenares de atletas durante el reinado de un bárbaro emperador; pero los doce mil homicidios que se apuntaron en los registros judiciales en los Estados del Papa, de los cuales cuatro mil fueron cometidos en la capital, durante los once años que reinó Clemente XIII,¹ ¿son nada? No pocas hambres hubo en la antigua

¹Gibbon, *Decline and Fall of the Romain Empire*.

Roma, pero estas casi siempre nacieron de las guerras, y de ningún modo de las instituciones: y el hambre y la desnudez del pueblo romano de hoy, por ser de hoy ¿son menos de sentirse? Habránse *expuesto los niños* en los tiempos pasados; ahora los viajeros los ven en las esquinas en montoncitos, unos sobre otros, alrededor de una fogata, por dar calor a sus medio desnudos miembros. Si no dais crédito a mis ojos, me obligaréis a citar autores. Pero lo más prudente sería echar allí un manto, dejar cubiertas esas llagas: ¿pensáis que ellas duelen a los romanos solamente? No, es la especie humana en general la que padece. ¿Y acaso ese triste privilegio es de Roma y nada más? Hablé de Roma, porque estaba en Roma, porque hablaba de Roma, y sin ninguna prevención particular contra ella ni con mal intencionado ahínco. En Francia e Inglaterra, imperios ricos y florecientes, el hambre hace no pocas víctimas. ¿Y esta desgracia la hemos de atribuir a la reina y al emperador? de ninguna manera; porque si el soberano cumple con su obligación de hacer lo posible por el bien del pueblo, de los males superiores a su poder no es responsable. Napoleón proporciona trabajo, paga liberalmente, es bondadoso con sus súbditos: la emperatriz por su parte es benéfica y munificente, y con todo no pueden evitar que algunos mueran de necesidad y frío en París y otras ciudades del Imperio. ¿Será Napoleón quien responda de estos fracasos que no le es dado impedir? Y el viajero que refiera las desgracias de Francia ¿habrá tenido con sólo eso la mala intención de mancillar la virtud de su soberano? Esto no puede jamás decirse, venerable sacerdote. Así es que no sé cómo habéis ido a tomar con tanto calor la defensa personal de nuestro Santo Padre Pío IX, sin más que haber dicho yo que en Roma se padecía miseria. Esto es evidente, en Roma el pueblo no vive en la abundancia, y vos lo habéis probado mejor que yo lo pudiera hacer; pues si todos los ciudadanos vivieran en la holgura, el Sumo Pontífice no estuviera en la precisión de ser tan liberal como decís, y como nadie puede contradeciros. Porque hay escasez en el pueblo, Su Santidad gasta de su *peculio* en favorecerle; porque hay escasez en el pueblo, *su corazón manso y benéfico se conmueve*; porque hay escasez en el pueblo, “sus tesoros se abren para erogar anualmente 180.000 duros en beneficio de los necesitados”. Con que si el pueblo de Roma no fuera necesitado, si no hubiera hambre y miseria, el Padre Santo no hiciera por precisión todo eso, ni sus entrañas benéficas estuvieran siempre conmovidas, ni sus ojos llorando de compasión. ¿Oyes, Pío IX? de *aquende los mares* hay uno que dice la verdad, y piensa que con ella no te ofende. ¿Oís, Eminentísimo cardenal y sabio político Antonelli? De *aquende los mares* nadie se acordó de vos para insultaros. Y vos, venerable sacerdote a quien me cabe la honra de escribir, oíd también y haced justicia a la pureza de mis intenciones, y ved que no he pretendido decir que el Gobierno de la Iglesia fuese de *miseria y descuido* sino que en Roma, en el pueblo de Roma había escasez en la comida y el vestido. ¿Cómo había yo de pretender que en el Gobierno reinase tal desgracia? *Cardinales regibus equiparantur*. Si me hubiesen dejado buenamente desenvolver mis ideas, habrían visto que la Roma de nuestros días salía de mi pluma a su vez grande y majestuosa, en cuanto pudiese mi facultad de expresarme. Sus nume-

rosos templos entre los cuales se encuentran los mayores y más brillantes que nunca la mano del hombre elevó a la Divinidad; sus museos rebosantes en preciosidades antiguas y modernas; sus magníficos palacios, y otras mil obras del arte, harán de la ciudad *eterna* la ciudad eterna verdaderamente. La Iglesia de San Pedro y el *Moisés* de Miguel Angel bastarían para engrandecer a cualquier ciudad que los poseyese; pero confesad que el Panteón, único monumento entero de la antigüedad, y el Torso del Vaticano, también obra maestra de ella misma, son unas de las maravillas que más enriquecen a Roma y asombran más al viajero. Quedemos en que Roma siempre es Roma.

Y pues que tan cortés y benevolente os habéis manifestado, no puedo menos que agradeceros de todo corazón la suavidad de vuestro lenguaje y lo sano de vuestras intenciones; justicia me habéis hecho en pensar que las mías no eran malas, y con razón espero sabréis estimar los esclarecimientos que he podido daros, disimulando los errores en que incurro de nuevo por ventura. Acabo de leer vuestra carta, y así me ha faltado el tiempo como la sabiduría para contestaros; pero sí tengo la sensibilidad necesaria para estimar vuestros exquisitos miramientos, y doble ha de ser mi gratitud, porque al paso que me habéis hecho el objeto de ellos, habéis respondido en mi lugar a tantos y tan bárbaros detractores como se han encarnizado en mí, sin más que haber dado yo a luz un escrito inesperado. Ya echáis de ver en esta contestación que el orgullo no me ciega, y que estoy lejos de esa *insultante vanidad*, en la cual dan mis enemigos al mismo tiempo que proclaman su modestia.

Aceptad, venerable sacerdote, las respetuosas expresiones con que me ofrezco de vos atento y seguro servidor

JUAN MONTALVO.

Bosque de Ficoa, a 10 de febrero de 1866.

CARTA DE UN PADRE JOVEN

Manuscrito encontrado entre los papeles de un viajero inglés muerto en Granada

ENTRE LOS viajeros que ocupaban la fonda de Minerva, en Granada, durante el tiempo de mi permanencia, en esa ciudad, eché de ver un inglés por todo extremo taciturno y apartado del trato de la gente. Paseábase siempre solo, no tenía habla con nadie, y, si por casualidad concurría a la mesa redonda, su asiento había de estar a alguna distancia de los otros huéspedes. Por costumbre madrugaba yo, pero ya él había salido, y era muy frecuente el encontrarnos en nuestro paseo matinal, cuando por los huertos de la vega, cuando en la colina del Albaicín, y alguna vez le encontré también observando melancólico las cuevas de los Gitanos. Ese hombre acarrea consigo algún pensar profundo; ni era para menos la palidez de su semblante, y el rematado silencio que pesaba sobre él. Por mucho que nos viésemos nunca nos saludamos: pero la simpatía hablaba ya, y solamente el ser tan desconocidos era causa de que no nos comunicásemos. Una ocasión entré a la Alhambra, y después de recorrer los patios, galerías y aposentos desiertos del palacio, fui a contemplar la ciudad, la Vega y las colinas desde el *Gabinete de la Sultana*, de donde se goza una grande y agradable vista. Los templos y sus cimborios majestuosos; el Jenil y el Darro serpenteando por la verde campiña; la Sierra Elvira a mucha distancia; la Sierra Nevada al otro lado. Sobre este cuadro gravita un vasto y poético silencio, ese silencio lleno de ruidos y de voces se cierne sobre las ciudades populosas, cuando se las contempla de una altura. Al pasar por delante de la prisión de Juana la Loca, vi un hombre sentado en el pedestal de una columna: inmóvil, agachado, con la mano en la mejilla, ni se movió al ruido de mis pasos. Era el inglés. Volví por ahí después de una hora, ahí estaba el viajero; pero esta vez alzó los ojos, y al verme, se levantó al instante: —Caballero, me dijo, pienso que nos entendemos. Y llegándose a mí, extendió la mano. Ese hombre necesitaba un amigo, y estando yo en el mismo caso, la estreché

sinceramente. La poesía del dolor rebosaba en su corazón; y como el mío estaba no más sano, pronto se vaciaron el uno en el otro. Su tristeza fue a más de día en día: las penas del alma obraban en el cuerpo: enfermo había estado mucho tiempo; se acabó de consumir, murió dentro de poco. Escribí al cónsul inglés en Málaga, quien tenía delegación del embajador de S. M. B. para entender en estas cosas, comunicándole el acontecimiento; el cónsul se trasladó a Granada, selló dos baúles del difunto, y se los llevó consigo.

Entre los papeles del viajero encontramos el borrador de una carta, por donde se descubre los motivos de sus pesares. Supliqué al cónsul me obsequiase con ese manuscrito, para conservarlo como prenda de un grande y desgraciado corazón, como recuerdo de una amistad, si fugitiva, amena y verdadera. Denegóse, con decir que nada apreciaría más la familia del infortunado Tomanvol; pero consintió en que sacase una copia. Hela aquí:

“Van tres semanas que no veo al niño, Aurelia; te escribo, aun cuando esto sea en vano. El faltar a tu palabra sería poca cosa en este mundo de inconsecuencia y perfidia; pero el delito que cometes contra la naturaleza, no se te podría perdonar sino por un grande arrepentimiento. No sé si de veras me aborreces; mas en algunos puntos de tu conducta para conmigo, no puedo ver sino encono; encono injusto, amiga mía, encono ingrato y poco digno de corazón como el tuyo. ¿Aborrecerme, Adelaida? ¿aborrecer al que ha hecho de ti una deidad, al que te ha adorado, al que ha vivido en ti, y mil veces estuvo pronto a sacrificar su vida a su amor? Cuando te hincabas por aquel suelo, y me abrazabas las rodillas, y tus lágrimas corrían por tu rostro, y en tu voz de ángel me decías esas cosas celestiales, no pensabas que algún tiempo el objeto de tu adoración sería objeto de odio implacable. ¿Qué hice contra ti? Procuré volverte a la gracia de tu padre, obtuve su perdón, te volvía a tu familia. Y era todo un grande sacrificio para mí, porque dejé de verte, y me eché a morir. Anda y pregúntale a ese río cuántas lágrimas he derramado a sus orillas; pregunta a mis viejos árboles cuántas veces me vieron a su sombra rodando, gritando como un poseído, quedándome luego inmóvil como sin vida, largas horas sin voz, sin aliento, sin alma. Por donde íbamos juntos, por allí voy: en donde nos sentábamos, allí me siento: busco tus huellas en el suelo, y me parece que las distingo, y me agacho, y beso la tierra, cual si fuese pavimento sagrado. ¿A éste aborreces? Cuando desde tu ventana me ves salir sobre tarde, calado el sombrero hasta los ojos, sin volver ni alzar la vista, solo, sombrío, triste y encaminarme fuera de la ciudad, ¿qué piensas que voy a hacer por esos campos? Me veo fuera de la gente, y suelto la voz a llamarte, me ahínco en la arena, te adoro. Y me parece que vienes, y me parece que llegas, y me parece que te abrazo, y con ahínco exclamo: ¡Aurelia! y me muero, y no recobro la voz sino para volver a exclamar: ¡Aurelia! ¿A éste aborreces?

Felicidad, cosa fue de un día; tranquilidad, no la conozco; salud, destruida, a fuerza de padecer: corazón, pecho, alma, todo me duele, todo me mata. Vuelvo la vista al tiempo pasado, y me muero de envidia de mí mismo; me contemplo actualmente, y me muero de lástima de mí mismo. Yo soy ése que

tú amabas; yo soy ése que descansaba en tu regazo; yo soy ése con cuya ensortijada cabellera tus dedos se entretenían; yo soy ése de cuyo cuello te colgabas, a quien mirabas con ojos rebosantes de amor; yo soy ése que podía todo contigo, que vivía en el paraíso. Y de todo lo que fuí, nada soy ahora, sino al contrario un hombre mísero, abandonado de la suerte, dejado de la mano de Dios, porque a veces se me entra Satanás en el cuerpo, y me hace gritar contra el cielo y la tierra. Aislamiento, silencio, terquedad, esto en fin que llaman en mí orgullo y hurañería, no es sino desgracia: iba a decir amor, pero está bien decir desgracia. Amor sin recuerdos ni esperanza, es digno de compasión; pero amor con pasado como el mío, es cosa terrible, que mata en el tormento, pues el mayor pesar es la memoria del bien que poseíamos. Quien nunca fue feliz, nada echa menos; pero haber bajado del cielo, y ver hacia arriba, y no poder volver, es cosa de malditos, es el infierno vivo con todas sus sombras y sus llamas, hervidero en donde se retuesta y revienta el alma, en donde gime lúgubrementemente sin esperanza de perdón ni alivio.

Y con todo, ahí estás en frente mía, a dos pasos de mi casa, y tal vez me ves todos los días. Me ves, pero no me adivinas: feliz, me conociste poco; desgraciado, me conoces menos. Pensaste, y no me fue posible arrancarte del pensamiento esa infernal idea, que te dejaba por desamor, por cansancio, por perversidad. ¡Ingrata Adelaida! ¡Desamor este fuego que chispea y hace ruido, que brilla y se agita en mi corazón, que se extiende por todo mi cuerpo y me devora las entrañas, y me seca la sangre, y hace llama, y se me sube a la cabeza, y la convierte en foco de delirios! ¡Cansancio este deseo vehemente, este anhelo por verte siquiera a la distancia, esta inquietud, este malestar, esta locura en razón de la cual te nombro, y te veo, y me cuelgo de tus labios, y te estrecho a mi seno hasta matarte! ¡Perversidad este culto que te rindo; perversidad esta disposición a sacrificarme por tí, este querer alguna oportunidad para manifestarte la rectitud de mi alma, esta atmósfera pura y limpia en que respiro! Que no siempre soy bueno es indudable: ocasiones hay en que de buena gana le clavaría un puñal en el pecho al género humano, si fuese una sola persona; mas no porque le tenga por bueno, sino al contrario por parecerme tan inicuo, que merece la muerte. La virtud también tiene sus peligros: desealarla pura y cabal, es aborrecer a los hombres.

Pero contigo, amiga mía, ¿perverso contigo? ¿cómo, cuándo? Perverso, uno que ha vertido ríos de lágrimas, perverso, uno que te hubiera convertido de mil amores en ente divino, y te hubiera colocado en los Tronos celestiales; perverso, uno que no vio en el mundo más habitante que su amada, que la amó teniéndola por buena, que la instruyó en la nobleza y la grandeza del alma. ¿Perverso, Adelaida? ¿perverso tu amigo, tu amante, tu dios?— Dios que causa tantos males y pesares, no puede ser sino perverso, dices. Oyeme: esos males y pesares no los he podido remediar: seré dios impotente; dios perverso, no: esos males y pesares así devoran mi pecho como el tuyo; seré dios miserable; dios perverso, no.

¿Qué digo, Aurelia? ¿por qué me defiendo del calificativo de malo? ¡qué orgullo el mío! ¿tengo títulos para ser llamado con otro nombre? El haberme

entrado con tanta violencia tan adentro de tu pecho, maldad es; el haberme apoderado de tu voluntad, el haber mandado en ella como tiránico dictador, maldad es; el haberte obligado a lo que el mundo dice *malo*, maldad: maldad, Aurelia, maldad. Pero di que habiendo bebido contigo la ponzoña, no tuve el antídoto en mis manos. Compadece y perdona.

¿Y sabes de cuántas amarguras te he librado alejándome de ti? Lo que llamas en mí *perversidad*, no era sino generosidad; cambiar la dicha por la desgracia, el contento por el hastío, el placer por el dolor, en consideración a ti, no es mal proceder, Aurelia. Pude haberte hecho mía para siempre y llamádotte *mi esposa*. ¡Esposa, dulce nombre, son armonioso y grato al oído, remedio de mil dolores! Ahora no hay para qué decirte si he temido tu genio o tu carácter; en mi obstinación más ha entrado el miedo de mí mismo. Días hay que quisiera no ser yo: un mal desconocido me inficiona el alma, la vida es una enfermedad para mí: desco la muerte, y la llamo con cólera; no viene, y rompo a quejarme de ella. ¿El aire contiene para mí solamente un principio venenoso? ¿bebo en el agua este espíritu destructor que se infiltra en mi corazón, y lo hincha hasta llenarme el pecho, y me ahoga sin dejarme ni la facultad de pedir socorro? Varias veces me preguntase angustiada *qué tenía*; pues amante y amado, en lo fino de la dicha, no siempre pude librarme de *mi enemigo*. ¿Quién es? ¿por qué me persigue? Las ruedas de mi vida se han desmontado; camino a paso desigual, y una niebla espesa me circuye. Si no pensara con tanto juicio, me tuviera por loco.

¿Y querías ser mujer de uno como yo? Todo me gusta en él, hasta lo malo, decías. Ya piensas de otro modo, ¿no es verdad? Ahora dices: Nada me gusta en él, ni lo bueno. Pero si es cierto que me aborreces, mira luego tu ingratitud y tu injusticia. Las noches de luna salgo a pasear, me voy lejos: el río murmulla adentro en su playa; argentino y espumoso, va pasando bajo las sombras de los árboles, como una serpiente gigantesca: los bosques de sus orillas están negros, la noche les profundiza y les comunica cierto horror, ese horror de la virgen y deshabitada naturaleza: la luna, a medio crecer, pasa de nube en nube: el espacio, vasto y sublime, se extiende infinitamente: la gente duerme: algunos animales dan sus voces, allá, perdidos en la distancia. Y un hombre, un solo hombre vela y contempla, y forma parte de esa grandiosa escena, al tronco de un árbol que le esconde en su sombra nocturna. ¿Oyes qué dice ese habitante misterioso de la noche? Rompió el silencio y dijo: ¡Aurelia! Vuelve a escuchar, ¿qué dice ahora? ¡Alfonso! dice, y se cubre el rostro con las manos, y gime por su querida y por su hijo ternezuelo. Bien que estos misterios del alma se desenvuelvan en la soledad y el silencio de la noche; pero el corazón de la mujer es divino; ¿no te advierte el tuyo lo que está sucediendo? Y si adivinas, y si sabes ¿cómo me aborreces?

No me aborreces, estoy convencido de ello: tu aborrecimiento es como el mío, pues yo también te aborrezco muchas veces. El amor de grande alzada tiene la virtud de variar de índole y de forma: hoy es tórtola que arrulla afligida en la frondosidad de un árbol; mañana león que ruga y camina a grandes pasos por su desierto, sobándose los ijares con la cola, sacudiendo la melena,

echando a un lado y otro su eléctrica mirada: ora águila sublime que despliega las alas, y se deja ir por el aire en su real grandeza, mirando de hito en hito al sol; ora tigre henchido de cólera, que rechina los dientes y da gritos horriblos. ¿Qué es un gran amante acometido por los celos? Un león, un tigre. ¿Qué es el amante encendido en su pasión, que tiene en sus brazos a su amada, que mira vibrar sus ojos, echar fuego sus labios? Una paloma ardiente. ¿Qué es el amante envanecido con el amor de un noble pecho, de una mujer hermosa y digna? Un águila que vuela y se encumbra majestuosa, y traspasa los montes, y rompe la bóveda celeste. ¿Qué es el amante abandonado de su amada, o lejos de ella por su querer y su capricho? Una tórtola viuda que llena el bosque de tristeza con su llanto monótono y sentido. Te amo león, te amo como tigre, te amo como águila, te amo como paloma, te amo como tórtola viuda. Las iras y las ferocidades del amor, no son aborrecimiento: ¿es de esta clase el tuyo, Adelaida? Acuérdate bien: tarde de la noche me acerco por ahí como una sombra: tiembles, pero me esperas: llego, caigo a tus pies, y tú te aferras a mi cuello: ¡qué silencio tan elocuente! En ese instante agotábamos un siglo de felicidad. La luz de la luna, entrando por la ventana, te baña el rostro: la acequia hace su ruido allí debajo: todos duermen, todos son indiferentes a la vida; mas esa hora es dichosa para nosotros. Voló la noche; la importuna aurora blanquea el horizonte: adiós, adiós ¡Aurelia! me voy cargado de besos y de dulces juramentos de tu boca.

¿Mentidos eran esos juramentos? ¿o decías por ventura: Juro aborrecerte? ¡Mi universo, mi religión, mi dios están en ti: tuya, tuya! . . . Esto es lo que jurabas. Por eso, cuando piensas que me aborreces, no haces sino amarme con cólera, amarme con grandeza, amarme como leona herida.

No me aborreces; pero te vengas, y me maltratas, y bailas sobre mí, y me bebes la sangre. Has dejado de mandarme a mi hijo, sabiendo que en eso tenía yo un consuelo, que su presencia me curaba mil males en un instante, que era feliz con él. ¡Mi pobre Alfonso! Si le hubieras oído gorjear, cuando, con él al hombro me paseaba por mi cuarto! Cinco meses de edad, y ya conoce a su padre: alegre, movable, ruidoso, es una tempestadilla en mi mesa de escribir: se va tras la luz, acomete a coger las plumas, zapatea en la mesa, y da sus infantiles y armoniosas voces. Sano, limpio, lleno, pareceme tener en las manos un serafinillo, cuyos miembros me causan placer al tacto, cuyo espíritu se infiltra en mi alma causándome deleitosas emociones.

Siempre tuve una vaga idea de la paternidad: sin experimentarlo decididamente, cuando veía un hermoso niño, un afecto extraordinario e infinitamente grato me somovía el alma; mas luego pasaba eso, y ansías tenía de ser padre. Lo fuí, ¿para qué? ¿Sabes lo que haces, Aurelia, en robarme mi hijo? Cambiemos de índole y de suerte, cambiemos por un instante: me deslizo en tu casa un día, me apodero del niño, y me voy lejos con él. ¿Qué piensas? ¿qué dices de mí? Lloras, te desesperas, me tienes por un monstruo de maldad, me abrumas a maldiciones: el fin de tan terrible golpe no puede ser sino la muerte; mueres de pesar, indignada y admirada de haber podido amar a semejante hombre. Pues tú, con serenidad y sin motivo, tal vez por vano capricho, haces

lo que yo no haría sin ser bárbaro y perverso. Madre eres tú, padre soy yo: ¿tienes derecho para lo que yo no tendría? ¿justo es en ti lo que en mí sería injusto? ¿y lo que en mí fuera crueldad, en ti será cosa buena o indiferente? El corazón que padece es sagrado; no andes sobre el mío, Aurelia, si no quieres cometer un sacrilegio.

Mis súplicas te irritan más; el tierno comedimiento de mis recados no arranca de ti sino abrupciones. "Nadie puede obligarme a mandarlo", dices. ¿Nadie? Yo no entiendo esas *abogacías*, docta amiga, ni sé de leyes, sino que la gran ley de la naturaleza prohíbe esas impiedades. Mi única ciencia es la del corazón: por ella sé que te amo, por ella sé que quiero a mi hijo, por ella sé que puedo y debo exigir su presencia, por ella sé que tú no debes alejarle de mí, y mucho menos enseñarle a aborrecer a su padre. Si sola tú tienes derecho sobre tu hijo, ¿probarás luego que lo adquiriste sola, sin concurso de varón, por obra y gracia del Espíritu Santo? o que, puesto el rostro hacia el oriente, desplegaste los labios y recibiste el dulce y fecundante céfiro de las Islas Afortunadas. Yo, pobre y pecador mortal, pienso que ese niño nació de la carne y los huesos de su padre, y que su sangre es mi sangre, su alma mi alma. ¿Acaso me estrechará más al yugo de tu amor el verte tan bárbara conmigo? Yo no sabía que cuando se deja de amar, hay obligación de aborrecer: ¡feliz quien no posee la sabiduría del demonio! Tú vives engolfada en el universo delicioso de la maternidad; y al mismo tiempo un hombre, enfermo del corazón, pálido y solo está sentado a oscuras en su cuarto, a dos pasos de ti, mano a mano con la funesta idea del suicidio. ¿Qué importa? Estés consolada tú y muera *ese malvado*: si ya no queda en tu corazón ni un resto de cariño por él, oirías indiferente los dobles de campanas, cuando él hubiese muerto. No hay fiera más cruel que una mujer encaprichada: si con mirarle pudiera salvar la vida a un hombre; no le mirara; si con una voz evitara su desgracia, se callara. Y tal vez en un recado mal contestado, en una carta no recibida se pierde para siempre *lo mismo* que ella desea con ahínco. La felicidad es una ciencia; conviene no ignorarla enteramente.

Si no te mueven mis penas, muévate el propio interés de tu hijo; pues no puede convenirle el criarse lejos de su padre, sin verle jamás ni ser visto por él, sin la influencia que el uno debe ejercer sobre el otro desde los primeros años. De tu barbarie resultará un grave daño a tu hijo, y es, que no conocerá a su padre; y no conociéndole, no le querrá; y no queriéndole, será hijo desnaturalizado, esto es, mal hijo, hijo desgraciado. Los afectos paternos y filiales son una religión; no los profanes, tú, su natural sacerdotisa. Nada ganarás en que mi hijo no me quiera: te vengas, llevas adelante una extravagancia; pero cometes un grave delito: la naturaleza exasperada, te mira, te alza la mano, te hiere. . . Guárdate de sus iras.

Ni doblez, ni perfidia, ni esperanzas vanamente infundidas; llaneza, franqueza, verdad, y siempre amor, esto fue lo que viste en mí. Pues ¿qué sorpresa has recibido? ¿no teníamos prevista la separación? Mi conflicto era terrible: verte a punto de caer en cama, excomulgada de tu padre, insultada de tus hermanos, si no de Carmen, la pura y santa Carmen; sola en tu cuarto,

sin amigos, sin criados, y lágrimas por todo consuelo. Ausente yo, encadenado por el honor en otra parte, y en completa imposibilidad de desbaratar esa máquina de padecimientos. Pues la hombría de bien, la ternura, el amor mismo me inspiraron. Tu padre había sido mal padre por un instante; mas yo le tenía por hombre de sano corazón, y por muy capaz de un acto generoso: si le tocaba en la parte sensible, todo estaba remediado por de pronto. Le daría mi palabra de no perturbar de nuevo tu tranquilidad, respetar tu arrepentimiento aun a costa de mi vida, huir de ti, no dar el menor paso encaminado a tu perdición. Dígalo Sir Francis, ese hombre bueno, que el día de la desgracia fue el único en acudir a ella, que el día de la angustia fue el único que pronunció una palabra de caridad y de consuelo. Aun cuando él me hubiese aborrecido mucho más, yo le habría querido en secreto, por su conducta para contigo. ¿Qué suave, que satisfactorio, qué santificador es el afecto del reconocimiento! Nos perseguían todos como a criminales, y si no nos hubieran temido, nos hubieran matado: sólo él vio y supo que no éramos sino culpables muy inocentes.

Una noche tenía yo a mi hijo en los brazos: entró mi hermano, y por natural impulso se lo presenté, diciéndole que le conociese. Pues ni me contestó, ni pronunció un término acerca de ese pobre niño, ni le miró, y salió al instante. ¿Era por ventura esa criatura el fruto de un crimen? ¿había nacido del adulterio, del incesto? De ninguna manera; y con todo, mi hermano me dejó de una pieza, admirado, indignado, pero más resentido que otra cosa, porque un torrente de lágrimas me subió por la garganta. ¿Conque, si él encontrase a ese niño tirado por el suelo, le pondría aparte de un puntillón, porque no era hijo de matrimonio? Virtud no veo en ese duro y nada filosófico proceder. El mismo, que tan severo quiso manifestarse conmigo, acariciaba paternalmente a la hija natural de otro hermano suyo, llevábala a su casa, protegíala, sin ocurrírsele que *el decoro* padeciese en ese fraternal y caritativo comportamiento; y eso que la madre de esa niña ni con mucho era comparable con la que él y los suyos tan injustamente han aborrecido. *Dignidad*, severidad, rudeza con el uno; condescendencia, blandura, protección con el otro: ¡qué filosofía! El pundonor del mundo está subordinado a las pasiones; lo que en un caso es bueno, malo es en otro, y los hombres se juegan con las virtudes. Si el hermano no toma parte en las aflicciones del hermano, ya no nos queda sino la soledad y la amargura. El dolor es un solitario sin amigos; las lágrimas han de correr en secreto, si no queremos redoblarlas a fuerza de desengaños. Hasta el crimen merece compasión; una falta nada es para el alma sensible, y el honor puede muy bien ir junto con una desgracia. Quiero a los hijos de mi hermano como si fueran míos propios, y él es el mejor de los hombres; y con todo, me ha dado tanto que sentir. . . ¿Qué importa que estén los nuestros con nosotros en los golpes de la política, en los reveses de la fortuna? El malestar del corazón es el que más alivio necesita.

Y lo halla a veces: dígalo Sir Francis, él, que habiendo sido mi enemigo mientras te tenía yo en mis garras, me ha servido después de mediador; él, que ha tomado sobre sí esa santa comisión. . . él, que tarde de la noche trajo en sus brazos a mi hijo a la pila del bautismo; él, que vino a darme el nombre

del recién nacido, y estrechó cordialmente mi mano, cuando se la extendí de la cama, donde yacía enfermo de pesares. Por lo demás, me desentendiendo de las flaquezas de su genio: se halla con alguno de mis malquerientes, y ya no me saluda, o me saluda con una desabrida impolítica, muy desagradable. Se somete el pobre amigo a las pasiones ajenas, o tiene por indecoroso el tener habla conmigo; pero ¿es eso por ventura lo indecoroso en él...? Ser siempre el mismo hombre, es privilegio de las almas de primera línea, y hay uno como valor en sobreponerse a las mezquindades ruines del vulgo. El no tiene la culpa, así nació; con todo será bien volver a negarle la palabra, porque esa *sonrisa de perros* es cosa fea, muy repulsiva para el hombre verídico y amigo de la correspondencia. Esto no quita que esté yo pronto a servirle en cualquier ocasión en que los vaivenes de la suerte me proporcionen la de manifestarle mi gratitud. Harto se me alcanza que sus buenas acciones no se encaminan a favorecerme; pero obrar en servicio tuyo, ¿no es para mí título de mayor agradecimiento?

Aurelia mía, si yo hubiera encontrado en tu padre un hombre inflexible; en tus hermanas, mujeres sin corazón, habría cerrado los ojos a todo, habría pasado al través de las hogueras del infierno, para salvarte casándome contigo. Pues ver ahí a mi víctima en las convulsiones de la agonía, desamparada del mundo entero, sin recurso humano ni divino, y yo, causa y autor de tantos males, dejarme estar indiferente, habría sido cosa de malvados; y no de un malvado ruin. Seré tal vez capaz de un crimen: de un proceder villano, jamás. Si me comprendieses, crecería tu estimación por mí; sentirías, no te indignarías; llorarías, no te enfurecerías.

Vamos a ver: cuando hablaba yo de separarnos, poniéndote a la vista mi desfavorable situación; cuando inundado en lágrimas exclamé a tus pies: "Llegó el día fatal, llegó Adelaida..."; ¿por qué no me echaste los brazos al cuello, y te pusiste de rodillas, como otras veces te habías puesto, y derramaste amorosas y suplicantes lágrimas, y dijiste en voz trémula, pero resuelta: "Acepto tu desgracia, amigo mío; contigo seré feliz de cualquier modo: aun la tiranía fuera yugo blando y llevadero, si viniese de mi esposo: tus misteriosas penas yo te las curaré; el amor es un sabio que todo lo enseña, todo lo puede: querré lo que tú quieras, me gustará lo que te guste: mi anhelo se ha de cifrar en obedecerte y complacerte; mi felicidad, en verte feliz. Por lo demás, Dios mira por sus criaturas: quiero ser tuya, tuya?" No habría vacilado yo ni un instante, y después de esa sublime prueba, olvidando, despreciando ambiciones, deseos y esperanzas de otra naturaleza, te habría estrechado en mis brazos gritando: ¡Esposa mía! Pero esa terrible noche tu alma se eclipsó, no fuiste tú, te perdiste de ti misma: ni una idea superior, ni un afecto de ternura, ni una palabra de cariño: llanto, voces, ademanes, todo era cólera, soberbia: me clavaste las uñas en el corazón, arrancaste grandes tiras, me mastaste. Ese prosaico y vil *pues para qué se metió*, fue para mí el más triste desengaño que nunca experimenté en mi vida. Esto es, para qué nació, para qué tuvo corazón, para qué fue hombre; ¿no es así? Pero en medio de tu arrebato se te escapó una revelación sublime: "¡Ah! ¡dijiste, justo, justo es que pague

lo que hice con mi pobre madre!" No he de penetrar este misterio, que hizo erizar mis cabellos y temblar mi corazón: aun cuando ignore el delito, sé que Dios te lo perdonó en ese desesperado y profundo reconocimiento de su justicia: con tal de arrepentirme en esos términos, bien quisiera yo cometer crímenes. Pobre Adelaida, lo que piensas que ha concitado contra ti la ira del cielo, no es sino una niñería, tenida por tu inocencia en grande falta. Pero siempre indica un alma pura, un corazón bien formado eso de no olvidar las acciones reprobables, eso de pensar que Dios nos las espía y nos castiga. Mas si tienes por cierto que yo no he sido sino el instrumento de la justicia divina, ¿cómo indignarse tan violentamente contra mí? Si el Juez me escogió para castigarte, debes respetar al agente de sus decretos soberanos.

Agente de sus decretos soberanos, hasta que pare en blanco de ellos. Pues mi día llegará, y en una contorsión grandiosa exclamaré: ¡Justo, justo es que pague lo que hice con la pobre Asora! ¡justo, justo es que pague lo que hice con la pobre Aduncia! ¡justo, justo es que pague lo que hice con la pobre Aurelia! Las obras de Dios siempre son justas, y las iniquidades de los hombres van pasando por delante de sus ojos: justo, justo es que pague mis robos de corazones, mis asaltos a la inocencia. ¿Pero no estoy ya bien castigado? Si las penas del infierno esperan a los malos, a mí no tiene que esperarme; tiempos hace que las traigo todas en mi pecho: expí mis delitos al mismo tiempo que los cometo, y ese día tan temido, será el de mi salvación, de mi descanso, de mi felicidad. La tumba es una almohada suave y bienhechora; una vez que deje caer en ella la cabeza, dormiré, y no despertaré sino en el seno de mi Dios.

¿Es posible, Adelaida? ¿Tienes nuevas quejas contra mí? ¿o estás celosa de que el niño sienta apego por su padre? Contemplo mi conducta, y no veo en ella sino títulos a tu compasión, si no ya a tu cariño: vivo enteramente entregado a mis recuerdos, a vueltas con mis penas, secuestrado del comercio de los hombres, sin amigos, solo, siempre solo, sin el menor recobro de tantos padecimientos. Mi pecho es una llaga, alivio requiere, un cordial, un bálsamo que lo mejore; ¿y me quitas mi único consuelo? Nunca te tuve por mujer de entrañas broncas; pero ahora, tras injusta, te conceptúo insensible, y me indigno a veces de haberte amado hasta el extremo de no ver lo que era en realidad.

El hombre pertenece a su madre cuando nace; la infancia es propiedad suya; mas la puericia, la juventud son ya cosas del padre; a él le toca la instrucción, la dirección del hijo, y sólo él puede llevarle con mano firme por el sendero de la vida. Ni te disputo tus derechos, ni pienso que la madre no sea la más necesaria para el hijo; pero robar el hijo al padre y el padre al hijo, es acción impía de la cual resultarán males para todos tres. Cuando la razón le alumbre al niño, te preguntará: —¿Quién es mi padre? ¿en dónde está?— No tienes padre, le responderás. —¿Murió? replicará; ¿cómo se llamaba? ¿Y no sabrás qué decir, y si te dura la enfermedad hasta entonces, le callarás mi nombre, y le infundirás malas sospechas.

Lo que hubieras debido hacer como amada mía y como madre de mi hijo, era desplegar un mundo de sufrimiento y de dulzura; manifestarte constante

en tus afectos, suave de genio, pasiva, modesta, humilde: en este terreno se siembra la esperanza, y de ella suelen nacer *el remedio* y la felicidad. ¿Qué he de pensar, qué he de desear, si mis pensamientos y deseos se estrellan en tu orgullo y tu soberbia? La desgracia insolente no tiene cura; se come a sí misma, y sus gruñidos ahuyentan a los buenos.

Cuando se hayan desdorado a mi vista los sueños que me traen fuera de mí, cuando la edad me regale con la calma, y mis turbulentas afecciones se asienten para siempre; el hogar, el bienestar domésticos, han de ser para mí tan preciosos como el aire: si ya no gozo de ellos, es porque hasta ahora no he podido: voy hacia el templo, y una mano invisible me detiene: ¿es el amigo de mi gloria? ¿es el autor de mi desgracia? No sé; mas tengo para mí que el hombre no es feliz sino en los brazos de la esposa, rodeado de hijos, amado, amado por su familia, y bienquisto con sus conciudadanos. Puede llegar para mí un tiempo bonancible, y mi vista a ti se dirigiría: el deber, la naturaleza impondrían la ley; pero no convicne perder ni un ápice en mi aprecio ni en mi corazón; pues donde el amor o habla, mudo suele ser el deber mismo. Los árboles centenarios caen también al poder del hacha; sus profundas raíces nada pueden. Si estás constantemente haciendo contra mi amor, caerá, y tal vez sin ruido, a pesar de su corpulencia. Aun cuando nada mereciera yo de ti al presente, *el pasado* es un santo personaje al cual se han de prodigar lágrimas y respetos; y el porvenir, ¿no es un hermoso niño que se cría para rey? Acariaciales, sírvele. ¿Habría lazo más estrecho, promesa más sagrada, deber más santo entre los dos que nuestro hijo común? Tú sola le diste vida, eres dueño exclusivo; extraño es su padre, nada tiene que ver en eso: padezca, se muera, se condene. . .

¡Ah egoísmo perverso, mezquindad satánica! Trae la mano, rómpeme el pecho, mira, toca ese corazón: ¡cómo tiembla, cómo echa sangre, cómo se hincha y se comprime! ¿Estás contenta?

Si te temo, volveré los ojos a otra parte; ¿hay bien más precioso que el de la paz doméstica? y esta paz a cargo está de la mujer: su parte es la mansedumbre: buena, sufrida, obediente, amable, santa ha de ser la esposa: la cólera la saca de su puesto, la insolencia la roba sus hechizos, la aspereza socava poco a poco la concordia. ¿Qué armas ha puesto en sus manos la naturaleza? ¿no son las lágrimas? Lloro mujer, y vencerás, dice el proverbio. Si ves ceñudo a tu marido, ve tímida hacia él, y pregúntale: ¿Qué tienes, dueño mío? Si responde brusco, no desmayes; sonríe, abrázale, llora, y verás a ese hombre agitado de rudas afecciones apearse de su altanería, y llamarte *paloma*, y estrecharte en el seno, y ser feliz en medio mismo de sus secretos sinsabores. Si te dio motivo de disgusto, si temes de él. . . no echas por el camino del enfurecimiento: cállate por lo pronto, gime en silencio, y huye de tratarle mal: luego verá tu tristeza, se entristecerá con ella, y cayendo en la cuenta de que no hay mujer que valga más que tú, volverá en sí, y de rodillas implorará tu perdón, y la dicha florecerá otra vez en tu casa con más fuerza. Si es hombre irascible, tu calma le pacífica; si desapoderado, tu humildad le contiene; si altivo y estrepitoso, tu mansedumbre y tu modestia le moderan: el que él

sea malo no es razón para que lo seas también: mantén la armonía con todo tu poder; si le ayudas a desbaratarla, los males salen a torrentes, y la felicidad no es sino un recuerdo. El hogar es el imperio de la mujer; pero no le rige bien sino por la cordura; la fuerza nada puede en ese reino; o más bien, la fuerza de la esposa consiste en su debilidad. ¿Qué hombre de elevadas afectaciones ha de amar constantemente a una mujer que no sabe merecerlas? Virtudes, virtudes en la esposa: modestia, paciencia, obediencia y diligencia: en esta terrenidad se da la dicha, y crece rodeada de mil olorosas y saludables flores. Cuando te veía afable y sonreída, Aurelia mía, eras hermosa, más amable, más digna de mi cariño; cuando llorabas tiernamente, subía de punto la ternura de mi corazón, lloraba yo contigo; cuando estaba triste, pero sin enfado, me moría de pena, te abrazaba, te comunicaba mis espíritus. Una mujer henchida de ira y soberbia, es un ángel rebelde en vísperas de ser precipitado a los infiernos. Prendas te adornan, Adelaida, que envidiarían las mujeres más cumplidas: esa superioridad con que te levantas sobre las ideas, las costumbres, las preocupaciones y los gustos vulgares; ese señorío con que te mantienes alta; esa pulcritud, ese refinado esmero en tu persona y en tus cosas; ese amaño para todo lo doméstico; ese fuego vivo de tu corazón cuando amas; ese entregarte aun a la muerte por el objeto de tu cariño, son calidades que te realzan y te hacen digna del hombre mejor del mundo. Pero tu genio tiene lados... muy temibles. ¿Por qué me quitas la dulce satisfacción de ver a mi hijo? Por... ¿No me maldijiste al separarnos? ¡Qué Ariadna tan injusta, qué Dido tan ingrata! Los infortunios y desdichas que pedías y preveías para mí, era tu consuelo, tu gloria en medio de tu llanto.

“Llora, dices, no puedo mandarlo”. Pero los niños siempre lloran, todo es llorar en ellos, ni conocen otra lengua para sus necesidades y sensaciones: ¿no llora en tu casa? Pues llore en la mía: sus ayes, sus lágrimas, sus graciosos gestos me complacerán; y en los pucheritos de sus labios, y en los hoyuelos de sus mejillas, y en sus húmedos ojos tendré una vena de felicidad, una fuente de alegría.

“Me iré a la quinta, se lo mandaré al encuentro cuando le vea pasar”, dijiste otra vez. Tampoco era verdad. Voy por la quinta, devoro la casa con la vista, espero, vuelvo. ¿En dónde está mi Alfonso? ¿en dónde está su madre? Mirarla como a enemiga, no lo puedo; como a amante, no lo debo; ¿qué eres para mí? Adelaida, mi Adelaida, eres mi amada, mi sueño, mi mundo.

Pero ¿eres tú en realidad? ¿tú, esa como princesa por lo digna, como paloma por lo amante, como noche oscura por lo triste? ¡Qué desengaño! ese tumulto de trabajos y pesares, ha venido a parar bien pronto en una cadena de consuelos y dulzuras; pues mientras yo arrastro esta vida tristemente moral y austera, bailas tú, y aun vas a esa innoble tremolina, que en este lugar llaman *comedia*! ¡Qué constancia en la aflicción, qué modo de merecer la honra de ser mi esposa! ¡Increíble me parece el verte ahí dando vueltas y carreras con un cachidiablo ridículo, más despreciable sin máscara que con ella; repartiéndole sonrisas a gente beoda y ruin, que no merece ni una mirada de la mujer de levantados pensamientos. Y en tanto que pierdes tus méritos en esa ple-

beya galli-danza, ¿qué hace el niño, en dónde está? Botado, escondido por ahí, en manos mercenarias, sin leche para su hambre, sin caricias para su lloro, sin arrullo para su sueño. Vuelve la cara a un lado y otro, busca el pecho y no lo halla; extiende las manecitas, laza las piernas ternezuelas, se agita, gime; nada: la música ahoga sus voces. Si el niño piensa, si sabe lo que está sucediendo, allá en sus adentros dice: ¡Qué madre!

¡Qué madre, sí, qué amada, qué buena para esposa! Cada golpe de ese bombo resuena en mi corazón; esa infame *oboeria* cae en las llagas de mi pecho, como un veneno corrosivo. Te veo, sí, te veo... colorada, reída, sin juicio cabal, el alma hecha trapo; brincas, corres, vuelves: un brazo grosero te estrecha la cintura, unos pies toscos estropean el delicado tuyo; una voz ronca te ensucia los oídos; un aliento espeso te baña el rostro... Esto se llama *baile*. Baila pues, baila: tu hijo, pobre huérfano, se muere de necesidad: tu amante, ese hombre tan necio en amarte, se muere de indignación y angustia.

Esa es la Adelaida que quisiera vivir en el campo, a solas con la naturaleza, consagrada al objeto de su cariño; esa es la María Adelaida que pasaba oculta buenas horas entre las cortinas de su lecho, *por dejar que se gaste el día*; esa es la María Aurelia Adelaida que deseaba se muriesen todos los hombres de la ciudad, *por tener el gusto de no verlos*. La austeridad es madre del pudor, amiga mía: un pasatiempo noble, un concurso de personas de reconocida importancia, con cuyo trato haya mucho que ganar y nada que perder, es lo único aceptado por la decencia y la inocencia. En ti concurriría además *tu desgracia*, y ella pide luto, hasta que llegue el día del remedio. El que los otros te la perdonen, no es razón para que la festejes: una tumba está a tu lado; has de llorar constantemente, si aspiras al aprecio de los dignos. Sólo yo tengo derecho de consolarte; si te consuelas fuera de mí, no mereces, ni mis penas, ni mi estima.

Ya conozco tu respuesta: Me obligan, dices; mi padre es imperioso y tenaz, y me falta valor para oponerme. Hay resistencias santas, Adelaida; aun la desobediencia es justa, cuando tiende a conservar el decoro. Tus hermanas pueden bailar, ellas no están en el caso de tus lágrimas, no tienen hijo que echar al traspatio, nada han perdido. ¿Pero tú, Adelaida? Si la risa toma el lugar del llanto; si te diviertes con tanto desenfado; si desprecias *esa grande pérdida*, no serás ya la Adelaida de mi corazón y de mis sueños, esa mujer altiva, aunque modesta, orgullosa sin necedad, elevada sin orgullo, púdica, temerosa de la opinión de los buenos, despreciadora de todo lo que no trae el sello de la grandeza. ¿Faltaba en tu casa un rincón a donde te retires con el niño, mientras dura ese sarao? Hombre de razón es tu padre y, exponiéndole tú las tuyas, bien hubiera cedido. ¡Y cuánto, y cuánto me hubiera gustado el saber que te habías distinguido en la ternura, en la pesadumbre, en la consideración que debes a la virtud en general, y a tu amante en particular! Pero cada uno de esos pasos te alejan de mí cien leguas. Si nada esperas, si nada quieres, bebe, baila, anda regocijada en paseos y comedias. ¿Olvidaste *esa terrible noche* en que por poco no expiras a mis pies de pura desesperación? ¿ese llanto ahogado, esas convulsiones con que me abrazabas las rodillas, esas ansias con

que me rogabas? Plugiese al cielo que *lo de ahora* fuese tan engaño mío como *aquello*. ¿Me probarás que no has bailado, que mi hijo no se apartó de tus brazos ni un instante?

Los que quieren *distraerte* no saben cómo te perjudican. El dolor es un deber en ciertos casos, y no hay en el hombre lágrimas suficientes para llorar la honra perdida. ¿El bueno de tu padre afloja de su rigidez? Bien podía ser menos negativo y duro, sin pasar a la parte de la condescendencia reprobable; pues si un cualquiera, ya más de medio beodo en la calle tiene a bien ir a tu casa a embeodarse por completo, no estará puesto en razón que él le franquee las puertas de esa casa y del pudor. ¡Qué gravedad, qué austeridad, qué señorío, qué grandeza! En una de *esas noches*, el alma se empañía, y muchas veces queda percutida para siempre: ¿acaso es raro que en una hora pierda una joven todo su porvenir? Un pobre diablo, puede no mirar en esas cosas; pero la inteligencia, el corazón de fina sangre, el alma de egregia estirpe, miran en ello, y descubren abismos... En todo hombre superior hay algo de Otelo. Ustedes están para mejor destino, pobres niñas; y es triste felicidad el andar con reputación de *amables* en boca de necios y borrachos.

¡Pobre Aurelia ¿oyes con qué rudeza te hablo? Mi amor fue siempre para tí desenfadada tiranía; pero tiranía de amante, tiranía de corazón, esa tiranía que endiosa a la mujer amada, pero la ata con cadenas de oro, a fin de que la deidad no levante demasiado el vuelo. Así tirano que querías, pues veías en mí un tirano adorador de la dignidad y la nobleza del espíritu. Lo que acabo de decirte, atribúyelo a mi exaltación: el no ver a mi hijo tanto tiempo, el oír música de *tus bailes*, me hace devanear, me aíra, me infunde odio por tí, odio profundo. Pero tú no eres esa mala mujer que temo: eres desgraciada, padeces tal vez tanto como yo: esas contradicciones al dolor, no prueban sino que vives en el mundo; y aun estoy cierto de que tus lágrimas borran tus sonrisas. *El alma aletea dentro de mí*, me agita, me conmueve más de lo que conviene a la razón: siéntome hervir a ratos: semejante a la pitonisa sentada en su trípode, aúllo en una contorsión irreprimible, un dios maligno me posee, grito, vuelo, me pierdo en una eternidad de angustias. Pero ya pasó el arranque: mírame lánguido a tus pies, bañado el rostro en lágrimas, viéndote como a mi salvador. ¿No eres mi estrella? pues bien, alúmbrame, guíame.

Y tú, Alfonso, hijo mío, ¿no bebiste el alma de tu padre en esos tiernos besos? No quiera el cielo que te parezcas a él; esa sería grande infelicidad: corto es el número de sus años; el padecer, cuenta por siglos. Vuelve la vista a sus días pasados, y los ve oscuros: trueno y relampaguea en esos horizontes. ¿Qué hora, qué instante disfrutó de placer acendrado? La dicha fue para él un grano de oro escondido en las entrañas de un monte. Tu madre, tu madre le hizo columbrar, y aun saborear la felicidad; pero ¡qué felicidad! revuelta en amarguras, corrompida por pesares, amenazada de peligros; y aun así, rápida y pronta a desvanecerse. Toma de tu padre la elevación del ánimo; los bienes del mundo, búscalos en otra parte. Pero ven a verme, Alfonso; tú llegas como un vientecillo que me refresca el alma; me clavas la vista, y la

luz de tus ojos corre al centro de mi corazón, y me lo ilumina, y me lo hace resplandecer de gozo. Cuando pienso en que he podido sacar al mundo tanta delicadeza e inocencia, me hago el favor de conceptuarme bueno. Ven, ven, Alfonso”.

Seis meses después había el amante infortunado añadido a su borrador este *post scriptum*.

“Hasta ahora no he podido echar una lágrima ni escribir una palabra: ese horroroso acontecimiento me ha tenido inmóvil, mudo. ¡Qué difícil es morir de pesar! La necesidad, el dolor físico acaban pronto con la vida; el alma resiste a los mayores golpes, no sucumbe sino después de mucho tiempo. Esta homicida carta me sirve de infierno. Si *ellos* no viven ya, por demás es mi existencia. Aurelia, Alfonso ¿dónde sois idos? Si os sobreviviese algunos años, me tendría por indigno de la vida: siento ya la muerte dentro de mí; luego nos reuniremos... Entretanto voy a padecer lejos de esta ingrata patria, y a esperar el fin de mis días en donde nadie me conozca”.

Algunas palabras de este papel estaban medio borradas por gruesas lágrimas caídas en él de trecho en trecho. Cuando hube concluido su lectura, me pareció que yo lo había escrito, y me admiré de la similitud de acontecimientos y afecciones entre los dos taciturnos viajeros.

A pocos días de publicado este manuscrito en una revista literaria en Londres, recibí la carta siguiente del cónsul inglés en Málaga.

“Puesto que habéis sacado a la luz la carta de vuestro amigo, justo es que publicuéis la contestación de su desgraciada amante. Registrando más por menudo los papeles de Tomanvol, encontré en una navetilla secreta el que os incluyo. *Esa admirable mujer* merece que os ocupéis de ella, ya que, según parece, gustáis de las cosas del corazón, y lo tenéis vos mismo harto sensible. Os incluyo asimismo otra carta de Tomanvol dirigida a su hermano: ved qué hombre tan hombre de bien, tan apasionado y desgraciado era ése. Amante y amada, ambos para en uno”.

Vuestro atento y seguro servidor.

Ulrico Wilfrido

Tanto he leído la carta de Adelaida, que la tengo de memoria. En la primera oportunidad regalaré con ella a los tiernos corazones, y a buen seguro, tendrán que agradecerme. Mas no puedo menos que publicar ahora la de nuestro viajero a su hermano. Por ella se echa de ver que la contestación de su querida le movió a una justa y noble determinación, cuando por desgracia ya era tarde, porque el veneno había obrado inmediatamente en las entrañas de la pobre niña.

“Mi constitución es así, no puedo hablar con calor sin llegar a la mayor exaltación, ni con ternura sin empapar la voz en lágrimas. El asunto que voy a comunicarte es de esta especie no podría decirte una palabra sin gemir, y prefiero decírtelo por escrito. Me caso: grave solución es ésta, pero inevitable. Mucho, mucho he cavilado, mucho he padecido batallando con las pasiones y con las ambiciones: al fin triunfa el amor, triunfa la modestia. Mil cosas se han acumulado para este tiempo: el fuego inextinguible de mi pecho; la naturaleza que me grita por boca de mi hijo; la lástima de ver a mi víctima consumiéndose sin esperanza de remedio ni consuelo. Si acaba por morirse, su sombra me perseguirá, los remordimientos me volverán más desgraciado de lo que soy, y por vana y orgullosa obstinación, habré dado al mundo un huérfano, que no merecía tanta infelicidad. Yo por mi parte arrastro una existencia infelicitísima; no puede ir adelante esta vida. Lo que ves en mí, esta como frialdad e indiferencia, no es sino la máscara: mi corazón se come a sí mismo, mi pecho es un hervidero horrible de los más tormentosos afectos, no tengo sosiego ni gusto para nada. Con decirte que he dado en pensar en quitarme la vida, dicho se está que vivo en continuo peligro: si no acabo así, perderé el juicio por lo menos, porque mi pensamiento anda girando en una rueda de funestas ideas. ¿Qué espero ya? ¿Por qué no me casaría? Tal vez ésta es mi salvación, tal vez no hay otro modo de salvarme. No es solamente el amor desgraciado la causa de mi zozobra: me atormenta un vago anhelo de cosa sin nombre, una aspiración indefinida a un no sé qué de extraordinario, que bastaría el no saber qué es ello, para que fuese origen de malestar y de pesar. Quiero que al fin mi mundo me sea conocido; quiero saber cómo y para qué vivo; quiero ceñirme a lo posible, a lo real, a lo debido. ¿Pues no es evidente que debo casarme con la madre de mi hijo? Evidente, si ella no deja de merecerlo. La hombría de bien, la ternura, la modestia no son cosas que desaprobadas. Has de sentir desde luego; pero si ves que el casarme conforma con la equidad, y que ya esto es necesario, no te parecerá mal, y aun me darás la mano. Mi porvenir estaba en la política: demos que ella me fuese de todo en todo favorable, que me tocase una embajada, por ejemplo: mi vanidad ganaría algo, pero nada mi felicidad, y el provecho verdadero no viene fuera de ésta. Andaría yo errante de pueblo en pueblo, con el corazón oprimido de continuo, con la conciencia alborotada, es decir siempre desgraciado; y la muerte me alcanzaría en medio de mis incorregibles afecciones y mis tristes pensamientos. Mi vida será siempre literaria: si consigo aquietar mi espíritu en medio del sosiego y la paz domésticos, seguiré estudiando y escribiendo, y cuando Dios lo permita, me iré a una nación civilizada a publicar mis escritos. De modo que ni siquiera queda por inconveniente el temor de sepultarme en la oscuridad, que en verdad fuera lo más atinado.

Ansío tu aprobación, querido Francis; quiero que me animes, me consueles, me contentes si es posible. Ya mucho he padecido; los floridos años se me van, y cuando quiera ser feliz, tarde será quizás. Desechar más de una vez corazones apasionados, acabar con la inocencia de mujeres que es-

peraban en mí, no es proceder que me prepare un tranquilo y dichoso porvenir. Si todavía desprecio a la mujer que me ama, que vive de la natural, aunque no infundida esperanza; que se ha sacrificado por mí; de temer es, y aun sería justo que fuese yo a dar con una que me cobrase por todas. Y ¿no sería el colmo de la iniquidad abandonar a la desgraciada, olvidar a mi hijo para ir después a casarme con otra? No quiero: la felicidad de buena ley no puede venir sino junto con la conciencia. Tengamos quienes nos agradezcan, no quienes nos maldigan; quienes nos quieran, no quienes nos aborrezcan: una acción inicua es el tormento de la vida. ¿Ni a qué debo aspirar? ¿a la nobleza? Necedad; ¿a las riquezas? Ruindad. El hombre no ha de valer por la mujer, sino la mujer por el hombre. Y lo honesto, y lo modesto, y lo debido ¿no es lo más acomodado a la cordura? Siempre hubiera yo desdeñado un enlace en donde el orgullo y la soberbia de casta o de fortuna viniesen moviendo los brazos: la decencia me basta, y no hay alcurnia más ilustre que la de la virtud, ni más sabia sabiduría que la que se contenta con los bienes del espíritu. Si soy poseedor de algunos de éstos, *ella* es capaz de saberlos estimar; y estimándolos, me respeta; y al tiempo que me respeta, me ama y se consume por mí. ¿No son éstos títulos para su bien? Si andamos siempre en busca de mayor felicidad, dejamos pasar la verdadera, y damos en la falsa, y somos desgraciados, por falta de hombría de bien y de prudencia.

Una gran dificultad se te ha de ocurrir, sin duda, es a saber, mi falta de bienes de fortuna. Mi pobre Adelaida se allana a la modestia, y aun lo tiene a dicha. Y es tal su situación, me habla con tanta justicia y tanta vehemencia, se arrodilla con tantas lágrimas, me pone por delante a mi hijo en además tan trágico, que es imposible resistir. Si me he de casar después, vale más casarme ya: ¡siempre pasa de tiempo para cumplir con el deber y el honor! Dice Adelaida que mi pobreza será riqueza para ella, que la escasez será abundancia, que el hambre misma la robustecería conmigo, y que su lujo sería el ser mi esposa. Parece que esta muchacha ha estudiado la historia de los griegos, parece que habla la mujer de Foción. Aristipo fue a arrojar en el mar todo el dinero que tenía: no estaba sin duda para casarse. Pero estoy convencido de que la práctica de la virtud es la mayor riqueza, y un título para el cariño de Dios y el respeto de los hombres: la suerte misma, por contraria que nos sea, tiene que rendirse a la Providencia. Un acto de generosidad y de justicia no puede acarrearlos desgracias; lo que sí nos las acarrea es la injusticia y el egoísmo. Desgraciado del hombre que deja a la mujer que le entregó su virginidad y busca otra, dice la Escritura. Oigamos a Dios, obedezcámosle, sigámosle.

He oído muchas veces compadecer a los que se casan jóvenes, y más si prometen algo para el porvenir, ¡como si la vejez fuera buena para hacerse amar y tener hijos; como si el matrimonio fuese contrario a la preponderancia! En todos tiempos y en todos los países civilizados se ha fomentado el matrimonio, se ha premiado la numerosa descendencia. Pues yo compadecería a los que no se casan: el egoísmo, el cinismo no son poesía ni filosofía: *temiendo* sin razón, esperando cosa mejor, sin fundamento, caminamos paso a paso a nues-

tra ruina: ruina es perder un corazón amante, e ir a dar con una mujer que nos haría mucha justicia con ser mala y castigarnos las iniquidades o caprichos con que nos tenemos neciamente por *filósofos y poetas*. No hay más filosofía que la hombría de bien, ni mejor poesía que el labrar la felicidad de la que volvimos desgraciada. Hasta hoy he tenido instantes de temer a Dios; de hoy para adelante confío ciego en Dios”.

Juan Enrique Tomanvol

EL NUEVO JUNIUS

I

A LOS PARTIDOS POLITICOS

LAS TRES antiguas partes del mundo reclaman cada una para sí la gloria de poseer en sus comarcas el paraíso terrenal, perdido para siempre desde la caída de nuestros padres: la Armenia respira todavía aquel ambiente delicioso del primer día de la creación, y sus frescas montañas se yerguen altivas, cual guardianes de la morada primitiva del género humano: el misterioso Nilo corre tal vez lamiendo las riberas encantadas de esos países donde resplandece la espada del ángel del Señor; y ni la fría Escandinavia cede un punto en orden al privilegio de haber sido la cuna de los primeros hombres. El árbol de la sabiduría da un fruto muy preciado, jugoso, refrigerante: dicen que es amargo, no importa; prolonga la existencia, y se lo disputan las naciones.

Y nosotros, hijos del Nuevo Mundo, fresca obra de la naturaleza, ¿no alzamos la voz en ese gran concurso donde los pueblos se disputan el árbol de la sabiduría? Sostengamos que el paraíso terrenal estuvo, y está aún, a orillas del Amazonas, en una encañada perdida para nosotros porque no acertamos a buscarla; no damos con ella, pero oímos el gorjeo de sus aves, percibimos las aromáticas exhalaciones de sus flores, aun vemos las formas de sus collados y colinas en las nubes que las figuran, plantadas en el firmamento, embebidas de esa luz purpúrea, riqueza de las horas en la zona tórrida. O ¿no estaría más bien en las impenetrables selvas del oriente, donde ruge el león, de donde el águila real se eleva y va gritando sublime por los aires, donde el Napo corre sobre su lecho de oro, murmurando profundo y majestuoso al pie de sus cedros y sus robles centenarios?

La sabiduría verdaderamente sabia no consiste en la posesión de las ciencias, de estas ciencias embrolladas que, a fuerza de desenvolverse han hecho la ignorancia de nuestros tiempos: Sócrates nada sabía, y era el más sabio de los hombres: no sabía combinar los principios elementales de la naturaleza, no seguía a los astros con vista artificial por sus órbitas inconmensurables, no

hubiera podido romper las olas del mar por medio de un agente poderoso, y era sabio: no inventó la brújula ni el telescopio, y fue sabio: no multiplicó la muerte con la pólvora, y fue sabio: no se burló de la distancia, como Fulton, no anuló el tiempo con el telégrafo eléctrico, y fue sabio: luego la sabiduría no consiste en saber, amigos míos, en saber cosas materiales. El sabio abrigo a la Divinidad en su seno; una llamada celeste le lamía las entrañas, el fuego sagrado le mantenía puro el corazón, y por eso fue el más sabio de los hombres. La iluminación del pecho, la transparencia del alma, la tersura de la conciencia, la benignidad del genio, la alteza del carácter, ésta es la ciencia grande, el fruto que hace daño, pierde a los que no lo comen, y vuelve dioses a los que le atinan a coger y lo saborean deleitándose en su dulcísimo juego: ¿acaso la serpiente nos provoca a ese desliz, ¿acaso nos tienta el espíritu maligno con ese celestial bocado? Seamos sabios sin miedo de perdernos: ese pájaro divino que posado en la copa del frondoso mirto nos embelesa con sus simpáticas modulaciones, no abraiga dentro de sí al eterno malqueriente de la especie humana; antes esa que suena grata y hechicera es la voz del Infinito que nos llama misteriosamente a su regazo y nos brinda con la inmortalidad: no la oímos muchas veces, porque somos sordos de conciencia; no la oímos, porque nuestro corazón insonoro no repite ese ruido angélico; no la oímos, porque entorpecemos voluntariamente nuestra contextura, que allá cuando salió de manos de nuestro artífice, fue delicada, fina, armoniosa. Si purificásemos el oído, la oiríamos; si abriésemos los ojos, la veríamos, porque la Sabiduría toma cuerpo cuando se hace a los hombres; si afinásemos el olfato, la oleríamos: la Sabiduría es una flor, olorosa, virtuosa, armoniosa, porque hasta música tiene:

There is music even in beauty

¿Y quién dijera que todo ese secreto está encerrado en una sola palabra? CORDURA, he aquí el emblema, que bien descifrado da de sí la felicidad del hombre. La piedra preciosa, en reducido volumen, abraiga todos los colores: dueña de la luz, resplandece como quiere; amiga del sol, sonríe con él, vibra, palpita despidiendo mil pequeños iris que se entran por los ojos de los que la contemplan y se van por ellos a regocijar el espíritu. Pues la cordura es esa piedra, ese ónix prodigioso que simboliza un mundo, el mundo moral. La cordura trae consigo la prudencia, el tacto de las cosas, el acierto: por esto la cordura se llamaba sabiduría en los tiempos sabios: la cordura no se toma jamás en mala parte; de donde proviene que es una virtud muy enlazada con la conciencia y la pureza del alma. De un hábil perverso podrá decirse que es avisado, ladino; pero cuerdo, no será, porque falta a la mayor cordura que consiste en no infringir las leyes humanas y divinas, en no constituirse enemigo de sus semejantes, en no labrar su infelicidad con lo que él llama *triunfo, predominio, dicha*, llagas que devoran el corazón, cuando no son efecto de las virtudes. Triunfo, predominio, dicha alcanzados por medios inicuos y con malos fines, son la verdadera desgracia; el *predominante dichoso* tiene el corazón reventado, el pus le corre por enormes boquerones, y reab-

sorbido por la sangre, le pone a temblar en perpetua calentura. ¿Por qué es tan miserable ese hombre feliz? Porque no fue cuerdo, no fue sabio, como que la sabiduría no es sino el bien en toda forma, revestido de todos los colores, camaleón divino, que variando siempre es siempre el mismo, y en sus misteriosas transformaciones indica la infinitud y la eternidad de Dios. El hombre cuerdo ejercita al propio tiempo las facultades intelectuales y morales, es un armonioso instrumento que está sonando de continuo, al cual jamás se le descompone una tecla: la cordura nace de una predisposición natural, pero se acaba y fortifica con la experiencia y la previsión, porque esto más tienen los cuerdos, que miran en lo porvenir: el demonio de Sócrates, la ninfa Egeria de Numa, la cierva de Sertorio no eran sino experiencia de lo pasado, previsión de lo venidero, esto es, cordura, acierto, sabiduría. ¿No se necesita en efecto una reconcentrada y maravillosa atención para ver las cosas antes de sucedidas? Pues esta virtud celestial es la cordura, resumen de todas las aptitudes. Lo primero del filósofo es la prudencia: filósofo desapoderado nunca se ha visto; lo primero del santo es la bondad; santo malvado nunca se ha visto: lo primero del héroe es la magnanimidad; héroe cruel y rencoroso, héroe mezquino, nunca se ha visto; y, ¿quién diría que el filósofo, el santo, el héroe no son cuerdos? y, ¿quién diría que puede haber filósofos, santos, héroes sin cordura?

Pues si ésta es una tan grande y noble cosa, maravillámc de veras el que jamás seamos cuerdos: nos quejamos, lloramos, somos desgraciados; luego hay entre nosotros víctimas y verdugos, luego se empeñan unos por el mal, otros son incapaces de evitarlo: ¿quién se atreve a llamarse cuerdo, quién lo es en hecho de verdad? No los que arrancan lágrimas con la tiranía, nos obligan a quejarnos con las iniquidades, se hacen aborrecer con las violencias, se vuelven despreciables con las infamias, porque nada de esto es obra de cordura: no los que gimen sin remedio, teniéndolo en la mano; se quejan afeminadamente, siendo hombres; aborrecen, debiendo despreciar; desprecian, debiendo castigar, porque tampoco esto es obra de cordura.

El hombre sin prudencia está a punto de perderse a cada instante; el pueblo sin prudencia está de continuo desplomado hacia un abismo, si es que ya no gime adentro bregando con los monstruos de la oscuridad. De este globo de cosas y de principios generales, tomemos lo que nos corresponde: ¿somos prudentes, cuerdos, sabios? No lo creo, supuesto que después de tantos años de esclavitud, nos vemos otra vez en vísperas de pasar de los suspiros a los ayes, de las sombras a la tinieblas, de las lágrimas a la sangre: ¿es posible, ecuatorianos? Si un impulso de generosidad nos moviese el corazón a todos, y cada cual rindiese algo de lo suyo al procomún, todavía pudiéramos salvarnos. Los extremos entrañan peligros; pues la seguridad está en el término medio, busquémosla. Si hay quienes se rechusan a este avvenimiento, esos son malos hijos de la patria, gente inclinada a la servitud, que vive y se engorda con el llanto y la sangre de los que sacrifican. Nosotros los que hablamos ya dimos una prueba de patriotismo y abnegación, cuando a

votos conformes elegimos presidente a un ciudadano que entonces teníamos por imparcial y amigo de las leyes. La buena acción se premia por sí misma, y su mérito sube de punto cuando ella nos acarrea desengaños. Harto hemos dejado conocer que no queremos sobreponernos a los demás a todo trance, que la venganza no es la estrella que nos guía, ni abrigamos propósitos indignos en el alma. Nuestro enemigo, comprendiendo un gesto fraternal y a modo de quien se arrepentía de sus gravísimos pecados, nos propuso un hombre, como prenda de reconciliación y paz: ¡qué gustosos le aceptamos, nosotros los inexpertos! Inexpertos, pues ni las sangrientas lecciones recibidas nos hicieron ver en él porvenir el azote infamador serpenteando en el aire cual víbora pestilente, instrumento de vilipendio, *estilo* con que todavía se graba la infamia del género humano!

Comerás con el sudor de tu frente, dijo el Señor al hombre, y ésta fue toda su maldición. Y aun cuando nuestros padres salieron desterrados del paraíso, abrumados con el peso de su desgracia, asidos por las manos y con lento paso en busca de la inmensa soledad del mundo, salieron con toda la majestad con que Dios les había engrandecido.

Mira ese ente hermoso cómo se mueve en sus varoniles actitudes, rey de la creación, a pesar de su caída: su cabeza, descollando sobre los hombros, tiende para el cielo: su frente abovedada resplandece, y en su diminuta comba encierra el pensamiento, esto es, un mundo perdurable; con la vista es dueño de la luz, atraviesa las regiones superiores, se pasea en el firmamento, mide los astros, y en poco está que no se engolfe en el océano de la claridad infinita: por el oído goza de la música del universo, este laúd que suena en la infinidad del tiempo, llena el aire y el vacío, y sin ser oído por nosotros, nos tiene embelesados con su armonía sempiterna: la palabra es la expresión de sus afectos, pues en su pecho hierven muchas y muy variadas sensaciones que se llaman afectos, —impulsos misteriosos que nos elevan a nuestro alto origen, por lo divino de la criatura, o nos abisman en la inmortalidad siniestra, por lo que tenemos de malditos.

Maldecido o perdonado, inocente o criminal, impoluto o con mancha, el hombre siempre es la obra de Dios, hecho a su semejanza, y como tal, digno de respeto. Hay obras que los pueblos todos tienen por horribles, inusitadas aun entre bárbaros, llevadas adelante por la extremada tiranía, y tan solamente por ella, esa tiranía corrompida y soez que infama así a los verdugos como a las víctimas, así a los que la ejercitan como a los que la sufren. La ferocidad no es lo peor en los tiranos, demonios de la tierra; la corrupción, esa invencible propensión a lo imperfecto, lo deforme, lo repulsivo, esto es lo peor. La sabiduría del tirano consiste en descubrir la fealdad del alma; su dicha es saborear los más repugnantes bocados. Estos grandes hombres son inmortales, se acercan mucho a la inmortalidad del infierno: ¿Satanás no es inmortal? Caín mató a su hermano, pero no le azotó. Aquel abominable ejemplo que ahora veinte siglos nos dieron los más desgraciados de los hombres, no lo siguen sino los que ahora son tan des-

graciados como ellos. Seamos lestrigones, tártaros, hunos, vándalos, chinos, iroqueses, trogloditas; pero no seamos hebreos...

Ese ente que señorea el mundo, en cuyo rostro se distinguen las huellas de la perfección divina, cuya mirada sigue a Dios hasta cerca de su trono, y sale del Paraíso, todavía grande y majestuoso, es el hombre: ¿a ése le azotas? ¿a tu padre, a tu hermano, a tu hijo? Azotadores, ¿qué sería de vosotros si llegase el día de ser azotados? Ojo por ojo, diente por diente, dice talión...

Nosotros no haremos eso ni lo mandaremos hacer. Presidente, hombre piadoso, ¿qué dices de todo esto? Yo no azoté, dices; pero mandaste quien azote, digo yo. Yo no juré, Señor, dice trémulo el culpable. Pero juró tu sometido a quien debías refrenar, grita indignado el juez. Vosotros *los cristianos*, ceñíos a la Escritura.

Ahora pues, nosotros los *malvados* sufragamos por la hombría de bien; nosotros los *herejes* nos inclinamos a la religiosidad encarnada en un hombre harto conocido por piadoso; nosotros los *bandidos* nos proponemos sacar a la honradez sobre los hombros, o morir en la lucha, si nos rechazan con las armas; nosotros los rencorosos pensamos perdonar, supuesto que elegimos al de manso corazón; nosotros los soberbios invocamos la modestia; nosotros los rapaces no queremos nada para nosotros, ya que dejamos al amigo, amigo íntimo tal vez, y llamamos al que no nos conoce, aquel de cuyo favor nada esperamos; nosotros los empecinados cedemos al instante; nosotros los partidarios ciegos no reconocemos caudillo; nosotros los revolucionarios obramos como pacíficos; nosotros los ambiciosos no tenemos ambición; nosotros los injustos nos acogemos a la justicia; nosotros los egofstas proponemos la generosidad y la abnegación a nuestros enemigos. Achácanos ustedes de empeñarnos en la elección del *antirreligioso y provincialista*, o del *militar amigo de los fueros*, o del *impopular y enemigo* de vuestro jeque: el *antirreligioso*, el *amigo de los fueros*, el *impopular* se apartan generosamente, y nosotros, sin mala intención, ni obstinación, renunciamos esperanzas, despreciamos *probabilidades*, y proclamamos al que no conocemos sino por sus virtudes públicas. *Tal sujeto* ha dicho con frecuencia, que si los liberales se obstinaban por el *hereje*, él se combatiría con nosotros; pero que si preferían un moderado, un tercero en discordia, estaría con ellos. Helos allí a esos buenos liberales decididos por el moderado, el tercero en discordia, el hombre religioso: ¿qué dice ahora el ministro-emperador, católico, apostólico, romano? Nosotros hemos cedido, amigos míos, cedan ustedes a su vez: no seamos güelfos y gibelinos, Abencerrajes y Segríes, moros y cristianos; seamos amigos, hijos de una madre, ciudadanos de una misma patria, que al fin abren los ojos, extirpan la gangrena del corazón, bruñen y acicalan el alma, desembarazándola de su espesa empañadura. Que nosotros no deseamos la muerte, el destierro ni la infamia de ustedes, claro se ve, cuando escogemos un hombre más conservador que liberal, de maduro juicio, de ilustrado entendimiento, de sano corazón: si ustedes se obstinan

en elegir a su caudillo, manifiestan sin rebozo que anhelan nuestra ruina. Cuando uno de nosotros caiga fusilado; cuando otro perezca en el suplicio de la *barra*; cuando éste gima lastimosamente al menudeo del azote; cuando ése vaya amarrado, a pie por los desiertos, ¿sentirán ustedes bailar alegre el corazón en el pecho? No me lo digan, porque me muero de lástima de ustedes. Y aun no tan malo si eso fuera todo; pero su candidato tiene graves, insuperables obstáculos para la presidencia: ese auto motivado del Perú, amigos míos, ¿no es una terrible cosa? El Perú, nación amiga, aliada nuestra, ¿recibir de nosotros un bofetón! ¿Y qué sería sino bofetón elevar a un reo de sus tribunales? Ya dimos un grande motivo de queja a otra nación hermana, eligiendo diputado al que acababa de ofenderla: ¿dónde hemos de ir a parar con estas provocaciones repetidas? El Perú jamás reconocería el Gobierno de uno a quien tiene en juicio criminal; Colombia jamás reconocería a uno que le ha hecho tanta guerra, que tanto la ha molestado, que tan ninguna seguridad le ofrece para lo venidero. ¡Y nosotros encajados aquí en medio de dos repúblicas que no reconocen ni pueden reconocer nuestro gobierno! ¿con quién tratamos, con quién comerciamos? ¿cómo vivimos nuestra vida política? ¿nos avendremos a ser una tribu ignorada en un rincón perdido del mundo?

Atajados les miro de razones; responderán ustedes, si las tienen provenientes de la filosofía, la sana política, la justicia, la virtud en fin. Ahora si llegamos a la *insuficiencia de las leyes*, no sé cómo levanten ustedes con sus débiles cabezas ese peñasco de Sísifo. Hay un ciudadano que ha declarado de un modo oficial que las leyes son insuficientes, y las ha transgredido todas. Conviene saber desde luego si la constitución de la república autoriza al presidente a hacer esa declaración en algún caso: ¿no? pues ¿cómo se las anula por el ejecutivo? Estas leyes son insuficientes para uno; viene otro, y halla que las nuevas no le bastan para gobernar: llega el tercero, y todo lo tiene por escaso y todo lo vuelca: ¡despotismo atroz y ridículo, que causaría risa en la Sublime Puerta! Si la voluntad del gobernante es la ley suprema, hagamos una hoguera de todos nuestros códigos, y sentados alrededor, veámonos esas caras, si no de salvajes, de esclavos azotados por lo menos. ¿Y qué necesidad, qué empeño es éste de ir en busca del que *no puede mandar con nuestras leyes*? ¿Hemos de hacer leyes acomodadas al carácter de un hombre, o un presidente para que haga ejecutar las leyes? Un tal no puede mandar con las que la Nación, de años atrás, ha dictado y sancionado por medio de sus legisladores; pues ese tal ha de ser el presidente, a fin de que derroque el edificio social, rasgue el contrato público de los hombres reunidos en civil, política asociación, y ande sobre ellos con el látigo en la mano! ¿Cosa necesaria es ésta? Pues si aquel *no puede mandar*, que no mande; hay hombres modestos, juiciosos, buenos, que no se juzgan superiores a los códigos, y tienen harto con ellos para labrar la felicidad de sus conciudadanos.

Proclamar la candidatura del que tiene protestado no mandar con leyes, es dar el grito de una revolución extravagante: ¿entienden ustedes? Revo-

lución a la faz del Gobierno, revolución a la faz de pueblos libres, revolución a la faz de la América republicana. Proclamar una dictadura perpetua en medio de la paz, sería un absurdo de muy amargas consecuencias.

Mediten ustedes, y vean si hablamos con fundamento, si obramos con desinterés y justicia. Que don Francisco Aguirre sea el candidato de la nación: demos una prueba de grandeza de alma, seamos al fin hombres de bien y no bribones, ilustrados y no bárbaros; cristianos y no feroces tártaros, sedientos de la sangre de nuestros propios hermanos. Si no gustan ustedes de ir a un paso con nosotros, propongan cualquier otro hombre notable de su partido; ¿no tienen más que uno? ¡Qué vergüenza! El Azuay acaba de presentarse egregio, con esa reconciliación de los partidos, ese voto común que excluye la tiranía y proclama la mansedumbre, se aleja de la barbarie y tiende los brazos a la civilización, ahoga en su pecho los afectos duros, y da ejemplo de fraternidad. El Azuay ha merecido bien de la patria: debe servir de ejemplo.

EL NUEVO JUNIUS

II

LOS PARTIDOS POLITICOS

¿HABÉIS DADO con el árbol de la sabiduría, amigos míos? Ya os dije donde descollaba; y verle descollante es una muy grande cosa: su cumbre desaloja las nubes, sus ramas se extienden al rededor entrelazadas con admirable simetría, y dan una vasta sombra. Este árbol florentísimo produce el fruto de la vida: los que aciertan a cogerle y gustan de su raro sabor, han dado con el secreto del género humano, si la felicidad es su secreto. Oigo de continuo que el dolor es nuestra herencia; mas pienso que para todos los males hay remedio, y que no es obligatorio ese legado. El dolor es nuestra herencia; mas podemos renunciarla, y desembarazados de ese gravamen, quedamos aptos para la felicidad. Felicidad, dolor, éstos son los ejes sobre que rueda el mundo, los términos que componen esta música estrepitosa que nos acuerda sin intermisión, a la cual cada uno de nosotros contribuimos con nuestro ¡ay! o nuestra carcajada. La paz del corazón, la serenidad del ánimo, la satisfacción de la conciencia, la grandeza del carácter, la mansedumbre del genio, la rectitud de la conducta son las condiciones de la verdadera felicidad; y como todo aquello es obra y efecto de la sabiduría, resulta que la dicha es el fruto de ese árbol misterioso.

Luego no es tan fácil ser felices, me dirán. ¡Qué ha de ser fácil! antes no hay más intrincada senda que la del Paraíso, siendo así que le tenemos perdido hace ya setenta siglos. Pero no tan perdido que algunos hombres no hubiesen dado con esa deliciosa comarca, guiados por el gorjeo lejano de sus aves, por el olor que despiden sus flores siempre abiertas. El filósofo cuyo sistema y cuyo anhelo es la tranquilidad del alma, y que a fuerza de profundizar en ese estudio cumple al fin su objeto, dio con el árbol de la sabiduría: vedle allí sentado majestuosamente a su sombra, hojeando el libro de la ciencia, satisfecho del cielo y de la tierra. El santo que distingue la materia del espíritu; que ve la luz divina rompiendo la bóveda celeste

con su clara vista; que permanece suspendido de la mano de Dios y oye apenas el rebullicio de los hombres, dio con el árbol de la sabiduría: vedle allí a su sombra sentado majestuosamente al lado del filósofo. El regidor de pueblos que se consagra a su felicidad, gobernando a lo grande, obrando a lo virtuoso, respetado, querido por sus semejantes, dio con el árbol de la sabiduría: vedlo allí a su sombra sentado majestuosamente al lado del santo y del filósofo. Filosofía, santidad, sana política, forman el acompañamiento más respetable, el grupo más significativo del mundo, sublime cariatíde que sostiene el trono del Omnipotente, mirando a la tierra con sus adorables rostros.

Alto es el árbol de la sabiduría, y no le vemos; sonoro es el árbol de la sabiduría, y no le oímos; fragante es el árbol de la sabiduría, y no le olemos; empañada la vista, embotado el olfato, entorpecido el oído, no podemos aprovecharnos de esa magnífica obra de la naturaleza, cuyo fruto robustece purificando la sangre, aclarando la inteligencia, dando armonía a las afecciones. Maestros no nos faltan; pero somos malos discípulos, y por eso vivimos en esta ignorancia del bien, en esta crasitud del alma que nos mantiene tan desgraciados y pequeños. Nuestro ahínco se cifra en nuestro mal, porque anhelar el mal ajeno es labrar el propio, supuesto que los hombres somos una cadena que viene resonando al través de los siglos y ciñe la tierra en todas direcciones. Nos perseguimos, nos robamos, nos matamos, y andamos diciéndonos hermanos: ¡qué insolente ineptitud! Hermanos, descendientes de Caín: hermanos, y por eso gimen unos en profundas mazmorras, otros corren el lúgubre cerrojo: hermanos, y por eso va uno al patíbulo con trémulo paso, otros le vuelan la tapa de los sesos; hermanos, y por eso unos amarran, otros tienen la soga al cuello: hermanos, y por eso unos deshonoran, otros pierden el honor: hermanos, y por eso unos apañan la hacienda ajena, otros quedan en la mendiguez: hermanos, y por eso unos se elevan, otros sucumben; unos blanden ensangrentada maza, otros ruedan a sus pies; unos vociferan, otros gimen; unos viven repletos de sangre, otros caen al sepulcro exánimes. El sello de Caín viene impreso en nuestra frente: la raza del maldito se ha multiplicado en términos que compone la especie humana: víctimas y verdugos somos todos: deshonor, persecución, infamia, los lazos que nos ligan, —nuestra fraternidad, nuestra felicidad, nuestra gloria.

Tú que difamas al vecino, le calumnias, le hieres en el corazón, ¿eres su hermano? Tú que preponderas por la fuerza, y puesto arriba despliegas tu genio destructor; tú que cierras con los que no te adoran como a los dioses de los Druidas, persigues, coges, matas, husmeas la sangre de la víctima y bailas sobre su cadáver, ¿eres su hermano? Tú que anulas los derechos, hue llas la justicia, te mfoas de la dignidad del hombre y te empeñas en su ruina, ¿eres su hermano? Tú que trabajas por la ignorancia, y en tu sabiduría propagas las sombras, verificando una impía y tenebrosa operación, ¿eres su hermano? Su hermano eres, hermano a lo Caín.

Cuando digo *tú*, no hablo con uno solo, con éste ni con ése; hablo con

todos los malvados; ni tengo por buenos a los de un partido, por malos a los de otro. Los buenos son muy raros; los perversos abundan en todo tiempo y lugar. Los que padecen se tienen por inocentes, los que hacen padecer piensan que obran en justicia: si las víctimas se sobreponen a los verdugos, los verdugos vienen a ser inocentes; los inocentes, verdugos. El laberinto de la especie humana, donde imperan la razón y la equidad, es la cosa más intrincada y oscura del mundo. La razón está en el triunfo, la equidad en el poder: el que manda se desafuera y atropella por todo, siempre con derecho para sus descompasadas acciones: de aquí proviene que el tirano vive persuadido de que todas sus obras son laudables, y sus esclavos se quejan amargamente de la oposición de sus contrarios. Ninguna virtud se practica menos que la fraternidad: reina entre los hombres el odio por los hombres: vivir es combatir, ya lo dijo un filósofo. La vida es la guerra: peleando vivimos, peleando morimos, y si fuera por nosotros, la tumba sería un campo de batalla.

Pero allí los valientes son cobardes, los grandes pequeños, flacos los fuertes, feos los hermosos, ruines los magníficos, bajos los nobles. Tú, héroe, ¿te dejas comer de los gusanos? ¿y qué es de tu impetuosidad, tu superioridad, tu grandeza? Tú, déspota, ¿te dejas podrir y sufres que la carne se te caiga en pedazos? ¿y qué es de tu poder, de aquel imperio irresistible, de aquel mandar ejecutivo? Tú, sabio, ¿no sabes que el cerebro te está corriendo por la nariz y las orejas, ese cerebro donde se había imprimido el universo, ese órgano sublime por cuyo medio te subías hasta la esencia soberana? Tú, militar apuesto y valeroso, brillante con la argentería del vestido, rico de tu sueldo, insolente con tu espada, ¿no la desenvainas y destruyes esa legión de insectos atrevidos que te chupan los ojos? Tú, empleado grandioso, personaje excelso, ministro, presidente, emperador, ¿no mandas prender y poner grillos, no haces fusilar a esos conspiradores que te andan por la cara y el pecho, te comen los carrillos, te ultrajan y van contra tu autoridad? Tú, clérigo condecorado, prelado immune, alto sacerdote, ¿no excomulgas, no anatematizas, no echas al infierno esa turba de sacrílegos que te dejan al aire el caparazón, te sacan a pedazos la lengua, te perforan la corona? Tú, gentil mancebo, amor de las doncellas, preciosa muestra del linaje humano, de rubia y ensortijada cabellera, de ojos conquistadores, de dulces e irresistibles labios, ¿sufres que te ensucien la ropa, te aren el rostro, te descompongan y afeen entecillos despreciables? ¡Lástima que los potentes no tengan allí vasallos, esclavos los tiranos, partidarios los políticos, fanáticos los sacerdotes, soldados los capitanes, para que les defiendan a todo trance, griten, insulten, amenacen, persigan, cojan, destruyan a sus enemigos!

Vivir es combatir; pero morir es sucumbir; y la vida es un fuego fatuo, una rápida y misteriosa exhalación, una ráfaga de pesadumbre: no vale pues la pena de ser tan insolentes y perversos. ¿No sería mejor que fuésemos pasando asidos de las manos amistosamente, desahogándonos con tiernos suspiros, consolándonos con fraternales palabras, protegiéndonos con suaves

movimientos, y desembocando en la eternidad cual sombras apacibles, y no cual bravíos fantasmas que van en busca del infierno? Si no vivimos más que un día, sepámoslo vivir, y sepámoslo de veras: esa ciencia no es la crueldad, la codicia, la altivez opresora, la infamia; todo esto es ignorancia: esa ciencia consiste en la mansedumbre, el perdón, la protección mutua: sobre estas ruedas adelanta la sabiduría, y el que va en su carro, va más pomposo y majestuoso que Sesostriís.

La armonía del corazón y la palabra es el más embelesante acuerdo, si el corazón suena benigno echando afuera las gratas voces del amor, los graves acentos de la justicia. Indigno sería que hablásemos bien, si obrásemos mal; empero si las acciones son conjuntas con la expresión, si nuestra manera de decir es acomodada a la concordia, ¿por qué no nos oirán ustedes, los que se llaman nuestros enemigos? El porvenir que proponemos no viene cargado de nubes tempestuosas, no vislumbra allí la electricidad mortífera, no cruzan relámpagos siniestros: limpio es ese firmamento, clara esa atmósfera, y cuando anochece y amanece, un amable estrella surge del vacío y se pone sobre el horizonte a mirarnos cariñosa. Ustedes quieren la tempestad, concitan el rayo, supuesto que no caiga sobre sus cabezas, evocan el terremoto. Hartos estamos de terremotos: déjenos ustedes en pie las habitaciones, sosegado el ánimo, sin pesadilla el sueño, segura la vida, ya que la Providencia ha querido preservarnos hasta ahora. ¿Qué empeño es éste, amigos míos, que empeño es éste de ver perturbada la paz, en peligro la nación, perdidos muchos ciudadanos, y acaso los mejores? ¡Ah, si *ese hombre* diese con el árbol de la sabiduría, y se sentase majestuosamente a su sombra... ¡El valor de la desesperación suele ser funesto, el heroísmo de la muerte se dispara en mil centellas destructoras: una nación oprimidísima, revienta al fin como una bomba, ¡ay de los opresores! Si os empeñáis en exterminarnos, puede llegar el día en que seáis exterminados. Entre vosotros no hay sino un hombre, uno solo: puede éste desaparecer por la ira de Dios, por la justicia de las leyes, por la venganza de los hombres: ¿qué será de vosotros en ese trance? Si tan encarnizados, si tan irreconocibles os manifestáis, tal vez sea necesario enrojecer un poco la clemencia... Labrad para el porvenir, y sabed que la herramienta que fecunda no es el puñal, la bala ni el azote; éstos esterilizan: la benigna azada dispone la tierra para que reciba el germen de la vida; el látigo y el palo siembran lágrimas...

DE LA INEFICACIA DE LA RAZON

EN VANO echa fuera sus celestiales llamas el ardoroso pecho, si el de los demás no arde a su vez en el fuego sagrado: la insensibilidad y la ignorancia son los escollos insuperables del ingenio: la fuerza de la razón, la efervescencia del corazón pierden su eficacia en un pueblo poco instruido y menos apasionado. Cuentan de Massillón que en un discurso fúnebre hizo alzarse de repente al auditorio, cual si le hubiera movido por un resorte mágico, y que salió de la iglesia un inmenso grito colectivo que asordó la ciudad. El orador había extendido su largo brazo, y arrancando el infierno de las entrañas del universo, lo puso chispeante y vivo a la vista de los hombres. Los hombres lo vieron, oyeron ese chirrido aterrador, porque veían y oían con el alma. La sensibilidad es la sabiduría de la ignorancia; y muchas veces la sabiduría suele servir de sensibilidad: paadojas profundas que no las desenvuelven sino los confidentes más íntimos de la naturaleza, en cuyas contradicciones se ocultan la desgracia y la felicidad del género humano.

La fuerza física es el numen de los bárbaros: ellos no conocen otra ninfa Egería que su maza, ni dominio les inspira sino es su envenenada chonta. ¿Qué habría podido Massillón en una junta de orejones o de záparos? Por los efectos de la elocuencia puede medirse el grado de civilización de un pueblo; porque al fin, la verdad puesta a la vista en su desnudez embelesante, enamora, rinde a los que la contemplan, cuando éstos no son de aquellos que tienen resuelto irrevocablemente negar las cosas y revolverlas en ese infernal trastrueque, tan satisfactorio para la corrupción. ¿Qué nos valiera a nosotros la elocuencia? en vano hablaríamos como grandes, en vano escribiríamos como sabios, si sabiduría y elocuencia fueran nuestras dotes. La razón es una pobre vergonzante a quien echan de puerta afuera la perversidad y la ignorancia; la filosofía clama sin fruto a nuestros umbrales, y si la verdad profiere una palabra, le soltamos los perros, y la despedimos bien mordida.

Allí veo una figura hermosa: la majestad la eleva, la inocencia la mantiene respetable. —Hombres, dice, ¡oídmel! —¿Quién es? —Soy aquella a quien debéis seguir. Pero como no trae vestido de seda, como no le resplandecen al pecho condecoraciones ni cadenas, como no ha entrado insolente con sonoro tacón, le tienen por mendigo, y le gritan que se vaya. Su voz es armoniosa, y no hay quien la oiga; su mirada serena y dulce, y no hay quien la goce; sus ademanes regios, y no hay quien la estime: en la casa resuena el oro; la seda va susurrando vanidosa por los corredores, y dentro del pecho de esos habitantes chacotea el corazón libertino, o se retuerce el envidioso y sanguinario. Que se vaya, que se vaya: la Razón nada puede en esa casa, no hay que darle, molestan sus clamores.

Otro personaje llega vestido con modestia: trae en la mano una balanza; sus ojos encierran un océano de luz, y la austeridad de su porte infunde cierto respetuoso pavor. —¡Hombres, oídmel! exclama. —¿Quién eres?— ¡Justicia! —Vete: nada tenemos que hacer contigo.

Salió la Justicia y entró el Ingenio. Este nada pide, pero quiere que le oigan, le conozco: su mirada resplandece, una aureola le ilumina, y sin que se sepa por qué arte recóndita, crece, y sube, y cual gigante atraviesa el espacio, y hiere con la cabeza el firmamento: su voz es metálica, grandiosa; su paso firme, su continente divino. Los que le ven se asombran: no le entienden, y le juzgan monstruo; llegan a conocerle, y quieren matarle. —Brujo, ente infernal, demonio, ¿qué buscas? ¿qué pides? —Nada pido, traigo mucho; mirad mis tesoros. Y esos tesoros brillan con resplandor vivísimo, y hieren los ojos de los profanos, y los profanos pierden la vista y exhalan pavorosos alaridos. El huésped no tuvo acogida: se unieron todos, y le echaron a empellones.

Ahora viene otra: ésta es una joven fresca y rozagante; sus mejillas arden en el fuego de la aurora; sus ojos rasgados, negros y purísimos miran con un mirar alegre y cariñoso; su cabellera ondea por la espalda en rubias espirales, cobijándola como se cobijan los ángeles: sus miembros llenos y perfectos cautivan con los declives más esféricos y seductores: su alomado pecho sobresale, y tras su blancura sonrosada, se ven y se oyen las palpitaciones de su ardiente corazón: viste de púrpura; trae arracadas al tobillo, y ceñida la frente de una olorosa guirnalda, se presenta entonando un himno suave y tierno, cual si lo cantaran serafines. Pero la casa a que ha llegado es una fragua: monstruosos operarios, tiznado el rostro, sucia la mano, forjan el hierro en grillos y cadenas. Su ama es terrible: allí está en su trono de bronce, echando fuego por los ojos, haciendo rechinar los dientes. Es la tiranía. Libertad había llamado a malas puertas: esos demonios, lejos de enamorarse de la hechicera niña, dan sobre ella, y quieren aherrojarle: huye, corre, vuela la intrusa. En casa de tiranos, la libertad es un contrabandista.

En casa de esclavos, la libertad es un enemigo; en casa de viles, la dignidad es un elefancíaco; en casa de impostores, la verdad es un testigo falso; en casa de crueles, la misericordia es un advenedizo; en casa de perdi-

dos, la honradez es un idiota; en casa de bribones el honor es un espía; en casa de verdugos, la inocencia es un criminal; en casa de bárbaros, la civilización es un alevoso; en casa de ignorantes, la sabiduría es impertinente; en casa de tontos, el ingenio es un loco; en casa de cobardes, el valor es un atrevido. Atrevidos, tontos, impertinentes, ignorantes, alevosos, criminales, espías, idiotas, advenedizos, crueles, testigos falsos, alefanciacos, enemigos perversos, todo somos en esta tierra los que hablamos de valor, ingenio, sabiduría, civilización, inocencia, honor, honradez, misericordia, verdad, dignidad y libertad. ¡Qué jerigonza tan desbaratada e incomprensible la de los esclavos!

Quiero hablar de nuestras cosas.

García Moreno está fuera de combate en el campo del honor y de la justicia, no puede ser presidente de un pueblo regido por leyes emanadas del sufragio popular, porque ha declarado oficialmente que no puede mandar con leyes, y las ha infringido todas. García Moreno no puede ser presidente, porque para serlo ha de presentar el juramento constitucional de observar y hacer observar las leyes, y él tiene jurado que no las observará: si en el templo de Dios, ante el Juez Supremo jura que obedecerá la Constitución, perjura; pues en su ánimo tiene resuelto no obedecerla. Si jura de buena fe, condena su conducta pasada, y en el mismo juramento manifiesta que esas leyes que está jurando obedecer, son y han sido bastantes para gobernar un pueblo. El las ha declarado *insuficientes*; ahora las reconoce por suficientes: en uno de los dos casos ha faltado a la verdad, y no se escapa del perjurio ¡Presidente que principia perjurando! ¡Señor Dios de los ejércitos! Ninguna necesidad tenemos de irnos al infierno en junta suya.

García Moreno no puede ser presidente, porque está en juicio criminal en una nación aliada: cuando el Gobierno del Perú pida la extradición *del candidato*, ¿qué hará el del Ecuador? ¿qué hará usted, hermano Ponce? ¿le hará elegir a pesar de eso? La extradición es de derecho perfecto, en ciertos delitos, según los principios del derecho internacional; están pues obligados ustedes a entregar al reo; pero no lo entregarán: García Moreno, en vez de ir a la cárcel de Lima, se alzará con el poder absoluto, pues tendrá por menos malo fugar del Ecuador vencido en la guerra; y guerra habrá. En este caso, bien sabemos que nuestras cabezas rodarán en el patíbulo o moriremos a lanzadas; y con todo hablamos así, porque el noble afecto de libertad comunica heroísmo al hombre que nació para ella. ¿Pero usted, Señor Don Camilo? ¿usted? ¡Ah! usted verá correr nuestra sangre, y se sonreirá, y pensará que la religión triunfa, y conversará con Jesucristo, el enemigo de la sangre. Su cabeza quedará sobre sus hombros, pero sus mejillas perderán su palidez... y bien colorado, se irá para su hacienda. Ayude usted a matar a sus amigos, a perder su patria; ayude.

García Moreno no puede ser presidente, porque la América republica-

na no confía en él: este hombre en ninguna ocasión ha podido ni ha querido ocultar sus simpatías por los enemigos de América.

García Moreno no puede ser presidente, porque tiene azar con las repúblicas vecinas; aborrece a Colombia, Colombia no le quiere; detesta al Perú, el Perú no se muere por él; la elección de este sujeto sería la declaratoria de guerra a Colombia, y acaso al Perú. ¿Estamos en situación de abrir una campaña? pobres ecuatorianos, malos sacerdotes que pedís a García Moreno; vuestro Señor y Maestro divino era dulce y caritativo; no se lavó las manos con sangre, no sufragó por el poder absoluto y tiránico, no persiguió a los pueblos unido a sus opresores.

García Moreno no puede ser presidente, porque las tres cuartas partes de la nación ven en él su ruina: para unos, es la tumba: helado y tétrico, García Moreno se les presenta como un espectro horripilante: para otros, es el destierro: García Moreno se les aparece en forma de hambre, cual fantasma lívido y pavoroso. Para otros, es la infamia: García Moreno zumba a sus oídos y serpentea como el látigo. Para otros es el martirio: García Moreno retiene con el chis chas funesto de los grillos y la barra. Yo sé muy bien que todos estos inconvenientes son títulos para sus partidarios, y que se sonríen satisfechos cuando contemplan en el terror que infunde su amo. Mas para la razón, no es así: motivos no son esos de regocijo, ni cabe que el alma salte de alegría al ver que una gran porción de hombres se horripila en presencia de una horrenda muerte.

García Moreno no puede ser presidente, por esas razones y por otras muchas. A todos los cargos de la imprenta ha respondido diciendo en una mortaja de papel, que ha hecho bien de comprar bueyes en Imbabura, porque *no había ley que se lo prohibiese*. Si anduvo o no decente en mercadear en medio de las ruinas; si es o no justo y digno de un buen magistrado obligar con severas penas a los ciudadanos a vender barato, y comprar él los efectos a cómodo precio, no es materia que quiero tratar por ahora; lo que sí me llama la atención es el desentendimiento a las objeciones puestas a su candidatura: la *insuficiencia de las leyes* declarada por él; el auto motivado del Perú; sus guerras inconsultas y mal verificadas a Colombia, son cosas graves. Pero como no ha comprado bueyes baratos en Imbabura, las razones que contra su ansiada presidencia militan, quedan por nada, y puede y debe ser presidente. Yo tampoco he comprado bueyes baratos; ¿debo abalanzarme al despotismo por esta sola consideración?

Don Antonio Borrero le dirige una ajustada carta: Don Gabriel García contesta que está en Guachalá curándose las pestilencias de Imbabura. Don Antonio no había preguntado eso, ni le iba un ardite en saber de qué se curaba su benemérito corresponsal. Usted, Señor García, dijo ese merecedor y generoso ciudadano, ha sostenido que no puede gobernar con nuestras leyes: hoy se vuelve a presentar por candidato; ¿varía de opinión o proclama su candidatura? Don Gabriel contesta que está en Guachalá, como si esa fuera razón para proclamarse dictador perpetuo. Donde quiera que esté, ya el Señor Aguirre ha aceptado su candidatura: pero el negocio era pre-

sentar la de Don Gabriel, antes de que la contestación de Don Francisco Javier fuese notoria. Señor García Moreno, usted eludió las interpelaciones de su amigo del Azuay, y ha faltado a su palabra, cuando ha dicho: ¡Aquí estoy! sin esperar la respuesta del Guayas, como había ofrecido. En *eludir*, le faltó franqueza; y donde falta franqueza, falta valor: en anticiparse a lo mismo que se había propuesto esperar, no hay mucha formalidad. Ahora diga usted que *a ruegos de los pueblos* ha consentido en prestar su nombre. El Guayas, el Azuay, el Tungurahua, León, Pichincha son pueblos, y ellos no le han rogado para presidente: la flor de esas provincias firma contra usted: algunos clérigos y mucha gente infeliz que no sabe lo que se hace, firman por usted. Buena diferencia reina entre los dos candidatos. El principal título que se alega en favor del uno es su apego a la religión:

“¿Qué religión? ¿la de Jesús? ¡blasfemos!”. Pobre Don Francisco, héle allí *hereje* de la noche a la mañana: antes de que fuese candidato, no había católico más apostólico, apostólico más romano que él: y era así en efecto, y lo es todavía, y lo será hasta la consumación de los siglos. Pero mientras pase esta potencia propinqua de ser presidente en lugar de su amable compatriota, debe avenirse a ser protestante, o cuando menos maniqueo. Señor Don Gabriel, ¿no tiene usted vergüenza de no alegar otra cosa para su ambición que su católica, apostólica romanidad? ¿no somos todos de la misma calaña, unos como idólatras muy despreciables? Si los romanos de Cayambe tuvieran noticia de lo que es la pura religión cristiana, se les trabaría la lengua cuando quisieran llamar *heresiarcas* a los que piensan y sienten más caritativamente que ellos. No se jueguen ustedes con Dios y sus cosas, porque puede salir de su indiferencia, y allí quedan consumidos como una paja. El terremoto de Imbabura aconteció porque allí se había elegido diputado *a un ateo*. — Si el Todopoderoso se digna alguna vez mirar a este bajo mundo, ¡cuán grande será su indignación! Si la risa fuera de su naturaleza, sus calumniantes abrirían la tierra y se enterrarán vivos. En teniendo ustedes algo que ganar en el Perú, irían a decir que la ruina de Arequipa ha sucedido porque la ganga no ha estado pronta: si hubiera cómo ser presidente en Francia, irían a gritar que el espantoso huracán de agosto ha sido obra y castigo de Dios, porque no se han acordado los franceses de García Moreno. Todo el que no les calienta la mano a ustedes, es *hereje y delincuente*, y asunto concluido.

Usted, Doctor Ariza, que ha llamado *crimen reprimido* a otros sacerdotes, tan sacerdotes como usted; usted que se sienta en el coro al lado de los venerables canónigos que elevan su voz al cielo en junta de la suya, ¿cómo no les ha denunciado cuanto antes a la justicia, si sabía que eran unos bribones? El *crimen reprimido* no debe estar en la casa del Señor: Rodríguez, Martínez, Rivadeneira, ¡fuera! Ariza os ha condenado, ¡fuera! Si hubiérais firmado en favor de García Moreno, seríais *patriotismo, cristianismo, virtud*, y como tales, bien venidos a la diestra del clérigo Ariza y de *sus pongos*.

Vicente, mi querido amigo, ayer me abrazaste en la calle y me estrechaste a tu seno: el día anterior me habías llamado *hereje y crimen reprimido*: ¿no te hace conjurar? el olor del diablo se te ha quedado en la sotana; no lo sufras.

¿Yo pertenezco al *crimen reprimido*? ¿y por qué me abrazaste? ¿no temías que reviente en tus brazos y te inunde en sangre y baba pestilente?

Joaquín Yerovi, tú habitas la misma casa, comes a la misma mesa que tu hermano: en el hogar, le respetas, le quieres; es tu hermano y es bueno: sujeto sin mancilla, de índole admirable, de buena conducta, excelente ciudadano, hombre casi virtuoso, y sobre todo buen hermano para contigo. Sales a la calle, y firmas que tu hermano es *ensalzador del asesino, enemigo de la religión, empleo-maniaco y perverso demagogo*: ¿es posible, amigo mío? ¿tú contra tu hermano? El tiene más talento que tú; debes deferir a su concepto: es más predispuesto al bien que tú; debes quererle: es mayor en edad, en luces, en consideración; debes respetarle: si no le respetas, ni le quieres, ni difieres a su concepto, no afirmes siquiera que pertenece al *crimen reprimido*.

En la guerra civil de Vitelio contra Vespasiano, sucedió que dos hombres quedaron muertos atravesados del pecho con sus espadas, y en ademán fiero se amenazaban todavía. ¡Reconocidos estos hombres, eran padre e hijo! El capitán lloró, lloraron los soldados en el campo de batalla, y arrojaron lejos las armas. Si principiamos a matarnos entre hermanos, entre padres e hijos, ¿qué será de nosotros? Ponce, amigo, mira tus obras.

Tras Aguirre viene Urbina, dicen los romanos. El ánimo del partido liberal fue presentar por candidato al Señor Don Pedro Carbo, y ésta ha sido antigua idea: la conspiración del clero y de los soldados volvía imposible, de todo punto imposible por ahora su elección. Necesitábamos salvarnos, y hemos acogido la candidatura del Señor Aguirre, teniéndole por sujeto no menos merecedor que el otro: la moderación, la ilustración de Don Francisco; su casi clerecía, por subido en lo piadoso, le ponían a salvo de la tacha de *ateo*. Pero tras él vienen Urbina y Franco; ¿y por qué al fin no vendrían estos hombres? ¿qué autoridad habría legítima que les borrara para siempre de la lista de la patria? ¿la proscripción es un crimen? ¿la desgracia imprime carácter? Pero demos que no vuelvan: los *caritativos cristianos* no lo quieren. Renuncien ellos a su tétrico caudillo, únense a nosotros, y elijamos otro diferente por unanimidad de votos: éste sería un acto de cordura, una prueba de benevolencia, una virtud que Dios y la patria os agradecerían. Don Antonio Borrero: ¿qué dicen ustedes? ni es antirreligioso, ni liberal desafortado, ni hiere en su pecho la venganza: hombre de luces y virtudes, ciudadano generoso, patriota desprendido, sería buen presidente: tras él no viene Urbina, tras él no viene el anticristo, tras él no llueve fuego ni se caen reventadas las estrellas: amigo de García Moreno, amigo de los liberales; enemigo, de nadie: ni sangre, ni guerras internacionales, ni destierros, ni peligros para la religión: paz, concordia, progreso moderado con Borrero: ¡elijámosle! No quieren ustedes; bien.

Y Borrero tiene de conservador y liberal: se lleva bien con Pío IX, cumple los preceptos de la santa madre Iglesia, y no azota a Jesucristo. Pero tiene talento; es ilustrado, ilustradísimo: tal vez no mataría tantos cuantos conviene para el triunfo de la religión de los Druidas; protegería la instrucción pública, y acaso clavara los cañones para que no dispare nuestro

amigo Don Gabriel. Pues a un lado Borrero; no es lo que necesitamos: ¿faltará una máquina de matar y desterrar? ¿faltará un autómeta, un maniquí? ¿faltará otro Don Jerónimo, otro Don Manuel, otro Don Cosme? Borrero es algo, luego no vale para nada. Este es nuestro sistema, y lo tenemos por acertado y sabio, quedamos satisfechos de nuestro modo de pensar. ¿Tiene usted ingenio, es hombre de bien? ¿ha prestado servicios a la patria, la defiende con su espada sin mancilla, con su pluma elocuente? ¡Puf! a un lado; usted se mete mucho, y puede obrar en favor de la república: lo que necesitamos es uno que no sirviendo para nada, no haga nada: sólo éste puede entrar en lugar de Don Gabriel, que hace más de lo que debe, porque sirve para más de lo que nos conviniera.

En este pueblo donde el ingenio descollante es un pecado mortal; donde la instrucción es una peste de cuyo contagio se huye con pavor; donde las aptitudes para el mando, y la inteligencia adornada con los grandes ejemplos de la historia son defectos, razones poderosas de insignificancia, por fuerza tenemos que escoger entre lo ruín: ¡Borrero, Carbo, Aguirre, a un lado!

Elijamos a un Gómez de la Torre, a un Chiriboga, a un Malo, a un Moncayo, a cualquier otro hombre de bien y de importancia: no quieren ustedes; nada quieren ustedes. Honor, valor, instrucción, religión, todo está en García Moreno; fuera de él, no hay sino herejía y crimen.

¡Oh Dios! ¿para qué hablo? ¿quién me oye? ¿quién me entiende? ¿quién me sigue? Señor Don Gabriel, déle usted una vuelta a su corazón; mejor colocado, quizá de mejores visos: si siente usted una lucecilla en las entrañas, diga que le alumbrá el Cielo, y que se salva usted y nos salvamos todos. Y sepa, que si se empeña en su propia candidatura, la nuestra será irrevocablemente el Señor Aguirre, y tendrá que matarnos o morir a nuestras manos. Pero si se renuncia usted la suya, por mis razones, o por las de usted, no vaya a proponernos uno de sus esclavos, ni un Don Jerónimo III, ¡qué caramba!

Si el discurso no basta, veamos los ejemplos.

*En las hermosas vegas
"Donde dormita el Plata silencioso"*

se oye de repente un vocerío que asorda las ciudades argentinas: se cruzan las espadas, las lanzas crujen, las bocas de fuego centellean y rehíncan de humo el firmamento. Un hijo se ha levantado contra su padre: Absalón demente, procura su ruina, y en su conjuración maldita, va escandalizando el mundo. El cielo volvió por el anciano; sucumbe el desnaturalizado conspirador, pero el crimen ha echado raíces en la infortunada república. El viejo Flores cae muerto en la calle; la bala no le respeta, el puñal le busca el corazón y allí se regocija. ¿Qué horrible saña no sería la de esos hombres, cuando los hijos conspiran contra los padres?

Pues su cordura superó su enajenamiento; y donde todo iba a quedar ahogado en un mar de sangre, la concordia se levanta majestuosa y reina en todos los ánimos. Dos partidos profundamente enconados están para elegir en la República Argentina el sucesor del presidente muerto en la tragedia: el acero viene oculta en el pecho de los electores, mil desastres van luego a suceder, la muerte será dueña del campo. Pero el ángel del Señor tendió la espada, en seña de reconciliación, y aquellos hombres fieros que iban a despedazarse, eligen a una voz a uno en quien nadie había pensado. Batlle, actual presidente de Uruguay, no fue candidato sino la víspera de ser electo; y lo fue por unanimidad de votos.

Si no somos la hez del género humano, sigamos ese ejemplo.

Don Francisco Aguirre es ese tercero en discordia, ese Batlle ecuatoriano, ese término medio, lago apacible donde se apagan los rayos de la política. Bien sabido es que no ha sido cabeza de partido, ni ha manifestado ambición desaforada, ni *los herejes* han fincado en él sus esperanzas: rechazarlo, es declarar guerra a muerte a la razón, la libertad, el progreso de nuestras sociedades. La República entera alza la voz, no en favor de un hombre, sino de un principio, el principio de la paz y la concordia, cimientos de la felicidad. El fraude es mal agente; el fraude no populariza sino la infamia: ¿qué adelanta García Moreno en que niños escolares e indios zafios, ganancias de las haciendas firmen por él sin saber firmar? La gente de pro está por el bien, del uno al otro extremo de la República; la que nada vale, está por el mal, y esto sin que de ello tenga noticia; pues hasta la ignorancia es sabia, cuando se trata de la vida o muerte de los pueblos, y en sabiendo lo que hace, hace lo que debe. No pretendo que todos los que proclaman al enemigo público sean del todo insignificantes, no Señor: los que vienen *pesant lourd et trébuchant clair*, no dejan de ser personas, porque el oro tiene alma; mas por desgracia esa alma suele ser de arcilla, y la arcilla vale poco. El alma inmortal, la imagen de Dios, es la que resplandece con la aureola de la inteligencia: ésta es sutil, pura, transparente, ligera; se alza como una llama invisible y va a embeberse en la divina esencia.

Tampoco afirmo que todos sean rapazuelos; hay entre ellos gente vieja: lo sensible es que los años no les hubiesen aprovechado, y que la experiencia, esta mina de sabiduría, no les hubiese descubierto ni un grano de oro puro. Desde Hall (Jol), colgado en la plaza de San Francisco como un racimo del patíbulo, arrastrado por las calles como un perro; Hall, el patriota ilustre, el filósofo liberal, el inglés sabio, hasta Maldonado y Juan Borja, buen trecho mide la experiencia: pues cabalmente a favor suyo son tan cuerdos y virtuosos los ecuatorianos: Aguirre, Borrero, Carbo no darán esos espectáculos a la ciudad: un cuerpo blanco, desnudo de los pies a la cabeza, columpiando a medio día en una picota, es cosa deleitable para los buenos, y sobre todo si ese fue un hombre ilustre. Un difunto agarrado del tobillo por una argolla de hierro; que muere en el calabozo sin que se sepa cuándo; un cadáver preso, la muerte en manos del verdugo, la eternidad cogida y mordida por un hombre, es cosa deleitable para los buenos,

y sobre todo para los buenos sacerdotes. Aguirre, Borrero, Carbo no nos regalarán con esas embelesantes distracciones, ese *Pré-Catelan* mágico, ese baile de ángeles que giran armoniosos al son de una encantada música. Aguirre, Borrero, Carbo, aprended ese arte de cautivar corazones, si queréis ser presidentes.

EL NUEVO JUNIUS

III

A DON GABRIEL GARCIA MORENO

TODO EL que entra a su casa por la tarde, sin haber hecho algún bien a sus semejantes, ha perdido el día. Esta máxima sublime de gobierno lleva a la gloria cuando se la verifica, y al paso que de un hombre forma un rey ilustre, un egregio presidente, forma también un santo. La caridad es la madre de las virtudes: la misericordia, de ella nace; la bonancible lástima, de ella nace; la benevolencia, de ella nace: y esta familia maravillosa habita un paraíso invisible situado en el centro del corazón: abrigar el paraíso en el corazón, es como si el que le abriga fuese una divinidad; y por esto habrán dicho los filósofos, que el hombre está más cerca de ella mientras menos males obra, y se aleja tanto más de la divina esencia cuanto más perjudicial es en el mundo.

Cada cual gira una órbita, y en su esfera, algo puede hacer por los demás: no hay grandeza ni pequeñez fuera de Dios: "Sólo Dios es grande, hermanos míos", decía un gran sacerdote en presencia del cadáver de un gran monarca; y decía bien: en esas cuatro palabras queda perfectamente averiguada la naturaleza del Hacedor y de la criatura. Arruinar pueblos, cautivar naciones, matar gente, no es grandeza; infringir leyes, erguirse como gigante y sacudir una serpiente amenazando al universo, no es grandeza; destruir el templo santo de la República, en cuyos altares permanecen ley, justicia, libertad, no es grandeza. Sobre las ruinas de esa sacrosanta fábrica se quiere elevar un edificio tenebroso y horrible EL CADALSO. En esta obra se emplean cabezas de ciudadanos; el corazón y la sangre sirven de argamasa, y el alarife pasa su palustre, que es la cucharilla del verdugo. ¿Dónde van las divinidades que habitan ese templo? Ley, justicia, libertad ¿caís-teis también junto con vuestros odoradores? ¿el hacha impía os derriba muertas en el suelo? ¡Los dioses se van, se van los dioses!

Había en Méjico un edificio público llamado *la casa del dolor*: negro por dentro y fuera, no recibía luz interiormente sino por los estrechos res-

quicios dejados para el aire necesario: era la casa la construcción más funesta que se puede imaginar, y en verdad parecía que la angustia la hubiera edificado. A ella se acogían los desgraciados, las viudas y los huérfanos de las víctimas del sanguinario príncipe, y sus lágrimas corrían invisibles en ese oscuro silencio. La casa del dolor es una sucursal indispensable del cadalso: el cadalso está trazado en nuestras plazas delinientos por allí cerca la casa del dolor. ¿Adónde han de ir a llorar nuestras viudas? ¿Adónde han de ir a quejarse nuestros hijos? La casa del dolor es una sucursal indispensable del cadalso.

Padre, Hijo y Espíritu Santo es la trinidad que simboliza las potencias eternas creadoras y conservadoras del universo: Padre, Hijo y Espíritu Santo es el misterio que mantiene absortos a los hombres, que se van por la ley de la naturaleza en silenciosos raudales a perderse en la eternidad, habiendo atravesado el mundo como sombras: Padre, Hijo y Espíritu Santo proclama la religión cristiana, y embebida en este incomprendible arcano, se desenvuelve maravillosamente en la santa ignorancia de esos recónditos secretos. No puede haber Trinidad sin misterio; y misterio que no abrigue un bien en sus entrañas, misterio es de Satanás. Padre, Hijo y Espíritu Santo, dice la ley del Cristo. Sumisión a la Santa Sede, el *Sílabus* y el cadalso, proclaman *los católicos* de estas oscuras y perdidas comarcas. Francia, tierra de la sabiduría ¿oyes? Sumisión a la Santa Sede, el *sílabus* y el cadalso. Gran Bretaña, tierra de la libertad, ¿oyes? Sumisión a la Santa Sede, el *Sílabus* y el cadalso. Estados Unidos de América, tierra de la sabiduría, la libertad y la clemencia, ¿oís? ¡Sumisión a la Santa Sede, el *Sílabus* y el cadalso!

Y vosotros, pueblos hermanos y vecinos, pueblos libres, pueblos dignos, pueblos republicanos y demócratas, pueblos religiosos verdaderamente, ¿habéis oído? Sumisión a la Santa Sede, el *Sílabus* y el cadalso, nada más. Constitución, leyes patrias, seguridad personal, justicia, clemencia, progreso, todo cae y desaparece en las cóncavas profundidades de esa trinidad monstruosa. Y esta proclamación ha resonado en la cumbre de los Andes, al pie del venerable monte donde Sucre y los campeones de la independencia redimieron con su sangre el nuevo mundo.

Pichincha, montaña sagrada, ¿cómo no te desplomas sobre nosotros y nos cubres para siempre, por bárbaros e impíos? Los que oyen y sufren esas blasfemias son tan criminales como los que las profieren. Pichincha, montaña sagrada, tú que viste las huestes libertadoras caer desgranadas al fuego de los tiranos; tú que las viste desflecharse sin miedo y clavar el pabellón bendito en las colinas que circundan esta ciudad, virtuosa en otro tiempo; tú que oíste las voces inmortales de los heroicos capitanes que sellaban la libertad de un continente; ¿llevas en paciencia ese horrible guirigay en que murmuran la tiranía y la esclavitud juntadas en infernal consorcio? Míranos con tus centellas, hánblanos con tus truenos, tiembla de cólera y ábrete en un abismo donde desaparezcamos para siempre esclavos y verdugos.

¿Qué dirá la Santa Sede cuando se vea al lado del cadalso? He allí a San Pedro junto con los derramadores de sangre, a Pío IX armado de lanza bebedora de sangre. Jesucristo fue bueno, compasivo, santo; a nadie mató en el patíbulo ni de otro modo; no mató con su mano, ni mandó matar: —Pedro, ¿qué haces? dijo a su discípulo cuando éste dio una herida a un perverso, llevado de la justa indignación; y lo que el discípulo dañó, lo remedió el Maestro. La religión católica es común a todos los pueblos sudamericanos; si en algunos de ellos se *tolera* por la ley, la inclinación y la práctica prevalecen, y todos se acogen a su gremio: ¿qué guerras de religión se han verificado en esta República? ¿qué cisma se lleva adelante? ¿qué herejías se sostienen? Digan nuestros enemigos que van a matarnos, porque su comodidad está en nuestras muerte; ¡pero no digan que van a salvar la religión cristiana! Esta de suyo está salva, aun en el mundo, no digamos en este triste rincón, donde este puñado de hombres malos todos se parecen en vicios y preocupaciones.

¡Ay de mí! si es necesario morir porque digo la verdad, aquí estoy: las amenazas no bastan, deben verificarse; ¿acaso es amable la vida cuando se la vive tan odiosa? odiosa es la que se lleva adelante en las tinieblas de la barbarie, respirando el hálito pestilente de la esclavitud, oyendo los alaridos de la corrupción. Hablar del bien, predicar la moral, clamar por la libertad, propagar la ilustración, no a lo grande, sino como puedo, son crímenes que me deben castigar de muerte mis compatriotas, mis hermanos. Jesucristo también murió, y murió en la cruz, y fue azotado: ¿qué maravilla que un triste mortal, una pobre criatura acabe en las garras de un tropel furioso? A pesar de los malos, el Bueno se apiadará; y en vez de precipitarme a los infiernos, me extenderá la mano, y yo, cogido de ella, subiré blanco y ligero, y sabré qué es inmortalidad y gloria. Y como todo lo que hay inicuo en mi naturaleza se quedará en el mundo, y como lo que en ella hay avieso quedará cernido, no iré rencoroso a pedir venganza, sino humilde ante el Señor pediré por todos, amigos y enemigos. Ah, la muerte es la operación más sabia de la vida; el sepulcro es la cátedra donde se enseña y se aprende a perdonar y olvidar, y el que rinde el aliento es ya otro diferente del que respira todavía.

García Moreno, Gabriel os llamáis: hombre dulce y puro, nombre de ángel, que suena armonioso en los labios de Dios cuando nombra a su predilecto: Gabriel, amigo mío, ¿no eres mi hermano en Adán? ¿por qué quieres matarme? ¿por qué quieres matar a tantos hermanos tuyos? Gabriel te llamas; nombre dulce, nombre de ángel, que suena armonioso cuando el Señor nombra a su predilecto. El ángel Gabriel no mata; el ángel Gabriel tiene la espada del Señor, espada que no derrama sangre; el ángel Gabriel no levanta el cadalso y se pone a su lado simbolizando la muerte en forma de aterrante espectro. Apártate, ese lugar es malo; toma otra forma adecuada para la simpatía y el amor: mira que el cariño santifica; el odio corrompe las entrañas del odio, porque obra como basilisco, y su influencia traspasa cuerpo y alma. Después de tantos años de dominación absoluta, con tantos medios para

popularizarte, con tantos arbitrios y recursos para obrar la felicidad de tus semejantes, ¿venimos otra vez con que no hay más lugar para los hombres que el cadalso? Estas iglesias hundidas, estas torres fracasadas, estos palacios vacilantes, estas casas ruinosas ¿no pedirían una mirada del gobernante filantrópico, del hombre caritativo? Si no os proponéis edificar sino esa monstruosa fábrica, decid que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os ha dejado de su mano, y que vais por la intrincada senda que lleva a la mansión del dolor eterno. Gabriel, nombre de ángel, nombre dulce y puro, que suena armonioso cuando Dios quiere llamar a su predilecto, ¿por qué te llamas así? León se llama el león, paloma la paloma; ¿por qué te llamas Gabriel? Tú no tienes en la diestra la espada del Señor; tú andas con lanza y edificas el cadalso. Gabriel nombre dulce y puro, que suena armonioso cuando el Señor quiere llamar a su predilecto.

El programa es horrible, Señor García Moreno: Sumisión a la Santa Sede, el Sílabus, y el cadalso. Voy a que Vd. se ha arrepentido vivamente de haberlo publicado, quizás en un instante de ira; y si no se ha arrepentido, ¿dónde está su talento? ¿dónde su ilustración? Poner la soberanía de un pueblo en manos de una nación extranjera; sujetar el aprendizaje de una vasta porción de asociados a un índice no seguido por ninguna nación culta; apoyar estos desafueros y afirmarlos con una máquina maldita, no es obrar como grande, como bueno. *Calumnias*, dice usted. Ciudadano, hermano, amigo, ¿cómo os llamaré? ¿ha salido hasta ahora de mis labios una falsedad? Digo lo que todos saben, alego lo que a todos consta: hechos son, positivos y palpantes, no vanas acusaciones, inicuas conjeturas. Y no lo hago por mal, sino por bien, supuestas, que la paz, la libertad, la concordia de los hombres no son males. ¿Piensa usted que hablaríamos en estos términos si temiéramos? Al fin la muerte viene a ser un regalo, amigo mío: tiene usted cuarteles a su disposición, peones obedientes, amigos disponibles; y con todo, la verdad se sale por nuestros labios empapada en ese aromático fluido que embriaga a los hombres no del todo corrompidos. Nosotros también tenemos algo de nuestra parte: desde luego la justicia, campeón fuerte algunas veces; en seguida la resolución; después, la resignación; y en medio de todo, la potencia oculta de la popularidad, que puede tomar formas de repente, y a manera de gigante levantarse y exclamar: ¡Aquí estoy! Ah, Señor Don Gabriel, usted, por graves que sean los cargos que pesan sobre usted, es al fin hombre de representación: provóqueme usted, máteme usted, si Dios le ayuda; pero no me suelte sus perros. Insolente no soy, como decís; pues la verdad estampada en expresiones, no se llama insolencia. Las virtudes merecen todo el respeto del hombre de bien: cuando habla de los vicios, manifiesta indignación; cuando recuerda las desgracias, lástima fluye de sus labios, undosa y clara, que aprovecha a los pacientes: cuando los crímenes le saltan a la vista, justo es que hierva en esa santa cólera con que el Señor mismo echó de su templo a los malvados. Decidme, ¿aborrecemos las virtudes en vosotros? decidme, ¿detestáis los crímenes en

nosotros? Ni uno ni otro es verdad. ¡Ah, si nos pusiéramos al crisol de la filosofía, y bien hervidos y purificados, saliésemos resplandeciendo como el oro sin escoria! No digo yo que todos nosotros seamos buenos; al contrario, hay entre los de por acá hombres dignos de pertenecerlos; pero no digáis tampoco que todos vuestros enemigos son criminales y perversos. De unión hemos hablado, transacción hemos propuesto, término medio hemos querido: os cerráis a la banda y a nuestras fraternales invitaciones, contestáis, enfurecidos: ¡EL CADALSO! El cadalso, amigos míos, el cadalso... Cuando esa maquinilla esté en servicio activo, ¿os tendréis por civilizados, por libres ciudadanos, por católicos, por felices y por grandes? Ese procedimiento nada tiene de seductor: sale un hombre armado: una angustiada muchedumbre le rodea; sube las gradas tembloroso; le vendan los ojos; el oficial alza la espada; suenan ocho o diez tiros; la multitud lanza un quejido involuntario; la víctima está echando los sesos revueltos en sangre; doblan las campanas; llega la noche y todo lo cubre con su negro manto. El cadalso, amigos míos, el cadalso ¿qué religión, qué fraternidad, qué virtud, qué programa! Jefferson Davis está vivo todavía, y va a ser perdonado: ¿os creéis más sabios y republicanos que los Estados Unidos? Los traidores, los herejes, los enemigos del orden perecerán dice el programa; y como enemigos del orden, herejes y traidores son todos los que no toman parte con el mal gobierno, resulta que más de media nación está condenada a muerte. Sacerdotes que firmáis esa sentencia, ministros de Jesucristo, ¿nos negaréis también la absolución? Firmad, negad: el día llegará, y el Juez os interrogará, y pálidos y trémulos no acertaréis a negar ni a disculparos, porque la luz eterna ahoga la mentira, y Dios fulgura deslumbrante, y la trompeta suena en la eternidad, y la sentencia va a consumarse por los siglos de los siglos.

Con Aguirre viene Urbina, repetís. Es inexacto, pero lo concedo: ¿quién viene tras Borrero? A esto no hay quien responda, sino con el *Sílabus* y el *cadalso*. Luego no nos teméis; vuestro anhelo es el exterminio de vuestros semejantes. ¿Y por qué, amigos míos? ¿tan solamente por tener asegurada vuestra comodidad? Horrible cosa es esto de alimentarse con las lágrimas ajenas: alimentarse con la sangre, ¿qué será? Reina una desigualdad monstruosa entre los dos partidos: el uno propone un hombre manso y bonancible, no aspira a la ruina de sus enemigos, no tiene en su ánimo sino su vida propia y la vuelta a la libertad y la civilización; el otro con nada menos se contenta que con el *cadalso*. Según los devotos y honoríficos términos en que habláis de este fatídico aparato, no estáis lejos de entrarlo a la Iglesia y colocarlo en un altar: mirad, mirad a Dios... se indigna y os rehúsa la abominable ofrenda.

Convengámonos, Señores: hablemos y obremos como buenos: ceda vuestro caudillo, propóngase otro candidato por su parte, y vosotros por el vuestro, nosotros por el nuestro, lucharemos en paz, como gente y como amigos. Hagamos de manera que cualquiera que sea el triunfante, no sucumba nadie. Proponed a Vicente Piedrahíta, por ejemplo; no puede ser más vuestro:

hombre de ingenio, conservador rematado, con dotes de gobernante, antiliberal y amigo de hacer demostraciones religiosas, que es todo lo que exigís. Proponed a ese *general ilustre* de que habla García Moreno; entre nosotros es de lo mejor. El no ha *rehusado* candidatura chica ni grande, yo lo sé: ¡proponedlo! Proponed a cualquier otro, y en blanda competencia sostendremos cada cual nuestro dictamen. Nada: ¡el cadalso, el cadalso! ¡Oh Dios, al fin te enojarás, y perecerán los malos: alúmbrales, sálvalos!

Muy Señor mío:

Si la efervescencia de los ánimos, proveniente de causas transitorias, nos hace mirar como enemigos a los que no son nuestros auxiliares, no dejaré de haber instantes de serenidad, en que el alma salga de ese envoltorio de humo, y se espacie pura y limpia en las regiones de la luz: ¡dichoso yo si cada día tomase un baño de sabiduría, y con el alma curada del odio me fuera dable extender la mano al hombre de bien como a mi hermano propio! Escuche usted algo que quiero decirle, y vea que no habla el enemigo, ni lengua viperina le lame el pecho, corroyéndole con sus humores ponzoñosos.

Si mis facultades fueran para decidir en el asunto, yo abriría los brazos a los que por *ese término* se expresan, y columbraría allá en el horizonte un iris ancho y dilatado. Ah, Señor, la esperanza es la comodidad del alma; y cuando la concordia une los corazones, los hombres son capaces del cielo y de la tierra, visto que la paz es el océano transparente por donde se navega viento en popa hacia la perfección y la felicidad de las humanas sociedades. También nosotros hablamos de este modo; pero como la fuerza del destino es incontrastable, el nuestro es bregar en la discordia y bebernos la sangre como fieras. Triste cosa, amigo mío; y tanto más triste cuanto más verdadera.

Todos convienen en la justedad de sus principios; sus ideas no parecen mal a todos. Pero se habla de vanagloria, de soberbia. El desprecio humilla, con esa humillación irritada y vengativa de las almas de marca menor: insulte usted a sus enemigos, pero no manifieste esa abrumadora desestima. Han llevado también muy a mal el que usted hubiese publicado las cartas de esos literatos colombianos, y sobre todo *un literato* que pretendía haberlas recibido de Caro y Cuervo riéndose del Cosmopolita.

Yo no dejo de reconocer alguna injusticia por acá: recibir con piedras a los que hablan de unidad; desflemarse contra los que tratan de principios tomando en la mano la sustancia de las cosas; insultar atrozmente a los que profesan la moderación, no es de gente cristiana y civilizada, y no veo yo por dónde puedan ser sagradas esas personas. ¿No valiera más prevalecer por la decencia y la modestia, manifestarse superiores en virtudes y no en vicios? Así es; pero el partido no tiene vista, es un ciego mal intencionado, que nada ve, y habla de belleza y fealdad; un sordo que nada oye, y contesta sin vacilar. El terreno de nuestra política no produce sino cardo y ortiga: arémosle, abonémosle, sembremos cosa de provecho.

De este modo pienso yo; los otros están muy irritados. No me parece imposible una provocación, y usted debe estar muy sobre sí para cualquier evento.

CONTESTACION

Muy Señor mío:

Tras ese inocente anónimo distingo al hombre de bien, y seducido por las ideas como por las afecciones, no puedo menos que dirigirle estas, si no bien concertadas cláusulas, bien sentidas expresiones. Ya habéis visto que mi anhelo no es inicuo, ni desvergonzadas mis maneras "El periodismo", "El liberalismo" no merecían esta babaza con que han querido ensuciar *mi cedro del Libano*, hollar *mi albahaca*, *desflorar mi naranjo*. ¿Qué he de hacer si a esas lecciones me contestan con venenosas escupidas? Yo pienso, amigo, que si la naturaleza me hubiera favorecido con más larga mano, ya no viviera: me habrían matado sin duda como a un monstruo. ¡Bendita sea la prudente parcitud con que me puso fuera del peligro!

Mal les ha parecido el que hubiese yo publicado las cartas de los literatos de Colombia, a pesar de su autorización. Desde luego, éste es un título que yo estimo; pero no las di a luz por vanidad, sino por necesidad, como que fuera de cuatro hombres de entendimiento despabilado y recto corazón, todos me han tenido por loco, y el que me ha remitido la locura, no me ha perdonado la tontera. Conque si no publico esas cartas, vivo y muero idiota en el Ecuador: ¡pobre Ecuador! Hasta ahora, ni una palabra de benevolencia o animación de parte de mis conciudadanos; antes les ha irritado el dictamen de extranjeros competentes que me sacan del hospicio. ¡Bendita sea la tierra donde nace un hombre justo! ¡Desgraciado el suelo donde nada le recomienda a un hombre sino es la iniquidad y la insolencia!

Si yo fuera tan vano como dicen los malos, aunque no lo piensan, publicaría cartas de hombres ilustres; pero como probablemente eso me acarrearía una muerte desastrada, ni mis amigos tienen noticia de ellas.

Un día entró el cartero a mi aposento, en París, y me entregó una carta. ¡Cuál no fue mi sorpresa cuando la vi firmada por Lamartine! Un hombre que allí estaba, se abalanzó al papel al oír ese nombre, y juntos desciframos el sublime jeroglífico. Ese hombre está presente, y no es mi amigo: diga si miento. ¿Quién ha sabido esta honrosa circunstancia? ¿cuándo he hablado de ella? Y yo no había dirigido carta ninguna a don Alfonso, para que me la contestara *por puro comedimiento*, y *por reírse de mí*, como dijo un sensato viajero ecuatoriano. Lamartine no dirige cartas a nadie para reírse de sus corresponsales, siendo como es el más bien intencionado y grave de los hombres. El que hubiese llegado a manos de ese poeta algún escrito, que me produjo la gloria de ver sus letras, no es culpa mía. Este es motivo de odio hacia mí para mis malos compatriotas, no para los buenos: los venideros no me tendrán por delincuente: la tumba es un crisol maravilloso: ella me purificará, y aunque no viva en el mundo, viviré en el cielo.

El que duda de mi palabra, pase luego a ésta su casa, y verá esos autógrafos: si soy terrible cuando debo, soy el más llano y comedido *fellow* con los que a ella se presentan, aun para matarme.

De los que vienen con este objeto, esperándoles estoy. Si el que me busque es igual o superior a mí, hallará un adversario muy puesto en el punto del honor: *aquel resabio* de la barbarie, tan detestado por los cobardes, es sabiduría para la caprichosa, y acaso errada civilización moderna. Si pertenece a la canalla, si es perdido indigno, o mentecato, vea cómo asesinarle. Y sea jactancia, tontera o desvanecimiento, digo y afirmo que el pueblo donde se asesinara al Cosmopolita, sería borrado del padrón de las naciones civilizadas.

Digo esto, porque como no todos son inicuos, los buenos me hacen bondadosas advertencias; y no sería ésta temeraria manera de decir, cuando vemos que la seguridad individual es una ley derogada entre nosotros. Esos piquetes de caballería moscovita, esas guardias de honor de Dionisio que andan tempestuosas por las calles atropellando y estropeando a la gente, gritando ¡*mueras!* a la faz del sol y del Gobierno, advertidos nos tienen de que no hay más resguardo en esta tierra que la defensa personal. Si éstos dan con un hombre, lo que hará éste será volar la tapa de los sesos al más insolente y más cercano; en seguida le matan a él, y la acción va derecho a la balanza en que se han de pesar las de aquellos que han de responder por la seguridad de los ciudadanos puestos al amparo de las leyes. Yo he sabido que durante el despotismo de García Moreno, por ejemplo, se fusilaba, se tenía hombres sumergidos en las tinieblas de los calabozos, se azotaba; pero no he sabido que la gente fuese hollada en la ciudad por torbellinos de caballos. ¡Viva! se puede gritar, amigos míos: pero este bárbaro y tenebroso ¡*mueras!* no se oye al presente ni en las regiones infernales, porque hasta los diablos se civilizan. Tenemos en esta capital representantes de las naciones más civilizadas del mundo: Francia e Inglaterra nos están viendo por los ojos de sus ministros; Colombia y el Perú nos espían para compadecernos por de pronto y reírse después: cuando estos hombres oyen por las calles esos tropeles mitológicos, esos ¡*vivas!* cristianos, esos ¡*mueras!* católicos, apostólicos, romanos, mandan sin duda cerrar sus puertas y se están quedos en sus casas. Doctor Espinosa, ¿no se muere usted de pena, cuando recapacita en que en su tiempo estaban para suceder cosas no sucedidas ni durante la más cruda tiranía? La tiranía tiene su mérito, y es que ella lo hace todo; pero donde los demás obran de por sí, la anarquía sacude sus cien cabezas y grita insolente: —¡Yo soy! Cuando contemplan las cosas a la luz de la razón, *esos pobres jóvenes* se ruborizan sin duda y quieren esconderse de sí mismos: y yo me alegro por ellos; pues la vergüenza es una túnica limpiísima que arroja al alma con esos pliegues vastos y pomposos con que se viste a los ángeles. Si un hombre tiene vergüenza, el honor, aunque ahilado y raquítico, conserva raíces en su corazón. ¡Desgraciado del que ha perdido esa prenda de la hombría de bien y la dignidad humana! Yo gusto mucho de unas mejillas donde la sangre tiene su flujo y reflujo; esas avenidas purpu-

rinas traen consigo al rostro las virtudes, y el colorado pasajero de una cara es título de recomendación para la estima. La palidez invariable es un color terrible: cuando Satanás deja de ser negro, es lívido: mejillas donde jamás raya la aurora, indican el caos en el alma del infortunado mortal que no siente esa santificadora y divina inquietud de la vergüenza. La vergüenza, en la mujer, es honra, pudicia, modestia, recato; en el hombre, es honradez, delicadeza, dignidad, majestad. Vergüenza, ¿cómo te llamaré? ¿virtud, don del cielo, sensación honrosa? Si tuvieras cuerpo, te colocaría en un altar y te tendría por madre o hija de Dios.

Si el ponerse entre la calumnia y la inocencia no es también egotismo, ¡yo me pongo! Todo le es permitido a la anarquía; la tiranía embiste con los hombres y las cosas, y ese caos donde revolotean en pedazos las leyes, los derechos y las garantías de los ciudadanos, es el fin del mundo político. Pero mientras las buenas costumbres tienen siquiera el un pie en el hogar, no está perdido todo, y no es imposible que el sol rompa por la cerrazón de los negros horizontes. Pero si a la virgen se le llama cortesana; al hombre piadoso, impío; al de impoluta conciencia, defraudador e infame, ya no quedan sino lágrimas para los pocos hombres que han cerrado sus puertas a los delitos y los vicios. Mestanza, amigo mío, ¿te han llamado ladrón? Legislador, por el voto popular; senador de la República perpetuamente; rector de la Universidad, llamado a tan encumbrado puesto por la flor de tus compatriotas; maestro de la juventud, como que en la cátedra les explicas y enseñas las leyes, fundadas en la equidad y la conciencia del género humano; codificador, escogido entre tantos colegas tuyos, no sin duda por inclinado al mal y poco digno de confianza; jurisconsulto de marca mayor, buscado entre los mejores; presidente de sociedades donde el patriotismo, el pundonor y la inteligencia campean como reinas; a ti te llaman ladrón, cuando menos lo esperabas.

¿Qué robaste, amigo mío? El fruto de la misericordia; la caridad que los buenos hacían a los desgraciados; el óbolo bendito que de la mano del hermano compasivo pasaba a la del hambriento, esto es lo que robaste. El hombre de bien no se defiende de tan feroces absurdos, y la honra acrisolada, que trae sobre sí el timbre de la opinión pública, bien sellada está, para que la calumnia pueda horadar esa tersa y dura superficie.

Estas armas nos destruyen, esta guerra nos infama: asáltennos en la calle, tiren los caballos ebrios sobre nosotros, dennos de puñaladas, pero no empiecen a llamar torpes a los puros, ladrones a los hombres de bien. Ayer leyó todo el mundo "El libelismo"; hoy salen a luz *esos libelos*: ¿no valiera más callarse y buscar el silencio del sepulcro? Las lecciones de moral se olvidan al instante; ¡las quimeras, los libelos infamatorios se reimprimen! ¿sería pecado en mí orar fervorosamente por un nuevo y más extenso terremoto? Tal vez Dios no necesita de mis ruegos: esperemos...

Hombres al fin, flaquezas hemos de tener: la pensión de la humana criatura es el error: defenderse con ahínco de un mínima tacha, me parece verdaderamente el colmo de la vanagloria, por cuanto la perfección es dote de

la Divinidad: nosotros no aspiramos sino a ser lo menos malos que sea dable a nuestra infeliz naturaleza. Si no hemos cometido crímenes, saquemos el alma fuera y pongámosla pura y transparente a la vista de los que intentan mancillarla: ese es un hermoso cuadro donde entreparece vaga y profunda la imagen de Dios. Yo sé muy bien que Este fue abofeteado, azotado, escarnecido, por los hombres; pero El subió al cielo satisfecho de sus acciones, y a la diestra del Padre resplandece circundado de gloria; sus perseguidores, son todavía la lepra del género humano. La inocencia se corona de por sí; la malicia se está quemando allá en el centro de un negro corazón: padecer y acercarse a la Divinidad nos importa más que hacer padecer y tener ya el un pie en el infierno.

EL NUEVO JUNIUS

IV

A LA CLASE MILITAR

EL PUEBLO donde todos los ciudadanos fueran soldados, en requiriéndolo la patria, y los soldados ciudadanos, sería un gran pueblo. Esta separación tan absoluta de los miembros de la asociación civil, es uno de los errores, y por el mismo caso, de los males de la civilización moderna; y aun en las naciones cultas y de veras cristianas, no digamos en nuestros pobres aduares de la América Española, donde las cosas vienen de manera, que si por convención graciosa entre nosotros no fuéramos instruidos en la sabiduría y más católicos que el Papa, bien pudiéramos llamarnos moscovitas. Veis al clero abrazado con el clero tirar una línea entre el globo de la sociedad humana y él mismo, y tenerse por *clase*, de intereses, de conveniencias, de propósitos especiales y diferentes; veis a los militares poner de punta su espada, y no sufrir se les acerquen sus conciudadanos, teniéndose por extraños, y muchas veces por superiores a ellos. Un cuartel es un templo; a su alrededor se siembra cicuta, y prospera la planta mejor que en torno al edificio de Minerva: el sacerdote permanece adusto en su altar de hierro; su corona la tiene en los hombros, y son dos: coronas amarillas y resplandecientes; la casulla le empaqueta hasta el cuello y le comunica ese talante seco y amenazador con que infunde desconfianza a todos, y miedo a los cortos de ánimo: el cingulo viene colgante y sonoro, tiene alma de acero, fila e irritada; de ella se desprenden sanguinolentos visos que pueblan el aire de horribles figurillas que se enredan en infernal combate. El copón es la caja; ella guarda en sus crueles entrañas las formas de su Cristo, que es la muerte. Y esa caja no se abre una sola vez, como la de Pandora; se abre siempre, se abre cada día, y de su seno salen en estrepitosas bandadas los males de los hombres.

El soldado es el guardián de la patria y de la ley: con la espada al hombro, cuadrado en grandiosa postura, permanece en la puerta del templo de la

libertad: cuando las bombas enemigas revientan a sus pies hace un ademán intrépido, y exclama: ¡Viva la patria! El soldado es un ciudadano armado: los eclesiásticos, los civiles le delegan sus fuerzas, y confían en su valor; las mujeres, los niños se amparan tras su fornido y elegante cuerpo, y saben que no morirán ni perderán la honra sino cuando caiga esa muralla. El soldado es el brazo de la nación: cuando ésta corre peligro, lo estira, lo levanta, y de la hoja que empuña vuelan por el aire reflejos deslumbrantes. El soldado es el escudo de la nación: la ciñe, la acoraza, es loriga de bruido acero por cuyas láminas resbalan las armas enemigas. El soldado es la fuerza de la ley: alza la cabeza, pone su imperioso entrecejo, y sin menear la espada, aterra al desobediente. El soldado es el amigo del pueblo: custodio fiel, hace sombra a las artes, la industria se desenvuelve segura, la reja surca la tierra y el grano germina y sale fuera en gorda espiga. Un ejército de hombres libres e ilustrados, presta más a la honra y la seguridad de la nación, que a la China sus murallas: el tártaro feroz atraviesa al galope sus fríos desiertos, y no hay parapetos que resistan a la impetuosidad de su caballo y su templada lanza: las paredes nada pueden contra la conquista: soldado para el soldado, ejército para el ejército. El militar libre e ilustrado es el personaje más simpático y estimable: en su pecho el honor, en su corazón el valor, en su brazo la fuerza, henchido de nobles afecciones camina excelso en defensa de la patria, y su sangre derramada en el campo de batalla, confundida con las lágrimas de las vírgenes que lloran en el hogar, componen ese abono que fecundiza el porvenir.

¡Soldado! ¡soldado! tus ojos arden en el fuego de la guerra, tus cejas se encorvan y amenazan al agresor injusto, tu espada resuena con ese ruido bélico que enardece al animoso: mira, tú eres ciudadano, y nadie debe estar más lejos de la servitud que el militar que todo lo trae consigo, honor, valor y dignidad. ¡Soldado! ¡soldado! el acero que empuñas es bendito, supuesto que en la mano te lo ponen las leyes, y no es cosa de grandes corazones ni de espíritus refulgentes convertirlo en cuchilla de verdugo. Esa hoja esplendorosa, esa empuñadura de oro, ese talabarte que te ciñe la cintura no son insignias de ejecutor infame: si obedeces la ley, cumples con tu deber; si obedeces a la tiranía, faltas a tu obligación. La obediencia ciega toca al esclavo: el militar no es esclavo, es hombre libre, y de lo mejor. La obediencia ciega es propiedad mecánica; la máquina obedece ciegamente: el militar no es máquina; es hombre libre, y de lo mejor. Si el tirano le hubiera instituido, si fuera obra y efecto de la tiranía, pudiera cerrar los ojos y seguirle hasta el abismo hiriendo y matando en sus semejantes; pero si su existencia, sus títulos, su fuerza están en la soberanía, en la nación, no veo yo por dónde pueda ser buen hijo de la patria, si falta a todos sus deberes.

¡Soldado! ¡soldado! abre los ojos y mira, escucha puesto el oído. Si eres hombre, tienes razón y voluntad; si tienes razón, discurre y distingues lo bueno de lo malo: si distingues lo bueno de lo malo, quédate a lo primero, supuesto que no eres verdugo, sino personaje ilustre. Cuando te dicen: ¡Ma-

ta! no mates, si no es en la refriega, o cuando la justicia te señala la víctima con su imperioso dedo. Cuando te dicen: —Alzate, derriba el poder legítimo, degüella a tus iguales; no te alces, ni derribes ni degüelles, porque la parte del soldado no es la del forajido, sino la del hombre pundonoroso y valiente. Cuando te dicen: —Oprime al pueblo, frustra sus derechos, prepondera por la violencia sobre la mayoría; no oprimas, ni frustres cosas legítimas ni degüelles inocentes, porque el soldado es protección del indefenso, ejecución de leyes, timbre de la patria, cuando su tizona se mueve como la del Cid, y triunfante en la batalla, la estira por el suelo ante los códigos. En la obediencia ciega se encierra el despotismo; los oficiales del despotismo no son ciudadanos; el verdugo tiene víctimas, no semejantes. Vosotros los valientes, no hagáis oficios de cobardes; vosotros los de fieras almas, no os humilléis como ruines; vosotros los gloriosos, no busquéis la oscuridad del crimen.

¡Soldado! ¡soldado! a tu profesión no se oponen la filosofía, la ciencia ni la virtud: Sócrates fue soldado: en Mantinea peleó en junta de Alcibíades, y le salvó la vida; en el campo de batalla resplandeció cual Marte; después, obró como Minerva. ¡Soldado! ¡soldado! resplandece, obra como esos dioses. Yo que te hablo, mira, no tengo espada, pero no me falta corazón, y con mi pluma me voy para adentro el tuyo, si lo tienes sensible y grande. ¿Me matarás porque digo que Sócrates fue soldado? ¿me matarás porque digo que el soldado es el personaje más simpático y brillante? ¿me matarás porque quiero que la espada sea un instrumento sacrosanto? Si me matas, matas a la razón; si me matas, matas a la justicia; si me matas, matas al honor: honor, razón y justicia pueden muy bien tocar a la espada tanto como a la pluma: la pluma y la espada son hermanas en los pueblos libres y cultos: Palas y Minerva son la misma diosa en la sagrada Atenas. ¡Soldado! ¡soldado!

Un rey perverso quiere sangre; harto de ella, quiere sangre todavía: la capital de su imperio está inundada, las iglesias rebosan en sangre, y por las calles yacen millares de cuerpos muertos, caídos todos al propio instante bajo el puñal del asesino. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó: y esos hombres eran hermanos de las víctimas, vivían en las mismas casas, componían las mismas ciudades, amigos eran y parientes. Pero el demonio se le llegó al oído a una mujer, y dijo: ¡Extermina! Esa mujer se le llegó al rey, y dijo: ¡Extermina! El Rey tomó al verdugo, y le dijo al oído: ¡Extermina! Y el puñal rugió en infinitas manos y casi media nación cayó herida por la espalda. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó. Satanás está triunfante y tiene baile en el infierno; pero la religión, a cuyo nombre se ha consumado ese horrendo crimen, se estremece, y da una voz angustiada que va conmoviendo el mundo. Iglesia, santa Iglesia, madre casta, madre pura, madre tierna, tú no lo mandaste; tú lloraste ese extravío, y esa monstruosa carnicería es una de las llagas incurables de tu pecho. Iglesia, santa Iglesia, madre casta, madre pura, madre tierna, tú no lo mandaste; tú lloraste ese extravío, y ese infernal degüello es una de las pesadillas de tu sue-

ño. El demonio inspiró al tirano, el tirano mandó al verdugo, y verdugos y tiranos consumaron la obra. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó: ¿eran soldados o verdugos?

El soldado es el apóstol de la libertad, el guardián de la ley, persona que ennoblece la patria y la defiende. El soldado verdadero, el gran soldado es aquel sublime conde Dorte, que alza la frente y no obedece orden injusta; que abriga en su pecho un grande corazón, y no toma parte con el crimen; que vive señoreado por los más nobles afectos, y prefiere la muerte a una villana crueldad, a una torpe disposición de un frenético monarca: “Degollad el mismo día a todos los hugonotes de Tolosa. — *Carlos*”.

El soldado valiente, el ciudadano ilustre no degüella, y contesta al tirano: “He hallado en el ejército muchos hombres de bien y soldados valerosos; verdugos, ni uno solo. Suplico a vuestra majestad emplee nuestros brazos en cosa más hacедера”.

Cuando en nuestros cuarteles hallemos muchos hombres de bien y soldados valerosos, y ni un solo verdugo, diremos que tenemos ejército, y que los militares son los custodios de la ley, la gloria de la patria. Pero si un hombre les dice: ¡Matad! y matan; si un hombre les dice: ¡Conspirad! y conspiran, cuando la justicia y el honor prohíbe conspirar y matar, los generales y coroneles no podrán dar al tirano la contestación del conde Dorte.

Oye, tú eres joven: la satisfacción de tu alma sale fuera y se espacia en tu rostro, mientras el erizado labio se levanta en bética sonrisa. Tu pecho es un firmamento tachonado de estrellas; si en la guerra las ganaste, en buena hora; esas estrellas relumbran con no robada luz. Tus hombros están pomposos, altos, sobresaliendo con la esponjada charretera: ese espiral poético se te descuelga al brazo y ondea cual rizada cabellera de hechicera niña: si en la guerra los ganaste, en buena hora; tus cañutillos brillan con no robada luz. Por la espalda se te cruzan cordones retorcidos, grandiosas borlas te embellecen; el cinturón te comunica esa marcial postura que te recomienda ante las bellas: si en la guerra los ganaste, en buena hora: adornos son que por merecidos sientan bien a los valientes. Pero si toda aquella argentería proviene de haber obedecido ciegamente a un hombre, errado vas, si piensas que eres ilustre ni estimable. Valor sin dignidad, es un defecto: del valor indigno puede aprovecharse cualquiera para un crimen o una infamia: el que halla su gusto en obedecer sin discernimiento, no es para mandar: el que sienta hervir en su seno la ambición, la ambición regia, la ambición de la preponderancia legítima, piense y obre como el Gobernador de Tolosa. La recompensa de la patria vale más que la paga del tirano; la estima universal es preferible al sanguinario afecto de un corazón bravío. ¡Soldado! ¡soldado! Sócrates peleó en Mantinea junto con Alcibiades y le salvó la vida. Puedes ser sabio sin dejar de ser valiente, cuerdo al mismo tiempo que arrojado, piadoso junto con enérgico. ¿Por qué piensas que todo el que no arrastra sable es tu enemigo? Del pueblo sales, al pueblo perteneces; tú y el pueblo formáis el pueblo: no le oprimas, no le hostilices, no le impidas el ejercicio de sus de-

rechos, ni te prepares a conspirar cuando él puede triunfar. Si el pueblo pierde, tú pierdes; si el pueblo sucumbe, tú sucumbes, dado que tú y el pueblo componen la nación. Cuando el tirano triunfa, no triunfan sino él y el verdugo: soldado honesto, soldado libre, soldado digno, tú no eres verdugo.

Un hombre de por ahí toma un anciano envejecido en el campo de batalla, condecorado por el Libertador de un continente, general de ejército, benemérito de la patria, y manda se le den azotes: los conmlitones de ese capitán profanan las canas venerables, violan el pudor del vestido, echan por tierra a su general, y le dan los azotes: ¿quién fue el azotado? ¿el general o su corporación? Si un hombre azota un arzobispo, el clero es el azotado; si azota un general, la milicia es la azotada; ¿y qué razón sufre que el clero y la milicia adoren al azotador y le ofrezcan de rodillas triunfar sobre sus enemigos? Los cristianos no adoran a Pilatos que mandó azotar a Jesucristo. La víctima fue un negro, dicen: pero ¿se azotaba acaso la negra? el general, el hombre, el género humano padecía. Cuartel donde se azotan generales, ¿podrá llamarse templo del honor? soldados que azotan a sus caudillos, ¿serán sus compañeros de armas? Julio César, Napoleón, Simón Bolívar fueron generales: si estos capitanes hubieran caído en manos de un *abogado*, hubieran sido desnudados, azotados, infamados por sus conmlitones. Cuando la víctima sea uno de vosotros, los negros dirán: la víctima fue un blanco. ¿Disminuye por esto la atrocidad de la acción? ¿la infamia viene a ser timbre para la clase militar, porque la víctima fue más o menos rozagante? Soldado fue, general fue, y además hombre de bien y viejo, en cuyo favor hablaban las cicatrices de la santa guerra y esas bordaduras ganadas en Colombia. ¿Este es el orgullo de vuestra clase? ¿éste el valor del soldado? ¿éste el pundonor y la soberbia del valiente? Julio César, Napoleón, Simón Bolívar no azotaron a sus ilustres compañeros por orden de un oscuro Melvius. Si no mandaban, aspiraban a mandar: su diestra empuña la espada, y no el plebeyo rejo; capitanes son, no ejecutores indignos. ¡Soldado! ¡soldado!

Honor, valor, importancia no están a disposición de cualquiera: militares valientes, oficiales pundonorosos, hombres libres, ¿sufrís que una persona particular disponga de vosotros como de sus esclavos, como de sus animales? Si no es electo presidente, lo será por medio de las armas: es decir que cuenta con vosotros para todo. ¿Es justo, honesto, digno de una clase tan principal y honrosa, que salga un hombre de una escribanía, alce el brazo y os ordene degollar al pueblo? Bien sabéis que la ley es la expresión de la voluntad general: si por la voluntad general sale de la urna santa otro ciudadano, este ciudadano será el presidente de la ley: ¿con qué derecho, con qué razón volcar de una estocada y echar por tierra la voluntad común, para que reine la de un solo habitante, sin ningún título para el mando perpetuo? El hombre de bien es buen ciudadano en cualquier gobierno, el capitán pundonoroso sirve de columna a cualquier estado, el militar valiente halla cabida en el antiguo como en el nuevo orden de cosas.

¡Soldado! nada os pedimos, sino la equidad; nada os aconsejamos, sino el honor; nada os suplicamos, sino la adhesión a la patria y la protección a la libertad. El que un hombre cuente con vosotros para un fin siniestro, no quiere decir que estéis prontos a obedecerle. La estima general, la gratitud de la nación, y sobre todo lo satisfecho de vuestra conciencia, son títulos y riquezas más apreciables a vuestros ojos y a los de vuestros semejantes. La tiranía siempre cae, y los que caen con la tiranía, caen infamados; ¿por qué queréis caer con ella?

No lo queréis no caeréis: si hay en el ejército generales, coroneles, oficiales y soldados buenos para esclavos y verdugos, no lo sé, o no lo quiero decir; pero sí sé que entre tantos jefes de renombre, entre tantos jóvenes de clara sangre, dilatado corazón y despabilado entendimiento habrá muchos que tengan que ver con la honra, y empleen su brazo en defensa y no en ruina de la patria. Militares, no soy vuestro enemigo: en una gran nación, habría sido yo soldado: me gusta el ruido de las armas, y el caballo jamás es tan simpático para mí como cuando relincha imitando el clarín guerrero. Darío fue rey a causa de su caballo: cuando relincha el mío, me tengo por emperador. ¡Soldados! la pluma se os extiende; a ver acá esa espada: manos que se estrechan no se matan. ¡Viva la patria!

LA DICTADURA PERPETUA

1874

LA DICTADURA PERPETUA

(Error del "Star and Herald")

A los señores redactores del "Star and Herald"

SEÑORES redactores:

Entre los títulos con que en su estimable periódico se recomienda al pueblo ecuatoriano la reelección de García Moreno, se les pasó por alto el rasgo que más ilustra el carácter de su héroe y los hechos que más simpático le vuelven a ojos americanos; digo las públicas y reiteradas tentativas por vender su patria a las monarquías europeas, sin contar con la guerra que fue a buscar al Perú y llevó al Ecuador en la memorable expedición del general Castilla, que en paz descanse. Esta hazaña no le recomienda, al fin y al cabo, sino a los ecuatorianos; mas lo que son sus nobles ofertas al emperador de los franceses; sus puras intenciones en sus tratos con Pinzón y Mazarredo, le vuelven acreedor al aprecio universal y digno de reinar perpetuamente. Si se tratara de Almonte, Lavastida y Santana, de seguro que ustedes hablarían como buenos hijos de América; pero en ese ente fatídico que se llama García Moreno, va la fortuna hasta el punto de convertir a un traidor en patriota benemérito, un azote en instrumento saludable, un satanás en un dios. Si los milagros de esa santa prostituta son tan grandes ¿cómo no ha de tener quien los admire? La ciega, torpe y bestial fortuna tiene hijos, y los diviniza; tiene sectarios, y la adoran. ¿O es que ustedes, campeones de la independencia y la libertad, aplauden asimismo las obras de Almonte, Lavastida y Santana, y les tienen por necesarios para el orden y la bienandanza de Méjico y Santo Domingo? Los franceses bendicen a Lafayette y maldicen a Bazaine; los españoles bendicen a las víctimas del 2 de mayo y maldicen a Godoy; los cubanos bendicen a Céspedes y ahorcan en los árboles del campo de la libertad a los traidores a la patria. Los ecuatorianos no bendicen a García Moreno, sabedlo, escritores sabios, periodistas de conciencia que lleváis sobre los hombros la máquina de Gutenberg, y que ojalá lleváseis dentro del pecho el alma de Washington y Bolívar. Galalón

y el conde don Julián, clavados a una picota inmortal, son los eternos representantes de la infamia y nosotros hemos de erigir estatuas a un García Moreno en este nuevo mundo que se gallardea en su gloriosa autonomía? Si ustedes intentaren traer a la duda las acciones de ese don Julián falsificado, llegaron tarde a la disputa; son cosas bien averiguadas, constan en públicos documentos nunca desmentidos. Si por el contrario piensan que nadie merece más de su patria que el que la vende una y mil veces, y que aun los periódicos de la libre y liberal Colombia deben conspirar a la perpetuidad de ese tiranuelo, nada tengo que decir: piense cada uno como quiera, y Dios nos ayude a todos.

Mas no puedo apartarme de este punto sin hacer una reflexión: Jefferson Davis fue disidente, no traidor: si Jefferson Davis hubiera corrido a Inglaterra a ofrecer los Estados Unidos a lord Palmerton, Jefferson Davis estuviera colgado del pescuezo a una horca más alta que las pirámides de Egipto, para que le contemple el universo, en vez de estar gozando tranquilamente del generoso perdón de sus compatriotas. Ustedes tienen creída la misma cosa; mas visto que una triste nación del sur no es los Estados Unidos, entréguesela de nuevo a su verdugo. "Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro lado". Como Pascal era un *sublime tonto*, bien podía decir tan sutiles necedades. Lo único que yo sé es que Jorge Washington pagó con una suma de oro y otra mayor de vilipendio al traidor que se le atravesó en su camino: "Toma —le dijo— y vete". El traidor desechó el oro, y corrió a volarse la tapa de los sesos: tenía más vergüenza que García Moreno. A éste no le echamos la puerta afuera: antes le llamamos al mando perpetuo. Con justicia, pues si el de Washington había hecho traición en favor de América, el otro las ha hecho en contra suya: éste merece la becerra. Quisiera yo ser tan tonto como Pascal para decirme aquí alguna cosa digna de la posteridad; pero como Dios no ha querido tanto, lo que hago es morirme de silencio.

"Los mayores enemigos de García Moreno, *great enemies*, dicen ustedes, se ven obligados a confesar que durante su gobierno la República ha gozado de paz, y que monta mucho el progreso material no menos que el moral". Yo lo niego, y negarlo ha todo el que tenga conocimiento y guarde memoria de las cosas. Dos guerras exteriores y cien revoluciones no son documentos de la paz, amigos míos: los huesos que están blanqueando en las colinas de Cuaspud, no acreditan el espíritu pacífico de García Moreno, se invaden los campos inocentes, se arranca al labriego del arado: paz. Se amarra al artesano, se despieceblan los talleres: paz. Se echan pelotones de gente innumerable por esos derrumbaderos, se los entrega casi indefensos al hierro destructor: paz. Huye el caudillo, vuelan los jefes, mueren los soldados: ¡paz! ¡paz! Vidas sin cuento, riquezas, honra, todo ha quedado en el lugar de la ignominia: paz. ¿Esta es la paz por cuyo motivo el tiranuelo debe ser dictador perpetuo? Esta, sí, esta y la de Tulcán en que Julio Arboleda le molió a palos, son las barraganías que le llaman a la dominación vitalicia a ese mancebo generoso. Sus pretensiones no eran tan levantadas cuando, prisionero, con lágrimas en los ojos, voz de vieja, *abrazado de un Cristo en que no cree*,

repetía: “Mañana nos fusilan, compañeros”, y ensartaba letanía tras letanía: *Virgo veneranda, Virgo predicanda*.

Quedamos en que dos guerras inicuas, promovidas sin razón patriótica, llevadas adelante con ineptitud, concluidas con vergüenza, cuyo efecto ha sido sino la deshonra, no tanto de ese pueblo cuanto su opresor, no son la paz de ningún modo. Pues si contemplamos en las revoluciones que el tiranuelo ha ahogado en sangre; en las que ha desbaratado por obra de algún Judas; en la medrosa vigilancia con que pasa días y noches; en el despilfarrero de la hacienda pública por acumular de vicio elementos de guerra, vendremos a concluir que ella es el estado normal de esa desventurada comarca. Guerra *sin manos y muda*, guerra muerta; guerra de los gusanos contra el cadáver. Véis allí un cuerpo exangüe tirado sobre el fango: García Moreno, sus esbirros y sus jesuitas, sus italianos y sus españoles, sus monjas y sus hermanas en muchedumbre infinita andan por dentro y por fuera comiéndole desesperados: la guerra de los gusanos contra el cadáver. ¡Feliz estado que los hombres filantrópicos y libres llaman paz!

¡Desdichado, por otra parte, el pueblo donde la revolución viniese a ser imposible! Esa sería la canonización de Dionisio Oenobardo, del Melgarejo, de García Moreno. El derecho de conspirar contra la tiranía es de los más respetables para los hombres libres. ¡No! no es así: Quiroga, Salinas, Morales, mártires sagrados del Pichincha; Pombo, Caldas, Torres, víctimas del Funza, la tierra os come hace más de medio siglo, y ahora se os declara criminales. Y vosotras, sombras de Miranda y Madariaga, huid avergonzadas, que los hijos de la libertad os llaman de felones, porque la fundásteis a costa de la vida.

¿Cómo es esto? no pasa día sin que la prensa de todas las naciones harte de injurias a los ecuatorianos, con decir que no conspiran contra su tirano, que no le echan a los perros hecho trizas. Esclavos, cobardes, viles, todo, porque le sufren: vuelve uno la cabeza, y oye por ahí que uno de los timbres de García Moreno es haber vuelto imposible la revolución, y que sería una desgracia que dejase de *reinar*. Reinar: la lengua inglesa, lengua de la única monarquía donde reina la libertad; lengua de los Estados Unidos, no esperaba que en una República libre e ilustrada se la emplease para abogar por un cruel tirano. Reinar: ¿no es verdad que García Moreno ha *reinado, has reigned*, y debe reinar para siempre en el Ecuador? ¡Después de quince años de un nefando despotismo, de unas presidencias ganadas con puñal en mano, hay en Colombia quien litigue por él y crea necesaria la continuación de su *reinado!*

No ha mucho, un americano que promete ser de los más notables; que está ya recomendado a nuestras repúblicas por su acendrado patriotismo y su talento; el señor Adriano Páez, dijo en París que el día de hoy no había en la América hispana sino un pueblo que tenía no sólo el derecho, sino también el deber de conspirar; y que este pueblo era el Ecuador. En efecto, el Ecuador es el único que ahora tiene ese derecho, porque es el único esclavo: los pueblos libres y felices no lo tienen. Chile, el Perú, Colombia, Venezuela,

Guatemala, Buenos Aires, están a su sabor, los menos al de la mayoría: sus gobiernos tienen oposición; la oposición tiene palabra, pluma, y esto habla por la minoría. Si sus gobiernos conspirasen contra las instituciones democráticas; si las *circunstancias* fueran tales que sus presidentes se viesen en la necesidad de perpetuarse por el bien de la patria; si la tiranía con su séquito de espectros pavorosos saliese por las calles pompeando y halconeando, esos pueblos se revestirían del derecho de conspiración a su vez y si no conspirasen merecerían la censura de las otras naciones.

García Moreno ha hecho mal en volver imposible la revolución. Quíteles a los ecuatorianos el derecho de conspirar, manteniéndolos libres como lo habían sido, labrando su felicidad por medio de la ilustración, fomentando las virtudes públicas y privadas, y conspirar contra su gobierno habría sido acción ilícita. Pero si vuelve imposible la revolución matando a unos, expatriando a otros, envileciendo, entorpeciendo a los demás, ¿qué alabanza merece del filósofo, del patriota, del hombre bueno y generoso? Miles de proscritos en un puño de habitantes, ¡oh excelso, oh sumo gobernante! El publica en sus periódicos oficiales que todos esos son ladrones, bandidos, prófugos de las cárceles, incendiarios y otras cosas: no les persigue él sino la justicia; huyen de los tribunales, no de su gobierno. Yo digo, que pueblo donde mayor sea el número de criminales que el de hombres de bien, no ha conseguido una gran suma de progreso moral, *a great amount of moral progress*. ¿Y ustedes qué dicen, señores redactores del *Star and Herald*?

Desengañense ustedes, en el seno del fanatismo no se desenvuelve sino la ignorancia; en el de la hipocresía, el crimen. ¿Cómo ha de ser feliz el pueblo a donde acude en riadas pestilentes la hez de los conventos de Italia, España y otras partes; donde la instrucción pública es asunto de convento puramente; donde un obispo, un pobre fraile, un lego ignorante es el contralor celoso de la lectura en todos sus ramos? Los libros son artículo de comiso: de la aduana han de ir a la curia, a carga cerrada, y no pasan sino los que aprueba el familiar, el cocinero: ¿qué tiempo tiene el obispo para examinar libros? y obispos de García Moreno ¿qué luces, qué conciencia? La oscuridad matadora de los tiempos coloniales no era más ciega. ¡Y digan ustedes que el Ecuador, reinando García Moreno, ha alcanzado una gran suma de progreso moral! Sin libros, sin lectura ¿quién se civiliza, quién se instruye? ¡El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano, todo nadando en un océano de sombras corrompidas! *A great amount of moral progress*.

García Moreno dividió el pueblo ecuatoriano en tres partes iguales; la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre. Los muertos no pueden conspirar, los esclavos no se atreven, los desterrados han conspirado mil veces. Injusto era el granadino que se proponía ir desde la gran Cundinamarca a libertar a los ecuatorianos, para tener luego la satisfacción de abrir al mundo en Guayaquil “un mercado de un millón de eu-

nucos". No ha cumplido su palabra; pero siempre queda en su favor lo filantrópico de la intención y lo púdico del pensamiento.

Había en el nuevo mundo un pueblo donde el rey era el soberano, el pontífice, el juez, el padre de familia: ni contrato, ni empresa, ni cosa que se verificase sin su anuencia: domina en la nación, reina en el templo, resuelve en el tribunal, penetra en el hogar doméstico, y todo lo inquiera, todo lo sabe, todo lo fiscaliza. El rey no era tirano, y la nación había llegado a una suma de progreso material: *a great amount of material progress*. Entre varias obras portentosas, una carretera cual nuncia la vio Roma, une las dos capitales del imperio, otra maravilla del mundo, dicen los historiadores. Y con todo, el pueblo vivía en la tristeza, porque no era libre, ni cabe la felicidad en el seno del despotismo. ¿Cómo sucede que tan gran suma de progreso material no bastó para que nuestros padres dejaran de conquistarlo, por arancarle de la barbarie? El pueblo no había alcanzado aún el progreso moral, y de aquí viene a suceder que era bárbaro en medio de sus grandezas materiales.

García Moreno ha emprendido, es cierto, en cuatro o cinco caminos: después de gastos ingentes y miles de vidas perdidas en ellos, todos los ha abandonado. No tenía ni el aliento ni la capacidad intelectual necesarios para saber qué se debía hacer y hasta dónde se podía dar impulso al progreso material. El miserable trecho que recorre el viajero, obra de quince años, obra hecha para el enriquecimiento de cien hombres sin fe ni probidad, vale uno y cuesta diez. Ha construido asimismo dos Bastillas, una para sus prójimos, otra para su familia. Cuando visita esa casa del dolor, ese presidio horrible, les dice a sus amigos: Aquí he de morir yo. El sabe que lo merece, y espera la justicia del cielo.

El estreno de esa tumba de los vivos fue lastimoso: una mujer, una pobre niña descarriada: subió las funestas escaleras en medio de gendarmes, el lúgubre edificio cayó sobre su corazón con toda su pesadumbre, corrió hacia una ventana inconclusa, y se arrojó al patio de cabeza. García Moreno, triunfante, solemnizó esa fecha con un almuerzo singular: hizo freír los sesos de esa niña en la sangre de Maldonado, y se hartó hasta la borrachera. El piensa que lo tiene digerido, y no sabe que la indigestión se hará sentir el día de la cuenta: esos manjares no se descomponen sino al fuego del infierno. Dios castiga el crimen no arrepentido ni expiado: con el pecado, con el vicio es indulgente, porque tienen remedio. ¿Qué fuera del género humano si toda mujer que sufre un desliz fuera encerrada para siempre? Las casas de reclusión no son casas de desesperación en ninguna parte del mundo; y ni rey ni presidente ejercen el triste cargo de andar por las calles aprehendiendo mujeres y despeñándolas. Despotismo, en todo despotismo y tiranía. El bien es moderado, la virtud mansa: las malas costumbres se corrigen, no se castigan como crímenes. Exhortación, dulzura, ejemplo valen más que la ferocidad. Si a Venus se le encierra en el mismo calabozo que a Nerón, se comete una insensatez: el parricidio y el descarrío son cosas muy diversas. El agua con que la Magdalena lavó los pies a Jesús, es el remedio de la deshonestidad.

García Moreno, cristiano, pruébalo en tu persona, pruébalo en tus frailes, y sobre mí si no mejoran hombres y mujeres.

No ha mucho pasó por este puente del mundo un extranjero que llevaba consigo una muestra de la piadosa civilización de este santo hombre, y como la cosa más curiosa del mundo la iba enseñando a todos. Era un papel del jefe de policía de Guayaquil, que rezaba: "Al que dé noticia del paradero de la prostituta tal, 50 pesos de gratificación". Aquí tienen ustedes puesta a talla la cabeza de un ente miserable. ¿Es posible que sistema semejante rija en el corazón de la América civilizada? ¡Los altos magistrados pregonando a son de trompetas las culpas de una mujer, y fomentando con dinero la infame delación! García Moreno que sabe muchas cosas malas, no sabe ni una buena: si hubiera llegado a su noticia que "la ropa sucia se lava en casa", no pusiera carteles en el Chimborazo, para que por medio de este embajador sublime aprehendan las naciones a "la prostituta" que se le había ido a las garras, y se la entreguen a buen recaudo. Ultimamente ha enviado a Europa un ministro plenipotenciario a celebrar con Francia, la Gran Bretaña y el Imperio Alemán un tratado de extradición de terceras en concordia y mozas del partido; cuyo tratado se propone cumplir con toda religiosidad enviándole algunas hasta de las suyas propias.¹ No sabemos si la maldad que pasa a delirio, merece la cólera o la risa de los hombres. ¡Un presidente ocupado de día y de noche en coger niñas alegres y viejas tristes, persiguiéndolas hasta más allá de la frontera! ¿Y creerán ustedes que él de su persona es un San Jerónimo? No señor: pone sus carteles, y mama la cabra. ¡Vaya un país donde la madre Celestina merece los honores de ser reclamada por medio de una legación de primera clase! Parece que, en este particular, el amigo don Gabriel no piensa como el galeote "corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo", que iba a galeras por haber querido que todo el mundo se huelgue y viva bien. A García Moreno le habremos de hacer pintar ahogando bajo su planta poderosa a la madre Celestina; pues montas que en su estatua ecuestre ha de ir al anca el corredor de todo el cuerpo.

Estos son los progresos materiales y morales de García Moreno. Pero demos que perforase los Andes y pusiese en contacto los dos mares: ha contagiado a sus esclavos con la lepra de su alma, y en tanto que esos chorros de pus apestan al Nuevo Mundo, no podemos decir que hay salud en ese pueblo.

El espíritu de Samuel Morse no desciende sino sobre las naciones luminosas: hoy que sus alambres encantados unen los dos polos, el oriente y el occidente, y envuelven la tierra, comunicándole al oído los secretos de las ciencias, los sucesos de la política, los vaivenes del comercio ¿cuál es el cacique ignorante que se atreve a decir que su tribu ha superado a todas las repúblicas suramericanas en adelantos físicos y morales, cuando no tiene un jeme de telégrafo eléctrico, ni sabe quién ha sido Sírús Field? El istmo de

¹Montalvo no asentó nunca una calumnia: públicos y notorios eran en Quito los comercios indecentes de García Moreno con la cajonera Dorotea y algunas mujeres de copete, una de las cuales había sido antes madre de uno que es ahora apologista del tirano. (N. del E.).

Panamá está viendo pasar desde tiempo inmemorial esas mangas de fantasmas tenebrosos que van a oscurecer el Ecuador, frailes de uno y otro sexo, jesuitas repelidos de todo el mundo, carlistas trashumantes, y aquí, aquí es donde se publica que el despotismo de García Moreno ha dotado al Ecuador con una gran suma de progreso físico y moral!

“Más vale un malo conocido que un bueno por conocer”. Este es el ruin adagio que ustedes han ido a mendigar a otra lengua, para ponerlo por fundamento filosófico de una infame usurpación, de una perpetuidad que es ya, no solamente la ignominia del Ecuador, pero también la vergüenza de la América republicana. ¿A dónde van a parar los principios democráticos, a dónde las instituciones liberales, a dónde los derechos de los pueblos, a dónde la justicia, a dónde el pundonor, a dónde la dignidad humana, a dónde la libertad, a dónde la esperanza? “Más vale un malo conocido que un bueno por conocer”. ¡Ah, señores, si las sentencias de la trascasa han de salir ahora a echar por tierra las máximas de la filosofía, los fundamentos del gobierno, las bases de la república, llorad, llorad conmigo la calamidad de los tiempos, la negra desdicha del género humano. Senado de los lores, Cámara de los Comunes; Cuerpo legislativo de la ilustre Francia; legisladores de los Estados Unidos: Gladstone, Beales; Thiers, Gambetta; y tú, Carlos Summer, el más sabio, el más filantrópico de los norteamericanos, salid, huid, el mundo no os necesita ni os aprecia: el galopín de montera blanca y delantal manchado de carbón es el que reina, el que legisla! “Más vale un malo conocido que un bueno por conocer”: ¡viva la dictadura perpetua del verdugo!

“Lo que García Moreno ha hecho por el progreso y adelanto de su país, es patente para todo”. Veamos lo que es patente para Colombia donde se publican estas cosas. Para Mosquera es patente que García Moreno le molestó con enviarle nueve mil labriegos para que los degüelle a orillas del Carchi: para Arboleda es patente que García Moreno le frustró sus planes, le destruyó su partido, le causó la muerte, yendo en persona a hacerse apalear a orillas del Carchi. En tanto que ese fiero colombiano meneaba la cachiporra sobre la cabeza de sus correligionarios, el amigo don Tomás Cipriano iba ganando terreno y apoderándose de todo, como quien no dice nada.

Lo que es patente para Colombia es el alzamiento de Nicolás Martínez contra los colombianos; ese horrendo somatén donde hombres, mujeres y niños fueron destrozados o pucstos en huída a media noche. Bien es verdad que este suceso debe ser pura fábula, ya que el asesino recibió un alto ascenso en las barbas del Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario que fue a pedir satisfacciones y entró a Quito como una tromba marina, oscuro, amenazante. La tempestad fue al punto convertida en calma chicha, el que había venido rugiendo como león, salió arrullando como paloma. Vengados fueron sus compatriotas, puesto a salvo el honor de la nación, ya que él, un asesino, subió a ministro de la Corte Suprema donde se pandeaba todavía, y el otro a gobernador del lugar del crimen. García Moreno, donde no vale la fuerza, echa mano por la magia: es Atlante en cuerpo en Polifemo. Tiene además un colegio de Circes que hacen raras transmutaciones. Poco fue que

no le hizo confesar y conulgar a *su hombre*. *C'est mon homme*, dicen los franceses: García Moreno tiene *sus hombres*.

¡Qué es, mi Dios, ver un empleado público, un agente de la autoridad suprema, un gobernador alzar el pueblo, asaltar, a media noche a una colonia extranjera, romper, herir, destrozarse a diestra y a siniestra! Estos son los sostenedores de García Moreno, a éstos asciende a ministros de la Corte Suprema, éstos piden su reelección, éstos escriben las manifestaciones que tanto han podido en el ánimo de ustedes, señores redactores del *Star and Herald*. Aquí tienen ustedes una cosa tan mala como el acontecimiento de Bolivia que se ha querido convertir en provecho del tiranuelo del Ecuador, sin más efecto que el daño de estos recuerdos. Sin ocasión, no conviene llevar la memoria a los casos horribles: mas la oportunidad, la necesidad... Si la página más brillante de García Moreno es no haber hecho lo que Iriondo, yo siento y pruebo que en el Ecuador han ocurrido crímenes públicos mucho más trascendentales. Al fin los bolivianos se están pelando las barbas entre ellos; pero la hospitalidad, esa diosa de los bárbaros que adoran también los pueblos civilizados, no ha visto caer sus templos en Bolivia. García Moreno hace juzgar a los extranjeros por herejes, y a otros los echan a palos de sus pueblos. ¡Ese, ese hombre debe ser dictador vitalicio del país donde acontecen hechos semejantes!

Ya oigo la argumentación de García Moreno: los reos fueron juzgados, dice; absueltos los delincuentes, ¿qué culpa tengo? Fueron juzgados, no por orden suya; fueron absueltos, por su orden. El trató con el Ministro de Colombia, él premió a los asesinos. La revolución es el mayor de los crímenes en siendo contra su tiranía: las que él hace contra hombres buenos, mansos, sencillos, inocentes, simples, beatos, infelices como Carrión, como Espinosa, son cosas grandes, cosas bellas. Espinosa los hacía juzgar; García Moreno le bota, usurpa el mando, y hace ministros de la Corte Suprema y gobernadores a los asesinos; y el señor don Teodoro,¹ muy satisfecho de sí mismo, piensa que se ha echado a la faltriquera a Talleyrand y Metternich.

¿Qué otra cosa es patente para Colombia? Cosa patente —los cinco colombianos azotados en Esmeraldas, uno de los cuales llevó su queja hasta las altas regiones del gobierno.

¿Qué otra cosa es patente para Colombia? Cosa patente —los robos oficiales que cada día se hacen a colombianos en el Ecuador, quitándoles hasta los céntimos del bolsillo. Los robados se desahogan con hartar de insultos a los ecuatorianos; ¡Dios de bondad! ¿son ellos que les saltean? Es García Moreno el jesuita, hombre sin patria: no la tiene el que no la ama y la deshonra; no la tiene el que la escarnece y la embrutece; no la tiene el que la oprime y la mata. La hospitalidad, la benevolencia, el cariño que los colombianos han hallado siempre en el Ecuador ¿en dónde los hubieran hallado? Amor, riqueza, preponderancia, todo. Las mejores casas siempre abiertas para los vecinos; las mejores manos, a su alcance; las mejores haciendas, para

¹Teodoro Valenzuela, el mismo de Colombia en Quito.

ellos: en buenahora, si ha sabido merecerlas. Cuando García Moreno y su pandilla les roban, les persiguen, les ultrajan, él es el delincuente, él merece el castigo; ¿por qué vengarse de sus víctimas? Por qué le sufren, exclaman en Bogotá; por qué no le derriban, añaden en Popayán; por qué no le matan, gritan en la brava Pasto. La prensa de Panamá ha tomado sobre sí el oponerse a esas ciudades: ella no quiere que le derriben ni le maten; antes proclama la dictadura perpetua del verdugo. ¡No, señores! no he dicho la prensa de Panamá; digo un periódico, periódico escrito en lengua extraña. El pueblo panameño que se levanta en globo a vitorear a Páez; que festeja en la alegría de la libertad y el patriotismo al último de nuestros libertadores, no aplaude las obras de un oscuro tiranuelo, las supercherías de un traidor consuetudinario. La estatua de Herrera está ahí que le instruye y le amenaza: en faltando sus hermanos a los deberes del hombre libre y fiero, ella alza la voz y les contiene: la voz de la tumba, solemne en todo caso, terrible cuando se queja y se lamenta. Y vosotros, campeones de la ley, soldados de la inteligencia, propagadores de las luces, diarios del alta Bogotá, ¿no estáis desmintiendo cada día los asertos de este cofrade descarriado? “La Ilustración”, “La América”, el “Diario de Cundinamarca” y otros cientos, no piden la tercera, la cuarta, la quinta reelección de García Moreno, ni piensan que sea necesaria *una mano de fierro* para ese pueblo de cordeiros. ¿Cuál más suave, más blando, más fácil de gobernar, y aun de oprimir en todo tiempo? Pues necesita *una mano de fierro. Potestas tenebrarum.*

¿Qué otra cosa es patente para Colombia? Les sobra fundamento a ciertos colombianos y muy particularmente al Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario para pedir satisfacciones de la sangre derramada por Nicolás Martínez; les sobra fundamento para llamar de “matachines” y de “viles” a los ecuatorianos, y venderlos al mundo por “eunucos”. Es cierto que en los dominios del Gran Señor de la Puerta Otomana los eunucos corren con el azotar; ¿a quiénes? A los de Esmeraldas: ¡gran Dios!

Ahora veamos lo que es patente para el Perú, otro de los vecinos. El Perú sabe y ha visto la persecución de García Moreno a los miembros del concejo municipal de Guayaquil que protestaron patriótica, noble, altamente contra la ocupación de las islas guaneras por los españoles. El Perú sabe que García Moreno es reo de sus tribunales, preso legítimo de sus cárceles; sabe que tiene allí causa criminal declarada con lugar a proceder; sabe que sus jueces le han juzgado por tentativa de homicidio. Sabe y ha visto que el pueblo de Lima le seguía por las calles cuando huía medroso, a las voces de: “¡No hay quien mate a ese traidor!” “¡No hay quien mate a ese tirano!”.

¿Qué más sabe y ha visto el Perú? Sabe y ha visto que en Piura le fusilaron en estatua por la espalda. El Perú y Bolivia y Colombia y Venezuela y Chile y Buenos Aires y todo el continente sabe que García Moreno propuso al señor Heriberto García de Quevedo entregar el Ecuador a España; sabe que escribió varias cartas al señor Trinité ofreciéndoselo a Francia, y ha leído esas cartas. ¿Qué más sabe y ha visto la América del Sur? García Moreno contesta, no para negar estos delitos, sino para decir que son cosas

traqueadas, antiguas, y que los que se las recuerdan son ladrones, bribones, estafadores, pillos, bandidos, prófugos, infames calumniantes y otras santidades de las que acostumbra. Contesta, no que no ha cometido esas felonías, sino que son cosas *traqueadas, antiguas*. Con ser buen leguleyo no sabe que los crímenes no prescriben; y con ser no mal físico, no sabe que la infamia tiene aceite de patíbulo, no se seca jamás, y está oliendo sin fin, como el almizcle.

Traqueadas, antiguas... Y cabalmente por esto debe ser dictador perpetuo. Quisiera yo saber si los franceses elegirán presidente de la República a Bazaine dentro de catorce años: su traición será entonces cosa traqueada, antigua, y tendrá derecho al primer puesto. Hay acciones que imprimen carácter: los traidores son sacerdotes ordenados por Satanás, y con cerquillo y corona se van a los infiernos, aun cuando viva cien años. Cosas *traqueadas, antiguas*... ¿Y quién nos guarda de que no las renueve, refresque y pulimente en la primera ocasión? Como su poder viniera a riesgo de perderse, verían ustedes que aquel presbítero hacía lo posible por darle retoque a lo traqueado, novedad a lo antiguo. *Res sacra reus*, decían los romanos; el reo es cosa sagrada. Pero esto era cuando iba hacia el cadalso: cuando se contonea en la gloria mundana, el reo es cosa maldita.

García Moreno debe ser dictador perpetuo por estas razones positivas; ahora vienen las negativas. Debe hacerlo, porque él no ha hecho lo que el gobierno de Bolivia acaba de hacer con un distinguido boliviano, romper con su casa a cañonazos, invadirla, saquearla, llevarse presos a sus moradores. Y no debe serlo también porque no ha puesto fuego al templo de Delfos; porque no ha destruido la biblioteca alejandrina; porque no ha matado a su madre *ni a su esposa*; porque no ha entrado Roma a sangre y fuego; porque no ha asesinado a Enrique IV; porque no ha fusilado a monseñor Darboy; porque no ha entregado la nación francesa a los alemanes; porque no ha desorejado a los generales enemigos, como don Manuel Rosas. Sobran razones para elegir por tercera vez a García Moreno.

Un anciano agobiado con el peso de los años y los males se halla en el calabozo de un cuartel: cano, enfermo, triste, no dice nada ni se mueve. Llegan los verdugos, le toman, le arrastran al patio, le templan, le azotan. ¿Oyen ustedes? ¡le azotan! ¿Han oído? ¡le azotan! Y ese hombre es militar, general, veterano de la independencia. Después de azotado, le echan fuera. A pocos días, como iba por la calle despacio, taciturno, cayó muerto. El corolarío del azote debía ser el veneno: el tiranuelo temió la venganza del soldado. Justo es que en Colombia, en Panamá se proclame la dictadura perpetua de García Moreno: el general Ayarza fue hijo de Panamá, colombiano. ¿A dónde sois idos, justicia y honor de las naciones?

¡Al honor y la justicia de Colombia no seré yo quien toque, por Dios vivo! Las virtudes de un gran pueblo son cosas muy elevadas, para que vengan a tierra por desvíos solitarios que él no disimula. Pero me llena de asombro el ver cómo de la cuna del general Fernando Ayarza salga la única voz quiza que en Colombia canonicase al traidor y azotador García Moreno. Cinco

años de destierro son para cualquiera cinco muertes: cinco años vividos en un desierto hermoso donde la mano de Dios está extendida sobre la Naturaleza y los pocos hombres que le habitan, me enseñaron a quererla a esta Colombia, heroica por sus hechos, libre por su querer, clara por sus luces, cuando al pie del Chiles y el Cumbal pasaba yo mis días tristes en esa felicidad misteriosa de que sólo son capaces ciertos corazones.

Cuando el crimen de haber azotado a un general, un veterano de la independencia fue a resonar en las naciones vecinas, don Pedro Pablo García Moreno, hermano del delincuente, desmintió en Lima con laudable prontitud el desafuero que se atribuía a su hermano, y dijo en "El Comercio", que de ser verdadera semejante atrocidad se seguiría que ese hombre muriese abrumado bajo el peso de la execración del mundo. El hecho era positivo, auténtica la noticia. Los hermanos de aquel bárbaro protestan junto con todos los suramericanos contra sus insensatas tropelías; y habrá un escritor, un periodista, un encargado de los intereses generales, un guardián de la moral pública, un vigilante de la libertad, un oficial de la democracia que alce la voz y llame a la dominación vitalicia al ser infausto que está condenado a muerte por el tribunal del Nuevo Mundo, a las penas eternas por la justicia del Todopoderoso!

¡Qué doctrinas! La republicana desecha la de los hombres necesarios, y la de los providenciales es impiedad entre nosotros, cuando no fue sino sanchez en Napoleón III. La elección de Grant para un tercer período no sería admisible en los Estados Unidos, porque olería a *cesarismo*; la de García Moreno es necesaria en el Ecuador, porque "difieren las circunstancias". ¿Qué circunstancias? ¡ah, señores! este vago, hueco, fantástico vocablo no entraña muchas veces sino la nada; pero una nada malévolá, nociva; venticillo apenas sensible que causa la muerte, como esos aires disimulados que en ciertos países soplan a modo de céfiro y matan a modo de Simún. Las circunstancias no quieren que Grant se perpetúe en los Estados Unidos, Sarmiento en la República Argentina, Murillo en Colombia, y exigen que García Moreno sea eterno en el Ecuador. Estos suben por elección libre, gobiernan con rectitud, concluyen con honor, descienden con modestia, y no incurren en fatuidad y vanistorio afirmando que sólo ellos son capaces de regir sus naciones respectivas. Que García Moreno piense y aun diga que en la suya no hay sino él, aun no tan malo; que mande a sus Eutropios pensar y decir lo mismo, es natural: ya otro de su calaña mandó que se le tenga por Cibeles, madre de los dioses; y el que tal no creía y confesaba, incurría en delito de lesa majestad. Pero que hijos de otros padres, escritores de luces, periodistas acreditados hagan a un pueblo todo el sumo agravio de no concederle sino un hombre, es cosa que no sufre el corazón. ¿Conocen ellos a ese pueblo? ¿Conocen a esos hombres? Piensen, confiesen y sostengan que García Moreno es Cibeles, madre de los dioses; pero no cierren a palos con los que no lo confiesan porque no lo creen. Pueblo donde no hubiese más que un hombre, estaría condenado a la conquista o a la barbarie. Bien es que los dioses no mueren; y si el viejo Saturno se los iba comiendo conforme le

iban naciendo, la madre Cibeles le parió tal hijo que se llamó Júpiter. Pero si no mueren se van, amigos míos; ¿no saben ustedes que los dioses se van? Se fueron de la Francia, se fueron de la España, se fueron de Roma, se fueron de Nápoles: emperadores, reyes, papas, ¡a la edad media *¡Vade retro!*

Del Paraguay, se fueron; de Buenos Aires, se fueron; de Bolivia, se fueron; de Guatemala, se fueron; del Salvador, se fueron; el doctor Francia, Melgarejo, Carrera, Dueñas, dioses de menor cuantía, títeres del Olimpo, ¡se fueron! y no así como quiera sino marcados en la frente con el hierro con que los pueblos señalan a los tiranos para que sean reconocidos en las regiones infernales.

García Moreno no se va todavía, el esfinge no se mueve: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando menos acordemos, y sin ruido: ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo. Los jesuitas le han cortado el rabo para cuando lo hayan menester: ¿les valdrá la reliquia? Los dioses se van, amigos míos: se van también los diablos: Jesús es el que viene: Jesús nos trae la redención, la libertad, la democracia.

Volvamos a la política. *Las circunstancias* suenan a motivo transitorio, que no data de quince años, ni se extiende por el porvenir durante la vida de un hombre: reina ya quince años ese tiranuelo, ¿y todavía alega las circunstancias para no apearse? Pues si es de condición que en tanto tiempo no ha podido ordenar las cosas de manera que entregue honradamente el mando, y sin temor, a otro ciudadano, de presumir es, seguro es que las circunstancias durarán tanto cuanto esa alma de diablo mueva ese cuerpo de bruto. Tiene en su persona todos los caracteres de la longevivencia: bien repartido, pecho espacioso, osamenta gruesa, sólida; el temperamento, ígneo; las extremidades, enormes; cabeza, pies y manos de gigante. Cuando algún geólogo averiguador, rebuscando en provecho de las ciencias las ruinas de Quito después de algunos siglos, halle sus restos fósiles, ha de componer con ellos un mastodonte. Frisa con los sesenta años nuestro hidalgo el día de hoy; por la parte que menos, se vive sus treinta más; y hemos de esperar a que se muera? ¡Justicia del cielo! ¿Quién no legitimaría la usurpación, el régimen tiránico, si todo fuera alegar las circunstancias? Fundados la política en la filosofía, las razones en la razón, si queréis reducirnos a vuestros pensamientos: en tanto que las circunstancias vuelan con el humo, no hay que palpar ni que apreciar en ellas. La gran circunstancia de los pueblos es la libertad; la de los hombres, el honor: oscurantismo, tiranía, servidumbre son malas circunstancias, amigos y señores.

Si va a la hacienda, ¿quién no sabe la ruina vergonzosa del Ecuador, bien así en lo tocante a la riqueza pública como a la particular? La moneda es desconocida, el ruín papel es el símbolo de los valores; y el pueblo, el pueblo que trabaja, el pueblo que suda, el pueblo que da de comer, no come: el pueblo tiene hambre, tiene hambre el pueblo, ¡cosa horrible, cosa inaudita en Suramérica! Los diez mil italianos de capilla, los veinte mil jesuitas, las cien mil genizaras que con nombres variados y pintorescos han importa-

do del viejo mundo, se comen lo poco que alcanza a producir un pueblo aherrado: sabido es que el trabajo libre es el productivo. Los frailes son los únicos que tienen dinero. "Cuando lo he menester —acaba de decirme un notable comerciante—, no voy a tal ni a cual casa mercantil; voy a una celda; los padres me sacan de cualquier apuro, por mi dinero". La usura ha nacido y vivido en el convento; ojalá muriese en el patíbulo. Cada fraile extranjero es una ventosa pegada a las carnes de ese pueblo desdichado: todos tienen rentas cuantiosas, todos tienen industrias, todos hacen milagros, desde el enviado del Papa, y a la sombra del tiranuelo: las iglesias están saqueadas, las custodias falsificadas, las imágenes desnudas. Un tal Tavani, internuncio, hizo tanto en Quito, que de vuelta a Roma, Antonelli le suscitó tres causas criminales, y una de ellas la de simonía. Pero como había llevado medio millón de pesos, él tuvo la justicia de su parte, y hoy vive a lo cardinal en un palacio. Esos quinientos mil duros, ¿para cuántas necesidades no hubieran servido en el Ecuador? El *Star and Herald* acaba de anunciar que el reverendo Padre Potter, de la Compañía de Jesús, ha sido nombrado ministro de Instrucción Pública en el Ecuador. "Este parece ser —añade el respetable periódico— el paraíso de los jesuitas; y está muy bien que los *humildes* secuaces de Jesús a quienes la civilización de nuestro siglo insiste en perseguir, hallen un lugar de descanso, aun cuando sea en las costas del Pacífico". La ironía no puede ser más en favor nuestro: los hombres a quienes la civilización repele, hallan su paraíso en el Ecuador, que naturalmente será más civilizado que Europa y que toda América. Aquí tienen ustedes, señores del *Star and Herald*, confesada y pregonada por ustedes la barbarie de García Moreno. En su conciencia, ustedes están de acuerdo con nosotros; ¿pues cómo sostienen lo contrario? Cuando aún no acaba de reírse el Nuevo Mundo de ver a ese ingenioso Cayo dedicar por un acto solemne la República al Sagrado Corazón de Jesús, ¿cómo se ha de maravillar de que los jesuitas compongan su Ministerio? Hombre jocosos: ha repartido su ejército en cuatro divisiones: "División del Niño Dios", "División del Buen Pastor", "División de las Cinco Llagas", "División de La Purísima". Y donde los regimientos se llaman en otras partes "Húsares de Apure", "Dragones de a caballo", "Granaderos de la guardia", "Lanceros de la muerte", en el ejército de García Moreno se llaman "Hermanos Católicos", "Hijos de Su Santidad", "Guardianes de la Virgen", "Ejercitantes voluntarios". Pues han de saber ustedes que el ejército de García Moreno entra a ejercicios, confiesan y comulgan desde los generales. Si no estuviera tan manoseada, tan vulgarizada, tan opacada esta palabra de Cicerón, *risum teneatis*, aquí me la decía yo, porque aquí encaja.

Parece que la clerigalla extranjera ha recogido ya el último centavo: para salir de apuros, García Moreno ha recurrido al empréstito, ese yugo tan pesado bajo el cual gimen los gobiernos poco advertidos, bajo del cual medran los de escasa probidad. ¿Cuándo llegará el día de que el mal del empréstito no sea necesario porque lo rehuyamos con el trabajo y la economía? El empréstito, molestia del presente, azote del porvenir, espectro que aterra a los

gobiernos probos. García Moreno ha recurrido al empréstito: ha de ofrecer cinco por uno, y lo ha de conseguir: ¿qué le importa? él sabe que no será él quien pague. El empréstito, cucaña para los prestamistas, ganga para los negociadores, boda, jolgorio para los jesuitas. Pronto, pronto esos millones: el Padre Alfarache los exige, la madre Labrusca los reclama.

No concluiré sin suplicar a mis lectores no tomen a la letra un principio consignado en este escrito y ligeramente desenvuelto; hablo del derecho de insurrección, que sería sobrado atrevido si no se le encerrase en los límites que piden la razón y “un derecho superior”, cual es el que tiene la República de existir; “principio que domina todo el edificio social y político”, según acaba de sentar el hombre más consumado en materias políticas y sociales de los Estados Unidos. Este es el honorable Reverdy Johnson, quien acaba de decidir que Mc Enery no tenía derecho para derribar el gobierno del usurpador Kellogg, y que la revolución de la Luisiana ha sido un acto ilícito, aun cuando el electo legítimo hubiese sido el dicho Mc Enery; y que todo lo que le cumplía al pueblo luisianés era *esperar con paciencia*. Reverdy Johnson ha juzgado en un solo punto de vista; ni había otros en los cuales se presentase la materia: Kellogg entrampó las elecciones y se declaró gobernador de la Luisiana; Mc Enery reunió la mayoría de sufragios, y fue burlado por su competidor: ¿tuvo derecho para tomar por la fuerza lo que sus conciudadanos le habían concedido de su buena gracia? Un juez competente, anciano en quien concurren la experiencia, la sabiduría y la probidad, ha decidido que no, porque del principio contrario se seguiría la anarquía. Pero si a la usurpación hubiera añadido el dicho Kellogg el crimen de atentar contra las instituciones democráticas, de imponer su pura voluntad con vilipendio de las leyes, de erigir el cadalso como el altar de la patria, de ahogar a los hijos de ella bajo un sinnúmero de frailes ávidos de su sangre, de plantear el fanatismo como principio filosófico, de declarar el *Syllabus* la ley de la república, después de haberla vendido varias veces a las naciones europeas; y si sobre esto se añadiese la resolución de perpetuarse y aun nombrar su sucesor después de sus días: el sabio, el justo, el patriota Reverdy Johnson hubiera decidido que el pueblo de Luisiana no había tenido derecho para derribar al usurpador? ¡No! Y si tal lo decidiera, hubiéramos dudado de su sabiduría.

Con harto fundamento esperamos, señores redactores del *Star and Herald*, que ustedes rectifiquen los conceptos del artículo que ha motivado el presente opusculillo; y mucho más si hacen memoria de los tan contrarios que más de una vez han consignado en su periódico, obedeciendo a la ley de la justicia. Para la popularidad y el buen nombre de que gozan el *Star and Herald* sobran razones: un periódico no cobra tanto crédito sino por al elevación con que trata las cosas y la rectitud con las que deslinda: ¿de dónde ha podido suceder que hoy salga a cuestras con la apología de un tiranuelo cuya extravagancia raya en locura, tiranuelo unánimemente aborrecido en las naciones suramericanas? El escritor se atiene a los hechos públicos, y no a las adulaciones con que un hombre de escaso pudor se recomienda él mismo.

¿Qué son los papeles que él manda escribir, los informes de sus agentes, para con las traiciones a América, los azotes a generales de la independencia y otros crímenes grandes y espantosos que puestos sobre el Pichincha están gritando al mundo: juzgadle, juzgadle? Obra será del autor de su vida sacar a luz los negros secretos de esa tiranía; un transeúnte le ha salido al paso la ocasión, y tomándola en globo, no tiene tiempo ni humor de entrar en esas particularidades que disgustan como una muchedumbre de sabandijas. Pero es un deber de todo americano señalar los traidores a la patria común; de todo republicano combatir el despotismo y la perpetuidad; de todo hombre de bien levantarse contra lo inicuo y poner la voz en lo alto de los cielos. No es tiempo perdido el que se emplea en favor de nuestros semejantes, ni el camino es malo porque se gaste una jornada en volver por los derechos de los pueblos. No desmayar en ningún tiempo ante la muerte ni ante la calumnia, este es el secreto por cuyo medio hemos alcanzado la venganza de la tiranía, título glorioso al respeto de los hombres libres.

Panamá, 28 de octubre de 1874.

EL REGENERADOR

1876 - 1878

(Selección)

LECCIONES AL PUEBLO

Quito

HUBO EN lo antiguo un hombre que dio mucho en qué merecer a Roma, su gran madre. No era sino un rebelde que encabezaba una legión de rebeldes, a quienes el Senado había simplemente declarado bandidos. Y ese capitán de cuatro bandidos venció a los más calificados generales, hizo temblar a Pompeyo, y estuvo en poco que no se alzase con el poder absoluto del imperio. ¿Qué mucho? Minerva le hablaba al oído en figura de una cervatilla; y como el valor fuese en él lo que la sabiduría, esto es cosa grande y admirable, de simple rebelde llegó a hombrearse con la señora del mundo, y a ser el enemigo a quien ésta contempló con más angustia.

Llamábase Sertorio ese capitán. Un día que los suyos andaban desmayados, a causa de ciertas desventajas provenientes de la desunión, hizo que formasen, y poniéndoles por delante un caballo: arráncale la cola, mandó al más forzolento de sus legionarios. ¿No lo puedes? Llama uno que te ayude. ¿No lo podéis los dos? Vengan cuatro. Los cuatro no lo pudieron tampoco. Vinieron diez, y no fueron más poderosos, ni lo fuera todo el ejército. Cosas pequeñas hay que son del todo imposibles.

Ahora, dijo a uno de ellos, y sea el menos robusto: arráncale la cola cerda por cerda. Hízolo el soldado con tan buena gracia, habiendo comprendido la intención del general, que el ejército levantó a las nubes este grito sublime: ¡Viva la unión!

Pueblo, unido sois invencible: por más que tiren opresores y tiranos, jamás pueden arrancaros de una vez: divididos los hijos de la patria, opuestos entre sí, cada cual es una cerda que el menor verdugo desprende de su tronco. El pueblo unido es fuerte, el pueblo unido es grande. Los ambiciosos propenden a aflojar esa masa compacta, porque en ello van sus triunfos. Cerda por cerda, no hay cola que resista; toda de golpe, ni Sansón puede arrancarla. El caballo de Sertorio es el símbolo de la unión.

Unido se retira el pueblo al Monte Sacro, deja a los nobles en temerosa soledad, y obliga al Senado a llamarle puestas las manos en ademán de súplica. Unido vuelve, triunfa, cambia la forma de gobierno y da la ley en Roma. Sin el juicio y la firmeza de ese pueblo, hubiéranle sus enemigos debilitado y postrado, arrancándoles uno por uno.

Mirad por esos bosques, a orillas del Misisipí, ese animalito cuya pequeñez indica lo exiguo de sus fuerzas. ¿Creeríais que esas calzadas gigantescas, esos diques admirables, esos puentes antiguos, esos palacios de Nínive, todo eso es obra suya? Suya es: no del individuo, sino de la familia: no de la familia, sino de la República. Solo, nada hubiera alcanzado el ente pequeñuelo; unido a sus hermanos, es más hábil que los atenienses de Pericles, más poderoso que los artifices de las pirámides de Egipto. Si no sabéis su nombre, castor se llama.

¿Pues la hormiga? Viviente más diminuto, más endeble, no hay en el suelo: se agregan unas a otras, se apoyan, trabajan de consuno, y son fuertes. ¿Quién sabe las obras portentosas que labran debajo de la tierra? Socavones dilatados, subterráneos profundos, almacenes provistos de exquisitos alimentos, a la unión lo deben todo. Y cuando un enemigo es osado a perturbarlas, dan sobre el triste, acósanle, hiérenle, allí le dejan muerto; ni hay escarabajo tan valiente que pueda llevárselas de calles.

Pueblo, sed como el castor, sed como la hormiga: para la industria, para la guerra, vivid unidos: de la unión de muchas fuerzas escasas resulta una fuerza incontrastable. ¿Habéis olvidado el peñasco que los viajeros de Lamennais van encontrando en el camino?

Los gobernantes que abrigan malas intenciones procuran desunir a los ciudadanos. Cuando han conseguido separarles por malicia, hacer que se teman, que huyan unos de otros, la tiranía se ha colocado en un trono. Pueblo, haced porque en vuestro compañero, vuestro amigo, no veáis nunca un espía ni un traidor. La confianza es virtud de las almas elevadas: la suspicacia, vicio que apoca y envilece.

No digo que os pongáis en manos del verdugo fiándoos a ciegas del pícaro que os llega a husmear vuestros secretos: la prudencia es asimismo gran virtud; si sale de los términos de la razón, viene a ser vicio detestable. Sabiduría es una divinidad ingenua y avisada a quien ni seducen lisonjas, ni embaucan falsedades. Si sois hombres de bien, confiad unos en otros; pero guardaos del inicuo, sin tener por tal sino a ese cuyas obras son notoriamente reprobadas. No hay miseria tan grande como la de juzgarse uno rodeado de enemigos y perseguidores infames. Dios nos hizo a su imagen y semejanza, y semejantes unos a otros: tener por bribón a un hombre recto, por criminal a un inocente, por indigno a un estimable, ¿no es error del corazón bien formado, o malicia del corrompido?

Había en cierta nación un tirano debajo de cuyo imperio era preciso que cayesen, no solamente las virtudes, sino también las leyes de la naturaleza. Perseguitaba a todos, y todos debían ser perseguidores. Si el hermano ocultaba

en su casa al hermano, pena de muerte; si el hijo no denunciaba al padre, pena de muerte; si el padre no entregaba al hijo, pena de muerte. Para honra de la especie humana, la ciudad quedó casi desierta; hermanos hubo, hijos, padres que se rieron de la proscripción, y después de llorar a sus deudos, dejaron a su vez porque llorasen los demás. ¡Monstruo! le dijo un día al tirano un hombre valeroso, ¿no han de quedar con vida sino las paredes de tu patria?

Quedaron también con vida los más indignos de ella: hubo quienes entregasen al ejecutor las personas más queridas, porque el tirano no les echase toda la ley. La unión había desaparecido; los pocos que aún respiraban se temían unos a otros, huían unos de otros. El tirano se hallaba satisfecho; y no teniendo ya asunto para su política: ahí está vuestra libertad, les dijo de repente a los cadáveres ambulantes que había sobrado, y se fue a vivir solo y sin miedo.

Esta es la negra, la grande poesía del crimen.

Si ese pueblo hubiese resistido como una sola persona, el tirano jamás habría llegado a esa terrible grandeza. Pero, si los tiranos no tuvieran cómplices, ¿hubiera tiranía? Perversos hay que se apartan del pueblo para arriarse a su opresor; cobardes que huyendo de ser víctimas pasan a verdugos. La guerra de todos contra todos ha puesto en duda a algunos téticos pensadores respecto de los fines del Criador para con la criatura. *Bellum omnium contra omnes*. ¡Oh sentencia, sentencia atroz, tanto más lamentable cuanto más sostenida, qué no diera el verdadero filósofo porque envolvieses una mentira infanda!

La libertad es la causa común de los pueblos; los ciudadanos todos tienen deberes para con ella. El espía, el impostor, el delator, sobre los delitos de espionaje, delación e impostura, cometen el de prevaricación, faltando al juramento tácito que tienen hecho de valerse unos a otros. ¡Desdichado el pueblo donde la fealdad de esos vicios no cause repugnancia mortal ni en los hombres de bien! Los gobiernos populares, paternos, justos, no consideran el espionaje como un arbitrio del orden. El orden que no se funde en el contento general, no es el seguro; el gobierno que no descansa en la voluntad del pueblo, no es el legítimo. Estima y amor del uno, fundados en la justicia y la dignidad del otro, ésta es la gloria de los gobernantes, la dicha de los pueblos.

Pueblo, humilde sois por naturaleza: la humildad en la dignidad os vuelve respetable. Si conseguís infundir respeto en los que mandan, la tiranía se deja oculta, y tiembla de que se dé con ella. La virtud de suyo es respetable; pero cuando resplandece a oscuras en individuos humildes y aislados, los perversos le faltan el respeto. ¡Pueblo, cultivad las virtudes, y uníos para cultivarlas! Un pueblo apasionado a la patria, a la libertad, al progreso, que vive unido con los vínculos del amor y la confianza, el deber y el derecho, el trabajo y los goces inocentes, es grande y fuerte; y en los pueblos grandes, fuertes, los malvados que propenden a la tiranía van a parar en las gemonías.

En las riberas del Pacífico, en la opulenta Lima, se oye un rumor sordo y profundo. El pueblo, que estaba trabajando en silencio, levanta la cabeza y pone el oído atento hacia donde el crimen da sus voces. El presidente acaba de morir a manos de asesinos, los usurpadores se levantan y proclaman su reinado a pura espada. El pueblo no teme ni huye: ¡tiranos! grita, y en irresistibles avenidas corre por las calles, da sobre la gente armada, abrumala, domínala, redúcela a pedir misericordia, y los enemigos del pueblo están columpiando a poco suspendidos en las torres. Habíase el pueblo unido en el conflicto de la patria, y salvando el orden y la libertad, se salvó él mismo.

Pueblo, uníos en el peligro, uníos para salvar la patria, y cuando un crimen contra ella ha sido perpetrado, uníos para castigarlo. El pueblo unido es grande, el pueblo unido es fuerte: pueblo, sed grande y fuerte, grande por las virtudes, fuerte por la unión entre los buenos.

Entre los buenos, digo: a los culpables, el perdón; los pechos magnánimos no conocen la venganza; pero una cosa es magnanimidad, y otra derefencia por el crimen y la infamia. Entre las buenas y las malas obras Dios ha puesto un abismo: el violador de esos lindes temerosos, o es ciego por ignorancia, o atrevido por impiedad: en todo caso es réprobo, y tarde o temprano recibe su castigo.

Pueblo, si gustáis de las virtudes, haced alguna distinción entre los buenos y los malos; buscad a los primeros, uníos a ellos; separaos, huíd de los segundos.

¿Cuáles son los buenos? ¿cuáles son los malos? Pueblo, nadie más hábil que vos para distinguirlo: Por sus obras les conoceréis, dice el Señor. No hay hombre avieso para quien no sean malvadas las personas a quienes teme o aborrece; ni buenos, excelentes él y los de su camada. Pueblo, conocedles por sus obras: respectad, seguid a los primeros; separaos de los segundos, mas no les persigáis a todo trance. El castigar no es vuestro, sino de la justicia.

Cuando las pasiones de los gobernantes salen de madre, y estos hombres desaforados hacen pie contra las leyes del Altísimo, burlándose de las humanas; cuando la opresión y la tiranía no reconocen término, y se lo llevan todo delante de sí, cual riada asoladora, el pueblo, por el derecho de la propia defensa, por la ley de la conservación es juez, y puede castigar ejecutivamente. Pueblo, vos no salgáis de madre: cumplid con la ley, haced vuestro deber, vivid en paz, trabajad, adelantad: todas éstas son virtudes; pero no os rindáis al sueño cuando la libertad y la honra están amenazadas. El pueblo indiferente a bienes tan grandes y tan santos es insensible o corrompido: en él no hace mella el yugo de la servidumbre.

¿Hay en el mundo un pueblo indiferente a la libertad o la esclavitud? No; esto sería contra la naturaleza. Lo que sucede es que a fuerza de afrentas la honra pierde su delicadeza; a puros sinsabores el corazón se endurece y encallece. La obra maestra de la tiranía es la corrupción: proscripciones, muertes, violencias de todo género son cosas, por transitorias, no tan malas: el veneno que va cayendo gota a gota sobre el alma de los pueblos, y la entorpece, y la engangrena, ésa es la sabiduría de los tiranos maestros.

Pueblo, conoced vuestro mal, y aplicaos el remedio. El remedio de la ignorancia es el estudio; el del abatimiento, el orgullo templado por la razón; el de los vicios, el trabajo. El pueblo no estudia en libros: su sabiduría es práctica; la toma del buen sentido y del ejemplo de los hombres que por las virtudes y las luces están eminentes en la sociedad humana.

Pueblo, trabajad, observad, no perdáis de vista a los que pueden comunicaros luces y virtudes.

LECCIONES AL PUEBLO

Quito, jueves 13 de julio de 1876

EN CIERTA ciudad antigua sucedió una vez que el pueblo, agraviado por los patricios, tomase consigo sus dioses lares, y se fuese a un monte a vivir libre y de su cuenta. Echando de ver los nobles que la plebe era el nervio de la sociedad humana, y que si sus compatriotas no volvían, ellos tendrían que dividirse en dos clases, una de opresores, otra de oprimidos; una de amos, otra de serviles, enviaron hacia el pueblo un anciano que le obligase al regreso por medio de la persuasión y las promesas. El pueblo estaba lleno de ira y resentimiento; pero el anciano era muy sabio, y le habló de esta manera:

Cansados de trabajar en favor del cuerpo, los brazos dijeron un día: Nosotros no somos siervos de nadie, ni habemos menester la unión con los soberbios. La cabeza nos manda a cada rato, como si nos tuviera a sueldo; el estómago nos ocupa de día y de noche; las piernas reclaman nuestra asistencia; y hasta los pies quieren darnos la ley con ser más humildes que nosotros. Pues de hoy en adelante viva cada uno de por sí, que nosotros ni pediremos socorro, ni molestaremos a los vecinos.

Oyendo este discurso, la cabeza respondió: Yo os mando porque nacisteis para obedecerme; y no en mi puro provecho, sino en el de la comunidad. Vuestro encargo es el movimiento, el mío la concepción; yo discuro, vosotros ejecutáis; la idea es mía, vuestra la materia. Independizaos en buena hora, y veremos para lo que servís, si no hay quien os comunique impulso.

Los pies se habían dejado estar con las orejas tan largas a estas razones de la parte superior: ¡Oiga! dijeron a su vez; y si nosotros no cargamos con ella, ¿qué será de la seo guapa? Pues digamos que estará contenta, si la dejamos por ahí sentadita sin ir y venir sobre nosotros. ¿Los brazos por su parte están charlando respecto de que nos prestan algún servicio? ¡Pues lue-

go! tan imprescindibles son para nosotros como el demonio. De nadie necesitamos, y nos bastamos a nosotros mismos.

Los ojos dijeron a su vez: Pues nosotros no hemos de ver.

Las orejas: Nosotras no hemos de oír.

La lengua se estiró media vara afuera, y dijo: Yo no he de hablar.

Las muelas: No hemos de mascar.

Las tripas gruñeron por adentro: No hemos de recibir nada.

En este conflicto, la cabeza convocó a junta secreta al corazón y al estómago. La historia no dice las razones que pasaron entre estos sabios, y solamente ha transmitido a la posteridad los términos en que el último salió a contestar a los disidentes: ¡Amigos! exclamó, cada una de las partes del cuerpo humano tiene su destino y sus funciones peculiares: los ojos sirven para ver, los oídos para oír: del concurso de nuestras facultades resulta esta gran facultad en razón de la cual cada uno de vosotros está murmurando y quejándose ahora mismo; este hecho tan grande como inaveriguado que llamamos vida. Cuando falta una tecla a este órgano sublime que todos componemos, la disonancia perjudica a la armonía general. ¿Pensáis acaso que cada uno de vosotros tiene vida propia y exclusiva, y que alguno sirve a otros más de lo que éstos le sirven a él? Ojos, miembro jactancioso, vosotros nos guiáis por medio de la luz; mas sin el corazón que os da vida, ¿qué sería de vosotros? Oídos, necesarios sois para la comunicación humana; pero ¿qué serías sin el cerebro que juzga de las cosas, sin los pulmones que respiran? Y vosotros, atrevidos que osáis levantar la voz contra vuestros superiores, reconoced vuestra servidumbre natural, sin que os sean negados vuestros servicios y la necesidad que tenemos de vosotros. Si alguno ha de gobernar y regir esta máquina que componemos todos, es el que sirve de centro, el receptáculo de la vida, de donde van saliendo todos. Este es el estómago, éste soy yo. Sin mí, ni la cabeza piensa, ni el corazón late, ni los ojos ven, ni los oídos oyen, ni los brazos se mueven, ni los pies sirven para maldita cosa. Yo os doy la vida, porque os elaboro y distribuyo el alimento; yo os mantengo la salud, cumpliendo fiel y exactamente mis obligaciones. Cuando yo os falto, ¿qué noche horrible no cae sobre vosotros? Vosotros contribuís a mi poder, mas no en mi favor, sino en el vuestro propio; estáis en mi jurisdicción, no como esclavos, sino como personas que tienen necesidad de un centro y una regla para conservar la vida.

La cabeza aprobó y dio su voto por el estómago; el corazón siguió a la cabeza. Ojos, oídos, brazos, pies y todos los demás se sometieron, reconociendo su error humildemente; y desde ese día vivieron en armonía, cultivando la paz, felices y contentos.

Cuando el viejo senador hubo concluido este apólogo, el pueblo estaba fascinado. Vio que él no era el estómago, y convencido por las razones del anciano, se volvió con él a la ciudad.

Pueblo, la sociedad humana se compone de muchos y diferentes miembros: cada uno tiene sus facultades, y de la cooperación de todos resulta este conjunto en que vivimos cultivando las ideas, afinando las pasiones. Las

clases sociales son los miembros de que hablaba el senador antiguo; el sacerdote, el militar, el letrado, el artista, el artesano, el labrador, cada cual posee sus aptitudes y ejerce sus funciones; ninguno de ellos puede vivir de por sí; y todos juntos, poniendo cada uno su parte, vienen a componer este globo de cosas grandes que llamamos civilización, progreso. ¿Cuál es el estómago a que aludía el viejo Agripa? me diréis. Agripa hablaba del senado, esa junta de dioses sobre la cual estaba Minerva descendiendo a la continua en forma de leyes inmortales, esas que la posteridad debía tener por suyas, como la expresión de la sabiduría inspirada por los dioses. Suponiendo que el senador es la flor de la nación, bien así por las luces como por las virtudes, él es el cuerpo adonde van a dar las arterias y los nervios de la asociación civil, centro augusto y misterioso que elabora y destila grandeza y felicidad de las naciones.

Pueblo, si en vez de ser el senado la junta de dioses que el embajador de los bárbaros vio en Roma, es una gavilla de esclavos sin inteligencia ni conciencia, sin vigor ni pundonor, no estáis obligado a venerarle, porque bajeza y mala fe, flaqueza y prostitución no son virtudes que imperan en un pueblo virtuoso y grande. Los tiranos, ante todo, procuran envilecer a los legisladores: una vez que éstos parecen haber nacido para la servidumbre, y el amo sale de entre ellos admirándose de la vileza de los hombres, todo se ha perdido para la república. El pueblo no está entonces obligado a la subordinación ciega y absoluta, porque si por el bien de todos conviene que ceda alguna parte de la libertad natural, no ha consentir jamás en que se la arrebatan por completo. La libertad es un bien colectivo: en sus luminosas entrañas abraza muchos bienes, éstos que con nombre de dones de Dios y la naturaleza constituyen la preponderancia del género humano sobre las otras criaturas, y les imponen su dominio. Inteligencia es fruto delicado, que no se desenvuelve y madura sino al sol; la esclavitud, la madre de las sombras: donde todo es oscuro, el ingenio no tiene aire ni alimento, y muere recién nacido. ¿Cuándo ha brotado de la servidumbre un hombre grande? Los pensamientos del esclavo son tan bajos como su fortuna; su alma ordinaria no recibe pulimento: de ella, ni el mayor artista ni un mágico divino podría hacer la sombra de Dios; y cuando una alma no se presta para que de ella saquemos la sombra de Dios, es seguro que El la ha dejado de su mano. En medio de la servidumbre, ¿qué sabiduría?; en medio de la oscuridad, ¿qué luces?; en medio de los vicios, ¿qué virtudes? La esclavitud es un vicio, alto, profundo, espantoso: es el conjunto de los vicios, la madre de ellos, en cuyo seno pestilente se ahogan las facultades del hombre, y se borra y desvanece la imagen del Criador. Uno de los atributos del Infinito es la libertad; si El nos hizo a su semejanza, ¿no es claro que somos libres?; y los que subvierten sus leyes y van contra la corriente de su bondad, ¿no es claro que son impíos?

Pueblo, la libertad que sale de la jurisdicción de las virtudes, es licencia, o lo que suena peor, otra esclavitud. El crimen es amo cruel, el vicio ruin; los que a ellos viven sujetos, son esclavos; esclavos tristes aborrecidos. Sed li-

bres, pero no lo seáis fuera de las virtudes: el que se aparta de ellas anda lejos de la felicidad; ¿ni qué felicidad sin honra?, y sin honra ¿cuándo será posible la gloria?

Las cosas buenas, las grandes, forman una cadena de ensortijamiento maravilloso: una virtud viene tras otra, una acción noble arrastra una sublime, por ese magnetismo divino, que obrando sobre el mundo, atrae lo que debe estar unido, y compone de este modo la presea gigantesca que hemos llamado cadena de las virtudes. Cadena pura, cadena hermosa que se desenvuelve a la vista de Dios, y extendiéndose por más allá del mundo, va a resonar cual música de ensueños celestiales por los ámbitos de la eternidad de gloria.

Los vicios componen asimismo una cadena; ésta es pesada, negra: sus eslabones están siempre orinecidos, crujen sordos y desapacibles cuando se mueve y se estira en curvas siniestras, cual serpiente monstruosa del infierno. De ella tira el demonio, con ella mueve esta máquina aterrante en que andan girando los que aquí llamamos inicuos y malvados, y allá se llaman réprobos.

Pueblo, la libertad preciosa, la libertad amable es la honesta, la modesta. Para que ella sea el bien a que han de propender las naciones, preciso es que esté iluminada por los resplandores de la civilización, santificada por virtudes filosóficas y cristianas. Insolencia, exigencias indebidas, abusos no son parte de la libertad bienchora, la santa. La libertad no es un bien sino cuando trae consigo la felicidad; ¿y qué felicidad, ruégoos, en el desorden y la práctica de los vicios? Pueblo, sed libre, pero no más de lo preciso. La obediencia necesaria digna; la obediencia a la ley razonable y voluntariamente jurada, es el límite de la libertad bien entendida. El que hace pie contra los conciertos y disposiciones de la asociación general, quebrantando las leyes y abusando de sus derechos, no es hombre libre, mas aun esclavo de sus pasiones. Pueblo, sed libre tirando siempre al bien común, propendiendo de continuo a levantaros más y más por medio del trabajo y el cultivo de la razón y el corazón. Los hombres distinguidos por la inteligencia y la sabiduría son vuestros maestros naturales: seguidles, oídles: el que oye al perverso, queda sordo a la voz de la virtud; el que sigue al inicuo, se va camino de la condenación.

No ha mucho tiempo un pueblo que quería ser libre más de lo preciso, se irguió enfurecido, y sacudió en el aire cien cabezas. En la una mano el hacha de la revolución, en la otra la tea del incendiario, cote a los palacios de los reyes, y los convierte en cenizas. Los templos son el despojo de su guerra, los sacerdotes las víctimas de su cólera. Sangre inunda las ciudades; llamas estupendas se levantan hasta el cielo pregonando la locura de los hombres. El orden, encarnado en un anciano, alza la espada de la ley, y las cabezas de la hidra caen, y no se reproducen. El pueblo desaforado, el pueblo loco ha perecido; el pueblo cuerdo, el pueblo justo permanece. Pueblo, sed cuerdo y justo: justicia y cordura son la vida; y el consejo de los varones de virtud, la sabiduría de los pueblos. El apólogo del viejo Agripa encierra la lección que no olvidan los pueblos de buena índole.

LECCIONES AL PUEBLO

Quito, lunes 7 agosto de 1876

ENTRE LAS sectas en que se halla dividida la religión cristiana, hay una que profesa este principio: Trabajar es alabar a Dios: *Laborare est orare*. Ocupados de continuo en el trabajo, alaban a Dios continuamente esos hijos de Jesús que, si no le imitan de todo en todo, procuran imitarle en la humildad y la pureza de vida. Imitar a Jesús, ¿quién lo podría? Ese modelo es para visto y admirado, no para reproducido: el mérito de los buenos será tanto mayor, cuanto más se aproximen a él en sus acciones. Por el amor, su corazón es más que humano: ama, y diviniza al objeto de su predilección. ¿Predilección he dicho? A nadie prefiere Jesucristo, cuando todos son de su gremio merecen por la virtudes su cariño. El amor de Dios, el que El nos tiene, es llama de fuego eterno que destruye hasta las cenizas de lo malo, y nos deja livianos, puros, invisibles; espíritus adheridos a la inmortalidad, a pesar de esta armazón mezquina y deleznable que llamamos cuerpo. Cuando él se cae en pedazos y se convierte en tierra, obrando el fluido poderoso de la sepultura, ya el hombre justo ha devorado santamente una eternidad de gloria.

Por el amor, Jesús diviniza a los buenos; por la caridad, da vista a los ciegos, oído a los sordos, movimiento a los tullidos. ¿Qué ser extraordinario es ése cuya mirada está rompiendo las oscuras regiones de la muerte e ingiriendo vida en un difunto? “¡Oh tú, que duermes el sueño eterno, despierta, levántate!” “¡Señor, me llamáis? Aquí estoy”, responde el difunto, y se levanta lleno de vida y amor. Jesús, por la caridad, resucita muertos.

Por la mansedumbre vuelve santos a los pecadores, humedece con lágrimas celestiales los ojos enjutos de vicio, y cura ese horrible mal de la prostitución sin más que una sonrisa: sonrisa de lástima, de benevolencia, de promesa: sonrisa milagrosa, sonrisa eterna, que formándose de un rayo de luz en el seno de la gloria, atraviesa invisible el universo, y viene a estamparse en los labios del que sonrío y con ella hace virtudes.

Por la terneza, se infantiliza, en cierto modo. Con los ancianos anciano, con los niños niño: ámales por menor, a proporción de la correspondencia; pero ese amor de menor cuantía les vuelve grandes a ellos, y les da cordura y juicio con los cuales miden el mundo de gratitud que deben a ése que les acatía.

Por la humildad, vuelve inmortales a los que alcanzan sus servicios. ¿Cuán limpios, sanos, ligeros no serán los pies lavados por él? ¿A dónde no irá uno, a dónde no llegará con pies así divinizados? Si él me lava los míos, yo me siento con alas: alas de águila que se bota de la cumbre de una montaña, y va disparada como flecha hacia el abismo; que se levanta, y sube como rayo a la bóveda celeste; que rompe el aire, y cruza el mundo de oriente a occidente. Si él me lava los míos, yo me siento con alas: alas de ángel que se presenta en una hermosa rotura del firmamento, y se tira hacia el mundo cargado de las santas órdenes de Dios. Alas de ángel, que vuela cual ave nunca vista, resonando por los aires y dejando tras sí una dulce estela de armonía. Alas de ángel que hacen viento sobre el mundo, y le purifican; que hacen fuego sobre la tierra, y la encienden; que hacen luz, y la iluminan; que hacen sombra, y la sepultan en tinieblas. El ángel del Señor puede todo esto; y los pies lavados por sus manos, son las alas de ese ángel.

¿Quién alcanzaría, pues, a imitar al que por el amor, la mansedumbre, la terneza, la caridad hace cosas tantas y tan grandes? Los que sienten en el pecho más fuerza de virtud, no le imitan; procuran imitarle; y esto es ya lo sumo de la santidad en la humana criatura.

Pueblo, si no podéis imitarle, procuradlo siquiera; si ni esto alcanzan vuestras fuerzas, alabadle con el trabajo. Trabajar es alabar a Dios: *Laborare est orare*. El trabajo tiene cautiva la atención siendo lícita la obra en que estáis ocupado, vuestras potencias se están ejercitando en noble empleo. Vosotros, hijos de la tierra, seres buenos, humildes que os llamáis gañanes; vosotros que la rompéis con la reja del arado y echáis en el surco la simiente de la vida; vosotros que acariciáis la plantita recién nacida, arrimando a sus lados el limo bienhechor, humedeciéndola con un hilo de agua que pasa haciendo la rueda; vosotros que segáis las mieses, mondáis el haza con la barra, hacéis leña con el hacha; vosotros, estáis acaso pensando, cuando dais vuestros golpes sobre el tronco, cuando corréis la hoz, cuando traéis el agua con el azadón; ¿estáis acaso pensando en la manera cómo seduciréis a la mujer de vuestro vecino, cómo hurtaréis la oveja a vuestro amigo, cómo levantaréis una quimera al inocente? No: la imaginación no se corrompe sino en el ocio: el trabajo libra de la muerte, porque libra de los vicios. ¿Sabíais que los vicios son la muerte? La ociosidad es la fragua de los pecados: manos que nada hacen, se están afilando para el robo. La imaginación bien dirigida, obrando bajo el peso santificador de los buenos pensamientos, es la más brillante de las facultades del hombre: corcel lleno de vida y fuerza, que en noble fuego va saltando y haciendo escarceos por vastos y risueños campos, siempre que un bocado de oro asido a riendas de seda le contenga y le guíe blandamente. La imaginación está de continuo trabajando así en las buenas como en las malas obras: en

siendo bueno el objeto, la obra es sublime; en siendo malo, es reprobada. La ociosidad es el lugar desierto adonde se dan cita crímenes y vicios: el trabajo es el padre de las virtudes. Por eso los puritanos siguen esta máxima: *Laborare est orare*. Pueblo, trabajando alabamos a Dios: trabajad y alabadle.

¡Oh vosotros, hombres modestos, útiles, que os llamáis artesanos!, ¿pensáis en mal cuando vuestro cuerpo va y viene sobre el madero, asidos los brazos al cepillo, viendo desaparecer vuestros pies bajo la crespa, olorosa viruta que sobre ellos se amontona? ¿Pensáis en mal cuando estáis levantándoos al firmamento junto con la sagrada torre queva creciendo debajo de vosotros. ¿Pensáis en mal cuando la fragua gime y chispea a vuestra vista, ardiendo colérica en su avidez por devorar el fierro? ¿Pensáis en mal cuando alzáis el martillo tiránico y dais el horrible golpe sobre el demonio que en forma de ascua está aherrojado entre vuestras tenazas? ¿Pensáis en mal cuando aparejáis el telar, cuando hacéis gemir las tijeras en vuestra mano poderosa, cuando el barro va tomando entre vuestros dedos esas formas graciosas y elegantes que imprimís, criadores mortales, a vuestros utensilios? Si sois malos, no lo sois en cuanto trabajáis. Trabajad de día, y el cansancio será fianza de la noche. El sueño es otro salvador, siempre que venga en pos de la tarea. El sueño medido, lícito, necesario, es el amigo más tierno y socorrido que reconocemos: el que está trabajando, no está robando; el que está durmiendo, no está mintiendo ni quitando la mujer al prójimo. Pueblo, trabajad, dormid; todo a su tiempo, todo con medida. Trabajar es alabar a Dios: *laborare est orare*. Trabajad y alabadle. ¿Por qué no sería también alabar a Dios dormir en el seno de la inocencia ese sueño santo, profundo, viajando por cuyas regiones llegamos sin saberlo hasta las puertas de la eternidad, esto es, de la inmortalidad? *Dormire est orare*. Pueblo, dormid cansados del trabajo, dormid santamente, y vuestro sueño os será recibido como una oración hermosa.

¡Oh vosotros, hombres hábiles, admirables, que dais formas humanas, o más bien divinas, a esa piedra agria de genio que decimos mármol!; ¿tenéis acaso el pensamiento puesto en un proyecto de delito, en una bastardía cuando ese cuerpo bruto vuela en astillas por obra del cincel, y va saliendo poco a poco un dios o un hombre grande debajo de vuestras manos? ¿Cuando el triste lienzo empieza a animarse, iluminarse, tocado apenas por ese instrumentito prodigioso que corre a la paleta, mete la cabeza, como el cisne, en esa fuente del ingenio, toma un baño de inspiración, y vuelve a dar sus toques de poesía en las líneas acompasadas que ya están dando importancia a la humilde tela? ¿Cuando los metales preciosos, vueltos amable cera en vuestras manos, cobran vida, sintiéndose animados por el rayo de inteligencia que les habéis puesto de alma en las entrañas? ¿Cuando acomodáis las ruedas debajo de las cuales yace a su pesar el tiempo, sujeto a una pesita ruin que la tiraniza y desmenuza, como burlándose de la cosa mayor y más inexplicable que contiene el universo? Oh vosotros los estatuarios, los pintores, los relojeros, artistas maravillosos que tenéis el pensamiento absorbido por el dios de vuestras artes, el dios del trabajo, vosotros os halláis menos dispuestos al crimen, a los vicios, que esos infortunados cuya ocupación es la ociosidad, cuyo tim-

bre la insignificancia. Miguel Angel, levantando la cúpula de San Pedro, no piensa sino en la inmortalidad: trabaja y alaba a Dios. Rafael Cenzi, pintando la *Transfiguración* en el Vaticano, no piensa sino en la gloria. Trabaja y alaba a Dios. Pueblo, trabajad y alabadle. *Laborare est orare*.

Hubo en la antigüedad un pueblo para quien el trabajo vino a ser cosa imposible, porque había llegado a persuadirse de que él era enemigo de los placeres. Ese pueblo andaba descarriado: sin trabajo no hay placer, sin dolor no hay alegría. Dios ha querido para nuestro bien que del seno de la amargura nazcan las cosas más dulces para nosotros; del seno del trabajo los gustos más cumplidos. El hambre es una de las sensaciones más dolorosas y tristes a que vive sujeta la organización del cuerpo humano; el hambre es un mal, un cruel tormento cuando la extrema la miseria, y viene a convertirse en peligro de muerte; sin este mal, ¿existiría el bien del comer con agrado? Sin este dolor, ¿conoceríamos el placer de satisfacernos frugalmente? Bien así como las pasiones tienen su encadenamiento misterioso, naciendo las buenas de las malas, apoyando las malas a las buenas, así las cosas que parecen divergentes, y aun opuestas, están unidas por eslabones invisibles que rechinan armoniosos donde nadie les oye. El trabajo fatiga: ahora decidme, sin la fatiga, ¿tendríamos idea de ese deleite pacífico que llamamos descanso? Molido el cuerpo, estropeados los huesos, floja y desquiciada la máquina toda, ¡mirad si no es un bien, un gusto indescriptible, tirarse por ahí debajo de un árbol, sobre su hojarasca resonante, y poner el cuello al dulce yugo de ese tirano delicado que descende poco a poco del cielo y nos ciñe la frente con su corona de adormideras! El loto era sagrado entre los antiguos, porque en sus entrañas venía dormido el sueño.

En cierto modo, los sibaritas tenían razón. No, no la tenían: su sueño no era hijo del trabajo; sus placeres no estaban eslabonados con los dolores, siendo como eran casi brutales. Sardanápalo, en medio de su felicidad, no fue feliz ni un instante: “Come, bebe, todo lo demás no es nada”; ¿quién se tendría por dichoso con seguir esta máxima a la letra?

Ese pueblo, digo, había desterrado de la ciudad molestias y dolores, sin dejar en ella sino logros y placeres. El se lo creía así, pero se engañaba por la mitad de la barba. Abolió todo género de oficios que produjesen algún ruido, sin caer en la cuenta de que el martillo dando sobre el yunque, está forjando el sueño: ¿hay soporífero más delicioso y eficaz que un martillo monótono que gime a la distancia en su riña nocturna con el yunque? Pues los sibaritas abolieron la herrería, para dormir con más gusto. Glotones como ellos, no alcanzaban gran cosa de la gaya ciencia.

Abolieron la carpintería, como si hubiera ruido más armonioso y seductor que el de la sierra mordiendo las entrañas de una gruesa viga. Esa culebra de mil dientes es músico divino para los que tienen el oído lleno de poesías. ¿Pues el hacha? Cuando se la oye allá en el monte, cebándose en el árbol con su ferocidad casi meditabunda, le parece a uno que el poema de

las selvas se abre paso por el silencio inmortal de la naturaleza, y da esos gruesos ayes que se estrellan blandamente en el alma del poeta.

Con decir que los sibaritas deterraron al gallo para que no cantara, dicho se está que esos idiotas no temían dar ni tomar con el dios de la melodía. ¿Hay son más grato, suave, misterioso, profundo, conmovedor que el canto de un gallo que rompe la media noche, allá, lejos, muy lejos, de manera que apenas llegue a nuestros oídos desvelados cual nota moribunda de esa entonación que sin saber en dónde eleva el genio de las sombras? Entre las reminiscencias que de repente me hacen estremecer, yo no tengo una más inefable que el canto de un gallo que a las dos de la mañana llegaba a mis oídos cual un delicioso suspiro de la eternidad que se estuviese quejando amorosamente de los rigores del tiempo.

Tonto soy: estas cosas son buenas para dichas donde pueden ser entendidas y sentidas. Vosotros, buena gente, gente honrada, amigos y enemigos, contentaos con saber que los sibaritas desterraron al gallo. Y vos, oh pueblo, sabed que en el martillo, la sierra, os salváis del negro mar de los vicios, porque en los instrumentos del trabajo está obrando de continuo un milagro del cielo, y ellos os sirven de tabla de salvación. Trabajad, salvaos: trabajar es alabar a Dios: *laborare est orare*.

LIBERALES Y CONSERVADORES

Parece invención moderna esto de llamar liberales a los que impulsan al género humano hacia el progreso representado por el adelanto físico y moral, y conservadores a los que se oponen a él, creídos de que cumplen con lo que manda Dios, o cometiendo por malicia el grave error con el cual tanto perjudican a sus semejantes. Empero si los vocablos son modernos, la esencia de la cosa es antigua, y muy antigua. Los sacerdotes de Osiris que en los subterráneos de sus templos estampan el escarabajo sagrado en la lengua del buey Apis, son conservadores. Les importa que el pueblo tenga fe ciega en sus imposturas, y le mantienen religiosamente en el engaño y la ignorancia. ¡Oh vosotros, conservadores de nuestros tiempos!, ¿creéis de buena fe en la divinidad del buey Apis? El dios del Nilo no es el de Abrahán, el de Jacob; no es el de Juan Bautista, el de Jesús; y con todo, los conservadores creen en el dios del Nilo, porque no abrigan duda acerca de lo que les conviene; hay quien dude de lo que necesita, lo que le gusta. Fuerza, poderío, tesoro, triunfos de todo linaje, buena mesa, buena cama; respeto de los humildes, miedo de los ignorantes, amor de las hermosas, ¿a qué ambicioso no le convendrá? El dios del Nilo proporciona todo esto, y es preciso que el pueblo vea en su lengua el sello de la divinidad. En vano piensan algunos que los conservadores no han inventado la pólvora: bobos son, pero no para su negocio.

Thales, Pitágoras y más filósofos, viajeros conversando con los sabios del Egipto, y aventando a dos manos al mundo las verdades aprendidas de esos ancianos misteriosos, son liberales. Liberal es Sócrates, cuando enseña el pro-

greso y la virtud a sus discípulos: los treinta tiranos que le condenan a muerte, porque corrompe, según ellos, a los jóvenes, son conservadores. Están bien hallados con Venus y Mercurio, y castigan rigurosamente al que pone en duda la pluralidad de dioses. Liberal es Platón cuando rompe por la muchedumbre del Olimpo, y a paso largo va y se postra ante el Criador de cielos y tierra, en presencia de Júpiter que le mira asombrado con el rayo muerto en la mano. Los que llaman loco a este filósofo, y le venden como a esclavo, son conservadores.

Tiberio Graco ofreciendo en lo alto del Capitolio la libertad al pueblo, es liberal: los decenviros repartiéndose entre ellos los despojos de Roma; teniendo asida la cadena con que le arrastran por las oscuras regiones de la servidumbre, son conservadores. Estos necesitan un horrible, crimen sublime, crimen santo de un viejo tribuno, para aflojar esos eslabones. Virginia muere a manos de su padre por la honra y la virtud; y el puñal que abre esas entrañas vírgenes restituye la libertad a su patria. La muchacha Virginia y su santo matador son liberales. Liberal es Lucrecia, liberal Junio Bruto; los Tarquinos son conservadores.

En el siglo decimotercio hubo en la ciudad eterna un hijo del pueblo, que habiendo nacido en la furia de la esclavitud, vino por el valor y las virtudes a ser libertador y padre de la patria. Llamábase Rienzi ese plebeyo. Tiemblan los tiranos, los nobles caen de rodillas ante el héroe justiciero. Vicios horrendos, crímenes inauditos ennegrecen la mansión de las virtudes: Rienzi se levanta, sopla sobre los perversos, y todo queda limpio. Robo, prostitución, asesinato, huyen despavoridos, o se encierran y fortifican en sus torres. Rienzi tiene en la diestra la espada de la justicia: juzga y condena; no castiga de mano poderosa. La antigua Roma, la Roma de los grandes hechos, la de Escipión, la de Catón ha resucitado por un instante. Rienzi es liberal.

Los que salen de sus castillos de improviso, cual bocanada pestilente del averno, y le sofocan, y vuelven a la ciudad a vengarse del pueblo, proclamando el imperio del hambre y el azote, son conservadores.

El señor feudal encerrado en su castillo entre murallas de piedra viva, rodeado por defuera de vasallos a quienes manda con el látigo, es el emblema del partido conservador de la edad media. El conde o barón se viste de acero: el arma del enemigo ha de ser el hacha que le rompa los huesos con defensa y todo: la coraza no da paso a la espada; el morrión fornido se ríe del sable. Monta su bridón el caballero, y resonando las piezas de su cuerpo, sale por una puerta que no se abre para otra cosa, en medio de las chispas que sacan de las piedras las herraduras de su feroz caballo. A cuatro pasos de sus posesiones ha dado con la hueste del vecino: estréllanse los dos, combátense, degüéllanse, sin motivo ni declaración de guerra. Cuando la esposa esperaba a su dueño y señor con el fruto de la caza, un fiero jabalí atravesado en las ancas de su cabalgadura, ve entrar un cuerpo humano cruzado en la negra silla. Es su esposo que ha muerto a manos del barón de la montaña.

Los señores feudales eran conservadores; vivían apasionados a sus leyes y costumbres.

Los caballeros andantes que armados de todas armas recorrían el mundo amparando huérfanos, socorriendo viudos y menesterosos, desfaciendo agravios, castigando malandrines y follones, eran liberales. Justicia, generosidad, sacrificio, noble pasión por el progreso humano, esto profesaban esos locos sublimes, que en su tiempo eran muy cuerdos.

Durante las repúblicas de Italia, los güelfos son conservadores, los gibelinos liberales: los güelfos se atienen a la aristocracia de la sangre, y quieren prevalecer por ella; los gibelinos no reconocen más nobleza que la de la honra y de los grandes hechos. Los güelfos le ponen el yugo al pueblo y le declaran esclavo; los gibelinos se lo quitan y le proclaman libre. Los güelfos lo allegan todo para sí, coma o no coma el pueblo; los gibelinos miran por él, le defienden, le protegen. Los güelfos le niegan la instrucción, le abruman con trabajos inmoderados; los gibelinos le enseñan como pueden, le dan tarea medida y razonable. Los güelfos son conservadores, los gibelinos liberales.

Toda innovación es un error, y todo error lleva al infierno, dice el Corán. Mahoma es conservador. Jesús, mandando a sus discípulos a predicar por el mundo las nuevas verdades que él les había enseñado, es liberal. El liberalismo consiste en la ilustración, el progreso humano, y por aquí, en las virtudes; ni puede haberlas en medio de la ignorancia y el estancamiento de las ideas. Aguas que no se mueven se corrompen. Los conservadores beben del Mar Muerto.

El ferrocarril, el telégrafo, la navegación por vapor son liberales. La vida está en el movimiento: la tumba es inmóvil.

Sucedió que el inventor de la locomotora estuviese haciendo sus ensayos por menor en un país de Inglaterra. Acertó a pasar un clérigo presbiteriano, y recibió en la pierna un choque de la maquinilla, que se iba de por sí, rugiendo como enojada con el diablo. *Fugite partem adversam!* exclamó el sacerdote, juzgando que fuese cosa del enemigo malo. Los conservadores hasta ahora tienen el ferrocarril por invento del demonio, y lo que es peor, de los demonios. Su religión es no salir del círculo en donde alcanzan a oler sus narices. Paréceles que un buen cristiano, cristiano viejo, no puede, sin mostrarse antipapista y heresiarca, dejarse arrastrar, subir a bordo de un buque de vapor, y menos ir a esconder la cabeza en las nubes en ese globo encantado a quien espolea un braserillo. No, señor: un católico a lo Fernando VII ha de andar en mula, con su buen jaquimón de chapas de plata, petral, retranca y tapanca de borlas coloradas. Y el sombrero es pequeñito en gracia de Dios: bajo su ala puede sestear un rebaño, o desollar el lobo media docena de borrachos. El rostro va sujeto a la cabeza con un tercio de sábana: se echa a cuestas dos o tres piezas ridículas de esas que llaman ponchos, y tran tran, se va por esos trigos, muy pagado de sí mismo y de su santa religión. ¿Pues no la conjuraba a la locomotora aquel buen eclesiástico? El pasado, dice un gran autor aludiendo a este suceso, chocaba con el porvenir. Y bramaba de cólera y despecho, agregamos nosotros.

Stephenson es liberal; el clérigo presbiteriano, conservador.

Sabido es que los conservadores de las selvas americanas persiguen tenazmente la electricidad que vuela por sus negros hilos a lo largo del desierto. Los Estados Unidos les aterran con la muerte o les aplacan por medio de regalos, para que no rompan los hilos telegráficos ni corten los rieles del ferrocarril del Pacífico. ¡Quién lo creyera!; hemos visto en algunas naciones de América al partido conservador oponerse tenazmente a los proyectos de ferrocarriles, y empeñarse en manifestar, no solamente lo inútil, sino también lo perjudicial de estas empresas! El Gobierno inglés, mandando el partido conservador con Palmerston o con Derby, hizo una guerra cruda al proyecto de Fernando Lesseps, que hoy es una de las obras mayores y más admirables de los tiempos modernos. El virrey de Egipto, bárbaro generoso que civiliza las pirámides y llueve sobre la ardiente arena, no disimula su apego a la civilización europea ni sus simpatías por el partido liberal. Los conservadores de Persia se han opuesto con amenazas terribles a que el sha introduzca en el imperio las reformas que le hubieran sacado de la barbarie, y enviado un magnífico saludo al gran Ciro en sus palacios de la eternidad.

Los sesudos, los conservadores de Francia, echaron a pasear a Fulton, cuando se presentó con el proyecto de la navegación por vapor en la mano. Dijeron lo que el profeta: Toda innovación es un error, y todo error lleva al infierno. Temieron los sesudos irse a los infiernos más prontito de lo que se habían de ir en sus pontones carcomidos, lepra de los puertos. Fulton, Samuel Morse, Sirus Field, todo el que se mueve, se agita, discurre, imagina, crea, da vida y poder al mundo, corriendo en uno como frenesí bienhechor, impedido por el espíritu de la perfectibilidad humana, todos son liberales. La esencia del liberalismo es el movimiento. El liberalismo devora mares y ríos; rompe las entrañas de los montes, y pasa de una nación a otra en un instante; dos minutos necesita para comunicar al mundo entero lo que ocurre en un lugar, y está ya en camino de adueñarse del reino de la atmósfera, en su flujo por conocer y averiguarlo todo. El dios de los conservadores es un gigante sin pies, que está sentado en el centro ed un profundo valle. Semejante a Visnú, el genio de las pagodas de la India, carece de la facultad del movimiento; no se mueve, y tiene crispadura de nervios cuando ve encumbrarse el águila o dispararse enardecido el león del hosco monte a la llanura. Gigante perpetuamente hambreado, su mesa es el patíbulo; vive de carne humana; la pena de muerte el renglón que le sustenta, y no le harta; él quisiera matar dos veces a sus víctimas, y comérselas dos veces. No se mueve, y es temible; allana el hogar doméstico arrastrándose; la inviolabilidad del domicilio es una burla para él. No se mueve, y nadie puede huír de sus garras; todos son sus tributarios. No se mueve; mas con sus ojos inmovibles escudriña, no solamente las acciones, sino también los pensamientos de sus esclavos. No se mueve; mas el prestigio infernal que se levanta de su cuerpo entorpece aun a los que andan lejos, les atrae, les echa como muertos a sus plantas. El dios de los conservadores es terrible; ve tinieblas, oye silencio fatídico, huele azufre, gusta sangre, se la bebe, se emborracha con ella, y salta sin pies en satánica alegría.

Don Alfonso el Sabio fue liberal; con la vista fija en el porvenir, daba trancadas descomunales, cuatro siglos adelante de sus contemporáneos. Enrique IV era liberal; Enrique, el mayor, el mejor de los reyes de Francia; uno de los pocos que han alcanzado el cariño de sus súbditos, la admiración de cuantas son las gentes. Los que le quitaron la vida fueron conservadores, católicos, apostólicos, romanos. Carlos IX, el de la jornada de San Bartolomé; Fernando VII, el restaurador de la inquisición, conservadores.

El liberalismo anda soplando por el mundo en forma de viento fresco y oloroso; de cuando en cuando cobra proporciones de huracán, y se precipita sobre los pueblos echando por tierra furiosamente los alcázares del fanatismo y la tiranía. La Bastilla, esa cárcel estupenda donde yacen encarceladas libertad, dignidad humana, facultades del hombre, tiembla sobre sus cimientos de granito, y se viene al suelo un día de tormenta.

El príncipe de Bismarck, enemigo mortal de los católicos; ése a quien estos caritativos cristianos tienen destinado para las llamas infernales, es conservador; conservador a todo trance; conservador irreconciliable con los pueblos libres; de esos que sostienen el derecho divino de los reyes, y aparentan creer en la predestinación de los tiranos y sus víctimas. Para que se vea si ser conservador y católico, liberal y disidente son una misma cosa. El liberalismo es el principio de la salud; Nicolás, emperador de Rusia, mandó a su heredero en artículo de muerte, que no diese libertad a los siervos, ni hiciese la paz con las naciones con las cuales murió en guerra. Alejandro hizo la paz, y ha dado libertad a los hijos del terruño. Nicolás era conservador, Alejandro propende al liberalismo.

Los españoles, liberales en España, combaten la esclavitud por la imprenta, en la tribuna; cuando hacen oraciones remiradas acerca de la libertad de Cuba, son conservadores, y no lo niegan. Castelar dijo que primero era español que republicano; y por tanto sostuvo la servidumbre perpetua de la isla. Castelar, enemigo de la libertad de Cuba, es conservador; abogado de los sanos principios, en teoría, es liberal. No hay a quien no le suene bien esta palabra; todos los hombres de talento quieren ser liberales; si a su negocio conviene que sean lo contrario, lo son, sin dejar de adornarse por escrito con ese hermoso nombre. Distinguid, ruégoos; una es la mala fe, y otros los principios mismos. No digo que la inteligencia, la sabiduría, el don de progreso sean patrimonio exclusivo de los liberales en el mundo; ¡cómo lo diría sin acreditar-me de necio! Entre los hombres grandes, los hay que son conservadores; pero ellos se atienen a la esencia de la cosa, no a los términos vagos; a la sustancia, no a la zupia; Guizot, Thiers han sido siempre liberales en ideas; cuando fueron conservadores, no lo fueron sino de partido. Pero ni esto le ha gustado al fin a este admirable viejo, y hoy tiene a gloria llamarse liberal, cabeza y guía del gran partido francés republicano. Luis Veuillot es conservador; ¿no es lástima que el ingenio de ese camandulero se desagüe por el canal del fanatismo? Veuillot es uno como De Maistre, menos sanguinario, pero más tenebroso. Los pueblos no tienen derecho ni facultades; todo sale de Roma, todo va a dar a Roma. Una ocasión que este desafortado papista había recibido

de Su Santidad una reprimenda, a causa de sus exageraciones curiales, se puso rostrituerto y desabrído. Los periódicos burlescos de París publicaron entonces una caricatura, que consistía en un Monsieur Veuillot entregando su delantal al papa como quien deja la cocina.

No sabemos qué influjo misterioso tiene este que se llama partido liberal, para que en el día esté predominando en casi todo el mundo civilizado, a pesar de la oposición formidable que le hacen el Vaticano y sus ejércitos; el hecho es que predomina, en Europa mismo. El Asia, el Africa son todavía conservadoras; los cuero-colorado o *peau rouge*, los esquimales lo son también en América. Estos sabios profesan también el principio del Corán: Toda innovación es un error, y todo error lleva al infierno. Francia, Inglaterra, Italia, gran parte de España, como naciones son liberales. Prusia, enemiga del papa; la Sublime Puerta, son conservadoras. En Sud-América no hay sino un oscuro rincón, este que Humboldt llamó "el templo de la luz", que viva bajo el yugo de los principios conservadores; esto es, bajo el poder del verdugo, material y formalmente. Todas las demás repúblicas son liberales por inclinación y por institución, inclusive Chile, la cual, según las reformas que tiene entre manos, lo será por completo no muy tarde; reformas que constituyen los derechos y los deberes del siglo decimonono.

Que no me he propuesto hablar de los conservadores y los liberales de la tierra, lo habéis visto, compatriotas. Pueblo envejecido bajo el régimen del látigo, no tiene derecho a llamarse conservador ni liberal. Los que, mientras vosotros estábais de barriga, andábamos la frente erguida, respirando con abiertas fauces aires libres y salubres, podemos hablar de estas cosas, porque nos hallamos en posesión de distinguirlas. ¿Tenéis realmente idea de los principios, oh vosotros, los ajusticiadores y los ajusticiados de García Moreno? ¿profesáis alguno de ellos de buena fe, por convencimiento? Yo pienso que no. Y me fundo en que un liberal se vuelve conservador de la noche a la mañana, como consigo atrapar un emplello; y un conservador se convierte en liberal furioso, si el Gobierno se lo quita. No es puramente asunto de palabras, como oigo cada día; es más asunto de pan y carne; *Panis et circencis*. Las excepciones quedan en pie, sin que les toque mi viento; son palmas hermosas y solitarias que se elevan en un desierto; tristes, pero majestuosas. Buenos amigos, ahorremos las injurias; yo no quiero deprimir a nadie; lo que trato es ilustraros, ilustrándome yo mismo.

He dicho.

Guayaquil, 7 de setiembre de 1876

Los días en que los pueblos hacen esas manifestaciones grandes y ruidosas donde sale resonando de mil pechos este vocablo santo: “¡Libertad! ¡libertad!” son días de la patria; días luminosos, propicios, señalados en el calendario de las naciones como el equinoccio que hace temblar a los tiranos, subiendo desmedidamente la temperatura de las pasiones que vuelven ilustres y felices a los pueblos. Las pasiones no son móviles perniciosos, ni obstáculos para el bien general; las pasiones son la electricidad de la sociedad humana, sin la cual todo sería muerte, por cuanto el calor es la vida del mundo. Amor a la libertad, odio por el despotismo y la tiranía, anhelo por la civilización, todas estas cosas amables y sonoras son las pasiones, sin las cuales no tenemos sino movimientos físicos, que harto nos asemejan a cuerpos sin alma que se mueven como por vía de maquinaria; ese mecanismo tenebroso cuyos resortes conoce el verdugo, y los juega hábilmente en las entrañas de la noche. Las pasiones elevadas, nobles, cuyo fundamento es la virtud, cuyo objeto es el bien del género humano, han de fermentar de continuo en el pecho de los ciudadanos que tienen en algo la importancia del individuo y el decoro de la comunidad. Pueblo sin pasiones ardientes, pueblo esclavo; el fuego es elemento de la libertad; la servidumbre nace del hielo, y con todo es cosa negra, corrompida que apesta al universo. Pueblos, sed apasionados, y viviréis a semejanza del Criador, o moriréis por las grandes ideas y la honra de la patria. Ni Dios gusta del reposo, dicen los poetas; sale a la bóveda celeste, y vuela rompiendo el aire en su carro resonante; se prende de súbito en el horizonte, e ilumina un hemisferio con esa encendida rápida que deslumbra y aterra; levanta las aguas de los mares, y está bramando sublime donde nadie le ve, como el genio del abismo. El movimiento es la vida; ley de la naturaleza. Las aves que vuelan sobre el Mar Muerto caen sin sentido en sus aguas espesas. Pueblos, moveos, moveos de continuo, si no queréis

exhalar esos miasmas envenenados que matan a las aves del Mar Muerto. El movimiento es indispensable para la vida; corren los ríos, corren los vientos; los astros mismos no se detienen un instante, y unos alrededor de otros están formando eternamente ese embolismo grandioso que es el orden perpetuo de la creación. Pueblos, moveos, moveos de continuo a fin de que seáis fuertes en vuestra carrera, y los opresores no os detengan con el dedo la gran rueda en que vais girando y adelantando hacia la perfectibilidad humana. La inteligencia dormida, la mala fe de los hombres aviesos, el error de los pensadores de las sombras, los fines siniestros de los inicuos, los engaños de los pérfidos, los embustes de los indignos tienen por objeto contener a los pueblos que se van camino de la civilización con más ímpetu y acierto del que conviene a sus enemigos. Sus enemigos son los que sacan provecho de la ignorancia; los que se engordan con el aniquilamiento de sus semejantes; los que brillan con resplandores fatuos, al paso que fomentan las tinieblas; los que le ponen redes; los que le sorprenden con imposturas; los que llaman paz la servidumbre, orden la tiranía, progreso el olvido de los principios, religión el provecho personal, amor el odio oculto, patriotismo la codicia; todos éstos son enemigos del pueblo; y cuando el pueblo señala el día de la libertad, el gran día de la redención verdadera, alta y pura, ve sin obstáculos, juzga sin error, obra con tino y grandeza. Los pueblos que se mueven no se corrompen; los que empiezan a moverse, quieren purificarse y correr grandes y majestuosos, a semejanza de los ríos que van hacia los mares frescos y llenos de vida. Pueblo ecuatoriano, el dique de bronce que os había quitado el movimiento, se rompió; y no corréis todavía, ¿cómo es esto? ¿Vuestras aguas se han cuajado de puro espesas y negras? Soltaos, moveos, seguid, corred grande y sublime por el campo de la libertad y la civilización. Vosotros, guayaquileños, pueblo de valientes, cuyas páginas son de oro en el libro de la patria, habéis dado ya un impulso poderoso al movimiento con que ha de salir la República de esta inercia que la infama. Mil, dos mil, cuatro mil ciudadanos reunidos en una casa, una calle, son el trueno que precede a la tormenta. Cuando de millares de bocas sale a un mismo tiempo esta palabra: ¡Libertad! preciso es que ese pueblo sea libre y grande. Guayaquileños, pueblo de valientes, sed también pueblo de experimentados, de avisados. Los pueblos torpes son tan despreciables como los cobardes; vosotros, guayaquileños, que no sois ni torpes ni cobardes, haced de modo que vuestra obra sea digna de un pueblo sabio. No quiero hablar de mí, porque mi modesta persona desaparece atrás de esta noble figura que tarde o temprano hemos de poner de pie: la libertad. La gran demostración que acabáis de hacer; no es al individuo, al escritor simplemente; es al campeón de los derechos de los pueblos, al oficial de la civilización, a la víctima inquebrantable de la tiranía. Os doy las gracias, no a mi nombre, sino a nombre de la patria. Repitamos el grito sublime que anoche llenaba los ámbitos del Guayas; ¡Libertad! ¡libertad!

LA CLASE MILITAR

Quito, martes 16 de octubre de 1877

EN LAS repúblicas sudamericanas la clase militar suele vivir en pugna interminable con la civil y la eclesiástica, prevaleciendo por el sable siempre que la Nación huye de ella vencida e intimidada. La emancipación del Nuevo Mundo les debe mucho a los soldados; pero este recuerdo no puede ser el yugo debajo del cual gimen sin término las demás clases sociales. Militares fueron, por otra parte, en la guerra de la independencia, no solamente los de la profesión, mas aún todos los ciudadanos. Sabido es que los clérigos patriotas no se desdijeron de concurrir muchas veces a los campos de batalla. En cuanto a los civiles, no hubo quien no acudiese a tomar las armas; los estudiantes fueron soldados rasos, los abogados oficiales, los hombres provecos por la edad y las virtudes se convirtieron en jefes y caudillos. La clase militar no ha de tener en cuenta sus servicios a la república; todos la sirvieron según el caudal de sus facultades. ¿Y acaso ellos peleaban como quienes hacían un favor a los demás? Combatieron por motivos propios; las ventajas de la victoria no deben, pues, redundar exclusivamente en provecho de los que siguen su carrera. Puesto punto final a la guerra de la emancipación, los que tenían empuñada la espada fueron dueños de todo; preeminencia justa, si consideramos que esos guerreros sin miedo y sin tacha, semejantes a Bayardo, reunían en sus augustas personas el patriotismo, el valor, la inteligencia; las luces, en una palabra, y las virtudes. ¿Quién sería osado a disputarle el mando a Bolívar? Para soldado, Bolívar fue un sabio. Soldado, no de hecho, sino por principios, supo cuanto debe saber un hombre grande. Filosofía, ciencias políticas, diplomacia, todos los ramos del saber humano estaban dentro de la jurisdicción de su vasta capacidad intelectual. La espada no fue en Bolívar el primer título a la consideración de los sudamericanos; como guerrero, infunde miedo; como hombre de estudios, admira; como orador, conmueve; como escritor, cautiva; como libertador, tiene derecho a la veneración del Nue-

vo Mundo. Simón Bolívar, el hombre más completo que ha producido la raza hispanoamericana, debe ser un ejemplar sagrado para los que ansían la preponderancia en la república. Bolívar tiene en mucho el acero; pero lo tiene echado humildemente a los pies de su inteligencia. Los valerosos a lo tigre no pasan de la nombradía de Farfán. Ningún soldado más pujante, más audaz, más impertérrito, más temible que este hijo de la fuerza. Farfán hace prodigios en el campo de batalla; miedo, no lo conoce; todo lo acomete, nada le resiste. Farfán muere en el olvido; la falta de inteligencia le roba la inmortalidad; no le resucitamos sino para matar la fuerza bruta. El valor, virtud tan respetable, no vive para la gloria, a menos que no implore el auxilio del estudio. Los héroes, los grandes capitanes van pasando de siglo en siglo al mundo de la fama guiados por esa antorcha mágica que la diosa de la sabiduría lleva delante de ellos. La gloria es un universo poco poblado; a él llegan los hombres que cultivan relaciones secretas con los espíritus eternos; el que camina precedido por el dios de la luz, ése es el grande, ése es el genio. Hombre grande no puede haber si no concurren en él las luces y las virtudes. Soldados, oh soldados, no basta que empuñéis espada de oro; preciso es que os guíe esa lumbre celestial, que cuando toma cuerpo hermoso suele llamarse genio. Inteligencia, estudio, fuerte propensión a lo justo, lo grande; valor, pundonor, audacia, voluntad soberana, ímpetu y buena fortuna, todo reunido en miembros de gigante, esto se llama genio. ¿Pensáis que César vive después de muerto, solamente por la fuerza de su brazo? Julio César, en medio de la guerra, tuvo comodidad hasta para ser científico; reformó el calendario; obra romana que vive todavía. Cicerón le había ofendido en un libro acerca de Catón; César no le hizo prender, no le sepultó en prisiones, no le mandó al destierro; escribió el *Anti-Catón*, y venció por la elocuencia. Soldados, sed rayos en la guerra, como César; pero si no escribís, si no habláis como él, no seréis hombre de genio. Los grandes capitanes todos han sido al propio tiempo grandes hombres. Jenofonte, dueño de una de las hazañas antiguas más sorprendentes, más hermosas, fue el escritor más remirado y ameno de los griegos. El mismo César, vencedor del gran Pompeyo, escribió sus *Comentarios*, monumento precioso de las buenas letras de Roma. En los tiempos modernos, Cromwell, prodigio de sagacidad y buena fortuna en la guerra, ha sido el hombre más entregado al estudio y la meditación. Bonaparte sabe todo, es varón completo; filósofo, escritor, estadista, diplomático, su pluma se hombrera con su espada. Sabido es que entre los libros que llevaba consigo cuando salía a los combates, las obras de Homero iban juntas con las de Bernardino de Saint-Pierre; los dioses al lado de los mortales, los héroes al lado de los niños enamorados; Pablo y Virginia sestean seguros a la sombra de Ajax y el hijo de Peleo. Napoleón hubiera tenido por pobre y triste su diadema sin las preseas de las humanidades. Palas anda de arriba abajo en la *Iliada*; pero sin Venus no hubiera *Eneida*. Amor, valor, sabiduría, éstas son las tres almas de Minerva. Si pueden más con nosotros los ejemplos familiares, ahí está Sucre, dechado de virtudes; ahí está Páez, que pulió su áspera corteza de llanero con ese mágico instrumento que se llama educación. Páez, el hijo del Apure, el padre

de la lanza, sacó de su corona una rama de laurel, y la convirtió en pluma bien cortada. Si salimos del Nuevo Mundo, hallamos sabios en todos los capitanes afamados de Europa. Garibaldi, ese como Roldán antiguo, pronuncia discursos, da a la estampa libros de todo género. Von Moltke es autor de primera clase; el general Trochu, gobernador de París durante el sitio, es uno de los escritores científicos más autorizados. Entre los periodistas franceses, Saint-Genest, redactor de *El Figaro*, pasa por uno de los más hábiles, siendo al propio tiempo uno de los oficiales más valientes del ejército. La guerra es una ciencia; sin estudio, no hay adquirirla. Entre nosotros, la sabiduría no entra en la morada de los militares; al estudio le echan a empujones. La carrera militar, en pueblos grandes, es la más ilustre: a ella entran los nobles; para entrar a ella se ha menester escuela, colegio, exámenes, premios honoríficos, medallas excelsas. Un oficial, en Europa, no tiene derecho de ir al campo de batalla si no pasa por las aulas: en la frontera está de pie, adusto, severo pero hermoso, el genio de la guerra: los que van en defensa de la patria, han de poner en sus manos el certificado de la madre ciencia. Este es el modo.

Andando yo una vez por los alrededores de una casa de campo, me columbró desde lejos el dueño de ella, y se vino para mí. Dios sabe si venía con las manos vacías. Nos tiramos debajo de un árbol frondoso, y el amigo, coronel efectivo del ejército, se puso a regalarme con la lectura de varios poemas a lo Byron, en uno de los cuales figuraba, por más señas, un Mauti el Bubuna, personaje más sombrío que Manfredo. Julio Zaldumbide me ha contado que a él también le leyó una ocasión una tragedia titulada "Masinisa". Si las obras fueron maestras, no sé; mas no puedo dejar de aplaudir en ese militar su aplicación a la lectura y la escritura. Las dotes naturales de los sudamericanos nadie ha puesto en duda: inteligencia, no les falta; valor, les sobra: educación es lo que necesitan. La desgracia de nuestros militares es que su carrera ha venido a ser mecánica, dejando de ser científica. Ellos no tienen la culpa. ¿Cuántos de estos gallardos oficiales no tratarían de emular a los generales de la primera república francesa, si tuvieran colegios, estímulos, recompensas, oportunidades? Un buen legislador, un buen gobernante harán suyo el empeño de dar realce y timbre a la clase militar, proporcionándole medios de estudio y aprendizaje. La tela es buena; preciso es que el bordado sea superior. Jefes y oficiales hay muy distinguidos; las cortan en el aire en esto del hablar culto. Pero sus conocimientos los deben a esfuerzos personales; lo que importa es generalizar la educación de los militares por medio de sabias disposiciones. Dos soldados se han presentado en mi casa con el morrión en la mano, y en delicada manera me han pedido "El Regenarador". Este es el caso que me convida a escribir el presente artículo. El que infunda en los nuestros el alma del soldado francés, ése será el benemérito de la patria. ¿Cuántos alferoces no he visto yo de brazo por las calles con duques y marqueses, con autores ilustres y hombres grandes? Esos alferoces son jóvenes cultos, instruidos, llenos de méritos, amigos y, si es posible, protectores de los que no ciñen espada. Para que la fuerza sea un poder bienhechor, preciso es que esté girando eternamente por la órbita de la luz, y pase por esas constelaciones celestiales

que se llaman filosofía, moral, política, diplomacia, legislación y más signos en que se halla dividida la esfera del saber humano.

DEFECTOS DE NUESTRA RAZA

Un viajero de mucho nombre se anduvo por Sud-América buenos años, viéndola de arriba abajo, observándola con anteojo de graduación, de tal suerte y con tal prolijidad, que si no le midió las arrugas, porque aún no es vieja, le contó las pecas y los hoyos de la cara. Vuelto a su tierra, el sabio dio a la estampa un libro que decía: "En las repúblicas sudamericanas todo es bambolla". ¿Qué tal, vecinos del Rimac? ¿qué tal amigos del Funza? ¿qué tal, hermanos del Guayas y el Machángara? ¿Cómo les queda a ustedes el cuerpo después de esta sentencia de Salomón, este dístico de Homero, este aforismo de Hipócrates, este apotegma de Aristipo, esta *Partida* del rey Alfonso, esta orden del día del Cambronne, esta receta de Moscorroffio? Como les ha de quedar: a los de tierra caliente, sudando y correoso; a los de tierra fría, helado y escamoso, según le tienen por costumbre: el alma, si no es de cántaro, es la que debe sufrir en ustedes una modificación dolorosísima a esta verdad incontestable de aquel tudesco sin entrañas. Los hombres de la Selva Negra, hasta los poetas son observadores y científicos: Goethe escribió un tratado de los colores al propio tiempo que el *Juan Fausto*. No sé si será poeta estotro cimbrío; pero sí sé que no hubo memoria de ministro que no leyese, proyecto de ley que no examinase, empresa que no siguiese punto por punto y cuando se convenció de que nuestros montes, después de bramar como Encélados heridos, no parían sino ratones, se fue a Europa, y en laconismo digno de santa Teresa, dijo: En las repúblicas hispanoamericanas todo es bambolla.

Dicen que los romanos antiguos enviaron una comisión de senadores a recoger las buenas leyes que hallasen por el mundo, a fin de formar un código que abrigase en su seno su futura grandeza. Las Doce Tablas fueron el fruto de ese viaje de legislador. Franceses, ingleses, italianos, en vez de estarse calentando la mollera en sus parlamentos, y dándose de las astas sobre cuáles son las mejores leyes, deberían mandar comisiones al Perú, al Ecuador, a Colombia, y aun a Chile, en donde recogieran a dos manos leyes como diamantes de Pernambuco, gruesos, puros, admirables. Para leyes sabias, generosas, aquí estamos nosotros: libertad de imprenta, garantías individuales, derecho irrestricto de sufragio, maravillas. Escribe uno cuatro disparates llenos de justicia; ¡pau! venga usted, so pícaro: ¿conque se pone a escribir contra el gobierno? ¿no sabe usted que estamos en plena regeneración?

Independencia de los poderes, tolerancia, liberalismo ilustrado: llega el cumpleaños del presidente, del ministro, del archivero; ¡hola, clérigos! a repicar las campanas, a cantar *Te Deum*, o vean lo que se hacen. Cae el día de San Crispín, de Santa Rita; allá van notas del obispo, del vicario al gobierno sobre que haya salvas, sobre que asistan los empleados, sobre que la Iglesia necesita una subvención para las fiestas. No hay cosas más entremetidas una

con otra que la Iglesia y el Gobierno: le ocurre a éste necesidad de la cruz alta, el hisopo, las andas; ahí está ésa para contestar que nada tiene que ver con ella el poder civil. Si no le piden la cruz alta, el hisopo, las andas, pone la Iglesia el grito en el cielo, llama impío al Gobierno, fulmina excomunión "latæ sententiæ," cita el canon *siquis suadente diábolu*. El Gobierno por su parte no se mete en las ritualidades eclesiásticas, ni ha menester las campanas para maldita de Dios la cosa: hagan los frailes lo que quieran en su iglesia, y lo que no quieran no hagan; pero tengan mucho cuidado con sus rentas, si no repican como unos Cuasimodos el día aniversario de la revolución que hicimos contra su partido. Es de ver la furia con que nuestros prelados vuelven por su independencia, al mismo tiempo que no quieren pasar un santo sin hacerle cargar las andas al Gobierno. Se muere un fraile; pague usted los derechos. Se huye una monja; mande usted una escolta tras ella. Los pobres cañones son los que pagan el pato: toma el hábito un ocioso, los cañones; se ordena un monigote, los cañones; profesa una novicia, los cañones; vuelve el obispo de un paseo, los cañones; hace un milagro una beata, los cañones: no le hace daño al cura la morcilla que cenó con mucho miedo, los cañones. Dios le dé a mi amigo Veintemilla el corazón de no pedir ametralladoras a Francia, porque los clérigos, a fuer de independientes, no han de querer hacer nada sin ametralladoras, y nos han de estar ametrallando el alma de día y noche. ¿Por qué no siguen estos demonios el ejemplo del gobierno liberal, que no les molesta en lo más mínimo ni se mete con ellos para nada? Entra a la capital una partida de milicianos de poncho, las campanas. Tenemos ministro nuevo, subsecretario de repuesto, las campanas. El teniente Alifanfarrón de Trapobana ha sido ascendido a brigadier, las campanas. Se casa la hija del cabo segundo Calmenares, las campanas. Llega una recua de pertrechos, las campanas. *De profundis*, aunque nadie se haya muerto; encuentro eclesiástico de orden de gobierno, aun cuando no venga N^o S^o del Puinche. *Te Deum*, aun cuando no haya emperador que coronar. El uno con las campanas, la otra con los cañones, la Iglesia y el Estado cultivan las más fraternales relaciones y hacen perpetuamente la felicidad de la República. Entretanto es de oír con la gracia que cada uno sostiene sus derechos, protestando su prescindencia en los asuntos de la parte contraria. Si mi alemán, el de la bombolla, estuviera presente, aquí le diera yo un ósculo de amor.

En cuanto a progresos, vamos a punto el postre con nuestros vecinos del Carchi y del Macará: ferrocarriles a la luna, telégrafos a las siete cabrillas, carreteras a la vía láctea. Los franceses y los italianos han perforado los Alpes, viajan por las entrañas de los montes del uno al otro reino: nosotros les vamos a destripar a los Andes; saldremos del uno al otro océano en monitores de guerra. Entretanto Dios sabe si es flaca, desvencijada, lerda, garrapata y muerta de hambre la mula en que vamos cojín cojeando por esas cuestras y esos llanos, con más zamarros que un vaquero del Pedregal, y más corbata que un prior de Santo Domingo. Ciencias morales y políticas, hacienda pública, religión son cosas nuestras; son *nuestro hombre*, como dicen en el Sena. Acuérdome haber leído con más gusto que el *Quijote* una carta de doscientas páginas

que un ministro de García Moreno había dirigido a Pío IX. Las más cultas naciones de Europa no habían dado, según ella, pasos tan largos en el campo de las ciencias como nuestro gracioso Ecuador: colegios a celemines; escuelas politécnicas, planteles de sabiduría, fundaciones de caridad, casas de religión; inclusas, hospicios, hospitales, conventos, monasterios, capillas; oratorios, observatorios, conservatorios y reclinatorios; rosarios, vicarios y canarios; monjas, lonjas y esponjas; frailes y frailejones, canónigos y hongos; plegarias y boticarias; capuchinos y cachupines, ¿de qué no había, Dios eterno, qué no había traído el invicto, el infatigable don Gabriel! Filósofos, teólogos, matemáticos, oradores, químicos, músicos, sacapotras, argonautas, prestidigitadores, volutiaeros, titiriteros, ventrílocuos; sabios de todo linaje, héroes de todas dimensiones, no tenía ya donde guardar ese grande hombre. Y esa epístola papal concluía con esta firma pontifical:

Quien tú ya sabes, Javier León

Los hijos a los padres, los nietos a los abuelos, los chicos a los grandes, los criados a los amos, los jóvenes a los viejos (y aun a las viejas), los militares a los civiles, a todos he oído tutear en este tiempo de tuteo general; pero hasta la edad que tengo no había oído a un ministro tutear el papa. ¡Y qué tuteo! Quien tú ya sabes... Así firman los jaques en Andalucía cuando escriben a sus coimas.

Esta es la bambolla de la sabiduría; ¿ahora qué dijera nuestro teutón de la bambolla de los derechos sociales? Notas, circulares, oficios del gobierno acerca de recomendar plena libertad en el sufragio: los jefes civiles y militares de las provincias contestan de este modo: "Tengo el honor de ofrecer al supremo gobierno que ganaré las elecciones a patadas"; "Tengo la satisfacción de comprometerme con el supremo gobierno a ganar las elecciones a palos"; "Tengo gloria de prometer que ganaré las elecciones a balazos". Y lo cumplen. ¡Buen ganar y buenas elecciones! Esto sí que no es bambolla. No vayan ustedes a decir que estoy haciendo cargos a la nación ecuatoriana: las elecciones, en el Perú, son combates donde ocurren muchas muertes; las llevan adelante a sangre y fuego. En Colombia, más orejas caen al suelo que votos en las urnas; y acaba de suceder en la más ordenada y pacífica de las repúblicas del Nuevo Mundo, que un zapatero sale de su taller, como iba pasando el más ilustre de los candidatos, y con una horma de botas le saluda de manera de abrirle un jeme de cabeza. ¡Y digan los alemanes que en las repúblicas hispanoamericanas todo es bambolla!

LA INTERVENCION ARMADA

Quito, jueves 20 de diciembre de 1877

HEMOS llegado por fin al último grado de miseria y desventura a que suelen llegar los pueblos que van apurando las desgracias anexas a las humanas sociedades. Revoluciones, asesinatos, destierros sin cuento, burla de los derechos sociales, oposición mortal de unos hermanos con otros, desórdenes por todas partes, represiones sangrientas, males son, y grandes: el último de todos es mal y deshonra, mal y vergüenza, mal y amenaza. La intervención extranjera es síntoma de agonía para un pueblo, o principio de un horroroso despotismo que concluye por la ruina de la patria o por la destrucción de los tiranos. El gaucho Rosas fundó la tiranía en Buenos Aires con la muerte de casi todos los hombres de luces y virtudes; pero no la sostuvo por veinte años sino merced a la intervención extranjera. Los gobiernos de Francia y la Gran Bretaña intervinieron, y el opresor sacó provecho de ese acto benévolo de dos naciones tan ilustradas como poderosas: el tirano sobornó a sus representantes, y riéndose de su patria, se burló también de los protectores de ella. Intervención espontánea de los gobiernos filantrópicos y justos en favor de un pueblo impotente contra sus verdugos, hemos visto; aunque la doctrina de la no intervención está prevaleciendo en el derecho de las naciones. El reino de Grecia debe su emancipación y libertad a las potencias europeas que le arrancaron de manos de los turcos; el de Italia debe su unidad a las jornadas de Solferino y Magenta, donde los franceses rompieron las cadenas con que apretaban los austriacos. Estos casos no pueden servir de antecedentes que autoricen el que acaba de ocurrir entre nosotros, por cuanto son de naturalezas distintas. Sabido es que la Santa Alianza fue una alianza diabólica, acto injusto de tres potencias contra la libertad de las naciones, que no merece sino los anatemas de la historia; y la intervención del gobierno francés en favor de los Borbones de España, es la mancha que afea esa grande hermosa figura llamada Chateaubriand. Nada de esto se parece todavía al horrible caso

que es la angustia mortal, el insomnio de todo buen ecuatoriano: una división militar de granadinos ha ocupado la capital de la República; otra se ha detenido en sus umbrales. Como buenos hijos de la patria, como abogados de su independencia, como representantes del pueblo tenemos derecho para dilucidar este triste, negro asunto. Han venido los colombianos como aliados o como enemigos: si como aliados, ¿dónde nuestros agresores? si como enemigos, ¿dónde los hechos de armas con que les hemos obligado a evacuar nuestro territorio? Las alianzas se verifican entre pueblos amigos contra enemigos extranjeros: así la Francia republicana tuvo derecho para buscarlas en toda Europa contra la invasión de los pueblos alemanes. Pero nosotros, en paz con las repúblicas vecinas, con las monarquías europeas, no hemos tenido necesidad de aliados, puesto que no hemos tenido guerra internacional. Como enemigos del Ecuador no han venido tampoco los colombianos: ni disensión, ni guerra; paz con ellos, amistad y armonía; y con todo, ahí están que no acaban de pasar el Carchi hacia Colombia. Si vinieron llamados, fue sin duda en virtud de un pacto con el gobierno del Ecuador; si por su propio impulso, han invadido nuestro territorio en tiempo de paz. La Nación no tiene noticia de tratado ninguno de auxilio con la república vecina; pactos personales y secretos no reconocen los pueblos republicanos; luego si existe un pacto entre los dos gobiernos, los gobernantes de ambos países han faltado a su deber, con grave ofensa de las dos naciones.

El señor don Pedro Carbo, exministro general, me dijo a su paso por el Tunguragua: "Han querido hacerme firmar un convenio secreto de protección mutua entre los partidos triunfantes. Yo me he negado como debía". El de este propósito indigno, este proyecto miserable fue don Venancio Rueda, representante de Colombia en Quito. Discurrió a su modo un contrato leonino, y se empeñó en corromper a un hombre de bien, en oscurecer a un hombre de luces. Semejante clase de contratos no está canonizada por el derecho de gentes, ni los suelen celebrar los partidos para los cuales patriotismo, independencia personal y nacional son puntos de honra. ¿Qué dirían los colombianos si hubiesen visto entrar a Bogotá un ejército de ecuatorianos, en razón de un pacto personal o tratado secreto de su presidente? ¿Qué dirían los peruanos si viesan en el corazón de Lima un ejército de chilenos llamado por Prado para reprimir una revolución interior? Ni a los gobernantes del Perú, ni a los de Colombia les sería bien contado; y los protectores extranjeros no sabrían por dónde volver a de donde hubiesen venido. Aquí tenéis, ecuatorianos, vuestra honra mancillada, vuestra independencia echada por tierra. Mañana subirá al púlpito cualquier fraile subversivo, y predicará un mal sermón contra el gobierno: vengan los colombianos. Mañana disparará un polizone su escopeta en el corral: vengan los colombianos. Mañana gritará un borracho: "¡Viva don Antonio!"; vengan los colombianos. Mañana cantaré un gallo a media noche: vengan los colombianos. Mañana gruñirá un cerdo en su pocilga: vengan los colombianos. Mañana profetizará una beata la muerte del caballero Rosa Cruz de los masones: vengan los colombianos. Mañana le favorecerá una vieja con un alpargatazo al más pintado hereje del gobierno: vengan los co-

lombianos. Mañana le dará un cólico a uno de nuestros ochenta generales: vengan los colombianos. Mañana le estará andando un cientopíes debajo de la peluca a la más radical de nuestras madres de la patria: vengan los colombianos. Mañana se clavará un alfiler en la rodilla la barragana de fray Quintín, sobrina del sargento mayor Gerundio Flautas: vengan los colombianos. Mañana se meterá por la ventana un pajarito, y picoteará las migas de la mesa del cura de Santa Prisca: vengan los colombianos. Mañana dará un estornudo en su oficina un empleado, y se le colgará en la nariz uno como de pavo: vengan los colombianos. Y los colombianitos allí prontos para acudir al peligro del partido liberal. ¿Qué nación es ésta? ¿qué república? En cuanto a la honra militar, respondan los generales que tienen necesidad de ejércitos extranjeros para prevalecer sobre los enemigos interiores. El jefe supremo ha calificado de *montonera* ruín la invasión del pobre Yépez; ¿y para una *montonera* ruín, no solamente se confunde la República, sino también se ha menester protectores armados de otros países, divisiones militares que profanen el suelo sagrado de la patria, pongan en duda la autonomía de este pueblo, y nos dejen ardiendo las mejillas de vergüenza? Si han venido los colombianos sin que nadie los hubiese llamado, han debido ser tratados por el Ecuador como agresores injustos, y por Colombia deben serlo como infractores de sus leyes y culpables de desobediencia. Nuestro gobierno, si en algo tiene la honra nacional y la propia, pedirá explicaciones y satisfacciones al de Bogotá; ni el derecho de gentes ha de ser letra muerta en naciones que anhelan por levantarse en alas de la civilización. ¿Nos dejarían los granadinos salir de Bogotá así, tan frescos, si de repente entráramos en tres o cuatro divisiones a esa capital, sin que nadie nos hubiese llamado? Los granadinos se han ido de Quito, no solamente frescos, sino también sin cuidado de que les falten municiones de boca. Esto no puede ser. Alianza de dos partidos contra sus naciones respectivas, no tiene precedentes en el derecho internacional. Guerra civil es la doméstica, esta guerra insensata en que nos rompemos la cabeza puertas adentro, y nos curamos después mutuamente limpiándonos el rostro con pañuelo empapado en lágrimas de arrepentimiento. La guerra civil trae consigo mil desgracias; independencia, pundonor, libertad de todos no corren peligro. Buscar protectores extranjeros contra una revolución, es hacer mil horribles confesiones. Desde luego confesamos nuestra impopularidad; en seguida ponemos de manifiesto nuestra falta de valor; y por último dejamos conocer que la vergüenza no nos sonrosea divinamente el alma. ¿En sus guerras intestinas ha ido nunca ningún partido de Colombia a buscar auxiliares en Venezuela, ha venido a solicitar nuestra intervención armada? Conservadores ni liberales, en el Perú nunca han llamado chilenos contra peruanos: combátense los partidos, vence el más popular o el más valiente; y cuando las fuerzas no le ayudan a uno, cae, sucumbe, y a nadie le ocurre pedir auxilio a nación extraña contra sus propios compatriotas. Al Ecuador le ha cabido esta desgracia. El gobierno del general Veintemilla debe una satisfacción a la República, una explicación al Nuevo Mundo. Este no mirará con indiferencia un acontecimiento inaudito, el cual pudiera servir de antecedente pernicioso, si llegara a suceder que argentinos,

chilenos, peruanos, venezolanos y colombianos perdieran algún día del todo las nobles afecciones del rubor y el pundonor.

El gobierno de Bogotá, si no existe el pacto secreto, sujetará a juicio a los generales que han violado el territorio de una nación amiga; si existe, cae en caso de menos valer, exactamente lo mismo que el del Ecuador, siendo así que nuestras reflexiones respecto del uno corresponden al otro por la misma regla. Los liberales de Colombia, los héroes de Mazinales y los Chancos, fanáticos por el buen nombre de su patria, no vendrían, por mucho que llegaran a envilecerse, a pedir cuatro o seis mil hombres al Ecuador contra los conservadores. Alianza de dos partidos de diferentes países contra los enemigos interiores de cada uno, repetimos, es caso nunca visto ni oído contra el cual protestarán liberales y conservadores de toda la América del Sur. El general Veintemilla va a ser presidente, no hay remedio; ahora vamos a ver, si le da la gana de perpetuarse en el mando, no tendrá sino que dar aviso a los liberales de Colombia para que vengan a supeditar en su favor al pueblo ecuatoriano. ¡Buen papel para una república que se precia de ser la más ilustrada y libre de la América española! Si los auxiliares de Colombia no han sido llamados, como dicen, este caso no puede quedar muerto en el olvido; tras que sería por todo extremo perjudicial la tolerancia, sería también indigna cosa, y merecería la censura de cuantas son las gentes. ¿Con qué derecho hablarán en sus proclamas nuestros gobernantes de libertad, popularidad, seguridad pública, afecto de los pueblos, después que han recibido un ejército extranjero en guerra civil contra unos *miserables montoneros*, como los denominan ellos mismos? El gobierno de la Unión Colombiana está obligado en la ley de justicia, y aun por su propio decoro, a dar una satisfacción al Ecuador. Si existe el pacto secreto del infelice Rueda, debe declararlo roto y caducado hoy en este día. Mátense allá entre liberales y conservadores; aquí haremos lo propio; pero unos y otros respetemos las divinidades de la patria, esos genios invisibles que andan soplando en el pecho el fuego del amor, prendiendo en las mejillas las llamas de la vergüenza.

Los perjuicios que de una manera inevitable hacen ejércitos extranjeros al paso por una nación, prestarían asunto a un escrito especial: los que han hecho las divisiones colombianas que aún no acaban de evacuar nuestro territorio, no seré yo quien lo refiera. Casos lastimosos, casos horribles tocantes a la honra del género humano y a la civilización universal, sobre la ruina casi completa de una rica provincia. Habíanme dicho que Figueredo era joven culto y humano: los héroes nunca son bajos, ladrones ni canallas. Las hazañas de ese muchacho en la guerra no se compadecen con las proezas de sus soldados en los pueblos de Imbabura. Parece increíble que el mismo que se bota sobre las trincheras enemigas con un puñado de valientes, ve morir a todos sus comilitones a su lado, y vuelve a su campo con una bandera enemiga en la mano; parece increíble, digo, que ese mismo sea el que, viniendo como aliado, sale como conquistador, sin dejar aspa de res ni pelo de caballo en toda una provincia amiga. Tancredo, el joven Reinaldo, comunicaban un resplandor di-

vino a sus laureles; y no ha llegado a nuestro conocimiento que Hoche hubiese vuelto suyas las riquezas de la Vandea, ni Marceau hubiese dado la tala a las orillas del Rin. Ser general por los hechos de armas a los veintidós años de edad, es ciertamente levantarse un palmo sobre los mejores; pero sin alma pura y elevada, no puede haber hombre ilustre. Si a los *aliados* tratan de este modo esos guerreros, ¿cómo tratarán a los enemigos? Tengo la satisfacción de pensar y creer que Figueredo no tiene otra culpa sino la de no haber tirado la rienda a sus soldados, y eso quizá porque no lo pudo. Es muy penoso, miran ustedes, esto de ver afeada una hermosa figura militar con las deformidades que apocan más y más hasta a la gente ruin. Preciso es saber lo que es un ejército en tierra extranjera, para contemplar en cuán difícil les hubiera sido a los generales auxiliares contener a semejantes soldados. Los prusianos, cuando salieron de Francia, no dejaron ni clavo ni estaca en la pared: el emperador de Alemania mandó a París, en vía de restitución, un sinnúmero de objetos transportados por su ejército: en cuanto a la deshonra de las mujeres, dijo que no estaba en su mano remediarlo. El general Pedro Marcos de la Rosa es un valiente en cuyo carácter resalta la moderación. Así las notas oficiales de los alcaldes de Imbabura, como las cartas de personas particulares, acreditan que la división de Rosas ha pasado en orden, como gente de bien y pundonor. Es un vivo placer para nosotros el que nada tengamos que decir contra uno de los liberales más distinguidos del Caura y uno de los colombianos más valientes. Conocemos a don Pedro Marcos: el héroe de Silvia no puede echar tierra a su buen nombre. Cuando venga al Ecuador, no en virtud de un pacto secreto, sino como personal particular, verá sí en este país tiene amigos sinceros y afectuosos. Ni Figueredo es culpable, a mi ver, de los desmanes de sus soldados: no hay caudillo poderoso para poner a raya a hombres alimentados con la sangre de cien campos de batalla, para quienes la licencia es de derecho natural mientras corren las aventuras de la guerra. ¡Pero don Ignacio de Veintemilla, el bueno de don Venancio no previeron estas cosas, no meditaron en ellas! El mejor hombre de estado será siempre el que haga a los pueblos la mayor suma de bienes, y aparte de ellos la mayor suma de males posible. Yo sé que me expongo al tercer destierro, o a cosa peor, al expresarme con este desembarazo; mas si no hubiera un ecuatoriano que alzara el pecho gimiendo por estas calamidades, protestando contra estos abusos, todos se hallaran en aptitud de llamarle al Ecuador “pueblo vil”, “pueblo infame”; y lo que también es malo, aunque no peor, “pueblo ignorante”, “pueblo ciego”. Por lo demás, saltando está a la vista que hago mis reflexiones sin cólera ni aborrecimiento, fundándolas en el derecho de las naciones y la honra de los pueblos. Obligación es de todo ciudadano mirar por la cosa pública; y deber de los que tienen voz levantarla hasta el olimpo, si el caso lo requiere. Lástima da ver desvirtuado, desperdiciado el valor de nuestro ejército con estos clamores del miedo, estos ademanes de pedir socorro. Dos mil veteranos que componían la guarnición de Quito hubieran sido suficientes, sin contar con los mil quinientos valerosos tunguraguas, para debelar *la montonera* de Manuel Santiago; digo más, hubieran podido presentarse en Ayacucho y hacer rostro

al rey de España. Mil valientes disciplinados, armados del invencible rémington, leales y poseídos del furor guerrero, se llevan por delante diez mil enemigos agregadizos, no que ochocientos rústicos de palo y cuchillo. ¿No echáis de ver, personajes del gobierno, generales del ejército, cuán grave insulto envuelve esto de venir contra vosotros con cuatro fusiles de piedra, con paños y cuchillos, con apartadores, como si fuerais bueyes? Pues yo castigaría en el tal Manuel Santiago, no la conspiración y la invasión, sino esa desvergüenza. Setenta hombres de línea, a órdenes de dos oficiales heroicos, han bastado para desbaratar y poner en fuga al enemigo. Los cholos de Quito son leones: si vencidos y avergonzados, por falta ha sido siempre de cabos que supiesen su deber. Buen general, buen coronel, buen capitán, y el soldado ecuatoriano puede presentarse en Plevna y darle en qué entender a Osmán Bajá.

LA GUERRA CIVIL

Quito, lunes 7 de enero de 1878

LOS ROMANOS pasaban a cuchillo a todos los prisioneros de guerra, en las civiles; no había cuartel para los compatriotas convertidos en enemigos. Tan gran delito era éste entre esos hombres sabios, que donde los extranjeros merecían perdón, los dueños de casa, fuera de la muerte, no pensaban en otra cosa, si perdían el combate. El derecho de gentes moderno las tiene ordenadas de otro modo: son más justicia, cordura y humanidad, a nadie autoriza para quitar la vida a rendidos ni prisioneros: si éstos son extranjeros, quedan salvos; si compatriotas de los vencedores, salvos quedan. La sabiduría de las naciones será siempre tanto más subida de punto cuanto más acendrado su respeto por la vida humana. Matamos en la guerra puesta la mira en la victoria; alcanzada ésta, no nos es dable destruir al enemigo, porque ya está imposibilitado. Si por vía de pena, no somos jueces; si de mano poderosa, somos bárbaros. Tiranos hay que fundan su poder en el terror: sagrada para éstos, cosa ninguna. El derecho de sangre les pertenece; si alguien viene a disputárselo, todo es ruinas. En pueblos razonables los tiranos no dan la ley por mucho tiempo: tiranía se llama cabalmente la transgresión de las leyes, el abuso de la fuerza en perjuicio de los asociados. Pues, me dirán los partidarios de la mano de hierro, ¿cómo ponemos a raya a los conspiradores y les infundimos ese miedo saludable con que salvamos la República? El terror es ilegal; la rectitud y la justicia girando majestuosas en la órbita de la constitución y las leyes, la salvan como se debe, en paz y amor entre las gentes. Los conspiradores de profesión, esa turba hampesca de la política que busca el cebo de sus vicios en río revuelto; esos pícaros para quienes conspiración es pan, revolución trabajo; a éstos que los cuelguen; nada pierde la República con una baja de cuatro zánganos bribones. Que los cuelgue el verdugo, previa sentencia judicial: de lo que nunca seremos partidarios es de la dictadura cuyo poder se extiende a quitarle a uno de sus haberes y a cavarle la sepultura. Todo poder tiene límite; sólo el de Dios no sufre contrarresto.

Tras la conspiración viene la guerra: mirad esa muchedumbre que se aproxima por allí: mal vestidos, mal armados, se les prende en el pecho la alegría, si han de salir con la victoria; se les caen las alas del corazón, si temen la derrota. Vienen a combatir por la Iglesia, Dios les ha pedido auxilio: cristianos son, y reniegan de Cristo; piadosos, y no tiene término en sus labios el blasfemar impío. Para hombres de bien, patriotas, libres, buenos ciudadanos, allí están ellos: la humanidad, la caridad en ellos, sus víctimas lo están probando; el patriotismo, los extranjeros a quienes han puesto el puñal en la mano, con advertencia de acertarle en el corazón a su querida patria. En cuanto a su amor vehemente por la libertad, ahí están las cadenas que vienen arrastrando para sus propios hermanos: selvas inhabitadas, calabozos, grillos, símbolos augustos de ese afecto que hierve en pechos nobles y sube a lo alto convertido en oloroso incienso. Vienen por la libertad... de vengarse, matar, confiscar bienes, arrancar lágrimas. Esta libertad es para en uno con su celo por la religión: si hay guerra santa, es la que hacemos por ella: los conventos son cuarteles, los altares depósitos de pólvora, las torres atalayas, las ventanas de las iglesias troneras por donde salen con infernal silbido las balas que van contra los herejes. Los herejes son valientes, hacen su deber, pelean, degüellan, a punta de lanza echan a los infiernos a los soldados de la religión: decidme, insensatos, si Dios estaba por vosotros, con vosotros, ¿cómo habéis perdido la batalla? Si Dios peleara ¿podría ser vencido? En habiendo impíos en el mundo, sois vosotros: en cuanto a malos hijos de la patria, nadie más que los que van en demanda de cómplices, de otras naciones. Ahora pues, para esclavos, ¿quién más que los que vienen sobre la ciudad de su cuna bajo el estandarte de ese difunto horrible cuya profesión era el comercio de carne humana, viva y muerta?

Entrar una ciudad por fuerza de armas, es tomarla a sangre y fuego. Los enemigos han entrado a ella, pero no la han entrado: sus defensores están allí, de pie, la frente erguida. Deslumbra el fuego, asorda el ruido, el humo oscurece la atmósfera: pelean los aventureros, y con tenacidad los mantenedores los tienen a raya. Una noche ha transcurrido, noche infausta, noche horrible: vuelve el sol al firmamento pacífico y sereno: a él no le perturba la ira de los hombres. ¿Dónde está el jefe de los libertadores, el enviado de la religión? Ha huído, ha desaparecido, y los suyos siguen combatiendo. ¿Era para uno como él el mando de un ejército? Combate de veinte horas, largo es: o una y otra parte son leones, o una y otra parte tienen miedo. Las trincheras son la vergüenza de los héroes: dos oficiales saltan sobre ellas, tíranse fuera seguidos de un puñado de valientes. Toro Moreno, Moncayo, Nicolalde, así, así vuelven por la honra nacional los militares de punto, así combate la gente valerosa. Corre sangre por las calles, el pavimento está cuajado de cuerpos humanos tendidos allí cuan largos son. Huyen los restos de la atroz carnicería... ¡Victoria! ¿Victoria, por quién? ¿por los soldados de la religión o por los impíos? Oh Dios, por ahora, Dios estuvo con los impíos, les dio el triunfo: los varones justificados sucumben, fallidas sus negras esperanzas.

Pobre mujer, ¿tanto pudo contigo la curiosidad, que fuiste a recibir esta bala en el campo de batalla? Alza la cabeza: ¿vives? ¿respíras? Si tienes habla todavía, llamaré un sacerdote para que te confiese; si no la tienes, para que te absuelva y bendiga. Dios perdona; pídele a Dios, mujer. La desventurada abre los ojos y pregunta: “¡Mi hijo! ¿dónde está mi hijo? “Había entreabierto su puerta para ver a su hijo que estaba peleando en la calle: de la casa del frente, una emboscada hizo fuego. Fusil aleve, bala infame que sales del escondite y te apuntas a la espalda del enemigo, no merecías matar a un soldado, a un valiente: mira tu víctima, ésta es; esta pobre mujer que ni acometía, ni se defendía. Va a expirar, expiró: la bala le ha herido el costado: sus vestidos están chorreando sangre; su cabellera, en lastimoso desorden, comunica al cadáver un fatídico semblante. Su hijo no vendrá a alzarla, porque a su vez está tendido en la calle, oculta la cabeza en un pozo de sangre. Esta es la guerra civil.

En otro barrio, otra casa, un niño de dos años, medio desnudo el cuerpo gordo, blanco, sin más que su camisita hasta el muslo, andaba pasando de un lado a otro del aposento, sin caer en la cuenta del peligro. Su madre, una joven hermosa, aterrada, se precipita sobre él, a tiempo que él huía. En sus brazos ya, al correr al rincón, silba una bala, pasa la vidriera y le descalabra al angelito. La tapa del cráneo voló y se estrelló contra la pared: los sesos empezaron a correr por las mejillas revueltos en sangre. La madre se quedó petrificada: cuando le volvió la sensibilidad, cayó sin sentido, hasta cuando el espanto le dio fuerzas para salir gritando por las calles. Estaba loca. Esta es la guerra civil, guerra en la ciudad. Católicos, patriotas, hombres humanos, hombres libres, provocadla, repetidla.

SERMON DEL PADRE JUAN, PREDICADO EN LA
BASILICA DE SAN JUAN MARTIR

Quito, lunes 28 de enero de 1878

HALLÁNDOSE EN Roma el autor de estos opúsculos avino un caso singular que dio en que se ocupe la Ciudad Eterna por más de quince días. Y fue que un viernes debía haber sermón en la basílica de San Juan Mártir; sermón anunciado de antemano, con el aliciente de ser nuevo, desconocido y misterioso el orador. Decían unos que era el tal un fraile extranjero de mucho nombre que andaba viajando incógnito: el padre Jacinto, el padre Félix, o alguno de los oradores sagrados de más fama en Europa. Otros pensaban que había venido exprofeso un clérigo toscano que estaba dando golpe en Italia; y otros querían sostener que era un prodigio brotado del huevo del ruiseñor, como Tenorini, que se había aparecido de repente por los huertos de Sorrento y Castellamare. La iglesia estaba llena de gente principal; la flor y nata de la Ciudad Eterna estaba allí, junto con ilustres viajeros y potentados de otras naciones. La reina Cristina, madre de doña Isabel II; la princesa Borghese; su eminencia el cardenal Bonaparte, su eminencia el cardenal Antonelli; el general de Goyón, comandante de las tropas francesas que entonces ocupaban a Roma en vía de protección al papa; el Gran Duque de Baden; la célebre trágica Ristori, y otros personajes de los que suelen acudir a la capital del mundo católico en ciertas épocas del año. Salió del presbiterio el predicador y subió al púlpito en medio de un profundo silencio. Era un fraile de la orden del seráfico padre; fraile altísimo, calada la capilla, la barba pegada al pecho, el andar lento y majestuoso. De pie se estuvo un cuarto de hora sin descubrirse ni decir palabra, cabizbajo, inmóvil como una estatua sobre una tumba. Diez mil ojos estaban en ese instante sobre el hermoso fantasma, y cinco mil almas colgadas de ese amenazante silencio. El más desconocido de los circunstantes, de hombro contra una columna de mármol, tenía fijo el espíritu en ese fraile, que antes de hablar ya era sublime; y le oyó con tal amor, que su oración se le quedó grabada punto por punto en el pecho y la memoria.

Surge, et invoca Deum tuum. Hermanos míos, dijo al fin, echando la capilla a la espalda y sacando los brazos; hermanos míos, el asunto de que voy a tratar es el más vasto, fecundo, tierno y respetable de cuantos se pueden ofrecer a la palabra. Amor de Dios es afección compuesta de todas las afecciones puras, amor de Dios es conjunto de virtudes y bellezas que por sí solo compone el mundo invisible que en armonioso mutismo está girando en la órbita de los espíritus celestiales. En noche despejada, cuando los astros resplandecen en el firmamento, y las estrellas pestañean y se mueven como ángeles recién nacidos, y la atmósfera transparente da paso a la vista hasta las nebulosas, y la naturaleza está recogida, y el mundo duerme arrullado por la música que proviene de los mil silencios del cielo y de la tierra, una criatura se halla embebecida en la obra del Todopoderoso, contemplando el universo sin que nadie le vea. Los vuelos de su pensamiento hacia la altura infinita, las sensaciones de su corazón, la maravilla de que se siente poseído, la fruición inefable que conmueve santamente su alma, todo es amor, amor de Dios. Poesía es un vehemente amor de Dios. Los antiguos simbolizaron las pasiones en esos genios o deidades que llamaron Musas: el numen o inspirador supremo es el amor, amor de Dios. Porque amor de Dios es amor a la verdad, amor a la virtud, amor al prójimo, amor a la naturaleza. El reinado del amor no tiene fin. *El regni ejus non erit finis.*

Un hombre viene por allí a paso lento, majestuoso en porte y ademán. Se para, no se mueve, es un dios de mármol de los que adornan los pórticos de Atenas. Sobre ese hombre ha bajado el espíritu divino, su corazón está inundado por el amor: es el santo gentil a quien, como después a Saulo, sale Dios al camino y le asalta, y le roba para la gloria. Saulo, dije, hermanos míos, el pagano que se iba para Damasco a cumplir sus propósitos contra los adoradores de Cristo, y allí se queda a media jornada, deslumbrado por la luz eterna, herido por el amor, amor de Dios. *Factum est cor eum tanquam cera liquescens.* El amor de Dios conviere el fierro en oro, el pedernal en diamante, el hielo en fuego. El amor de Dios desciende sobre los escogidos, y de gentiles hace cristianos, de perversos santos, de esbirros mártires. El amor de Dios purifica las entrañas, cura las llagas del pecho, y concilia una tal sensación de bienestar, que es como una vaga sospecha de la bienaventuranza infinita. El amor de Dios enciende, consume, anonada. Ved esa mujer puesta de rodillas, las manos en el pecho, la frente arriba, los ojos clavados en el cielo. No hay vida en ella: sus miembros han perdido el movimiento, sus carnes la sensibilidad: ni ve con la vista, ni oye con el oído: esa mujer está encendida en el amor de Dios, consumida, anonadada por él: es Teresa de Jesús en éxtasis, esto es, en arrebatos de amor, amor de Dios. Está velando y orando para la eternidad. *Vigilate et orate.*

Las virtudes son todas hijas del amor de Dios; y este amor comunica fuerzas superiores a la naturaleza humana. Y si no decidme ¿cómo pudiera san Carlos Borromeo andarse día y noche por las calles de Milán, entrando a todas las casas, alzando a todos los enfermos, sirviendo y socorriendo a todos los necesitados, sin desfallecer jamás y sin temor en medio de la peste que

devora al pueblo? El santo obispo se echa a la espalda un saco lleno de vestidos, medicamentos, comestibles, y a paso firme sale a cumplir con su encargo. Este encargo lo ha recibido del cielo, y es visitar a los enfermos, dar de comer a los que han hambre, de beber a los que han sed, vestir a los desnudos y consolar a los afligidos. El amor de Dios le sirve de alas: vuela de un extremo a otro de la ciudad. El amor de Dios es esencia salutar: los malos olores, las pestilencias de los desgraciados no le ofenden. El amor de Dios es antídoto: el cólera no le toca. El amor de Dios es máquina de armonía: los ayes, los alaridos de los expirantes no le horripilan. El amor de Dios es fuerza: el santo obispo alza él solo un moribundo, del patio donde ha caído lo transporta al lecho que allí le prepara él mismo; levanta un cuerpo muerto, y lo pone en la carreta que está pasando al cementerio. El amor de Dios es pan: el santo obispo no come veinticuatro horas, y no siente necesidad. El amor de Dios es agua pura: el santo obispo no bebe, y tiene frescas las entrañas, jugosa la garganta. La caridad, hermanos míos, esta virtud humilde, silenciosa, desconocida, es un aspecto del amor de Dios. Pues habéis de saber que el amor de Dios es un prisma de muchas caras que da reflejos variados y produce colores que iluminan el espíritu de los que saben ponerlo al viso. Cuando movidos por él visitamos a los enfermos, vestimos a los desnudos, consolamos a los tristes, el amor de Dios se llama caridad. Cuando sufrimos y perdonamos, se llama paciencia, mansedumbre. Cuando sofrenamos las pasiones y las tenemos encadenadas a nuestros pies, se llama fortaleza. Cuando ponemos medida a nuestros apetitos y deseos, se llama templanza. Todas nuestras afecciones, bien dirigidas, puestas en movimiento con fines laudables, encierran el amor de Dios. La inclinación del juez recto a la justicia, la pasión del filósofo por la verdad, las conexiones invisibles del poeta con la hermosura, el bello ideal de mundo, todo es amor de Dios; y este amor tanta cabida tiene en pechos de reyes y emperadores, como en el de rústicos y gañanes. El monarca que ama a su pueblo y le rige según las leyes de la razón, ama a Dios. El pastor que cuida la ovejita recién nacida, ama a Dios. El amor de Dios es luz: donde él falta, las tinieblas fundan su imperio. Odio, venganza, mentira, envidia, incredulidad insensata, ira feroz, soberbia, son negros personajes de ese reino profundo, negro, donde no penetra el amor de Dios.

Oh tú que disimulas agravios, perdonas insultos, sufres y callas por mansedumbre, por bondad, tú amas a Dios.

Oh tú que no miras con desdén al pobre, alargas la mano al caído, socorres al necesitado, tú amas a Dios.

Oh tú que no le hieres en su buena fama al prójimo, no urdes quimeras, no levantas falsos testimonios, tú amas a Dios.

Oh tú que honras a tus padres, velas por tus hijos, respetas a tus semejantes, tú amas a Dios.

Oh tú que no quitas la vida a tu hermano ni con cuchillo ni con lengua; que no le arrebatas sus haberes ni le promueves litigios inicuos, tú amas a Dios.

Oh tú que no profanas la inocencia con miradas y pensamientos infernales, no codicias la mujer de tu vecino, repeles a esta furia de ojos encendidos que te asalta por la noche, tú amas a Dios.

Oh tú que no propagas nociones perniciosas, no inculcas en el pueblo doctrinas subversivas, no le ensoberbeces ni le exaltas contra las demás clases sociales, tú amas a Dios. Hombre manso, modesto, diligente que hablas la verdad y gustas del trabajo, tú amas a Dios.

¿Qué estoy viendo por allí? exclamó el predicador variando el tono, en voz casi estridente. Unos labios se han abierto, y de ellos ha salido el santo nombre de Dios en vano. Ese no le ama. Unos ojos se han dirigido adonde no debieran; unos oídos se han pegado a una puerta, han oído y han corrido a hacer denuncia. Ese no le ama. Un corazón se ha hinchado de cólera, ha rugido de venganza; una lengua ha jurado perder a un hombre, beber sangre. Ese no le ama. Unas manos se han alargado sobre los bienes ajenos, han apañado y han desaparecido. Ese no le ama. Un hombre ha bebido hiel y emponzoñado sus entrañas con la mortal sustancia de la envidia. Ese no le ama.

¡Tirano! gritó de repente el fraile en voz furibunda que causó estremecimiento en el auditorio; tú, con tu soberbia insensata, tu corazón empedernido, tu lengua envenenada, tus uñas largas, tus ojos inyectados en sangre, tu alma llena de lacras y costurones, tus palabras envueltas en mentiras, ¿tú, dices que amas a Dios? Y en esto se quedó el predicador mirando al concurso con unos ojos, una cara, una inclinación del cuerpo, una posición de los brazos, que eran sin duda las de Isaías apostrofando y amenazando al pueblo. Rodeados de sus cómplices, tornó a decir, se beben los tiranos las iniquidades como el agua. *Bibunt iniquitatem quasi aquam.*

¡Impostor! dijo, ¿tú que perviertes y desfiguras la verdad, vuelves negro lo blanco, disparas tus saetas y hieres en corazones puros, que difamas y perjudicas a tus semejantes, reniegas de la virtud y quemas incienso en aras del demonio, tú dices que amas a Dios? La lengua de un vil adulador es muchas veces más sanguinaria que la mano del verdugo, dice nuestro padre san Agustín. *Plus persequitur lingua adulatoris quam manus interfectoris.*

¡Ebrio consuetudinario! que te echas furioso sobre la imagen del Criador, y le arañas y lastimas las facciones; que te sales de la razón y corres enloquecido por breñas y malezas; que te arrebatas y pones las manos en tu padre; que echas escorpiones por la boca y ofendes a tu propia esposa; que muestras medio desnudas las macilentas carnes; que miras con ojos desviados y nublados; que vacilas sobre tus plantas y vas causando risa en el vulgo; que encharcas las entrañas con licores incendiarios, y ardes en el fuego corruptor de los vicios más terrenos; que blasfemas y amenazas a los hombres; ¿tú dices que amas a Dios?

¡Adúltera! ah... Yo veo una mujer que huye por ahí. ¿A dónde corres, infelice? ¡detente! Voy tras ti, te alcanzo, te echo mano... Con que el lecho nupcial, el lugar sagrado de la casa, el altar de la familia... ¡Indigna! ¡perversa! ¡Alza los ojos, mírame! Y tu esposo, el compañero que recibiste del Altísimo, ese hombre crédulo y bueno está matándose por darte de comer, por

vestirte como a reina. El sudor del trabajo, santo sudor, corre por su frente. Tiene el pecho fatigado, el brazo rendido. Sus afecciones todas tiran a un centro, y ese eres tú; sus deseos todos se cifran en uno, y es el de agradarte. Compareció contigo en el templo, ante el ministro de la Iglesia: él juró, juraste tú: ¿cómo has cumplido tu juramento? ¿Piensas que con huír huyes de Dios? ¿piensas que con negar le engañas? ¿piensas que con callar la satisfaces? ¿No amas a tu marido, no amas a tus hijos, y dices que amas a Dios? ¡Responde! no respondes. *Illa autem tacebat, et nihil respondit.* No amas a Dios, no le amas. Y si no le amas, ¿qué será de ti, traidora? No amar a Dios, es no tener fe. No amar a Dios, es no decir verdad. No amar a Dios, es no ser honesta. No amar a Dios, es mirar con vilipendio la virtud. No amar a Dios, es no cumplir con tus deberes. No amar a Dios, es no confesarle. No amar a Dios, es ser pecadora incorregible, condenada en los juicios del Eterno!

Calló un instante el padre, y en acento lúgubre, prosiguió: Mira, de noche, tarde de la noche un espectro se presenta, y te pones a dar diente con diente. Viene desnudo, las costillas al aire, crujiéndole los huesos. Su cabeza no tiene pelo, su cara no tiene mejillas: los ojos se le han ido, y en su lugar están dos oscuros agujeros: la nariz es un huesecillo miserable, la boca una espantosa abertura: los brazos largos y secos: las piernas se le mueven desgonzadas: trae una flecha en la mano, y viene a caballo. Cerrada está tu puerta, y ha entrado; oscuro está tu cuarto, y le estás viendo. ¡Es la muerte, desdichada!

Un grito agudísimo sonó tras mí. Volví la cabeza, y vi una señora que caía de espaldas. “¡Santísima Virgen! exclamaron dos mujeres echándose sobre ella: ¡señora condesa! ¡señora condesa!” La condesa estaba arrojando una espuma verdosa por los labios; un estertor de agonía le estaba hirviendo en la garganta. Luego perdió hasta la respiración; una lividez horrorosa se difundió por sus facciones, y quedó muda en brazos de sus siervas. El predicador había callado. Echando de ver su golpe mortal, cortó el sermón, se caló la capilla, bajó del púlpito y desapareció. No ha mucho de esto, un periódico de Nápoles nos puso al corriente de su paradero: “El jueves, decía, predicará en San Javier el reverendo padre Juan acerca de las vanidades del mundo. Roma está palpitando aún a la palabra de este insigne orador, etc., etc.” La misma tarde un diario de la Ciudad Eterna daba esta noticia: “Hoy a las cinco de la mañana falleció la señora condesa Fedelina Mardinoff, noble dama rusa que andaba viajando por Italia. No ha podido recobrase de la accesión que sufrió en San Juan Mártir, y ha muerto ejemplarmente en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia”.

DE LA PENA DE MUERTE, CON UNA DIGRESION

No es nuestro ánimo tocar ahora de propósito esta materia de derecho público; queremos solamente hacer ver en pocas palabras que no hemos caído en contradicción, como pretenden algunos lectores, no por falta de inteligencia, sino por este prurito de hacer la guerra que a todos nos anima. “Se contradice, respondió una señora, habiéndosele preguntado acerca de “El Regene-

rador". En "El Consejo de guerra" combate la pena de muerte; aquí la admite, y aun la aconseja". *Distinguo*: pena de muerte por delitos políticos, *nego*; pena de muerte por delitos comunes, concedo. Cuando consentimos en que los cuelguen, previa sentencia judicial, a esos zánganos bribones que buscan el cebo de sus vicios en río revuelto, hablamos de los malhechores que ponen la revolución al servicio del crimen, y con achaque de conspirar se abalanzan a cometer toda clase de acciones reprobadas. Así nosotros castigaríamos con la horca en los conspiradores, no la conspiración, sino la violencia, el latrocinio, el asesinato y más prosas que los héroes de los bochinches suelen poner por obra en tanto que dan la ley desorden y libertinaje. A un desgraciado que en un arranque de celos, de ira, de venganza da muerte a su ofensor, siendo quizá hombre bueno, le condenamos sin misericordia al último suplicio; y a un pícaro que llamándose soldado de la religión o liberal propagandista rompe puertas, roba casas, fuerza mujeres, mata hombres, ¿le hemos de mirar con respeto su negra vida? Miles de comunistas han sido ajusticiados en Francia, no por el delito de conspiración, sino por las atrocidades sin cuento que cometieron en ella. Los palacios incendiados, los templos saqueados, los obispos asesinados no fueron revolución simplemente; fueron crímenes de más de marca; fueron incendio, sacrilegio, homicidio. Estas delicadas acciones no son política, ni el marqués de Beccaria está orando *pro Ferre, pro Lutz, pro Lolive* y más facinerosos que en todo tiempo son la vergüenza del género humano. Una revolución legítima, decente, humana, Monsieur Thiers y el Parlamento la hubieran perdonado; mas esa infernal bolina, esas bacanales a mediodía, esas fiestas de la diosa Razón donde hombres perversos van cantando por las calles con sendas cabezas en sus picas; donde mujeres infames arbolan en el brazo la tea destructora y dan alaridos de furor; estos acontecimientos del infierno que ocurren en los negros días de las naciones, requieren fuerza de parte del espíritu bienhechor, el genio invisible que salva a los pueblos del abismo adonde corren a sabiendas. La espada de la ley rompe por el medio, y la razón da fuerza al brazo de la patria. A un pícaro que ha hecho muertes, no en funciones de armas, no en enemigos puestos a la ofensiva, sino en el hogar pacífico, en el ciudadano civil, condenadle a pena de la vida, no por el delito de sedición, más aún por el asesinato. Si no ha cometido ni éste ni otro crimen, castigad en él la sedición, humana, suavemente. Nuestra doctrina queda en limpio. Si nos ha faltado habilidad para darnos a entender, censuren en nosotros las personas competentes la confusión y el mal escrito; duda en nuestro ánimo respecto de materias como ésta, y contradicción maliciosa, no han de hallar. Puede uno ser menguado escritor: sea él hombre de bien, sincero consigo mismo y los demás, y no se muera de que le echen la casa encima.

Los liberales a todo trance van sin duda a poner en cuarentena nuestros principios. Los que son liberales, no por meditación, no por convicción, sino por ese flujo de serlo que trae dementados a los jóvenes de ciertas repúblicas argonautas, éstos, decimos, no sufren que uno sea liberal conforme con los dictados de la razón y los consejos de la experiencia: lo ha de ser

rompiendo por todo género de consideraciones, o pasa por retrógrado, clerical y confesador, aun cuando no se confiese. Por repúblicas argonautas entendemos esas que andan viajando por el aire antes de que Montgolfier hubiese perfeccionado su descubrimiento. Naves sin timón, se van por el espacio, subiendo y bajando según los vaivenes de la atmósfera, sin saber cuándo ni a dónde han de llegar. Bueno sería que nos remontásemos al sol, y semejantes al filósofo que pedía a los dioses le concediesen ver la luz en su origen, fuéramos llevados al foco de la claridad por camino cierto, conducidos por el genio de la sabiduría; pero si cuando imaginamos estarnos entrando por las puertas del cielo, nos hallamos perdidos en un atenal donde arrecian los vientos, ¿no hubiera sido mejor que permaneciésemos juiciosamente en casa? Un majadero de mucha fama, de esos que embotan a los frívolos y allegan buenos cuartos en el país de las *marionettes* (decid títeres), ha inventado el modo de llegar a la luna; y es un cañón monstruo en el cual entráis de proyectil con vuestra familia y un par de toda especie de animales, y vais a parar entre los selenitas. El liberalismo sin ojos es el cañón de Julio Verne; los liberales sin caletre son el dichoso proyectil de ese gabacho desvanecido. ¡Y quién dijera que con tan sandías invenciones se hubiese vuelto gran señor ese escritorzuelo!

Si disimulasen la figura, todavía les traeríamos nosotros un caso a los viajeros a la luna o liberales voladores; y es el viaje de los dos andantes en busca de los palacios encantados de las Melisas y las Circes de los aires. Clavileño es el liberalismo rojo candente; los liberales candentes son esos buenos aventureros que se ponen a horcajadillas sobre un palo, vendados los ojos, y piensan que están quemándose en las regiones solares, cuando no hay sino que los duques les están haciendo chamuscar las orejas con papeles y trapos encendidos. Abren los ojos los valerosos caballeros, si es que los abren ni el día del juicio, y ven que su corcel es de madera, y no se han movido del patio del castillo. ¿Qué importa? ellos se dan a entender que vuelan en alas de águila. Pegaso hacía brotar fuentes de agua pura donde hería con el casco; Clavileño no sabe herir el suelo; y si lo hiriera, no brotara de allí sino asafétida. “El partido”, “los principios”, “la causa”, y arrempuje, y meta la cabeza, y échese usted a los infiernos: lo que conviene es ser liberal a todo trance. No ha mucho, por ser conservadores a todo trance, mataron los colombianos treinta mil de sus compatriotas; hoy, por ser liberales a todo trance, acaban de matar veinte mil de sus compatriotas. La separación de la Iglesia y el Estado, la libertad absoluta de imprenta y de palabra han producido esta espantosa revolución. Los obispos gritando en el púlpito: ¡A las armas! han puesto a la vista los inconvenientes de la libertad ilimitada. El general Mosquera dio cuenta al gobierno de la Unión Colombiana de esta conspiración pública en la iglesia; don Manuel Murillo, presidente, contestó: “Los obispos están en su derecho: en Colombia el uso de la palabra no tiene restricción.” Sí la tiene: Los Chancos, Garrapata, Manizales son los términos legales de la libertad irrestricta de palabra. En cuanto a la independencia absoluta de la Iglesia, la establece la

ley; mas para impedir sus efectos, los legisladores han tenido a bien dictar otra ley que la destruya: ley de tuición, inspección de cultos, u otro término ingenioso. He aquí pues, que los colombianos, cuando pensaban haber dado un tranco sublime con la separación de la Iglesia y el Estado, se hallan en el mismo sitio con la ley de inspección de cultos, que destruye la independencia de la Iglesia. Los gigantes de Homero dan pasos descomunales; y como no tienen vista, se vuelven sin saberlo al mismo puesto. Disputando nosotros una vez con un rojo candente de Bogotá, le dimos un tapaboca con estas observaciones; y él salió de apuros con decir: "Usted no es liberal." Liberal de Homero, no lo somos. Liberal de Dante Alighieri que interroga severamente a los réprobos de los nueve círculos, y sube al paraíso en busca de las almas puras, lo somos.

Bien es verdad que cuando pasamos del infierno candente al infierno helado, estamos por atenernos a las llamas de los rojos. Hay un pueblo en el mundo, una república democrática en la América del Sur, donde hemos visto sostener en certámenes solemnes que el sufragio universal es una usurpación de los demagogos; que la enseñanza laica es un atentado contra la religión; que el Santo Oficio fue tribunal verdaderamente santo, y debe ser restablecido, que la Iglesia tiene derecho de vida y muerte sobre los habitantes de la tierra, y otras impiedades y crímenes hablados que sobrarían para atraer sobre esta nación el fuego de Sodoma. Por donde podemos ver que la sabiduría no se desenvuelve jamás fuera de la verdad, y que solamente la moderación es capaz de obras sólidas y provechosas. No será fuera de propósito añadir cuatro palabras respecto de la separación de la Iglesia y el Estado, reforma que los liberales voladores tienen por necesaria, y aun urgente, en las cinco partes de la tierra, enseñando con el dedo a los Estados Unidos. El principio, será bueno o malo; no queremos discutir en él ahora; hacemos notar solamente a nuestros excelentes amigos, que los americanos del Norte fueron pueblo de largo tiempo civilizado antes de su emancipación de la metrópoli; que el temperamento de la raza anglosajona es la paz y el orden; que la tolerancia está en sus leyes y en sus costumbres; que ella es moderada en la ambición, suave en la obediencia; que sus luces son muy superiores a las nuestras; que ha tenido entre los fundadores de su independencia hombres como Franklin, Adams, Jefferson, dechados de buen juicio y altamente autorizados; que los católicos son un puñado de individuos en esa gran nación donde tienen cabida todas las religiones del mundo. Nosotros, buenas piezas, que si somos obispos queremos ser generales al mismo tiempo, y si somos generales no dejamos de ser obispos, ¿cuándo diablos nos hemos de convenir en que la Iglesia y el Estado vayan cada cual por su camino? Ni el uno renuncia las campanas, ni la otra quiere aflojar los cañones; pues cañones y campanas vayan juntos como buenos consortes, dándose de codazos y pisándose en los pies adrede a cada paso. Matrimonio es ayuntamiento de varón y de fembra, para vivir siempre en uno e non se departir, dice don Alfonso el Sabio en las Siete Partidas; y nosotros añadimos: e para llamar el home vieja a la

muiet, e la muiet bellaco e robador al home; e cuando estén en el lecho volver la espalda el uno al otro, e tirar coces, e llamar al enemigo malo, e facerlo venir a entre ellos. E plañir la fembra, e decir que en mala hora fuera nacida; e irse el masculino a la calle, e non tornar pasados quatro días; e la fembra a pagar el foego, e romper los platos, e non dar de comer al marido.

Dura lex, sed lex: si esta es la ley, de obedecerla tenemos. El Patronato, amigos, ¿qué decís? ¿No? Esa ley es ley *cismática* para vosotros, eclesiásticos. Cismáticos fueron vuestros padres, cismáticos habéis sido vosotros mismos, puesto que la habéis admitido y observado durante cuarenta años. El Patronato, amigos, ¿qué decís? ¿No? Pues un concordato digno de un pueblo libre e ilustrado. La separación e independencía absoluta de las dos potestades, civil y eclesiástica, sería, atento el escaso caudal de nuestras luces, atentas nuestras costumbres, fuente de disensiones y disturbios que acabarían por una espantosa revolución. Quitadle al clero sus rentas habituales, su modo de vivir conocido, y él hallará modo de enriquecerse desmedidamente, legislando, como ha sucedido en Colombia. Si es tan ganso que no acierte con la vena de oro, cae en la miseria, se envilece; y de una clase respetable, habremos hecho una gavilla de mendigos despreciables. ¿Y el confesionario...? ¿y las excomuniones...? Podemos hacer leyes para los pueblos; no nos es dable hacer pueblos para las leyes. Atemperándose al principio del legislador de los atenienses, las naciones más juiciosas han venido a ser las más felices.

DE LA PENA DE MUERTE

César Bonesano, marqués de Beccaria, es una de las figuras más hermosas de nuestros tiempos: inteligencia sublime, corazón puro, vida limpia, no podían los míseros del mundo hallar abogado más propio ni mejor. El quiere la abolición de la pena capital; pero no llega a la elocuencia sino por una de sus caras: conmueve, no convence. Los sabios del Areópago discutían a oscuras, porque el orador no acudiese a los arbitrios de la retórica. Para salir bien con ellos se habían menester tres cosas: razón, razón y más razón: gestos y suspiros no hallaban cabida en ese recinto de la austeridad: las lágrimas no son atributo de Minerva. Los areopagitas le hubieran puesto en la puerta al marqués de Beccaria coronado de flores, y lo propio hubieran hecho los ingleses, entre los cuales los recursos oratorios estaban prohibidos. La sociedad humana, dicen Beccaria y sus prosélitos, no tiene derecho de quitar la vida, porque nadie lo tiene para quitar lo que no puede dar. La sociedad humana no puede tampoco dar libertad, y la quita. Si para suplir el patíbulo han inventado los novadores la penitenciaría o cárcel reglamentada, para suplir esta invención ¿por qué no inventan otra cosa?

Había en la clase principal de Francia una mujer noble llamada marquesa de Branvilliers. Hermosa era, y de talento, rica además y muy bien puesta en la aristocracia de Luis XIV.

Había por el mismo tiempo un mancebo noble llamado Sainte-Croix, que acababa de salir de la Bastilla. En esta prisión de Estado conoció a Elixí, el famoso envenenador, y le aprendió su arte en grado tal, que llegó a competir con su maestro. El y la Branvilliers se trabaron de amores tan luego como se vieron. Las personas de la familia de esta noble dama principiaron a irse a la eternidad unas tras otras, varones y hembras, viejos y niños, cual si el cólera asiático hubiese invadido todas las cosas a ella pertenecientes. Desde el deudo más remoto hasta sus hermanos, a todos los envenenó la bella marquesita. No teniendo ya sobrinos, tías, abuelas, amasaba en su casa y mandaba el pan a los hospitales: los enfermos que lo comían dando gracias a la buena señora, pasaban luego a mejor vida. Quedaba su padre, un buen anciano temeroso de Dios y adorador de su hija. Amaneció un día y el viejo murió por la noche, de veneno. María Rabutin Chantal, marquesa de Sevigné, cuenta en sus cartas que ella vio el cuerpecito de la Branvilliers columpiando en la horca, desnudo, gordo, hermoso: *son petit corps mignon*, dice. ¡Lástima! quitar la vida a la marquesita, tan donosa, tan achispada, tan amable... en vez de ponerla en un palacio rodeada de amigos que la cortejen y la cuiden. ¿Qué tal, señores liberales?

En un pueblo de Alsacia, cerca del Rin, vivía no ha mucho una familia cristiana, en cuyo hogar se practicaban las virtudes. Llegó una tarde un muchacho pobre, y pidió pan por trabajo. El padre, la madre de esa familia fueron los suyos; los hijos le miraron como hermano, y vivieron en un largo tiempo. Miembro era ya de la familia: para con él, excusada la reserva. Un día el viejo tuvo que hacer un viaje industrial: abrazó a su esposa, a los niños y se fue con su hijo adoptivo. Al cabo de días, vuelve éste solo, trae orden de su padre de llevar la familia a tal ciudad, a tal casa de parientes donde los está esperando. La buena mujer no pierde tiempo de dar gusto a su marido: carga con los muchachitos, y sale guiada por el compañero de su esposo. La noche es oscura, relampaguea y llueve, los perros ladran siniestramente. El guía los conduce a una cueva, fuera del camino, y los extermina: de un golpe súbito, cae muerto el hermano mayor: cierra a puñaladas con su madre, ahorca a dos niñas y un niño, todo por apoderarse de los escasos bienes de fortuna de sus benefactores. En cuanto al padre, lo había dejado enterrado debajo de una piedra. Liberales, ah liberales, hagamos jaula de oro para conservar este raro y hermoso pajarillo; mantengámoslo con bizcochuelos, vino, albaricoques y chirimoyas. La sociedad humana no tiene derecho de quitar esa preciosa vida; él sí tuvo el de exterminar una familia entera. La nación más civilizada del mundo no piensa como vosotros: si no dais asenso a mis palabras, salid por la madrugada en la ciudad de París, y veréis por vuestros ojos. Entre la Roquette y la Bastilla está alzado el trono de la muerte, negro y terrible: la víctima y el sacerdote se hallan encima. Ese hombre de sombrero de picos es el verdugo; ese que él tiene del pelo mancornado contra la guillotina, es el reo. Cayó la cuchilla; un ruido seco hizo estremecer a los circunstantes: el sacrificio estaba consumado. El ver-

dugo levantó la cabeza del difunto caliente, y sonriendo la hizo ver en alto a los curiosos del patíbulo. La cabeza de Tropmann no protestó contra la iniquidad de la sentencia; y eso que *Monsieur de Paris* no le tapaba la boca.

Lo que podrán hacer legisladores sabios será graduar la pena, graduar la muerte, si decimos. Un homicidio no premeditado, que resulta allí luego de enfurecimiento súbito, de una atroz injuria, un arrebatado de celos, una venganza fundada, es, sin duda, delito mucho menor que las obras de los criminales de profesión, los malvados reincidentes, los bribones enemigos de Dios y de los hombres. Prisión para los primeros y no perpetua; muerte para los segundos, irremisiblemente. Las naciones que cuentan mil años de civilización y experiencia no han abolido la pena capital: Francia, Alemania, la Gran Bretaña, todas la tienen consignadas en sus códigos para los grandes crímenes. Los Estados Unidos casi todos la abolieron en sus constituciones particulares: fuera de dos o tres, todos la han restablecido después de un doloroso desengaño; y nadie dirá que los Estados del Norte no son liberales. Si carecemos de sabiduría propia, atengámonos a la de los pueblos más aptos que nosotros. La ninfa Egeria de Numa era un genio que resultaba del buen juicio y la experiencia.

Beccaria nada hubiera podido en el Areópago: se va derecho al corazón, y hiere en él, y las lágrimas saltan en brote sublime. Pero el juez no tiene entrañas: dentro de su cabeza está hirviendo la luz, de su brazo está pendiente la balanza de Astrea. Mal hemos dicho; tiene entrañas, y frescas, y puras, y suaves: quien no tiene derecho de entrar en ellas es esa deidad terrible cuyo rostro viene teñido en sangre. Némesis no halla lugar en el banquete de los dioses, y se anda solitaria y meditabunda entre las sombras de la noche. Terneza, compasión pueden ser avenideras con la justicia: el mínimum de la pena es el amor del juez caritativo. La injusticia le mata, porque le infama.

Beccaria no hiere en la dificultad: echa mano por las pasiones delicadas del corazón, esas que pueden llamarse flaquezas celestiales; y saca sus argumentos no del centro, sino de la circunferencia del asunto. Vedlos aquí.

Una viuda del lugar de Icci, en Italia, había desaparecido, sin que nadie supiese de ella. El rumor de su muerte se difunde: los magistrados pesquisan el delito. Un hombre que andaba por el campo, así como ve comparecer por ahí los policiales, se oculta en un matorral. Hanle visto los ministriles: dan sobre él, y sin averiguación ninguna, le arrastran maniatado a la cárcel, donde le ponen grillos. El tribunal le condena a muerte como reo de homicidio. Dos años después de este asesinato jurídico, la difunta se presenta sana y buena en el lugar donde su matador había sido ajusticiado. El tribunal condenó al supuesto homicida sin que constara el homicidio. Annæus Robert y Pablo Rizzi han proporcionado estos argumentos al marqués de Beccaria; pero estos argumentos no son contra el derecho de la sociedad humana para quitar la vida a un delincuente; no hacen ver

sino que esos jueces faltaron a su deber, juzgando sin que constase el mal fecho, y condenando sin buscar el cuerpo del delito.

Lapivardière ha sido asesinado por orden de su mujer en su casa de campo. Dos criadas han visto la ejecución del crimen, y lo declaran con juramento. Su hija misma le ha oído exclamar: ¡Gran Dios, tened piedad de mí! Otra criada depone en artículo de muerte, al recibir la Eucaristía, que su señora ha hecho y visto matar a su amo. Hay quien ha oído el tiro; hay quien ha visto la ropa teñida en sangre. Los jueces persiguen el crimen con gran actividad, condenan al último suplicio a la matadora. La pivardière vuelve a su casa, y se presenta al tribunal como prueba viva de la inocencia de su esposa. El tribunal se llena de indignación: “¿Cómo, dice, pretendéis saber más que los magistrados? ¿os hemos declarado muerto, y tenéis la audacia de presentaros aquí vivo? ¿Qué importa que seáis el mismo Lapivardière, si Lapivardière no existe? Venid acá: ¿no es cierto que os hizo asesinar vuestra mujer? ¿pues cómo pensáis que estáis aquí, y sano y bueno? Hay pruebas irrefutables de vuestra muerte ¡retiraos!

El tribunal le declara impostor, y va a condenarle a la horca, en pena de no haber sido realmente asesinado.

¿Sabéis cuándo hemos de abolir la pena capital? Cuando a fuerza de luces y buenas costumbres, cuando a fuerza de enseñar y practicar las virtudes hayamos conseguido la extirpación de la traición, el incendio, el sacrilegio, el homicidio. Para entonces, oh liberales, contad con el voto de este vuestro servidor y amigo. Mas si cayere en vuestras manos el negro que mató al compañero de Bolívar en Jamaica, por matar a Bolívar mismo; el blanco que mandó asesinar en Berruecos a Antonio José de Sucre; el malvado que dio de puñaladas en París a Monseñor Sibour; el monstruo que envenenó al arzobispo de Quito, colgadlos, sin consultarnos; colgadlos, cual a otros Zuazolas, y recibid la bendición de la justicia.

SIN PARTIDO NO HAY GOBIERNO

Quito, lunes 2 de febrero de 1878

UN GOBIERNO, para dar la ley, ha de contar con media nación, por lo menos; de otro modo siempre estará en guerra con ella, y en la necesidad de destruirla para no ser destruido. Mientras la fuerza armada tenga que hacerlo todo, no habrá ni seguridad, ni dignidad; porque donde todos son enemigos del que está mandando, él es enemigo de todos, y tiene en sus manos el poder a pesar del mundo entero. En pueblos razonables nadie trata de reinar por las bayonetas exclusivamente; tratan sí de dar buena constitución y buenas leyes con la aquiescencia de la mayoría y las luces de los hombres de pro. Está visto que pueblos desarmados nada pueden contra ejércitos veteranos; pero cuando abuso y desgobierno suben de punto, por mil caminos el ejército mismo anda convirtiéndose en pueblo y el pueblo en ejército. En último caso los fanáticos de la religión, los fanáticos de la política, los ambiciosos sin reparo, los rivales a todo trance empiezan a cavilar, imaginar discurrir en cosas que es peor menallas. Cuando la aldea se pronuncia no menos que la capital, decid, amigos, que la tiranía sin freno o la dimisión vienen a ser indispensables. A menos que no os convirtáis súbitamente a la razón, y de menguados tiranuelos vengáis a ser superiores gobernantes. Los amigos de los cargos públicos, que raras veces lo son del que se los da, no son ese globo de hombres independientes que profesan ideas y abrigan principios, que forman un partido, alzan bandera y se van camino del progreso general: inteligencia, luces, patriotismo, consideración necesitamos para fundar la paz, sostener el orden y regir un pueblo a guisa de hombres grandes. Unos cuantos personalistas o *yoístas* sin virtudes ni sabiduría no pueden ser columna del Estado; y donde no hallamos apoyo ni en la aristocracia, ni en la plebe; donde el estudiante, el artesano; el rico, el pobre; el viejo, el niño; el hombre, la mujer nos son adversos y viven deseando nuestra ruina, ya podemos decir, no que somos depositarios de los poderes públicos, mas antes usurpadores y tiranos. Mientras uno derive su

poder de fuente impura; mientras no se vuelva respetable por la dignidad, venerable por la justicia, temible por la rectitud y la energía, podrá mandar por obra y gracia de la fuerza pero ni reinará sobre los corazones, ni vivirá tranquilo, ni estará seguro. Cualquiera puede ser presidente: basta para esto con una revolución y una Convención; no que haría al caso sería que lo fuese "legal y popular". La popularidad acredita virtudes y merecimientos en los que tienen la dicha de gozarla: poderoso, afortunado es un pícaro cualquiera: popular no es sólo el hombre de bien que a fuerza de buenas obras conquista y posee la estimación pública. Cuando la estimación pública viene arrebolada con ciertos indefinibles sentimientos del ánimo que nos hacen ver en uno de nuestros semejantes un ente superior a nosotros, se llama admiración. Si la admiración es modesta, suave, tierna, está propendiendo al cariño; si es profunda, temerosa, ríspida, se convierte en miedo. El miedo santo de la virtud encarnada en miembros de gigante; no el miedo del mal, ese afecto ordinario, y aun vil, que andan sembrando por el mundo los perversos. El que ejerciendo facultades irrestrictas no alcanza a ser dueño de los corazones en largo tiempo de prueba, no nació para rey y señor de pueblos ni presidente de repúblicas. El mando no es para infundir terror ni granjear odio: los hombres suelen ser injustos, y aun inicuos, separadamente; cuando se reúnen todos y forman un pueblo, raro será que no juzguen a juicio de buen varón y no den sentencias a justicia. El aborrecimiento general no depone contra los que aborrecen, mas aun contra el aborrecido; así como a un buen ciudadano le importará poco la tirria de cuatro pillos, puesto que disfrute del respeto y el amor de la equitativa mayoría. El gobernante que goza del talento necesario para indisponerse con todos los partidos, sin labrar el respeto de ninguno; que manifiesta desconfianza suma de los en quienes debiera tenerla, y pone los ojos y el corazón en los peores; que no alcanza el valor de la política sensata, madura, grande, ésa que, certificada con el sello de la verdad y la franqueza, salta montes, pasa mares y se bebe mundos; ése podrá volverse notable por las malas obras; ídolo del pueblo, gloria de la patria, nunca. Tirano, gran tirano, quizá, por desgracia; tiranuelo ruin que anda sacrificando a los vicios en sus negros altares, ¡no! Pícaro, ni como Bismarck, a lo grande; pícaro triunfador; genio impuro que deslumbra a Europa y se va echando pueblos al bolsillo; hombre de verdad y modestia, sí; hombre de estado cuyas amables supercherías consisten en captarse la estima y el amor de la República. Si no hay fuerza para lo primero, ni filosofía y gracia para lo segundo, seamos hombres comunes, de esos que no están muriendo en el desprecio ni condenándose en el odio de los que tienen la desgracia de vivir con ellos. El Gobierno, esta persona moral invisible, no ha de abrazar ciegamente una parcialidad miserable; mas ni político ni diplomático negará que necesita de un partido que le apoye, le rodee, y lleve desplegada su bandera. El que no es liberal ni conservador, sea varón eminente, hombre de genio de esos que, imperando por la inteligencia y la sabiduría, saben poner las cosas en su punto y obligan a todos los partidos a descubrirse respetuosamente cuando pasan. El hijo de Saturno y Pericione, hijo de un dios y la más bella de las griegas, que

fue llamado divino a causa de la sabiduría y la virtud, sentó este principio: Los pueblos serán felices cuando sus gobernantes sean filósofos, o cuando los filósofos vengan a ser gobernantes. Puede un gobernante ser filósofo: esto no quita que cuando vea un pecado contra la ley frunza el entrecejo, y tiemble el mundo. Fuerza e inteligencia regidas por la bondad componen grandes hombres.

Los empleos, allí están; la Constitución, las leyes no las podemos ver con indiferencia sin injuria de la patria y riesgo de los intereses procomunales. Hacedlas buenas, oh vosotros legisladores; jurad la estricta observancia de ellas y cumplid vuestro juramento, oh vosotros elegidos, cualesquiera que seáis, y os acatarán los pueblos. Buena fe es obra maestra de política; y política es divinidad que debe estar siempre en la cumbre de la patria. Por la razón o la fuerza, cualquiera puede ser presidente; pero va mucho de ser presidente a pesar de todo el mundo, a serlo por obra de un gran partido, rodeado de una vasta porción de ciudadanos entre los cuales vienen campeando inteligencia, sabiduría, patriotismo y más prendas que vuelven respetables los Gobiernos. Vivir con la barba sobre el hombro, mirando hacia todas partes en inquietud continua; sin más apoyo que el fusil, ni más refugio que el cuartel; malquerido, maldecido; reprimiendo, persiguiendo de día y de noche, lejos de ser honra y gusto, debe de ser tarea de negros que lo convierte en presidiario al infelice que manda de ese modo. Entre ahogar la voz, romper la pluma de los representantes del pueblo, y dar asunto a esas puras caricias, esas melodiosas alabanzas con que los mágicos que benefician las minas del entendimiento suelen inmortalizar a los hombres buenos, los varones eminentes, ¿a qué se quedarán los de buen juicio? Los tontos casi siempre son indiferentes a las proezas del ingenio: tienen entendido que un ignorante con su chopo ofrece más que un publicista con su pluma, y tanto hay de cariño y miramientos por el primero, como de odio y desestima por el segundo. Los corrompidos, los canallas, esos grandes personajes que se defienden del desprecio y la execración pública con su cara de vaqueta, no hacen tampoco caso ninguno de la pluma: tanto valiera hablarle de probidad a un salteador de caminos. Pero a hombres en quienes la vergüenza está ardiendo allá adentro del alma, por atrevidos que sean, les queda siempre algo que respetar en sus semejantes, algo que temer en los campeones de la patria. Dicen de don Vicente Rocafuerte que subió al solio aborrecido de todos, y bajó querido y bendecido del mundo entero. Ese hombre sacrificó al amor de la patria: salió por cualquier camino adonde deseaba, mas fue para desenvolver su ardiente sed de civilización y progreso. El hombre justo le vio y le amó a Jesús: la República le conoció y le amó a ese su buen hijo. Raro y dichoso varón ha de ser el que en las hispanoamericanas se levante por la superioridad de las luces y la práctica de las virtudes. Estos son peligrosos: a la puerta los bribones, y no siquiera coronados de jazmín y siempreviva. El mando les corresponde por derecho natural a los peores, sin que afirmemos que nuestras repúblicas no hayan tenido ni tengan buenos presidentes: Decimos tan sólo que ésta es flaqueza común en nuestras naciones principiantes, en las cuales da la ley la fuerza irreflexiva.

Ahora pues, seamos como don Vicente Rocafuerte, amigo don Ignacio: subamos como él en medio de la execración general, y hagamos lo necesario para descender abrumados bajo la dulce pesadumbre del amor y las bendiciones de nuestros compatriotas. No infrinjamus las leyes; no desesperemos al pueblo con persecuciones y contribuciones; no reduzcamos los colegios a cuarteles; no faltemos cínicamente a la verdad en nuestros mensajes; no nos levantemos a las tres de la tarde, ni nos acostemos a las cinco de la mañana; no llamemos granadinos ni aceptemos su intervención para nuestras *montoneras* domésticas; no les quitemos la mitad del sueldo a los maestros de escuela; no tengamos ni pidamos ejércitos superiores a nuestras rentas y nuestras necesidades; demos ejemplo de probidad y buenas costumbres; bebamos agua que nos refresque las entrañas: de este modo nos habrán aceptado los liberales, y los conservadores mismos habrán tenido que aceptarnos. Si es posible, suavizaremos a estos duros amigos, les convenceremos, les conmoveremos, y lejos de perseguirlos y destruirlos, los procuraremos ganar a nuestras ideas con la generosidad y la elocuencia. Este odio feroz, esta guerra a muerte entre hijos del mismo país es una maldición de la cual debemos redimirnos con la cordura y el amor. Benemérito de la patria y del género humano ha de ser el que algún día saque a este pueblo del abismo de sangre y tinieblas donde andamos tropezando unos con otros. ¿Será para tanto el don Ignacio? Esto no está en el orden natural de las cosas. Mas si por altos juicios de Dios vinieres a ser buen presidente, recibe, amigo, esta nuestra bendición, y cuenta con el amor del pueblo ecuatoriano.

COLEGIO, CUARTEL Y CONVENTO

La Nueva Granada a un colegio, Venezuela a un cuartel, el Ecuador a un convento.

Quito, lunes 26 de agosto de 1878

EL NERVIJO de la elocuencia está principalmente en la exactitud de los hechos y la verdad de las proposiciones. Marco Tulio Cicerón no es tan poderoso en la tribuna cuando habla contra Verres, sino porque los cargos que echa sobre el cuestor de Sicilia son evidentes y notorios; y de ninguna manera habría conseguido inclinar el ánimo del Senado a la ruina de Catilina, si la conjuración de este tremendo demagogo no hubiera sido proyecto en vísperas de ser puesto por obra, con sus respectivas pruebas y documentos. El ingenio más agudo, la inteligencia más elevada, el corazón más fuerte, la palabra más impetuosa se quiebran y desmochan cuando se quieren ejercitar desatentadamente en cosas que por falta de razón y verosimilitud no les dan donde hacer pic, y se aflojan y ceden, presentando al orador vía oscura hacia el abismo. No ha mucho un diputado sostuvo en el congreso de Bogotá que, disuelta Colombia con la defección de Páez y de Flores, la Nueva Granada se había retirado a un colegio, Venezuela a un cuartel y el Ecuador a un convento. Y lo dijo el *representante* como uno que compulsa los méritos de los tres pueblos, y en un toque oratorio coloca a su patria sobre sus hermanas inferiores: inferiores, supuesto que colegio está por educación, cuartel por licencia y convento por ignorancia. Desde luego nosotros, amantes apasionados de la lengua castellana, dejamos pasar con disgusto y pesadumbre esa pifia montaraz que a Capmany y Moratín les da dentera: *representante*, en la España de Hurtado de Mendoza, Moncada, Luis Vélez de Guevara, Jovellanos, Fernández Guerra, es cómico, histrión o miembro de farándula, como lo pueden ver los aficionados a las buenas letras en los Comentarios de Clemencín al Quijote, el Análisis de don Vicente de los Ríos, la Filosofía de la elocuencia y otras obras magistrales. Por desgracia los neogranadinos que profesan el principio de la libertad absoluta en religión, política, estudios, costumbres, no han querido tampoco rendir el cuello al yugo de las leyes del idioma, y cada cual ha-

bla como acierta y le parece, sin que puedan nada con ellos los ingenios que muy de propósito se han dedicado a estudiarlo y enseñarlo, como Caro, Cuervo y otros excelentes hablistas y filósofos. Pero no es éste el asunto, sino el colegio, el cuartel y el convento. Desgraciados hemos de ser, y por extremo, cuando cuartel, entre nosotros, ha venido a ser sinónimo de fuerza bruta, violencia, anarquía; siendo así que los cuarteles en las naciones civilizadas del Viejo Mundo son universidades de donde salen esos héroes que al atrevimiento y la ambición acompañan el profundo conocimiento de las cosas adquirido a fuerza de estudios y desvelo. En Francia, del cuartel salen el gran Condé, Turana: del cuartel Napoleón Bonaparte, Kleber: en Alemania, del cuartel salen el gran Federico, tan gran soldado como filósofo y escritor; del cuartel Guillermo I, Federico Carlos; del cuartel von Moltke, Manteuffel, y todos esos militares con quienes está sucediendo lo que con los romanos, entre los cuales los soldados eran sabios y los sabios soldados. La escuela de Saint-Cyr, en tiempo de Luis XIV, la politécnica en el Imperio han echado al mundo legiones de hombres grandes, que no lo hubieran sido sin los conocimientos profundos de que de esas escuelas salían abrumados. Hoy mismo el cuartel es una escuela en casi todas las naciones europeas: el soldado, en Alemania, en el cuartel aprende a leer, escribir y contar; aprende lenguas extranjeras, geografía: toma lecciones de historia y otros ramos del saber humano. De esos oficiales, el menor podría hacer oposición a una cátedra. Nuestra desventura consiste en que el cuartel no es escuela ni colegio entre nosotros; en este punto, por desgracia, estamos en un todo conformes con el senador de Bogotá. Cuando del cuartel salgan filósofos y hombres de saber, entonces el cuartel no será el dragón en cuyas mandíbulas abiertas caen y desaparecen así los bienes materiales como morales de la sociedad humana.

El convento. . . ¡ah, el convento! ¿De dónde ha salido pues la civilización moderna sino del convento? Hunos, vándalos y godos, quemando bibliotecas y arrasando ciudades, han dejado yerma la Europa: ciencias, artes, filosofía, todo es tierra y polvo debajo de los cascos del caballo de Atila. La torre cae fracasada, el alto cimborio se desploma, el templo vuela en llamas: el mundo es un sepulcro, los bárbaros se pasean triunfantes entre ruinas aterradas. Pero unos hombres perdidos en ropones pesados de burdas telas, que andan descalzos y en cabeza, han tenido tiempo de esconder en sótanos oscuros unos objetos que ellos tienen en mucho: no son joyas, no monedas; son libros *in folio*. Aplacados los vencedores, los monjes empiezan a sacar a luz su tesoro y componer bibliotecas. De esas bibliotecas han salido en la Edad Media, y van saliendo cada día, los poetas, los filósofos, los historiadores, los oradores de la civilización antigua. Del convento han salido Hesíodo, Homero: del convento Hipócrates, Asclepiades: del convento Platón, Aristóteles: del convento Herodoto, Tucídides: del convento Pericles, Demóstenes: Cicerón, cargado de cuanto puede saber el género humano, sale radioso del convento. El convento no es, pues, símbolo de ignorancia y barbarie: los monjes han prestado servicios inmensos a la civilización: a ellos, junto con los árabes, les debemos la sabiduría que al siglo decimonono le vuelve el rey de los siglos.

Hoy también del convento salen ingenios que le hubieran hecho temblar a Voltaire; entendiéndose por convento uno y otro clero, el secular y el regular. El primero de los sabios contemporáneos, esa águila maravillosa que se ha paseado por la bóveda celeste visitando los astros, pesándolos en su mano, averiguando el secreto de la luz, es un fraile. Acaba de morir el padre Sechi: el Instituto de Francia, las Academias científicas del mundo están de duelo. Dupanloup . . . Quitadle los resabios de la secta, y queda un grande hombre. El padre Jacinto . . . Los católicos rancios por nada consentirán en que este fraile ilustre sea nada ahora que se ha emancipado de Roma: cuando era pupilo sumiso, era el nuevo Agustín. ¿Quién más? De frailes, de clérigos perincritos lleno está el antiguo mundo. ¡Pero ay! tengo que convenir con el orador de Bogotá en que el convento ahora, entre nosotros, es el abismo siempre abierto donde se hundan la sabiduría y las virtudes. Moral, ciencia, buenas costumbres, apostolado, cuando en su alto vuelo aciertan a pasar sobre el convento, caen sin vida, como las aves que se elevan sobre las aguas del mar Muerto. Si algún día triunfamos los liberales en el Ecuador, no demoleremos los conventos: inscribiremos en ellos escuelas y colegios de donde salgan maestros que enseñen, apóstoles que prediquen, santos que avirtúen a los demás con el ejemplo, y por ventura padres Sechi que nos pongan en contacto con la Divinidad por medio de las maravillas del universo. Nosotros tenemos creído que la civilización no está requiriendo ni el abatimiento de la clase militar, ni la ruina de la eclesiástica: la sociedad humana se compone de ellas junto con la civil: el gran político, el benefactor de todos será el que acierte a ponerlas en armonía y mutua correspondencia, girando cada cual en su órbita, sin que tropiecen nunca en esos egros obstáculos que se llaman rivalidad, odio, guerra a muerte.

En cuanto al hecho general citado por el honorable diputado neogranadino, hay inexactitud; inexactitud clamorosa. Disuelta Colombia, Venezuela fue patrimonio de Páez y su partido, es verdad; por donde el orador pudo haber dicho, aunque no sin restricciones, que Venezuela se retiró a un cuartel. Pero el Ecuador ¿de qué modo se retiró a un convento? ¿A un convento con Flores y sus Otamendis, sus Motas, sus Beriñas? ¿a un convento con sus Zulenes, sus Garcías del Río, sus Irizarris? ¿a un convento con esa falange de extranjeros descreídos, los cuales ora por ignorancia, ora por corrupción, ora por convicciones erróneas eran casta impía de advenedizos dictadores? ¿a un convento con sus llaneros, sus ebrios consuetudinarios de sangre, sus negros sin Dios ni ley que preferían la carne de caballo a los manjares de los dioses? El vulgo acusaba a Flores de hacer bailar figurillas a media noche y tener pacto con el diablo. Flores de nada tuvo menos que confesador y fanático; antes profesaba el filosofismo y hacía agua por la libertad del pensamiento. Flores fue dueño del Ecuador por quince años: con él reinaron sus ideas y sus costumbres; fue protector y declarado propagador de las logias masónicas: ¿cómo se había, pues, retirado el Ecuador a un convento? Flores cometió mil errores; pero fue hombre sensato en muchas cosas. El no salía, como ha hecho después García Moreno, a cuestras con una

viga descomunal en las procesiones: ¡y la crucecita era liviana en gracia de Dios! Una mitad de infantería eran los Cirineos: iba sudando el viejo, diciendo “¡ay!” y “¡ay; ¡Dios mío!” a cada paso; desmayándose, y bebiendo caldo en las esquinas; y riéndose todo el mundo, desde los soldados hasta los frailes mismos. Flores no fue tan majadero como todo eso. El cumplimiento de los deberes concernientes a la religión es en los gobernantes aún más necesario que en las personas particulares: desde el Beatrés que terciaba con Maquiavelo, hasta Napoleón el Grande oyendo misa con mucha devoción en la Santa Capilla, no hay Bismarck chico ni grande que no sepa que *Paris vaut bien une messe*. Tan fuera de camino anduvo Flores con dárles de nigromante, como García Moreno en haberse inscrito en el calendario, sin previa canonización: el cristiano sincero se elevará en éxtasis ante el cuerpo de Cristo oculto en las formas consagradas: el hombre hábil oirá misa con dignidad y humildad prosopopeya, sin ponerse en cruz ni besar el pavimento.

Después de Flores vino Roca, el hombre más juicioso del mundo: con él, los ecuatorianos fueron gente por cuatro años. No han dado en ayunar de día y comer puerco de noche, sino con García Moreno. Con éste sí, el Ecuador ha sido un convento: tinieblas, el jueves santo, y todos los demás días del año: abstinencia absoluta de patriotismo, pundonor, vergüenza: disciplina, más de lo necesario: otros ejercicios espirituales, como el clíster, que lo tenían los padres *velis nolis* cuando menos se lo pensaban. Metidos en sus capuces, con sus rosarios de abalorios como agallas de alcorcho, se andaban rezando por las calles como penitentes públicos de la procesión universal. Pero eso pasó: ahora este don Ignacio es un Littré, un Renán: los rojos de la Nueva Granada no tienen nada que decir; aunque por entre la boca del filosofante las orejas del beato están saliendo media vara: Veintemilla mandó decir una serie de responsos de último Finados: esta es la verdadera causa de la nueva invasión con que nos amenazan los herejes de Colombia.

En cuanto a la Nueva Granada, Dios sabe si se retiró a un colegio, como dicen. Santander, desde luego, fue hombre ilustrado y, en cierto modo, civil: *el hombre de la ley*, le llamaban ellos. Pero don Francisco de Paula pasó como una sombra, y la República ha sido en todo tiempo patrimonio de Mosquera y Herrán, hombres de palo y sable. Nación donde un Melo ha sido dictador, ¿se atreve a decir que su historia es el colegio? Colegio... Don Mariano Ospina no es colegio sino convento: los granadinos pueden blasonar, más bien, de haber visto su territorio cuajado de sociedades del Niño Jesús, la Niña María, San José, las Cinco Llagas, y otros admirables *meetings* donde se han metido hasta el occipucio en la mala fe o en el fanatismo. ¿En qué parte de la tierra ha tenido el clero más poder que en la Nueva Granada? ¿dónde la superstición ha consumado obras más negras? Pueblo en el cual un obispo levanta *legiones de la fe*, y las envía por el mundo a cerrar escuelas, no es todo colegio. Los granadinos no han triunfado aún; luchando están, no ya con la oligarquía militar, sino con la teo-

cracia. Acaban de tener una espantosa guerra de religión, ¡y vamos zahiriendo a los demás de poco civilizados! El mérito de los liberales neo colombianos está en esa lucha, y en haber civilizado, o vuelto civil, el cuartel: esos jóvenes que salieron de las universidades al campo de batalla han descollado súbitamente como buenos militares, y han vertido su sangre por sus convicciones, valen mucho, sin duda. Los granadinos son pueblo lleno de inteligencia y valor, apasionados a las grandes cosas: no tienen sino un defecto, y es el no querer que nadie sea nada fuera de ellos. Atenienses, espartanos, romanos, ellos: los otros, capadocios, beocios, trogloditas. Para ser instruidos, exigen que los vecinos sean ignorantes: valientes no pueden ser, si sus amigos no son cobardes; y por nada consentirían en que sus hermanos fuéramos civilizados, porque ellos correrían el peligro de ser bárbaros. Lo bueno, lo admirable sería ser superior entre grandes, excelso entre superiores; y no hay mérito ninguno en que la canalla que nos rodea, a fuerza de insignificancia, nos haga presumir algo de nosotros mismos.

EL TEMPLO DE EFESO Y EROSTRATO. BOLIVAR Y RICARDO PALMA

Dos son los cargos que los envidiosos y los demagogos han hecho en todo tiempo a Bolívar, el haber pretendido coronarse emperador o rey de los Andes, y el haber después intentado dar la constitución boliviana a Colombia. El primero no tiene fundamento en hecho ninguno: Bolívar, al contrario, siempre miró un descenso el pasar de Libertador a monarca, y lo dijo cien veces en documentos oficiales. Restrepo confiesa que el Consejo de Estado se inclinó a la fundación de un vasto imperio, cuyo príncipe fuese don Simón; pero éste no solamente rechazó la honra personal, sino también combatió como filósofo y político la idea. Bolívar profesaba los grandes principios de la revolución francesa; revolución que había dado en tierra con las desigualdades que estaban causando de muy antiguo en el mundo este desnivel clamoroso por donde se precipitan los pueblos a crímenes y desgracias. Hay asimismo alguna verdad en las insinuaciones de las testas coronadas a Bolívar respecto de la creación de una vasta monarquía en la América del Sur; pero aún es más verdadera la repulsa del agraciado. Si pues los hechos están deponiendo por el desprendimiento, la buena fe, el republicanismo acendrado del Libertador, ¿en qué fundan sus detractores los achaques con que pretenden mancillar esa gran memoria, oscurecer esa gran luz, confundir esa gran imagen que está resplandeciendo a los ojos del Nuevo Mundo? Ambicioso, lo fue Bolívar; ambicioso a lo grande: si no lo hubiera sido, jamás hubiera llegado a la alta cumbre en donde le contemplamos llenos de amor y asombro. Ambición es globo encantado en el cual inteligencia, valor ímpetu, audacia y más prendas que constituyen las naturalezas privilegiadas, levantan a los políticos y los héroes a las regiones inmortales. La ambición es afecto nobilísimo: ambición es sed de consideración, honra, gloria; y consideración, honra y gloria no adquirimos entre buenos sino con las virtudes ejercidas en

vastas, admirables proporciones. Ese anhelo por el mando que suelen abrigar los pequeños con propósitos ruines o perversos, no es ambición: si es apetito de sangre, será venganza; si de dinero, codicia; si de fútil esplendor, vanidad. Los honores no son la esencia de la grandeza: pundonor, honra solamente, arrebolados por el ingenio, alcanzan la pura y grata admiración con que los hombres elevan a esos sus semejantes que prevalecen por las grandes obras. Honores... los suelen disfrutar los más tristes de los nacidos: disfrutólos el hijo de Agripina, el parricida; disfrutólos el furioso Calígula; disfrutólos el torpe Heliogábalo: los ídolos antiguos, los fetiches de los salvajes, la cebolla han sido objeto de ceremonias deslumbrantes; y acabamos de ver con profunda pena festejos oficiales a un pobre hombre con ocasión de su natalicio, olvidando como adrede una de las fechas más respetables y felices de la América libre. Ciertamente el día de San Ignacio es más para las repúblicas del Nuevo Mundo que el 10 de agosto, día augusto en el cual vieron los hombres correr a los pies del viejo Pichincha la primera sangre de los apóstoles y mártires de la independencia. ¡Afortunados los que nos hallamos en víspera de huir, para siempre quizá, de pueblo donde ocurren tan vergonzosos escándalos!

Bolívar no ansió por los honores; se fue desalado tras la gloria; y gloria no puede haber donde no hay honra: ahora pues; ¿qué honra sin grandeza? ¿qué grandeza sin virtudes? Ambición es flúido precioso que impele hacia arriba a esos argonautas sublimes que se van, no pisando sobre sus semejantes, sino dejándoles el bien y prometiéndoles la lumbre de los astros. Bolívar abrigó en su pecho el fuego de la ambición, fuego prolífico, que engendra hazañas y está ardiendo en el Olimpo soplado por genios celestiales; por eso Bolívar se elevó a la bóveda celeste: amigo del vano poder, de los falsos resplandores, de la sonaja que embelesa y deslumbra a los pobres de espíritu, no lo fue; ni lo podía ser ese Alejandro republicano que andaba suspirando por la conquista de las estrellas, por si abrigasen en sus ámbitos cautivos que redimir, esclavos que libertar, hombres míseros a quienes poner en condición de género humano alto y grandioso.

El segundo cargo es justo; mas no podemos decir que por desgracia. La exasperación de los republicanos candentes tuvo su motivo; mas de puro aguzarla se desmochó en la muela. En cuanto a los reclamos que hoy hacen todavía los demócratas adentro de su fragua, con perdón sea dicho de tan respetables varones, unos pecan por ignorancia, otros por mala fe: la Constitución boliviana, tan difamada, contiene todos los principios republicanos, sin que la eche a perder sino la presidencia vitalicia. Fuera de esta excrecencia defectuosa y algunos otros lunares, los dogmas sacrosantos de la democracia están contenidos en su seno. Bolívar, es verdad, tenía tendencias a la forma aristocrática de gobierno, como una necesidad transitoria de nuestros pueblos y nuestras circunstancias, y acaso por convicción absoluta. Mas nunca pensó valerse de la fuerza para hacer que prevaleciesen sus opiniones. En cuanto a tenerlas, ¿por qué no las hubiera tenido él como cualquier otro en pueblos que concluían una larga guerra por la libertad de opi-

nión, de pensamiento, de palabra? Bolívar permaneció en París encerrado, vertiendo a oscuras lágrimas de cólera y dolor el día de la coronación de Napoleón I; y estamos seguros de que más fuerte hubiera sido el enojo de su espíritu los días de la Comuna. Entre Napoleón Bonaparte y Ferré se dilata un mundo infinito. No hay duda en que don Simón no admiraba sobradamente las repúblicas de los Rienzi y los Brancalones; pero aún se hallaba más inocente de aprobar y admirar los reinados de Carlos IX y Felipe II. Bolívar hubiera sido monarca republicano o presidente imperial: hombre superior, varón insigne en todo caso: amante apasionado del bien común, la ilustración, el progreso: desprendido, noble, generoso: ser admirable que a una inteligencia encumbradísima acompañaba un corazón delicado, bueno para todo lo grande, grande para todo lo bueno, depósito profundo de santas afecciones. A Bolívar no le falta sino el prestigio del tiempo: cuando los siglos, sacerdotes de la gloria, le hayan ungido con su óleo misterioso, Bolívar será grande para todos.

Fuera de estos dos cargos generales, no ha llegado a nuestra noticia que le hubiesen hecho imputaciones de vicios ni de crímenes: guardado estaba para la ingratitud llamar esclavizador al libertador, ambicioso ruin al magnánimo, codicioso al pródigo, vulgar al hombre raro, tonto al de claro entendimiento. Las niñas de Arequipa, cuando, vestidas de ángeles, se presentaban a Bolívar en medio de un pueblo inmenso, llevándole coronas en fuentes de plata a nombre de la nación peruana; llamándole libertador, protector, amigo y padre, no pensaban que en el Perú había de nacer el que le echase el cohombro infamatorio al caballero armado de todas armas, que había dado la vuelta a la América desafiando tiranos y venciendo héroes por la libertad de un mundo. Bolívar envenenador... envenenador, ¿no es esto? Simón Bolívar, andando por las naciones del antiguo continente, no vivió ocupado en estudiar la ciencia de Exilí, ni tuvo relaciones con la condesa Judiceli por los *mediums* espiritistas:¹ en Inglaterra estudió las instituciones fundadas por Simón de Monfort y sus barones: en Francia rastroó las huellas de los girondinos: en Alemania trató con Humboldt acerca de la emancipación de la raza hispano americana: en Italia subió al Monte Sacro, se tiró de rodillas antes los dioses invisibles, y por los manes de Cincinato y Furio Camilo juró la libertad de su patria. Esto no es profesar la ciencia del crimen, oh tú que te has envenenado con llamar envenenador al mayor y más ilustre de los americanos. "Del mismo modo pensaban los hombres de ese tiempo", dice este desventurado. Washington, premiando las virtudes de Bolívar con una prenda sagrada, ofrecida a la orilla de la eternidad, pensaba del mismo modo; pensaba que Bolívar no era sino vulgar y torpe delincuente. La Fayette, rindiendo homenaje al héroe, rasgueando con su pluma de águila las proezas del guerrero libertador, pensaba del mismo modo. Daniel O'Connell, cuando se dirigía a Bolívar por escritos, rebosando en sus líneas la admiración y el amor, pensaba del mismo modo:

¹La envenenadora Tofana vivía en la corte de Catalina de Médicis oculta con el nombre de condesa Judiceli.

del mismo modo los académicos franceses, del mismo modo los viajeros ilustres, del mismo modo los congresos y gobiernos que habían expedido decretos de honores al libertador de hombres y fundador de naciones!

Hay en una plaza de Lima una soberbia estatua que buscan los viajeros de todos los países: un soldado de grandiosa catadura está devorando el espacio con los ojos, enviando su alma al cielo con ímpetu inmortal. Su caballo tiene el brazo levantado, hiere el polvo, oye uno el ruido de esas pisadas belicosas. Esa estatua es de Bolívar, libertador de Colombia y el Perú. ¿Quién la erigió? *Los hombres de ese tiempo.* ¿Por qué? ¿por criminal o por hombre de bien? ¿por incapaz o por bueno para grandes cosas? ¿por envenenador o por sujeto de virtudes? Por sujeto de virtudes, ¡sí! virtudes privadas, virtudes políticas, virtudes sociales muy altas y muy grandes. Ahora bien, los peruanos de ese tiempo levantaban estatuas al crimen, y los de hoy las conservan y veneran, o las levantaban al mérito por la gratitud: si lo primero, Ricardo Palma es digno de sus compatriotas; si lo segundo, es indigno de ellos. El dictamen de un mal pensador no es el de una nación: desgraciado del Perú si juzgara como el más ingrato de sus hijos.

“Cruel”, ¡Bolívar cruel! Cruel como Pizarro, cruel como Valverde. Digo más: cruel como Entrile, cruel como Sámano. Más aún: cruel como Zuazola, cruel como Cerveris. Más todavía: cruel como el doctor Francia, cruel como Rosas. Los únicos hechos en que se fundan los compasivos difamadores de Bolívar para imputarle crueldad, son el fusilamiento de Piar y el degüello de los prisioneros de La Guaira. El general, encerrado en su cuarto, estaba llorando amargamente mientras ejecutaban a su compañero de armas. Piar, cien veces perdonado y cien veces reincidente, era una amenaza mortal para la causa de la independencia con sus conspiraciones y su loca ambición. Interrogado al fin qué haría si le otorgasen la vida, respondió que seguiría conspirando. Sufre la pena este héroe rebelde, y Bolívar queda por hombre sin corazón!

Nadie ha llamado cruel a Bonaparte por haber hecho alancear diez mil prisioneros egipcios; en esta acción terrible consistía la vida de su ejército: la necesidad volvió natural y corriente lo que sin ella hubiera sido bárbaro y espantoso. Los 800 prisioneros de La Guaira, en las circunstancias en que el dictador mandó pasarlos por las armas, eran un abismo que se estaba abriendo a los pies de la República. Murieron: su muerte fue una triste necesidad. Bolívar habría faltado a su deber, si de miedo de que un pobrecito que estaba durmiendo en las entrañas de la nada le llamase cruel, hubiera puesto su grande obra a riesgo de venirse abajo, incurriendo en la censura de las generaciones venideras.

Un sargento ha sido condenado a muerte en consejo de guerra por una grave infracción. En capilla está: contrito, con santa pesadumbre, le pide a Dios misericordia. Una joven hermosa fuerza la guardia del dictador: desesperada, loca, penetra en sus habitaciones, cae a sus plantas, hiere los cielos con ayes de dolor amorosísimo. El general permanece inexorable: la sentencia será cumplida. La pobre muchacha, medio muerta, es arrastrada

afuera. Su prometido va a morir: los santos esponsales van a ser rotos en las puertas del Himeneo.

Esa misma noche, a las dos de la mañana, cuando todos estaban durmiendo, una sombra comparecía misteriosamente en la sala del dictador: era una mujer vestida de negro, a quien seguía un oficial. El dictador tuvo con ella una corta plática, y la despidió. A la oración del día que estaba llegando, entre oscuro y claro, un piquete de soldados, con la caja fúnebre, salía por las murallas de Puerto Cabello: el sargento, pálido, pero firme, se hincó al borde de la sepultura cavada para él en ese mismo sitio, al pie del fuerte. "¡Pelotón, fuego!". El sentenciado cae cuan largo es dentro del agujero. Al otro día sus camaradas fueron a ver la tierra fresca que cubría el cadáver de su amigo, y lloraron, sin maldecir a su general.

Muchos años después, cuando se supo en Venezuela el fallecimiento de Bolívar, un viejo se dirigía una mañana a la iglesia de una aldea de los Llanos seguido de su mujer y sus hijos, todos de luto. Oyeron con profunda devoción la misa que él mismo había mandado decir por el alma del Libertador, y se volvieron a su casa, cuyas ventanas y puertas fueron cerradas. No comió ese día la familia, y la gente de la calle oyó adentro un lastimero llanto hasta la media noche. Era ese viejo el sargento fusilado al pie del fuerte. Así es como los grandes capitanes combinan las duras prescripciones de la política con las suaves exigencias de la humanidad. El culpado pasó por muerto para todos, y vivió feliz con otro nombre en un rincón oscuro, bendiciendo junto con su esposa la memoria de su general y salvador. Cuando éste hubo fallecido, le lloró como a padre idolatrado. He aquí el cruel, Ricardo Palma.

Los legisladores de los griegos mandaron que ningún escritor fuese osado a mentar a Eróstrato, loco que había prendido fuego al templo de Efeso, maravilla del mundo, por que su nombre pasase a la posteridad. ¡Santo Dios! yo he incurrido en la pena de los Anfictiones: nuevo Teopompo, he nombrado al nuevo Eróstrato. Pero América tiene el consuelo de que su templo de Efeso no ha sido reducido a cenizas.

POST SCRITUM. - Algunos preguntarán en qué fuente he bebido estas noticias, las cuales no se hallan en la historia ni en la vida del Libertador. Yo responderé que el que desea juzgar a juicio de buen varón ha de averiguar y saber hasta lo sepultado en la ignorancia, como sean datos de la verdad. Un anciano contemporáneo y conmilión de Bolívar, volviendo pluma bien tajada su espada libertadora, ha transmitido a la posteridad en linda manera los toques más brillantes del temperamento de su generación. El coronel López, soldado de la independencia, publicó en Bogotá una serie de anécdotas o pasajes llenos de poesía y seducción. Uno de éstos es el del sargento condenado a muerte. Histórico es el hecho; mas como no fuese en mi memoria sino una reminiscencia, heme visto obligado a vestirlo según mi propia indumentaria, poniéndole al noble esqueleto no solamente la ropa sino también las carnes. En cuanto a la parte segunda donde figuran

la iglesia de la aldea y la misa por el alma del Libertador, es un homenaje de la imaginación a ese elevado, puro sentimiento del ánimo que llamamos gratitud: la gratitud empapada en lágrimas es ciertamente una afección divina.

LAS CATILINARIAS

1880 - 1882

PRIMERA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE FERNANDO EL CATOLICO

LOS PUEBLOS que viven dentro de la jurisdicción de las hadas infaustas, sean grandes o pequeños, tienen la facultad de atraer sobre sí la vista de las demás naciones. El poder de las lágrimas es un secreto de la naturaleza, y la desgracia, título de consideración para los que saben coronarse de ella, resplandeciendo en las virtudes. Llorar, mujer, y vencerás, dice el refrán. Harto ha llorado Polonia, y está llorando todavía, sin esperanza de redención, ni más consuelo que las lástimas del mundo, que a su vez llora la suerte de un pueblo ilustre. La mujer vence con las lágrimas; las naciones, mientras más lloran, menos acreedoras son al aprecio de los pueblos dignos. La libertad no es un bien sino cuando es fruto de nuestros afanes; la que proviene del favor o la conmiseración es ventaja infamante, a modo de esos bienes de fortuna mal habidos que envilecen al que goza de ellos sin que le sea dado endulzarlos con el orgullo que la inteligencia y el trabajo suelen traer consigo. Pueblo que no tiene desahogo sino la humilde queja, ni arbitrio sino el llanto, ni compasión merece, menos compasión de los demás. Para que el infortunio sea cosa interesante, ha de ser devorado por uno con dignidad y valor, sin que la esperanza se halle nunca fuera de sus afectos. Sucede que a una persona se le caen a pedazos carne y alma, y todavía la miramos con desdén, si no se levanta sobre su suerte y nos hace ver que el espíritu no está sujeto a la materia. Mientras más ruín, más infeliz un hombre: un pueblo no tiene derecho para llorar sus tribulaciones, cuando ellas no son enviadas inmediatamente y directamente por Dios, único caso en que debe sufrirlas con paciencia, pues contra él no valen furias, ni sus decretos adolecen de injusticia: los males que derivan de la tiranía, tienen remedio, y a la mano. Pueblo es un vasto conjunto de individuos cuyas fuerzas reunidas no sufren contrarresto: su voz es trueno, su brazo rayo. Emperadores y

ejércitos, capitanes y soldados, tiranos y verdugos, todos caen, si ese gigante levanta su martillo. El pueblo es un cíclope; suda a torrentes en su inmensa fragua, pero está forjando las armas de los dioses. Todo pueblo merece su suerte, dice un severo juzgador de la especie humana; y es así; pues si se mala y no hace por mejorarla, ¿no es claro que está bien hallado con el yugo? La regla es falsa, me dirán; Polonia ha dado vuelos sublimes hacia la libertad, y no ha salido con su empeño: Polonia no merece su suerte. Si la merece o no, las investigaciones de los filósofos acerca de las causas de su caída, lo dirán; en cuanto a sus esfuerzos por liberarse y emanciparse, ellos son su gloria, y sin ellos el mundo no contemplaría esas ruinas sagradas, temblando en su admiración y su dolor. Presa de tres leones, ¿a dónde se ha de volver? Blanco cisne en medio de tres águilas, ¿cómo se ha de escapar? Desde que Tadeo Kosciusko, cayendo en Podzance bajo una bala moscovita, trazaba sobre la nieve con la punta de su espada estas palabras: *Finis Polonia*, Polonia desapareció. Esta es una excepción terrible que no saca mentirosa la sentencia: Todo pueblo merece su suerte.

Si me preguntan cuál es el prurito que vuelve más vicioso y criminal a un gobernante, yo responderé que el abuso de las leyes. Leyes son los vínculos de la sociedad humana con los cuales viven los hombres formando un solo cuerpo, sujetos a unos mismos deberes, agraciados con unos mismos fueros. El que viola el código de esas reglas en provecho de sus orgullos, sus vanidades o sus iras, es impío que da un corte en el santo nudo que encierra los misterios de las naciones, y rompe el símbolo de la felicidad del pueblo. En razón de las leyes divinas reconocemos el poder de Dios, en razón de las naturales acatamos a la naturaleza, en razón de las humanas dependemos los ciudadanos unos de otros, y todos juntos somos esclavos respetables del soberano invisible que está ahí erguido y majestuoso con nombre de Estado. Al que prescinde de los principios religiosos, la Iglesia le pone fuera de su gremio; al que los escarnece, le maldice y tacha de sacrílego: maldito es y sacrílego igualmente el insensato que se pone él mismo fuera de la comunión social con el traspaso de las leyes. La excomunión es pena de las grandes en todas las religiones: cuando los pueblos, cansados de padecer y tolerar, yerguen la cabeza y levantan el brazo en ese movimiento espantoso que se llama revolución, los malditos pierden el color y se ponen a dar diente con diente. Ese tribunal es inexorable: mentiste, engañaste, hiciste burla del pacto general y befa de la República: muere, perverso; condénate, impío. El patíbulo, un feo cadáver en los brazos, está dando fe de la justicia de un pueblo, o las piedras de las calles teñidas en sangre del réprobo que ha concitado su justa ira.

Toda infracción es delito, y no hay delito sin pena: las infracciones repetidas son culpas multiplicadas que acreditan un gran pecador en el triste que así atropella los mandatos del Cielo como los de la tierra. El abuso triunfante, soberbio, inquebrantable, es tiranía: en las entrañas de esta Euménides se dan batalla las pasiones locas, los apetitos desordenados, los propósitos inicuos, y tomando cuerpo en forma de verdugo, comparece a un mis-

mo tiempo en todas las ciudades de la República, condecorado con el hacha, la cuerda o el fusil pervertido, a llevar adelante sus obras de condenación. Tiranía no es tan sólo derramamiento de sangre humana; tiranía es flujo por las acciones ilícitas de toda clase; tiranía es el robo a diestro y siniestro; tiranía son impuestos recargados e innecesarios; tiranía son atropellos, insultos, allanamientos; tiranía son bayonetas caladas de día y de noche contra los ciudadanos; tiranía son calabozos, grillos, selvas inhabitadas; tiranía es impudicia acometedora, codicia infatigable, soberbia gorda al pasto de las humillaciones de los oprimidos. La tiranía es fiera de cien ojos: ve a un lado y a otro, arriba y abajo, al frente y atrás: zahirí prodigioso, en el centro de la tierra descubre si una virtud prófuga está allí metida en su propio rubor; si una inteligencia, procurando apagarse ella misma para no morir, se ha escondido en las sombras que ilumina a pesar suyo; si un corazón grande y puro se ha puesto tras el olvido para no ser tomado por los sicarios que ciernen el mundo en busca de lo justo, lo grande y lo bueno. Patriotismo, amor a la libertad, deseo de ilustración pública, son enemigos de esa hija del demonio, a quien ofenden e irritan luces y virtudes.

Tiranía es monstruo de cien brazos: alárgalos en todas direcciones y toma lo que quiere: hombres, ideas, cosas, todo lo devora. Devora ideas ese monstruo: se come hasta la imprenta, degüella, o destierra filósofos, publicistas, filántropos; esto es comerse ideas y destruirlas. El tesoro nacional, suyo es; la hacienda de las personas particulares, suya es; la riqueza común, suya es: suyo lo superfluo del rico, suyo lo necesario del pobre. Si algo le gusta al tirano, es la oveja de Nahaán. Entre los antiguos mejicanos el tercio de los haberes de los súbditos pertenecía al Emperador: pueblos hay en estos tiempos de progreso y estos países de libertad irrestricta que habitamos, donde los ciudadanos libres y felices han llegado a pagar el quinto: a un paso están de los vasallos de Moctezuma. Pagar, ¿a quién? ¿al Gobierno? ¿al fisco? No; al presidente, ese magistrado republicano que se está allí resplandeciendo en la luz de las leyes, fijo el oído en los consejos de Minerva.

Leyes... vuelven a salir al paso, y me hago con ellas. Leyes son freno de oro que nos obliga a ir y venir mesurada, cuerdamente. Duro es el bocado, pero saludable: esos sabores mantienen la frescura de la boca, esas camas agarran las riendas, dan fianza para no soltar el nudo de la vida. Rotas las leyes, rota la caja de Pandora: los males salen en torbellinos y, braveando por la República, triste la dejan y arrasada. El que la suele romper es el depositario de ella: hombre desleal, ¿así agradeces la confianza hecha de ti por los que te las pusieron en las manos? Traidor, las rompes, haslas roto: ¿cuál es tu pena? No la has de oír, la has de ver, cuando, las manos con empulgueras, la carlanca al cuello, vayas lento y aterrado por esas calles por donde paseabas tu soberbia teñida de oro y sangre.

La transgresión de las leyes no es sino favorecimiento inicuo a unos pocos, o quizá a uno, contra la mayor parte de los ciudadanos, contra la generalidad. Los tiranos suelen ser el todo ellos solos: divinidades animadas

por el orgullo, échanse a los hombros el mantón de Demetrio, y salen paso entre paso contoneándose cual Genios superiores al linaje de los mortales. Sol, luna, astros, bordados de oro y pedrería fina en fondo primoroso, están girando alrededor de Demetrio, cuyos decretos son divinos en concepto de los caídos atenienses. Los grandes tiranos, esos a quienes exaltan prendas y endiosan triunfos, todos suelen vestir el mantón sembrado de astros: éstos giran humildes en torno suyo, y ninguno los toca: héroes, nobles, barones y terratenientes poderosos son los astros que giran alrededor de los tiranos de gran porte, esos que con la cabeza dan en el firmamento, y con los pies están haciendo acto posesivo del infierno. Para ser gran tirano se ha de menester inteligencia superior, brazo fuerte, corazón capaz del cielo y de la tierra; los opresores vulgares no llaman la atención del mundo; los ruines, los bajos, son tiranuelos a quienes perdona el pueblo cuando se derruecan, y olvida por desprecio. Los bajos, ruines, pero criminales, pero ladrones, pero traidores, pero asesinos, pero infames, como Ignacio Veintemilla, no son ni tiranuelos: son malhechores con quienes tiene que hacer el verdugo, y nada más.

El conde José de Maistre, apologista de este personaje, pone en sus garras con amable desenfado al revolucionario patriota, al amigo de la libertad y el bien común, al escritor luminoso y atrevido, al prócer, al apóstol, al hombre libre que levanta al cielo la frente y no reconoce vasallaje envilecedor: todos son presa natural del verdugo para ese gran teórico, émulo de Hobbes. El que mata a todos, con razón o sin ella; el que roba a todos; el que agravia a todos; el que oprime a todos, éste es el único que no ha de subir jamás los cuatro peldaños de esa escalera negra por donde los más desgraciados de los hombres se encaraman en el altar de la infamia. Pues yo digo, señor conde, que si alguien merece el patíbulo, es el hombre inicuo, tirano o malhechor, sobre quien pesan crímenes propios y desgracias de los pueblos.

Sin traspaso de las leyes no puede haber tiranía: habrá quizá despotismo; si la hay, no está ella en el que las ejecuta, sino en el legislador. Si hay traspaso, hay tiranía, por fuerza de razón. Pues ¿cómo sucede que uno que las traspasa no se pueda llamar tirano? Los bandoleros las infringen, y no se llaman tiranos; son malhechores. Y el que se alza con todo, sin facultades para distinguir el bien del mal, sin luz de razón ni principios de gobierno, a impulsos de su bestial naturaleza; que brilla por el veneno y el puñal; que infama la tiranía misma con la hez de los vicios; que aborrece la justicia, por maldad; desprecia la inteligencia, por ignorancia; un azotacalles puesto en el Solio por asalto nocturno, y sostenido allí por una banda de gente hampesca; un pobre diablo como éste, ¿alcanzará nombre y fama de tirano? De ninguna manera; y quedas, oh lector, remitido desde ahora a otro lugar donde más largamente se contiene esta materia.

Leyes... ¿para qué las quiere Ignacio de la Cuchilla? “¿Con qué derecho habéis descendido armados a estas tierras que no son vuestras?” le dijo un

romano a Breno que se presentaba en Italia blandiendo la pica de los galos. “Nuestro derecho lo traemos en la punta de nuestra espada”, contestó el bárbaro. No le preguntemos a Ignacio de la Cuchilla con qué derecho está allí mandando a su manera sin Dios ni ley; con qué derecho está imponiendo contribuciones exorbitantes a los pueblos; con qué derecho se lleva a su gazapina las arcas públicas; con qué derecho proscribire a los patriotas, los varones eminentes; con qué derecho manda a media noche asesinar a los mejores; con qué derecho suprime escuelas, quita rentas a los colegios, amenaza a las universidades; con qué derecho pone las aduanas y las administraciones en manos de hombres sin fe ni probidad; con qué derecho asigna rentas fabulosas a insignes pícaros, y capa o quita del todo las de útiles oficiales; con qué derecho se tira de rodillas y llama extranjeros en su auxilio cuando las ha con enemigos interiores; con qué derecho cubre de infamia a la nación y de ridiculidad al Gobierno; con qué derecho embriaga al Cuerpo legislativo por costumbre, y convierte en lupanar la casa presidencial; con qué derecho impone multa y castigo denigrante a la Corte Suprema de Justicia por un fallo de este Poder independiente; con qué derecho envilece y arruina al clero, obligando a sacerdotes encadenados a firmar documentos mentirosos de prostitución y esclavitud; con qué derecho acusa a los inocentes con cartas fingidas, fabricadas en su oficina de imposturas; con qué derecho busca a los más invisibles de los hombres, como sean los más corrompidos y perversos, para darles mando y dictadura en las provincias; con qué derecho retiene esas nefandas facultades extraordinarias sin término ni motivo; con qué derecho se anda por las calles seguido de una manga de sicarios, echando a tierra con el bastón el sombrero del que no le rinde vasallaje, y punzándole la barriga al tiempo que le harta de improperios: no le preguntemos nada de esto, porque él ha de responder: “Mi derecho está en la punta de mi puñal; mi derecho está en las puntas de mis uñas, largas como veis, sucias y retorcidas; mi derecho está en la punta de mi nariz, con la cual husmeo y descubro lo que cuadra con mi apetito; mi derecho está en mi negadéz; mi derecho está en mi ignorancia; mi derecho está en mi proclividad; mi derecho está en mi impudicia; mi derecho en este zurrón de vicios y perversidades que escondo en mi negro pecho”. Este bárbaro ha descendido a la República con su cola de trogloditas, y en nombre del pecado y por autoridad del crimen ha planteado en ella las instituciones y costumbres de Sodoma.

Los trogloditas eran un pueblo sobre el cual la lluvia de fuego estaba en el disparador: hombres y mujeres, todos hundidos en un pozo de iniquidades y torpezas. Entre ellos la importancia personal de un individuo se graduaba por el número de acciones atroces, o por los actos que hacen temblar a la naturaleza. Pundonor en los unos, pudor en las otras, borrados de sus costumbres: sangre, rapiña, blasfemia, gula, incesto, pan de cada día para esos miserables. Viven sin gobierno: la anarquía, envolviéndose sobre ella misma, y soltándose luego cuan larga es, va serpenteando por la tierra, o se

dispara veloz de un punto a otro: incendios, bacanales furiosas, adulterios, parricidios, ésta la vida de los trogloditas. Tan veleidosos como soberbios, un día les pasó por la cabeza ganar en consideración volviendo su estado monarquía: quisieron monarca, títulos y condecoraciones, con lo cual prevalecerían por la vanidad los principales llamándose condes, duques y hasta príncipes los más atrevidos y ambiciosos.

Había entre ellos uno que se dejaba estar en austero silencio, sin tomar parte ninguna en ese empeño general de crímenes y placeres indebidos: ora por corromperle, ora por ponerle al toque de las virtudes, proclámanle su rey: ¡al trono! ¡al trono! El rey electo se yergue, encapota la frente más y más, y en voz terrible dice: “¿Yo vuestro rey, pueblo infame? Los dioses castigarían en mí semejante condescendencia: vosotros los crímenes, yo las virtudes dentro de mi corazón: adoro al padre de los mundos, tiemblo de su justicia, y procuro no parecerme en nada a monstruos como vosotros. El más ladrón, el más torpe, el más lujurioso, el más borracho, el más inicuo de los trogloditas, ese es vuestro rey”. Les devuelve la espalda y se va fuera de la ciudad a una cueva donde vive con una mujer casta y temerosa de Dios, cultivando la conciencia en comercio con la Divinidad por medio de los buenos pensamientos.

Los trogloditas no le matan: sorprendidos quedan, aturdidos. En tumulto inmenso van hacia el hombre justo, le toman en hombros y le traen a la ciudad por la razón o la fuerza. Sed nuestro rey, exclaman: guiadnos, corregidnos, curadnos esta lepra que nos devora el alma: os obedeceremos, os veneraremos. El hombre justo se pone a verter lágrimas. “¡Trogloditas! dice, del pueblo más perverso y corrompido de la tierra, seréis el más bueno y morigerado: el dedo de Dios está oprimiendo vuestros corazones, bien lo veo: llorad conmigo vuestras culpas, y seguidme por la carrera de las leyes: el cumplimiento de las divinas y las humanas será vuestra salvación”. Siguiéronle por allí al hombre justo los trogloditas, y vinieron a ser ejemplo de pueblos sabios y virtuosos.

Ecuatorianos, el troglodita que está sobre vosotros es el peor de todos, es el que designó el hombre justo: derribadle, buscad vuestra salvación en el cumplimiento de las leyes divinas y humanas; de otro modo seréis los trogloditas del Nuevo Mundo, y os devorará el alma esa lepra que corroe la del Gestas que tenéis sobre vosotros.

Hubo asimismo en un lugar una junta de hombres, no tanto malos cuanto viles, que se llamó Convención o Cuerpo legislativo. Van a dar leyes, y no tienen rudimentos del Derecho; a prescribir reglas de justicia, y son injustos. El legislador es sabio como Solón, austero como Licurgo: hez de cuartales, gente del campo, soeces taberneros, vagos y vagamundos, ¿qué constitución, qué leyes? Ignacio de Veintemilla, jefe supremo, va cada día a un chiribitil contiguo a la sala de sesiones, y está sacando la cabeza y alargando el cuello, a ver quién da su parecer en contra de sus pretensiones. Por la no-

che los legisladores están en su casa, comen y beben, se embriagan, vociferan: son los trogloditas del troglotón supremo. En este vaivén de carne y aguardiente, de vilezas y fechorías, las leyes estuvieron hechas: gendarmes sin ley, payos sin letras, polizontes sin oficio, rúbulas sin equidad, sacerdotes sin Dios habían dictado leyes. El presidente de la Convención era un viejo ebrio consuetudinario: borracho iba a las sesiones; no contento con esto, levantábase a cada paso a hacer aguas y echar un trago: el botiquín de aguardiente está ahí, tras una puerta: allá se acoge a curarse a cada rato, a curarse... Templanza, honra, majestad del hombre son enfermedades para ese viejo sátiro. Se levanta la sesión: borracho fue a ella, borracho sale y se va por esas calles en lastimoso tambaleo. Un hombre está de pie en el umbral de su tienda: el presidente de la Convención, que está viendo dos candiles, alza el palo, se le va encima: "¡Canalla! el que me toque un pelo a uno de mis soldados, al patíbulo". El no va al patíbulo todavía; va a la cama, y allí le está tocando el pelo toda la noche a su santa esposa: la botella. Al otro día se ha de levantar un Minos, y ha de ir a dar la ley de la prostitución y el escándalo.

Los legisladores han concluido las leyes; el último día revisten de facultades extraordinarias sin término al dios de los dioses: toma cada cual su mula de alquiler, y, el delito en el corazón, la infamia en el rostro, las alforjas al anca y el empleo en la faltriquera, se reparten por provincias y ciudades. Saliéndose aun de la órbita de ellas, el rey de los trogloditas no arrepentidos, es dictador: su dictadura, eso sí, modesta; para desterrar a los buenos; para sepultar a los mejores en prisiones; para llevarse a su casa los caudales públicos; para gravar con nuevos impuestos a la agricultura, la industria; para celebrar contratos en los cuales se favorece él mismo con medio millón de pesos; para quitar a los planteles de educación sus rentas naturales; para ceder las aduanas a los cómplices, como le manden su parte equitativamente; para ninguna cosa mala. Y este cumplido troglodita está haciendo cada día una cruel amenaza a los ecuatorianos. "Me he de ir, dice; me he de ir a Europa, en donde saben apreciarme. Ingratos: me he de ir; en Francia me quieren; en Inglaterra conocen y reconocen mis méritos; en Alemania tengo vara alta: me he de ir".

¿Y en España, Ignacio de los Palotes...? ¿y en Madrid...? ¿y en la calle del Arenal...? ¿y en el hotel de las Cuatro Naciones, no te saben apreciar, no te conocen tus méritos, no te quieren? Sí te quieren, para alojarte en los pontones de Cartagena o dar contigo en la Carraca. Testigo el marqués de Acapulco, don Mariano del Prado, con quien te mandó afectuosas memorias el italiano Juan Borella. No te vayas: las requisitorias están en París, te echan mano. Puedes irte, el niño: le ablandarás al de Madrid con un buen porqué de unto de Méjico; pues para algo han de ser los quinientos mil pesos que te tienes por ahí, amén de los seiscientos mil que te van a caer del cielo por el ferrocarril de Yaguachi. Puedes irte, amigo, y goza de las consideraciones y el amor que te profesan en Europa.

Llorad, ecuatorianos, ¡se va! Derretíos en lágrimas, se fue. Los esquilmos de vuestras haciendas estarán seguros, las alhajas de vuestras hijas no correrán peligro, la vajilla yacerá en su alacena: llorad. Un negro con lazo, un cholo cualquiera con gorra no os insultará en la calle, un jefe beodo no os cubrirá de injurias, un rufián de servicios no os llevará a la cárcel: llorad.

Vosotros, periodistas; vosotros, jueces; vosotros, profesores y catedráticos, llorad. Llorad; ya no tendréis quien os confisque vuestra imprenta, quien os castigue vuestra justicia; quien os reprenda vuestra enseñanza: llorad.

Clérigos, llorad: ya no os sepultarán en húmedas mazmorras, ni os pondrán grillos perpetuos, ni os harán firmar escritos infames el puñal al pecho.

Llorad, sastres, carpinteros, zapateros: vuestras hechuras no os serán defraudadas, ni correréis peligro de ir al cuartel, si tenéis la avilantez de reclamarlas.

Estudiantes, jóvenes que ansiáis por ilustraros, llorad: se va don Alfonso el Sabio, se va el Albulense: llorad. Se va Tritemio, se va Santo Tomás de Aquino.

Poetas, se va Mecenas, se va Augusto, llorad. Se va Cristina de Suecia, se va Luis XIV.

Llorad, agricultores, se va Ollivier de Serres, se va Enrique, el protector del trabajo y la industria.

Maestros de escuela, llorad: se va el dueño de vuestras rentas, se va.

Matronas de alta guisa, llorad: se va el yerno codiciado. Niñas de quince años, se va el novio pretendido: llorad.

Llorad, ninfas, se va Silfo. Náyades de las fuentes, napeas de los bosques, dríadas y amadríadas, llorad: se va el Amor, el Genio de los fantásticos placeres.

Llorad, Musas, se va Apolo. Flores, llorad: se va el fresco, blando Céfiro.

Pan del hambriento, vino del sediento, vestido del desnudo, qué no era ese San Carlos Borromeo ceñido de invicta espada. Enseña al que no sabe, da buen consejo al que lo ha menester, visita a los enfermos, con la bolsa en la mano, para meter allí lo que encuentra en sus santas peregrinaciones, si gargantillas de perlas, si cucharas de plata. Lloremos, compatriotas, lloremos: se va vuestro libertador, nuestro civilizador, nuestro benefactor. Ingratos, ¿no lloráis? Oh, corazones broncos, oh, pechos áridos, oh, almas de almirante, sacad agua de las piedras, llorad. Ya no oiréis ese paso lento, pesado, fatídico por vuestras calles. Ya no veréis ese pescuezo de meses mayores que está amenazando con una reventazón de hiel y vinagre; ya no sentiréis en las carnes esa uña envenenada. Se va el rey, se va el papa, se va. Se va, se va, se va nuestro padre y madre: llorad, lloremos.

¿Qué llanto deplorable es ese que inunda los ámbitos de la razón? Lloran los hombres, lloran las mujeres; lloran los civiles, lloran los eclesiásticos: se fue...

No lloran porque se va, sino porque no se quiere ir ni morir el bruto: lloran los cobardes, cuando lo que deben es alzar el brazo y dar al través con ese malvado tan sin fuerza contra un pueblo pundonoroso y valiente. ¿Es

por ventura su poder obra de su vigor? La flaqueza de los demás, la entereza del ruin que al menor síntoma de cólera popular pone las manos a gentes extranjeras y las llama en su socorro. ¿Qué fuera de él con la nación alzada? ¿qué de sus cómplices y esbirros ahogados siempre en bebidas soporíferas y apocadoras? Pueblo, pueblo, la honra ha huido de tu pecho, la vergüenza de tu rostro. ¿Cuándo viste sobre ti alimanaña más soez y despreciable que ésta que hoy te está chupando la médula de tus huesos? ¡Y no te enderezas, y no te superas a ti mismo, y no ruges de cólera y sacudes de tu cuerpo el ávido murciélagos que ya te tiene exangüe! Honor, pundonor, consideración de las demás naciones, bienes de fortuna, todo te lo ha comido, todo. Y le sufres aún; y, esqueleto rechinante, le sirves de caballo, y él te mata. Pueblo, pueblo, pueblo ecuatoriano, si no infundieras desprecio con tu vil aguante, la lástima fuera profunda de los que oyen y te miran. Un tirano, pase: se le puede sufrir quince años; ¿pero un malhechor? ¿pero un salteador tan bajo, un asesino tan infame? . . . Pueblo, pueblo, pueblo ecuatoriano, ve a la reconquista de tu honra, y muere si es preciso.

Se va a Europa, allí le aprecian, le quieren. Los que no saben cuánto alcanza en las naciones del viejo mundo, en esas capitales opulentas, un desconocido cualquiera que llega sin nombre ni bienes de fortuna, podrían quizá dar alguna significación a la pajarotada de ese farandulero. ¿Quién le aprecia en Europa? ¿la motilona que le lleva a mediodía su pitanza a la cama? ¿la vieja que le recibe la llave, cuando él sale para el café? ¿el mozo de la cervecería que le sirve copa sobre copa? ¿la dama del número 5 que le conoce como a su parroquiano? ¿el dueño del garito que le ve todas las noches? Estos le aprecian, éstos le quieren. Por lo demás, ¿qué relaciones un quidam sin talento ni riqueza? ¿qué distinciones un pícaro de más de marca? Inteligencia superior, grandes obras de la pluma o de la espada, caudales bien o mal invertidos se han menester para hallar puesto entre la gente de chapa de esos mundos. Andar condecorado fraudulentamente, como Ignacio Veintemilla, falsificando cintas y veneras, podrá recomendarle a uno a los policiales e infundir cariño en la gente de la hampa; mas no son estos miramientos ni este amor los que buscan los hombres de bien y trascendencia. No hay duda sino que, si sale con vida de la nefanda aventura en que está metido, se ha de ir a Europa, se ha de llamar conde, ha de tener coches y lacayos, él, el pobrecito del ómnibus, el sopista de Picpus. Pero tras ese gran señor de yeso no podrá ocultarse el criminal, y una vez que el príncipe de Cavalcanti venga a ser descubierto, huír ha con títulos y millones. En su patria una muerte y muchos robos; en Madrid una estafa de . . . caballero; en París robo de la espada de Solano López, falsificación de símbolos nobiliarios. En esta última ciudad está llamado por la justicia: no ha comparecido; antes escribió al mariscal Mac-Mahón, presidente de la República francesa: "Grande y buen amigo". Si ese egregio magistrado, o la reina de la Gran Bretaña, tuviesen noticia de quién es su *grande y buen amigo*, mandarían sendos buques a castigar con bombardeo al pueblo que tiene la vileza de sufrir sobre él a perillán como ese, y al mismo belitre que se atreve a hombrarse con

presidentes de marca mayor y testas coronadas. Un nubarrón oscuro en forma de corneta se está levantando sobre ese Lapita afortunado: su estrella va a apagarse, se apagó.

*Muchas veces he memoria
Del cielo venir señales,
Que nos daban figuranza
De la mala venturanza
De nuestras cuitas e males.*

Las leyes... Hánsenos ido nuevamente de las manos, pero no hemos hecho infracción de ellas. Una vez que los convencionales las hubieron llevado a felice cima, pusiéronse a rodearlas ellos mismos, y echándolas abajo de raíz. Leyes, buenas o malas, ya estaban hechas: gracias a Dios, la dictadura vio su término, y el peligro inminente que Bolívar estaba señalando en ella para la patria, dejó de amenazarla. Dura labor la de esos legisladores: comer, beber, dormir, jugar muchos de ellos y firmar todos. Constitución y leyes, hechas allí. Pero esos Claudios y Papiros, esos Régulos y Catones no habían contado con la huésped: ¡Mensaje del Poder ejecutivo! gritan los ujieres. El señor ministro, un soberbio capón de partirlo con la uña, se presenta, sus papeles en la mano: "Señor presidente, señores diputados: hará cosa de seis días, dos hombres misteriosos llegaron a la casa de posada de Guaranda. De Guaranda, señores, fijaos en la gravedad del asunto. Encerráronse estos hombres, y ni comieron ni bebieron: hombres misteriosos, como queda dicho. Venía el mayor cubierto con uno de esos aparatos de camino que llaman catalán, mascarilla o papahigo: el otro, por el recorte del pelo daba indicios de ser fraile; capuchino, jesuita o dominico, no lo podría decir el supremo Gobierno. Al otro día los hombres misteriosos habían desaparecido. La Cámara, en su provincia, dictará las necesarias para la salvación del país".

"Señor ministro, contesta el presidente, viendo siempre dos candiles donde no había más que uno, según lo expuesto por vuestra paternidad, la República se halla al borde de un abismo. Dos hombres misteriosos en una posada, fraile el uno, con papahigo el otro... la revolución está hecha. Podéis asegurar al excelentísimo señor capitán general de sus ejércitos, que este ilustre consistorio no escatimará los medios de defensa, ni le regateará su co... su co... su co... su cooperación. Al joven Carlomagno le ha de caer de nuevo la gloria de salvar la libertad y los principios".

El honorable presidente se agacha, se agazaja y esconde tras la mesa de su alta plataforma, echa un trago, se endereza y pregunta: "¿Su señoría, el señor ministro, no tiene otras pruebas que aducir?" "¿Pruebas, señor presidente? eso es lo que sobra; mas antes dignaos advertir que entre *señor* y *señoría* hay pleonasma". "¿Y cómo no? replica el presidente; pues si lo que tenemos menester en estas nuestras apuradas circunstancias es un pleonasma, un gran pleonasma, de esos con los cuales Mitrídates salva la Francia, y Benedicto XIV pone a raya a... Torre Tagle. Un pleonasma, sí, señores, pleonasma; lo que se llama pleonasma".

Profunda era la admiración de la Cámara por la sabiduría de su presidente; y el señor ministro, no muy seguro en ese terreno, pasó a dar las pruebas, y dijo: "Un honrado comerciante de Guayaquil nos escribe que los insurgentes no se dan punto de reposo, y que antes de uno o dos años la revolución será *urbis et orbem*". "*Urbis et orbem!*" grita el presidente; lo habéis oído señores diputados, *urbis et orbem*. Andrés Alciato y Justo Lipsio hubieran dicho quizá *urbi et orbi*; mas el señor ministro y el presidente de la Convención hablan latín corregido, aumentado y perfeccionado; ellos dicen *urbis et orbem*: latín parlamentario, latín oficial.

Los legisladores, por casualidad no estaban ese día tan borrachos como su presidente, no juzgaron que el caso del señor ministro fuese de tocar a somatén, y dejaron las facultades extraordinarias para cuando se presentasen más pruebas, siquiera indicios de la conspiración. Esa noche el jefe supremo no les dio de comer ni de beber, y como iban presentándose en su casa, los iba hartando de desvergüenzas y echándolos escalera abajo. La siguiente, un horrible acaecido les abrió los ojos a los diputados, y vieron esos ciegos: libertad, instituciones, patria, húndese todo, sin la advertencia y sabiduría del jefe supremo. ¡Fuego! ¡fuego! ¡arma! ¡arma! ¡Se quema el cuartel del Número Catorce, arde el mundo, se pierde la Francia!

El infame cometió ese día el más bajo de los crímenes, el incendio. Traspuso por la mañana sigilosamente el parque, y de noche mandó meter fuego a un rancho que estaba sirviendo de cuartel. Era éste un armazón de magueyes y paja sobre las paredes de una iglesia caída. Preséntase de nuevo Eutropio en la Cámara legislativa, y dice que los enemigos del Gobierno han incendiado uno de los cuarteles; que la revolución está descubierta con hecho tan audaz y notorio. Los diputados, íntimamente convencidos de la superchería, le dieron facultades extraordinarias para toda la vida al incendiario. ¿Cuál es más infame, el malhechor o sus fautores? ¿el malhechor o sus encubridores? Tocado el rebato, acudió el pueblo: el batallón, distribuido en las esquinas, bala en boca, le echó a la espalda. Jefe supremo y presidente de la Convención, con bastones levantados, estaban ahí presidiendo el incendio, sin permitir que nadie acudiese a salvar la ex iglesia. Piensen estos dos histriones que el pueblo es un canasto de títeres, y la nación un retablo donde ellos, rey Marcilio y rey sobrino, han de dar sus farsas en uno como maese Pedro? Los asesinatos castigaría yo con el patíbulo, los robos con el grillete y la escoba, y la patraña del incendio y las facultades extraordinarias, con azotes. Un hombre de sangre en las venas decía no ha mucho, que a los convencionales de Veintemilla y Urbina se les debía transmitir a la posteridad en un cuadro inmortal con sus retratos. Bueno; pero en el cuadro no han de estar sentados, sino echados de... barriga.

"¡Ese no! me ha de venir con leyes", respondió Ignacio de la Cuchilla a un individuo que para ministro de Estado le proponía un hombre de ley. El estilo es el hombre, dijo Buffón, cuyo axioma están repitiendo todos los días filósofos y moralistas: el estilo es el hombre. Las palabras del hombre son

la imagen de su vida, había dicho Salomón, de donde por ventura sacó su principio el gran escritor moderno. Las palabras del hombre son la imagen de su vida: "Me ha de venir con leyes", dice el menguado sin fe ni ley. El autócrata de Rusia no habla con más atrevimiento, él que por ley es soberano absoluto. Un presidente de una república que se titula democrática ¿puede rechazar a sujetos competentes y de probidad, cabalmente porque son competentes y probos? El quiere uno que no le venga con leyes; quiere eunucos natural y perpetuamente encorvados ante la majestad de su persona, que autoricen sin actuarse en ellos sus órdenes y decretos. Quiere delincuentes sentenciados, para desdoro de la nación y tirría del cuerpo diplomático. Su ministro de lo Interior y Relaciones exteriores actual, es un masón expulsado de una logia de Lima, previa sentencia condenatoria: estafador, impostor, mentiroso, incorregible, calumniante, y otros de estos son los artículos de la acusación por la cual los masones le pusieron de patitas en la calle, un cartel a la espalda, donde estaba dicho en gruesos caracteres: "Infame". El proceso y la sentencia, autenticados, salieron a luz por la prensa con la estampa del réprobo: todo el mundo los ha visto. Ignacio de la Cuchilla sabe muy bien esto, y por lo mismo le ha hecho ministro de Estado y le tiene en roce infamador con los de las naciones amigas. Estos, a fuerza de pundonorosos, como representantes de gobiernos respetables, deben protestar contra semejante medianero, y negarse a tratar con uno cuyo retrato anda con la nota de inhábil y fallido. Ignacio de la Cuchilla es por lo menos consecuente consigo mismo: secretario del monopolio no puede ser sino Chiquiznaque y Maniferro. Hombres de ley le vendrían con leyes; no los quiere.

Por aquí pueden ver las repúblicas vecinas cuáles habrán sido los legisladores de Veintemilla, cuáles los que han puesto una triste nación como la vemos. Elegidos, en unas provincias a furor de espada, en otras a puro fraude, en las de más allá con prescindencia de los ciudadanos, la junta aquella fue una verdadera rufianería. En la capital de la República, los soldados hicieron la elección: desfilando por compañía, iban de mesa en mesa: ellos también son ciudadanos, tienen derecho... derecho de votar cada día cuatro o cinco veces cada uno, sin que la vergüenza ni el respeto público pudiesen algo con el que los mandaba. En Imbabura, un viejo del lazareto de Urbina, charreteras a los hombros, espada al cinto, crímenes e infamias dentro del pecho, se presentaba diariamente en la mesa electoral, y como quien hace un donaire, iba sacando de todos los bolsillos puñados de votos escritos y echándolos en la urna. No contento con esto, llevábasela a su casa por la noche, y rompiéndola sacaba todos los de los buenos ciudadanos. En Tungurahua, uno de esos palurdos que llamamos *chagras*, disfrazado de *jefe*, sale un día, vísperas de las elecciones, y, "¡Juego, mochachos!" hiere, dispersa liberales, mata un joven distinguido. He aquí las elecciones.

Por si estas líneas llegaren a manos literarias, ahora que en todas nuestras repúblicas hay una porción de humanistas o beneméritos filólogos que están haciendo *agua* por la cultura del lenguaje; por si alguno de esos doctos escolares de don Andrés Bello, esos que las cortan en el aire en esto del hablar

pulido; por sí un Cuervo, una Caro, un Marroquín, en Colombia; un Acosta, un Calcaño en Venezuela; un Amunátegui en Chile; un Gutiérrez en el Río de la Plata; un Merchán, un Mestre en Cuba; un Icazbalceta, un Ipandro Acaico en México llegaren a echar los ojos sobre estos renglones, habré de decir lo que es un *chagra* en el Ecuador. Chagra es lo que el *guajiro* en Cuba, lo que el *sabanero* en Bogotá. Hombre de zamarra, si a caballo; de pantalón si a pie. Chagra sin poncho, no lo hay: la funda de sombrero, cosa suya. El chagra es mayordomo rural de nacimiento; tiene mula, yegua; caballo, rara vez. El Chagra dice *piti* en vez de poco, responde *¡jau!* cuando le llaman, y en siendo *jefe*, manda: “¡Juego, mochachos!” Si le obligan a sentarse a la mesa, pues hay chagras calzados y tocados, no sabe el infeliz qué hacer de la cara y las manos: come con el cuchillo, hiere el pan con la cuchara, se limpia los labios con el poncho. Cuando este humilde personaje deja *la chagra*, no su fémina sino su mansión rústica, y empieza a sacar los pies de las alforjas, es personaje terrible: chagra con botas, presilla, cachucha y galones, *abrenuncio*. El chagra-soldado, chagra-jefe combina mal las piezas de su vestido: pantalón blanco, chaleco de grana, levita verde, sombrero de copa alta o chistera, y hasta guantes de hilo se pone el mancebo. Verle a caballo, un rey de Prusia, sino que pide un *piti* de aguardiente, cuando se le aridece la canal maestra, y dice que *güelta* ha de venir a tomar *trago*. *Güelta*, en lengua viva de chagra, es otra vez; adonde viene a dar por *vuelta*; esto es que ha de volver a ocurrir tal cosa. *Trago* es simple figura de retórica, o la parte por el todo. El chagra habla también figuradamente, y sin saberlo, como monsieur Jourdain, comete hipérbatos, sinécdoques, onomatopeyas de las buenas. Si el *sabanero* de Bogotá y el de Cuba son como éste, hermanos son, y deben convocarse a un congreso continental en Atenas, para darles términos fijos al *piti*, al *jau* y otras alimañas *ejusdem furfuris*, que hoy andan perdidos en comunidades de gente de capa parda.

El chagra llega a ser coronel, Dios misericordioso. Al que le dice coronel, es capaz de darle un ojo de la cara, aun cuando sea tuerto. ¿El *guajiro* será hombre de este fuste? ¿habrá guajiros coroneles? Un gran señor libertino es terrible cosa, dice un moralista; un chagra gran señor, con cacofonía y todo, es la cosa más graciosa que puede nadie imaginar. Da convites, y en vez de jamón pone *cúí*, animalejo doméstico de América, de que los indios gustan por extremo. Humboldt, que habla con tanto encomio de la *oca* y el *melloco*, ¿no tiene por ahí un capítulo del *cúí*? Si Humboldt no se desdén de hacer mención y aun tratar de propósito estas quisicosas peculiares del Nuevo Mundo, ¿habremos nosotros, pobtecitos medias cucharas, de rehuir su contacto, picando en cultos y grandilocuentes? Compra vino el chagra; mas la chicha no falta de su mesa; y el *café*, que él llama *cuafecito*, no es bueno si no lo hiere con una punta de agua de Colonia. La loza blanca no ha penetrado aún en el palacio del chagra: allí se ven platos de mariposas azules y escudillas moradas como para frailes. Si el chagra baila, ríen los prados; eso es salir el sol a media noche, espectáculo brillante. ¡Y miren si son pocas las pernadas que da a modo de danza sutil! En resumidas cuentas, ven-

ga el chagra-galán, el chagra-diplomático, antes que el chagra-militar; porque éste, aun cuando se halle él mismo en amena conversación con amigos y señoritas, de repente se acuerda de que es soldado, y “¡Juego, mochachos!”

Chagra no es barbarismo, como ya lo están presumiendo ciertos lingüistas rigurosos; tiene su raíz, es señor de etimología y de devengar quinientos mavedises de lengua castellana, sin más que poner de las orejas en la calle a esa intrusa y salteadora, y reivindicar para la digna *c* el puesto del cual ha sido arrojada fraudulentamente. La *chacra* del diccionario es todo un solar para el *chagra* americano. Ahora que ciertos académicos de la Península, y nombradamente nuestro buen don Eugenio Hartzenbusch, están mirando con tanto favor la parte razonable de nuestro lenguaje indoespañol, allá va el *chagra*, por si acaso tienen a bien darle carta de naturaleza. Quitadle el *chagra* al Ecuador, y le habréis quitado la flor de su idioma: sin el nombre, el sujeto vendría a quedar en contingencia; y una vez desaparecido tan curioso personaje, la nata de la población del Nuevo Mundo se ha perdido.

Dando de mano a este punto cuasi literario, volvamos a nuestra amable política. Viejos del lazareto de Urbina y *jefes* flamantes, chagra-soldados, hicieron las elecciones a “¡Juego, mochachos!” ¿Qué mucho que la Convención de Ignacio de la Cuchilla haya sido una junta de dioses, no de los romanos, mas antes de los de Africa, esos monitos pelados, negros y ridículos; esos leones de piedra informes; esos animales extravagantes de que están llenos los templos de los hotentotes y los cafres? Ignacio Veintemilla va a decir que hubo libertad de sufragio, puesto que yo mismo fui electo para la Convención; pero trabuca sus recuerdos: electo, fui, verdad, a *juego, mochachos*. Cuando pálido de cólera, trémulo de miedo, despechado y balbuciente oyó mi nombre, ¿no dijo: “Yo había dado orden de que el más insignificante de los ecuatorianos fuese electo por la más insignificante de las provincias?” Debe ser la más pundonorosa y valiente, cuando a fuero de atrevida pudo elegir al que desde entonces tenía proscrito en su ánimo ese excremento de García Moreno. Eligióle haciendo caso omiso de gobernadores, comandantes de armas, comisarios y sicarios, haciéndoles temblar la barba, como dicen, y metiéndolos en pretina. O fue más bien que no hubo allí apóstoles de la libertad que anduviesen predicando su doctrina con las culatas de los fusiles.

Reparad, señores, os ruego reparéis en esa nefanda agresión a la República, cuando dice el réprobo de las naciones que había dado orden de que yo fuese electo. La mentira es lo que me saca de quicio; la ignorancia desmochada de aguada, esto es lo que me irrita. Dar orden de elegir, ¿es por ventura haber elección?

Si la orden fue cumplida, de su peso se cae que el sufragio popular fue desviado y frustrado. Dio orden de que yo fuese electo... y, según las trazas que se había dado, era para él cosa inconcusa que yo no lo sería en ninguna parte. Cuando se le fue la albarda a la barriga, él había dado la orden. He aquí los fundamentos sobre los cuales levanta su vanidad, llamándose el

Bismarck de Sudamérica. Bismarck será pícaro a lo grande, pícaro a lo César Borgia y Maquiavelo: inteligencia superior, sabiduría profunda, don de acierto y don de gentes, estos son los materiales de que se componen Cavoures, Matterniches y Bismares: fuera de ellos, no hay sino ridiculez y apocamiento. Diplomacia es la más peliaguda de las ciencias.

No puedo menos que hacer una salvedad, cuando doy en las galeras con esa canalla delincuente que se llamó Convención de Ambato. Hubo en ella tres o cuatro hombres que pudieran haber pertenecido a una junta grave y majestuosa, y un anciano con cuya presencia brillaría un colegio de senadores virtuosos. Don Pedro Carbo extremó su santidad hasta el punto de sufrir esa danza macábrica, y han de tomar parte en ella; y esto es lo que admito en él sobre toda ponderación. ¿Hubiera yo visto esa cara de caballo que se asomaba por allí a intimidar y a amenazar a los legisladores, sin echarle el agraz en el ojo? ¿Hubiera llevado en paciencia ver ese fauno asqueroso, durmiendo y roncando en el sitio del presidente, un palmo de boca abierta, adonde acudían las moscas de los alrededores? ¿Hubiera sufrido el alzamiento de esa manga de urdemales contra la honra nacional y la vergüenza pública? Bien apurada la cosa, podemos decir que hubo en la comunidad de fetiches nueve hombres de conciencia, si no acendrada, no tampoco asendereada; y fueron los que le negaron su voto para presidente de la República a Ignacio Fraudador de los Ardides. Un clérigo pasó tan adelante en el desparpajo, que, encasillado en su mitra, le dijo cara a cara: "Ignacio, te he negado mi voto, porque te juzgo inepto para el mando; y porque has de hacer lo necesario para que te suban a la guillotina". ¿A la guillotina? cepos quedos, ilustrísimo señor: la profecía está cojeando del pie derecho, y envuelve lesión enorme para la cuerda. Rectifique vuestra ilustrísima su vaticinio de este modo: "Y porque has de hacer lo necesario para que te lleven a la horca", y véalo allí fortificado con la sanción de la República, Pues montas que hemos de ir a cubrir de estiércol la cuchalla que tuvo la honra de echar abajo las cabezas de Luis XVI y María Antonia, ¡reyes cristianísimos!

¿Nuestros augustos padres, fundadores de la República, hubieran jamás pensado que así habíamos de bastardear nosotros que apenas somos ahora para distinguir la libertad de la anarquía, la democracia de la demagogia, el adelanto moral de esta preposteración maldita con las cuales vamos trote trote camino de Cafarnaún, poniendo cada uno de nuestras fuerzas en el desquiciamiento de las ideas y el desordenamiento de las cosas? El Congreso de Angostura y el de Cúcuta fueron concilios de padres venerables, sacerdotes de la libertad y civilización, que hubieran estado como en su puesto en el Senado entre Fabricios y Escipiones. La Convención de Ocaña fue compuesta de lo más selecto de Colombia: el Congreso de 1830 resplandeció por la sabiduría y el amor a las instituciones por las cuales tanta sangre había sido derramada en los campos de batalla. En esas juntas intachables cada representante de la nación cifraba su conato en ser útil a la patria, cuándo con una idea luminosa, cuándo con principio de moral convertido en canon de la

democracia. Todos esos congresos fueron formados de los hombres más eminentes de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, si por el patriotismo, si por el saber, si por el corazón y alma grande que constituyen grandes ciudadanos. De guerreros, de hacendistas, de juristas lo mejor: hombres al fin que, estaban como estaban más cerca del origen de la República, sabían más que nosotros que ella no puede levantarse ni quedar sustentada sino sobre la sabiduría y las virtudes, cimiento de toda cosa buena y verdadera. Varón, excelso, amigo del procomún, patriota sin mancilla, lepra en estos tiempos en que el crimen y la ignorancia dan la ley en la República. La taberna, ahí está; de ella se sacan legisladores. El cuartel, semillero de diputados. La aldea, la hacienda. Atica donde hierven oradores y hombres cívicos. No será mucho si afirmamos que nuestros congresos y convenciones tienen miembros que no saben entenderse con la pluma ni averiguarse con el libro. El presidente actual del Ecuador no llega sino a firmar, y no es encarecimiento, sino verdad probada; poco es que sus legisladores no sepan ni leer: para discutir, discutir los altos principios de la asociación civil y del gobierno; para dar leyes y providencias sabias, basta con que el diputado haga las cosas a ojo de buen cubero: en su abacería es un gerifalte para pesar hollín, medir aceite; en su cuartel se pierde de vista para esto de echar un trago y dar de azotes a quien quiera; en su páramo es un brujo para el rodeo, y que le tosan en el correr venados. La mayor parte de los *legisladores* salen de la recámara, son esos parásitos que se llaman palaciegos, rufianes de quienes hurtan las virtudes, porque son ellos ministros de prostitución y desorden. El bajo servicial, el ruin adulator, el correveidile del que tiene las armas en la mano, esos son los diputados. Naríños, Pombos, Torres; Zeas, Yanes, Bellos; Olmedos, Merinos, Rocafuertes, enemigos del Gobierno, rojos para los conservadores, godos para los liberales: la suerte de la nación está en las garras de estos Otamendis, blancos o negros, cuya pluma es la lanza homicida, cuya elocuencia el *suplossio pedis* y esos *tacos* furibundos con que hacen temblar provincias y ciudades. Simón Bolívar, a Santa Marta; Antonio José Sucre, a Berruecos: lo que han menester los pedazos de nuestra gran República son facinerosos como Ignacio Veintemilla. Los presidentes de Nueva Granada y Venezuela no se airen; el venablo no es a ellos: como hombres de bien, bien merece cada uno su patria. El Ecuador, realmente, ha sido la parte desgraciada de Colombia.

SEGUNDA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE DON FERNANDO EL CATOLICO

UNA TIRANÍA fundada con engaño, sostenida por el crimen, yacente en una insondable profundidad de vicios y tinieblas, podrá prevalecer por algunos años sobre la fuerza de los pueblos. Las más de las veces, la culpa se la tienen ellos mismos: como todas las cosas, la tiranía principia, madura y perece; y como todas las enfermedades y los males, al principio opone escasa resistencia, por cuanto aún no se ha dado el vuelo con que romperá después por leyes y costumbres. La tiranía es como el amor, comienza burla burlando, toma cuerpo si hay quien la sufra, y habremos de echar mano a las armas para contrarrestar al fin sus infernales exigencias. A la primera de las suyas, alce la frente el pueblo, hiera el suelo con el pie, échele un grito, y de seguro se ahorra azaz de tribulaciones y desgracias. Avino que un hombre de fuerte voluntad mandase azotar un anciano condecorado con el título de prócer de la independencia: hízole azotar, y voló a esconderse, mientras veía cómo la tomaban grandes y pequeños. Un clérigo andaba por esas calles gritando: pueblo vil, ¿no lapidas a ese monstruo? Un coronel se fue para el escondite y le dijo al azotador: salga vuela; el pueblo aguanta todo. Su excelencia salió, y fue García Moreno. Ignacio Veintemilla ha salido también: si los ecuatorianos le dejan seguir adelante, serán el pueblo de Capadocia, ese pueblo infame que no aceptó la libertad cuando se la ofrecieron.

Principio quieren las cosas, dice Juan de Mallara. Comer y rascar, todo es principiar, responde el gobernador Griego. Los refranes son advertencias preñadas en sabiduría: el vulgo es el príncipe de los filósofos, que arropado con su manto de mil colores está pasando y repasando en vaivén perpetuo del Pórtico al Liceo, del Liceo a la Academia. Súfranle los primeros desmanes a ese candidato del patíbulo, y por entre los cascos echará uñas el ani-

malito de Dios. Le sufrieron, las echó, y tan largas, que es prodigio: el molino está picado: ahora ha de comer, se ha de rascar hasta que le rasquen a él con el machete. La maldad de un gobernante puede consistir en su propia naturaleza; del ejercicio de ella, los que padecen en silencio son culpables. Ignacio Veintemilla (¡oh triste fuerza de la necesidad! proferir este nombre es humillación impuesta por los deberes a la patria; es vergüenza que deja ardiendo el alma: ¿qué es, quién es este desconocido que se llama Ignacio Veintemilla?). Ignacio Veintemilla principió engañando, hizo luego algunos ensayos groseros de despotismo: le salieron bien, pasó adelante. La codicia es en él ímpetu irracional, los bienes ajenos carne, y los devora como tigre. A boca llena y de mil amores llamaba yo tirano a García Moreno; hay en este adjetivo uno como título: la grandeza de la especie humana, en sombra vaga, comparece entre las maldades y los crímenes del hombre fuerte y desgraciado a quien el mundo da esa denominación. Julio César fue tirano, en cuanto se alzó con la libertad de Roma; pero ¡qué hombre! inteligencia, sabiduría, valor, todas las prendas y virtudes que endiosan al varón excelso. En Sila había de zorro y de león, de cómico y de rey, de persona mortal y de Dios. Napoleón fue también tirano, y en su vasta capacidad intelectual giraba el universo, rendidas las naciones al poder de su brazo. Tirano sin prendas morales, sin virtudes ni prestigio de ningún género, no se compadece con la opinión que el filósofo suele tener de esos hombres raros que se vuelven temibles por la fuerza, y llenan los ámbitos del mundo con el trueno de su nombre. El individuo vulgar a quien saca de la nada la fortuna y le pone sobre el trono o bajo el solio, por más que derrame sangre, si la derrama con bajeza y cobardía, no será tirano; será malhechor, simple y llanamente.

Hablando de nosotros, achicándonos, descendiendo a la órbita como un arieto donde giran nuestros hombres y nuestras cosas, podemos decir que don Gabriel García Moreno fue tirano: inteligencia, audacia, ímpetu; sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo, pero aborrecía al asesino; su altar era el cadalso, y rendía culto público a sus dioses, que estaban allí danzando, para embeleso de su alto sacerdote. Ambicioso, muy ambicioso, de mando, poder, predominio; invencundo saltador de las rentas públicas, codicioso ruin que se apodera de todo sin mirar en nada, no. Si García Moreno robó, lo que se llama robar, más fe, señor fiscal, o vos, justicia mayor de la República, que lo hizo con habilidad e manera. Un periódico notable de los conservadores lo acusó de tener en un banco de Inglaterra un millón y medio de pesos.¹ El tiempo, testigo fidedigno, aún no depone contra ese terrible difunto: allá veremos si sus malas mañas fueron a tanto; en todo caso, su consumada prudencia para sinrazones y desaguisados al Erario, queda en limpio.

Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late; se

¹La América, de Bogotá.

revuelca en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida e impulsada por el demonio. El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza; ésta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla.

Soberbio. Si un animal pudiera rebelarse contra el Altísimo, él se rebelara, y fuera a servir de rufián a Lucifer. “Yo y Pío IX”, “yo y Napoleón”, éste es su modo de hablar. Entre los volátiles, el guacamayo y el loro se acomodan a la pronunciación humana: si hubiera cuadrúpedos que gozasen del mismo privilegio, los ecuatorianos vivirían persuadidos de que su dueño le crió a ése enseñándole a decir: “Yo y Pío IX”, “yo y Napoleón”. Un célebre bailarín del siglo pasado solía decir de buena fe: No hay sino tres grandes hombres en Europa: yo, el rey de Prusia y Voltaire. Pero ese farsante sabía siquiera bailar, tenía su oficio, y en él era perfecto: el rey de las ranas, la viga con estómago y banda presidencial que se llama Ignacio Veintemilla, ¿sabe bailar? Zapatetas en el aire, de medio arriba vestido, y de medio abajo desnudo, puede ser que las haga, cuando amores de la República le escamonden quitándole su vestimento para pedirle cuenta y razón de traiciones y fechorías. Entretanto, puede seguir diciendo: “Yo y el presidente de los Estados Unidos”.

El segundo avaricia. Dicen que esta es pasión de los viejos, pasión ciega, arrugada, achacosa: excrescencia de la edad, sedimento de la vida, sarro ignoble que cría en las paredes de esa vasija rota y sucia que se llama vejez. Y este sarro pasa a el alma, se aferra sobre ella y le sirve de lepra. Ignacio Veintemilla no es viejo todavía; pero ni amor ni ambición en sus cincuenta y siete años de cochino: todo en él es codicia; codicia tan propasada, tan madura, que es avaricia, y él, su augusta persona, el vaso cubierto por el sarro de las almas puercas. Amor... nadie le conoce un amor; no es para abrigarlo en su pecho, ni para infundirlo en suaves corazones. Orlando por Angélica, don Quijote por Dulcinea pierden el juicio; y don Gaíferos por Melisendra:

*Tres años anduvo triste
Por los montes y los valles
Trayendo los pies descalzos,
Las uñas chorreando sangre.*

¿Qué juicios ha perdido Ignacio de Veintemilla? ¿qué calabazadas se ha dado contra agudas peñas? ¿qué árboles ha arrancado de cuajo, ¿qué ríos ha desportillado, ¿qué pies ha traído descalzos, ni qué uñas le han chorreado sangre, para ser digno émulo de esos famosos enamorados. La parte invisible del amor, la parte espiritual, no es suya; él se queda a los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, y busca su ralea en las casas de prostitución. El amor purifica, el amor santifica: amor encendido, amor fulgurante; amor profundo, alto; amor que abraza el universo, abrasando lo que toca; este amor hace Abelardos, Leandros y Macías; esto es, filósofos, héroes

y mártires, y de él no son capaces esos hombres rudos que no están en los secretos divinos de la naturaleza. Cuanto a la ambición, pesía a mí si la ha de experimentar ánimo tan bajo y corazón tan plebeyo como los de ese hijo de la codicia. Ambición es afecto de los más elevados, vicio sublime de hombres raros, que no puede concurrir sino en compañía de virtudes grandes. La pasión, la noble pasión de guerreros y conquistadores; pasión de Alejandro Magno, pasión de Pirro, de Julio César y Napoleón, ¿puede caber en pecho sin luz, pecho de vulgo, donde se apagaría al punto que allí tocase la chispa de locura y furor santo que está inflamando de continuo a los varones eminentes? Sed de sangre y de dinero, vanidad insensata, estos son los móviles con que muchas veces la fortuna saca de la nada a los más ruines, y los dispara hacia la cumbre de la asociación civil, como quien hace fisga de los hombres de mérito.

El tercero lujuria. Este vicio nos tiene clavados a la tierra; a causa de él no son ángeles los individuos agraciados por el Criador con la inteligencia soberana que los eleva al cielo en esos ímpetus de pensamiento con los cuales rompen la obscuridad y ven allá el reflejo de la luz infinita. Alejandro decía que en dos cosas conocía no ser dios: en el sueño y en los empujes de los sentidos. Ignacio Veintemilla conoce que es ser humano en esas mismas cosas. Ser humano digo, por decoro de lenguaje; esas dos cosas suben de punto en este Alejandro de escoria, que le sacan de los términos comunes, y dan con él en la jurisdicción de la irracionalidad. El sueño, suyo es; no hay sol ni luz para ese desdichado: aurora, mañana, mediodía, todo se lo duerme. Si se despierta y levanta a las dos de la tarde, es para dar rienda floja a los otros abusos de la vida, para lo único que necesita claridad, pues su timbre es ofender con ellos a los que le rodean. Da bailes con mujeres públicas, y se le ha visto al infame introducir ramerías a su alcoba, rompiendo por la concurrencia de la sala. Pudor, santo pudor, divinidad tímida y vergonzosa, tú no te asomas por los umbrales de esas casas desnudas de virtudes, porque recibirías mil heridas por los oídos, por los ojos. El valiente, el héroe tienen pudor: esta afección amable no está reñida con los ímpetus del valor, ni es atropellada por esas grandes obras que se llaman proezas. Soldados hay capaces de dejarse morir, por no exponer el cuerpo herido a las miradas de las hermanas de la caridad, con ser que estas mujeres, cuando siguen los ejércitos al campo de batalla, lo van dejando todo en el templo de la misericordia: juventud, hermosura, atractivos, malicia, todo. Pudor, santo pudor, tú nos liberarás del fuego de Sodoma, sirviéndonos de escudo contra las iras del cielo. Huye, huye de la casa del malvado, pero no salgas ni un instante de la del hombre de bien. Tras el hombre de bien está casi siempre la mujer honesta; y el hombre de bien y la mujer honesta son los fiadores que responden de la salvación del género humano.

El cuarto ira. La serpiente no se hincha y enciende como ese basilisco. Un día un oficial se había tardado cinco minutos más de lo que debiera: presentóse el joven, ceñida la espada, a darle cuenta de su comisión: verle, saltar sobre él, hartarle de bofetones, fue todo uno. La ira, en forma de llama

infernál, volaba de sus ojos; en forma de veneno fluía de sus labios. Y se titulaba jefe supremo el miserable: ¡jefe supremo que se va a las manos, y da de coces a un subalterno que no puede defenderse! Viéndole están allí, en Quito: eso no es gente; es arsénico amasado por las furias a imagen de Calígula. Hay ponzoña en ese corazón para dar torrentes a esa boca: agravios, denuestos, calumnias feroces, amenazas crueles, todo sale empujado en un mar de cólera sanguinaria. ¡Qué natural tan enrevesado y perverso! Me llama ladrón, asesino, delincuente en mil maneras, porque, bajo el ala de la Providencia, he podido escapar de calabozo, los grillos, el hambre, la muerte en el aspecto que aterra al más impávido. Siguiéndome está con el puñal; pero yo estoy vestido de un vapor impenetrable, vapor divino, que se llama ángel de la guarda. A un tirano antiguo *se le había escapado* una víctima, con haberse dado muerte por su propia mano: yo, huyendo al destierro, *me he escapado también*; y el destierro es la más triste de las penas. ¿Luego su ánimo era quitarme la vida en el martirio? Nadie lo duda. Dios me salvó sacándome de la mano a mediodía por entre sus enemigos y los míos. Su fin tendrá. ¡Y qué arrebatos los de ese dragón plebeyo! ¿Conque yo no tengo el derecho de la defensa personal? ¿no me competía el salvar la vida propia? Cólera no es muchas veces sino tontera carbonizada al fuego del infierno: pasión injusta, ciega. Los hombres de corazón mal formado nunca experimentan esos empujes de santa ira que los dispara contra las iniquidades del mundo: ellos no sienten sino la fuerza de Satanás que se desenvuelve en su pecho y engendra allí esos monstruos que salen afuera con nombre de asesinatos, envenenamientos, proscripciones: antes de nacer a la luz se llamaban odios, celos, venganzas: sentimientos del ánimo convertidos en hechos; coronación del mal, gloria del crimen.

El quinto gula. Los atletas o gladiadores comían cada uno como diez personas de las comunes: la carne mataba en ellos el espíritu, y así eran unos como irracionales que tenían adentro muerta el alma. La materia no medra sino a costa de la parte invisible del hombre, esa chispa celestial que ilumina el cuerpo humano, cuando éste sabe respetar sus propios fueros. Sabiduría, virtud son abstinentes: los gimnosofistas, esos filósofos indios cuya vida en el mundo partía términos con la inmortalidad, se mantenían de puros vegetales, y algunas gotas de miel, tenue como el rocío. La inteligencia come poco; la virtud, menos: los solitarios de la Tebaida estaban esperanzados en los socorros de los espíritus celestiales. Epicuro fue el corruptor de la antigüedad, y Sardanápalo está allí como el patrón eterno de los infames para quienes no hay sino comer, beber y estarse hasta el cuello en la concupiscencia. Yo conozco a Sardanápalo: su pescuezo es cervigillo de toro padre: sus ojos sanguíneos miran como los del verraco: su vientre enorme está acreditando allí un remolino perpetuo de viandas y licores incendiarios. Su comida dura cuatro horas: aborrece lo blanco, lo suave: carne, y mucha; carne de buey, carne de borrego, carne de puerco. Mezclad prudentemente, dice un autor, las viandas con los vegetales. Sardanápalo detesta los vegetales: si supiera qué y quién es Pitágoras, man-

dara darle garrote en efigie. Las sopas son de cobardes, las frutas de poetas, los dulces de mujeres: hombres comen carne; carne valientes, carne varones de pro y fama. ¿Es perro, es tigre? ¡Oh Dios, y cómo engulle, y cómo devora piezas grandes el gladiador! Ignacio Veintemilla da sogas al que paladea un bocadito delicado, tiene por flojos a los que gustan de la leche, se ríe su risa de caballo cuando ve a uno saborear un albérchigo de entrañas encendidas: carne el primer plato, carne el segundo, carne el tercero; diez, veinte, treinta carnes. ¿Se llenó? ¿se hartó? Vomita en el puesto, desocupa la andarga, y sigue comiendo para beber, y sigue bebiendo para comer. Morgante Maggiore se comía de una sentada un elefante, sin sobrar sino las patas; Ignacio Veintemilla se lo come con patas y todo. “Vamos a *la muquición*”,¹ dice; y verle *muquir*, es admirarle sin envidia, es perder el apetito.

En casa del fondista Bonnefoi, en París, pedí una vez albaricoques: las frutas, y principalmente las redondas, esos pomitos de color de oro, que parecen del jardín de las Hespérides, me deleitan. Como aún no había plenitud de frutas, cada pieza importaba dos francos, o cuatro reales.

¡Oh dicha, tomar esa pella suavísima en los tres dedos de cada mano, y abrir por la comisura esa esfera rubicunda, en cuyas entrañas están cuajados los delirios y las concupiscencias del dios de los placeres inocentes! Ignacio Veintemilla me estaba tratando de bruto con los ojos. Hombre, dijo al cabo de su admiración, usted nunca ha de ser nada; y pidió estofado de liebre por postres. Había comido res, carnero, gallina, pato, pavo, conejo; raya, salmón, corvina; ostiones, ostras, cangrejo, y de postres pide liebre; ¿hay animal estrafalario? Desde el tiempo de Horacio los ajos han sido comida del verdugo: cuando este santo varón no ayuna ni está de vigilia, come liebre. Esa carne gruesa, negra, pesada, me parece que no sufre digestión sino en el estómago de ese que vive de carne humana. Los españoles y principalmente las españolas, saben lo que son postres: sorbetes para Musas; suspiros leves, que saborean ninfas impalpables, suplicas doradas, regalo de almas que se salvan. Los franceses no gustan de los dulces, pero tienen postres con que quebrantarían peñas en el Olimpo, si las diosas adolecieran de hambre ni golosina. El dulce de ellos es el queso, o más bien los quesos de mil linajes con que sus manteles prevalecen sobre todos los del mundo. Un *brie* delicado *le hace honor*, como suele decir la galicana, al paladar de una hermosa de quince abriles; un *chantilly* aristocrático *ineria* a un emperador; un *roquefort* violento hace voluptuosos estragos en el gáznate de los hombres de fierro que se agradan de esa pólvora comestible. Lord Byron, a fuero de inglés de casta pura, *pur sang*, como dicen sus vecinos, comía por postres un tallo de cebolla fuerte, mal que les pese a las lindas hispanoamericanas, para quienes los panales del Hiblea no son hartos suaves y aromáticos. ¿Cogerían, morderían, mascarían ellas un tronco de cebolla cruda en vez de sus azucarados *chamburitos*?

¹*Muquición, maquir*, germanía: comida, comer. Términos de la cofradía de Monipodio.

Lord Byron, con ser como era, sueño de las bellas, por ese su talento, su varonil gentileza y las poéticas extravagancias de su vida, hubiera estado en un tris de no hallar quien le quisiera en Lima, Quito o Bogotá. No de otro modo a una joven poetisa admiradora apasionada de Lamartine se le subió el santo al cielo, y ella cayó en un abismo de desengaño y desamor, cuando le vio a mi don Alfonso el día que fue a conocerle, sacar del bolsillo un pañuelo colorado de cuadros azules, bueno por la extensión para colcha de novios de aldea. ¡Gran Dios! exclamó la poetisa, en tanto que el poeta, viejo ya, eso sí, sonaba armoniosamente; ¡gran Dios! ¿conque éste había sido Lamartine? Desde que tuve noticia del acaecido, mis pañuelos son el campo de la nieve, y no mayores que un lavabo: por esta parte seguro está que me vaya mal con las dulces nuestras enemigas. Otrosí, no como cebolla, ni en presencia de ellas ni a mis solas. Ignacio Veintemilla pide liebre cuando ha de pedir gragea: si le fuera posible, tomara café de carne de puerco, y se echara a los dientes una cuarta de morcilla negra a modo de puro habano. Los ajos, por no desmentirle a Horacio, siempre han sido de su gusto.

El sexto envidia. Nelson no tenía idea del miedo: cuando en su presencia nombraban este ruin afecto, no le era dable cuál fuese su naturaleza. Hay asimismo seres agraciados por Dios con una mirada especial, que no tienen nociones de la envidia; saben qué es, pero no la experimentan por su parte, con ser como es achaque de que adolecen, cual más cual menos, todos los mortales. La envidia es una blasfemia: envidia es cólera muda, venganza de dos lenguas que muerde al objeto de ella y al Hacedor, dueño en verdad de los favores que irritan a los perversos. Dones de la naturaleza, virtudes eminentes, méritos coronados, son puñal que bebe sangre en el corazón del envidioso. Inteligencia descollante es injuria para él; consideración del mundo, injusticia que no puede sufrir. Virtudes ajenas son vicios a su fosca vista; verdad es hipocresía, austeridad soberbia, valor avilantez: desdichado el hombre de altas prendas entre la canalla del género humano que ni ve con luz del cielo, ni juzga a juicio de buen varón, ni funda sus fallos en el convencimiento y la conciencia. Envidia es serpiente que está de día y de noche tentando a los hombres con la fruta de perdición: ¡Cómela! ¡cómela! La come un desdichado, y mata a su semejante. Envidia, Caín armado de un hueso, tú no mueres jamás.

Por una correlación que se pierde en las tinieblas del pecado, las pasiones criminales y soeces cultivan estrecho maridaje: podemos afirmar de primera entrada que donde se halla una de estas culebras, allí está el nido. Soberbia e ira comen en un mismo plato, lascivia y gula duermen en una misma cama. El soberbio, avaro, libidinoso, caja de ira, glotón, ¿será extraño a la hermana de esas Estinfálidas, la peor de todas, la envidia? Aun los hombres superiores suelen estar sujetos a ese mortal gravamen de la naturaleza humana. Luis XIV, rey poderoso, adornado con mil prendas, experimentaba profundas corazonadas de envidia. Alarga la mano a todos, como todos confiesen su inferioridad: guerreros, hombres de Estado, poetas, escritores,

artistas, todos son sus protegidos, puesto que ninguno blasona de echarle el pie adelante, ni en su profesión respectiva. Y con todo, cuando pone en olvido la soberbia, da muestras de humildad que le vuelven más y más grande. “Señor Boileau, le dijo un día a este famoso crítico, ¿cuál es el primer escritor de nuestra época? —Molière, señor, contestó el maestro—. No lo pensaba yo así; pero vos sois el juez, y de hoy para adelante abrazo vuestra opinión.”

Ignacio Veintemilla, más rey y más inteligente que ese monarca, no la abraza. Censura a Bolívar, moteja a Rocafuerte, le da cantaleta a Olmedo. La ignorancia, la ignorancia suprema, es bestia apocalíptica: el zafio estampa su nombre, sin tener conocimiento ni de los caracteres; no sabe más, y hace sanquintines en los hombres de entender y de saber. Que se haya burlado de mí, cogiéndome puntos en *El Regenerador*, riéndose de mis *disparates*, estaría hasta puesto en razón; pero, afirma que si él hubiera estado en Junín *la cosa hubiera sido de otro modo*; que Sucre triunfó en Ayacucho por casualidad, no porque hubiese dado la batalla conforme a las reglas del arte; que Napoleón I perdió la corona por falta de diplomacia, y otras de éstas.

Un testigo presencial me ha contado que en Madrid, en una mesa redonda, se puso a departir con suma delicadeza en esto que llamamos buenas letras. Habló, y así engullía tasajos de más de libra, como echaba por la boca lechigadas de sabandijas. No sé por dónde fue a dar con el poeta Zorrilla, a quien no ha leído, puesto que no sabe ni deletrear. Las torpezas que dijo, sólo las pueden creer los que le oyeron. Un cuasi anciano que se hallaba a la mesa estaba oyendo a su vez en curioso silencio y viéndole la cara al razonador. El buen viejo se levanta, se va, sin decir palabra. Uno de los concurrentes le sigue, le alcanza, y con el sombrero en la mano: “Señor Zorrilla, no haga usted caso de las necedades de ese hombre, ni juzgue por él de todos los americanos. —¿Es loco? pregunta el viejo—. No; no es sino tonto. Pero de capirote”, agrega el aficionado a las musas, y se va con ánimo secreto de ponerle en un entremés el *señor mariscal de Veintemilla*, como andaba titulándose el conde de Gallaruzo. Desde entonces su alátere o compañero de viajes no era dueño de sentarse a la mesa sin esta imprecación, poniéndole las manos: “¡Ignacio, *par de bêtises!*”.

El séptimo pereza.

*Ni Dios ama el reposo; de improviso
Sobre las alas de los vientos vuela,
O de las tempestades en el carro,
Atronando los cielos se pasea.*

El movimiento es propiedad del espíritu: la inteligencia vive en agitación perpetua. Tierra, Luna, cuerpos sin vida, giran sobre sí mismos raudamente y se beben los espacios, volando por sus órbitas en locura sublime. Los ríos corren, lentos unos, contoneándose por medio de sus selvas; furibundos otros y veloces entre las rocas que los echan al abismo quebrantados en ruidosas

olas. Los vientos silban y pasan sobre nuestras cabezas; los bosques mugen en sus profundidades; y las nubes, holgazanas que parecen estar disfrutando de la blanda pereza a mediodía, se mueven, hélas allí, se encrespan, se hinchan, y enlobreguecidas con la cólera, se dan batalla unas a otras, salta el rayo, y el trueno, en invasión aterrante, llena la bóveda celeste.

¿Ahora el hombre? El hombre todo es actividad, todo movimiento: su corazón palpita: la sístole y la diástole, este vaivén armonioso, aunque precipitado, es fundamento de la vida: la sangre corre por las venas; los humores permanecen frescos, a causa de su circulación perpetua: todo es movimiento en nuestra parte física. La moral, oh, la moral es la más vertible, más inquieta del género humano: inteligencia que no se mueve, se seca, se pierde, como hierba sin lluvias; corazón que no se agita, se corrompe. Sabiduría, cosa que tan reposada parece, es efecto de los torbellinos del pensamiento, pues las ideas van brotando del choque de la duda con la verdad, dura labor que fortifica a los que se andan a buscarla por los abismos de lo desconocido, y regulan al mundo con los conocimientos humanos.

Pereza es negación de las facultades del hombre; el perezoso es nefando delincuente: mata en sí mismo las de su alma, y deícida sin remordimientos, se deja estar dormido a las obras que nos recomiendan a nuestro Criador. No moverse, no trabajar, no cumplir con nuestros deberes ni con una santa ley de la naturaleza; comer, beber, dormir sin término, esto es ser perezoso: no despertar ni erguirse sino para el pecado, esto es ser perverso. Ignacio Veintemilla cultiva la pereza con actividad y sabiduría; es jardinero que cosecha las manzanas de ceniza de las riberas del Asfáltico. Ese hombre imperfecto, ese monte de carne echado en la cama, derramándosele el cogote a uno y otro lado por fuera del colchón, es el mar Muerto que parece estar durmiendo eternamente, sin advertencia a la maldición del Señor que pesa sobre él. Su sangre medio cuajada, negruzca, lenta, es el betún cuyos vapores quitan la vida a las aves que pasan sobre el lago del Desierto. Los ojos chiquitos, los carrillos enormes, la boca siempre húmeda con esa baba que le está corriendo por las esquinas: respirando fortísima, anhélito que semeja el resuello de un animal montés; piernas gruesas, canillas lanudas, adornadas de trecho en trecho con lacras o costurones inmundos; barriga descomunal, que se levanta en curva delincuente, a modo de preñez adúltera; manazas de gañán, cerradas aún en sueños, como quienes estuvieran apretando el hurto consumado con amor y felicidad; la uña, cuadrada en su base, ancha como la de Monipodio, pero crecida en punta simbólica, a modo de empresa sobre la cual pudiera campar este mote sublime: *Rompe y rasga, coge y guarda*. Este es Ignacio Veintemilla, padre e hijo de la pereza, por obra de un misterio cuyo esclarecimiento quedará hecho cuando la ecuación entre los siete pecados capitales y las siete virtudes que los contrarían quede resuelta.

¡Oh flaqueza del hombre! este mar Muerto de estampa semihumana presupone de garcón florido, las da de majo, y se anda por ahí a conquista de corazones y caza de supremos placeres. Para hacer ver que *desprecia* cargos y donaires de la imprenta, hace leer las obras de esta sabia encantadora, ro-

deándole sus Entropios: callando estuvo una ocasión mientras oía una verrina de las mejores: cuando el lector hubo llegado a un pasaje donde se le llamaba "cara de caballo", saltó y dijo: "¡Eso no! seré ladrón, glotón, traidor, ignorante, asesino, todo; pero figura sí tengo". Figura de caballo, dijo una dama, soltando la carcajada, cuando oyó referir esta graciosa anécdota, o *anidiucta*, como le he oído decir a él doscientas veces.

Dije que Ignacio Veintemilla no era ni sería jamás tirano; tiranía es ciencia sujeta a principios difíciles, y tiene modos que requieren hábil tanteo. Dar el propio nombre a varones eminentes, como Julio César en lo antiguo, Bonaparte en lo moderno; como Gabriel García Moreno, Tomás Cipriano de Mosquera entre nosotros; dar el propio nombre que a un pobre esguizaro a quien entroniza la fortuna, por hacer befa de un pueblo sin méritos, no sería justicia mera mixta. Monteverde, Antoñanzas, Veintemilla no son tiranos; son malhechores, ni más ni menos que Rochaguinarda, que se están ahí en su encrucijada, hasta cuando la Santa Hermandad les echa mano. Roque Guinart es presidente, rey del Ampurdán y Sierra Morena: da leyes, que se aplican; decretos, que se llevan a cabo; órdenes, que se cumplen a la letra. Un Vampa, un Trucaforte son verdaderos *jefes supremos* con facultades extraordinarias. ¿Qué va de estos magistrados a un Melgarejo, un Veintemilla? Si el robo a mano armada es el objeto de la ambición de aquellos sires, el robo a mano armada es igualmente el objeto de estotros vagamundos. Si el puñal es el medio de éstos, el puñal es el medio de éstos: crímenes y vicios, lo mismo en unos y otros; con esta diferencia, que Roque Guinart es valiente, atrevido, generoso; que Roque Guinart conoce la justicia distributiva, y la pone en práctica; que Roque Guinart acomete a pecho descubierto, vence, y del botín le deja al viandante humana, caballerosamente lo necesario para el camino. Ignacio Veintemilla no se contenta con la bolsa: le quita la camisa a la República, la deja en cueros, y allá se lo haya con su desnudez la pobre tonta: ¿por qué no se defiende? El que se se deja robar, pudiendo tomarse a brazos y dar en tierra con el salteador, es vil que no tiene derecho a la queja. La República para con Ignacio Veintemilla y José María Urbina, es lo que España para con Roque Guinart y su banda: persígalos, montéelos, derruéquelos, cójalos, ahórquelos: la Santa Hermandad tiene el deber de colgar a los ladrones en dondequiera que les eche la mano al colete. Los ojos para las gallinazas, la asadura para los perros, he aquí tu merecido, Ignacio de Veintemilla.

Un viejo llamado José María Urbina, el mismo quizá que acaba de ser nombrado, mandó suplicarme un día le hiciese el favor de ir a su casa. Los años tienen facultades que los hombres de buena crianza no ponen en duda. Fué: el viejo estaba en cama: habiendo bebido aguardiente seis horas consecutivas, sus ojos eran ascuas: su aliento vaporoso hubiera puesto en huída a las Musas; y Apolo no estuviera holgándose a la almohada de ese inmundo anciano, en cuyo orinal rebosante nadaban a la sazón puntas de cigarras, cual

monitores de guerra en el mar Bermejo. La mareta sorda rugía ya en mi pecho: yo soy capaz de hacer una muerte en el hombre impulsro y soez, que ora por ignorancia, ora por bajeza y depravación, pierde el respeto a las buenas costumbres con actos y hábitos indignos. La causa primera del acre desprecio que yo he sentido siempre por Ignacio Veintemilla fue el haberle visto una vez tirarse desnudo de la cama, y ponerse a hacer aguas en presencia de gente, con desenfado de verdadero animal. Después he visto que el asno, que el macho no tiene más vergüenza ni mayores contemplaciones por los circunstantes. Cerrar con él a moquetes, hubiera sido primo muy ocasionado, según es el tracio de huesudo y corpulento; desafiarle por ese motivo, cosa ridícula, y hasta sin razón, pues el infelizote no lo hacía por agraviar a nadie, sino así, como propiedad de su naturaleza. No volver a su pocilga, y mirarlos como a perros, ésta es la providencia que uno toma respecto de esa canalla afortunada a quien ni grados militares, ni títulos pomposos, ni alta posición pueden quitar la grasa de su ruin origen.

“Juan, me dijo el vejarro consabido, el capitán de fragata, la fragata aquella de las puntas; Juan, es preciso que lo arreglemos todo: quiero estar acorde con usted. Veintemilla necesita la cooperación de los buenos liberales”. “Mi cooperación a un traidor que, hecho apenas el pronunciamiento liberal, corre a ponerlo en manos de los jesuítas? contesté subiéndome a las barbas; un cobarde que va a solicitar amparo y certificados favorables de los obispos, porque imagina que sin ellos nadie puede salir bien? Usted mismo, usted me ha referido poco ha los términos que oyó de sus labios: “General, no tenga usted cuidado, “los jesuítas están conmigo”. ¿Y solicita usted mi cooperación para embustero inepto como ése, que no sabe lo que hace?”. “Eso es así, replicó el viejo mansamente; a mí, a mí me dijo lo de los jesuítas; me lo dijo”. “Mi cooperación a un infame cuyo primer acto administrativo es defraudar a la República en más de cincuenta mil pesos?” “¿De qué modo?” preguntó el viejo. “Haciendo traer de Nueva York mil fusiles de pacotilla, dije, por ciento veinte mil pesos. La ineptitud, hubiera quizá tolerado yo en ese pícaro; su prurito por las cosas ilícitas, ¡no! Yo no soy de la liga, ni mi revolución ha sido ésta. Hoy mismo sale a luz un escrito mío, cuyo fin es poner a un lado a ese perverso”. “¡Eso no puede ser! gritó el vejezuelo esforzándose, pálido y trémulo ahora: Veintemilla está limpio ahora como una patena”. “Limpio como usted”, dije para mí, y salí todo inflamado. Al día siguiente iba yo navegando por el océano Pacífico al más honroso de mis destierros.

Probidad es en el hombre lo que honestidad en la mujer. Si otros lo han dicho ya, vaya su voto en mi favor, y quede reforzado el principio con la opinión de muchos; principio que no es sino mandamiento de la ley de Dios cubierto con la vestidura de la sociedad humana. *Non furtum facies*, rezan las tablas de la ley; no robarás. El que roba quebranta, pues, un mandamiento e incurre en la cólera divina. El legislador no dice: No robarás a tu padre ni a tu madre; no robarás a tu hermano; no robarás a tu prójimo; dice: No robarás, esto es, no robarás a nadie, ni a tu padre ni a tu madre, ni a tu pró-

jimo, ni al Estado. Robar a la nación es robar a todos; el que roba es dos, cuatro, diez veces ladrón: roba al que ara y siembra; roba al que empuja el hacha o acomete al yunque; roba al que se une al trabajo común con el alma puesta en su pincel; roba al agricultor, al artesano, al artista; roba al padre de familia; roba al profesor; roba al grande, roba al chico. Todos son contribuyentes del Estado; el que roba el Estado, a todos roba, y todos deben perseguirle por derecho propio y por derecho público. ¿Conque el sudor de la frente del pueblo es para los apetitos y gulas de un hombre, un mal hombre, que está cultivando la soberbia y engordando la codicia? Si no puede haber Estado sin contribuciones generales, las contribuciones destinadas de su objeto son fraudes que el magistrado prevaricador comete en contra de los ciudadanos cuyo fuero surge por ley tácita: los ciudadanos, tráiganlo al banco de la República, y si no por bien, por mal, tómenle cuenta y del robo, y de la traición, y de la sangre, y de la infamia convertida por él en princesa de exenciones.

Los hombres de corazón bien formado y juicio recto suelen poner la monta en granjear buena opinión entre sus semejantes; los que por sus méritos suben a gobernación de pueblos, no son ellos si no descienden de su alto lugar abrumados con las bendiciones de los cuya felicidad labraron, cuando pudieron ser carga para todos, si abusan de su poder. Los hijos de la fortuna, broza del género humano, que se levantan en alas del crimen, al soplo de esa deidad mal intencionada, no tienen cuenta sino en su provecho, ni les duele el concepto lastimoso que están beneficiando en los demás con sus abusos y sus latrocinios. El que no ama a Dios sobre ninguna cosa; que jura su nombre en vano; que ni santifica las fiestas, ni honra padre y madre; que mata, y levanta falso testimonio por costumbre, ¿tendrá cuenta con no robar? El malvado de nacimiento y aprendizaje aplica a su vida por la inversa los mandamientos de la ley; él dice: No amar a Dios sobre todas las cosas; jurar su santo nombre en vano, siempre que conviene; no molestarse en santificar las fiestas, ni con las rodillas, ni con el pensamiento; no honrar padre y madre; ¡matar, levantar falso testimonio, robar, robar, robar, robar siempre, robar cuanto se pueda. Réprobo, éstos son tus mandamientos, y los cumples. Ignacio Veintemilla, tú eres el réprobo; tú eres el que no ama a Dios; tú el que jura su santo nombre en vano; tú el que no santifica las fiestas con culto interno; tú el que no honra padre y madre, puesto que los deshonoras con crímenes y vicios; tú el que mata con lengua y con puñal; tú el que miente, levanta falso testimonio; ¡tú el que roba, roba, roba! Maldito eres por todo esto, maldito; y por todo has de estar pálido, temblando en presencia del Juez, cuando él te levante de tu propia ceniza con una voz, y te diga: veamos tu vida. Tu vida llena de excrecencias maléficas, negruras, abismos, no le ha de parecer a él, y con la mano, con el dedo te ha de señalar la muerte, y has de ir rodando por la eternidad, echando aullidos lúgubres en medio de las tinieblas que te envuelven y arrebatan sin que sepas a dónde. Tú eres el que mata, tú el que has matado; tú eres el que roba, tú el que has robado. Veamos los documentos, en prosa vil; la prosa vil para los documentos.

Como avíos de gobierno entraron a la ciudad de Ambato sucesivamente doscientas cincuenta acémilas cargadas de licores fuertes: gastos de conducción, arrieraje, todo se paga allí por el Tesoro; el infame artículo mismo había sido comprado con las rentas fiscales. La embriaguez de esa horda de eunucos que se bebieron mil botellas de coñac en cuatro días, en cuanto *daban leyes*, no es asunto de este lugar; más aún el robo al Erario, y la impudencia del pícaro que las introduce como elemento público de civilización y progreso. Coñac para la Convención, coñac oficial; en este concepto, era gravamen honroso de los ciudadanos la embriaguez y los maleficios del jefe supremo, el general en jefe y sus legisladores. Yo digo que esa fue simplemente una defraudación crecida a la Hacienda nacional, un robo del que roba para beber. No hay en el mundo ley que vote gordas cantidades para el aguardiente del jefe supremo y el general en jefe.

Doce mil pesos es sueldo razonable en republiquillas cuyos gobernantes han de ser modestos y considerados: doce mil han tenido todos los presidentes en la nuestra, desde su fundación, y a ninguno le había ocurrido pedir el duplo: Ignacio Veintemilla se asignó el duplo, esto es, veinticuatro mil pesos, amén de mil percances, adehalas, alcabalas, pisos, castillerías, montazgos y tributos: erró poco de pedir chapín de la reina. No sabemos para lo que serán los veinticuatro mil ojos de buey, pues coge aparte para comer, para beber, para vestir; aparte para sus criados, sus cocineros, sus echacuervos; aparte para sus caballos: sus caballos, sí señores, sus caballos tienen sueldo aparte. Su sobrina, sueldo de general; su sobrino, idiota a quien dan de comer en pilón de piedra maíz molido, sueldo de capitán. Las tres arpías que tanto le han ayudado en su obra de opresión, corrupción y dilapidación, ¿no tienen cada una sueldo de coronel? ¿No sería cosa extraña esta ridiculez en pueblo tan apocado y envilecido que sufre en paciencia las extravagancias injuriosas de ese Cayo Calígula a la rústica? Entretanto las escuelas van cayendo, porque los maestros se van a buscar la vida; las aulas no se cierran, por puro pundonor de los catedráticos; la universidad está amenazada de muerte, por falta de la subvención indispensable. Ecuatorianos, oh ecuatorianos, éste es vuestro dictador; guayaquileños, oh guayaquileños, ésta es vuestra obra.

Y estas son flores de cantueso para con los robos grandes; rapiñas y garrapiñas que no confieren título de ladrón al que las lleva adelante: Ignacio Veintemilla no es sino ratero todavía; para ser ladrón es preciso que desgare el territorio nacional, y tome para sí diez mil leguas de opulentos bosques: es preciso que se vuelva monopolizador y dueño de los mares de quina del oriente; es preciso que de la noche a la mañana le veamos señor de países, amo de tribus, almirante del mundo descubierto y conquistador por su profunda sabiduría y por su fuerte brazo.

Las diez mil leguas no son para mí, dice el mohatrero; son para mi sobrino. El sueldo de sus caballos tampoco es para él, y él lo toma. Diez mil leguas de territorio al idiota del pilón, ¿para qué? ¿sabe él por ventura de achaque de cascarillas? ¿y a qué título, pregunto yo, agraciar a un mucha-

cho imbécil con una dádiva, grande para un rey? Ciertamente, ser hijo de uno a quien García Moreno echó de su lado con desaire por manos puercas, es hoja de servicios que estaba requiriendo media nación por recompensa.

Ignacio Veintemilla no es todavía ladrón de marca mayor; no es sino de media marca: para ser de marca mayor, y ladrón inteligente, perspicaz, ladrón diplomático, es necesario que sustraiga de los archivos nacionales una contrata perfecta y sancionada, y ríe riendo, baba babeando, la subrogue por otra apócrifa, para robar cerca, o quizá más de un millón de pesos. Cuando la barata del ferrocarril haya llegado a conocimiento del pueblo, si éste le sufre aún, oh, ya no merecerá, no digo el sacrificio, pero ni una molestia de los hombres de bien y buenos ciudadanos.

Acaba el Tribunal de Cuentas de resolver un punto litigioso en favor de Ignacio Veintemilla y de su cómplice en otro robo. Llamado el comisario de guerra de la campaña de los Molmos a rendirlas, fue alcanzado en primer juicio en una considerable suma. Ignacio Veintemilla hizo venir a su casa a jueces y revisores, y a fuerza de aguardiente, el punto quedó resuelto: en segundo juicio, el comisario es quien alcanza a la nación en veintiún mil pesos. Preguntado este individuo de dónde los puso en su mendicidad, ha declarado que el señor capitán general de sus ejércitos los suplió de su propio peculio. Veintemilla, para colmo de iniquidad y desvergüenza, pide los intereses: el Tribunal manda pagarlos junto con el capital. He aquí treinta y dos o treinta y tres mil pesos arrancados al Erario a la luz del mundo. Pantaleón más inverecundo que este infame, no hay en la tierra: limosna, tablaje, estafa, su modo de vivir, hasta cuando saltó sobre la República y le arrancó los ojos. ¿El fugitivo de la calle del Arenal de Madrid con dos duros robados; el escondido en la aldea de San Juan de Luz de los Pirineos; el pícaro tras quien van requisitorias a París, tuvo más de veinte mil pesos para echar por su cuenta en la caja de comisaría de guerra? Señor rico, señor opulento, ¿y por qué se tiró desde lejos de rodillas ante García Moreno, rogando por el sueldito de criado con que se presentaba en la mesa de juego? ¿y por qué pedía fiado a todo el mundo? ¿y por qué recibía dádivas humillantes? Vino embarcado por favor, y tuvo para poner de primera instancia en la campaña veintiún mil pesos de su propio peculio. Don Pereciendo hace cada día a la nación gracias imperiales: de la nueva aduana de Guayaquil dijo en cartas a todas las provincias, que ese edificio no le costaría nada a la República; que él iba a levantarlo a costa suya, echando ahí de *su peculio* la bico-ca de trescientos mil pesos.

Consta a los guayaquileños que el Tesoro contenía cosa de trescientos mil pesos cuando se verificó la revolución de Septiembre: saben además que a los pocos días Ignacio Veintemilla hizo un crecido empréstito; no se les ignora, por otra parte, que si Urbina llevó cincuenta mil pesos, su jefe pudo haber llevado otro tanto. De cualquier modo sobraban en las cajas de Guayaquil algunos cientos de miles de pesos: ¿qué necesidad tuvo pues el capitán general de echar mano por su *bolsa privada*? Los amigos de este gran señor no dirán a lo menos que está *limpio como una patena*: este robo es ma-

nifiesto, como todos los otros; sino que aquí hay más osadía y falta de vergüenza. Tan desprovisto de lo necesario andaba el discípulo de García Moreno, que para hacer su viaje de comandante general, enviado por Borrero, sus tristes hermanas se vieron en el caso de hacer un préstamo, dando por hipoteca su pegujalito de San Antonio. Este es el caudal que llevó Veintemilla a Guayaquil, mientras le crecían las uñas y principiaban sus derechos al sueldo. Si queréis pruebas de la falta de probidad de este hombre raro, ésta es una, y de mucho vigor. Por escritura pública consta, pues, que Veintemilla no tuvo qué comer hasta las vísperas del favor que hizo a la República poniendo de su peculio en la caja de comisaría la respetable suma de veintitún mil pesos.

¿En qué contrato ilícito, en qué farándula fiscal no tiene parte ese ruin *presidente*? El es el alma de *las cascarillas*; él es el corazón de la plaza de toros; él es la mano, con uñas y todo, en la obra de la aduana susodicha; él tiene su presa, oh infamia de la patria, él tiene su presa en contrabandos que debe impedir y castigar. ¿Qué sed infernal de dinero es ésta? ¿qué codicia convertida en satiriasis de riquezas? ¿qué desenfreno al cual no pudo llegar en la mitología el dios del robo? Consumidas las doce mil botellas de coñac por él y el presidente de la Convención, el excelentísimo señor jefe supremo, capitán general de sus ejércitos, puso venta de limetas vacías, lo que se llama *cascos*. A cuatro por medio real, las tres arpías convertidas en buhoneras, las realizaron en dos semanas bajo la inspección del otra vez excelentísimo capitán general de sus ejércitos. Aquí deja de ser ladrón de marca mayor Ignacio Veintemilla, y se convierte en gitano que hace su agosto con los clavos y botones que pesca en la basura. Ecuatorianos, oh ecuatorianos, éste es vuestro presidente; guayaquileños, oh guayaquileños, ésta es vuestra obra.

Estaba un día poniendo como nuevo al gerente del Banco de Quito, respecto de lesiones que imaginaba haber recibido en su codicia. Grosero, montaraz, un yangüés no se echa así con guías y todo, sin aborrazarse con su padre. El gerente, hombre de sangre en el ojo, tuvo cólera, y encendido en llamas de pundonor, respondió: "Vuecelencia sabe que no cobramos ni un centavo por treinta mil soles que tiene puestos en depósito, y así no alcanzo cómo. . ." El gerente dio en las mataduras, sacando a la luz del día el Aranjuez de las uñas de su majestad. Esa cara de vaqueta, quién lo creyera, cobró semblante de vergüenza, o fue más bien que la prontitud no le dio tiempo de acordarse que él no la conocía. "Ah, dijo. esos treinta mil soles están ahí para. . . para. . . para obras pías". A la vuelta de dos meses, las obras pías fueron a dar a su atarazana, pues cargó con los treinta mil soles en uno de sus viajes a Guayaquil, y junto con otros tantos de la aduana de esta ciudad, hizo la undécima remesa a Europa. No pudo tanto el peligro con los jóvenes liberales que no pusiesen el grito en el cielo por este hurto impúdico y notorio, citando al director del Banco. El excelentísimo señor capitán general de sus ejércitos no acertó a decir palabra: Banco y banqueros, ahí estaban; quedóse pues, con esa bofetada de la imprenta.

*Mucho fas el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar;
Face correr al cojo et al mudo hablar...*

Esta ocasión, el dinero le hizo callar *al mudo* del arcipreste.

En yendo de fraudes, rapiñas, estafas, hurtos, abusos de confianza, robos manifiestos del excelentísimo señor capitán general de sus ejércitos, hay tela de qué cortar; mas yo no presumo de nimio, y allí se queda la mina desfloreada apenas, para que quien la desee y pueda ahónde y siga el beneficio. Corto he sido por mi parte; pero, amigo, lo que no va en lágrimas va en suspiros; dispensa la cortedad, y recibe a buena cuenta el escaso adelanto de lo mucho que en ley de justicia se te debe. Las hulleras de Chéster no se agotan en día y medio; las hazañas de Monipodio no las apura un solo historiador, aun cuando éste se llame Cervantes Saavedra. Día vendrá en que tu nombre llene por lo menos los ámbitos de Sudamérica, y en que Europa nos abruma con su severa interrogación: ¿Estos son vuestros presidentes?

Azotes, sangre, robo, no son nada; aunque en verdad horrible cosa el espectáculo donde crímenes y vicios están bailando sobre buenas costumbres y virtudes derribadas en tierra. Pero los malhechores, una vez en la horca, no perjudican; su imperio es un hecho, y nada más. Puede una casa ser robada por una gavilla de bribones; sus habitantes no quedan por eso corrompidos. El genio para la obscuridad, esa luz envenenada que beneficia las tinieblas, esa es la mala; tiranía que corrompe a los hombres y pudre hasta las raíces que los estrechan con la eternidad, esa es la espantosa. Los criminales ineptos no se extienden por debajo de la sociedad humana y la abrazan en todas direcciones. Si cabe consuelo en pueblo que tiene sobre sí a un Ignacio Veintemilla, consuélense los ecuatorianos con recordar que, muerto el perro, muerta la rabia: como haya entre ellos un troglodita que no quiera ser su rey, no están perdidos. Donde no hay quien los contrarreste, el ímpetu de los malvados tiene fuerza de destrucción; el demonio sopla sobre ellos, y los vuelve terremotos y huracanes. En su órbita, nada los resiste: Carrera en Guatemala, Melgarejo en Bolivia, la araña en su tela, el insecto debajo de su hierbecita, el infusorio en su gota de agua, Ignacio Veintemilla en el Ecuador, hacen temblar el mundo. Ignacio Veintemilla en el Ecuador es la araña en su red: allí los tiene crucificados a moscas y mosquitos, secos unos con el hollín de la cocina; pataleando otros, rindiendo el espíritu en manos de algún feo escarabajo. Los viles, los cobardes no lo rinden en manos del Altísimo: para los esclavos no hay cielo: esclavitud es antirrazón que vuelve animales a los hombres.

TERCERA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE DON FERNANDO EL CATOLICO

POR MISERABLE que un pueblo sea, nunca le faltan mártires y redentores; y si la virtud de éstos no puede tanto con la misericordia divina que el Juez Supremo revoque los decretos de su justicia, es siempre un testimonio en favor del género humano la excepción que ella hace del hombre justo. Lot huye de Sodoma por orden del Todopoderoso; luego no es el hombre el condenado a las llamas destructoras, sino los hombres corrompidos, cuya perversión está clamando por su ruina. Las cataratas del cielo se han abierto, las nubes se han derretido, los mares se han tragado los montes, levantándose hasta las estrellas: hombres, animales, cosas, nada existe: la cólera de Dios reina sobre el mundo vacío en horroso silencio. Mas ved allí esa nave que toma tierra lentamente sobre la cumbre de la montaña que empieza a despejarse: es la especie humana salvada de la destrucción del mundo. Así los trogloditas se salvaron por la voluntad de Dios y la virtud de un hombre; así los pueblos se redimen y libertan por la virtud de tal cual hijo suyo no inficionado por la servidumbre ni la infamia general. Harmodio y Aristogitón son dos hermosos muchachos que salen de su fuente, como Eros y Anteros, se abrazan con la maga que los evoca, y se vuelven al seno de su abismo luminoso. Esa maga es la libertad; y sabe, como Jámblico, los conjuros que arrancan de la nada a los Genios propicios de las naciones.

Levantáronse un día unos adolescentes, se estregaron los ojos, y vieron: una aurora viva, hermosa, se les entró por ellos, y les iluminó las entrañas. Sintieron con esa luz grandeza en el corazón, fuerza en el brazo, se fueron para el tirano de su patria, y le mataron. El gigante no había sido araña: le pisaron, le aplastaron; movieron feamente doce patas, reventó, y no echó sangre, ni la podía echar; no la tenía. Todo en él era tripas, de las cuales no

pudo desprenderse alma ninguna. El alma, según la doctrina de la Academia, reside en el corazón: donde no hay corazón, no hay alma; ¿hay día donde no hay sol? Muerto el tirano, libre debió quedar el pueblo, y no quedó; el tirano le había quitado el amor a la libertad, no del pecho solamente, sino también de la memoria. Murió el tirano, y ese pueblo no supo qué cosa fuese libertad. Asombrado, aturdido, dio voces que nada significaban. Salió por ahí un perro, y le ahuyentó a ladridos; vino por otro lado un asno, y le enseñó los dientes. Si las virtudes habían sido convertidas en escoria, ¿qué importaba que el diablo hubiese cargado con su alquimista? Espionaje, traición, delación, obras meritorias para ese; rectitud, firmeza, patriotismo, delitos eran, crímenes digo, que castigaba con presión perpetua, destierro de por vida, patíbulo o azotes. Huído Rosas, Buenos Aires quedó libre; muerto Carrera, libre Guatemala: éstos habían sido tirados de hecho y nada más. ¿Cómo de hecho? Cuanto a Rosas, concedido; pero Carrera, el indio Carrera, ¿no tuvo por alma la Compañía de Jesús? Si ésta sabe de *hechos*, los *principios* son su ciencia. Barrios aún no ha extirpado las raíces desotro despotismo, tan memorable como el suyo; y con haberse dado tanto vuelo que ha caído al lado opuesto, luchando está con los remanentes de Carrera. Sea de esto lo que fuere, la tiranía de ese cuyo nombre no hemos proferido, fue sistema, ciencia profunda, como la sabiduría del enemigo malo, en cuyos dominios arden los cirios de la noche eterna que alumbran a los réprobos de las naciones por los espacios helados de la servidumbre. ¿Qué mucho que ese pueblo, muerto su tirano, hubiese todavía sufrido sus instituciones, sus costumbres políticas y sociales?

Tienen las regiones del Norte ciertos habitantes cuya vida nos parece horrible castigo de la Providencia. Viven en grutas o cuevas de nieve, envueltos y revueltos con sus animales. El aire que respiran en esos subterráneos es viciado, pestilente: se pleitean carnes podridas con los osos y los lobos: su luz es moribunda, su sol un cadáver: desmaya éste y se hunde a los cuatro meses de vida; casi todo el año está muerto para ellos. Sacad de su bodega a un kanchadal, traedle a la zona de la claridad verdadera, regaladle con nuestro aire puro y salutífero, nutridle de buenos alimentos, y a poco morirá: sus miasmas emponzoñados, el hedor de su pocilga, su obscuridad, su pescado corrompido le hacen falta. No de otro modo los pueblos de largo tiempo esclavos vienen a connaturalizarse con las inmundicias de la servidumbre, y les falta pecho para el aire fuerte de la libertad. Los rayos del sol no limpian el fierro orinecido; la luz perece en los cuerpos opacos. "Costumbre es segunda naturaleza", dice un filósofo: lo que viene a ser natural a fuerza de costumbre, difícil es de corregir: nada más sólido que el vicio siete años de lucha con la liga infernal de dos terribles potestades: el claustro y el cuartel; siete años de fatigar a la imprenta con los preceptos de la razón y las exigencias de la libertad; siete años de dar voces a mis compatriotas sobre que se despierten y levanten, ¿no me han servido sino, una vez conseguido el objeto, para verme proscrito nuevamente, después de cuatro días de patria y casa? García Moreno, a la eternidad; Antonio Borrero, al polvo y a la na-

da: ¡arriba los zánganos! ¡arriba los ineptos! ¡arriba los cobardes que nada han hecho por el bien de la República! Proscrito, cosa rara; rara y en honra mía, que lejos de pesadumbre me sirve de consuelo; en poco está que no me cause orgullo. En el Ecuador no ha habido revolución hasta ahora: el espíritu de García Moreno, vuela vuela sobre él, le hace sombra; sombra maléfica, profunda, bajo la cual no puede ni debe vivir un hombre libre. Yo soy *advenedizo* en mi patria, me lo han dicho. Los boarenses que le acosaron veinte años a Rosas, hasta dar con el monstruo en tierra, fueron advenedizos en sus hogares cuando volvieron a ellos. Los cubanos que andan fuera de Cuba serán advenedizos cuando la madre patria les abra las puertas de su adorada isla. Sí, ecuatorianos, el arminio es advenedizo entre los cerdos: si se da que pise el lodo, muere de asco y humillación. En ese vasto sepulcro de García Moreno, sepulcro abierto donde imperan sus gusanos, fui advenedizo por cuatro días: ya no lo soy. Mi pan es el hambre, mi vino la sed: como y bebo, y si no engordo el triste cuerpo, nutro la buena fama, sin que me afeen injusticias, ni me enfermen vilezas. Polacos, advenedizos, dejad que Mouravieff haga en Polonia lo que quiera: ¿qué derecho tenéis a romper las cadenas que os aherrojan?

La pretensa revolución de Guayaquil no ha sido revolución: un lego en lugar de fraile, nada más: un malhechor en lugar de un tirano, un payo en lugar de un hombre de rara inteligencia y vastos conocimientos mal aprovechados. Cuando a modo de cargo de conciencia me dicen los que hablan sin discurrir: Mejor hubiera sido que ustedes dejaran a García Moreno que poner a este ladrón; yo me voy de todas y contesto: ¿Hemos combatido por ventura al tirano en pro del malhechor? ¿soy yo quien ha arrancado del cielo a este bodoque infame? Deber mío era irmele encima al primero, resulte lo que resultare: no es a culpa mía si el pueblo deja pasar la ocasión y no sabe lo que hace. La muerte de García Moreno fue todo un acontecimiento; de su sangre debió haber brotado la libertad, y a su sepulcro debieron haber ido fracasadas sus cadenas. Muere, y *el pueblo libre, el pueblo rey*, Guayas heroico, se contenta con pasearse por sus calles en pelotones inmensos dando voces sin sentido. ¿No fue ese el caso de la revolución? ¿por qué no la proclamó? El cuerpo del tirano estaba bajo tierra; su alma, intacta sobre su trono. El escritor, el agitador, el patriota, el hombre de la idea había hecho su deber; el pueblo no hizo el suyo. Qué había de hacer... sobre el cadáver del tirano el pueblo no halló apóstol ni amigo sino fueron los ministros del tirano, o cosa peor. En pueblo como éste ¿qué importaría que *hubiese un hombre*? No hay un hombre, están diciendo a cada paso, por ofenderme: pues yo digo que no hay pueblo en esa comarca: Bolívar, Sucre, nada hubieran podido en país semejante. Mazzini es uno, Orsini otro. La pluma convence, conmueve, exalta: yo convencí, conmoví, exalté a los jóvenes, y el 8 de agosto fue "La Dictadura Perpetua", la sentencia de García Moreno. Andrade, Moncayo, Cornejo, encerrados con luz artificial a mediodía, leían, leían, y renovaban mil veces su juramento de matar al tirano y libertar su patria: leían, y urdían la conjuración, y hacían prosélitos, y el puñal de la salud andaba en

treinta brazos, y entraron en la conspiración jefes de cuartel, y ésta fue vasta y grande, y cayó el tirano, cayó.

No hay un hombre. . . ¿He de ir yo a despanzurrar personalmente al malhechor? Un león, un tigre; aquí está mi triste vida: pero un perro. . .! ¡Y por quién! ¿se trata del pueblo romano? ¿de una víctima ilustre? ¿de un pueblo grande, pueblo noble? Empresas contra el actual malvado, dos, y buenas; tres, y muy buenas; perdidas todas, la una por la conmiseración, la otra por la traición, la última por la cobardía. En el patíbulo estaba ya Ignacio Veintemilla: a ese Eloy Alfaro a quien ha quitado más de media vida en el tormento, a ése le debe dos veces la vida. . . El de la conmiseración, él fue; de la traición, él fue la víctima; el de la cobardía, yo me lo sé. ¡Y qué plan desbaratado por un valiente que a última hora *no se mete en nada* y disuade a los demás! Si así me destejen lo tejido, ¿qué había de hacer yo, aun cuando fuese un Washington de prudencia, un Páez de valentía? ¿Uno que hallándose preso, con enormes grillos, en una caverna oscura, comienza por seducir a los centinelas de vista, subyuga con su ascendiente a los oficiales, pone de su parte a los jefes y combina una terrible revolución en medio de las cadenas con sus propios vigilantes y opresores, ése, me parece, es también *un hombre*? Mas la traición, dueña de almas viles, no podía estar ausente de militares sin pundonor ni patriotismo, y la hazaña del preso fue desbaratada al instante mismo de convertirse en hecho grande. Eloy Alfaro pasó del cuartel al *Infiernillo*, para ejemplo de fortaleza y valor. Conque, zánganos, libres que murmuráis, que censuráis, que difamáis, ¿nos dormimos en las pajas? ¿no hay un hombre? Bien visto lo tengo, mientras esta pluma no se me vuelva espada, cosa no de poder con los ecuatorianos: razón sin bayoneta es sinrazón para ellos "Dadnos cuatro tribunos como Juan Montalvo, y os respondemos de la libertad del Ecuador", acaba de decir un ardiente escritor de un pueblo libre.¹ Con rubor y timidez hago este recuerdo, tan sólo por defenderme de ese inicuo *no hay un hombre* con que ineptos y cobardes quieren asemejarme a ellos. Si hubiera un hombre, ¿qué hiciera éste? Los grandes hombres mismos nada han podido ellos solos en ningún tiempo: cooperación, unión, impulso general necesitan para sus obras magnas. El hombre de la idea podrá llegar a ser héroe y libertador, si le sigue un golpe de gente apasionada: en no hallando quien le crea, quien le apoye, quien reciba la fuerza de su espíritu, ese hombre será la voz en el desierto, o el loco que andaba de día y de noche por las murallas de Jerusalén gritando: ¡Jerusalén se pierde! ¡Jerusalén se pierde! Nadie le creía, a nadie conmovía: Jerusalén se perdió: el loco había sido profeta. Bolívar fue libertador, porque tuvo con quien nos libertase; él solo ¿qué hubiera hecho, aun cuando hubiera ido a matar con su mano al rey de España? Las preesas de Garibaldi no son las de un individuo; son las de una persona moral compuesta de millares de personas: ¿imagináis acaso que este paladín entra la Sicilia y la toma a furor de espada con mil voluntarios? No: al ver levantado el pendón de la

¹Jorge Isaac.

libertad, los italianos en grandes acogidas de patriotas corren a limpiarse con esa santa sombra de la mancha de esclavitud que los ha envilecido tantos años. Cuando hay uno en el Ecuador que se atreve a levantar ese pendón, los ecuatorianos *no se meten en nada*; ¡y no hay un hombre! ¿qué hombre ha de haber entre *tamenes*¹ que no le pueden sufrir? Abrid los ojos, ciegos, mirad y convenceos: donde no hay pueblo, no puede haber un *hombre*

Me suelen asimismo preguntar algunos almas de cántaro: ¿Por qué dejaron ustedes que este animal se elevase en Guayaquil? La contestación, miradla, si gustáis.

Sucedió que ciertos sabios se hallasen una vez reunidos para elegir jefe supremo. A falta de león, claro está que debía serlo el elefante, y aun cuando fuese el tigre. Pero el zorro les había la noche anterior ensuciado a todos y perturbado los sentidos con esa su ambrosía que echa, sabe el diablo por qué parte. No contento con rociarlos, dióles a beber elixir de sus entrañas, con lo cual les encalabrinó el alma y les apestó el corazón. ¡Viva el juramento! gritaron en un arranque de frenesí divino; y el juramento fue jefe supremo. ¡Dios de bondad! el hijo de la cebada quiso ser también capitán general, como tributo de veneración a los tiempos coloniales; y lo fue. Quiso ser cabo capitán; y lo fue. ¿Napoleón el grande no era para sus soldados *el capitán*? *Le petit caporal*, en lenguaje de cariño militar, significaba emperador de Francia, dueño de Europa. Quiso ser agradable nuez moscada, como el sofí de Persia; y lo fue. Quiso ser espada de Bernardo, carabina de Ambrosio; y lo fue. Quiso ser alcaide de los donceles, cardenal de Acuapendente; y lo fue. Quiso ser conde del verde saúco, príncipe de Cavalcanti; y lo fue. Quiso ser barón de Montugtusa, marqués de los burdeles; y lo fue. Quiso ser caballero del Milagro, gran maestro de Calatrava; y lo fue. Quiso ser Federico Barbarroja, don Jaime el Conquistador; y lo fue. Quiso ser café con leche, azúcar de Saturno; y lo fue. Fernando Mondego, convertido en duque de la noche a la mañana, no paró hasta no verse con dictados que fueran envidia del gran Turco: Matador, Robador, Mentidor, gracias a un monito que por ahí le iba poniendo entre renglones cuantos títulos le iba él dictando a la sordina, sin conocimiento de la Junta: *meeting* digamos, para no quedar a nos atrás de los que hoy hablan lengua castellana con propiedad y cultura. El bueno del asno había oído que en otro tiempo las ranas pidieron rey al padre de los dioses, y que éste les echó a su estanque una viga: si una viga ha sido rey, dijo para sí, ¿por qué no he de ser yo jefe supremo? Y lo primero que hizo fue llegare de puntillas a un noble bruto que estaba por ahí durmiendo, y darle una coz por la espalda. Con esto, dijo, los monto a todos, y que me pongan aliagas debajo del rabo.

El autor de esta fábula debe ser Esopo: esperando estoy que el más feo de los griegos me diga si fue su héroe quien montó en sus electores, o éstos le echaron la albarda encima y le enviaron al molino. Aristóteles, padre de la

¹El que quiera saber el valor de este vocablo, puede consultar la historia de la conquista de Nueva España por don Antonio Solís.

retórica, sostiene que el apólogo es una de las figuras más hermosas, y la más adecuada para convencer. No vayan mis compatriotas a tomar al pie de la letra el cuento del pollino; no es sino una figura, y quizá mal cometida. Por lo que hace al rey de las ranas, sabido es que vino a ser su estercolero. Como es regular que los ecuatorianos no quieran ser menos grandes hombres que esos ilustres reptiles, si no se han subido ya, de presumir es que no tarden en subirse sobre su capitán general, jefe supremo y preste Ignacio de las indias y las negras.

Nunca deja de ser cargo fundado contra los hombres de viso de la República, el ver a los más ruines en la cumbre de los honores, y el más perverso e infame en el remate del Poder y la soberbia. La forma de gobierno que llama al trono al heredero del monarca, no da asidero a los reproches del patriota y el filósofo; pero en ese cuya esencia es la elección, siempre serán para menos los que levantan sobre todos al más bajo, y están sufriendo después las tropelías envilecedoras de la ignorancia y la barbarie. Sin embargo, la dictadura de este Maximino que llaman Ignacio Veintemilla tiene su explicación, cuanto a su origen. Habiendo los liberales determinado la revolución contra don Antonio Borrero, locura hubiera sido en ellos pensar en salir con su empeño sin la cooperación de parte del ejército. Don Antonio, como obstáculo para los dichos liberales, le había entregado puerta y llaves de la República al sicario más empedernido de García Moreno: por mucho que la opinión de los ecuatorianos estuviese bien dispuesta para el cambio, el apoyo militar fue, por desgracia, indispensable. La revolución, hecha la tenía la imprenta: las armas, no estaban en manos de los patriotas. Veintemilla, como instrumento, simple instrumento, no era malo: dos mil veteranos con bala en boca tenía a sus órdenes este marmitón del difunto consabido, y había declarado que si no era él jefe supremo, sostendría a Borrero. Guayaquil, ni por audaz, ni por valiente, hubiera podido nada con las manos vacías, y así tuvo por bien contar con el ahora mortal enemigo de los liberales. Triste necesidad fue, no imprudencia reprobable. El mal no estuvo en esto, sino en que los revolucionarios pasaron por todo, se sometieron asnalmente al despotismo de un echacantos que al despotismo acompañaba las malas intenciones. Pueblo que hace revolución, la ha de llevar a cima conforme a sus propósitos y necesidades: verificarla, y agachar la cerviz ante el mismo de quien debiera servirse para sus fines, es demérito que trae consigo ineptitud y vergüenza. El pueblo casi siempre es burla de los que le guían: si éstos son hombres sin fe ni amor, sin pundonor ni patriotismo, el pobre pueblo es el que se expone, el que vierte su sangre, el que triunfa; ellos los que maman la cabra, haciendo migas con traidores y farsantes.

He dicho que los revolucionarios sufrieron desde el principio los abusos tiránicos de su jefe supremo, y no he dicho nada: no le sufrieron solamente el despotismo; le animaron, le impulsaron por esa vía. No digo a hombre de suyo malo y soberbio, a uno bueno y modesto le hubieran corrompido esas condescendencias, esas humildades, esas tolerancias con que la viga creció en merecimientos a sus propios ojos. El pueblo, lo que es el pueblo, esa multi-

tud compuesta de la parte laboriosa y útil de la sociedad humana, menos sometido y vil que sus cabecillas, quiso dar la ley en su revolución; los corifeos se opusieron, se lo impidieron. Cuando el rey de las ranas dijo: No quiero ni suplente, menos colega, ¿no dio a conocer sus fines? y con todo, cuando el pueblo quiso indicar, proclamar ministro general, *los sesudos*, los esclavos blancos fueron óbice a tan saludable providencia. "El es el dueño, él hará lo que quiera", me dijo en mi casa un hominico liberal. Vi que no la había con un varón, sino con un eunuco infame, y ahorré palabras. Repudiado por *su dueño*, desesperado, el ruin ha dado en borracho, y hasta en loco. El gobierno temporal de la Providencia, doctrina del conde de José de Maistre, está palpable en ocasiones. Pueblo donde éstos son los principales, éstos que dicen *él es el dueño*, no es mucho sufra las voces con que le están asordando las demás Repúblicas: ¡Esclavo! ¡esclavo!

Veintemilla es obra exclusiva de los guayaquileños; los patriotas, los liberales, los dignos, los orgullosos, los valientes, los libres guayaquileños. Ellos tejieron, a ellos les incumbe destejer: de otro modo, cumplirse ha el término de la promesa, y prostituirse han al sátiro a quien han ofrecido su virtud. A Penélope no la salva su fuerza, pero le sobra industria para ser fiel a su marido. Guayaquileños, pueblo de valientes, si habéis perdido el valor, manifestad por lo menos que no os falta apercibimiento para vuestros deberes y vuestras honras futuras. Abrid lo tejido, deshaced lo hecho, y ved aquí la corona de la virtud con nombre de libertad y patriotismo.

Vegetaba en el Perú un hombre en quien tenían puestos los ojos quince años había los patriotas y liberales del Ecuador. Sus intenciones de libertad, sus expediciones contra el tirano, aunque desgraciadas por su culpa, le habían granjeado la benevolencia de los que no le estaban viendo de cerca. Este liberal añejo, cabeza de partido, ninguna parte tuvo en la revolución de los liberales del Guayas; antes la improbó, de miedo, con increíble acerbidad. Hecha la revolución, tුවola por buena y se vino a coger su parte. Una noche, gran gentío en el malecón de Guayaquil: Urbina, el viejo Urbina, se halla a bordo de un buque, va a saltar: con éste, la revolución no será desviada, ni la beneficiarán de su particular ganancia bellacos de la orden de García Moreno, como Ignacio Veintemilla. "¡José María!" los viejos: "¡Mi general!" los militares: "¡General!" sus amigos, todos se le van con los brazos abiertos. El pueblo necesita siempre un hombre en quien fincar sus esperanzas: cuando no lo tiene, entalla una quimera, dispone un simulacro, y adora al dios que le hace falta. Pueden los viejos ser recuerdos; esperanzas, no las busquéis sino en los jóvenes: las canas, y eso canas ilustres, son cuando más estímulo de la sangre nueva: en volcanes apagados no pueden los operarios forjar las armas de la patria: el fuego del Etna habemos menester para sacar espadas de buen temple. El tiempo pasado no nos puede brindar con la esperanza; gaje del porvenir es éste. Esperad en el hombre mozo, en el adolescente, en el niño, que éstos van mirando hacia delante: los viejos van para atrás, y atrás están muerte y olvido. Un gran viejo, de antecedentes

gloriosos, puede ser un monumento; una gran esperanza, huíd de ir a buscarla al borde del sepulcro.

El anciano recién llegado, en medio de tumultuosa muchedumbre, se dirige para su casa: allí, en ese recinto estrecho, está encerrado un mundo, el mundo del corazón: mujer, hijas, hijos, santo grupo de la familia con sus dioses y sus ceremonias apasionadas, esperan al marido largo tiempo ausente, al padre, al sacerdote del altar doméstico. Colgadas en las barandillas de la escalera, los brazos hacia la puerta, sus lágrimas están bendiciendo esas gradas, ese zaguán por donde ya va a entrar, a subir el hombre en quien está fincada su vida en ese instante. María, Rosita, de felicidad son éstas que se os desprenden de las pestañas y ruedan en largo hilo por el seno. Vuestro padre, hele allí: ya llega, ya entra. . . ¡Cómo! el tropel sigue adelante: pasó, se alejó, silencio todo. El hombre descastado, el viejo ruin, dejó allí muriéndose de amor, y tuvo por más natural y santo ir primero a echarse de rodillas y besarle los pies al figurón sin alma que se estaba ya llamando jefe supremo. Para volver más notoria su irreverencia a Dios y la naturaleza, tuvo a dicha ir a pasar por su calle, por su casa, recibiendo con esto el fierro, la marca de un amo tan pobre de méritos y virtudes como él mismo. Ahora ya no se puede perder ni confundir entre vacadas ajenas: este buey seco, pelado, garrapatoso, que se mueve y tambalea, es de Veintemilla, dicen todos; y le cogen, y le entregan a su dueño, cuando sale de su majada. Dinero, mucho dinero, a trueque de obscuridad e infamia, éste es el actual Urbina. Poco sabe de derecho este furriel apolillado, pero dijo: *doy para que des, hago para que bagas*. Dio honra, fama; cogió y está cogiendo mazos de billetes de banco, talegos de moneda que se los bebe en forma de aguardiente.

No se me ignora la divisa de los antiguos caballeros, *mi Dios, mi rey y mi dama*; pero el cristianismo mejor averiguado ha hecho una transposición y, nosotros decimos con más acierto: "Mi Dios, mi patria, mi familia", siendo así que no tenemos rey. Si rey entra por patria, habremos de decir: Mi Dios, mi patria y mi esposa, ¿Pero cómo ni cuándo ha de simbolizar la patria un malvado que no hace sino cubrirla de ignominia y arrancarle dolorosas lágrimas? Sin estos pegotes corruptores que arrodrijonan al opresor, quizá no hubiera tiranos: la soberbia vive de adulación; la adulación hincha a la vanidad, y aduladores y vanidosos caen sobre las naciones desgraciadas a modo de ceniza, y la quemán, y la yerman. Los ciudadanos de chapa, los hombres de trascendencia, en todo caso han de ser contrarresto de gobernantes abusivos. Pero sí lejos de ser apoderados naturales de la República, se vuelven fautores de su enemigo y ministros de sus crímenes, ¿cómo no han de llover desdichas y vergüenzas sobre un pueblo? Me han dicho que Urbina, siendo presidente, gustaba por extremo de zalamerías y cucamonas de cortesanos: hombres graves, decorosos, no eran suyos: para cortarles el ombligo convenía mostrarse indigno de un prohombre. Nadie tenga la osadía de alabaros cara a cara, dice un gran autor; no le sufráis, reprimidle, agregoy, pequeñuelo. La adulación corrompe, desvía: la calumnia vestida de alabanza, suele asomarse por los labios del palacio: el gobernante sordo a los

enemigos públicos que se llaman aduladores, ése está libre de mil males. La adulación no se contenta con alabar; su parte principal es indisponer al poderoso con ciudadanos quizá buenos. Encomios pagados son méritos de hombres sin virtudes: los varones de pro no han menester sino el silencio respetuoso de los dignos, la callada buena fe de los sinceros.

La diplomacia de Urbina es la adulación: si agregamos la mentira, planta espontánea en sus labios, el fraude y el engaño, bien así en las públicas como en las privadas relaciones de la vida, hemos dicho todo lo que sabe. Adulación, y tan extremada, y tan empalagosa, que le da semblante de retrechera sin talento. Hombre que peina canas, militar antiguo, ex presidente, adula, si su alma es baja, pero con aire y modo, y no así como una peliforra. Un poeta indigno de las Musas había dicho que Antígono era un dios. "Miente, respondió el tirano; mi criado sabe que no hay nada de eso". Urbina, a pesar de los secretos de la recámara, que él los sabe muy bien, quiere que Ignacio Veintemilla sea un dios: un dios, pues valiera más llamarle Caco o Mercurio, que Godofredo de Bullón o Carlomagno, como le ha llamado mil veces en sus borracheras. El que cae en los brazos de ese viejo, tenga paciencia; media hora ha transcurrido, y aún no le afloja. Si el dicho Sileno le ha menester para algo, peor: le besa desde la frente hasta la ijada, pasando por el estómago. Le besa los ojos una y mil veces; le besa la nariz por dentro y fuera; se da maña en besarle la nariz por dentro haciendo los labios pico de cigüeña. Le besa la boca: sí el sentenciado a ese suplicio infamante no la cierra bien, le ha de hacer irrupciones asquerosas de lengua hasta el galillo. Le besa la quijada, la nuex: la mejilla ya la besó; esa es cosa suya. Le abre el chaleco, le besa la barriga; le vuelve, le besa tras la oreja. Si no hallara resistencia, ¡oh! ¿hasta dónde no llevara esos labios de Judas con los cuales le está vendiendo a uno por todo el cuerpo y cubriéndole de baba tabacosa? Dios sabe si Veintemilla se ha ido al baño cada vez que su mala estrella le ha puesto en brazos de su Mentor: ¿qué ha de ir cuando él mismo está cubierto por dentro y fuera del pringue de los vicios? En la Escritura, justicia y misericordia se encuentran y se besan; en la desescripción, Urbina y Veintemilla, esto es, la corrupción y el crimen, la embriaguez y la imbecilidad, se encuentran y se besan, y de esta cópula indecente nacen deshonor y males públicos. Sin Urbina, sin su traición a la patria y al partido liberal, sin su falange de leprosos antiguos, Veintemilla, Ignacio Veintemilla, cargado de una fanega de cebada, estuviera yendo al molino cada día. ¿Qué pudo este infeliz por sí mismo? Veintemilla, como ejecutor de crímenes y traiciones, ha caído en mal caso y merecido la horca; Urbina, como impulsor y causa, está llorando por la cuerda. El uno es cuerpo, el otro alma de este feo demonio que se está comiendo a bocados honra, bienestar y buena fama de un pueblo. Ideas, propósitos elevados, amor al género humano, impulsos de grandeza, anhelos de gloria, nada; lujuria de dinero, hambre de vanos títulos, sandez, falsía, desvergüenza, he aquí los medios y los fines de esos revolucionarios sin revolución, católicos sin bautismo. Como saben que los principios liberales son cosas grandes que se están dando vuelo por el mundo,

se han llamado liberales, ellos: en las galeras hay también partidos: Urbina y Veintemilla, liberales de galeras: liberales de aire libre, liberales de idea y corazón, no; liberales a lo Thiers, a lo Gladstone, no. Asesinen arzobispos, metan fuego a los edificios públicos, acarreen a sus casas los tesoros de la Iglesia y del Estado, en buena hora: esos no son liberales ni conservadores: son delincuentes a quienes, hasta hoy día de la fecha, y van nueve años, están fusilando en Francia. "General, no tenga usted cuidado; los jesuítas están conmigo". ¿Conque los jesuítas están con él? . . . ¿y el arzobispo envenenado? ¿y los obispos desterrados? ¿y los clérigos encadenados? ¿y los católicos asesinados? ¿y los canónigos saqueados? ¿y el concordato pisoteado? Dirán Urbina y Veintemilla que estas niñerías, y las otras que constan en su *memorial de agravios comunes*, como son redomazos, clavazón de sambenitos, untos de miera en la casa, lejos de desmentirlos, son prueba de su liga *rodiniana*. Y concluyentes: si nada de eso hubiera sucedido en la República, de su peso se cae que los jesuítas no estuvieran con ellos. No ha quedado un liberal en el Ecuador; no hay sombra de imprenta, ni tribuna, ni sociedades, ni libertad, ni verdad, ni religión pura, ni conciencia, ni Cristo que lo fundó; claro se está que ellos están con los jesuítas: ¡y se llaman todavía liberales! Violencia y crueldad, terror infunden; la impostura es baja de suyo, y no inspira sino desprecio.

Sería yo temerario si afirmase absolutamente que los ecuatorianos son esclavos de nacimiento y por amor. García Moreno hecho pedazos, cayendo de su palacio a la plaza a puntapiés, dando zapatetas en el aire, según que lo había profetizado un humilde Isaías, viene aquí, y depone en favor de sus víctimas perpetuas. Borrero es asimismo testigo favorable, el pobrecito: diga si fue bajo el solío, o en su fuga, donde le pasaron una mañana las botas llenas de . . . agua, y él tuvo que ponérselas, llevándolo todo en amor de Dios. ¿Ignacio Veintemilla, la soga al cuello la arrancará, y desvanecerá la buena opinión que Sudamérica principiaba a concebir del Ecuador? Veintemilla sin talento, sin poder, sin habilidad; Veintemilla, ignorante como un indio, cabezudo como un vizcaíno, pesado como un galápago, presuntuoso como un Quijote, incapaz de esa tiranía grande que inmortaliza *en el aire* a los bribones de gran talla, ¿estaría ahí para echar el sello a la desgracia de un pueblo, al ruin concepto en que los otros lo han tenido tantos años? La dictadura de García Moreno fue perpetua hasta el día del Machete; la de Veintemilla será más corta: las ranas han visto ya que se le pueden subir encima, y hacer de su rey su estercolero. ¿Te enojas, el amigo? Yo que te estriego, burra de mi suegro.

Desengañense los ambiciosos sin mérito: en los rincones más oscuros las luces obran ya más de lo que les conviene a los opositoristas de la civilización; en los pueblos más hechos a la servidumbre los agentes de la libertad se abren paso, y van alumbrando con su antorcha cien leguas en contorno. Tres números de *El Regenerador*, apoyado por los jóvenes liberales de Quito y Guayaquil, bastaron para quitarle al presidente más popular que ha-

bíamos visto en tierra de lirones *sus veintinueve mil votos*. La revolución, hecha la tenía la imprenta, esto es, la razón, el derecho de los pueblos, cosas que se vuelven efectivas en la libertad práctica y sensata, en el progreso cuyos fundamentos son virtudes. “Ya es tiempo, me escribieron los jóvenes del Guayas; venga usted, vuele usted”. Fui, y el pueblo me dio un susto. El aura popular en forma de huracán es simún en cuyo seno viene sonando una música aterrante. La modestia pierde el color y le habla en presencia de ese monstruo hermoso que le abre cien brazos y la saluda con mil voces. Uno a quien hasta hoy no le han cabido sino persecuciones y amarguras, debía darse por resarcido de sus padecimientos, por agradecido de sus afanes, cuando honradamente conturbado, estaba viendo un pueblo todo al pie de sus balcones, oyendo unir su nombre a las santas palabras de patria y libertad. Ante la glorificación ardiente de miles de personas bien intencionadas, ¿qué importan majaderías de tontos, sandeces de borrachos, malas obras de ingratos, desvergüenzas de atrevidos, columnias de perversos?

El diablo estaba haciendo en ese instante en una cochiguera un tiranuelo de lodo. En embrión lo tenía ya entre los dedos, y este feto del infierno tembló dentro de la obscuridad al oír las voces de la luz. Envidia, celos, aprensiones ruines, temores agudos pasaron por sobre él abrasándole cual llamas infernales. A poco el feto había nacido en un cuartel, fue bautizado por Patillas el canónigo, y llamándose capitán general de sus ejércitos, salió campeando al mundo. Más que campear... campea y aún se pavonea por las calles de Quito, al centro de una muchedumbre de sicarios. Hombres, mujeres; viejos, niños; hidalgos, plebeyos, todos son sus enemigos, de todos se cautela: soldados, lanza en ristre; oficiales, la espada desenvainada. Así campea, así pavonea, así se gallardea ese mezquino. “No me saques sin razón ni me envaines sin honor”, es la divisa de la espada noble, espada valerosa que sale de las fraguas de Toledo: esos oficiales que, sin guerra, la llevan desenvainada por la ciudad, ¿la sacan con razón? ¿la envainan con honor? Un hombre del pueblo, un pobre hombre, está sentado sobre el umbral de una tienda, cabizbajo con algún pensamiento, meditabundo con alguna cavilación, triste con algún dolor: su excelencia el presidente de la República, valeroso caballero, se le va encima, le echa a tierra la cabeza, esto es, el sombrero, le harta de injurias. El hombre no le ha visto, no se ha puesto de pie, no le ha saludado. Herido en el cuerpo y en la honra, el triste mira a una y otra parte, ve un palo, se ase con él, salta, descarga, repite el golpe desafortadamente: su excelencia el presidente de la República, con tres gentiles garrotazos en el pescuezo, tambalea, en tanto que sus heroicos edecanes pican de soleta. Pero no es un 6 de agosto: vuelven los valientes, dan en el suelo con el descomedido, pisan sobre él, le matan... No le mataron: apaleado y lastimado, lleváronle al hospicio, *por loco*. Loco, y azotes cada día; loco, y juicio criminal de orden del presidente. Si éste no es loco, é' es el ente más bajo y despreciable de la tierra. Como ha visto ya que si le saludan los quiteños es con el palo, no se va sobre ellos con el bastón: los

hace presos, los manda al cuartel, les pone gorra a los que no gritan: ¡Viva el rey!

Cuenta un sicario de Juan Manuel Rosas que este gaucho extravagante, cuando no mandaba a sus pretorianos hacer irrupciones en las casas de Buenos Aires y cortar cabezas a discreción, les daba órdenes tan patrióticas, como la de armarse de grandes tijeras y difundirse por la ciudad: levita que aparecía, ¡tras tras! quedaba de chaqueta en quitame allá esas pajas. En cuanto al frac, lo que llamaba casaca, don Juan Manuel lo aborrecía de muerte: ¡desdichado del argentino que saliera de frac y guante blanco! no las faldas solamente, pero también el pescuezo hubiera perdido. A la puerta está Ignacio Veintemilla de salir contra la levita: la guerra contra el sombrero, ya es a todo trance. No quiera vuestra mala ventura, quirites del Pichincha, que, vencidos sombrero y casaca, vaya por los pantalones, y aun por los calzones, el Gran Pompeyo de José María Botellas. Mas comio dicen que muchas veces el que va por lana vuelve trasquilado, puede ser que cuando menos piense salga el Mudo del combate en cueros. En este concepto, mi deber es fomentar la santa guerra a los paños mayores y menores.

Vivir para tormento de nuestros semejantes, y aterrado uno mismo, es negra fortuna de los que nacieron para el infierno. La historia no existe para los ignorantes; para los que no leen, nada ha sucedido en el mundo. Si Ignacio Veintemilla supiera que los tiranos, si no acaban a manos de sus víctimas, acaban a las de sus propios esbirros, no se propasara de ese modo en sus desafueros. Mas él no tiene para qué saber la suerte de los tiranos, si éstos representan el último acto de su comedia en el patíbulo, si en una plaza o una calle; basta con que no olvide que para insignes malhechores, cuerda. ¡Qué vida la de ese tonto! en su casa, un batallón entero invertido en centinelas: centinelas en la puerta mayor; centinelas en el zaguán; centinelas en la escalera; centinelas en la sala; centinelas en la cama: no se pone centinelas en la boca, porque quiere tener libertad de tragadero. Y este ser aborrecido, éste que no puede dar un paso sin mirar por su vida, al tiempo que está siguiendo con el puñal en lo obscuro a los buenos ciudadanos; este reo de todos los delitos, tiene, no sólo por lugar de seguridad, sino también de delicias a Guayaquil; la libre, la valiente, la orgullosa Guayaquil. Guayaquileños, este malvado, o no hace caso de vosotros, u os tiene por sus cómplices: lo primero es humillante, lo segundo denigrante. En Guayaquil andaba solo García Moreno de día y de noche, dormía a pierna suelta sin ensueños ni pesadas; en Quito vivía aterrado; su velar era cautelarse, su dormir atormentarse. Viendo patriotas, jóvenes armados del puñal de la salud, vengadores y jueces por todas partes, saltaba de su lecho, corría por dondequiera dando gritos, pidiendo socorro en sueños. El sonambulismo de la sangre es la más terrible pesadilla. Al fin murió el tirano, murió; no a poder de libres y valientes guayaquileños, sino de esclavos y cobardes *serranos*. Los guayaquileños, cuando saludaron el 6 de agosto con tan grandes procesiones, tuvieron por bueno el hecho, lo prohijaron; pero ellos no habían sido para la empresa. Vamos a ver, hijos del Guayas, los serranos cobardes os libra-

ron y libertaron de Gabriel García Moreno; libertaos vosotros mismos, libertadnos y libradnos a todos de Ignacio Veintemilla. El uno valiente, audaz, temible; el otro, pálido en la menor ocasión, cuitado, despreciable. Y así y todo, éste no piensa sino en Guayaquil: en sus terrores, sus amarguras, sus palos, Guayaquil; en los desprecios que devora, en sus cuitas, sus pesadillas, Guayaquil; en sus peligros, sus ansias, sus caídas, Guayaquil; Guayaquil es su consuelo, Guayaquil su salvación; consuelo y salvación del traidor a la patria, el robador de la hacienda pública, el perseguidor del partido liberal, el bárbaro para quien no hay más Dios ni ley que el vicio, ni más devoción que el crimen: ¡Guayaquil, Guayaquil! Guayaquil, cuna de la libertad; Guayaquil, tierra de hombres fuertes; Guayaquil, madre de hijos libres. Guayaquil, Guayaquil... Rocafuerte, Olmedo, no reconozcáis a esa madre envilecida, echadle al rostro las estatuas con que quiere engañaros. Esa, esa que erige estatuas a un viviente infame, no tiene derecho para levantarlas a difuntos esclarecidos: semejante trastrueque del orden de las cosas pudiera indignar a la Fama y la Gloria, y hacer temblar de ira a esas divinidades. Guayaquileños, ¿estatua a Vicente Rocafuerte, genio de las luces, campeón de la libertad, honra del Guayas; estatua a Rocafuerte en la Capua de Ignacio Veintemilla? Levantadla, sí, levantadla, pero no antes de haber dado en tierra con el Sísifo que fuera infamia de Gomorra. Le apreciáis, le amáis; él lo dice: ¿hasta cuándo seréis merecedores de agravio semejante?

Había en una comarca del Nuevo Mundo una joven llamada Ecuá, hermosa por extremo, y dueña de grandes riquezas. Huérfana de padre y madre, un deudo suyo muy cercano la tomó bajo su amparo, con tanta más solicitud cuanto que, en muriendo, su padre se la había dado por hija. Inocencia, sobrada; experiencia, ninguna; no era ella para cosas grandes, ni hubiera ido derecho, ni nadie la llevara por la mano. Acodicióse un hombre de ella; no tanto por su hermosura cuanto a sus haberes, siendo como era codicioso de suyo y gran amigo de adquirirlas sin el sudor de su frente. Llegóse un día al tutor y curador de la joven casadera, y pidió su mano. El señor Dual, que así se llamaba el padre adoptivo, tuvo por bueno el matrimonio. Consultando con la niña, ésta dijo que no. Insistió él, ella repitió su no con entereza. Madruñero será mucho, dijo Dual; por los tiempos que alcanzamos, los novios no están al escoger; cástate. Hombre bueno, pero aturdido, el señor Dual, medio de grado, medio por fuerza, la casó, y se estuvo a esperar que su pupila viniese a él a verter lágrimas de felicidad y agradecimiento. No fue así; antes la bella Ecuá empezó a quebrar de salud y color: su genial alegría se convirtió en tristeza, su amable verbosidad en silencio de muerte. Ella, tan dada al arreo de su persona, dejó ver un increíble desafeite: la cabellera en abandono, el vestido descompuesto, las manos, las blancas manos, perdidas debajo de negra roña. A las preguntas de su tutor, sus contestaciones eran lágrimas. Dual, profundamente afligido, trató de descubrir el secreto de esos dolores, esa como muerte en vida que estaba presenciando. Vicios, no hubiera sido mucho: halló crímenes en Madruñero, y aun cosas nefandas. El caudal de su esposa, bebido, jugado, disipado; su honra lastima-

da con injurias y calumnias de su propio consorte; su cuerpo lleno de cardenales, de los golpes que recibía sin quejarse. La ictericia, campeando en ese rostro antes divino, estaba dando fe de sus padecimientos y amarguras. Del escándalo, no había estado libre la pobre Ecuá: en las orgías, las barahúndas, las camorras públicas, ella era el hito de la perversidad de ese hombre, y la que cargaba con la vergüenza. El señor Dual quiso presentarse pidiendo el divorcio por causa de sevicia; pero cuando Ecuá, deshecha en llanto, abierto el corazón ante su padre, le hubo descubierto las causas ocultas, alocado el cuerdo, enfurecido el manso, se fue para el monstruo y le mató. Su hija, atajada de razones, ahogada por el pudor ofendido, le había confesado que ese hombre infame no gustaba de la naturaleza; que muchas veces, en siendo bella aún, había querido, borracho, ponerla en manos ajenas; y por último que había matado los dos niños provenientes de esa unión deslayada y funesta, con decir que no eran suyos sino frutos de adulterios. Enmudecida por el terror, dominada por el influjo misterioso de ese demonio, la pobre mujer no había dicho nada; Dios lo estaba viendo todo, y eso era suficiente. Su tutor la esclavizó, él la libertó: la justicia de los hombres, dijo éste levantando los ojos al cielo, sea la que fuere; perdóneme Dios, y estoy en salvo.

Guayaquileños, ya os estáis reconociendo en el tutor imprudente: la bella Ecuá en vuestra patria: Madruñero, el horrible Madruñero, es Ignacio Veintemilla. Dual, pundonoroso y valiente, libertó a su pupila; vosotros, tímidos o inhumanos, la estáis viendo expirar en las garras del monstruo.

En cualquier situación de la guerra, las diligencias de paz son títulos de amor para quienes las hacen. En medio del fuego, entre el humo del campo de batalla, la bandera blanca asoma, y todos, valientes y cobardes, la miran con respeto. Los faciales de los romanos, los caduceadores de los antiguos mejicanos, los emisarios que hoy mismo se envían mutuamente los partidos, las naciones, son personas sagradas que alcanzan miramientos de bárbaros y civilizados, lejos de infundir enojo ni desconfianza. En el país del Ecuador se han visto muchas cosas extraordinarias: que se sorprenda dormido a un ciudadano, se le prenda como a delincuente, se le expatrie sin espera ni provisión de lo necesario, porque ha hecho proposiciones de paz a los beligerantes, y esto en los términos más decorosos y adecuados para el caso, ni entre enfermos de la cabeza hubiera sido posible que se viese. Los atenienses lapidaron a un hombre llamado Sircilo porque había propuesto la paz con el rey de Persia; mas fijaos, si gustáis, en que esa guerra era la conquista de la civilización por la barbarie, y en que los griegos trataban de salvar a Palas y Minerva. Europa echó poco ha coronas de flores a un poeta, porque propuso a las naciones restablecer la paz en el Oriente, y ahorrar al mundo sangre turca y moscovita. En América se le echa mano al que habla de paz e insinúa los medios de llegar a un avenimiento en guerra civil entre hijos de una misma madre. ¿Qué dirían de Mac-Mahón los franceses, si éste hubiera enviado a Cayena a Víctor Hugo, haciéndole llamar engañosamente a media noche al Elíseo? Extravagancias son éstas que, referidas en pueblos civilizados del Viejo Mundo, cobran visos de imposturas. Hubo entre mis amigos

misimos quienes improbaban mi modo de proceder, y se engañaron tristemente, viéndolo están. Lo que hacemos con buena intención y valor, en servicio de la patria y honra de nuestros semejantes, no son *imprudencias* sino aciertos, aun cuando el puñal del asesino empiece a buscarnos las espaldas. Pongo en duda el tino y la eficacia de los que prueban los pasos largos y resueltos, porque envuelven algún peligro para el que los da, aun cuando ellos propendan al bien de todos. Ignacio Madruñero vive todavía, y tiene por suya la nación: si en vez de llevar a mal el corte que yo propuse, hubieran ambas partes acogido mis indicaciones, vivos y útiles actualmente las más de mil víctimas de esa guerra, un hombre bueno y de luces al frente de la República. Pero no: todo fue hartamente de injurias don Antonio, censurar mi política los liberales, y el Mudo echarme el guante. Allí no podían sino triunfar los dos malvados: Urbina y Veintemilla triunfaron, y hoy son asesinos y verdugos de los que le dieron triunfando. ¿Quién lo pensó mejor? ¿quién procedió mejor? Yo, con mi guerra desde el primer día a Ignacio Madruñero, con mi temprana proscripción, quedo libre del cargo que con tanta injusticia y tanta malicia me hacen bobos y hombres de mala fe; cargo de haber elevado a Veintemilla. Poner el hombro por mi parte a despeñar a Borrero fue lo que hice; pero no había contado con la traición y la prostitución del viejo Urbina. Levantar a Veintemilla. . . ¿No le conocía yo por ventura? ¿no sabía que la parte concupiscible de García Moreno estaba dentro de él, fuera de la espiritual?

En épocas anteriores me había andado rallando este zambombo porque le presentase de candidato para la presidencia de la República en *El Cosmopolita*. Esa carota de animal, trono hoy día de soberbia, cobraba semblante humilde, como quien estuviera en el tribunal de la penitencia: bajos los ojos, sumisa la palabra, esclavo el porte, en poco estaba que no vertiese lágrimas. ¿Quiere usted ser presidente? le dije un día, cansado de su molino; concertemos una revolución, póngase usted al frente de ella como caudillo militar, derueque a García Moreno, y siga por allí adonde le lleve la fortuna. Revolución, ¡eso no! contestó con firmeza, como uno que realmente aborreciese las revoluciones. ¿Pues cómo piensa usted, repliqué indignado, que he de ir a arruinarme en el concepto público, proponiendo semejante candidatura? Es que usted sería mi sucesor, dijo. Canalla. . . presidente por favor de él, contra el sentir de la nación, ¿no habría sido yo el más despreciable de los mortales? Cuando hubiera tenido que haberlas con un hombre, no fue revolucionario: García Moreno le hacía temblar hasta con la mirada: cuando las hubo con una infeliz beata que le había puesto en las manos las llaves de su pecho, fue revolucionario, y se alzó con *la honra* de la vieja doncella. Echar del pie del confesor al pobre don Antonio, ni grado ni gracias: dar al través con todo un don Gabriel García Moreno, hubiera sido proeza de mármoles y bronce. Y aun así, ¿qué sería hoy de ese marchante, fuerte en el crimen, sin el empeño, el prestigio, el brazo de los liberales del Guayas? ¡Pobres guayaquileños, qué obra la suya! En combatir y triunfar, bien hicieron: no es lo que me pesa: pero sí admiro y me duele grandemente ver cómo

sufren todavía al traidor, al malhechor, a la elefancia del alma convertida en presidente, empeñada en inficionarlo todo, en hacer supurar la sociedad humana. Engañados fueron; castiguen al embaucador, reivindicuen su fama de pueblo libre y valeroso.

Tres barbiponientes hubo que me siguieron por mi carrera de hombre sin miedo. Cuando los vicios invaden el pecho de los jóvenes en edad temprana, todo está perdido para un pueblo; pero donde hay un muchacho que alza la cabeza y exclama: ¡Tirano, yo no soy de los tuyos! la esperanza palpita en el seno de ese pueblo. Los viejos vulgares no son para acciones eminentes; los hombres comunes pronto empiezan a volverse *sesudos* y no servir para maldita la cosa; los jóvenes son la fuerza, los niños el sueño feliz de la República. ¿Conque no estuve solo en ese caos de servidumbre, bajezas e ineptitudes, efectos generosos? Seguid, no al maestro, sino al amigo: rectitud, pundonor, audacia, santa audacia; patriotismo, amor apasionado a la libertad, éstas son mis lecciones. La prudencia de la cobardía es vicio que apoca y envilece: el egoísmo es callado, el alma ruin cautelosa: ¿cuándo levanta la voz hombre vendido y comprado? ¿cuándo alza los ojos en presencia de su dueño? Ese, ese hombre vendido y comprado, sabe, como *los sesudos*, lo que *no conviene*: sabe que no conviene hacer reparos; sabe que no conviene pedir derechos; sabe que no conviene resistir, porque el azote quebranta peñas. Mas entre hombres, amigos, oh amigos, entre los hombres, conviene que a fuerza de vileza y apocamiento de todos no se vuelva soberbio el humilde, valiente el cobarde, audaz el tímido, grande el pequeño, dictador el carlancón. Este Ignacio Veintemilla, vosotros le habéis hecho, guayaquileños. Pudisteis haber hecho de él un agente, simple agente de vuestras ideas, e hicisteis un amo: soberbio por vuestra humildad, fuerte por vuestra flaqueza, déspota por renuncia voluntaria de vuestras facultades morales y sociales, ahora habéis llegado a temerle, oh vergüenza, si es que no le amáis, como él afirma. Un torrente de sangre útil perdido en un campo infausto; un arzobispo envenenado; un hombre ilustre caído bajo el puñal nocturno; las arcas nacionales trasegadas a las cuevas de dos salteadores; la instrucción pública a punto de ruina; las buenas costumbres espantadas; la honra patria herida; la barbarie triunfante en ese bruto que con bastón de presidente se anda por las calles rompiendo la cabeza al que no le saluda: he aquí la revolución de este Ignacio Veintemilla que vive ciegamente confiado en el amor y el apoyo de los guayaquileños.

No le saludan... ¿y quién le ha de saludar, si el que infunde no es terror sino desprecio? Dadme un presidente adornado de virtudes cívicas y privadas, y veréis si no le saludan sus adversarios mismos. Cuando una persona ve desde lejos a Ignacio Madruñero, un discurso lógico se va desenvolviendo silenciosamente en su memoria como se le va acercando: Ese traía a los colombianos, dice; es traidor a su patria, es cobarde que no puede afrontarse con el enemigo; es hombre sin pundonor ni vergüenza; es canalla: no le saludo. Este, sigue diciendo, mandó asesinar de noche a un ecuatoriano en quien las luces concurrían con la fuerza del ánimo; es asesino,

sus manos están chorreando sangre: no le saludo. Este hace suya la Hacienda común; sin cautela ni rubor se lleva a su casa el Tesoro; es ladrón atrevido y tonto que roba a ojos vistas: no le saludo. Este es de malos antecedentes, está a pregón por estafador en otras naciones; es pícaro consumado: no le saludo. Este deprime cuanto puede las luces y las virtudes, hace guerra a las escuelas, los colegios, las universidades, quitándoles rentas y subvenciones, llevándose al cuartel a los rectores; es ignorante, bárbaro: no le saludo. Este pierde el respeto a la asociación universal, socava las buenas costumbres con las suyas bajas y perversas; es inmoral, corrompido: no le saludo. Este hombre de mala gracia me mueve al odio; cuando no le aborrezco, le desprecio: no le saludo. Y no le saluda, pues no le puede temer; y se expone a un ultraje de contado, a recibir sus manazas en la cara, o va al cuartel a echarse encima la bayeta del enemigo público.

Ahora mirad por ese lado: allí vienen dos hombres; el uno es el presidente de la República, el otro su ministro. Ni lanzas, ni bayonetas, ni espadas desenvainadas en torno suyo: las virtudes son su fuerza, el amor de sus conciudadanos su seguridad. Honradez, indiferencia por su sueldo; de la Hacienda pública, vigilante guardián. Los bienes ajenos son para él como si no existieran. De éste hubiera podido decir el príncipe de los historiadores: "pecuniæ alinæ non cupidus, suæ prodigus,¹ publica avarus". Apasionado por la instrucción general, se anda de colegio en colegio, de escuela en escuela, reparando en todo con exquisita providencia. En el palacio, la dignidad del primer magistrado; en su casa, las buenas costumbres. Se levanta con el sol, tiempo le falta para las mil y mil ocupaciones que gravitan sobre el hombre que tiene a su cargo leyes y gobernación de un pueblo. Al comer, una hora escasa; al beber, ni un minuto: elevación y resplandor en ese ilustre esclavo de sus deberes. Si ocurren discusiones internacionales, trátalas a lo grande; es instruido y sagaz; si conflictos interiores, da un corte en ellos con admirable pulso y energía. A éste no hay quien no le salude. La inteligencia le saluda, el saber le saluda, el mérito de cualquier especie le saluda. "La hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud", dice por ahí un filósofo: el vicio disfrazado de virtud, el vicio mismo, le rinde homenaje, le saluda. Grandes, chicos; buenos, malos; hombres, mujeres, todos le saludan; y al discípulo que desprecia la virtud, al protervo que no le saluda, no le da de palos con su mano; sigue adelante sin mirarle, afligido en silencio de ver que tiene un conciudadano con quien nada han podido sus buenas obras.

Ignacio Madruñero se pasa de torpe y da en loco: su última barraganía en las calles de Quito ha sido tomar del pescuezo a un joven de familia principal, darle contra el suelo, estropearlo malamente, y mandarlo al peor de sus cuarteles, porque no le saludó.² ¿Y por qué no le saludó? ¿por qué le tiene por hombre de bien? ¿por qué admira sus virtudes? ¿por qué su ejemplo le tiene santamente conmovido? Respeto, amor a palos; he aquí, ecuatoria-

¹Tácito dice *parcus*, hablando del emperador Galba.

²Este joven, casi niño se llama Ricardo Paredes. Estuvo en el cuartel del batallón "Convención".

nos, en qué extremo de miseria habéis caído. Digo habéis porque a mí no me inficiona vuestra servidumbre, vuestro infame sufrimiento. Cuando no os miro con lástima, arrebatos de odio son los míos. Quisiera libertaros por la razón o la fuerza y deciros: Pueblo sin ventura, aquí está vuestra libertad. ¿Me la aceptaríais? No lo creo.

Una noche, paseando con luna por los alrededores de una ciudad del Ecuador, di con un indio ebrio que, ciego de cólera, estaba matando a su mujer. No contento con los puños, se apartó de prisa, cogió una piedra enorme, y se vino para la víctima derribada en el suelo. Verlo yo, dar un salto, echar a mis pies al furioso, pisarle en el pescuezo, todo fue uno. La india se levanta, se viene a mí, sacando de la boca con los dedos un mundo de tierra de que el irracional le había henchido; y cuando puede hablar, suelta la tarabilla y me atesta de vergüenzas: ¡Mestizo ladrón! ¿qué te va ni qué te viene en que mi marido me mate? Hace bien de pegarme; para eso es mi marido. *Shúa, manapinga, huairu-apamushca*, andate de aquí: quiero que me pegue, que me mate mi marido.¹

Oyéndolos estoy a mis apreciables compatriotas: ¡Mestizo ladrón! siquier zambo; *shúa, manapinga, huairu-apamushca*, ni más ni menos que para la india. Será mejor dejar que su marido la mate a esta hembra estrafalaria también; pues todos ellos juntos alcanzan a componer a lo más una hembra; pero bien casada, eso sí.

NOTA COMO FILOLOGICA

Un distinguido escritor cubano, uno de esos que las cortan en el aire en esto del hablar pulido, como hubiera dicho Cervantes, me ha hecho notar que el vocablo *prescindencia* es inusitado en España, y que en Cuba nunca lo ha oído. Tarde, por desgracia, recibo esta lección: ese horrible *prescindencia* que ahora me parece un escarabajo, está campeando en la primera Catilinaria, junto con los monstruos muchos y muy feos, de los cuales debe haber un hervidero en ese cuadernito. He sabido más aún, esto es, que don Eugenio Hartzenbusch escribió a Buenos Aires a don Vicente Quesada, improbando el uso de la palabra *prescindencia*, y haciéndole ver ella no pertenece al caudal de la lengua castellana. Tan común es ese término en las repúblicas del Sur, en Colombia principalmente, que todo un Rufino José Cuervo, todo un Miguel Antonio Caro, se han de ver tirar de la capa por nuestro viejo pedagogo, el buen don Juan Eugenio. En verdad no se me acuerda haber hallado en libro español de los buenos tiempos a ese aventurero, que hasta ahora ha estado pasando por príncipe en América. Aquí te cojo y aquí te mato: el amigo *prescindencia*, por hábil que sea, no volverá a hacer sus milagros conmigo. En rancia y elegante lengua española ¿no llaman *caballero del milagro* al bellaco que entre galos y galiparlistas anda haciendo de las suyas

¹*Shúa, manapinga, huairu-apamushca*; quicha. *Shúa*, ladrón. *manapinga*, sin vergüenza; *huairu-apamushca*, advenedizo, entrometido. Literalmente, traído por el viento, llovido.

con el nombre de *caballero de industria*? El tali6n es la justicia ensangrenada: al propio tiempo que mi amigo el se6or Merchán me cogía con las manos en la masa, me ponía un *ojo*, ojo abierto, ojo fatídico, a mi *caballero del milagro*. Si los hombres no cambiaran luces, nada supieran; y yo *no tengo vergüenza de confesar que ignoro lo que no sé*. Cuando Marco Cicer6n no la tenía, y buscaba lecciones hasta en las calles de Roma, ¿la habíamos de tener pobrecitos como nosotros? Si de influir sale influencia, de delinquir delincuencia, ¿por qué de prescindir no ha de salir prescindencia? he dicho. Porque no hay libertad absoluta de formaci6n de palabras; porque la analogía no es fundamento suficiente para los neologismos; porque el uso de las corporaciones autorizadas como la Academia Espa6ola, y el de los grandes autores, es indispensable para la introducci6n de voces nuevas; por esto y por lo demás, el falso espa6ol *prescindencia* queda desenmascarado, y lo ponemos de las orejas en la calle.

Verdad es que los castellanos censuran en nosotros dislates o abusos en que ellos mismos caen a cada paso: hablando de la grande lucha con la cual ganamos servidumbre como la del Ecuador, anarquía como la de Colombia, despotismo como el de Guatemala; libertad en todo caso; hablando de esa grandiosa epopeya, decimos "la guerra de la independencia". Los espa6oles cultos reprenden en nosotros este vocablo, nos indican para este caso el *emancipaci6n*, y ellos mismos conocen su gran lucha con el águila napole6nica con el nombre de *guerra de la independencia*, esa guerra hasta la navaja, seg6n la sublime expresi6n de Palafox en las murallas de Zaragoza. La *independencia* está canonizada por el uso general; y tan difícil será que nos quiten la esencia de la cosa como la palabra. Mas la *prescindencia*, el *formato*, el *panfleto*, el *empeloto* y otros avechuchos ridículos que anidan en tierra colombiana, opondrán, nos parece, escasas fuerzas: los amigos del bien público quemaremos estas langostas, y aventaremos sus cenizas por el aire.

CUARTA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE DON FERNANDO EL CATOLICO

DE ANTINOO dicen que su muerte fue tan gloriosa como su vida había sido infame. El que vive mal procure a lo menos morir bien, para que los hombres, si le dedican un recuerdo, digan: Murió como bueno. El pusilánime que disfruta de valor al dar el salto inmortal, ese paso largo y último con el cual salimos del mundo y nos metemos en el abismo de las cosas eternas; el flaco de espíritu que rebosa en firmeza cuando las ha con los Genios invisibles de la tumba; el malvado en cuyo rostro pálido está campeando la gloria envuelta en blancas llamas de contrición y perdón; éstos, muriendo así, es como si hubieran vivido noble, santamente. Muerte de filósofo ilumina hacia atrás, y baña de verdad el campo de mentiras; muerte de santo endereza lo torcido, aclara lo obscuro y borra las huellas con que el perverso va señalando su vida reprobada. Ese acto de no tener por cometidos los pecados, por no ejercitados los vicios cuando un triste vuelve los ojos al cielo y llora sus culpas, es uno de los misterios más hermosos con que la Religión vuelve amable a la Divinidad. Verdaderamente, la virtud de los pecadores, las hazañas de los cobardes, la nobleza de los infames, traen consigo un prestigio recóndito que nos llena de admiración. Un malo que se vuelve hombre angélico; un avariento que hereda con sus tesoros a las casas de misericordia y los planteles de educación; un mal patriota que, llegado el caso, se sacrifica por la patria; un ruin que de súbito se siente inflamado por el fuego celestial, y no sucumbe sino después de grandes hechos; un libertino que deja un ejemplar grandioso de magnanimidad y alteza de alma, éstos son héroes que, por lo extraordinario, cautivan la imaginación más que filósofos, valientes y bienaventurados que lo son sin esfuerzos, casi por naturaleza.

Vivir mal y morir mal es lógica del infierno, a cuyas sutilezas no pueden responder los que, sin voluntad para las virtudes, se ven faltos de sabiduría,

esa sabiduría con la cual le llevan cuesta abajo a Satanás los que estudian en la escuela de la moral y del temor de Dios. El vulgo vive y muere insignificadamente: la suerte del vulgo, en la otra vida, debe ser conforme con la presente: si se salva, su gloria es moderadilla, luz pálida, música regular, sensaciones superficiales. La eternidad del vulgo no pasa de cien años; ni es preciso que vivan más en la otra los que ni contribuyen a la glorificación del Todopoderoso, ni causan envidia a los Coros y las Dominaciones. Aun pudiera no morir el vulgo, y nada le importara a la tumba: muere por desocupar el lugar, por hacer campo a las oleadas que van viniendo con la marea de los siglos. Demos que se condena; el vulgo no pierde mucho: los diablos le miran con desprecio, sin honrarle con los calderos donde están hirviendo las almas de los malvados de gran porte, ni con las tenazas, dedicadas a las carnes de los réprobos gigantes. El vulgo no se condena sino para barrer patios y corredores, y para ir con la basura tras la casa. Los hombres altamente distinguidos nacen y mueren para cosas grandes: si buenos, para bien del género humano; si malos para espanto del mundo y gloria del abismo.

Vivir bien y morir bien, aun en el circuito de la modestia, es el destino más apetecible; vivir mal y morir mal, negro destino; ahora, vivir bien y morir mal, ¿no es el colmo de la desgracia? Hay un anciano en cuyas manos estuvo poco ha la suerte de un pueblo: uniéndose a los patriotas, los libres, los amigos del saber, pudo haber labrado la suerte de un millón de sus semejantes. Esto, él lo estaba palpando; y a sabiendas, por odio a la ilustración, la libertad y el patriotismo, hizo liga con ignorantes, esclavizadores y traidores y ha infamado y destruido ese pueblo. José María Urbina, sin esos empujes ciegos que por la espalda le suele dar la fortuna al género humano, nunca hubiera salido del vulgo: por sus facultades personales, o más bien, por sus méritos, oscuro hubiera vivido, como nació, oscuro hubiera muerto. Por sus méritos digo, porque en pueblos sabios y virtuosos, o donde sabiduría y virtud no son escarnecidas, no preponderan sino los individuos de altas prendas; en cuanto a facultades personales, pueden muy bien ser malas éstas, y servirles a los hombres aviesos para levantarse y sacar la cabeza por sobre el mar del vulgo. Talento, nadie le ha negado nunca a Urbina: bien así como una ramera tiene buena cara, así Urbina ha tenido talento. Yo vi una vez en un campo de ruinas una flor bellísima en medio de mil plantas insanas o inservibles: ortiga, nabo, eneldo; y unas ramitas delgadas que iban y venían ridículas, tambaleando a impulso de flaco vientecillo. Sucio estaba todo alrededor: boñiga de res, trapos asquerosos tirados por ahí, huesos de animales. La corneja, volando de un extremo a otro, daba funestos gritos que inundaban de tristeza ese paraje. Y la flor, grande, erguida, roja, estaba descollando majestuosa en medio de tantas lástimas. Eso que vi en las ruinas de Itálica, esa es la imagen de Urbina: su talento descuella solitario entre las mil porquerías de su corazón y su alma; todo repugna y da asco en esa personalidad siniestra. Iba yo a tomar la flor del anfiteatro romano; pero una aprensión misteriosa me contuvo: temí que el Genio de las ruinas me castigase la irreverencia, envenenándome con las exhalaciones de ella. El talento

de Urbina ha sido también flor venenosa. Ha sido, digo, porque ya no existe: libertinaje, embriaguez, prostitución de mil maneras y en mil formas, la marchitaron tiempo ha, la echaron al suelo. Inteligencia es planta delicada; la rosa no brilla ni huele más; pero asimismo perece fácilmente. ¿No dije ya, con la autoridad de un sabio, que una gota de simiente humana equivalía a una onza de sangre? Sin castidad, la inteligencia va cuesta abajo con increíble rapidez. Los sultanes de Constantinopla, los magnates del Oriente, van dejando en sus serrallos los dones de la naturaleza, y a fuerza de felicidad tangible, el que se sienta sobre el trono viene a ser idiota sobre quien la muerte está alargando el brazo. El gran pintor Rafael, el gran poeta Byron, hombres-palomas, almas de Apolo y sangre de Venus, hicieron bien en morir en sus floridos años; si llegan a los cincuenta, hubieran sido ruinas de ellos mismos, incapaces de comprender ni sus propias obras. Rafael, como la mariposa, muere en brazos de su amada: la bella Fornarina tiene la culpa de esa pérdida de las artes; Byron, fragua de sí mismo, muere quemado por sus pasiones. Pero estos muchachos impetuosos dejan obras maestras, nombre claro, y se presentan a la memoria del mundo como dioses ahogados en un océano de inteligencia homicida.

El abono del talento es la instrucción: el ignorante no sabe si la tiene, ni cómo ha de conservar ese árbol sublime. La naturaleza le dio talento a Urbina, engañada por éste; y no pudiéndolo recoger, se vengó con esparcir en su pecho semillas de todos los vicios. Ella sabía muy bien que a un libertino le sería imposible sustentarlo, y le echó lujuria a manos llenas; que un borracho lo perdería dentro de poco, y le cargó de embriaguez que se desenvolviera con el tiempo. Para que fuese más despreciable ese estafador de uno de sus mayores dones, puso en su constitución el órgano de la mentira, el fraude, el engaño; el órgano de la codicia, el órgano del robo, el órgano de la traición. ¿No le hubiera convenido más a ese *hombre de talento* ser tonto con menos desventajas y agravios de la madre naturaleza? El talento, sólo para maldades le ha servido, sólo para ruines cosas; para engatusar a los que le han creído; para hacer traición a los que han puesto en él su confianza; para granjear nombradía de farandulero hábil, de tramposo diplomático. En bien de sus semejantes, de su patria, nada; por la justicia, la equidad, nada; para el progreso, la civilización, nada; todo para él, para sus apetitos, sus incontinencias, sus gulas y sus vanidades. La flor de la inteligencia ha caído; los trapos asquerosos, la boñiga, los huesos, allí están en ese campo de ruinas, en esa alma que es anfiteatro abandonado donde pecados y crímenes tienen sus bacanales con las culebras y las lagartijas de esos matorrales. Si este pobre viejo tuviera educación y escuela de moral, quizá los paralelos de los varones ilustres de Plutarco, las obras de Séneca y Montaigne hubieran conseguido modificar sus malas propensiones y hacer de él un hombre útil, un buen hijo de la patria. Mas si aprendió a leer y escribir ahora sesenta años, cárguele Judas si en su larga vida sabe lo que es libro: nunca, nunca ha leído una página, ni de obras pertenecientes a su profesión, menos a la filosofía, la política, la moral. Ignorante a quien fa-

vorece la fortuna, es enemigo mortal de la sociedad humana. Su casa de presidente, gracias a Dios, no la conocí; su casa de desterrado la conocí en Lima. Volviendo los ojos a un lado y otro, me estaba yo preguntando a mí mismo: ¿dónde están los libros? ¿dónde los papeles de este buen viejo? He oído que las letras son alivio de pesadumbres, consuelo de aflicciones; ¿cómo se alivia y consueta Urbina? Don Angel Saavedra compuso *El Moro Expósito* en su asilo de la isla de Malta; don Diego Clemincín su *Comentario al Ingenioso Hidalgo* en el destierro: quisiera yo ver *El Moro Expósito*, el *Comentario* destotro desgraciado. El moro de Urbina, o más bien la mora, allí estaba sobre la mesa: era una botella de aguardiente casi vacía; el comentario, al lado: era un jarrito de hojalata en que el nuevo Ovidio bebía las aguas del Leteo, esto es, el olvido de sus dolores. Pobre viejo, me infundió lástima, y mucha. Comunicando esta angustiosa sensación con más de un compatriota nuestro, todos me dijeron: "No sabe usted lo que es ese viejo infame".

A pesar de tan triste informe, cuando le veía envuelto en su capa mugrienta, ronca roncando en su silla de fraile, mientras el viento le hacía mil burlas en un copetillo suelto de canas; a pesar de los informes de sus amigos, le volvía a tener lástima; y este afecto matador subió de punto un día que su hijo se asomó a la puerta y gritó: "¡Papá, la camisa!" "Hijo de mi alma, no la ha traído la lavandera", contestó el padre desventurado con lágrimas en la garganta. No tenían sino una de remuda para los dos. Y era humilde entonces, no ese archiducque de Austria que pone la pica en Flandes, si le hacen memoria del jarrito, y nos trata de malvados. La *camisa* de Lima es hoy manto imperial con que se atropa majestuosamente la augusta familia. Coñac de a cinco duros la botella, Roederer, honor de la Champaña; Jerez de cincuenta años; Marcó Brouner y Lafite a destajo por esas salas y comedores.

*Mucho fas el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar;
Face correr al cojo et al mudo fablar.*

Poco sabía el arcipreste de Hita: no solamente face correr al cojo y fablar al mudo, sino también rejuvenece al viejo, comunica gentileza al feo, da bríos y poder al agotado. José María Matusalén a fuerza de oro es jovencito, tiene dimes y diretes con las Musas; las tres Gracias le guiñan el ojo: ¡dichoso mancebo! Pero sabe el diablo qué brujas son esas con quienes Mefistófeles, disfrazado de general en jefe, corre sus aventuras en entresuelos y trastiendas. Los israelitas, para prolongarle la vida al rey David, anciano de muchos cientos de años, le pusieron en su lecho a la niña Abigail, sin que ésta corriese el menor peligro: los judíos del Ecuador, si quieren conservar a su Caracalzón octogenario, a despecho del *delirium tremens*, no tengan miedo de abrigarle con las *mudistas* más bonitas. Lástima es que hombre tan útil, rey David como ese, se acabe de secar y consumir con las arpías a quienes harta de dinero. Rico, riquísimo, de la noche a la mañana el padre Ur-

bina; y sin industria y sin profesión, y sin oficio, y sin trabajo: milagro de las uñas que, metidas en las arcas nacionales, descubren la California cada día No le miente el jarrito de Lima al gran señor; ante todo quiere haber sido siempre grande, siempre opulento ¿Y el pedir dos soles? ¿y el recibir una peseta? Ruín, la soberbia de hoy está en pugna con la humildad de ayer. Cuando engulles la carne envuelta en ingratitud; cuando apuras el vino torcido por la maldad, y nos ofendes, y nos insultas, y nos persigues a los que te hemos favorecido y servido, cual con el dinero, cual con la pluma, razón te sobra de temernos, pues a infame como tú vendido lo tenemos a la horca, por un real.

García Moreno tuvo por costumbre llamar ladrón a Urbina: yo me afronté con García Moreno y le di la desmentida muchas veces, exponiendo, como dicen, el pellejo. Urbina se hallaba ausente: los ausentes, si no son del todo desgraciados, tienen siempre un hombre generoso que vuelva por ellos. Urbina, además, es inepto, siempre lo ha sido, a pesar de su reconocida inteligencia. Inteligencia sin cultivo es ineptitud. Urbina nunca ha podido defenderse, por falta de luces, de valor. El talento de Urbina no fue oro sólido, ese metal precioso de que los artistas hábiles hacen prescas regias; latón fue, o papel dorado. Talento para engañar a bobos, deslumbrar a ignorantes, insinuarse con meretrices y predominar sobre sus negros. Dicen que tuvo buena palabra en su buena época: según Quintiliano, no puede haber orador sin caudal de sabiduría: la elocuencia de Urbina fue, sin duda, la de esos arlequines que en las ferias de San Germán, orillas del Sena, desenvuelven discursos sublimes acerca del lápiz, las estampitas, el hilo y más bujerías que quieren vender convenciendo al populacho. Cuanto al arte oratorio del amor, ese torrente de alabanzas sinceras, pretensiones atrevidas, términos ardientes que de rodillas solemos echar sobre el objeto de nuestra pasión, Urbina ha sido consumado en él; yo tengo una muestra de la elocuencia de ese luminoso pecho, de ese don Juan del Nuevo Mundo. Comiendo una vez en Lima en casa de un amigo, sucedió que por festejarme estuviesen campeando libremente en la mesa el famoso Elías, el delicado Cabello. La noche había cerrado, y todo era resplandor en esa amable morada: los buenos vinos son fosforescentes, dejan tras ellos larga estela que ilumina el porvenir, despertando en el corazón las esperanzas. He allí que de repente invade la sala un tropel de señoritas elegantes, amigas de la casa. Las limeñas son el diablo; sin ser hermosas, son el diablo, como las francesas: la sal se les derrama de la cabeza a los pies. Son lo que en América decimos buenas mozas, lo que llaman guapas en España. Bebieron sin ceremonia, bailaron sin hacerse de rogar. Hubo piano, frascos de esos que vienen del monte San Bernardo, por no decir *cartuja*; madera, jerez, anisetes de mil clases. Dicen que los cuervos de Africa acudieron a devorar los cadáveres del campo de Farsalia; es tal el olfato de esas aves, que huelen su ralea de un mundo a otro: así de Africa pasaron en bandadas a Europa. Urbina, el viejo Urbina, olió también: hele allí, ya es de los nuestros: la espuma del champaña tiene humos que vuelan a mucha distancia; y cuando ese cuello largo, cuello

de cisne, da su tiro ruidoso echando el corcho al cielo raso, los *aficionados* son capaces de oírlo desde el Cuzco hasta Chorrillos. Nunca viene este viejo ingrato, me dijo el dueño de casa llegándoseme al oído; ¿por qué habrá venido hoy? Si entonces le hubiera yo juzgado como al presente, no habría hecho sino indicarle con el rabo del ojo la cantina.

Mas no era este nuestro asunto, sino la elocuencia amatoria de Pepe Bottellas. Sin descuidarse de beber, andaba el viejo muy pegado a una ojinegra de dos mil demonios; era el parásito de esa Clori limeña. Parásito digo, no parásito: en medio de la guerra, no es mala una lección de lengua castellana. Muchas cosas nuevas, suaves y seductoras le decía, sin duda, el galán septuagenario a la damisela; lo que todos alcanzábamos a ver era cómo de cuando en cuando le azotaba la mejilla con el guante; y lo que le decía sin cautela ni rubor era *badulaque*. La concurrencia más decente y casta será corrompida por ese fauno libidinoso: él se tiene creído que la vejez le autoriza a lo que la honestidad y la buena crianza les prohíben hasta a los jóvenes. *Badulaque*...

Esta es la elocuencia amatoria, la buena palabra de Urbina. Y echando punto a tan ridículo incidente, volvamos al principal, que era llamarle ladrón García Moreno. No, aún no lo era: la inopia en que ha vivido en el destierro es prueba clara: ha pedido fiado a todo el mundo, ha recibido dádivas, ha mendigado; en no habiendo quién le dé, se ha muerto de hambre. Cuando fui a Lima supe que en la fonda donde vivía y comía estaba debiendo cuatro meses de pensión. Para darle a un *terrorista* que fue a pedirle caridad, me prestó a mí dos pesos. Un terrible enemigo de Urbina le hizo una vez notar a García Moreno que el hambre de *ese general* era honrosa; que acusarle de haber robado millones y de mendigar para vivir, implicaba. Y todo era Urbina para García Moreno al propio tiempo: hoy tenía un millón robado; mañana, ni medio real para comer; el asunto era llamarle ladrón millonario y mendigo, según el humor del noble don Gabriel. Urbina no robó cuando fue presidente, y se ha arrepentido de su probidad pasada, se ha arrepentido: hoy roba por hoy, por ayer y por mañana: roba con descaro, con torpeza, pues su cómplice, para robar sin miedo él mismo, deja robar a todos. Yo pienso que si Urbina no robó antes, no fue virtud: equívocación fue; tuvo por cierto que la República no saldría de sus manos, y juzgó innecesario enterrar tesoros. Quince años de destierro, lejos de labrar virtudes en él, han sembrado crímenes en el barbecho de los vicios. Ahora roba Urbina a ojos vistas, no tiene miedo ni vergüenza. El no ha menester orden superior contra el Tesoro; pueblo adonde llega, a *buena cuenta de sus sueldos*, quinientos, mil pesos hoy día; mañana, otros quinientos, otros mil pesos. Pasa a otro lugar, a buena cuenta; en Quito, a buena cuenta; en Ambato, a buena cuenta; en Guayaquil, a buena cuenta. Contribuciones de caballos, él tiene facultad de imponer contribuciones: caballos de estima, de gran valor, veinte, treinta, a los amigos principalmente, a los pícaros liberales: la ley sagrada del asilo es hollada por los *cholos* con gorra, por los negros: el general en jefe lo manda, abajo, guardián invisible de la casa, Genio mudo que cus-

todias la propiedad, el pudor, los secretos de la familia: contra el general en jefe no hay ley humana ni divina: granja, hacienda, mansión de recreo, todo queda abierto, invalido, saqueado. ¿En qué irá el domingo a misa la pobre señora devota? Se le llevaron su yegua, le rompieron su montura. ¿En qué le paseará la calle el enamorado joven a su novia? Se le llevaron su castaño, ese bello animal de cerviz enarcada, ojo ardiente y cola primorosa. El general en jefe necesita para su guardia cuanto caballo bueno hay en el pueblo, la patria no puede ir en bagajes por el camino.

Urbina, ah Urbina... Las rentas de sales de Babahoyo, tuyas son; *los almacenes* de la aduana de Guayaquil, tuyos: por medio de sus hijos, él es guardalmacén, y todo se lo lleva a su casa, en todo comete fraudes en su provecho, arruinando a la nación. Gastos de rey, viajes de recreo a Europa: ¿dirá él también que de Paita trajo un gran peculio, como Veintemilla de los garitos y las tabernas de París? ¿cómo Veintemilla del *Hotel de las Cuatro Naciones*, de Madrid? La contribución de guerra, esa enorme suma arrancada al rico y al pobre; ese pan de huérfanos, luto de viudas, toda fue fraternalmente repartida entre los dos pícaros, sin que el Estado hubiera sacado el menor provecho de esa ruda venganza. La caja de la comisaría de guerra de Galte, Urbina se la llevó a su casa. A la villa de San Juan de Dios de Ambato llegó casi íntegra; ni dirán los jefes y oficiales de esa División que pudo haberse gastado más de mil pesos en los cuatro días que se murieron de hambre en dicha campaña. Urbina la llevó a su casa; no contento con esto, puso los talegos debajo de su cama. Probable es que el comisario tenga recibo del tesoro de Quito; ¿de cuánto es el recibo? ¿de cuarenta y nueve mil? ¿de cincuenta y nueve mil? El día de las cuentas y la justicia lo veremos.

Arrepentirse de la probidad pasada, vengarse de haber cumplido en otro tiempo con un deber, cosa es de hombre raro en los vicios, de corrupción nueva, descubierta bajo tierra en las ciudades malditas. Urbina se ha arrepentido de no haber robado con tiempo, se está vengando de sí mismo con torpeza. Y este es el secreto de su ingratitud, de su traición: sabía él que con Carbo, con Montalvo, con los liberales hombres de bien no podría disponer de los caudales públicos, y buscó, naturalmente, la liga de uno de su propia calaña. Este viejo infeliz que ha vivido por obra de los liberales durante quince años; que ha tenido quien le defiende a lo lejos, contradiciendo las horribles imputaciones del partido enemigo; que ha visto la flor de la República sacrificada por su causa; este viejo infeliz, no ha hallado más correspondencia en la sepultura de su pecho que aconsejar el destierro, los grillos, el asesinato de sus amigos. "Siénteles la mano a los infames liberales", le dijo a un *chagra-jefe* en cuyas manos iba dejando la más patriota de las provincias.

Le dieron pan los liberales, pan cuando tuvo hambre, agua cuando tuvo sed: infames. De dos capas que tenían le ofrecieron la una, se la pusieron en los hombros: infames. Le fueron a ver cuando estuvo enfermo, le asistieron, humana, santamente: infames. Le consolaron en sus aflicciones, le aliviaron en sus tribulaciones: infames. Fieles fueron a su causa, le apoyaron en

sus aventuras, murieron por él y por la patria: infames. Tomaron a pechos su defensa, se encararon con sus enemigos: infames. Piden libertad para todos, alivio para los pueblos: infames. Gritan contra los vicios, hacen la guerra a la embriaguez y el robo: infames. Trabajan por el progreso, se empeñan en la difusión de las luces: infames. Se niegan a entrar a la parte en lucros indignos, en latrocinios escandalosos: infames. Hacen uso de la imprenta, denuncian crímenes atroces del enemigo público: infames. ¿Infames, Urbina, infames? Si nosotros somos infames, ¿tú qué eres? ¿qué calificativo reservas para el más ingrato, ciego y corrompido de los mortales? El general que pide auxilio indebido a extrañas gentes; el proscrito que busca alianza y complicidad con sus enemigos de quince años, para oprimir, perseguir y destruir a sus amigos y benefactores; el militar que hace tiempo en el camino mientras pasa la batalla; el jefe que compra retiradas con los caudales de la nación; el ciudadano para quien nada son leyes ni derechos comunes; el hombre que vive en beodez continua, sin hablar sino para mentir, ni dar un paso sino para hundirse más y más en el cieno, ese es el infame; y ese se llama José María Urbina.

Andando una vez por un huerto de mi padre, gané la heredad contigua por alargar el paseo. Debajo de un grupo de morales centenarios que hacía sombra como para un ejército, un anciano estaba echado sobre la hojarasca. Como sintió pasos cerca de él, alzó la cana cabeza: Don Ignacio, dije, ¿está durmiendo? ¿Dormir? respondió el viejo, lo que hago es estar pudriéndome de cólera. Ven acá, Juanito: ¿sabes el desaire que me hizo ayer el patituerto de Urbina? ¿Qué desaire? Pues fui a encontrarle con varios amigos, como lo habrás visto: saluda a todos, les da la mano, y a mí una mirada de perra parida, y pasa adelante. ¿Y por qué? Porque juzga que soy autor de la sublevación de la columna Tungurahua. Jefe supremo... siguió diciendo el anciano; me viene a mí con esa, a mí que andaba a llevarle al anca de mi caballo a todas partes. Si hubieras visto esos pies... en cada dedo tenía cinco niguas.

(¡Cielos, qué oigo! escritorzuelo audaz, escritorzuelo desafortado, ¿niguas dices, niguas? ¿sabes lo que son niguas? Humboldt, aquí vuelve Humboldt y me saca de estotro mal paso: Humboldt habla detenidamente de ese misterioso insectillo americano, insecto casi invisible, que metido entre uña y carne se convierte en perla, gruesa perla, perla de Golconda, buena para la corona de su majestad el rey don Ignacio de Veintemilla).

Patituerto, volvió a decir el viejo, cuando se ponía zapatos eran los rotos que yo le daba, o los que él pescaba en el basurero. Ya te figuras cómo andaría con una bota torcida en el un pie, en el otro un botín de mujer viejo, arrastrando. El pantalón, ¡qué pantalón, hijo, qué pantalón! nunca hacía achicar los que le daban, y era cosa de ver cómo se lo iba atacando a dos manos a cada paso. Don Ignacio, lléveme a los toros de Quisapincha. Ven, patojo; monta, churriento. Ahí me tienes desembocando en la plaza de Quisapincha con mi maleta de trapos al anca de mi yegua. Para pan, medio real; para chicha, medio real: y ahora, jefe supremo, me niega la salutación.

Ha de ser por vengarse de los codazos que usted le ha de haber dado cuando le llevaba a la grupa, dije. Eso sí, respondió el vejezuelo, hirviéndole los ojos en sus órbitas; codazos a caballo, pisotones a pie, que era lo que más le dolía. Si la alfalfa no estaba pronta, las orejas; si no estaba él allí a las cinco de la tarde en punto para ensillarlos, pan de perro. Venganza, don Ignacio, venganza: tenga cuidado no le aviente luego al Napo. Es muy capaz, replicó el anciano: cuando se acuerda que ha comido las sobras de mi casa, que se ha vestido de mi ropa vieja, es muy capaz de mandarme al Napo, y aun más adentro.

Pepe Botellas se amostaza, bien lo veo. Si supiera que Pericles en Atenas, Furio Camilo en Roma, salieron de la plebe, no llevara a mal estos recuerdos biográficos. ¡Pues digamos que la cuna del Gran Taborlan rodó sobre alcatifas reales, ni que las niñeces de este insigne bárbaro fueron las de un príncipe! No, señor; sepa don José que el Gran Taborlan, rey de los escitas, había sido pastor de puercos hasta joven maduro. Urbina no me ha de perdonar las niguas y los pisotones de su bienhechor, sino cuando yo le haga ver que Gregorio I, Gregorio el Grande, papa y santo, fue triste hijo del pueblo, y tan pobre, que era un dolor verle traspillado y amarillo, cubierto de andrajos dignos de un *lazzaroni* de Nápoles. Nacer a los pies del tronco, y ser monarca veinte años después por derecho propio, no envuelve méritos ni virtudes; salir de la nada, y a fuerza de talento, valor y tenacidad venir a ser todo, esta es grandeza, cuando su buena fortuna la debe uno a esfuerzos lícitos y plausibles, no a traiciones y picardías. Lejos estoy de echarle en cara a Urbina sus desventurados principios; al contrario, si merecimientos pudieran caber en uno como él, serían el haber salido del albañal y llegado a la presidencia de la República. Mas qué demonio, si en su carrera le seguimos a ese hombrecico, larga huella encontramos tras él de infidelidades y malas obras, de felonías y asaltos infames que le vuelven odioso a los ojos del hombre de bien. Y por nada quiere haber sido *lazzaroni* de Ambato: "Yo soy quiteño, le oí una vez; ahí está mi fe de bautismo en San Blas". ¡Bendito sea Dios que ya no tengo conterráneo tan deshonesto como el feligrés de esa parroquia! Quiteños, allá va Urbina... Me lo devuelven. Tacingueños, allá va Urbina... No lo reciben. Pillareños, allá va Urbin... Cierran las puertas. Pobre grande hombre, no tiene pueblo; ni los *cholos* de San Blas lo quieren; lo niegan, lo repudian. El viejo Pichincha se ha enojado, ruge y amenaza, si le echan ese expósito a los pies. Niño fatídico, algo hay de lamentable en su suerte no averiguada todavía; y como si la deshonor, el dolor y las lágrimas de un pueblo estuviesen recién engendrados por el demonio en ese débil pecho, por instinto de conservación y de vergüenza lo rechazan todos. ¿A dónde irá el hijo de la piedra? Urbina no es de Ambato, no es de Quito; ni Pillaro lo reconoce: ¿quiere ser de Londres? ¿de París? ¿de Viena? ¿de San Petersburgo? Patria no le ha de faltar; en todo caso ahí está Peralbillo.¹

¹Lugar en España donde ahorcaban a los malhechores.

Vivía en casa de mis señores padres una octogenaria, sin fuerzas ya para salir al sol. Mi señora Rosita, le preguntaba yo, ¿le ha escrito su hijo? ¿Cuál, el presidente? no me ha escrito, respondía la anciana con tristeza. Mi Gabriel sí, viene a verme a cada rato; el presidente no me escribe. ¿Qué había de escribir Urbina? El corazón de este hombre singular es un desierto de donde están ausentes amor, conmiseración, generosidad: el egoísmo es su mundo, el egoísmo es su vida. Si de la muerte de un protector suyo ha de resultar para él una botella de aguardiente, le deja morir pudiendo salvarle. Estaba presenciando la agonía de Eloy Alfaro en el tormento, y no daba un paso en su favor; los dio, probablemente, en contra. Y a Alfaro le debe muchas hambres remediadas, muchas desnudeces vestidas. Los sanguinarios consejos que le ha dado su autómatas respecto de mí, son otra prueba de la negrura de sus entrañas: en la acerba persecución de García Moreno y su partido a su nombre, su fama, no tuvo sino un defensor en su patria; y ese fui yo: razón le sobra para empeñarse en mandarme tras Vicente Piedrahíta camino de la eternidad. Dije una vez que Urbina no había sido malo, esto es, que no había derramado sangre, no se había complacido en las lágrimas de sus semejantes. Efectivamente, Urbina no fusiló ni asesinó a nadie cuando la responsabilidad toda hubiera recaído sobre él: viendo estamos que eso no había sido bondad de corazón ni horror por la sangre humana. Un achispado hablador lleno de talento explicó una vez satisfactoriamente la humanidad de Urbina: "No mata, dijo, de miedo del difunto". Manuel Zaldumbide sabía lo que decía; como edecán suyo, viéndole estaba temblar cuando doblaban por un desconocido, cuando pasaba una rata del un lado al otro del aposento, cuando una interjección militar resonaba por la calle. Dirá Urbina que los héroes más feroces de la independencia son célebres por su miedo a los difuntos. Pues yo vengo a presumir que Urbina tiene miedo a los muertos por ser como los héroes de nuestra emancipación, esos llaneros terribles cuya lanza bebía ríos de sangre goda, y no podían dormir solos en un cuarto. Si esta es la trastienda, nuestro Nabucodonosor está en lo justo: miedo de conquistadores, miedo de valientes. Pero el otro miedo no es de valientes; el miedo del que va con un ejército en auxilio del amigo sitiado, y hace tiempo en el camino, y está esperando el término de la guerra para seguir adelante. Mientras la pobre tía Cornelia agonizaba dentro de sus barricadas, espera, espera al general en jefe que venía a sacarla de manos de los caldeos, el general en jefe, en la villa de San Juan de Dios de Ambato, bebe, bebe y rebebe cinco días, hasta cuando llegaban noticias, del triunfo, para seguir adelante; de la derrota, para volverse atrás. Cuando a los católicos de don Antonio se los hubo llevado el diablo con reliquias y todo, el valiente general monta a caballo a las seis de la tarde, vuela al teatro de la guerra, suya es la victoria. Cinco o seis días en circunstancias tan premiosas, que la tía Cornelia, con la Táctica de Federico II debajo del brazo, estaba metida en una cueva encomendándose, no al Dios de los ejércitos, sino al de los moribundos arrepentidos.

Los que no están bien hallados con el dominio absoluto de Ignacio Madruñero; los que en algo tienen honra y felicidad pública, han de darme gracias por los esfuerzos que hice con Urbina para impedir la dictadura de esotro hijo de Peralbillo. Desvanecidas sus sutilezas, pulverizadas sus argucias, tomado en el reducto de sus mentiras, no tuvo más arbitrio que decir: No puedo estar botando presidentes cada día. Si usted los ha botado no más que por botarlos, está bien; mas si los ha echado al suelo en servicio de la República, ¿qué razón sufre se quede con el peor de todos? Que es tonto de caprote, usted mismo lo dice; que es ignorante hasta de las primeras letras, no lo niega; que sus antecedentes son indignos, lo sabe usted; que la nación será víctima de la soberbia insensata de ese idiota, usted se inclina a confesarlo: conque si sus revoluciones han sido por la libertad y los principios, ahora, ahora es cuando todo hombre de bien y buen patriota tiene el deber de conspirar.

El hombre de talento, atajado de razones, no halló que decir sino: Ah Juan... qué Juan... este Juan... Tomemos un trago. ¡No tomo! repliqué con ira. ¿Derribamos o no a este malvado? No puedo estar botando presidentes cada día, replicó. ¿Qué presidentes ha botado usted? Boté a Flores; boté a Noboa; boté a García Moreno; he botado a Borrero: no puedo botar a Veintemilla.

A más de cuatro cáscaras de nuez de la calaña de Urbina he oído decir: "Cuando boté a Flores". Un vejete apolillado, medio cojo y medio tuerto, que no se llama nada, porque no tiene nombre, me ha dicho cien veces: "Yo, yo boté a Flores". Un negro del Chota venía por el camino con un haz de leña a la espalda; todo él era trapos; andaba por misericordia de Dios, pedía por los dolores de María Santísima. "Mi amito, dijo, mientras yo echaba mano a la faltriquera, cuando boté a ño Flore..." No hay perro que no haya botado a Flores, exclusivamente; no quieren que nadie les ayudara en tamaña empresa. Urbina dice, como el negro: "Boté a Flores"; ¿y Roca? ¿y Olmedo? ¿y Elizalde? ¿y Guayaquil? ¿y los grandes patriotas que contenía esa ciudad heroica, cuando era patriota y heroica? ¿y los valientes de la Elvira? ¿y las *Capitanas* de Babahoyo, esas mujeres fieras, que han dejado nombradía de Juana de Arco, para vergüenza de los hombres de hoy? Nadie hizo nada; Urbina *botó a Flores*; Urbina, el asistente y echacuervos de Flores, el pobre diablo, el subalterno de Manabí. Olmedo el hombre, Roca el corazón y el seso, Noboa la popularidad. Elizalde el brazo, éstos fueron los agentes de esa grande obra. La traicioncilla de Urbina, si sirvió para algo, fue una pequeñez, una miseria.

"Boté a García Moreno". García Moreno le botó a él a patadas; en Jambelí, en Zapotilla, le molió. En la hazaña del 6 de agosto ¿qué parte tuvo Urbina? ¿había él escrito *El Cosmopolita*, *La dictadura perpetua*? ¿salió con los jóvenes a buscar al tirano en su palacio a mediodía? ¿Rayo descargaba sus golpes a su nombre? ¿Cornejo se consultó con él? Andrade seguía sus instrucciones? ¿Supo siquiera que tal cosa iba a suceder? El *botó a García Moreno*, y vive empeñado en llamar *asesinos* a los valientes, por congraciarse

con los devotos de ese infeliz difunto: Urbina, infame Urbina. Cuando pudo y debió haber dado al través con el tirano, quedó como cobarde, como ruin; sacrificó la flor de los jóvenes guayaquileños, por inepto y por borracho. En tanto que Pepe Marcos y su puñado de héroes se las tenían tiesas en el mar a García Moreno, él estaba de mantel largo, presidiendo a lo emperador su mesa cargada de licores, dando decretos y repartiendo la nación entre los suyos. Cuando el enemigo se hubo echado al bolsillo la escuadrilla, pudo haberlo esperado en tierra, y huyó, y corrió en cabeza, a pie, y llegó carleando a tierra de Tumbes, y cayó exánime. Volviendo en sí, sangrando, atendido con fraternal providencia, vio que se hallaba en brazos de un amigo, un compañero de armas, a quien acababa de hacer atroz agravio. ¡Doctor Auz, le había dicho en la mesa con increíble descomedimiento, ese puesto es del ministro! Y le obligó a levantarse al hombre a quien debía servicios y favores, por un pendolista a quien había hecho ministro ese rato, por falta de gente. Auz, compasivo y generoso, le salvó la vida, le dio dinero, le mandó a Paíta, sin aludir al insulto de poco ha. Reconvenido después, contestó rascándose el cogote humildemente: “No sé cómo habrá sido eso, doctor Auz; no me acuerdo”; y con el dorso de la otra mano se enjugó una lágrima de... cocodrilo. Rasgos hay en la vida de ese viejo, que le persuaden a uno de que la existencia de las llamas infernales sería una irregularidad en la creación.

“Boté a Borrero”. ¡Pobre don Antonio! su amigo leal, su firme apoyo, su comisionista, su administrador, su diácono, su ayudante de misa y olla, su Pólux, su lazarillo, sus andaderas, sus anteojos, Urbina, José María Urbina, *¡le ha botado!* Cuando los liberales del Guayas hubieron urdido su primera revolución, contaron con Urbina, *el enemigo mortal* de las leyes de García Moreno: el hombre de dos caras y ni un corazón, al embarcarse para Lima, le tomó aparte a Eloy Alfaro y le dijo: Entiéndete con Teresa *para todo*. Dejó tendido el lazo: cayeron en él los jóvenes: la denuncia salió de su casa, y todo fue desbaratado. Dejaría de llamarse Urbina, si mi padre entrara en una revolución contra Borrero, dijo una bella señorita. Borrero, que sabe los milagros de santa peseta, puesto que él es quien pide para las ánimas, le había dado cuatro mil pesos por de pronto al viejo troglodita. ¿Plata a mí? exclamó indignado el troglodita; yo sirvo a la República y al Gobierno de mis simpatías por patriotismo. Y renunció el estipendio de *sus servicios* en nota oficial enviada directamente a Quito, al propio tiempo que tomaban por él y para él en la Tesorería de Guayaquil la dichosa cantidad. ¡Hombre indigno! y torpe, y zurdo, pues ¿cómo quería salir bien con semejante engaño? Una vez puesto en Lima, me escribió a Quito pidiéndome con lágrimas en los ojos le defendiese del cargo de los cuatro mil pesos. No puedo negar que en ocasiones soy *tigre*: no me lo engullí al que fue con la carta, suplicándome *por su parte*, porque hasta ahora está corriendo el canallazo. Por la derecha hace renuncia del salario, por la izquierda la apaña; y quiere el libertador de pueblos que hombres de bien y pundonor le defiendan. *Calaverada infame*, llamó la revolución contra Borrero, cuando hubo fracasado; cuando salió bien, la llamó *santa*, y Carlomagno, y Cicerón, y Pío V al calavera infame. Ahora

díganme los descreídos, si ese viejo se nos escabulle y se nos va, ¿no es preciso que haya otra vez infierno? Si le podemos haber a la mano, no será necesario ese establecimiento; la horca lo puede suplir. Lo que queremos es que la impunidad constante de los malvados, y el martirio sin tregua de los buenos, los generosos, los creyentes, no nos hagan cavilar respecto de la Providencia.

Hubo en cierta época de la República un anciano que con puño débil asió el bastón del mando. Urbina le apoyó, Urbina la fuerza de ese Gobierno. Señor, le decían al anciano, Urbina no es acreedor a la confianza de vuestre- lencia; preciso es cautelarse de ese hombre tan falso como ambicioso. ¿Mi José María? respondía el ingenuo vejezuelo; ¿no saben ustedes que es mi hijo? Su hijo, por su parte, su José María, le estaba escribiendo de Guayaquil: ¡Véngase, papá; *papacito*, véngase! No se vaya, señor don Diego; Urbina lo amarra; el ejército es suyo: lazo es el que le tienden, señor. ¿Mi José María? ¿mi hijo? no lo crean. Y enseñaba las cartas donde su José María le llamaba *papá, papacito*. Metió la cabeza el pobre anciano, y salió por allí: *su hijo* no le dejó ni tomar tierra: pasó de largo el expresidente a expatriación tan dura como inicua. Si Urbina empezara a escribirme llamándome *papacito*, ya no me atrevería a salir del Gran Hotel, porque temiera que el puñal de mi José María, de mi Ignacio, me estuviera esperando en el vestíbulo. José María e Ignacio; hijos de don Antonio, después de haberlo sido de don Diego, le *papasean* cuatro meses antes al que han resuelto entregar a la estricnina o al puñal nocturno. *Taita* le llamaba el Mudo al arzobispo de Quito: otras veces, para mayor ternera, le decía *mama*. Pobre sacerdote, gracias, probablemente, a su hijo, se bebió un cáliz llenecito de veneno. De Vicente Piedrahíta dice también que *lo apreciaba*: no quiera el cielo que Veintemilla os aprecie en ningún tiempo, amigos míos. El gato aprecia con las uñas, el perro con los dientes, el Ignacio con el puñal. Los *papacitos* de Urbina y las *mamas* de Veintemilla están condenados a muerte desastrosa. Conocidas son las cartas de este excelente hijo a su buena madre don Antonio en las cuales le decía mamá, mamita, y le ponía el ejemplo de la doncella cuyo patrimonio es la honra. El, como comandante general del Guayas, era la doncella: volverse contra don Antonio, sería quedar deshonrada. El Mudo ya no es doncella: Demócrito, cuando le encuentre en la calle, no le ha de saludar: ¡*salve, virgo!* sino, *salve, mulier*. Yo quisiera ver la cara que pone don Antonio a estos recuerdos. Este buen hombre es la madre Celestina: él supo muy bien que sólo a fuerza de polvos y hierbas malas podía entregar la muchacha como virgen al embajador de Francia.

De estos comentarios resulta que Urbina no ha derribado sino a un presidente: él dice que *ha botado* cuatro, en lengua tan vulgar como es falsa la ideología de sus asertos. Con traición inaudita sorprendió a un anciano a quien llamaba padre, le desterró, destruyó un Gobierno que él mismo había hecho porque surgiese de la guerra civil; prevaricó, se pasó al partido liberal, dándoles de coces a sus secretarios, enviándolos a las selvas del Oriente. "La historia lo diría", me contestó a la última carta que le dirigí, haciéndolo-

le los cargos que merece, horribles cargos. ¿Piensa éste que la historia sale del lupanar, o que él la ha de hacer escribir con uno de sus capones, de sus negros? Las noticias que damos los escritores presentes son elementos de la historia: la de Urbina está contenida en *Las Catilinarias*. Pero no tema; ya él ha dejado de ser personaje de historia. Historia... César Cantú le tiene entre manos: va a entrar en ella junto con Washington y Bolívar. Un delator ¿no deja de ser persona? un traidor ¿no ha caído en mal caso? un pícaro de siete suelas ¿no tiene por suyo el desprecio de las gentes? Urbina, José María Urbina, entrará en la historia... de Gil Blas de Santillana.

Si Urbina quiere anticipadamente un trozo de su historia, véalo aquí: Pidió al gobierno del Perú un ejército organizado para invadir su patria; en guerra civil, llamó a los colombianos en su auxilio, y después les puso las manos para que se fuesen: esperó en el camino que la guerra concluyese, cuando la invasión de Quito por los conservadores del Norte: he aquí puntos de historia, grande historia. "Censuran mi conducta en Zapotillo, me dijo en Luma, porque no saben lo que hay adentro de ese asunto: día llegará en que yo les dé un tapaboca al parlanchín de Moncayo y más detractores míos, descubriéndole el secreto". El secreto es que el general Castillo, que lo desarmó en los límites de la nación peruana, había ido enviado por Pezet a las órdenes de Urbina. Castillo debió pasar la línea, según el pacto, y apoyar a los invasores del Ecuador. Como no pasaba, el traidor tuvo miedo, y se volvió atrás, pudiendo haber hecho frente con los suyos a Pepe Veintemilla; y con horrible sorpresa de su parte, fue desarmado por el general peruano. ¡Y me lo descubre, y me lo dice el torpe, a mí que aborrezco de muerte las invasiones con extranjeros, teniendo creído, como tengo, que todo pueblo debe ser artífice de su libertad y dueño de su suerte! De la tacha de cobarde quería lavarse con la de traidor. He aquí los efectos de la subversión de los principios y la moral adulterada. Ignorancia es fada enemiga que vuelve negro lo blanco y torna en cochinos a los hombres. Pezet no le había engañado a Urbina; pero García Moreno, que a las veces le hallaba el pelo al huevo, se dio sus trazas y consiguió en Lima que el presidente del Perú se arrepintiese. Castillo, realmente, salió como auxiliar de Urbina: a medio camino recibió la orden de desarmarlo. En materia de traiciones, Urbina no le va en zaga a García Moreno: si éste se vio con Castilla, ése se vino con Castillo: los castillanos están corriendo a puto el postre las vegas de la patria.

El proceder de Urbina con los colombianos auxiliares o invasores no puede ser más negro. Excusado es que yo repita aquí mis artículos de *El Regenerador*: los colombianos, más sensatos, ilustrados y pundonorosos, a vueltas de algunos insultillos, se han unido para hacerme justicia; no hay quien no aplauda ahora la guerra que les hice como ecuatoriano: Veintemilla, Urbina y sus capones todavía dicen que he sido un pícaro en no haber aprobado la intervención armada.

En pueblos de escasas luces y abundante mala fe: entre partidos y hombres aviesos, para quienes las virtudes no tienen resplandor, ni la honestidad pú-

blica atractivos; que ven las cosas por el aspecto de su interés personal, sin buscarle el viso a la razón, tenemos que explicar las cosas más sencillas, distinguir lo más distinto, dar con el mazo en la cabeza de las verdades más notorias, para que puedan entrar en la de los menguados que no las ven, o que las niegan teniéndolas a la vista. Urbina, verbigracia, no es el *inconsecuente*; lo soy yo. Yo que antes dije que no había robado, no había matado, y ahora digo que roba, y mata quizá, yo soy el inconsecuente. Cuando yo le defendía, en verdad no era aún ladrón; dadas están las pruebas; hoy roba; tengo que montearlo y cazarlo, como oficial de la sociedad humana, como soldado de la República: ¿dónde está mi inconsecuencia? El juez que no juzga y condena al que ha de hacer un hurto de aquí a diez años, no falta a sus deberes; cuando lo juzga con el cuerpo del delito por delante, cumple con ellos, y no es tenido por *ligero* ni *voluble*. Si por antes dije que no había robado, me empeñara hoy en negar sus robos manifiestos, ¿no parecería yo su cómplice? Hele también aplaudido el no haber derramado sangre humana: efectivamente, no la derramó en ninguna forma en sus buenos tiempos: hoy, Dios me pordone, estoy convencido de que tuvo conocimiento del proyecto de asesinato en la persona del malogrado Piedrahíta; lo tuvo, y quizá fue el instigador de ese crimen. Su liga con Veintemilla es confidencial, sin reserva; ventajas presentes, temores de lo futuro, arbitrios y providencias, todo es de mancomún. No entrando Urbina a la parte en esa compra y venta de sangre, su maniquí hubiera temido, se hubiera retraído. Hay además contra Urbina indicios tan claros, que son sospechas vehementes: uno de los asesinos ha sido siempre su criado de confianza, su ministro de obras secretas, ciego ejecutor de sus designios; en vísperas de la muerte desastrada de Piedrahíta, los días anteriores, se le vio a ese malvado frecuentar la casa de su amo, hacer viajes continuos a Babahoyo, tener con él encierros y conferencias misteriosas. Urbina, no hay remedio, tiene su parte en ese crimen: guardó la sangre para sus últimos días este desgraciado, para refrescar la vejez con ella rociándose el alma ennegrecida y marchita con los vicios. Cuando me acuerdo de la cara que ha echado Urbina con quince años de desgracia depravada y perversa; de esos ojos comidos por los gusanos del vicio; ese mirar soslayado; esa dentadura cubierta de toba pestilente; ese conjunto sesgo; esa nube siniestra que lo envuelve, no puedo dejar de achacarle en mi corazón mil acciones nefandas. ¡Pobre viejo! ¡cuánto bien le hubiera hecho la Providencia divina con alzarlo ahora treinta años! Sus designios son inscrutables: pudo también la Providencia haber suspendido el fuego que cayó sobre Sodoma, y lo dejó caer: asimismo pudo haber suspendido la vida de este hombre-Sodoma, y le deja vivir, para que esté cayendo sobre un pueblo culpable, y consumiéndolo, y volviéndolo ceniza. Vive Urbina, porque fuego debe caer sobre Sodoma.

He sido también *inconsecuente* con don Antonio Borrero, esta madre Celestina que tanto sabe de filtros y bebedizos. En *El último de los tiranos* pedí la Convención que diese al traste con el despotismo legal del difunto García Moreno: después de esto propuse la candidatura de Borrero. Acepta-

das por los guayaquileños mis indicaciones, tomaron ellas cuerpo y se convirtieron en cosas reales. La madre Celestina quiso ser García Moreno armado de la dictadura, y se vino de cara al suelo. ¿Cuál es el inconsecuente, esta bruja que había escrito ayer sus majaderías contra las leyes de García Moreno, y hoy se aferra sobre ellas, o yo que llevo adelante sin alteración ninguna mi política, mi sistema? ¿Porque había propuesto su candidatura, debí haberle apoyado a capa y espada, aun cuando el cleriganso *liberal* hiciese traición a los principios y ofendiese a las personas, rodeándose de los esbirros más infames de García Moreno? Pues yo, para ser consecuente, le di el puntapié que lo echó patas arriba. ¿Conque una palabra que diga uno en favor de un hombre le esclaviza para siempre a él? Y si el que fue de bien se vuelve delincuente; si el que fue leal viene a ser traidor; si el que teníamos por digno da en infame, ¿para ser *consecuentes* no hemos de perseguir delitos ni afeatear mala conducta? Pues sepan cuantos son nacidos en esa tierra de murciélagos, que yo no soy consecuente sino con Dios, con la honra y con la patria, y que mis acciones están fundadas en la moral según mi leal saber y entender. Con los malvados no soy consecuente, porque no soy su cómplice. Con los infames no lo soy tampoco: desde el instante que caen en mal caso, no me tengan por amigo: si los saludo es con la punta del pie. Antonio Borreo quería que yo fuera *consecuente* con él; ¿cuándo le había ofrecido apoyarle en su traición? ¿cuándo le había prometido aplaudir su ingratitud? Perdonar a los sicarios de García Moreno, en buena hora; yo también lo hubiera hecho; entregarles nuevamente la República, en agradecimiento de que le habían llamado *rojo, bruto y asesino*, oh, esto ya no era posible llevar en paciencia. Si pensé que su candidatura fue afición a su triste persona, se engañó por la mitad de la barba. Pero es cierto que entonces no sabíamos que don Antonio era notario de la curia, y campanero, y trotaconventos de las ánimas benditas. Buen presidente, gran presidente, con su platico en la mano, pidiendo “¡para el santo entierro de Cristo!” Que estos juicios maten a Jesús cada año, no me saca de mis casillas; que pidan para enterrarlo, esto sí me causa tedio. Piden para enterrarlo, y no lo entierran; luego es estafa la suya. Cuando don Antonio, con su capa verde del tiempo de Carlos IV, su ceñidor de cuero y sus anteojos salvados del terremoto de Riobamba por milagro; cuando este don Antonio, digo, está gritando en la puerta de la Iglesia: “¡Para el santo entierro de Cristo vida nuestra!” sabe muy bien que no han de enterrar a Cristo: fiémonos de ese sepulturero.

Ahora para concluir, venga aquí mi viejo troglodita, el cuatro veces libertador de la patria, y dígame a cuál de las categorías pertenece: ¿a la de los que viven bien y mueren bien? ¿a la de los que viven mal y mueren mal? ¿a la de los que viven mal y mueren bien? ¿a la de los que viven bien y mueren mal? De éste no podremos decir, puesto caso que le sobrevivamos, que su muerte ha sido tan gloriosa como infame su vida; pero es cierto que va a morir mucho peor que ha vivido. Dicen que su período de presidente fue un alto a las truhanerías desafortunadas de Urbina: cuando presidente, se for-

malizó, fue hombre serio, y hasta decoroso: su Gobierno, si no el mejor, no tampoco el peor de todos; sino que consentía, y hasta fomentaba con la tolerancia, el desenfreno militar. Ni el indio su burro, ni el chagra su yegua, ni la persona principal su caballo: la jurisdicción de los negros se extendía por las calles y caminos: todo era de ellos, todo; y aun los hombres, pues el indio, cosa mostrenca, del primer *taura* ocupante. El *habeas corpus*, sagrado derecho de pueblos libres, era desconocido entonces, como lo es al presente, y ni vida ni hacienda estaban en salvo del uno al otro extremo de la República.

Un día asomándome al balcón de la casa de campo que habitaba, llevé un susto mortal: un *taura* enfurecido estaba allí tronando y relampagueando contra mi hermano Francisco, quien tenía en la mano una lanza formidable: era la del negro, arrebatada de hombre a hombre por un indio gallardo a quien el soldado había querido herir. El punto era que, si el negro recuperaba su arma, los había de alancear a uno y otro, a mi hermano y al indio; pues el bandido estaba echando espuma por la boca. Verlo yo, tirar por mi estoque, ponerme de un salto en el patio y en la calle, fue cosa de un segundo. Al otro hombre armado, aunque muchacho, frente a frente, el negro tuvo miedo. El indio, además, se había hecho ya de un gran garrote: el asesino apagó sus blasfemias, se humilló, y clamó por su lanza. ¡A su cuartel! le dijo mi hermano, entregándosela, tomóla el negro, y empezó a escoger entre nosotros con la vista a cuál despanzurraría desde luego; pero el indio, todo un hombre, como dicen, estaba allí con su maza de Hércules a punto, y la hoja larga de mi estoque no hubiera faltado a su deber. Fuese el *taura* refunfuñando y amenazando con un pronto regreso. Así andaban en Quito los negros de Urbina, con sus lanzas por los alrededores de la ciudad, y la vida de los ciudadanos en un hilo.

Otra ocasión iba yo acercándome a Quito por las verdes planicies de Turubamba, de vuelta de unas vacaciones. Un batallón, que andaba para Guayaquil, venía por allí muy cerca: indios, chagras, señores, todos huyen de *un batallón* en el camino, cuando tienen tiempo; yo no lo tuve, y si lo tuviera, no hubiera huído tampoco, de vergüenza de mí mismo: me hice a un lado, e iba pasando en medio de mil burlas de cuartel y de insultos soeces: ¡Quítenle el caballo a ese tal! grito un oficial, y lo echa redondo. Cuatro cholos se me vienen encima: ¡Pie a tierra, ca... tólico! ¿A tierra? contesto como bueno; eso será lo que tase un sastre. ¿Estudias para abogado, chiquillo, o eres embrión de clérigo? dice chanceando el oficial: déjate de subterfugios, y echa acá ese alazán, que bien lo he menester para mi Rosa que viene mal montada. De mi nombre, no hubo remedio: ¡Tate! exclamó un jefe: ese doctor es persona: mi general le llama *Pachito*: ¡dejen pasar al estudiante!

Gracias a mi hermano salvé la vida; pues el caballo no hubiera aflojado yo sino pasando por las bayonetas de los cholos.

Por lo demás, no dejó de engañar Urbina con la libertad de esclavos, y con cierta deferencia por el pueblo, en odio a la aristocracia. La libertad de los esclavos sería página brillante en la historia de Urbina, si fuera cosa su-

ya; ¿pero qué hizo él sino no objetar el decreto de la Convención? El siglo, el pueblo, las naciones que nos rodean exigían imperiosamente la libertad de los negros; ni podíamos nosotros, en medio de la libre, liberal y propagandista Colombia; en medio del Perú, Bolivia y Chile que habían abolido la esclavitud; no podíamos, digo, mantener esa institución nefanda. La libertad de los esclavos en el Ecuador no fue obra de un individuo ni de muchos; resultado necesario fue de mil circunstancias grandes e invencibles.

Se alaba también Urbina de haber expulsado a los jesuítas; mas no dice nada de su liga actual con ellos, ni de los secretos en que anda envuelto con Jacobo Clemente y Ravailac. Concluido su período, Urbina va cuesta abajo hasta llegar al centro de la ignominia. Al suprimirle el sueldo al presidente Pardo, dijo que el Perú no daba pensiones al vicio. De los Gobiernos anteriores había recibido baja limosna; y con todo mandó decir, en la Convención de Ambato, que *había rehusado las pensiones ofrecidas por todos los gobernantes del Perú*, y se presentó por boca de sus *mentidores* como ejemplo de virtudes durante su destierro. El señor Pardo no lo pensaba así. Cuando fue últimamente a Lima enviado por Borrero, al otro día de su llegada amanecieron en las esquinas de las calles carteles que decían: “¡Urbina ha vuelto: hola, acreedores de Urbina!” He aquí el ejemplo de virtudes que honra a su patria como Catón, que la ilustra como Escipión. A mí me darán cien mil pesos, como a Flores, le dijo a Eloy Alfaro. Este muchacho, tan desprendido como austero, se opuso; le hizo ver la vergüenza que sería ir a pedir plata por nuestras hambres, plata por nuestros dolores, plata por nuestras lágrimas, deshonorando la desgracia, vendiendo el patriotismo. Si usted pide mil pesos, le dijo el liberal sin miedo, ¿cuánto debe pedir Montalvo, que ha padecido más que usted? ¿Cuánto debo pedir yo que he gastado más que usted? Patria y libertad han sido la causa y el objeto de nuestros padecimientos: ir a endulzar con un puñado de dinero nuestras amarguras pasadas, sería quedar envilecidos y deshonrados.

El viejo impúdico guardó silencio, y principió su guerra mortal a los liberales patriotas, para excluirlos de la Convención. Considerándole a él la mitad de Flores, no le dieron sino cincuenta mil pesos, para que coma ignominia y beba menosprecio: cincuenta mil pesos que él ha sabido beneficiar y convertir en ciento, doscientos, cuatrocientos mil pesos: las salinas de Bahoyo son inagotables; nunca acaba de cogerlos. Prestigitador maravilloso, de una botella saca veinte clases de vino, y no deja de estar llena, aun cuando se beba ríos de ella. Urbina, alma del régimen nefando que hoy destruye al Ecuador; partícipe en escandalosos latrocinios; cómplice de crímenes horrendos, va a morir viejo mucho peor que ha vivido joven. Antinoo, con su muerte sublime, echa un torrente de luz sobre su vida infame.

EL “TIMES”, EN BOGOTÁ

No es el *Times*, el gran *Times* de Londres, que pudiera cubrir a Brigham Young y sus veinte mujeres, sirviéndoles de sábana o de recel de lujo; no es

ese *Times* que tiene de tributarios a los príncipes de la tierra, o hace temblar a los que no quieren sujetarse a su dominio; no es el *Times* que así está campeando en mesas de ministros y embajadores como en el taller del zapatero y el barbero en esa Babilonia donde reinan la libertad y la paz: es otro *Times*, *Taimesito*, pequeñuelo, muchacho, niño recién nacido, pero de barba ya taheña y escabrosa, cuyas hebras son saetas que van derecho al corazón de los malvados. Nobles propósitos, ideas superiores, lenguaje culto, fino, según los ejemplares de los buenos tiempos del habla castellana, ¿qué más se había menester para llamar la atención de la más ilustrada ciudad de Sudamérica, esa Atenas andina, que allá en su altiplanicie está resplandeciendo con sus sabios, sus oradores, sus poetas, sus mil ingenios que pican en ciencias y artes liberales, sin descuidarse jamás de la política? Adriano Páez, el infatigable husmeador del talento, que con delicado olfato lo siente y lo descubre en el más oscuro rincón de América, ha sentido el *Times*, se ha ido tras él, lo ha descubierto, ha hecho presa, no para devorarlo, sino para sacarlo a paz y a salvo, bien como el delfín sacó sobre su cuerpo a Anfión del medio de los mares. Admiro el talento de Páez, su laboriosidad ejemplar, su ardiente americanismo; su corazón, su carácter, me admiran mucho más. Inteligencia es prenda común; cual más cual menos, como no seamos tontos, a nadie le falta su poquito; prendas como las que le adornan a Páez, son de todo punto raras. Para él no hay vanidad nacional, egoísmo, deseo de prevalecer sobre los otros: no existe el Táchira ni el Carchi; Venezuela, Ecuador, Perú, Chile, Buenos Aires, son su patria tanto como Colombia. Donde brilla un ingenio, allí está él a atizarlo con la sensata alabanza que nunca es adulación; donde palpita un corazón grande, allí está él a contar las pulsaciones de ese órgano del dolor, ese altar de los misterios del alma. Dije ahora poco que Nelson no había tenido idea del miedo: Adriano Páez no tiene idea de la envidia, no sabe lo que ello es: a lo menos ese cruel afecto no le carcome las entrañas en medio de tantos otros martirios que le están santificando su desgracia. Censuras de Páez, no he visto: ese noble joven no nació para ser la pesadilla de nadie, sino de los tiranos: lo que veo a cada rato son apologías de hombres que a juicio las merecen, laudatorias llenas de sensatez y buen gusto, fuera de las ocasiones en que se deja arrastrar por una fuerte preocupación imprimida en su pecho desde que era niño de letras. Cuando habla de mí, verbigracia, su discurso es un arrebatado torrente de hipérboles, de figuras que me levantan mucho más arriba de adonde he llegado por mis merecimientos. Me importará poco hoy día que los malsines hallen punto de murmuración en esto de corresponder según el caudal de mis facultades los repetidos favores de un escritor a quien no conozco siquiera; pero ya estaba rebosando en mi pecho el deseo de hacerle justicia, y solamente el recelo de que digan los malos que hay comercio de alabanzas entre nosotros, me ha contenido. Los hombres oscuros tenemos siempre este linaje de aprensiones; no así los claros, para quienes la urbanidad, la generosidad no hallan contrarresto en la vergüenza. Habiendo llegado a manos del señor de Lamartine uno como poemita, una píequita infan-

til que yo escribí en París respecto de él siendo muchacho, me dirigió inmediatamente una carta, con autorización de darla a la estampa. Víctor Hugo no fue menos pronto y cortés cuando leyó mi elegía del Terremoto de Imbabura. Yo le hubiera dado las gracias a Páez y manifestádole mi admiración desde que se vino a mí con una corona en la mano; pero ahí estaban los envidiosos, los ruines, para decir que ese era cambio de lisonjas, y tamaña deuda le he estado pagando con afectuoso silencio.

Todos verán que estas son mis primeras palabras en favor de Adriano Páez: dándome por bien servido, como dicen, ya pasaba por ingrato; no lo soy: sepa ese amigo mío nunca visto, que sus juicios, sus encomios, sus vuelos de admiración acerca de mí, mucho me han conmovido, mucho me han servido en un país donde verdes y azules se levantaron a darme caza, tan luego como hube salido con mi *Cosmopolita* a la luz del día. Lo digo con dolor: hasta cuando empezaron a llegar a Quito las opiniones de Caro, Cuervo, Páez; hasta cuando periódicos del Perú, de Chile vinieron en mi auxilio, yo estaba pasando por loco en mi patria: si tarda ese socorro, amigos y enemigos me meten en la casa de orates. Hoy mismo un capón infame, pagado por Ignacio Veintemilla, dice que *yo mismo soy autor de cuanto en Colombia y otras partes se ha dicho en honra mía* y que *mis manejos se extienden hasta Europa*. Ved, pues, a Lamartine y Víctor Hugo sirviendo de simple instrumento de mis vanidades; y lo que es peor, de mis patrañas. Teniendo para sí que a mí me insulta, el insulto del asiático es a personas de posición elevada, a escritores célebres en América, que son quienes me han favorecido con sus encomios. Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, José Joaquín Ortiz, Jorge Isaacs, Adriano Páez, han recibido *los disparates* escritos de mi puño y letra, ¡y hanlos autorizado con sus ilustres nombres! ¿Hasta dónde no llega la insensatez del aborrecimiento fundado en afcción tan baja como la de la envidia?

¡Páez... pobrecito! Adriano Páez... Quisiera yo llevarlo a la orilla del lago de Tiberiades, tierra de los milagros, e impetrar uno en su favor, a fuerza de lágrimas a los pies del Todopoderoso. Padece, amigo, y sufre; ¿sabes que entre padecer y sufrir va la propia diferencia que entre la necesidad y la virtud? Padecimiento es gravamen general: buenos y malos, todos padecen: sufrir no saben sino los hombres favorecidos por Dios con esa fuerza oculta que se llama paciencia. Paciencia es bondad, paciencia es valor, paciencia es resignación; y estas virtudes sacan burlada a la desgracia, porque sus golpes caen sobre diamante infrangible donde están grabados en caracteres luminosos los secretos de la gloria. Padezcamos, pero suframos: los que no saben sufrir, esos son los que padecen verdaderamente. "Niño, has venido al mundo para padecer: padece, sufre y calla", estas eran las palabras con que los antiguos mejicanos saludaban al recién nacido. Páez, Adriano Páez...

Un mundo de dolor pesa sobre él, y nada dice: Job se queja, Job levanta la voz al cielo: estotro Job está callado respecto de sus males, porque considera que los del cuerpo no son nada: el espíritu es el todo; y ése está puro

en él, está blanco y transparente. Cuando sacuda los miembros que lo aprisionan, y, rota su cárcel, salga libre, ha de volar a la eternidad, y ha de desaparecer en el océano de la luz infinita.

Y así y todo, trabaja Adriano Páez, trabaja incesantemente; el trabajo es una religión para él: corazón activo, inteligencia ardorosa, el movimiento es ley de su rica naturaleza: trabaja por Colombia, por América, por el mundo: Páez es hombre de inmenso mérito: si le sobrevivo, me he de poner luto por mi propia cuenta y como personero de mi patria.

El *Times* no podía ocultarse a la mirada escrutadora de ese ilustre colombiano: los encarecimientos que hace de ese periodiquito, merecidos son por él; mas supone que es obra mía, a causa de su buena frase, y yo, por lealtad, debo sacar a la luz del mundo al joven modesto que, mereciendo tanto, ha ocultado con tanto empeño su nombre hasta ahora poco. ¿Páez estará curioso de saber quién es esotro castellano que así rasguea tan garbosamente la lengua de Cervantes en país de donde la tiranía, el desenfreno, la barbarie están ahogando la ilustración, y aun la inteligencia? Llámase Federico Proaño ese escritor de papeles chiquitos; chiquitos, pero buenos. Unos son las perlas gruesas; el aljófár sirve para hilos que rodean gargantas de Hermines. El café grueso no es el mejor; el de la Moka es menudillo, redondo, y no hay quien no se deje embriagar por esos humos aromáticos. El mérito del *Times*, todo le pertenece a Federico Proaño; yo no tengo ninguna parte en esa graciosa miniatura. Si mis obras, si mi ejemplo han influido algo en él, ya para lo escritor, ya para lo patriota, bien puede ser, y ese sí sería mérito mío. Federico Proaño y Miguel Valverde, casi niños, tuvieron la gloria de ser desterrados, por escritores y hombres libres: *La Nueva Era* le causaba singular desazón a García Moreno, quien los hizo callar, aventándolos a las selvas del Oriente, según la costumbre de ese *virtuoso republicano*, como le llamaban sus sicarios. Que padecieron mucho los noveles periodistas en ese mundo enmarañado y terrible del Amazonas, no hay para qué se diga: la honra quedó salva. Brindándoles el tirano con la libertad como descubriesen el autor de una carta que le había escocido por extremo: los jóvenes optaron por el destierro, ¡y qué destierro! En esos dos muchachos hay tela para dos egregios ciudadanos: donde lealtad y firmeza van unidas, ya podemos estar ciertos de que el talento hará sus grandes cosas. Proaño y Valverde, nuevamente desterrados por ese Monipodio que llaman Ignacio Veintemilla, son dos esperanzas para las letras y para la República. Proaño, más feliz, está padeciendo en el destierro; Valverde, más desgraciado, ha vuelto a su casa y, en libertad, está disfrutando de la servidumbre y la ignominia de su patria. Pero tiene, sin duda, el corazón devorado por esas santas fieras que con elocuentes rugidos le llaman a uno a la libertad y a la honra.

Juntad con estos gallardos mozos a Marcos Alfaro, Luis Felipe Carbo, los Gómez, Manuel Felipe Serrano, Mauro Vera y más proscritos de 24 años de edad, y decidme, ecuatorianos, si todo son tinieblas para vuestra patria. Si algo he podido, ha sido en los jóvenes, en las universidades, los colegios: los viejos son materia inerte, los maduros son *sesudos*; los jóvenes mi elemen-

to, los niños mi caudal. Casi todos los del 6 de agosto fueron estudiantes: Manuel Cornejo, apasionado por el estudio de las antigüedades; Abelardo Moncayo, poeta; Roberto Andrade, barbiponiente de la universidad de Quito. Los *treinta* del 6 de agosto, fueron de un coronel que huyó tirando al suelo sus armas, cuando los valientes se les fueron encima al tirano, todos fueron muchachos. Una alabanza mía a un niño sin miedo produjo en el colegio de San Vicente de Guayaquil tres o cuatro periódicos de guerra a los opresores. Dicen que los griegos antiguos pulían con los dedos la cabeza, y aun el rostro de los recién nacidos: esa blanda materia se presta a sabios contactos que la modifican favorablemente: así el corazón, así la inteligencia del hombre en sus primeros años son objeto de experimentos y progreso humano. Tocarle la cabeza a un viejo, tanto valdría como tocar un guijarro: del mismo modo el corazón de los hombres encallecidos en la maldad, la servidumbre y el vicio, no admite pulimento. Jóvenes, ¡oh jóvenes! nada esperéis de los mayores; ellos no os ofrecerán sino depravación y cadenas: dueños sois de vuestro porvenir. En pueblos agraciados por la suerte con la libertad, el pundonor y la ilustración, los hombres maduros son ejemplares respetables; donde sometimiento vil, codicia, indiferencia por la cosa pública los infaman, la patria nada tiene que esperar sino de los jóvenes: los libertadores nunca han sido viejos.

QUINTA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE DON FERNANDO EL CATOLICO

LAS ALTAS corporaciones civiles son como representantes del Estado, el cual, dividido en muchos cuerpos para el ejercicio de sus funciones, no deja de ser uno e indivisible. Senado, Ministerio, Corte Suprema de Justicia, son la República en sus tres grandes personas, Poder legislativo, Poder ejecutivo y Poder Judicial. El Senado, cuando está poseído por la convicción de su propia grandeza, es esa *junta de reyes* que daba tanto que admirar a los embajadores de los bárbaros en Roma. Esos adustos personajes de larga barba que empuñados en su cetro de marfil, cubiertos con la majestuosa trabea, se están a dar leyes al mundo, tienen semblante de genios ante los cuales rinde su espada la fuerza, y la barbarie, absorta, no alza la voz sino para hacer ponderaciones de su majestad y poderío. Los galos han entrado la ciudad a sangre y fuego: todo lo matan, todo se lo llevan por delante, todo lo asuelan; en presencia de los senadores, ancianos venerables que se han reunido para morir juntos, salvando la dignidad de la República, los bárbaros pierden su furor, y se dejan estar admirando en silencio esa corporación augusta. Uno de ellos alarga respetuosamente el brazo, pasa la mano por sobre la barba cana del viejo Papirio y la acaricia cual si fuera la de un dios: el senador levanta su cetro de marfil, y hiere con él al insolente. El Senado cae a los golpes de sus admiradores, quienes acaban de ver que esos como entes sobrenaturales no han sido sino hombres sujetos a la muerte.

En los tiempos modernos el Senado de Venecia ha sido la más célebre corporación de cuantas en su clase se han hecho admirar por las naciones: sabiduría y prudencia, suspicacia y crueldad le volvieron ese tirano de cien ojos y cien brazos que todo lo veía y todo lo alcanzaba, haciendo temblar el mundo. La Convención francesa, ese poder absoluto que absorbe todos los poderes;

que es poder legislativo, ejecutivo y judicial; que da leyes y manda los ejércitos; que juzga a testas coronadas y las derriba en el suelo, es la más tremenda personificación de un pueblo que sacude las cadenas y se echa furioso a castigar a sus verdugos y vengarse de sus enemigos. En todos tiempos el respeto al colegio a cuyo cargo están las leyes ha sido la medida de la civilización no menos que de la libertad. El Senado, ese Senado que no delibera, sino obedece; que no discute, sino recibe; que no tiene la mira puesta en la conveniencia del reino sino en la de su protector, está diciendo a grito herido que la Gran Bretaña se ha entregado ciegamente a Cromwell. Donde los ministros de la Corona tiemblan, si el Parlamento los llama al banco del imperio; donde un Burke, un Fox sueltan la lengua sin recelo a los torrentes de elocuencia con que inundan los ámbitos del mundo; donde un Chatham es más poderoso que el monarca mismo, allí está la libertad arropada con su manto.

Supeditar al Senado es proeza de tiranos; servirse de él sin dar qué decir, es secreto de hábiles políticos; viciarlo, corromperlo, es obra de viciosos y corrompidos, tan ajenos a las luces como a la dignidad de ese grandioso cuerpo. Los dominadores fuertes suelen servirse del temor; los ruines, de la corrupción: de la embriaguez, no hubiera sido posible que se viese, no existiendo en el mundo un rincón donde ebrios consuetudinarios llegan a ser dueños absolutos de una que se llama República. El Parlamento obedece ciegamente a Luis XIV; si no, *él volverá a poner las cosas en orden*: sombrero con plumas, espuela de oro, látigo en mano, sale a largo y lento paso el joven que, viéndose rey, se siente gran déspota y grande hombre. Este no les pasa la mano a los diputados y les dice: "Vengan, vengan a casa a tomar una copita"; éste no se emborracha con ellos, ni da empleos por facultades extraordinarias; éste no compra poder absoluto con cajas de coñac y ofertas preñadas en dinero: sale por medio de los representantes de la monarquía estupefactos, y les ofrece volver a poner las cosas en orden. La tiranía de la fuerza mil veces antes que la de la corrupción; el despotismo del genio, no el de los vicios. Ignacio Veintemilla y José María Urbina se han valido del aguardiente para todo, ¡infames! Facultades omnímodas: aguardiente. Redoble de sus sueldos: aguardiente. Donativos insensatos: aguardiente. Todo comer, todo beber en esa gazapina que llaman *el palacio*. Por mal de mis pecados mi casa estaba al frente: *ese amor fino, ese alza que te han visto* eran mi pesadilla. Bailaba también *el arrayán* el excelentísimo señor jefe supremo; o más bien le hacían bailar las bellas, cantando y alentando con las palmas, puesto el zoquete al centro de un círculo que formaban diez o doce ninfas del negro bosque. Los que le saborearon dicen que era cosa de ver cómo alzaba las patas alternadamente, volviendo su cara de caballo ora a la izquierda, ora a la derecha, en busca de aprobaciones femeninas.

Un extranjero distinguido se detuvo tres días en el Versalles de Mac-Jarrin: viniendo a casa a despedirse, me dijo que no había pegado los ojos las tres noches, a causa de la vecindad; ¡qué molino, señor! ¡qué presidente! y mire usted, he ido a visitar al general Veintemilla, por conocerle.

“¿Y qué tal?”

“Hum...”

“¿Ese hum...?”

“Qué, señor don Juan, si me pregunta cómo queda la familia”.

“¿Luego es amigo de la suya?”

“No sabe si la tengo; ni me conoce siquiera: cuando me juzga francés”.

“¿En qué vio usted que lo juzgaba francés?”

“En que me saludó al entrar: *Bonsiur, monllur*”.

“Quiso decir *Bonjour, monsieur*, el pobre. Dispénsele. Como ha estado en Francia, natural es que hable francés. ¿Y de política?”

“Me preguntó si no traía una encomienda del rey de Prusia, su íntimo amigo, quien le había ofrecido un pantalón de paño blanco y la cruz de Carlos III”.

“¡La cruz de Carlos III el rey de Prusia! Vaya usted, señor don José, y publique en su tierra que en la villa de San Juan de Dios de Ambato ha visto a Ulises Grant puesto a la española”.

“A la francesa, diga usted”; y desternillándose de risa, o destornillándose, como dice el presidente que tenemos entre manos, se fue a dar a la estampa sus viajes el francés de Cartagena. Ya habrán visto la luz pública. ¡Pobre Ecuador!

Los negros son tenaces en sus tripudios y sus zambras: cuando cogen la *marimba*, si la policía no da sobre ellos, han de cantar, gritar y bailar cuarenta días. Viajando por las montañas de Occidente para bajar de los Andes al océano Pacífico, me detuve una noche en un caserío de cuyo nombre no quiero acordarme. El cura me dijo: “Estos negros vecinos están de chunga; no le han de dejar dormir toda la noche; sería mejor pasase usted adelante”.

“Un millón de gracias, señor cura: no estoy por ir a despeñarme a obscuras, ni por quedar sepultado en el primer barrizal que encuentre; ni hacerme picar por equis y corales. Los negros auillarán cuanto quieran, yo dormiré lo que Dios fuere servido”. “En fin, repuso el cura, quédese pues; pero no le he de dar de comer: Dios sabe si yo mismo estoy en ayunas hasta ahora”. “Holgárame, dije, de que vuestra reverencia no hubiera yantado cuatro días, y así tuviera yo la gloria de restaurarle y sustentarle para quince días con mi repostería. A vuestra paternidad no se le oculta que, el que de Sevilla sale, herrada lleva la bolsa: quiero decir que a Barbacoas no echa uno a andar sin harto pan, jamón, pernil, manjar blanco y otras porquerías que hubieran hecho abrir el ojo a Sancho Panza. Pues digamos que es malo el vinito que me han puesto en el canasto”. “¿Trae vino? preguntó el cura, trazándose una cruz maestra de la cara al estómago; téngame por su huésped. Ha de saber que ni para el santo sacrificio se presenta el hereje en este despoblado. Pero los negros...”.

¡Santo varón, quién le hubiera creído! No digo que me picaran equis y corales, y me mordieran verrugosas; boas hubiera querido me tragasen, antes

que la música y el canto que me asesinaron el alma toda la noche. “Señor cura”, decía yo de cuando en cuando con voz angustiada y llorosa.

“Ya le dije, señor don Juan: los negros nos han de moler. ¡Gallinazos! Voy allá con un palo”.

“Señor cura...”.

“¿No le dije? aguante. ¡Negros de Barrabás!”.

“Señor cura, señor cura...”.

“Ahora verá lo que hago”, dijo el padre, se botó de la cama, y a poco oí que se desquebrajaba el mundo en el rancho del frente, andando el palo por grandes y pequeños. Los negros se deshacían en alaridos; el cura ahogaba sus voces con las muy más altas que él echaba, remitiéndolos a todos a los quintos infiernos. “¿Piensa que algo hemos hecho? dijo a la vuelta; ya verá si tornan a las andadas”. Efectivamente, aún no se había reacoestado el acallador, cuando la marimba con más gana, y el cantazo con más fuerza. Tomaba mi caravana el portante, bien entrado el día, y los negritos estaban al principio de su bureo.

¡Un cura, un cura de estos en la villa de San Juan de Dios de Ambato! Aun cuando no saliera con la empresa de hacer callar al Mudo y sus negros, la tanda yo le hubiera agradecido. La aurora había roto por el horizonte, y el bodorrio iba adelante. Beatas que madrugan a la iglesia, una ocasión, vieron que el jefe supremo, en cabeza, iba corriendo por media plaza tras unas bailantas que al descuido se le habían salido del palacio, cansadas de bailar y zapatear y beber y oír los sotiles enamoramientos de ese mozo Gazul. Alcanzolas, fízolas prisioneras y dio con ellas en el marmágnum del coñac, las burlas pesadas y las ordinarièces de la canalla convencionalesca y cuartelesca. Marimba hasta el amanecer, marimba hasta el anochecer: tal fue la Convención, tal es el presidente de la República democrática del Ecuador: así vive, así gobierna ese cerdo coronado; y no echa por largo cuando dice que *él solo puede hacer la felicidad del país*.

Cada vicio es una caída del hombre: el juego, la pasión por el juego, le envilece, le expone al robo, la deshereda: el jugador no tiene palabra, no reconoce obligaciones, no cumple con sus deberes de hijo, esposo ni padre. Su universo es el garito, su género humano los tahúres. Juega lo propio y lo ajeno, se empeña, pierde el alma haciendo pacto con el diablo. Caballo, reloj, ya no son suyos: su mujer conserva unos zarcillitos de oro con gotas de perlas como avellanas, los guarda con cuidado y amor, como prenda de su difunta madre; va el domingo por ellos para adornar a su hijita junto con la cruz de diamantes con que la pone como una infanta real: el cofre falseado, el estuche vacío; lágrimas y más lágrimas; el pobre hombre se los ha llevando, los ha perdido. Veinticuatro eran las cucharas de plata; tres están; vendidas o empeñadas las demás; el pobre hombre no tiene miedo ni vergüenza. ¿Qué jugará? ¿qué perderá? Las tierras, la hacienda, tiempo ha que dio por la mitad de su justo valor; la casa es herencia de su esposa, no la puede vender; y sobre que ésta se rehúsa a facultarle para la enjenación, menudito con ella; insultos y mo-

jicones, el pan de cada día. Mal traído, mal mirado, el infeliz no se atreve a mostrar sus harapos, huye de parientes y amigos; y como ya no puede ser jugador activo, se ha vuelto jugador pasivo, es mirón perpetuo: cuando hay quien se la dé, pide la barata. El garito es la quiebra de la honra y la felicidad; caer en él es hundirse e ir a salir al otro lado, donde infamia y desdicha le reciben a uno con los brazos abiertos. Judas vendió a su maestro para jugar; Judas fue jugador: el jugador está siempre en potencia propinqua de vender a maestros y discípulos: ora provenga de la humillación, ora del delito, el tahúr quiere dinero: pide; si no le dan, roba: ¡hombre desventurado!

Este vicio es el de los incurables; Jesucristo no lo remedia. Propongo esta impiedad con un hecho por fundamento. “Señor, estaba diciendo un hombre, hombre viejo y de cuenta, postrado ante un crucifijo, inundados en lágrimas los ojos; Señor, estoy arrepentido, estoy reformado: me has oído; gracias, gracias te sean dadas. Ya no juego, ya no jugaré. El juego, lo aborrezco; bienes paternos, dote de mi mujer, nada existe; mis hijos sin estudios, mis hijas sin el arreo de su clase; yo miserable, ay de mí, fuera de casa todas las noches; llaman al salterio, y no salgo aún del garito, disputas, pendencies, riñas declaradas; tiros muchas veces, y puñal no pocas. Estas pestañas caídas, estos lagrimales comidos, estos párpados irritados, juego es todo: esa lámpara criminal, esa luz del infierno me deshonran, me matan: protégeme, sostenme: ¿jugar yo? la muerte mil veces”. Y llora que llora el pobre viejo.

En este punto un echacuervos ha entrado al cuarto *pian piano*, se le ha juntado de puntillas, y con la voz y el modo de la serpiente, la serpiente aquella, esa de marras, le está diciendo sobre el hombro: “Señor don Francisco, esta noche se rifa una mula de provincial: negra, herraduras de plata, vuela de paso”. Sorprendido por el demonio el reformado, chispeantes los ojos, vuelve la cabeza: ¿Cuánto es la puesta? Doce pesos. Cuenten conmigo. Y se levanta dándose una gentil pechada, para designar su firme persona. Vamos a ver, ¿cuál pudo más, el crucifijo o el enviado de las tinieblas?

Juego, concupiscencia y embriaguez son los tres vicios que pudieran llamarse capitales: el juego arruina, pero no socava de contado la parte moral del hombre: concupiscencia y embriaguez van a estrellarse contra el entendimiento: el espíritu y la salud son sus víctimas. He leído en un autor célebre de medicina que una gota de simiente humana vale por una onza de sangre: la esencia pura, esencia primorosa de las sustancias nutritivas, sacada por un sabio invisible en el laboratorio de nuestro cuerpo, no es riqueza de prodigar, porque ni se reponer fácilmente, ni lo repuesto es de los propios quilates que lo perdido. Cómo el derroche de esta sustancia material acaba por destruir la inteligencia, es uno de los arcanos de la naturaleza: el alma recibe golpes funestos de los abusos de la carne: por la vía de los placeres vamos inconscientes a la sepultura. Ciertos insectos quedan muertos en el acto de la generación: su vida ha sido traspasada a otro ser, que existirá cuando su generador sea partícula invisible de la nada. El hombre es insecto grande: muere por las mismas causas que la mariposa, sin más diferencia que él muere lentamente: el fruto de la vida es la muerte. Ley rigurosa de los seres terre-

nales, no nos perdemos por el cumplimiento de ella, sino por el abuso: en tanto que giramos dentro de sus términos, por la órbita de la necesidad y la razón, no hemos incurrido en la pena del vicio; mas al punto que tomamos más de lo que nos corresponde, perdidos somos. Las minas se agotan, los volcanes se apagan; ¿y el hombre, el hombre ha de ser inexhausto en su pobreza? Los ángeles viven sin fin, porque no están sujetos a los sentidos; la inmortalidad es casta: sus placeres se desenvuelven en el seno de la luz eterna, de donde nacen la gloria y las santas generaciones que rebosan en la mansión divina. Próculo no ha sido útil de ningún modo al género humano; ese poder suyo de desflorar cien vírgenes en quince días, es infructuoso: a Newton le ha confiado la sabiduría los misterios más recónditos del universo: Newton murió inocente como un niño. En esta materia la ignorancia es más viciosa que la instrucción: si todos supieran que los peores achaques de que adolece el mísero del hombre provienen de la incontinencia, menos ayes vergonzosos se oyeran por el mundo. La alegre Higía tiene relaciones ocultas con la pura Vesta: castidad y salud se dan la mano.

¿Pues la embriaguez? Vicio infamante, como todos, es el peor de todos, por cuanto pervierte la razón y hurta a la locura sus más feos perfiles. Cólera, furor, inverecundia, de ella nacen; sin contar con los estragos que hace día por día en la organización física del mísero que la lleva adelante. Bien como el opio es el azote de ciertos asiáticos, así los licores fuertes son la caída de los pueblos del occidente. El cerebro, en erección preternatural y continua, está desviado de sus funciones; el estómago padece irritación crónica, y rechaza el sustento necesario de la vida: los nervios se aflojan, pierden su resistencia: el corazón, minado de día y de noche, ya no goza, ni de la sensibilidad exquisita con que le dotó la madre naturaleza, ni del amor que era su dicha; los sentidos se entorpecen; el ebrio de costumbre ve dos donde no hay más que uno, oye lo que no suena, pisa en vacío, y da con el triste cuerpo en el suelo. Al borracho no lo incita la hermosura; los impulsos inapeables que nos arrojan violentamente a las heroicidades del cariño ciego, son brisa muerta en él; los licores espirituosos han metido fuego a sus pasiones y las han vuelto cenizas; el bebedor no tiene que hacer en Chipre ni en Citera. Hombres que con el uso cabal de su razón hubieran estado para una buena o grande obra, privados de ella, caen en mal caso. Borracho no es sino loco; y tanto más sin ventura, cuanto su demencia es voluntaria. Si el ebrio es tan inútil, ¡qué digo inútil! si el ebrio es tan perjudicial como persona particular, como individuo privado, ¿qué no será en cuanto ministro de justicia, en cuanto gobernador de un pueblo? emperador, rey borracho ¿qué será? ¿quién le sufrirá? Príncipe bebedor pierde sus fueros: embriaguez es renuncia voluntaria de la corona, porque embriaguez constante y locura son una misma cosa. Felipe II tuvo encerrado a su hijo hasta la muerte, por violento y malo: violento y malo es el borracho. El pretendiente al trono de Inglaterra, conde de Albany, fue excluido, y aun perdió su esposa, su adorada Aloysia, por borracho: el papa los separó. El antecesor del viejo Guillermo, emperador actual de Alemania, se vio obligado a abdicar, por enfermo de la cabeza; y sabido es que

beber y perder la cabeza son una misma cosa. Sólo nosotros tenemos obligación de tolerar presidentes bebedores, ebrios consuetudinarios que suplen con la embriaguez lo que les falta de inteligencia. Dicen que el hijo de Agripina traía de continuo a los ojos un enorme carbunco, con lo cual todos los objetos se le presentaban como bañados en sangre: el coñac es el carbunco de Nerón: el que lo usa por costumbre, trae a los ojos ese rubí fatídico que está condenando a muerte a las dos terceras partes del género humano. Furor es lo primero en el que bebe: razón, justicia, reportamiento, al vuelo han huído de ese hombre viudo de su alma: el borracho no es sino cuerpo; cuerpo con vida magnética ingerida por el sabio de las sombras, ése que sugiere maldades y aconseja sacrilegios. Si la familia cuyo padre da en beber es perdida, ¿qué será de la nación cuyo presidente, cuyo general en jefe son ebrios consuetudinarios? Es también perdida; más que perdida, infame; pues debe poner término al predominio de esas bestias cuándo feroces, cuándo risibles, que no saben lo que hacen, o adrede hacen lo peor.

¿Qué liga la de los vicios, qué liga! “Ustedes me sostienen a mí, yo los sostengo a ustedes”, les dice Ignacio Veintemilla a sus jefes, sus oficiales, y sellan el pacto cada día con botellas destapadas y vaciadas en un verbo. Ese hombre sin ventura no alcanza más arbitrio para abrirse paso al corazón de sus semejantes, que el licor: entra un militar, una copa; entra un civil, una copa; entra un eclesiástico, una copa; copa al ministro juez, copa al canónigo, copa al obispo; desgraciado del diplomático que entra a esa taberna condecorada; copa le ha de dar, y no solamente copa, sino también cantaleta; pues le muele el moledor en el molino del vulgo: “Acabe, acabe”. “¿Qué toma usted? le dijo a uno que entraba a su casa por la primera vez; coñac, italia, pisco?”. “Tomaremos de todo, excelentísimo señor”, respondió el truhán, que era de esos que pueden arder en un candil. Y tomaron de todo, toda la noche: *Nocte pluit tota*. Al otro día vino a casa el pilla inundado en risa: “Don Juan, anoche le hemos dado un trasquilón al Mudo, bebiéndole más de media bodega”. “¿Le hicieron bailar?” “No había señoritas quienes alentasen; mas yo tengo vistas por ahí seis u ocho pirusas que le hagan volver al regosto del *arrayán*, que es su delicia”.

Jugar, comer, beber, dormir, he aquí la gobernación de ese gran presidente, Lincoln de Sudamérica. ¿Habríamos jamás temido que Sardanápalo se levantara, rompiendo con la cabeza el mundo de pesada infamia que doscientas generaciones han amontonado sobre su sepultura? Pues se ha levantado; allí está con facultades extraordinarias: “Come, bebe, diviértete; lo demás no es nada”. ¿No es ésta su divisa? Como, bebe, se divierte Ignacio Veintemilla, y hace algo más que Sardanápalo primero; arma del puñal nocturno a sus sicarios, y les manda: ¡A ése! Sardanápalo ha ganado en prendas y facultades con tres mil años de pudrición y podredumbre.

En un pueblo que yo conozco hay un borracho que es dictador perpetuo de la plaza: su voluntad soberana no sufre contrarresto: interjecciones mal sonantes, voces subversivas, injurias públicas y privadas, de todo hay en ese hervidero de insolencias. Hombres cuerdos, mujeres castas, niñas inocentes

están oyendo horas enteras a ese loco atrevido, y nadie le dice nada. Hatta de desvergüenzas al que por ahí se asoma, tira piedras, juega el palo, arremete al que va a pasar: señor inmune, testa coronada, allí se está arramblando la moral y las buenas costumbres. ¡Vivan los principios! grita; ¡viva la libertad! y hace uso de ella. Dichosos los pueblos libres. . . Mas yo digo: si ése tiene libertad de embriaguez, de vilipendio, de perturbación pública, ¿la policía no tiene libertad de represión? Si él es libre para salir borracho a la plaza, ella debe serlo para echarle mano al colete. Mas no es así: en país donde las garantías individuales son cosa real y efectiva, el individuo no admite restricción para las suyas. De forma que si, así como hay uno o dos borrachos públicos, hubiera veinte, cuarenta o mil en ese pueblo, y todos ellos salieran a la plaza a hacer de las suyas, ¿la policía estaría obligada a respetar las garantías individuales de los borrachos? Las de los cuerdos, los morigerados, los de buenas costumbres violadas son por ellos: sea por amor a Dios y los principios. Yo le oí a un ministro plenipotenciario de una República libérrima; le oí con estos oídos que se han de volver tierra: "No hemos de parar hasta no ver establecida la autonomía individual". El establecimiento de la *autonomía individual*, dando de barato que algo signifique esta monserga en dos palabras, sería la abolición de las obligaciones mutuas y de los derechos de la sociedad humana. Los bárbaros mismos, en sus bosques, están unidos con ciertos vínculos que si no son leyes, son costumbres: *la autonomía individual* no reconoce leyes ni respeta costumbres. Tregar con mil fatigas a la cúspide de la civilización, para vernos allí hombres en estado de naturaleza, no me parece triunfo de la libertad ni los *principios*. Por dicha los sensatos abundan en el país de ese loco, para que vengamos a lastimarnos de su suerte. Admirando estuve poco ha el que un pueblo mediano tolerase a un borracho de profesión; y no admiro el que una República entera sufra la dictadura de un borracho, y aguante indefinidamente esa carga infamadora.

Memento Sardanapali, acuérdate de Sardanápalo; sí, no le olvidemos. A la una de la tarde aún no se ha levantado Ignacio *de Veintemilla*; levántase a las dos, con lo cual da a conocer que ha pulido su educación. En París se levantaba a las tres, ni un minuto antes; salía a las cuatro, y que le busquen en Ginebra. Volvía a las cuatro de la mañana, se echaba, y que se hunda el globo terrestre. A las doce del día saca la cabeza por entre las cortinas: mal despierto aún, los ojos están envueltos en una capa de pereza: el pelo caído hacia la frente; la nariz arremangada; el pescuezo al aire, semeja el de un buey desollado. Abre la boca; de ella sale una como voz humana: pide su pienso, come; pan sobre pan, manteca, mantequilla, con los dedos por las esquinas. El agua no es suya, ni para beber, ni para lavarse. He allí que cae sobre la almohada nuevamente: labios, dientes, sucios; ya está roncando, abiertas las mandíbulas, que son la ratonera de la casa. Así el caimán se huelga orillas del Orinoco en los bancos de tierra; así acuden ciertos pájaros amigos suyos a arrancar las tiras de carne que se le han quedado en la dentadura.

En Quito duerme como presidente, nada tiene que hacer: levántase a las

dos, almuerzo, no ya café, sino carne en veinte formas, vino de diez clases. "Ni cuando era pobre me faltaba el vino, dijo una ocasión que la imprenta le afeó su intemperancia; menos ahora que Dios me da más de lo necesario". Ya almorzó: sigue la cerveza, ahora reina la cerveza; coñac, mallorca, diáconos que ayudan a esa sacerdotisa de la embriaguez. Son las siete de la noche: el nuevo Tito no ha perdido el día: dos cajas de licores vaciadas; dos ciudadanos desterrados; un clérigo al calabozo; un hombre del pueblo metido en el hospicio de orates, por ciertos palos excelentísimos; quinientos pesos perdidos al juego la noche anterior, hoy se han repuesto con mil; allí a la mano está el Tesoro. Son las siete; a comer: los grandes comen de noche: carne y recarne, vino y revino. ¡Oh sublime devorador, bendito seas! ¿A qué hora, de qué modo digieres ese montón de animales muertos? Para cada comida ordinaria de Antonio se derribaban doce jabalíes; pero él no se los comía íntegros. Café, *pousse-café* o sobre café; ¿qué más? Ya comió, ya comieron los grandes; las mesas de juego están allí, repartidas por la sala; hanme dicho que son siete u' ocho; su sala es un resumen de garitos. La mesa principal desde luego, donde juega el rey con los altos dignatarios de la corona: mesa para sus jefes; mesa para sus edecanes; mesa para sus deudos; mesa para sus amigos; todos juegan: el rey preside el juego general, con esa cara, ese aspecto de padre de casa de mancebía. Sólo el número 5 le faltaba en la puerta de la calle a ese plantel de prostitución. Nunca y nadie ha jugado a secas; preciso es humedecer las tram-pas con el brandy animador. A media noche, borracho él, borracha su gente, cien ojos están relampagueando como piedras preciosas de la infamia; y siguen bebiendo y de este modo va adelante la prosperidad de la República. Desgraciado del hombre de bien que le incita la memoria a cualquier hora del día: le come el corazón con sus dientes, le empaña el alma con su aliento: mentiras, calumnias e improperios, en ciego tropel, se amontonan en sus labios: ¿es tonto? ¿es loco? más que todo, es perverso. Si el talento y la virtud cayeran en sus manos, rugiera de placer, como tigre dichoso.

Las tres de la mañana: reyes y emperadores se acuestan a las tres; un pro-hombre como él no puede ir a la cama a prima noche: ya duerme, ya está muerta la gran bestia. ¿No hay diputados de la nación, no hay convencionales que guarden ese sueño augusto en respetuosa vigilia, y estén prontos a alzarle las botas cuando él se las pida dentro de doce horas? Que este garañón lo pase con *su Ministerio* como lo pasa, no es lo que me irrita; que de un cuerpo tan respetable como el Poder legislativo haya hecho una gazapina a fuerza de empleos y aguardiente, esto es lo que hombres de buenas costum-bres y patriotas llorarán hasta el último día de la virtud y la República. Mien-tras haya Cortes, Parlamento formados de hombres de bien y templanza, no hay tirano cabal en una monarquía: libertad y dignidad, encastilladas en su sagrado recinto, no están heridas de muerte. Asimismo en una República, en tanto que el Congreso sirve de freno al sargentón que ordinariamente es amo de ella, no están del todo perdidas instituciones y garantías sociales. Mas si los representantes de la nación se convierten en fautores: digo más, en ru-fianes del quídam sin luces ni virtudes que por desgracia se ha engarabitado

en ella, ¿qué le queda al pueblo sino estar balando como oveja, o rugir como león y echarle la garra al delincuente?

El Poder judicial es todavía más santo que el legislativo en pueblos sobre los cuales la civilización derrama su luz inextinguible: puede ocurrir un desacato contra el Parlamento en Alemania o en Francia; contra la alta Corte de Justicia, no; ni habría cuando, pues el gobierno civil permanece ajeno a los asuntos del juez, cuyas facultades giran en órbita apartada de la gobernación política. ¿Se ha visto nunca a la reina de la Gran Bretaña ni al emperador de los franceses injerirse en lo perteneciente a los tribunales de justicia, conminar a sus ministros con penas arbitrarias, y castigarlas una por una, si la sentencia no cuadra con sus deseos? La Corte Suprema es la corporación más augusta de cuantas reconocen nuestros Estados democráticos: Poder independiente, no recibe inspiración de nadie, ni está sujeto a veedor; sus actos son obras de sabiduría, sus resoluciones dimanan de esa deidad que tienen en la diestra la balanza en uno de cuyos platos van cayendo desafueros de los hombres e insultos al derecho de todos. Temis es soberana: se aconseja de Minerva, pero no recibe influjo exterior, ni los señores de la tierra se dan por lastimados por sus decretos. Minos, Eaco y Radamanto son la trinidad que a lo largo de los siglos están simbolizando, tanto la inflexibilidad como la omnipotencia de la justicia.

En un calabozo húmedo y oscuro está un hombre agachado sobre sus enormes grillos: seis meses lleva de prisión; mas la libertad, la dulce libertad, se le acerca en alas de la justicia. Absuelto ha sido por los tribunales de primera y segunda instancia del delito que se le imputa: su causa está en la Corte Suprema; el último día de su martirio ha llegado. Tristeza en su semblante, palidez mortal en su rostro, dan a conocer que ha padecido mucho en el tormento. Negra la vestidura, abotonada humildemente hasta la nuez, diciendo está que ese hombre es sacerdote. La corona, media borrada, no es ya la santa placa que infunde veneración. El vientre inflado, las piernas hinchadas a fuerza de quietud y prisiones, el recluso va a morir: castigo antes de sentencia, he aquí el flujo de la maldad y la ignorancia apoderadas. Si ese hombre es absuelto, los males que ha padecido ¿quién los remedía? de los perjuicios que ha recibido ¿quién le resarce? Pena sin delito, secreto de la tiranía. La Corte Suprema da su fallo, le absuelve de culpa y pena: ¡loado sea Dios que así mira por sus criaturas! Vuelve, vuelve, infeliz, a la luz que te robaron, al aire de que te privaron hombres inicuos. ¿Tienes madre? corre, tírate de rodillas, recíbela en sus brazos: sus bendiciones, sus lágrimas de gozo te vuelven salud y fuerzas, te imprimen alegría. ¡Oh beatitud inefable esa del amor puro, esa que para el buen hijo fluye a torrentes del seno de la madre virtuosa! Su hijo ha sido absuelto; la buena señora, dando gracias a Dios, le tiene ya contra su pecho. . . ¿Contra su pecho? Los grillos están como carne con carne en los pies del sacerdote: el malhechor público ha declarado que la sentencia de la Corte no vale una chita, y que en el calabozo ha de morir el triste, si no firma el papel que él le presenta, si no canta la palidonia,

o más bien, si no jura el santo nombre de Dios en vano, llamando mentira la verdad, día la noche. En cuanto le animó el fallo de la justicia que esperaba, fuerte fue el preso, firme se mantuvo el encadenado; desvanecida esa esperanza, se le caen las alas del corazón, flaquea el pobre clérigo. La firma o la vida le han pedido: guarda la vida, entrega la firma el infelice diciendo lo contrario de lo que ha dicho. Dijo ayer que Ignacio Veintemilla había mandado envenenar al arzobispo de Quito; hoy sostiene que su excelencia el presidente de la República, lejos de tener parte ninguna en ese crimen, no ha omitido diligencia para dar con los criminales. Poniéndole sus dos firmas contradictorias a los ojos, ¿qué dijera el huésped eterno del calabozo? Dijera, ya le oís: El primer escrito fue obra mía, resultado de mi juicio y mi convicción; escrito dado a luz voluntariamente en pueblo extraño, bajo el amparo de sus leyes; el segundo no es obra de mi conciencia, más aún de mi verdugo, que me constriñe a suscribirlo el puñal al pecho. Flaco es el hombre, fuerte el amor a la vida; oh vosotros que me llamáis infame, poneos en mi lugar; ¿cuál es el héroe, el santo que se quede a expirar en el martirio, antes que entregar su nombre?

Yo siempre le he disculpado a ese eclesiástico sin ventura; es como él dice: de entre los clérigos, los godos que le llaman infame, ¿cuántos hay que hubieran preferido la muerte en los grillos, a firmar el papel que le presentaban los correveidiles del malhechor omnipotente? Ni uno, de seguro; antes muchos de ellos no hubieran esperado siquiera la sentencia definitiva. Virtud súbita es esa, heroicidad inapelable que están para almas del temple de la de Eloy Alfaro. Este hombre salió del *Infiernillo* en brazos ajenos, medio muerto ya: la obscuridad le había enflaquecido, las cadenas le habían devorado. Ignacio Veintemilla quiso arrancarle, en cambio de la vida, un documento contra Juan Montalvo: cuando fueron sus trotaconventos a solicitarle al preso, éste le llamó infame a boca llena, y se quedó a la muerte. ¿Qué obligación tiene un pobre clérigo de ser como Eloy Alfaro?

Esto cuanto al reo; ahora veamos cuanto a la Corte. La Suprema confirmó el fallo de los tribunales de primera instancia, le declaró al sacerdote libre de culpa y pena. Por menguados y prostituidos que fueran sus vocales, no les hubiera sido dable obrar de otro modo. En realidad no había delito; no lo había, en cuanto los perpetrados fuera de su jurisdicción no surten su fuero. Ignacio Veintemilla no le hacía juzgar al clérigo por conspirador, sino por *calumniador*. Caballero sobre un corcel fogoso, blanco al igual del que montaba el apóstol Santiago en las batallas contra los moros, le habían visto al presbítero guerrero yendo y viniendo por las faldas del Pichincha. La cruz, no la maravillosa estampada en la bóveda celeste a los ojos de Constantino, sino la material y palpable, era la insignia de la santa revolución. Dios es con los cruzados, ya les cae del cielo la victoria. Mas como por desgracia el cielo se arrima casi siempre al mayor número, el ejército de la religión mostró las herraduras, y que le echen un galgo. Esto no es de ahora; rancios católicos lo dan firmado. ¿No los juzgáis heterodojos a los españoles antiguos, yo presumo? pues oídles, si gustáis, ortodojos de mi tierra:

*Vinieron los sarracenos
Y nos molieron a palos:
Que Dios ayude a los buenos,
Cuando son más que los malos.*

Los sarracenos de la tía Cornelia fueron más que los cristianos de don Antonio, y los molieron a palos. El apóstol Santiago mismo no hacía el milagro sin meterse de hoz y de coz en la batalla y exponer el pellejo; mas los católicos del don Antonio quisieron que Dios se lo pelease todo, y él no les dio gusto, porque abomina a los tontos, y no está por la sociedad leonina. Sea de esto lo que fuere, el clérigo estaba allí, no lo niega: mas no fue esto lo que le escoció al sarraceno mayor, sino el que le hubiese dado *del jumento, del plebeyo, del cobarde*, y más títulos con que suelen favorecer a sus enemigos barbas tan honradas como un acendrado católico. Dijo también el cura de misa y guerra que *el mudo Ignacio Veintemilla era el envenenador del ilustrísimo arzobispo*; y sobre esto cuartel, grillos y muerte segura, habiendo el bellaco presidente atraído a sus manos con salvoconducto falso. Si envuelve o no calumnía el llamarle envenenador a Ignacio Veintemilla, no es mío el averiguar; mas el clérigo lo había dicho y publicado en Colombia, y no pudo ser juzgado en el Ecuador por actos que no eran delitos en donde acontecieron. Ley de la República es la libertad absoluta de imprenta; y he allí un bobalicón que manda levantarle auto cabeza de proceso en su casa por acciones legalmente inocentes verificadas en ajenos países. Un sabio *in utroque juri*, como Ignacio de la Pandilla, no es rico sino de ignorancia en este caso: quien no sabe leer, ¿ha de entender de derecho de gentes, derecho civil ni Juan derecho, o niño muerto, como dicen en España? El pensó que podía mandar condenar al último suplicio a uno que en Rusia le hubiera llamado tonto, y lo hizo juzgar. Los tribunales de justicia vieron el asunto en otro aspecto, y declararon no haber delito. Sabido es que los franceses, para combatir de persona a persona, ganan el territorio de Bélgica, a fin de no ser perseguidos judicialmente en Francia; pues aun cuando las costumbres toleran el duelo, las leyes lo prohíben. En este concepto la Corte Suprema puso en limpio la maraña del clérigo y el Mudo, y declaró, como queda dicho, no haber delito: corriente y moliente.

Pero no fue corriente ni moliente el vil aguante de la mencionada Corte, esa humildad con que echó a pedirle perdón al malhechor público, cuando éste le hubo castigado su justicia con suprimirle el sueldo, irrogando de este modo agravio irreparable a una corporación ilustre, y pervirtiendo la moral, fundamento de la sociedad humana. Que Ignacio Veintemilla se hubiese estrellado contra un tribunal eminente, no fue mucho, supuesto que nos hallamos acordes en el dictamen de que los móviles de sus acciones son puramente físicos; pero que todo unos oidores, entidades grandiosas en la República, hubiesen puesto a los pies de un idiota la justicia, diciéndole: "He aquí, señor, nuestra conciencia, nuestra honra y dignidad; haced de ellas lo que fuéredes servido; pero devolvednos nuestro sueldo"; esto es lo que admira y aflige a hombres

que, huyendo de esta Sodoma de la política, vuelven los ojos cargados de esperanza al templo de la justicia. ¿Quién se fiará en adelante en la integridad de esos Radamantos enlodados, cuando vaya del interés del verdugo presidente? Cuando se quedaron en la Corte, contrajeron con él un tácito compromiso de imprimir la fuerza de su voluntad a sus sentencias; de otra suerte, como hombres de bien, jueces inflexibles y ciudadanos honestos, hubieran dicho: "Suprimirnos el sueldo es imponernos multa, porque no hemos fallado a su antojo; es castigarnos la justicia: no quiera Dios vengamos nosotros a ser los fautores que éste necesita para el reinado de la iniquidad y la violencia". Y echando ahí la toga, como reyes ofendidos, hubieran ganado el hogar, iluminados por la resplandeciente pobreza que mantiene e ilustra a los hombres de buen corazón y alma grande. Que la *codicia se arroje al mar*, que la *ambición se ría de la muerte*, no es del todo malo; eso indica atrevimiento y valor. Codicia que se arroja al mar, ambición que se ríe de la muerte, en el umbral están de las virtudes: codicia que se arroja a las plantas de un malvado, ambición que se echa al rostro manadas de estiércol, son vicios que matan al hombre y le sepultan en la vergüenza. Y he aquí los sustentáculos de la tiranía: sin estos viles que pasan por todo, estos buscavidas condecorados, ministros de prostitución y servidumbre, antes que de justicia, los pícaros irían quedando solos, y al fin, por falta de pared donde se arrimen, ciegos, con paso torpe, se despeñaran al abismo. Mas si Congreso, Corte Suprema de Justicia, ciudadanos de cuenta le ofrecen la espalda, puestos de uñas contra el suelo, para que el irracional bordado de oro esté subiendo al solio cada día, ¿cómo no se ha de prolongar, cómo no se ha de perpetuar el reinado del crimen y la barbarie?

Si los ministros de justicia son peonzas con que Ignacio Veintemilla enreda y se divierte, cual otro Galerio que se descuartiza riendo al ver devorar cristianos sus osos amigos, ¿qué no hará de los oficiales de la instrucción pública? El rector de la universidad es persona de mucha cuenta en dondequiera que algún miramiento alcanzan los estudios, el ejercicio de la inteligencia y la sabiduría. Ese plantel venerando que se llama Universidad, es institución tan elevada, que los reyes mismos no se atreven a visitarla sino con el sombrero en la mano. La universidad ha vuelto célebres a ciudades cuyos nombres suenan como el resumen de los conocimientos humanos y la ilustración de un pueblo: La Sorbona, en París; la universidad de Salamanca, en España, son unos como Estados literarios que gozan de exenciones e inmunidades. Los Abelardos, los Budeos no salen del cuartel; y a éstos nadie los arrastra a un calabozo por leve o ninguna causa; antes los reyes se paran delante de sus retratos y sus obras, y, descubiertos, están rindiendo pleito homenaje a la sabiduría. Así Felipe III, quitada la gorra, se dejó estar una buena pieza en presencia del Tostado en la Biblioteca de Valladolid. Ignacio Veintemilla acaba de sepultar en una mazmorra de cuartel al rector de la universidad de Quito, de mano poderosa, sin auto de juez, ni siquiera motivo verosímil. El rector de la universidad se había rehusado a jugar y beber con él en su casa de prosti-

tución; y, sobre que ha corrido las calles un papelucho ruín, al cuartel ese magistrado: ¿quién puede haber escrito la quisicosa sino el rector? Incomunicado, hay más que decir, ¡cual reo de delitos grandes! Y consta en la constitución el artículo de la libertad de imprenta; pero que no constara, ¿cuál es el cargo? ¿quién es el juez? ¿dónde está el juicio? Parte interesada, fiscal, tribunal, todo es Ignacio Veintemilla; y no contento con ser la sola y única persona de esa trinidad grandiosa, es también ejecutor de sus propios fallos, ministro de sus venganzas, verdugo de su patria y sus mejores hijos. ¿Qué república, qué democracia, qué gobierno es ese donde ni Corte Suprema de Justicia, ni universidad, ni imprenta, ni altar, ni leyes están en cobro de los arranques insensatos de un hombre sin letras, nociones de moral ni rudimentos de política? Siempre sobran ruines en las ciudades populosas, para que vayamos a buscar entre los hombres de pro los autores de obritas despreciables. El que a media noche va a pegar en la estatua de Pasquino esas líneas disfrazadas que rebosan en agravios, no es el rector de la universidad de Roma, sino un poetastro obscuro de Trastévere. La malicia de los tiranuelos bajos y sin pundonor es achacar a los hombres de más viso las obras que pudieran acarrearlas mala fama, si el pueblo estuviera pronto a dar asenso a sus detractores. La guerra que suelen hacer buenos patriotas es a pecho descubierto: si quienes saber quién te ha herido, oh tú, enemigo de todos, arráncate el venablo que tienes en el corazón, y lee allí su nombre: no dice: “¿Asterio ha lanzado esta flecha mortal a Filipo?” ¿Cuántas veces el torpe Veintemilla ha hecho porque mi crédito venga en disminución, atribuyéndome obritas de cualquier truhán; pero mi nombre está grabado en mis flechas, y con ellas en el corazón mueren tiranos y tiranuelos: díganlo García Moreno y *El Cosmopolita*; díganlo Antonio Borrero y *El Regenerador*. ¿Lo dirán también Ignacio Veintemilla y *Las Catilinarias*?

Más fácil es perdonar la crueldad que la mala fe: mucho, mucho hacen en su propio favor la franqueza y la arrogancia, aun cuando tengan entre manos la ruina de sus semejantes. Ese flujo por la mentira, esa segunda intención que los menguados sin conciencia dejan ver en obras y palabras, son proceso contra ellos mismos, y todos los sinceros, los dignos son jueces que los condenan a la ignominia. Presentóse una vez Ignacio Veintemilla en una casa, y echando mano a la faltriquera, dijo: “Hemos salido de dudas; Montalvo es el autor de *la boja suelta*: su impresor lo denuncia; he aquí la carta”. Esta diligencia fue repetida con cuantos quisieron oírle, hasta cuando el impresor calumniado dijo por la imprenta: “Es falso que yo hubiese escrito al general Veintemilla sobre ninguna materia; y menos revelándole cosas que no están en mi conocimiento”. El falsificador se quedó con este bofetón del impresor: el cohombro enlodado le dio de lleno en el rostro; mirad esa cara abrutada, cara de animal inmundo, tras la sangre y el cieno que le están chorreando a las marmellas. Si él había hecho fingir la denuncia, ¿qué había de decir el infame? Y ni en cabeza propia escarmienta este relapso de la mentira; no ha mucho hizo comparecer en su casa al presidente de la Corte Suprema: “Eloy Alfaro, le dijo, ha puesto en mis manos las cartas del hermano de usted;

cartas que le condenan como a conspirador”. “Sea servido vucelencia de manifestármelas”, respondió el presidente de la Corte. “Las he dejado por olvido en Guayaquil”, replicó el indigno. El indigno estaba calumniando, tanto a Eloy Alfaro como al hermano del juez; no tenía tales cartas. Bien lo sabía su interlocutor, y en su conciencia le estaba llamando *infame*; pero le faltaba valor para traer a los labios ese ímpetu del alma. Ignacio Veintemilla no sabe leer ni escribir, y tiene cartas para todo: para difamar a un hombre de bien: aquí está la carta. Para acusar a un inocente: aquí está la carta. Para imponerle multa a uno: aquí está la carta. Para desterrar a otro: aquí está la carta. Malhechor más vil y cobarde que éste, no hay en la tierra. García Moreno no tenía cartas para nada; todo lo hacía con su propia fianza, sin dar autores de cargos ni delaciones; este bribón no quiere responder de nada: todo se lo dicen, todo se lo escriben, y nombra las personas con cuya mano quiere meter el cuchillo.

No extrañaría yo que, si estas noticias llegaran a oídos de los estudiantes de Lima, Santiago, Caracas o Bogotá, curiosos de lo que les pertenece me hicieran esta pregunta: ¿Y los jóvenes de la universidad de Quito qué han hecho, si gustáis, señor don Juan? Yo me quedara muerto, y no respondiera más que uno que nunca ha hablado, por no traer a menos la generación en la cual finca la patria su esperanza. ¡Esperanza! ¿la llenarán éstos? Lo que han hecho ha sido dar a luz un papelucho como una hoja de peral, justificando y ensalzando al obscuro apagador de la civilización, y poniéndole las manos para que, “por Dios, por la Virgen”, ponga en libertad a su rector.

Tenía yo no ha mucho un sirviente medio mudo, el más gran bellaco que pueda tocarle en suerte a un desterrado. Para el pan, el vino, un Lazarillo de Tormes; para la bolsa, un Rinconete; para trazas y trapazas de más cuenta, un Escudero Marcos de Obregón. Pero humilde como un San Buenaventura, y adicto a mí como si él me hubiera criado. Nunca pasé ni pude pasar de palo y medio con él, ni en sus embustes mayores de marca, pues al primero ya estaba a mis pies el mezquino, echando unos lagrimones como cuentas de vidtio, y llamándome *su padre, su benefactor*. Pues no han hecho los estudiantes de Quito con su mudo, sino lo que el mío hacía conmigo: dales ése más de palo y medio con quitarles el rector, y ellos no descubren otro expediente que echarse a sus plantas, llamándole *su padre, su benefactor*, y pidiéndole “por Dios, por la Virgen” que les suelte a su maestro. ¡Y digo si el papelucho es obra de canallas! El excelentísimo señor presidente es un prohombre; elevado, justo, bueno. Si algo ocurre de malo, no es cosa suya, sino de algún pícaro que lo engaña. Todo esperan de él los ecuatorianos, todo: no quieren sino que ponga en libertad al rector, y suyos son para toda la vida. No es él, ah, no es él; él es ilustrado, equitativo, respetable; son *las víboras* que le rodean. He aquí las hazañas de hombres hechos a la servidumbre, a quienes ni favorece el valor, ni ilumina la verdad. En pueblo semejante, será poco si Ignacio Madruñero no reina quince años, a guisa del amo y señor a quien ha heredado una República.

Y no es todo: al respaldo de ese impreso infame han puesto sus autores

de letra de mano unos renglones en que apuntaban lo contrario de lo que dicen por la imprenta, y me lo han remitido, pidiéndome "por Dios, por la Virgen" que castigue este nuevo delito *del infame Veintemilla*, dicen. Al un lado del papelucho, es recto, al otro inicuo; al un lado bueno, al otro perverso; al un lado nada hace él, al otro todo es obra suya; y, "por Dios, por la Virgen", tome a pechos este asunto, usted que no tiene miedo; que si ellos no lo tuvieran tampoco, vería usted si le ajustaban la golilla.

Yo presencié desde mi balcón una vez una batalla campal entre dos truhanes: a los cuatro porrazos, tomó las de villadiego el menos bravo, y en tanto que las afufaba, iba diciendo: Da gracias, pícaro, que no soy valiente; que si lo fuera, ahora vieras si no te hacía cantar el *kiriéléison*.

Dante Alighieri compuso ya *La Divina Comedia*; Balzac ha compuesto *La Comedia humana*; Hoffmann, arriba en su cuarto piso, mirando y siguiendo el género de los mortales, pasaba al papel cuanto veían sus ojos en la calle. Nadie suponga que yo imagino estas aventuras, por venir al pelo de mi intento: mientras está mi frente alzada a la bóveda celeste, con el rabo del ojo estoy pescando en la tierra: en *La Divina Comedia* el mundo es el primer galán. ¿Es culpa mía si tengo tal cual brizna de observador, y si aplico la vida real a la mortal?

Las manifestaciones públicas de los estudiantes son notificaciones que dan en que entender a los gobiernos, dondequiera que los jóvenes son gente de sangre en el ojo y barraganas de pelo en pecho. León Gambetta, actual presidente del Cuerpo legislativo en Francia, era, no ha más de quince años, esforzado guión del barrio latino. Donde Gambetta alza la voz, *la legión* está siempre a punto: si protestas, si reclamos, llévase todo a cima con audacia y valor de mozos que tienen la mira puesta en la *República* y en los asientos más encumbrados de ella. La suerte de un pueblo está en manos de los jóvenes: los estudiantes son elementos del porvenir. ¡Qué es, mi Dios, ver a los universitarios de las ciudades de Alemania afrontarse con la fuerza armada, medirse con ella y dejar enhiesto el pendón de su alta clase! Los estudiantes tienen fuecos; quien los lastima, verá comunidades: vuela el sombrero por el aire, rueda el libro por el suelo: ¿qué turbión es ese que baja llenando la calle y va a pasar el puente? La tropa de línea está allí, al otro lado: bala en boca los infantes, sable al hombro los jinetes, tienen orden de contemplar a los estudiantes hasta el último extremo. Allí, en esa muchedumbre de levitas negras, están los sabios, los hombres de Estado; allí los generales, los ministros; allí los marinos, los descubridores; allí los millonarios, los banqueros; allí los jurisconsultos, los médicos; allí los sacerdotes, lo apóstoles; allí los escritores, los poetas; allí los grandes hombres del porvenir, la flor de los franceses: atropellarlos, matarlos, sería delito de leso patriotismo. ¿Qué quieren, qué piden los estudiantes? Un magistrado superior está ahí; el prefecto del Sena, por ventura. Se levanta sobre todos un mancebo de aspecto de león, un O'Connell de colegio: es el orador. Habló a nombre de todos, convenció, conmovió. El Gobierno está bien con los estudiantes; anhela por complacerlos; concedido.

¡Viva Francia! los estudiantes han triunfado, pues no reclaman sino lo debido, no piden sino lo justo. Cazadores de Vincennes, dragones de a caballo, sonriendo en medio del bosque de sus mostachos, están fraternizando con esa multitud inteligente y valerosa, que dentro de diez años será honra y gloria de la patria. ¡Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo!

SEXTA

TANTO MONTA CORTAR COMO DESATAR

EL SEÑOR Santiago Pérez, ex-presidente de la Unión Colombiana, reproduciendo un trozo de la quinta *Catilinaria* en su periódico, dice: “¿Por qué fatalidad pluma como la de Juan Montalvo tiene que ocuparse en catilinarias contra Catilinas que todos juntos no valen uno de sus rasgos?” Porque erré el lugar de mi nacimiento, señor don Santiago, como ya lo han dicho de mí. Y nadie tenga esta razón por vanidosa, ni vaya a imaginar que yo deseara haber nacido en la capital de Francia o en la de la Gran Bretaña: si mío fuera elegir el lugar de mi cuna, en un tris hubiera estado que no me decidiera por las regiones donde el Amazonas, rey de los bosques, gobierna en silencio a la naturaleza, o sobre las orillas del Misisipi por donde van corriendo Chactas y Arala en busca de soledad para sus amores y sus dolores. Si hemos de ser bárbaros, venga la diadema de altas plumas, la chonta y el arco, primero que estas fundas de paraguas que llamamos pantalón, esta quisicosa de mangas denominada levita; este juicio desviado, este pecho corrompido, estos anhelos ilícitos, estas pretensiones vanas que son herencia del mestizo de Sudamérica con pujos de civilizado. Ciertamente que no hubiera escrito yo catilinarias entre los sachenes de los moscogulgos, ni entre los jóvenes guerreros de los iroqueses: entre ellos no había un cara de caballo más ladrón que Juan Palomeque, llamado Ignacio Veintemilla; ni un viejo podrido en vicios, tal como José María Urbina: el jefe de la tribu es un soberbio hijo de la selva, gallardo de cuerpo, superior en sentimientos del ánimo, que rige a su gente con mero mixto imperio, respetado por su majestuoso señorío, admirado por sus virtudes, temido por su fuerza y su valor. Codicia no es oriunda de los bosques: el oro no tiene allí más valor que el que ha menester la india joven para el adorno de su gentil persona; y así no hay ladrones que lo roben, ni avarientos que lo sepulten, ni viles que entreguen cuerpo y alma por un puñado de esa reluciente porquería. Allí no hubiera yo escrito

catilinarias, porque el gobernante no se lleva a su casa los caudales públicos, ni azota hombres con casaca y todo, ni castra a sus médicos, según que lo ha hecho y lo está haciendo el buitre blanco que se titula presidente de la República del Ecuador. No, allí no hubiera escrito yo catilinarias; hubiera ido a la guerra, desnudo el pecho, alta la frente, blandiendo mi lanza, y de persona a persona, me tomara con un enemigo, más valeroso quizá, pero no más leal que yo, ni más puesto en el punto de la honra. Pero aquí, o más bien allí, en esa tierra de fantasmas, ¿qué he de hacer sino arremeter con ellos, y alancearlos y desbaratarlos, aunque no sean sino monjes benitos y ovejas, siquiera por matar el tiempo y el fastidio? El que no ha pasado jamás una aventura de don Quijote, no sabe lo que es el mundo. A falta de pan buenas son tortas, y cuando nace la escoba nace el asno que la roya. Mientras la suerte me depara Filipos para filípicas, Verres para verrinas, lleven vuestras mercedes en paciencia que yo embisto con esos cueros de vino llamados presidente el uno, general en jefe el otro, y los despanzurre, y los mande capados de barbas al círculo de *La Divina Comedia* donde están pagando las hechas y por hacer los asesinos y los infames. Yo bien quisiera hallarme en situación de componer Julianas contra Julio César, Napoleónicas contra Napoleón; ¿mas qué he de hacer si esa pazpuerca llamada suerte; ese ignorante hijo de la piedra llamado destino, me toman de la nada y me depositan en esa cueva de murciélagos donde el sol brilla pero no fecunda? Ya llegará el día, señores míos de mi ánima, que dando al diablo esta guerrica en que me hallo con sabandijas grandes, me abra el océano, y me vaya a repuntarme con el príncipe de Bismarck y con el Matador de la Sublime Puerta. En tanto que esto ocurre, soy un grano de anís, cual lo requieren adversarios tan diminutos como los míos, y lleno de vergüenza hago mis entradas en el campo de las pasiones bajas y el crimen asqueroso, y a cuchilladas derribo en tierra las orejas de esos demons pequeñuelos que allí se están haciendo de la moral hecha pedazos y las virtudes que chorrean sangre.

Preguntado Alejandro, niño aún, si quería disputar el prez de la victoria, respondió que sí, puesto que lo disputase a reys. ¿Dónde están los reyes a quienes yo les dispute la corona del triunfo? Tan lejos se hallan mis cueros de vino de ser emperadores ni gigantes, como yo de parecerme al gran muchacho que toma una falange de macedonios y se va a la conquista del mundo. Pero la idea, señores, ¡oh señores! pero la causa, pero la esencia de la guerra que hacemos los soldados de pluma, ¿no son motivos tan grandes y fundamentales cuando las habemos con gente noble y poderosa, como cuando las pleiteamos con follones de menor cuantía? Sir Philip Francis, el misterioso Junius, no saca a la luz del día sus terribles cartas de la inviolable obscuridad de la imprenta, por el gusto de combatirse con el primer ministro de la Gran Bretaña, sino por la gloria del triunfo, cuando el lord abusivo caiga al suelo agonizante, y las regalias del pueblo inglés queden reivindicadas. Ni Pablo Luis Courier estuvo contemplando la estatura de los enemigos con quienes iba a embestir, ni Cormenin le midió de arriba abajo con los ojos a Luis Felipe, primero que entrasen a la estacada con sus folletos en

la mano: iba de la libertad de los franceses y la dignidad de la monarquía, y allí estuvieron sus campeones, alto el morrión, alzada la visera. ¿Qué sería de los pueblos pequeños y desgraciados, si por desprecio a sus verdugos los dejásemos en sus garras sin tiempo ni esperanza? Libertad, ilustración, virtudes son unas mismas, ora se trate de cuarenta millones, ora de un millón de hombres; y tan benemérito será del género humano el que saque del abismo de la servidumbre a un puñado de gente desgraciada, como el que rompa las cadenas de un pueblo numeroso, y le abra los ojos a la razón y el orgullo. Voy a más y digo, que es más digno de alabanza y se granjea más títulos el que toma a pechos la causa de un pueblo barbarizado por la tiranía, que el escritor que sale con sus protestas en medio de infinidad de hombres inteligentes, a quienes no se les pasan por alto sus nobles fines, y de patriotas que le apoyan y sostienen, aplaudiendo sus propósitos y premiando su atrevimiento con las condecoraciones de la gloria.

El conde José de Maistre sostiene esta extraña proposición, que los pueblos bárbaros no son pueblos primitivos y principiantes, sino al contrario, los más antiguos y viejos, que han caído en la barbarie por exceso de civilización y sabiduría. Puede el señor conde abonar su principio con la historia, mostrándonos ahí toda el Asia hundida en la ignorancia y la ignominia del despotismo; empero no sería fácil para los que no internan el pensamiento en el secreto de los siglos, convencerse de que las tribus que vaguean desnudas por nuestras selvas del Oriente; los adueros del Africa sin Dios ni ley, hayan sido en otro tiempo naciones perillustres, que cayeron por haber querido saber tanto como Dios. El estado natural del hombre es la civilización; la barbarie, su caída. Mucho tiene de razonable este modo de pensar; sino que Darwin sale por ahí y se afronta con ese respetable papista; haciéndole ver que sólo a fuerza de trabajo, progreso y dolor ha llegado a ser criatura pensadora este animal originario de las selvas que hoy se llama hombre; las selvas, donde el joco y el babuino están todavía reclamando la sangre de sus venas que han transmitido a la especie humana. Que las naciones cultas de nuestros días adelantan hacia la barbarie por la carrera de la civilización, no hay quien lo quite: los pueblos, como los individuos, tienen un período conocido durante el cual se dan a entender que viven, acometiéndose unos a otros, y llenando la tierra de sangre, lágrimas y miserias: el último día de las naciones, el día de las ruinas las señala para la nada, y allí está el olvido acreditando con el silencio que es ese el sepulcro de un imperio, y que en él yacen generaciones que en otros siglos llenaron el mundo de ruido y esplendor. En este concepto el dictamen del conde José de Maistre tiene su fundamento: la barbarie es la última página de la civilización: testigos Grecia, Roma: donde Pericles levantó las fábricas portentosas que ostentaban el último grado de cultura, la cimitarra de los hijos de Mahoma ha vibrado hasta ayer insolentemente en el rostro difundido de un gran pueblo; y donde la voz de Marco Tulio Cicerón desafiaba a las generaciones antiguas a igualarle en elocuencia, la esclavitud ha espíritu y la razón está declarando que ese imperio vasto y poderoso ha caído, y el hombre ha bastardeado hasta frisar con la barbarie.

¿Quién duda que dentro de veinte siglos los refinados franceses volverán a ser galos, a quienes gobierne despóticamente una bárbara invisible, que alimenta su cerrilidad en lo profundo de los bosques, como Bolleda? Los alemanes serán germanos y teutones, y los ingleses orgullosos de su nombradía serán esclavos desnudos que van a ser vendidos en la feria de alguna gran ciudad futura. Menfis, Atenas, Roma son panteones donde el tiempo, sepulturero inexorable, ha enterrado vivos muchos misterios provechosos; y como no hay tumba que no se vuelva cuna después de alguna resistencia de la soledad, de ellos, de los sepulcros, olvidados, ha nacido esta muchacha vencedora que llamamos civilización moderna. Ciencias, artes, ¿qué son sino piedras rodadas de esos cementerios, de cuyas inscripciones y jeroglíficos han sacado nuestros hombres expertos la historia antigua, y con ella el saber y la importancia del mundo? Las ruinas ilustres son como los libros sibilinos: mucho ofrecen, mucho enseñan: cuando no creemos en ellas, sale de entre los ancianos pedrones una vieja maravillosa, destruye sus avisos inmortales, y he allí que hemos perdido las dos terceras partes de la sabiduría de los dioses.

Que de la cumbre de la civilización comencemos el descenso de la barbarie, puede afligirnos, pero no debe causarnos maravilla: ley es de la naturaleza esta indefectible necesidad de destrucción, y por lo mismo hemos de rendir el cuello, sin cólera ni despecho, al yugo de la nada: que sin haber subido cuatro palmos esa montaña santa donde resplandecen como nuevos profetas los bardos insignes, los filósofos esclarecidos, los artistas hábiles, los héroes bien intencionados, los gobernantes regeneradores, los mártires ilustres, nos vemos caer en ese mar oscuro, donde están vociferando los crímenes y los vicios, con la ignorancia hasta el cuello, esto es lo que, en corazones bien formados y juicios rectos, debe infundir dudas amargas y pesadumbres de muerte, donde el despotismo asiático galla, dando vueltas sobre sí mismo: ¿están principiando su civilización, o son pueblos caídos en la barbarie por exceso de conocimientos humanos y de felicidad? Yo pienso que nuestra democracia alharaquenta es como el precito condenado a llevar una enorme peña a la cúspide de un monte: no ha subido cuatro pasos, cuando cae y vuelve al trabajo y el dolor. La civilización es para nosotros el peñón de Sísifo: no lo hemos levantado siete estados, y henos allí caídos al pie de la montaña. La labor de los buenos es destruida por los inicuos: por un civilizador comparecen diez bárbaros que desbaratan sus obras: este es el modo. Entre las naciones, o digamos nacioncitas, de nuestra raza indohispana, las hay que son muy desgraciadas; como la del Ecuador, ninguna. El diámetro de la órbita de la Tierra tiene setenta millones de leguas: esta línea, dicen los astrónomos, es un punto imperceptible en el espacio, que no puede ser línea paralela del diámetro de las órbitas donde giran las estrellas grandes. Un millón de hombres ¿podrá ser punto de comparación con pueblos que se componen de treinta millones? El señor Santiago Pérez, sujeto de grandes antecedentes, escritor de primera clase, piensa que no, y me tiene lástima de verme envuelto y revuelto en el embolismo de desdichas y miserias donde se

están ahogando felicidad y dignidad de un pueblo. El consejo que me da de huir de tierra semejante está fundado en una alta opinión personal, y me cumple depositar mi reconocimiento en estas líneas. Mas los deberes de un buen hijo de la patria, por pequeña y triste que ésta sea, no concluyen ni donde principian la esclavitud y la justicia. Víctima de una y otra, hago la última embestida, cierto de que no habré dado un paso en el corazón de los ecuatorianos, pueblo que ha llegado a no temer sino el azote, y a no apreciar sino la fuerza, aun en forma de crímenes y vicios. Apoyo, ni en sombra; galardón, ni en sueños: todo peligro, y grande, de la honra y de la vida. Tal es la suerte del patriota y del tribuno en país como ése con cuyas sombras quiso tenerme oscuro la providencia de Dios. No ha mucho el alcalde encargado de la policía expulsó del lugar de donde vengo a una mujer denunciada por envenenadora. Yo la vi a esa condesa Giudicelli del vulgo: sus ojos estaban resplandeciendo negramente, envueltos en el espíritu de la Tofana: un *persignumcrucis* enorme, recuerdo, sin duda, de uno de sus jayanes, le servía de lunar gracioso, símbolo de conquistas de amor. La cabeza, sin peinar, era la de una mulata corrompida y perversa que tiene mucho de Medusa. Alta, seca: estantigua feroz, aun sin saber nada de ella la hubiera yo tenido miedo. Me echó en la calle un vistazo que fue un puñal: la sangre de sus ojos tenía sed de la de mis venas. Al otro día, a las seis de la mañana, pasó por mi puerta, corredor arriba, llenando de luto con su mirada escrutadora mi aposento. Por la tarde supe que el jefe de policía la había expulsado, por denuncia venida del Ecuador de que esa mujer traía un secreto pavoroso en su viaje. Y no es esta la primera tentativa de los civilizadores de la República; es la tercera. Pero mi ángel de la guarda me tiene debajo de sus alas: voy adelante, él va tras mí; me vuelvo atrás, él me precede. A la derecha, a la izquierda, siempre conmigo. No nací para la felicidad, pero tampoco para la desgracia en forma de muerte desastrada. La muerte que le pido, Dios me la ha de dar: muerte de filósofo cristiano, sin dudas ni terrores por una parte, sin insolencia ni fatuidad por otra: creyendo en El, y no en las patrañas de sus difamadores; alabando sus obras, y no maldiciendo las de los hombres. De enfermedad decente, noble: con fuerza para sobrellevar los dolores, sereno ante la vida que me huye y la tumba que se está abriendo delante de mí. Sin remordimientos, porque no tengo crímenes ni delitos; sin vergüenza, porque no hay infamia en mi vida. Yo bien quisiera levantarme sobre la palabra divina, como Enoc, o sobre un globo de fuego, como Elías, e ir a esperar el juicio universal en el paraíso; ¿mas dónde están las virtudes acendradas y muchas que un escogido ha menester para aligerar el cuerpo y el alma, de modo que se eleve en el espacio sobre una llama invisible o sobre una voz del cielo? El puñal y la estricnina de Ignacio Veintemilla han sido vanos ante la vigilancia de mi custodio impalpable; mi muerte no es cosa suya; deje esa obra al dueño de mi vida, y sea ella para que yo resucite en mundo mejor que el nuestro.

DIGRESION

Entrando un día a mi casa en el pueblo de Colombia donde estaba refugiado, encontré en el patio una yegua, cuyo jinete acababa de salir a la calle, según me dijo mi sirviente. Si hubiera sido caballo ese huésped irracional, no hubiera yo hecho quizá pregunta de ninguna clase: el ver una yegua allí no pudo menos que despertar en mi ánimo una combinación de curiosidad y disgusto. Algo hay de extraordinario en el que monta en yegua; si no es un mezquino hermafrodita, no se escapa de ser un Mari-Cruz, a quien se puede zurrar, sin más efecto que sus lágrimas. Si la yegua es con cría, tened por bien averiguado que ese miserable nació para sacristán, o que su arte y oficio son pedir para las ánimas en la puerta de la iglesia. *Eleemosynarum collector ad suffragia defunctorum*. Don Antonio Borrero, antes de que hubiese conquistado por la fuerza de su invencible brazo el solio presidencial de la República del Ecuador, montaba en yegua, no larga y desvencijada, sino corta de cuerpo, gruesa de barriga, las ancas exiguas y flacas, el pescuezo de *lánguida azucena*, bien como el del hipócrita de Gracián; bajita y pasicorta. El mismo refiere en sus Memorias que un día que salió por aldeas y campos a pedir su acostumbrada limosna *ad suffragia defunctorum*, volviendo la cabeza después de larga meditación filosófica respecto del infierno, vio que la cría se le había desmanado, sin que él supiese en donde. Echó alrededor una mirada investigadora, y descubrió allá en una loma el descarriado potro, hijo de su corazón. Don Antonio debe ser perito en esto de silbar y llamar animales tiernos; esta ocasión nada prestó su ciencia silbatoria, pues cuanto más silbaba, tanto más se internaba la bestezuela por un rastrojo en junta de otros muchos irracionales. El futuro presidente constitucional de la República se hallaba en calzas prietas: tocó a somatén, y habiendo acudido sus carcaños, empezó a talonear, puesta la proa a su buena cría; pero la pazpuerca de la madre, que no sentía en los ijares rodaja mocha ni buida, lo echó al trezado, y mátenla primero que salir de su habitual menudeo. El presidente se moría. En los grandes conflictos, dice un filósofo, las grandes resoluciones son las que pueden salvarnos: don Antonio Borrero tomó la de hacer relinchar a su yegua; mas ésta, que no era el caballo de Darío, no quiso hacerle rey, si bien no falta en él el requisito de ser mago; y primero muerta que decir oste ni moste.

Para que mis lectores del Ecuador no se queden en ayunas de este pasaje, les he de contar en dos palabras, que los siete magos de Persia, habiendo vacado el trono del Gran Jerjes, se convinieron en que ése sería rey cuyo caballo relinchase desde luego. Darío, uno de los pretendientes, tenía un criado de esos que pueden arder en un candil: ¿qué hizo el camastrón? tomó en vísperas de la prueba el caballo de su señor, llevóle al camino por donde debían ir los siete magos, y entregándole una hermosa yegua, le grabó con el placer en la memoria lo que convenía se acordara en beneficio de su dueño. Otro día, he allí que asoman por el campo los aspirantes al cetro del mundo, en soberbios corceles que piafan y bracean. Cada cual de esos grandes

señores tiene pendiente la corona del relincho de su caballo; cuando, llegados al sitio donde el de Darío había estado ayer, la apasionada bestia sorbe con las fauces su felicidad reciente, y expresa su alegría con un agudo relincho. Tíranse al suelo los seis príncipes, y echados de rodillas ante el electo de la Providencia, le proclaman rey y le adoran cabizbajos.

A don Antonio no quería hacerle rey su yegua, como queda dicho. El presidente constitucional no es de los que se dejan poner la mano en la horcajadura, ni pierde jamás por carta de menos, pues ahí trae en la manga lo que ha menester en un apuro: recogióse de hombros, adelgazó la garganta y quebrando la voz dentro del pecho, la sacó afuera con tal arte, que su yegua misma no hubiera dado relincho más cumplido. Don Antonio tiene diablo; no se le va el conejo por falta de vencejo; mas que demonio, el potro no venía; volvió a relinchar, y relinchó por tercera vez, y siguió relinchando, hasta que el hijo del viento, conmovido y eternecido por el clamoreo de su madre, levantó la cerviz y contestó agudamente, poniéndose en amoroso galope en busca de ella y su señor. Desde entonces don Antonio, otro Ruy Díaz, juró no volver a montar sin espuelas, inadvertencia de la cual suelen dimanar muchas aventuras y desventuras. La del Cid Campeador fue que Vellido Dolfos se le escapó de las manos, y se metió dentro de las murallas de Zamora, después de haber dado de puñaladas al rey don Sancho; la de don Antonio fue que su buena cría erró poco de perderse para siempre, por falta de espuelas para su madre. Téngalas el Cid, y el traidor Vellido hubiera pagado con la vida su delito; pero ese día, mal pecado, no estaba sobre Babiéca, y el otro echó menos el acicate. Don Antonio, a quien no se le llueve la casa, juró a su vez no montar sin ellas; aunque no sabemos si ha hecho voto de castidad respecto de los estribos de palo y las alforjas.

Este don Antonio tiene la virtud de proporcionarme diversiones o apartarme de mis objetos principales, aun en perjuicio de la unidad de acción. Por dicha la prosa se acomoda a salidas de todo linaje, y bien como episodio, bien en forma digresiva, podemos echar una cana al aire, yéndonos por esos trigos con tan curioso personaje. De la yegua de don Antonio a la del huésped misterioso que quedó en mi casa, no va mucho; aun cuando la de ese desconocido no era chiquita y barrigona como la del presidente, sino alta y soberbia, como la que montaba doña Isabel la Católica. Es un caballero de Bogotá, me dijo mi criada: dice que mañana llega su gente y sus baúles, y que pasará de largo. Dí orden cómo se le diese un aposento y cómo se mirase por él en lo concerniente al comer y al dormir, y entré a mi cuarto. Tres días eran que el hombre estaba allí, y ni criados ni baúles asomaban, ni él se llegaba a saludarme; antes eché de ver que rehuía los ojos, sin sufragar por la urbanidad sino con un principio de salutación sesga y oculta entre el sombrero. Qué hombre tan comedido, señor, me dijo mi criada al cabo de ese tiempo: dice que él me enseñará a hacer un café que por acá no hemos probado: entra a la cocina, averigua lo que le gusta a su merced, y me quiere ayudar en todo, con tan buena gracia que le he llegado a querer. Si perdí el color, no sé; no debió de haber sido así, pues no me suelo cortar en nin-

gún caso. El mismo día había yo recibido por el correo del Sur este papel: "Hace algún tiempo un extranjero estaba frecuentando la casa de Veintemilla. Tuvo con él encierros y conversaciones secretas. Era, según su propio testimonio, norteamericano. Su nombre, Narciso Jones. Este individuo ha desaparecido: se dice que se ha ido por el Norte: ¡cuidado!" Mi huésped era Francisco Mena, argentino residente en Bogotá: no había pues cuidado. Una tarde noté que ese hombre estaba como en acecho tras su puerta entreabierta; y saliendo al corredor, llamé en alta voz: ¡Narciso Jones! Francisco Mena salió de súbito sin saber lo que hacía; y reparando en su desatino, lívido, trémulo, balbuceó un "señor" confuso, y se quedó como un bausán. ¿Es usted Narciso Jones? No, señor; yo soy Francisco Mena. Dispense usted, amigo, la equivocación. Y me volví a mi cuarto. Este hombre es un malvado, le dije a mi criada, llamándola adentro: ha venido a envenenarme; guárdate. Isidora se santiguó aterrada: ¡Santísima Virgen! dijo, y se soltó en llanto. Ni una palabra, ¿oyes? ni una palabra: yo sé cómo he de concluir esto. Sin su profundo respeto, la pobre mujer hubiera hecho un escándalo de contado: no lo hizo, por obedecerme; mas la primera vez que se presentó en la cocina el argentino, no estuvo en su mano dejar de gritar: ¡Señora Ignacia! ¡señora Ignacia! Una soberbia bolsicona de Imbabura salió a carrera de su tienda, y compareció ahí haciendo quiebras: ¿Qué hay? Este es, respondió Isidora. La bolsicona le midió al instruso con los ojos de los pies a la cabeza, y le dijo: Me alegro de conocerlo. . . —Señorita. . . —¡Salga usted de aquí! o vea lo que se hace. Salió el huésped, y de ese camino a la calle.

A las nueve de la noche de ese mismo día un tropel y vocería inusitados en el zaguán me obligaron a bajar de prisa: había mucha gente. ¿Qué desorden es éste? Nadie responde. A la luz de la luna, en el centro del tumulto, mi sirviente y la bolsicona están prendidas de las barbas del argentino, el cual da voces furibundas, amenazando al cielo y a la tierra. ¡Saquen a este hombre! ¡échenlo afuera! Un gallardo pastuso amigo mío, llamado Pedro Erazo, le tomó por el pescuezo, y le avienta a media calle. El miserable, al verse en país enemigo, se acoquina y alebresta, pidiendo por Dios le salven la vida. Acude el jefe municipal, y le manda a buen recaudo a la cárcel salvándole, pues la gente popular le hubiera matado. Allí confesó que realmente habían ocurrido tres o cuatro conversaciones entre él y el general Veintemilla; pero que su presencia en su casa no tuvo otro objeto que pedirle protección. El efecto de esas conversaciones y esa protección fue su viaje al Norte, a pueblo desviado de todo camino real. Salió de la cárcel por empeño mío, para tirar hacia Popayán ese mismo instante, jurando por Dios nuestro Señor que se iría por ese lado, y una por una se fue, sin dejar ingratos recuerdos a orillas del Carchi.

Dos meses después, dirigiéndome al istmo de Panamá, llegué a Barbacoas, para salir por el Patía al océano Pacífico. Esa misma tarde me trajeron un periódico de la ciudad, en el cual se leía que "el ilustre proscrito brasileño señor Alfredo Túper no había tenido con don Juan Montalvo en Ipiales sino una discusión política un tanto acalorada, y quizá arrebatos literarios que

no salieron un punto de los términos de la cortesía. Los avisos del *Star and Herald* adolecen de exageración, y aun de falsedad manifiesta". Y esto lo firmaba Alfredo Túper. ¡Echenle mano! dije en el acto; ése es un pícaro. Es el argentino Francisco Mena, el norteamericano Narciso Jones. El conejo ido, palos con el nido: allí fue el admirar su propia ingenuidad esos buenos hijos del Telembí; allí el echar maldiciones sobre el ladrón que les había echado una albarda; allí el poner la manos al cielo por sus relojes, pistolas y alhajas. Alfredo Túper, cargado de prendas de oro, anocheció y no amaneció, dejándoles un palmo de narices a los dos honrados señores que le habían favorecido con darle a componer mil preseas y artículos de estima. Comisión por aquí, comisión por allí, las cuadrillas de la Santa Hermandad no hubieran dado con el bellaco, más ladino, aunque no más gracioso que Ginés de Pasamonte. ¡Y miren las pajarotas con que se los echó al bolsillo a los expertos ribereños del Huahuí! Alfredo Túper, republicano ardiente, había urdido una conspiración contra la corona y la vida de don Pedro II del Brasil. Descubierta su proeza antes de tiempo, don Pedro, hombre humano y generoso, le perdonó la vida, pero le desterró para quince años. Ocho lleva de residencia en Bogotá, donde se casó con una viuda tan llena de atractivos como de virtudes. Dios le ha dado tres hijitos: dos muchachos admirables, y una chiquita "de este porte", decía midiéndola entre la mano y el suelo; y con el dorso de la izquierda se enjugaba las lágrimas. Su hermano primogénito, tan monarquista como él republicano, es coronel de la guardia del emperador: tanto le quiere este príncipe, que no ha podido negarle el salvoconducto para su querido Alfredo. Mi madre... mi madre... mi anciano padre... mi tía Pilar... enferma... Y llora, llorando, les hacía llorar a los circunstantes. No hubo quien no le diese su reloj a componer, porque era relojero; su revólver, porque era armero; su anillo, porque era platero. Con más de dos mil duros y dos frascos de oro en polvo, Telembí abajo, fuélas a tener a Huapi, mientras a los alguaciles les sudaba el hopo camino de Tumaco y de Esmeraldas. Con sorprendente instinto geográfico, se internó por el Chocó, salió a Palmira, subió a Popayán y Pasto, y el día menos pensado, don Ignacio de la Cuchilla tuvo en Quito a su inglés de vuelta a preguntarle si no quería se diese un nuevo tiento a la fortuna.

El argentino naturalizado en Colombia, el brasileño de don Pedro II, el norteamericano Jones no eran sino *el gago Martínez*, sargento primero de caballería en un escuadrón de Guayaquil. La madre de este caballero del milagro, mujer por todo extremo hermosa, y tan hermosa como de mala cabeza, se fue de Quito con un polizone de los muchos que por acá suelen venir en busca de cama y rancho. Siguióla su marido, pero sin fruto. ¡Caramba, decía el llanero, y esa mujer que se escribía ella solita unas cartotas! Andando el tiempo, los pichones de estas dos enamoradas palomas fueron a dar a Pernambuco, a solicitud de la fugitiva, libre ya del miedo de su consorte, quien había pasado a mejor vida. Allí aprendió el joven Alfredo a chapurrar el portugués, a urdir conspiraciones contra don Pedros y don Juanes, a componer para él relojes ajenos, a llorar por sus hijitos, a hacer café sin igual, y a pres-

tar sus servicios a esos padres de casa de mancebía que se llaman presidentes y generales en jefe de la República del Ecuador. El coronel Martínez, de los centuriones de Flores, es célebre en ese país por su valentía y su lealtad como soldado: su hijo será famoso como discípulo de la marquesa de Bravilliers y como ministro de obras secretas del conde Ignacio de la Pandilla.

Oyendo estoy aquí que don Antonio Borrero, a fin de mejorar y ennoblecer su caballería, me reduce a la memoria la yegua blanca de Mahoma, esa en la cual huyó el profeta por los aires de La Meca a Jerusalén. Sea en buena hora, señor presidente; mas sea también servido vucelencia de decirnos si vucelencia haría en la suya lo que el hijo de Abdul Motaleb y Codijah. Veamos si el señor don Antonio acierta a huir por los aires en su yegua, de Lima donde le preparan cencerrada y paliza, a Chile donde, según sus epístolas a sus corintos, le han proclamado presidente legítimo e indefectible de una cierta República al pie del Cotopaxi. Si tanta virtud tiene su yegua como la de Mahoma, ¿por qué no se levantó arriba en las atmósferas, y se libró por arte de encantamiento de la sogá y cantaleta que le dieron en el reino de sus antecesores los zipas, muiscas o moscas? Sabido es que el licenciado Torralvo pasó una noche de Valladolid a la ciudad eterna caballero en un palo de escoba: veamos si don Antonio no es para menos, y se levanta del patio de su mesón, y en dos o tres horas se pone en la plaza del Vaticano a recibir las bendiciones de nuestro padre santísimo León XIII. Las brujas de España acudían a los conventículos de Zugarramurdi montadas en chivos, cabras, puercos y otras animalías *ejusdem fúrfuris*: don Antonio no haría mala figura si llegase allí sobre su yegua; y aun pudiera ser que Herodías, que es quien preside esos cónclaves femeninos, le saludara con una sonrisa llena de promesas. Materias hay en que don Antonio no es gran diablo; ni puede ir a Zugarramurdi por los aires; y con todo su yegua debe ser para mucho. ¿Veamos si concurre a las carreras de Chantilly, cerca de París, y se los lleva en el pico a Chispa y a Radina? Las yeguas árabes se beben el espacio, cuando los jóvenes beduinos tienen entre manos una aventura de amor del uno al otro extremo del desierto, o van en busca de su adorada venganza tras el enemigo que les ha irrogado agravio: ¿cuál es el desierto que se bebe en su yegua don Antonio? ¿desierto era por ventura la ciudad de Quito, por cuyas calles pasaba, veloz como Hipogrifo, o como sobre el alado Rabicán, gritando él mismo “¡viva Borrero! ¡viva el presidente constitucional de la República!” ¿Qué amores tenía de la Cruz de piedra a Santa Prisca, de San Sebastián a San Blas, cuando así devoraba el espacio a media noche, cual joven beduino que lleva el infierno en el corazón, si va celoso, el paraíso, si justamente esperanzado? Las beduinas de don Antonio siempre han sido como su yegua, y, gracias a Dios, no le hemos envidiado su buena fortuna. Ese moro Gazul se contenta con Maritornes, y no le disgusta Mari Ramos, la de la gatita que halaga con la cola y rasguña con las manos. La belleza de las doncellas árabes está principalmente en los ojos, esos rasgados, negros, depósito resplandeciente de amor y felicidad; por lo mismo a don Antonio le cautivan esos de donde está manando piedra azufre

deseñada por entre un laberinto de granos de caparrosa. Su yegua y un desierto, no más nuestro católico beduino. Lamartine tenía una linda yegua, inteligente, afecta a su dueño: cuando éste entraba al corral con el freno en la mano, la poética bestia alzaba la cerviz, levantaba la cola, y a largo trote describía tres o cuatro círculos alrededor; después de esa elegante fuga simulada, venía por sus pasos y tomaba el bocado en los dientes. La yegua de don Antonio es yegua de equitación: ¡bruto femenino así tan donairoso! Puede escribir el buen hombre un tratado de lógica sobre su yegua, no nos hará creer jamás que ese avechucha sea del mismo sexo que la alfana de Isabel la Católica ni el Bucéfalo de Alejandro Magno.

“En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal”, dijo una buena pécora de feliz memoria en las repúblicas hispanoamericanas. El mariscal de Ayacucho es prueba irrefragable de la verdad de ese principio. A Ignacio Veintemilla, galopín de ese filosófico bribón, no le oí sino dos máximas en el tiempo que tuve la desgracia de tratarle; y pienso que no sabe otras, ni por leídas, ni por oídas. “No salgas con la vejiga llena ni con la barriga vacía”, suele decir cada vez que le importaba irse a la calle; y en presencia del Padre Santo había de llevar a efecto ese apotegma de Anacarsis. “En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal”, se dejó decir una ocasión en mi presencia. Habíansele grabado en la memoria estas siniestras palabras de uno de sus amos antiguos; pero será imposible oír de sus labios un término que envuelva un buen propósito ni una virtud. En lo tocante al puñal, más afortunado, cumplió su deseo: Vicente Piedrahíta está enseñando con el índice desde la eternidad al filósofo que tanto sabe de gobierno y de política. Después de las Catilinarias de ahora un año, han salido, dicen, papeles donde le llaman *hombre de bien, gobernante ilustrado, ciudadano probo y de altos méritos*.

*Mucho faz el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar.*

El dinero puede mucho en la pluma y la lengua de los que lo apeteecen a todo trance; contra la verdad, nada puede. Un jesuita español, puesta la mirada en uno de los obispados vacantes del Ecuador, dijo que los cargos hechos al general Veintemilla por don Juan Montalvo no hacían sino crecer el lustre y los merecimientos de ese gran hombre. Don Juan Montalvo le acusa de estafa, robos muchos y muy grandes, embriaguez consuetudinaria, ineptitud lastimosa, ignorancia irremediable; le acusa de falta de patriotismo, de superchería y traición, le echa al rostro crímenes y vicos, pecados y defectos los más negros y ruines: el jesuita no afirma que las acusaciones son infundadas, ni sostiene que su héroe es inocente; lo que da a entender es que con todo eso, y cabalmente por eso, el consabido malhechor es más digno de admiración y aplauso. Casi no hay cargo en mis escritos que no tenga por comprobante un documento público: la barata del ferrocarril, don-

de el pícaro se aprovechaba de cerca de un millón de pesos, consta en varios contratos. La usurpación de diez mil leguas de tierras en el Oriente, dimana de una ley pedida por él y expedida por sus eunucos. El monopolio infame de las quinias consta en autos y litigios que le han promovido extranjeros a quienes ha echado de los bosques. Robos menores, como el producto de la contribución de guerra impuesta sobre culpables e inocentes y repartida entre él y el viejo *corredor de oreja* y aun de todo el cuerpo, se ejecutó a vista y paciencia de toda la República. El depósito oculto de treinta mil soles del erario en el Banco de Quito, y su repentina desaparición, fue denunciado por la imprenta por escritores sin miedo que citaron al director del dicho Banco. Ignacio Veintemilla nunca ha tenido vergüenza de participar de la caridad pública de que siempre ha vivido su desventurada familia; limosna, uno de sus renglones: ocurre una campaña, y pone en la caja de la comisaría de guerra más de veinte mil pesos de *su propio peculio*. Exige además nueve mil pesos de intereses, y los toma. Con orden falsificada del ministro de Hacienda, exige por segunda vez sueldos de dos años, y rasga de los libros la hoja salteadora. ¿Y ése, ese hombre sin nociones de moral ni asomos de probidad; ése, que ni tiene por conveniente ocultar sus fechorías; ése, para quien el abuso y el hurto son condecoraciones; ése es el hombre sin mácula, precisamente porque su abominable figura es una colección de manchas? Es su concepto, él no roba; toma lo suyo donde lo encuentra, nada más. “Ladrón, ladrón”, dijo una vez en casa de una señora que le estaba oyendo llena de maravilla; “ladrón, ladrón... mío mismo es todo”. Este pertenece a los *Hijos de Ecija*, y no a los *Beatos de Cabrilla*. Los *Beatos* no tienen derecho sino a la mitad de los haberes ajenos, y no tomaban sino legalmente la mitad de la bolsa de los caminantes. Cuando por zafar de ellos alguno quería dejar todo: De ninguna manera, respondían; con lo que es nuestro nos haga Dios merced. Y no iban fuera de camino los señores, pues fundaban su modo de vivir en el versículo y el precepto de la Escritura que dice: Si tienes dos capas, da la una al pobre. Los *Hijos de Ecija* no eran tan cristianos; ellos quitaban hasta el último cuadrante, y llamaban ladrones a los que desvalijaban. Como Ignacio Veintemilla, eran dueños de todo lo ajeno. Mío mismo es todo, dice. Suyo mismo es el erario nacional; suyas mismo son las aduanas; suyas mismo son las salinas; suyo mismo es el papel sellado; suyo mismo es el siete por mil; suyas mismo son las alcabalas; suyo mismo es el reloj de ese que allí viene; suyas mismo son las cucharas de plata de las antiguas casas ricas; suyos mismo son los buenos caballos de todos. ¿Dónde se halla el texto del Evangelio que le da esta propiedad universal a este gracioso Monipodio? Suyo mismo es; no roba nada. Los *Beatos de Cabrilla* no tenían derecho sino a la mitad de los bienes ajenos: Ignacio de la Pandilla es dueño de todo: “Mío mismo es”. En este concepto, reconvenido por *sus sobrinos* de haber huído de Madrid, le llamó ladrón al italiano Juan Borella, a quien había robado dos mil duros. “¿No veían ustedes cómo me robaba ese pícaro? comida, a la cuenta; vinos, a la cuenta; coñac, a la cuenta; cigarros, a la cuenta. Hasta lo que le pedía yo en

plata lo apuntaba, para venirme con esa listota de más de dos mil pesos. Ese es un ladrón; hicieron ustedes mal de oírle". Suya misma era la repostería, suyas mismo las bodegas, suyos mismos cajones y baúles del propietario del *Hotel de las Cuatro Naciones*. ¿Qué mucho que sea *suyo mismo* el tesoro de la República del Ecuador? Tan lo cree así, que deponiendo airadamente a un director de estudios, por haber éste consentido en que una niña le llamase en un discurso cara de caballo, dijo: Ya el infame no comerá de *mi bolsillo*. Las arcas públicas son su bolsillo: éste sabe más que los *Beatos* de arriba, y aun que los *Hijos de Ecija*. Eran éstas dos instituciones de España, semejantes a la cofradía de Monipodio, con sus respectivos cónsules, veedores, proveedores, cajeros y claveros. . . El que quiera saber el fin, busque la materia donde más largamente se contiene, que yo paso adelante.

El jesuíta y demás extranjeros que, sin conocer el Ecuador ni a sus malhechores, han rodado suavemente sobre el unto de Méjico, ¿serán osados a decir que esos cargos carecen de fundamento? ¿cómo pueden ellos estar al corriente de lo que no han tenido noticia? Acusación probada envuelve sentencia condenatoria; sí ahí están las pruebas, ¿quién dice que no están? Los principios de moral son absolutos, y no relativos: probidad, rectitud, pundonor, grandes cosas que obligan a los hombres en todas partes del mundo. Vergüenza es, y lástima, que, personas de bien quizá en su patria, se despeñen así tan ciegamente en la iniquidad, a sabiendas de su falta de razón. Si por amigos de la justicia, ¿por qué no destruyen los cargos? si por instinto del bien, ¿por qué no ponen de manifiesto las virtudes de su cliente? Decir no es hacer: extranjero que no conoce el país de que habla, ni a los individuos a quienes defiende, mucho peligro corre de que escritores y lectores no lo pongan en el número de los dioses, ni. . . de los hombres de bien. ¿Tan poca cosa es la muerte de un pueblo, que el pícaro que la está arruinando a la faz del mundo, halle así a tan poca costa, abogados y campeones que, sin ganar nada para él, pierden todo para ellos, fuera del ruin estipendio del servicio vano? Si cuanto yo he dicho de Ignacio Veintemilla puede ir con la señal de la cruz, ¿cómo sucede que sacerdotes y cristianos que esperan la recompensa de la virtud y el castigo del crimen, toman por suya la causa del criminal, y se echan sobre el alma ese derrumbe de ignominia y delincuencia?

En la avenida de gente que salió de París huyendo del hambre y los peligros del sitio, tomaron hacia los Pirineos cuatro señores juntos con aire de sudamericanos, y llegaron todos a una casa de huéspedes. Miento; fue en la

*En la villa de Madrid
Y en su calle de Hortaleza.*

calle del Arenal, en el albergue llamado *Hotel de las Cuatro Naciones*. Al día siguiente, un periódico de la villa coronada, entre el retrato de Holloway y la máquina de coser de Wite, intercalaba este aviso: "Ayer llegó a esta ciudad el ilustre general Ignacio de Veintemilla. Está en el Hotel de las

Cuatro Naciones". Cuatro duros le costó el aviso al viajero, sin más gloria que ver su triste nombre envuelto en drogas para la sarna y materiales podridos de zapatería. El ilustre general Ignacio *de* Veintemilla, el esclarecido mariscal Perico de los Palotes, el insigne capitán Juan de las Viñas, todo se sale allá. Ignacio *de* Veintemilla no será más ni alcanzará más que Diego de la Perilla. El primer gasto que hacía en ciudad adonde llegaba ese pobrete, era el aviso en el diario: Ha llegado el ilustre general Ignacio *de* Veintemilla. Las píldoras del dicho Holloway ni la zarzaparrilla de Bristol son más tenaces que ese potingue en los periódicos. Cosa es de tomo, ciertamente, la llegada de ese armatoste a París, a Madrid, a capital europea chica o grande. También llegan los sordomudos, los orates que van en busca de remedio para sus males; y llegan también los caballos de Normandía, cuando los empresarios de ómnibus los mandan traer por su valor. En el Jardín de Plantas de París he visto un paco o *chazo llegado* de Riobamba, y un borrego enorme que había *llegado* también como curiosidad de su especie. El ilustre general Veintemilla, cuando le remiten a alguna parte, llega con esto de particular, que el borrego ni el paco, ni los caballos de los ómnibus se hacen anunciar ellos mismos en los diarios, mientras que la gran bestia de los Andes no está contenta si reyes y emperadores, y Parlamentos y Academias no saben que ha llegado.

Cuando Garibaldi fue a Londres viviendo José Mazzini, el gobierno de Lord Derby le notificó su inmediata salida, a pesar de que Inglaterra es el asilo del mundo. Era tal la popularidad del conquistador de Nápoles, tanta la prisa de los ingleses a ver y victorear al viejo italiano, que los ministros de la reina tuvieron a bien estorbar esas demostraciones gigantescas en las cuales iban envueltos grandes pensamientos de política. Garibaldi, hombre de mérito, héroe de grandes hechos, no necesita sacar de su bolsillo cuatro pesos para hacer saber al mundo que ha llegado a Londres, a París: acaba de entrar a Milán, como no hubiera entrado Víctor Manuel, como no entraron Napoleón III y Mac-Mahón después de las batallas de Magenta y Solferino. Los españoles, y principalmente las españolas, recibieron a nuestro Ignacio Garibaldi en su gran villa, cual no recibieron a los Reyes Católicos después de la unión de los dos reinos. Andando calle de Alcalá don Ignacio el católico apostólico romano, con esa cara de hereje (*Necessitas caret lege*; la necesidad tiene cara de hereje); esa nariz donde Moisés ha herido con su vara; esa boca abierta; esos pies que parecen cuadrados de la hipotenusa; lento, gordo, flemático; una preciosa ojinegra, mirándole por ahí en un balcón, exclamó: "Bendito sea. . . ¡Y qué animal será éste!" No sabía la bellaca que era el ilustre general Ignacio Veintemilla, más apuesto que Amadeo, más benemérito que Cialdini, más valiente que Juan Prim.

El jesuita mencionado poco ha lleva muy a mal, no que Ignacio Veintemilla hubiese hecho robos tantos y tan grandes, tantos y tan pequeños, sino que yo le hubiera llamado ladrón. Pudo el escritor, dice, insinuar la propia idea con algunos circunloquios y perifrasis, de suerte que los lectores viniesen en conocimiento de que allí había algo de ilícito; pero de ninguna ma-

nera tratarle como a un pícaro a quien llevan a la cárcel. Pues ahí tiene el reverendo padre que su bella compatriota no se anduvo tampoco por la cumbre del Parnaso en busca de términos poéticos y disimulados para llamarle *animal* al señor de las hebillas (de don Diego); sino que se lo dijo en las barbas, y le quedó mirando, sin dejar de admirar eso que en la calle se estaba moviendo como gente.

Sainte-Beuve, el crítico célebre que duerme con sus padres diez o doce años ha, recuerda en su ameno libro de las Conferencias literarias de Lieja, que un tal Dumas, no el viejo novelista ni el joven dramaturgo, sino así un Dumas cualquiera, Dumas de poco más o menos, como verbigracia un Adolfo Dumas, le pidió una ocasión le llevase a casa de Lamartine y le presentase al semidiós caído. Vino en ello Sainte-Beuve: ¡Famoso animal el que usted me trajo ayer! le dijo el poeta al crítico al otro día de la visita. ¿Conque lo que no es malo para dicho por el más culto y remirado de los poetas, y por el más prolijo y severo de los críticos, lo ha de ser para un simple mortal como yo? ¡Y en qué libros hallamos esas cosas, si pensáis! ¡En uno donde están campeando Chateaubriand y Lamennais, Víctor Hugo y Lamartine, las señoras de Staël y de Beaumont! Si pues Lamartine y Sainte-Beuve le llaman sin empacho animal a un tonto, ¿por qué me he de privar yo de esta satisfacción? ¿Hay cosa más grata, expansiva, suculenta que llamarle animal a un cara de caballo a quien de bonísima gana dobláramos a palos? La española de la calle de Alcalá haba leído las Conferencias de Lieja, cuando así con tanto donaire y gracia le preguntó al viento: ¿Y quién será este animal? Para que vea el jesuíta que así como a un ave zonza se le puede llamar animal, asimismo a un belitre largo de uñas se le debe llamar ladrón, sin andarse por las nebulosas para dar a entender con dificultad lo que uno puede poner a la vista holgadamente. El Consejo militar que juzgó al mariscal Bazaine lo condenó a pena de la vida *pour avoir forfait à l'honneur*: no quiso decir por traidor, y dijo *por haber faltado a la honra*. Pero esto entre franceses ofende más, agravia más, y cubre de ignominia más que este simple vocablo: "Traidor". Marco Tulio Cicerón, dando cuenta al Senado del fin de Lentulo, Cetego y más perillanes de Catilina, no dijo "ha muerto", sino "han vivido"; pero en sus oraciones no se andaban con rodeos para acusarle a éste de incestuoso y parricida. El jesuíta que censura el que a un ladrón se le designe con su nombre, es, sin duda, admirador de ese bardo compatriota suyo que llama a las estrellas *gallinas celestiales*; y por no decir sol, palabra común, nos da a conocer al luminar del día con el épico nominativo de *gallo de fuego*. Pues mi mudo Ignacio Veintemilla no es gallo ni gallina: cuando roba es ladrón: cuando usa del puñal, asesino sin perifrasis; y en todo caso es *pollo*, a causa de sus tiernos años. ¡Rara instrucción la de clérigo de misa y olla que no sabe los grandes asuntos eclesiásticos de la edad contemporánea! El ilustrísimo Dupanloup, obispo de Orleans, hallándose en necesidad de proferir el nombre de Renán, lo profirió, y dijo: *Puisqu'il faut l'appeler par son nom*; puesto que es necesario designarle por su nombre. Y no se crea que ese venerable sacerdote no tuviera a

quién imitar en esto, pues ahí está el viejo Lafontaine que llama por su nombre a la serpiente, y deja para las generaciones venideras estas clásicas palabras: *puisqu'il faut l'appeler par son nom*.

Alojado estaba, pues, el señor de las hebillas en el Hotel de las Cuatro Naciones, comiendo tarde y mañana perdiz y lamprea, bebiendo a boca de jarro vinos de Francia, y contoneándose cual convenía a testa coronada como la suya. ¿Cigarros? pregunta un día, llegándose al mostrador. Habanos, señor general, de los comunes. ¿Comunes, insolente? ¿comunes a mí? ¿a qué llamáis comunes, y qué es comunes en mi presencia? *Vuelta-Abajo*, u os paso de parte a parte con esta lanza. *Vuelta-Abajo* todo el día, puros de los de a medio fuerte la pieza: coñac superior, Chateau-Laffite, champaña de primera clase, todo para que se cargue a su cuenta. Hasta billetes para el circo de toros y entrada para el teatro mandaba traer a la del dueño de casa. Coche con lacayo de librea, a la cuenta; viene el sastre: que se le pague en la sastrería; el zapatero: a la secretaría; relojero: el secretario. "Rothschild" estaba repitiendo a menudo: "letras para Londres". Este es un duque, decía el dueño de casa; un lord de Inglaterra, contestaban los criados. Es un príncipe ruso. ¿Quién sabe si el heredero del trono de la Gran Bretaña, viajando de incógnito, se halla entre nosotros? Es el mariscal Saldahana de Portugal, afirma uno. De ninguna manera: Saldahana es anciano, y este *juven* no deja sospechar más de cincuenta y seis años. Debe de ser Kibrisly Mehemed Bajá, gran visir de Turquía. No, yo pienso que es el *zar*: anda, sin duda, estudiando instituciones y costumbres de los pueblos, como Pedro el Grande. Duerme demasiado para estudiar nada, respondió el mayordomo del hostel; y bebe mucho para hombre de buena razón. El mozo de cámara puso en duda toda la grandeza del desconocido, haciendo saber cómo roncaba, y cómo dormía en cueros, y cómo hacía aguas en presencia de gente. Yo, señores, dijo, nunca podré creer en la principalidad de uno que no tiene vergüenza de servirse de mano ajena para ajustarse el braguero. ¿Es quebrado? Quebrado, señor; quebrado. Hum... dijo el maestresala; el príncipe debe ser un palanquín o ganapán que ha hecho mucha fuerza antes de ser *general*. Ya lo veremos, respondió el amo: en el pagar y en el dar se conoce a la gente de modo.

Un día convocó el señor de las hebillas a su aposento a sus tres adláteres, o compañeros de viaje: Tráigame cada uno de ustedes todo el oro que tenga, y póngamelo en esta mesa. No es sino para media hora, durante la cual pueden ustedes no perderlo de vista, pues no exijo que se vayan. Es para una prueba: como buenos paisanos y amigos, espero que no me dejen mal. Miráronse unos a otros los señores, se hicieron del ojo, y uno de ellos preguntó: ¿Y para qué, Ignacio? Yo sé para qué: si no me dan gusto, ténganme por muerto en adelante. Salieron los tres individuos, o *indiviudos*, como dice Veintemilla, y cada cual volvió con una buena porción de luises o napoleones franceses, que fueron amontonados en la mesa. En esta sazón entra Juan Borella, hostelero, conversa un rato, y se despide: —Amigo Borella, aquí tiene usted cuanto dinero necesite. —Gracias, general; no hay apuro. —Cuatro,

cinco mil pesos en oro, tome usted. Gracias, gracias, general: a su tiempo. —Y salió el italiano lleno de confianza. Ahora, dijo Ignacio Pilla-pilla, recoja cada cual sus escudos, que no los necesito para nada, y lárguense. Valga la verdad; no se le pegó la cera ni en luis ni en napoleón, y devolvió el último cuadrante. Otro día se llega al secretario del establecimiento, y le pide doscientos duros. ¡Per Dio! exclama el hostelero, allí presente; ¿y esos montones de oro que vi ayer, en su mesa, general? ¿Esa bicoca? hombre, si me la ganaron anoche al rocambor en casa del duque del Infantado. Ya le pediremos al amigo Rothschild letra abierta, y veremos si el duquecito nos obliga a ir por el resto. Apaña los doscientos duros ese día, y al cabo de tres pide ciento cincuenta. Rothschild, dijo, me escribe que *instament* vendrá la letra que para Madrid le he pedido. ¿Qué es *instament*? pregunta una dama *sotto voce* al secretario. *Instament* es dentro de poco, inmediatamente. Ah, repite la dama; éste es un francés de distinción; dice *instament*.

Cuatro días más tarde, se vuelve a llegar a la secretaría, y pide trescientos duros. El secretario, perplejo, interroga con la vista a su patrón, y cuenta la suma. “He recibido”, dice Kibrisly Mehemed Bajá, “un otro despacho tegreláfico: la letrita es de cinco mil libras esterlinas, y puede ser que llegue hasta *dimanche*”. Curiosa por demás debe ser esa señora, pues no deja pasar ni el *un otro*, ni el *estilinas* ni el *dimanche*. *Un otro*, responde el secretario, es otro; *libras estilinas* son libras esterlinas; y *dimanche* es domingo. Este extranjero sabe mucho, replica la señora. Y el *despacho tegreláfico* ¿qué será? Debe ser despacho telegráfico, responde el secretario.

Volvió a pedir el príncipe ruso, y volvieron a darle; y pidió más, y todavía le dieron: ¡tan buena espalda tienen los pícaros! Buena espalda, si no lo sabéis, es buena suerte, buena estrella. Cogió buen dinero, y lo jugó; cogió buen dinero, y lo enterró en los lupanares; comió bien, durmió a pierna suelta, bebió como un ilota, y se dejó estar allí unos cuantos días nadando en su grandeza. Invitado por sus compatriotas para un viaje al Guadalquivir, a la risueña Andalucía, se negó. Fuéronse los señores. A la vuelta, mal pecado, Juan Borella, furioso, se les apecha: ¿Ese era el general? ¿ése era el gran señor? Valiente pícaro me trajeron ustedes aquí: ustedes pagarán, puesto que son sus sobrinos. ¿Sobrinos? responden santiguándose los viajeros; por lo que tenemos de Adán; no hay más parentesco entre ese individuo y nosotros, amigo Borella. Pues él me dijo que ustedes eran sus sobrinos. ¿Y le dijo también que debíamos pagar sus gastos? El, como tío nuestro, debió haber pagado por nosotros.

El caso fue que el príncipe ruso le hizo saber un día al hostelero que sus letras habían llegado, y pidió su cuenta. Trajéronsela con el recibo al pie, según que es de uso y costumbre. ¿Pagarla? que vuelvan los tunantes. El acreedor, seguro de esa cantidad, puesto que allí estaba el lord de Inglaterra, descuidó un tanto su negocio. Por dónde ni a qué hora se fue el señor de las hebillas, nadie lo sabe. *Capo di Dio!* gritaba el italiano Borella, arrancándose las barbas a dos manos: si le llego a coger al caballero, en fuerte planeta fue nacido. Y tomó el tren de Bayona. Pero no antes que don Mariano

Prado, marqués de Acapulco, hubiese comparecido en el hostal a preguntar por *el señor general Veintemilla*. El italiano, fuera de sí, vuela al aposento del huésped misterioso, toma los arrapiezos que éste había dejado, y sacudiendo una camisa arambelosa y un pantalón mugriento a la vista del marqués: ¡Este es su general, señor marqués! ¡aquí está su señor general, señor marqués! Sabedor de lo acontecido el grande de España, se fue lleno de rubor de haber hecho más de una visita a baladrón semejante. Y no se crea que por el nombre de Veintemilla, sino porque habiendo el joven Prado residido en Quito algunos años, como secretario de la legación española con el señor Bróguer de Paz, creyó de su deber dar una prueba de cortesía a esa gente ecuatoriana. Entretanto Kibrisly Mehemed Bajá, lejos de irse a París como pensara el hostelero, se metió por ahí en una aldea de los Pirineos, llamada San Juan de Luz, y se dejó estar calladito hasta cuando el chubasco amainase. Si me acusaran de haberme robado las torres de Nuestra Señora, decía un jurisconsulto parisiense, me escondería inmediatamente. El señor de las hebillas, o Ignacio de Villadiego, no había robado torre chica ni grande, y no obstante juzgó de su deber meterse en un rincón a modo de conejo. ¿Quién le huele? ¿quién le levanta? Síganle los pinchados, y ahí se las den todas. Querellóse Borella de estafa ante el juez de un circuito de París, el juez dictó auto de comparendo, el príncipe ruso no compareció, y se acabó el cuento.

El marqués de Acapulco, grande de España, es persona abonada, y está vivo en Madrid: diga si la escena del Hotel de las Cuatro Naciones adolece de un punto de falsedad. Los señores Rafael Barba Gijón, aristócrata, rico de Quito; Manuel Semblantes, escritor; Julio Castro, ex ministro de Estado, fueron *los sobrinos* del gran visir, y ellos son los testigos de esa negra aventura que cubre de infamia, no tanto al bribón que la lleva a felice cima, cuanto al pueblo vil que le sufre y le tiene de *presidente de la República*. Castro, ministro de Veintemilla y aborrecedor mío, podrá quizá desmentirme, negando la verdad: cien veces ha dicho, en libelos sin firma, que yo soy el ladrón, y no su camarada; pero él mismo no pudo refrenar su indignación cuando, a su regreso de Sevilla, sabedor de la fuga de su Pílates, exclamó: “¡Qué Ignacio, haber hecho esto! ¿más bien por qué no nos pidió a nosotros?” El presidente actual del Ecuador no puede salir de esta angostura, si no publica las contradicciones de los señores Barba y Semblantes: En todo caso, ahí está la boleta que expidió el juez de paz; ahí está Borella, ahí el marqués de Acapulco. “Parece que ya ha mandado pagar eso” (parece y nada más), me dijo a bordo de un buque un *mudista* viajero. Si ha mandado pagar, es claro que no consumó la estafa, ni se fugó de Madrid, ni fue demandado en París: limpio está de culpa y pena, y también de ignominia y vergüenza.

Dos famosos ladrones robaron en Guayaquil a una casa de comercio una gran suma: el pobre hombre del dueño estuvo para volverse loco. A cabo de dos meses, una carta y una letra de Lima en su favor: era la suma robada con sus réditos cabales. Esos hombres de bien las afufaron al Perú, jugaron en Chorrillos, ganaron ciento cincuenta mil soles, y su primer atención

fue restituir a su dueño el principal, con la esquila más agradecida y cortés que han escrito hombres pulidos. Vaquero y Mauleón fueron, sin duda, hidalgos de devengar cinco mil reales. Vaquero ha muerto en la demanda, pobrecito, no sin haber visitado el palacio de Mazas, y haber resídido en él por algún tiempo.¹ ¿Ignacio de Villadiego sería para cosas tan cumplidas como ese famoso caballero del milagro? ¡Y digo si era simpático el muchacho! En Buenos Aires proscrito ilustre, víctima del tirano García Moreno, los periódicos le saludan y prometen gran porvenir en su patria. En Méjico es millonario, se hombra con las testas coronadas del oro. En España, noble de primera clase, quebranta la cabeza a los testarudos chapetones, y vuelve locas de amor a más de una marquesa. Hele allí en la capital de Francia, lugar de cita de serenísimos príncipes, bergantes y polizones del mundo entero. Coche de día con lacayos de franjas amarillas: corceles árabes de un mismo color, un par de ellos que no vale menos de veinte mil francos: paseo por el Bosque de Boloña a las cuatro de la tarde, y trote imperial por la Carrera de la Emperatriz y el Arco de la Estrella. Comida en la fonda de Brabante o en la de Bigné: cena en el Café Inglés: sorbetes y frutas heladas en casa de Tortoni. Palco en la ópera nueva, sillón delante en la Opera Cómica: desafíos a la espada, si a manos vienen: gran señor en todo, y tan bien agestado, que las muchachas alegres de los antiguos baluartes de París o *boulevares*, se van tras él diciéndole al disimulo mil apasionados chicoleos. Un día un joven quiteño entró cariacontecido en el albergue americano, y llegándose al lecho en donde estaba estirado un hombre muerto, levantó la esquina de la sábana que le cubría el rostro. Bello era el cadáver: su color de mármol fino recibía admirablemente esas dos largas madejas oscuras de barba a la inglesa que se descolgaban hacia los hombros. Cerrados los ojos, pálida la boca, los brazos se le extendían con las manos a lo largo de los muslos. Era Vaquero, el gran señor, a cuya vida de embolismos y ficciones acababa Dios de señalar la última hora. Fernán Caballero dice que las demás naciones europeas pueden blasonar de Napoleones, Wellingtons y Garibaldís; pero que sólo en España ha podido florecer un José María. No de otro modo Bogotá, Santiago, Lima estarán envidiosas de Quito que tenido la gloria de dar un Pancho vaquero, quien mil veces estuvo en poco que no se coronase emperador en cien partes del mundo. El cementerio de Montmartre abraja en sus entrañas los restos de este esclarecido ecuatoriano, a quien no le dará al tobillo Ignacio Veintemilla, aun cuando viva cien años como la corneja.

El citado Fernán es ciego partidario de José María, el Roque Guinart de la España moderna. Valiente, generoso, cortesísimo, sin lo de ladrón hubiera sido un Duguesclín, no, pues para serlo necesitaba ser feo, muy feo; y José María era el pícaro más bien apersonado que nunca han visto la Olivera de Valencia, los Percheles de Málaga ni la plaza de San Lúcar. ¡Qué digo plaza de San Lúcar, ni Percheles de Málaga, ni Olivera de Valencia! Estos eran depósitos de gente bahúma o soez canalla, y José María, todo

¹Mazas, prisión célebre de París.

un gran señor de cuchillo que se andaba noblemente en busca del peligro, robando con pulcritud, matando con heroísmo y salvando muchas veces a sus propias víctimas a riesgo de la vida. No hay persona con tendencias a la caballería andante que sienta desapego por Rochaguinarda, el héroe del Ampurdán: *los bandidos* de Schiller han vuelto envidiable para los jóvenes fantásticos de Alemania la carrera más dura y azarosa; y los bandoleros de Calabria están rodeados de una aureola de poesía. De ser ladrón, como Roque Guinart y José María, sable en mano contra el mundo entero, y dejarle para el camino honradamente lo necesario al viandante. Con las mujeres, un don Quijote de la Mancha, ése que por no dañar las redes con que estaban jugando las jóvenes pastoras, quería buscar otros mundos, y rendía la espada a los pies de la hermosura. Mentir, fingir, engañar y fugar con lo ajeno, como Ignacio de Villadiego, es no tener puntas ni collares de hidalgo ni poeta: plebe de los criminales, el ladrón canalla es la deshonor del robo, y así como debajo del manto de Alcibíades el libertinaje viene a cobrar semblante de rey, así un ladrón de elevados sentimientos en el ánimo viene a usurparle al héroe sus más hermosos resplandores. Ignacio de Villadiego no es bueno para José María, porque es gordo, hidrópico, pesado: no puede dar saltos de cabrito por las peñas, ni desflecharse como una sombra en su caballo a la vista de la Santa Hermandad o la guardia civil que le persigue. No acierta a reírse de una cuadrilla le enemigas, hiriendo en ellos y espantándolos, porque no tiene el brazo del gigante Orrillo, sino uno cerdoso y torpe, bueno para la azada. No cautiva corazones, y se lleva las más lindas prisioneras a su palacio en las rocas, según que lo verificaba Contrado, el pirata de Byron, porque no es el mancebo en cuya fisonomía están campeando el crimen y el amor en perfiles de fuego altamente seductores: él es feo, muy feo: esos ojos de besugo en esa cara de esfinge es rasgo de deformidad muy desagradable. Los pómulos semejan lomas hinchadas; las mejillas, flojas, caídas, son árguenas de fraile mendicante. La boca amarilla, nauseabunda, no está debajo de un prudente disimulo sino merced a las dos greñas de bruja que él llama bigotes. Y no era feo el príncipe; yo mismo le conocí hombre pasadero, fuera de las orejas y los pies, que siempre han sido el duplo de ellos mismos: el aguardiente le ha desfigurado, la carne le ha perdido. Ahora es demonio incapaz de seducción, o padre maestro provincial todo cogote y todo grasa. Hermoso bandido que infunde admiración y amor, no será jamás: estafador ruín que miente, engaña y desaparece el día menos pensado, esto ha sido, y esto será si la horca le da tiempo.

Pícaro de esta calaña halla defensores entre los que no le conocen ni saben lo que dicen. ¿Conque es más este Caderousse que un pueblo de un millón de almas arruinado e infamado por él?

*Mucho faz el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar.*

LO QUE ES LA VIDA, SEGUN SENECA

Vivir, Lucilio mío, es combatir, ha dicho este filósofo. La vida es la guerra: cada día una batalla, cada acción ordinaria una acometida. Los hombres no somos hermanos, somos enemigos; y si somos hermanos, lo somos a lo Caín y Abel. Hermanos, para quitarle su vaca al pobre, y envenenarle el perro al vecino. Hermanos, para seducirnos mutuamente las mujeres y engañarnos las hijas. Hermanos, para hacer alarde de las desgracias ajenas, y fisga de las necesidades. Hermanos, para confiarnos secretos con más holgura, y echarlos en la calle a la primera oportunidad. Hermanos, para levantarnos quimeras y darnos de torniscones. Hermanos, para morirnos de ira, envidia, venganza, andarnos bebiendo la sangre, cuándo a gritos escandalosos, cuándo en silencio y a la sorda. El que no es víctima es verdugo, ya lo dijo un gran poeta. La quijada del asno es nuestro tirso, nuestro caduceo: somos emisarios de paz, y sembramos la discordia; hablamos de fraternidad, amor, y nos echamos las manos a las barbas, y nos agarramos con los dientes. A cuál de nosotros no podría preguntarnos el Señor: Caín, ¿qué has hecho de tu hermano? Señor, respondería uno, le maté con haberle quitado su esposa. Señor, diría otro, le maté con haberle vendido un secreto. Señor, diría éste, le maté robándole un caballito con que ganaba la vida. Señor, diría éste, le maté imputándole una acción que no había efectuado, un propósito que no había tenido. Andad, malditos, repondría entonces el Señor, yo os puse en el mundo para vuestra dicha, y vivís empeñados en cultivar y extender vuestra infelicidad.

No tan insigne guerrero como los grandes capitanes que ganan batallas, pero yo también peleo y he peleado. He peleado por la santa causa de los pueblos, como el soldado de Lamennais; he peleado por la libertad y la civilización; he peleado por los varones ilustres; he peleado por los difuntos indefensos; he peleado por las virtudes; he peleado por los inermes, las mujeres, los amigos; he peleado por todos y por todo. El que no tiene algo de don Quijote, lo vuelvo a decir, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes.

He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado agiotistas, he desollado indignos, he desollado viles, he desollado tontos mal intencionados, he desollado ingratos, y, gracias a Dios, a justo título soy un *monstruo*. A mí también me han desollado, con mano torpe, inhábil; pero yo no dejo mi piel; me la echo al hombro, y como San Bartolomé, salgo muy fresco, porque un rocío celestial me baña en lo vivo, y destruye los ardores de esa inmensa llaga.¹

¹Esta conclusión la he tomado de *El Antropófago*, opúsculo que hice imprimir en Bogotá, y que mandé destruir sin publicar, por no haber salido a mi gusto. La traigo aquí, porque aquí encaja: servirá ella, además, de muestra de esa obrita, por si la dé yo a la estampa otra vez, purgada del metal que el tiempo ha convertido en escoria.

PAGINA PARA UN PROCESO, A MODO DE NOTA

Entre tantos libelos insensatos como Ignacio Veintemilla ha hecho publicar contra mí antes y después de las Catilinarías, ninguno de sus abogados, me han dicho, niega en particular los artículos de acusación que gravitan sobre ese hombre sin ventura. La defensa de un culpable no consiste en cubrir de improperios al fiscal de la nación, sino en desvanecer los cargos y poner a la vista la inocencia. Para negar los robos escandalosos de ese malhechor, no había lugar, pues ahí están los instrumentos públicos donde ellos se contienen: lo que convenía era llamarle "sujeto de propiedad", "gobernante ilustrado", "ciudadano benemérito", a pesar de crímenes y vicios, o cabalmente a causa de ellos. El dinero es un papagayo; habla sin inteligencia ni conciencia. Deseara yo saber si las pruebas humildes tienen fuerza de convicción en el pecho de hombres rectos y jueces acendrados. Yo pienso que sí: la verdad puede ser descubierta por circunstancias de poca monta, y, obrando ella en el espíritu del Juez, la opinión general queda formada. Ved aquí una prueba de pequeñez de un delincuente por mayor:

París, 5 août 1878.

Monsieur le général Veintemilla.

Je prends la liberté de vous adresser par l'entremise obligeante de monsieur Manuel Cornejo la facture de chaussures que j'ai eu l'honneur de vous fournir dans le courant de 1872, s'élevant à fr. 70.

Je viens vous prier, monsieur le général, de bien vouloir m'en fournir le montant; c'est une somme très mince pour vous, et pour moi cela me rendra grand service. Je compte sur votre obligeance pour me solder ce compte le plus tôt possible, et vous prie d'agréer, monsieur le général, les salutations respectueuses de votre serviteur.

Pour mon père,

P. Ségoire.

41, rue Vivienne.

Si alguien preguntare de qué modo este documento ha venido a mi poder, yo responderé que la cosa está a la vista: el señor Manuel Cornejo, conductor de ella, la recibió del zapatero Ségoire, y abierta la puso en mis manos, para los fines que a los ecuatorianos conviniese. Puede el señor cónsul del Ecuador en Panamá ver el original en la imprenta del *Star and Herald*, y escribir a su colega de París excitándole a preguntar a ese artesano francés si realmente él ha escrito esa carta. Ella sirve, no sólo de prueba general del vil carácter y los infames antecedentes del ahora sacra real majestad del Ecuador, sino también de prueba incontrastable de un delito especial. El zapatero reclama, según la factura, 70 francos, perdonándole los intereses de seis años. O no los tuvo Veintemilla cuando huyó de París, y enton-

ces ¿de dónde puso veintiún mil pesos de *su peculio* en la caja de la comisaría de guerra a su llegada a Guayaquil? o los tuvo, y no quiso pagar esa miseria a un triste artesano que había tenido confianza en él. En uno y otro caso queda por hombre sin probidad ni pundonor. Que hubiera mandado a Borella la suma que le estafó en Madrid, es muy dudoso: si no paga al sastre, al zapatero, ¿pagará al hostelero? Puede ser: como no lo sé, no lo niego. La progresión de las pasiones es horrible. No hay una de ellas que no venga a parar en *satiriasis*, cuando la abijamos de manera de sacar a la naturaleza de sus goznes. La codicia de Ignacio Veintemilla es ya *satiriasis*: tiene más de un millón de pesos, y defrauda al zapatero, hombre depoco, que da de comer a mujer e hijos con el sudor diario de su frente. Ségoire, de París, no es el único; pero sería muy ocasionado citar personas que a puro azote firmarían una desmentida. ¡Y ese se llama presidente de una República, y se está allí bajo el solio, arrellanado en sillón de terciopelo, con su cara de dios Faló y sus uñas de cernícalo! El no tiene la culpa: los que le apoyan, el pueblo que le sufre, ellos merecen

Que se les corten las faldas,

según costumbre antigua de España con las *corredoras de oreja* y aun de todo el cuerpo.

Pruebas, juriconsultos a lo grande, como Escévola; oradores insignes, como Cicerón, las van a buscar, no digo en zapaterías, pero en lugares más humildes, si necesario o conveniente. La verdad es como el oro: puede hallarse, y se halla entre montones de escoria.

SEPTIMA

TANTO MONTA CORTAR COMO DESATAR

EN LA EXPOSICIÓN Universal de 1867 el señor Manier presentó un mapa de la instrucción popular en Europa, obra que obtuvo premio y encomios del Jurado de Calificadores. Este sabio y laborioso francés divide los pueblos en cuatro categorías, según los conocimientos de ellos, y son:

- Pueblos muy adelantados;
- Pueblos bastante adelantados;
- Pueblos atrasados;
- Pueblos muy atrasados.

C'est de l'empire du Nord que nous vient la lumière,

había dicho Voltaire en su tiempo: del Norte es de donde nos viene la luz. Cosa rara, el Oriente, por donde nace el sol, está sumido en la oscuridad; y las luces humanas salen del Norte para guiar y mejorar a los hombres. Las tres pequeñas monarquías en que hoy está dividida la antigua Escandinavia, son las naciones donde la instrucción popular se halla más extendida. En Suecia el globo de las ciudades, la gente de capa parda, jornaleros y gañanes, todos saben leer y escribir, y no hay mozo de cuerda, ni ganapán que no firme de su puño y letra su contrato de matrimonio. Esto le sucederá con más frecuencia al hijo del terruño, hombre incansable que fecunda la tierra ajena con el sudor de su frente, que al trascantón que pasa las horas en la esquina de la calle, tan dispuesto a tomar sobre sí una tarea lícita, como a ganar el rancho de hoy día con una pillada o una viveza de Rinconete. Por el recibo no falta, si escritura ha menester en la hacienda de quitarle a un clérigo su bolsa de seda carmesí; y ahí trae en la manga lo que necesita para que una vieja que tiene la cabeza a las once ponga una libranza en su favor. Su contrato de matrimonio, no una solamente, tres veces lo firma, si hay tres bestias que se dejen echar por él a la faltriquera. El leer y escribir le

sobra, y aun la regla de compañía, cuando conviene desplumar a un comerciante maduro a quien el broncocele ha desmemoriado y desmejorado la inteligencia. Esta clase de truhanes se casan rara vez; cuando se casan, no se contentan con uno ni dos: principian el himeneo en el altar, y no lo concluyen sino en las galeras o en la horca, cuando han consumido la virtud y la esperanza de dos hermanas, dos primas, o cuatro inocentonas diferentes, a cuya seguridad no alcanzan ley ni policía. El campesino casi siempre es hombre de bien; él no sabe de entruchadas: si alguna vez le cae el número del crimen en la lotería de la vida, llevado es por una de esas pasiones que no sufren contrarresto, ni si les sale al frente Minerva armada del cerebro de Júpiter. El se casa de buena gana, firma de buena fe, vive con su esposa de buena voluntad, y después de treinta o cuarenta años de blando yugo, entrega el alma a Dios con resignación y amor. Al hombre de bien no le perjudica la letra; al bribón tampoco; si ha de ser pícaro éste, él se lo sea; pero de letra menuda, a lo jurisconsulto, y más listo que Cardona.

¡Válgame la Peña de Francia! ya van los quiteños a pensar que estoy aludiendo aquí a su Cardona, ese viejo de nariz morada, anteojos verdes y bordón nudoso, que se los lleva de calles y se los mete en sus alforjas a cuantos son los jurisperitos, a fuerza de enredos y trampantojos. Pues no señor: ser más listo que Cardona es modo de decir castizo, que allá en tierra de garbanzos se aplica al pillo a quien nadie le puede en hecho de quitarle la capa al prójimo y desollar vivos a huérfanos y viudas. Lo que induce a creer que en tiempo del rey que rabió hubo en España un leguleyo tan prolijo en lo de atar y desatar, que su nombre ha venido a ser la sustancia de un proverbio. Mucho debió de saber el Cardona de España, cuando se ha ingeniado de modo que venga a servir a las generaciones subsiguientes de prototipo de rábulas invencibles y escribanos martagones; pero no estoy a dos dedos de poner en duda si el Cardona del antiguo fue tan devoto como el del Nuevo Mundo; y si después de pasar el día en ese embolismo del Foro, iba a una capillica por ahí a la oración, y hacía rezar cantando a las viejas del barrio, como le oía yo al nuestro cada tarde al obscurecer en la del Señor del Buen Pasaje, de vuelta del Egido del Norte. Cardona, no hay duda sino que sabía leer y escribir; y por aquí vengo a anudar el hilo de mi discurso sobre la instrucción pública, roto tan al principio, a causa de esos dos viejos a cual más sutil, ardidoso y profundo en injusticias cuya tapa es el fraude bien vestido. Antes de pasar de Suecia a Noruega quisiera yo saber si estos Cardonas habrán tenido peluca, así como tenían anteojos. ¡Estamos frescos! ¿Ha visto usted escribano o procurador de capa larga, zapatos de tres suelas, antíguo y achacoso, que no traiga peluca? La peluca es la esencia de su personalidad: escribano o leguleyo viejo sin ese sudario de la juventud, no puede haber: así como la araña teje su red, así estos sires cargan peluca, la una para coger sus mosquitos, el otro para ocultar sus malas mañas y malas obras, que están hirviendo como gusanos debajo de ese aparato de la hipocresía. Y con esto vengamos de nuevo a la instrucción popular en el territorio de la antigua Escandinavia.

Por cada cinco habitantes hay un escolar en Noruega; por donde vemos que no hay niño en edad de aprendizaje que no vaya a la escuela. Hombres y mujeres, todos saben leer y escribir; algo más saben: saben geografía, historia nacional, aritmética, por lo menos las cuatro reglas, siendo la de tres, muchas veces, elemento de la educación primaria. Sucedió que andando en ferrocarril allende el mar unos buenos señores de la aristocracia de Quito, le ocurriese a una dama inglesa trabar conversación respecto de la cordillera de los Andes, y tal que la pelirrubia no quería perdonar ni una línea de altura de la montaña, ni un grado del barómetro, ni una hoja de las plantas de esas regiones. ¿Cuántos metros bien medidos tiene el Chimborazo? preguntó a los hijos de este rey de la naturaleza, que le habían estado viendo desde que nacieron, y habían pasado cien veces por sus faldas mirándole en su más sublime despejo. Al más instruido de los viajeros le había cogido un sueño invencible ese rato, a vista y paciencia de esa impertinente marisabidilla, que le quería buscar el pelo al huevo, no que el *ranúncula* al Chimborazo, el *umbilicaria pustulata*, ni el *verrucaria geográfica* que vio Humboldt a 5.554 metros en la famosa montaña. Lástima de zambo o de cholo que no hubiera estado allí para suplir por el señorío de esa capital, y volver por la honra de la raza hispanoamericana, respondiendo a esa maliciosa preguntona: El Chimborazo, hermosa señora, tiene 6.544 metros sobre el nivel del mar, según Humboldt, quien le midió desde la planicie de Tapia, a principios de este siglo. Bouger y La Condamine, antes que él, no le habían adscrito sino 6.275 metros; y los miembros españoles de la comisión científica que vino a determinar la figura de la tierra, esto es, Jorge Juan y Ulloa, le dieron 6.587. ¿Parece, continuó diciendo la viajera, que el Chimborazo es la montaña más alta del globo terrestre? Dos de sus nobles interlocutores estaban durmiendo, y respondieron con un inteligente ronquido, al tiempo que el uno estiraba la pierna, y el otro le buscaba el amor a la cabecera. El único despierto de los instruidos sudamericanos dijo que sí en dos letras, a lo cual sonrió perversamente la señora, como una que ya los había juzgado en su conciencia. Pero el zambo o el cholo hubieran respondido: Tal se había pensado, señora, antes de que a los montes de Bolivia se los sujetara a estricta mensura: después de acuciosas operaciones, ya geométricas, ya barométricas, verificadas posteriormente, el Chimborazo arría bandera delante del pico Soratá y del encumbrado Illimani, que pasan de siete mil metros. No se admire de esto vuesa merced, pues el pico más alto de la cadena del Himalaya llega a 8.575 metros. Y la montañuela es bajita en gracia de Dios.

Deseara yo saber, dijo la dama, cuáles son las ciudades más elevadas del nuevo continente. A esta sazón al nuevo interlocutor le había cogido también el sueño, ora a causa del molino de la vieja, ora por no ser menos que sus amigos. Pero el zambo o cholo le sacó a paz y a salvo respondiendo desde la pared del frente: La más elevada ciudad del mundo, señora mía de mi ánima, es Quito, prescindiendo de las poblaciones y aldeas de Bolivia que se pierden en las nubes. Según la fórmula de Laplace, el barón de Humdoldt le da 2.935 metros. Por donde viene a suceder que las ánimas benditas que

la pueblan, que a veces son demonios, están cogiendo las estrellas con la mano. Santafé de Bogotá la sigue de cerca, pues se halla a 2.625 metros, sin que por esto los santafereños sean frailejones, *manco male*, ni frailes beneditos, ni fríos *emboibryum emarginatum*, planta que crece en su alta planicie. Méjico, capital de la República de este nombre, se levanta a 2.294 metros sobre el nivel del mar, y ocupa, fuera de las de Bolivia, no el tercero, sino el cuarto lugar en lo tocante a la elevación, ya que la ciudad de Cuenca, en el Ecuador, sube sobre ella, y no se detiene hasta los 2.514.¹ Sólo en alturas como ésta pueden florear *rhododendrones* y hombres tan grandes como don Antonio, el de la yegua de la sexta Catilinaria. Don Antonio blasona de haber nacido en uno de los lugares habitables más elevados del mundo, y en esto finca sus títulos a la presidencia constitucional de la República. ¿Pero no sabe que los vaqueros y ovejeros de Antisana valen más que él, supuesto que han nacido y crecido, y viven y mueren a muchos centenares de toesas más arriba que él y su yegua? Y qué será del orgullo de ese hombre, si le hacemos saber, con el viejo Jacquemont, que la aldea de Ghuyoumacul, en el Himalaya, está a cinco mil metros de elevación, y no por esto los indios orientales que la habitan se tienen por presidentes de derecho divino, presidentes indefectibles, a pesar de la revolución triunfante y el reconocimiento de las demás potencias? “Preso, desterrado; pero él con la vara, tieso que tieso”, decía una beata jesuíta. Tieso que tieso don Antonio: primero ha de soltar la vida que la vara. Este conde de Chambord de la América republicana no quiso ceder un ápice de la augusta herencia que por línea recta de varón le viene de Rumíñahui y de Quisquis, sus abuelos paternos. En Dios y en su ánima él se tiene por presidente constitucional, sin que sean óbice los grillos de Pasto, la encerrada de Lima, ni la paliza que en Chile está madurando en el seno del porvenir. ¡Maldito hombre éste! ya vino otra vez a entremeterse en mis renglones y trabucar el asunto de mi escritura. Póngase a un lado, don Antonio, y déjeme pasar adelante; si no, por Dios que le hago ver para lo que le han puesto en este mundo. ¿No íbamos tratando de los tres aristócratas sudamericanos dormidos y la señora inglesa demasiado lespireta quizá? Demasiado, pues ella sabía muy bien lo que se pescaba, y lo que sus sonámbulos interlocutores no querían responder: su propósito no era otro que tomarles el pulso y ver a lo que olían esos príncipes andinos. Yendo en diligencia de Roma a Nápoles, una dama de Varsovia, esto es, polaca, la cual yo no sé si sería de las cien doncellas sármatas de Próculo, se me puso a examinar respecto de cosas de mi tierra, y quiso saber de mí si en las mesetas del Nuevo Mundo había elefantes, mastodontes y otras animalías de esta naturaleza. Cuando le hube contestado que muy buenos, me hizo la mamolla allá para sí, y sin hablar me dijo ¡pobrecito! con una simple sonrisa. ¡Mas cuál no fue su asombro cuando oyó de mis labios que el señor Juan Larrea, marqués de San José, había mandado de presente al barón de Humboldt a Guayaquil un colmillo de puro marfil, de figura cónica y un pie de

¹Humboldt: Cuadro físico de las regiones ecuatoriales.

longitud, hallado en la hacienda de la Concepción de Mira! ¡Con el testimonio del dicho barón y de don Francisco José de Caldas, caímos en un mismo dictamen, conviniendo en que de esos monstruos, esto es, elefantes y mastodontes, los hubo tal vez en otras edades de la tierra, si ya no echamos mano por el diluvio universal, para traer a América restos de seres vivientes que ya no existen en la superficie del globo, o son producciones exclusivas del Africa y el Asia. ¿La bellaca de la vieja no las tuvo todas consigo cuando, cogiéndola en los Andes, la llevé a las montañas Rifeas, y le pregunté si en la cordillera del Ural había llamas, alpacas y gallipavos? Lo que conviene es, amigos de Sudamérica, poder estar despiertos en toda circunstancia, y no verse obligados a caer dormidos ante una mujer que no es ni Circe ni Armida la encantadora.

Mis tres lores de Quito están durmiendo en su departamento, por no saber lo que han de contestar respecto del Chimborazo: tomad un dinamarqués de poco más o menos; un hombre cualquiera, un pobre hombre; pedidle noticias del monte Hecla, y os las dará de contado más de las que hubiérademenester. Sabe los metros y las líneas de su elevación; tiene en la uña la funesta historia de ese volcán; sus erupciones, los terremotos y ruinas de que ha sido agente; los viajeros que le han visitado. Saben más los hijos del Norte: saben que el Nuevo Mundo no fue descubierto por Cristóbal Colón, más aún por un escandinavo compatriota suyo, hijo cabalmente del descubridor de la Groenlandia. Este navegante, arrojado por las tempestades a mares desconocidos, anduvo a Dios y a la ventura mucho tiempo por el piélago inclemente, cuando un día el piloto de su nave gritó a media noche: ¡Tierra! ¡tierra! Era la que, por injusticia de los hombres y ceguedad de la fortuna, se había de llamar América andando los siglos. Esta novedad ocurría a principios del oncenno, cuatrocientos años, como veis, antes que Colón llevase a felice cima la empresa que se le desgraciara al noruego Erikson, a causa de una peste que dejó despoblada su patria; con lo cual olvidaron el camino del Nuevo Mundo los pocos escandinavos que fueron libres de la muerte. El dinamarqués, el succo y el noruego saben todo lo relativo a su patria, y no han menester sueño impostor a mediodía, como nosotros que pagamos trescientos pesos mensuales a vagos sin provecho, y quince o veinte al maestro de escuela; que señalamos ciento cincuenta a nuestro cocinero, y negamos treinta a los profesores de la Universidda; que asignamos sueldo a nuestros caballos, y cerramos planteles útiles y aun necesarios, como la Escuela de escultura y el Conservatorio. Nosotros digo, y digo mal: si yo fuera uno de los que hacen eso, me quitaría la vida, temiendo, como Demócrito, que mi alma estaba en decadencia y mis facultades intelectuales se desvanecían a más andar. Los que hacen esas erogaciones y rehúyen las otras, son los que se ven obligados a caer dormidos en presencia de una mujer instruida; esto es, los hijos de la piedra que se oponen a pecho descubierto a que la infeliz América latina entre a la carrera de la civilización; esos que sin ser para la pluma no son para la espada: los majagranzas o los truhanes de calle que dicen: "El Tesoro soy yo", y no saben las primeras letras; esos

son los que no harán nunca nada porque el pueblo, aprendiendo a leer y escribir, venga quizá a tener sospecha de sus deberes y sus derechos.

En Dinamarca, lo mismo que en Suecia y Noruega, por cada mil habitantes hay uno que no sabe leer; y éste se conceptúa el más desdichado de los hombres, cuando cae en la cuenta de su ignorancia. El Wurtemberg es pueblo de tal naturaleza, que no respira uno solo de sus miembros que no lea su lengua como Ventura de la Vega la española, y no la escriba como el autor de *La Ricahembra*. Los alemanes ponen la monta en que cuantos son ellos estén en aptitud de levantarse con la palabra y la pluma contra Roma, y sacarle verdadero a su terrible reformador. Los alemanes, inclusive los soldados rasos, en su invasión al país de Francia, conocían la geografía física de este imperio mejor que los generales franceses. “Ha llegado a mi conocimiento, decía antes de la guerra un coronel en una orden del día, que hay entre vosotros dos personas que no saben leer y escribir: callo por hoy sus nombres, confiado en que dentro de seis meses habrán adquirido los conocimientos que les faltan. Si esto no sucede, los citaré, para entregarlos al justo desprecio del batallón”. ¡Qué orden del día ésta! Vale más que la proclama de Bonaparte en Egipto: “Desde lo alto de esas pirámides cuarenta siglos os están contemplando”. ¿Quién ha de contemplar desde ninguna parte a ignorantes como Ignacio Veintemilla, quien no puede leer las cartas de sus queridas, si un secretario oficioso y caritativo no le hace merced? ¡Qué temeridad! les decía a Semblantes, a Cornejo en París; dejarme tres días con las cartas sobre la mesa... Las cartas, allí estaban, doncellas no tocadas; ¿por qué no las leía el gran señor? En siendo talegas de escudos con sello y marca ¿hubiera sido tan respetuoso de la inocencia? Las viola, sin duda, y no está esperando que vengan sus amigos a abrirle las cartas. ¿O así como los príncipes en ciertos pueblos bárbaros hacían desflorar sus novias por los esclavos la noche del matrimonio, así el Kan de Tartaria de Cayambe hacía desflorar sus cartas con sus paisanos menos importantes que él? Verdad es que en la villa de San Juan de Dios de Ambato dio pruebas repetidas de saber leer, verbigracia cuando leyó su gran discurso de toma de posesión de su alto empleo. Mas todo el mundo sabe que, para no ser oído, había mandado a la tropa de que estaba llena la iglesia hacer ruido infernal de armas y aplausos. De suerte que él estaba diciendo “ba ba ba ba ba”, y los soldados echando a tierra el edificio a puños encarecimientos. Consta además por testimonio de asistentes fidedignos que volvía las hojas del cuaderno de izquierda a derecha. “Ignacio no sabe sino poner su nombre, dijo un amigo íntimo suyo; y eso porque yo le enseñé a viva fuerza, matándome dos meses en grabarle esos cuatro caracteres en la memoria”. Y todavía no los aprendió bien: “Don Juan”, entró una vez a mi cuarto en Guayaquil un corresponsal suyo; y con sonrisa volteriana me enseñó una firma. Letra gruesa, clara, muy bien hecha; sino que el jefe supremo piensa que el signo de la *i* segunda es la *o*, y escribe: Ignacio de Veintimolla. O tan perfecta, tan redonda y cerrada, que no hay duda en que él tiene esa trocantinta por verdad de a folio. Ignacio de Veintimolla no es bueno para soldado alemán. El coronel

de su cuerpo daría esta orden del día: "Ha llegado a nuestro conocimiento que el general Ignacio Veintimolla hace leer con sus compadres cartas que deben ser reservadas de todo punto. Si dentro de dos años no aprende a leerlas él mismo, le denunciaremos a sus coimas para que dejen de escribirle".

Tengo la satisfacción, gracias a sus secretarios, de saber las mil cosas que le decían en lo fino del cariño sus leales amigas, así del viejo como del Nuevo Mundo. *Mon petit chou*, le decía una francesa; otra: *Mon petit chat*. Buena gana tendrán de penetrar el sentido de estas palabras los que no entienden de lengua gálica ni de arrumacos de palabras apasionadas. Ardua obra sería el traducir eso, así como no habría escritor hábil y audaz que osase volver al francés el "bonito", el "negrito", el "cholito", el "corazoncito" de las quiteñas. Quien no arriesga no pasa el mar; sepan cuantos son nacidos, que *mon petit chou* quiere decir: "ay mi trocito de coles"; *mon petit chat*, "gatito mío". De suerte que el general Ignacio de Veintimolla era el tronquito de coles y el gatito de las parisienses de la *calle Pigalle*. . . La española de la Alcalá le supo juzgar mejor cuando, al verle, exclamó: ¡Y qué animal será éste! Para que vea don Ignacio lo que es no saber leer ni escribir: sírvale de gobierno mi orden del día y no confíe en adelante ni a las once mil vírgenes sus *petit chou* y *petit chat*. Una quiteña de San Roque le decía en una carta: "Ojitos de mi corazón, cada vez que oigo tropel de bestias, me parece que eres tú; cada vez que oigo un caballo me parece que te veo". Esta mora jarifa había leído a Molière, y antes que a él a Juan de Meung.

"Ángel mío, le decía otra más culta: las botitas que me has mandado me recuerdan tus propios pies. Dicen que en París hay médicos para callos: no te vengas sin hacértelos sacar de raíz, que esto es lo que desea [y tu amor] tu constante Hermenegilda".

Los pies del angelito son, ciertamente, para quedar grabados hasta el día del juicio en la memoria del que tiene la dicha de mirarlos. Un geómetra proponía nos pusieramos en comunicación con los selenitas o habitantes de la Luna, por medio de figuras gigantescas trazadas en los llanos de la Siberia, a las cuales se les daría vivo resalto por medio de refractores luminosos. Juzgaba el geómetra que ninguna era más a propósito que el cuadrado de la hipotenusa. Nosotros preferíamos el pie del general Ignacio de Veintimolla: estampado en los vastos arenales de Cunchibamba, de seguro que los selenitas se volvían a nosotros llenos de admiración.

Uno de los defectos que no aceptará el general ni en artículo de muerte es su crasa ignorancia; y en esto es digno de aplauso. Empéñase en toda ocasión en manifestar que es hombre que sabe: Aquí, decía, aquí, señalando con el índice una página cualquiera de mi *Regenerador*: y moría de risa de mis disparates. Entrando una tarde el ministro de Chile al cuarto *de escribir* del presidente, le halló en medio de sus secretarios que dictaba tres cartas a un tiempo, como Juliano el Apóstata. Al ver al diplomático, se vuelve magistralmente a sus taquígrafos, y dice: Esa "i" está por demás; suprímamla. Uno de los secretarios lee despacio: "dos soldados de ca-ba-llería. . ." Esta "i"

es necesaria, señor presidente. —Pues quítale un punto. —No tiene más que uno, excelentísimo señor. —Ese uno está demás; ¡quítelo usted! Esto de subir el tratamiento un emperador suele ser peligro de muerte para un pobre esguízaro como un pendolista; punto, acento, i en cuerpo y alma fueron barreados y suprimidos de orden de su excelencia el presidente de la República, y así fue la carta al gobernador del Guayas: “Dos soldados de caballera...” Ahora ya no me admiro de que me hubiese dado brega el señor de Veintimolla, hiriendo con el dedo mis escritos y diciendo: “¡aquí, aquí!” aunque no daba más razón. Como adicto a los peruanos (por si acaso triunfaban), su tema era garbear con el ministro chileno, causándole admiración de sus conocimientos en las letras humanas. Un día que el señor ministro fue con un empeño tocante a un pobre hombre a quien el rey había expatriado a fuerza de sabiduría, sacó éste una carta y leyó en presencia del enviado extraordinario, esto es, dijo de su propio caudal cuanta mentira, cuanto gazapatón puede improvisar un bellaco sin talento, y tuvo para sí que se lo había almorzado a su sagaz interlocutor. Pero éste, que sabe donde le aprieta el zapato, volvió por su negocio y dijo con admirable desparpajo: Dispense vuecelencia, me parece que esa carta no está de pies. Efectivamente, el sabio gobernante la tenía patas arriba. ¡Secretario! gritó con noble cólera; me has puesto en la mano la carta de cabeza, malandrín. Era ésta una del infeliz don Antonio, en la cual le suplicaba a un compadre suyo mirase por sus animalitos, no dejase caer del todo las tapias del corral. Hablaba de *mulas* el presidente indefectible, de *arrieros* y de *barriles de vino*. Las mulas son fusiles, dijo Tinacrio o Ignacio el sabidor; los arrieros son conspiradores; y barriles de vino somos los que debemos ser asesinados. Sobre esto calabozo, grillos, destierro al señor compadre del señor presidente don Antonio. Ved aquí por donde viene a decir que esa expatriación había sido a fuerza de sabiduría. Sabio es preciso ser, y de los siete de la Grecia, para penetrar el verdadero sentido de la palabra *mulas* y saber que ellas son fusiles, y los *arrieros* conspiradores. En cuanto a los *barriles de vino*, sí, no había que decir sino cueros, y ahí quedaban patentes, el rey y su factótum que debían ser asesinados. Cualquiera asesina con puñal, cuchillo, lanza o pistola: al pobre don Antonio le estaba reservado asesinar con *mulas*. Si la inocente víctima hubiera dicho con *asnos*, ya pudiéramos haber colegido que un presidente quería servirse de *la quijada* contra el otro, como buen hermano suyo.

Todo el mundo le asesina al rey de copas: no hay fraile, militar ni jurisconsulto a quien no haya achacado ese nefando propósito, sin más fundamento que su propia conciencia que está pidiendo la horca a voz en cuello. El puede morir el lunes en las calles de Quito, cuando la policía mande alcanzar perros de sobras, como suele suceder en esa culta ciudad: si piensa morir como don Gabriel García Moreno, se engaña por la mitad de la barba: los liberales no le harán jamás la honra de embestirlo como a tirano ni de matarlo como héroe. Verdugo o gendarme es necesario para esa alimaña mil veces ruin. Un fraile perverso ha dicho en una carta que los masones, en

vez de estar pensando en revolución, debían hacer con "el Mudo" lo que hicieron con don Gabriel. Con don Gabriel, hombre de rumbo, jayán temible, pudieron los liberales exponer la vida en grandiosa aventura: el fraile asesino que da ese consejo, mate, si quiere, al porro que le incomoda, y aprovéchense de su fazaña los judíos de sacristía: por mano de los cuatro liberales, ya no tendrán mesa puesta esos bribones. Yo sé muy bien que si revolución hay algún día, obra de aquéllos será: la ganga al contado que piden los Hijos de Ecija de cogulla, a otra puerta que ésta no está abierta. El día que los radicales matasen al malhechor, víctimas serían de los mismos que están ansiosos de que tal suceda: canalla como ése no tiene derecho a mártires ni a héroes: patriotismo es maldad para ellos; virtud es herejía. Así como el vulgo ruin, en su miserable ignorancia, llama judíos a todos los europeos, así el vulgo torpe del partido clerical, en ese país, llama herejes, masones, a todos los que no pertenecen a su rufianería. Y vulgo es el jesuíta en el púlpito, el escritor en la imprenta, el parlanchín devoto en el corrillo, que son quienes revuelven la naturaleza de las cosas y calumnian a las personas, con mengua de la verdad y para orgullo de la mala fe triunfante. ¡Qué es, mi Dios, ver al clero en pueblos más felices poner sus fuerzas en el ímpetu general con que todos pasan adelante en el largo camino de la civilización y la felicidad común! En Chile el clero ha sido elemento poderoso, no en contra sino en favor de la corriente con que el género humano se afana, en medio de angustias y dolores, por cumplir con el objeto con que fue creado. En Venezuela una parte del clero es muy ilustrada, lo mismo que en Colombia, y en Méjico hay clérigos ilustres. En el Ecuador, todo lo que no sea postrarse vilmente ante el saco negro de pecados que anda echando a un lado y a otro excomuniones y maldiciones, es impiedad, reprobación y muerte. En España se quemaban en otro tiempo brujos y brujas; así nuestros chacales de acetre e incensario quieren quemar liberales. Y esos son todos, qué demonio, en ese pueblo sin ventura. "El Mudo no hace sino azotar y robar, dicen; los liberales no azotarán ni robarán, pero nos vendrán con su progreso; con su libertad, igualdad, fraternidad; con su enseñanza obligatoria; con sus garantías individuales y sociales; con su imprenta y su tribuna, para corromper a los jóvenes. El Mudo no hace sino azotar y robar". "Y castrar", pueden añadir ahora: el Mudo no hace sino robar, azotar y castrar; esto no es tan malo como la libertad y el progreso. Pues que viva el Mudo, que viva: para tal pueblo tal tirano. Dios me ha mandado salir de Sodomá: me voy, y sin volver la cabeza, para no quedar convertido en estatua da sal. Nunca mueren los malvados, dice Filoctetes abandonado en la isla desierta: los dioses los rodean, los protegen. Sí, pero no son los dioses del cielo sino los genios del abismo. Si ellos, esos que nos llaman herejes, pudieran hallarle solo y dormido al león de casco redondo, allí le dieran de puñaladas, y lo negaran por la señal de la cruz. Si quieren mudo muerto, ellos han de ser los ejecutores. ¡Qué han de matar! ésos no matan sino con la difamación, y no a los tiranos, sino a los amigos de la libertad. Si alguna virtud sobresale

en ellos, es la baja cobardía: lo que hacen es perseguir a los que viven al yunque del trabajo por la patria y los fueros del hombre.

No pase adelante el olvido de mi asunto, el cual es la instrucción popular en las naciones; y ved que no hago en cada página sino concurrir en un mismo juicio con algunos españoles y colombianos que llaman *ilustrado*, sin conocerle, al opresor que así ha envilecido su patria, que el trato que le damos ciertos pícaros rebeldes a la servidumbre y la corrupción, es todavía demasiado honroso para ella. ¡Ilustrado un zompo que no tiene conocimiento de las primeras letras! Siendo oficial, el coronel de su batallón pidió su baja al Gobierno, fundándose en la “ineptitud irremediable del teniente Ignacio Veintemilla”, rezaba el informe. Jugar de noche, dormir de día, esta ha sido su carrera de cincuenta y ocho años cabales. ¿A qué hora se hubiera instruido ni siquiera en lo tocante a la milicia? ¿Pues cómo, dirán, se ha levantado éste al primer lugar de la República? En naciones donde inteligencia, sabiduría, don de gentes prevalecen, la interpelación envolverá duro argumento; pero allí donde se persiguen de muerte los dones de la naturaleza, y más aún las buenas costumbres políticas y privadas, ¿quiénes han de sobresalir sino los perversos, los ineptos, que son cabalmente los que tienen la fuerza en la mano? Que hay pueblos que viven hartándose de esta desgracia, nadie me lo puede negar; y aun por eso, el trágico griego, el divino Sófocles, en un arranque de airada tristeza, exclama: Me veré obligado a aborrecer a pueblos donde prevalecen los inicuos, y los buenos son últimos; a hombres entre los cuales los de bien y de corazón sucumben, y los viles son principales. Los buenos sucumben, sí; y no a poder de los tiranos solamente, sino también al de las víctimas. El que no se va con la corriente del vilipendio general es *un tigre*. En tiempos de depravación e infamia, la austeridad, la rectitud son culpas contra las cuales se levantan todos: ora por *orgullosos*, ora por *impíos*, la oleada popular cae sobre los hombres bien intencionados, y huella y destruye las esperanzas de la patria... qué es patria? Patria es el conjunto de semejantes nuestros que forman una nación, clavada en los lugares donde rodó nuestra cuna: si esa nación, si las personas que la componen son víctimas voluntarias e infamantes de cuatro ladrones sanguinarios, o artífices de esa obra de destrucción e ignominia, ¿qué patria queda? ¿dónde está la patria? Huyamos, sí, huyamos de hombres entre los cuales los de bien y de corazón sucumben, aunque no aborrezcamos al pueblo donde preponderan los inicuos.

Pobre pueblo... ¿tiene él la culpa? Los inteligentes, los ricos, los pun-donorosos que no aúnan fuerzas y ponen el hombro a desbaratar esa máquina de crímenes y vicios, de ignorancia y corrupción, ellos son los culpables. Triste cosa es el pueblo: se levanta en su presencia un hombre malo, con su segunda intención inicua, ignorante además y burdo, llama herejes, masones a los apóstoles de la libertad, y el pueblo se yergue contra el bien que le estamos ofreciendo. Un hijo de la obscuridad y del demonio, con media cabeza raída, barba cenicienta hasta el estómago, ojos de cabrón por la lu-

juría, vestido de jerga y de hipocresía, puede más en el pueblo, a pesar de su crasa ignorancia y la cerrilidad de sus maneras, que el tribuno que le habla en culta frase de los derechos del hombre y los deberes del ciudadano. Cuatro frailes catalanes llovidos de Montjuich han bastado para desbaratar una revolución contra Ignacio Veintemilla. Sepan los católicos a quién deben la prolongación indefinida de sus desgracias y vergüenzas, y pónganle el dedo desde lejos al tartufo que ellos conocen con el nombre de *Conde Patricio*. Este infame y su costal de mentiras, por medio de los capuchinos, levantaron el pueblo, y salvaron a Ignacio Veintemilla. Ignacio Veintemilla, quién lo creyera, tiene por rodrigones a jesuitas, descalzos y frailes de todo linaje, y con tal imprudencia e impudencia le apoyan éstos, que un *grano de guisante* sube al púlpito, y pronuncia oraciones personales, y fulmina, de su propia autoridad, excomuniones sobre los que tenemos la mira puesta en la salvación de la República. ¿Ese Cortadillo eclesiástico no teme la cadena de galeotes con que encontró el caballero de la triste figura? Para que yo le nombre, el jesuitilla es muy chiquito; pero en la cadena pueden ir rufianes y ladronzuelos. Tente, padre, que allí te verás obligado a responder tu nombre. ¿Conque el púlpito para defender a facinerosos como Ignacio Veintemilla? ¿el púlpito para calumniar e insultar a los campeones de la libertad? Bellaquín como tú no es bueno para Padre de la Iglesia; bueno es para enano bufón de un príncipe de la Edad Media. Padre de la Iglesia... Padre de la Iglesia es Ambrosio, ese calvo anciano de belleza celestial, que se tira a la puerta del templo, resplandeciendo con el Espíritu en el rostro, y le obliga a caer de rodillas al emperador de Roma. Padre de la Iglesia es Agustín, ese hombre del mundo convertido por las deprecaciones de su santa madre y encendido en el amor de Dios, que está alumbrando a modo de divina antorcha. Padre de la Iglesia es Juan Crisóstomo, ése que saca el pecho afuera, desafía a emperadores y validos, y no teme ir a pasar treinta años y morir en el desierto Pithio. Padres de la Iglesia son los hombres venerables que la han sostenido con el saber y la virtud, el amor y el sacrificio, siempre contra los tiranos de la Iglesia y de los pueblos. Padres de la Iglesia son los Basilio, los Atanasios, por la sabiduría; los Antonios, los Jerónimos por la penitencia. Sacerdote prevaricador, esbirro de sacristán que prefiere la opresión con los opresores a la libertad con los pueblos; el crimen y los vicios con los malvados, a la justicia y la pureza con los apóstoles, no es Padre de la Iglesia: expósito es en sus puertas que pagará algún día la pena de su ingratitud y su maldad; buena es esa madre; en el castigar, severa. Si la justicia divina se llama Iglesia alguna vez, cae sobre los traidores, y cuando cae, abruma.

Ayer no más cristianos y católicos, clérigos y frailes, se levantaban contra Ignacio Veintemilla apellidando religión; ahora esos mismos clérigos y frailes están sosteniendo la religión en Ignacio Veintemilla. ¿Luego Antonio Borrero fue el hereje? Cuando este infelizote se puso a gritar, no como loco sino como tonto: “¡Pueblos! la religión se pierde; la revolución es contra la Iglesia; vienen los herejes a incendiar nuestras casas, nuestros templos, a

violar a nuestras hijas"; ¿gazapatones como éstos los estaba diciendo de mentira? El pobre jefe supremo de entonces no ha incendiado casa ni templo todavía; y si a hija ha violado, no ha sido a las de sus enemigos. . . Pero don Antonio no puede quejarse ni de casa quemada, ni de hija violada, según que mostraba temer en sus infames pastorales. Por el contrario, los jesuitas le tienen a su rival debajo de sus alas, guardándole de violadores e incendiarios; y hoy por hoy, don Antonio es el que viene a incendiar las casas y violar a las hijas del Mudo y los mudistas. Si don Antonio fue el impío, ¿cómo sucedió que todo el mundo se fue con él a los infiernos en defensa del catolicismo? Tan torpes son los pueblos como bribones la canalla que los dirige en esa Cafarnaum que llaman República, para escarnio de las instituciones republicanas. "Los liberales son masones; ¡pueblo, aborrécelos!" está gritando allí al otro lado del Carchi un morueco vestido de pelo de camello. El prosélito de Jesús no dice: "Pueblo, aborrécelos, mátalos", sino: "Pueblo, perdónalos, sálvalos la vida". Sacerdotes de odio y muerte, ¿lo serán de religión y piedad? Esos restos de Rosas Samaniego no pueden ser ni sacerdotes, y no lo son muchos de ellos: carlistas feroces de la banda de Jergón, de esos que al grito de "viva el Papa" violaban mujeres y las colgaban de los pies hacia el abismo de Iguasquiza hasta que expiraban, han venido a ser sacerdotes por aquí con corona subrepticia y hábitos apócrifos. ¡Pobre país! dirán los colombianos, los chilenos, en poder de forajidos semejantes. El sacerdote, el sacerdote de paz; el bueno, manso, sabio, dádmele; eso pido, y que me instruya y vuelva mejor con sus obras puestas a la vista. Obras sabias, obras santas: obras de San Carlos Borromeo, que se anda de día y de noche curando apestados y acarreando difuntos al cementerio. Obras de San Bruno, que reparte sus riquezas entre los pobres, y se queda tan liviano que un ángel invisible le levanta sobre las alas, para que no se rocen sus pies con las piedras. Obras de San Francisco de Sales, que dedica todas las horas de su vida, todas las fuerzas de su alma a la instrucción de los niños. Obras de San Vicente de Paúl, que funda el instituto sublime donde aprenden y ejercitan la caridad los hombres piadosos de todo el mundo. Obras de San Gregorio, que sale y se presenta a los bárbaros, y salva a la patria vencida. Estas obras vuelven venerables a los hombres, y santos a los venerables. Obras como las de Fenelón, que escribe libros de virtud y ejemplares para testas coronadas. Obras de Bossuet, que hace temblar a los enemigos de la Iglesia. Obras de Lacordaire, Dupanloup, Wiseman: éstos son sacerdotes, altos sacerdotes, si por sus luces derramadas, si por sus deberes cumplidos. ¿Qué es un destripaterrones bestial, que en presencia de un pueblo indocto, sube al púlpito con sus barbas de chivo, y se pone a gritar: "¡Los liberales son masones, cuidado! ¡los masones son herejes!" Y los barriles de aguardiente que entran a su atarazana cada día, ¿qué son? ¿masones? Y los borregos gordos, y los puercos cebados, y las gallinas, ¿qué son? ¿herejes? Y las morcillas negras, y las longanizas, y las ollas de chocolate espeso, ¿qué son? ¿liberales? Y las bateas de pan, y las roscas de dulce, y las empanadas de carne que parecen almohadas, ¿qué son? ¿impías? ¡Calle usted, impías dice!

eso es catolicismo, muy católico, y por allí cogemos el camino de la bienaventuranza eterna.

Un día llegaron dos capuchinos, pasando el Carchi, a una casa amiga mía. El uno venía a quedarse cuarenta y ocho horas, para menesteres de su incumbencia; el otro era el superior del convento, y su objeto recomendar a la dueña de esa casa ese buen fraile. Señora, dijo el segundo, el hermano Melchor no sabe comer. La señora, sorprendida, respondió: ¡Cómo! ¿no sabe comer? Digo que come tan poquito, que es como si no supiera. Pierda cuidado, padre; aquí le daremos algunas lecciones. A manera de renglón, y allí de contado, le pusieron al neófito de la bucólica una escudilla de caldo oleoso con una flota de tronchos de carne gorda, que no había más que apetecer: hasta monitores de guerra se veían en ese mar espeso de regalar a un benedictino. Al lado del océano comestible estaban reventando de gordos dos panes tales, que a un difunto le hubieran hecho tus tus. El padre Melchor hizo tan bien la plana, que fue necesario premiar su buen comportamiento: Padre, dijo la señora, mientras ponen la mesa ¿sería servido vuesa reverencia de hacer boca con un par de plátanos ahornados, de esos que llaman hartones? Eso queremos los de a caballo que salga el toro, respondió el padre, irguiéndose de alegría. En las provincias vascongadas no tenemos esta fruta de santos; y así en América nos hemos dedicado a ensayar si los podemos comer en honra y gloria de la Iglesia. El hermano Lorenzo se contenta con tres o cuatro; fray Manuel suele pasar a cinco; y fray Alejo no se detiene en los seis. Yo, más pecador, me suelo satisfacer con dos, cuando no hay otro tanto. Sirviéronle allí dos yacumamas soberbias, cuyo vientre amarillo estaba desafiando el oro por el color, al paso que el lomo de las preciosas culebras, tostado y reventado, ofrecía en sus grietas un almíbar de provocar a los dioses. Estas porquerías, dijo el padre, le dan a uno la vida, si bien me temo que me hagan daño al estómago, a causa de que el voto cuadragesimal que tengo hecho me lo ha enflaquecido y debilitado como el de San Pedro Nolasco. ¿Con qué se acostumbra tomar los plátanos en este país? Con queso, padre Melchor. ¡Domitila! un queso entero. Vino allí luego un recién sacado de la encella, que hubiera servido para queso padre, si de estos animales se sacara cría por multiplicación. Este debe ser de Pasto, señora Rosalía, dijo el fraile: y qué rejo tiene el muy tunante. Venga usted acá. . . Y con admirable desenfado, de dos cuchilladas le capó la tercera parte. En un santiamén pasaron las dos yacumamas al vientre reverendísimo del padre capuchino; y si fueran cuatro, en un santiamén y un verbo hubiera dado el sacerdote buena cuenta de ellas. ¿Agua, fray Melchor? preguntó la señora. Hum. . . respondió el fraile, poco favor me hace vuesa merced: en España tomamos valdepeñas por bebida ordinaria. En este valdelágrimas, padre mío, nosotros no solemos tomar sino penas, y son esas de que nos hartan hijos y maridos. Tan arriba a estos montes no suben los buenos vinos; pero si gusta su reverencia de un poco de chicha. . . ¿Chicha? yo dejo el Málaga superior por ella. El Espíritu Santo le debió de alumbrar al indio que inventó la chicha: *Veni Sancti Spiritus*. ¿Será cierto, señora Rosalía,

que el rey Atahualpa no quería beber otra cosa? Sin esperar la contestación se echó al colete una taza conventual de aquel precioso líquido. En esta sazón llamaron a comer: Santa palabra, dijo el capuchino; y todo metido en su jergón y sus barbas, pasó al comedor, claudicando como por vía de ahílo o flaqueza corporal. ¿Repite la sopa? preguntó la señora. Repito la sopa; ésta es la de mi predilección: ¿no es de fideos de máquina? Pues digamos que no le gustan a nuestro reverendo padre superior, salvo que no es bueno comer dos platos, a no ser en casos excepcionales, como el presente. Estas cosas no se hacen a roso y velloso, sino con cuenta y razón: pues aun cuando uno sepa hender un cabello en el aire, el día que apriete el tornillo de la cuenta final, tendremos que arrepentirnos de los gustos que nos damos con perjuicio del alma. Cuando la conciencia dice *peccavit*, no arrepintiéndose, sino jactándose, firma Dios. ¿No es pichoncito migado ese que va a desperdiciar, señora? Rieronse los circunstantes, y dijo la señora: ¿En dónde ha visto pichoncitos de este porte, padre Melchor? es capón de los buenos. Bendijo los labios con una cruz el fraile y respondió: no diga eso, señora, que Dios puede castigar. Pero está bueno el capón, como dijo vuesa merced. Pecador de mí, ya dije capón. Esa que vamos a probar será pierna de carnero. Pierna de carnero, padre, ¿le gusta? ¿Si me gusta? no hay otra cosa para mí. Comió dos veces de un mismo plato el capuchino: de las carnes estofadas y guisadas no perdonó ninguna: la torta le pareció tan buena, que la obligó a comparecer por segunda vez en las tablas; y en llegando a los postres, dijo que adrede se había abstenido de las cosas de sal, por dejar espacio para las de dulce, que le gustaban por extremo. Era día de buñuelos ese: la miel, compacta y clara, corrió en abundante chorro sobre esas doradas ave-citas de las cuales desaparecieron cuatro o cinco pares de la mano a la boca del santo ministro. Tan de propósito comía, que se le habían untado tres dedos hasta la segunda falange, para que su reverenda hiciese la pulcritud sirviéndose de ellos como de chupadores de niño no desmamado. Luego se los llevó a la cabeza, y en tres o cuatro gallardas vueltas sobre el cerquillo los puso como si se lavara con jabón de lechuga. Ahora, dijo, voy a casa de doña Garibay para una consulta que tiene que hacerme. Pero no hemos rezado. “Padre nuestro que estás en los cielos. . .” Hizo rezar, echó la bendición, se caló el capirote, y, arrastrando las sandalias, desapareció la puerta afuera. Sea servido su reverenda, le dijo doña Garibay, así como se presentó la santa visita. Vale más llegar a tiempo que ser convidado, respondió el fraile; y comió de tan buena gana, que bien estaba uno viendo que el pobre sacerdote había ayunado a pan y agua los cuarenta días. Dejóse estar allí de digestión dos horas, durante las cuales no habló sino de sus dolencias físicas, la debilidad de su estómago, y aquella desgana que había de acabar por disolución completa de fuerzas. No ayune tanto, padre, dijo doña Garibay. Los pecados, señora, requieren algún descuento en hambre, necesidad y privaciones. ¿Qué fuera de nosotros si todo fuera irnos al pelo de la vida? Un ojo a la sartén y otro a la gata, señora Garibay. Las ocho; ¿no están dando las ocho? Me voy: mi chocolate me suele hacer dormir algunas veces; aun-

que las más las paso de claro en claro. Para no más de chocolate, no falta en casa respondió la señora. ¿De Soconusco? Tanto como eso no; pero sí de Popayán. Si es de Popayán, lo habré de tomar: ese no tiene aquellas partículas pecaminosas que hacen de los otros unos venenos para la castidad. Pusiéronle por delante uno como aguamiel que estaba rebosante en provocativa espuma. *Absit*, dijo el fraile: ¿no me hará daño? Si lo toma sin esta costra, respondió la señora, seguro es el cólico esta noche. Pues venga la costra, que yo no quiero un patatús sin confesión ni extremaunción. La costra era, si cabe, más reverenda que su paternidad: una como rodela repujada con dos aspas o aletas de pescado en la barriga; o más bien un Jorulló que había surgido en le horno esa mañana, pues tenía un enorme cráter relleno de manteca de vacas. Si hubiera habido allí una alondra mansa, de esas que picotean las migas, tuviera que hacerse una cruz en el pico: el capuchino las había juntado con la última prolijidad ahuecando la mano, y en un solo tiempo aventuró aquel puñadillo de harina dulce al palmo de boca que abriera de propósito. Fuéronle a la campanilla algunas chispas, tosió el fraile, volvió a toser, echó lágrimas, como perlas falsas, y estuvo en poco de entregar el alma al diablo. En lo que está la vida, señora Garibay: el enemigo lo hila muy delgado, y nos va cogiendo las vueltas. Yo que tengo un sermón para mañana, iba a quedarme muerto sin ton ni son. ¿Cómo es? ¿sin ton ni son, o sin son ni ton? Uno estudia estas cosas de chiquito, y las olvida con los años y la experiencia. “Ruega por nosotros pecadores”, estaba rumiando entre dientes el capuchino, cuando hubo amainado la tos: Taita padre, dijo una criada de su casa de alojamiento, llegando en ese punto; mama-señora que venga luego por allá. Debe ser para la consulta, respondió el fraile; y con una salutación macarrónica en latín, se fue cojín cojeando por la obscuridad de esas calles. *Pax huic domui*, exclamó al entrar: doña Garibay me ha servido allí tal runfla de puntos dudosos relativos a su conciencia, que no ha habido forma de salir. ¡Cómo salir? si la pobre señora por poco rinde el aliento, atragantándose un cuscurro de pan que se lo quiso tragar sin previa masticación. ¡Ay, pobrecita! dijo la señora: Garibay es así, tan atolondrada, que no conozco otra mujer. ¿Y queda fuera de peligro? Sana y buena, respondió el fraile; pero no fue cuscurro sino migas de costra. Buena cristiana; pidió confesión. Se le enfría el chocolate, padre; porque no le haga daño pasada la hora le hemos hecho llamar. Conque migas de costra: ¡qué mujer! Sí, sí; si paso de las ocho y media, sabe Dios la noche que me da el demonio. El enemigo es más listo que Cardona: si no es hoy será mañana: en esto no hay que hacernos los suecos, y hemos de pagar nuestro delito, porque del cuero salen las correas. Vivamos con el credo en la boca, hijas y señoras mías. Cada hora del tiempo es un tropezón de la vida: al pie de ella está el abismo llamándonos con voces de sirena: allí caemos, si no andamos la barba sobre el hombro. ¿El chocolate será pecado mortal o venial? Cuando es sin pan, respondió la señora, es mortal; con los adminículos correspondientes, no es sino venial. *Peccata minuta*, dijo el fraile; y en cuatro sorbos desmedidos dejó en seco esa laguna de Titicaca de chocolate. El choco-

late, señora Garibay. . . Garibay he dicho: soy un porro. El chocolate, señora Rosalía, dicen los enemigos de la Iglesia, es muy ocasionado a malos pensamientos y malas obras; por donde han venido a proscribirlo, por lo menos en teoría, de conventos y monasterios. Para mí esa toma es un lacticinio, por no decir de una vez un afrodisíaco. A todas las demás cosas cuadrarnos la boca los servidores del Señor, y nos vamos contra corriente por el raudal de tentaciones con que el mundo quisiera desustanciar nuestra alma, engordando su estuche, que es el cuerpo. ¿Cuál es mi celdita, señora, o por mejor decir, mi sepultura? Los siervos de Dios no tenemos cama, sino siete pies de tierra, por cuanto de día y de noche estamos muertos a los goces de la vida. Vuestra reverenda dormirá en el cuarto del jardín: ¿pero así, sin tomar nada, padre? *Absit*: mi cena son mis oraciones: yo como el dolor de mis cilicios, bebo la sangre de mis azotes. ¿Siquiera una agüita de toronjil, padre Melchor? Si no es más que eso, tomaré. Sea servida vuesa merced de mandármela con una chica a mi aposento. Agua tibia en estómago vacío, qué va a ser de mí, fue murmurando a la callada mientras salía. Y volviéndose de súbito: ¿El toronjil admite leche, señora Garibay? Volví a decir Garibay; erre que erre; ¿señora Rosalía? Rióse la señora para su capote, y contestó: ¿Por qué no, padre Melchor? Voy a mandarle también unas tostadas con mantequilla de Guamialamag. Dichosos ojos los que ven a ustedes, dijo el fraile saludándolas, cuando le fueron traídas puestas de largo a largo en una palangana: difuntos así, bien merecen entierro en barriga católica; y habiéndolas sepultado sin ceremonia ninguna, se quedó dormido de una pieza.

Otro día tomó la fresca para llegar a hora de misa al pueblo donde estaba arraigada su comunidad: llegó, en efecto, con más barbas que un zamarro, ojicomido y catilodoso, subió al púlpito de rondón, y predicó: “En la tempestad de ayer tarde han muerto un indio, cuatro mulas y dos vacas: “almas de cántaro! estas cosas suceden porque no ayunáis: *quia non ayunaris*, como dice San Edmundo. La comunidad matándose de hambre, porque no caigan rayos, y estos chagras imbéciles destruyendo nuestra obra con toda clase de golosinas. Papas enteras, para ellos; *cuis* asados, para ellos; *chara*, *charita*, *charota*, para ellos. ¿En nuestra ignorancia no llamamos *charita* la cebada fracasada y cocida ora con sal, ora con miel? ¡Brutos! ha de llover fuego, han de cargar los diablos con vosotros. La semana pasada no entró al convento vacona ni puercos gordos: se contentaron estos caras de caballo con dos borregos y seis gallinas, como si nosotros también no tuviéramos barriga. Hombres de mal vivir, largos como pelos de rata, el día llegará, y los muertos se levantarán, y allí me lo dirán los que piensan que la religión es cosa del otro jueves. ¿Para qué estoy hablando lengua castellana en presencia de estos *sebondos*? *Sebondos* es como si os dijera hotentotes, cafres o papúas, raza de indios de Pasto al Caquetá, sietecueros y tragaldabas. Largos como pelos de rata os he llamado: esto quiere decir mezquinos, miserables, ahorrativos, cicateros y cucañeros: vosotros sois, pues, largos como pelo de rata.

Los padres ruega que ruega por ellos, y ellos mátenlos de hambre. Ya han de estar andando por aquí los liberalitos... ¿No os hemos dicho que los liberales son masones? ¿y que los masones son herejes? ¿y que los herejes tienen pacto con el diablo? *cum diabolo pactatus sum*, dicen San Sebastián Alcantarilla”.

Por aquí siguió el orador hasta cuando las mujeres, enternecidas, soltaron la voz a llorar por sus culpas, y asordaron la iglesia, pidiendo perdón a Jesucristo y al santo padre que así sabía tocar en lo vivo. Ese día fue un terremoto: las viejas gritaban por las calles contra los masones; las muchachas juraban no casarse con radicales; las madres de familia daban en qué merecer a los mozos de sus hijos. “¡Ay, decía una ojo de breque, con liberal, jamás! ¡con liberal, jamás!” Ya lo creo... ¿qué liberal había de haber tan católico que se animase a semejante pescado de ocho días? Esas penitencias son buenas para santos como *el conde o padre Patricio*. Cuatro o seis jayanes convertidos no se vieron satisfechos sino cuando hubieron aliviado su conciencia con un papel público donde protestaban contra liberales y masones y juraban por la cruz en que fue sacrificado Nuestro Señor no pertenecer jamás a ese partido, sino al de los que guardan abstinencia de viandas en tómporas y vigílias, pero no de mujeres ajenas; al de los que pagan diezmos y primicias a la Iglesia de Dios amén, y despluman al prójimo a la vuelta de una esquina, y dejan en la calle a la viuda sin amparo; al de los que oyen misa cabizbajos, ojicerrados, y están pensando en el enredo con que se proponen desnudar al huérfano; al de los que confiesan y comulgan jueves y domingos, y se hartan lunes y martes de difamación y calumnia; al de los que acompañan al Santísimo con un farol en la mano, y acaban de matar al moribundo con una mirada llena de mala intención a la alcoba de su esposa; al de los que profesan hablar la verdad, y la ocultan o disfrazan por costumbre; al de los que blasonan de seguir la ley de Dios, y despedazan los mandamientos, y humillan las tablas que la contienen: a ese partido juraron pertenecer, urgidos por los frailes, esos rústicos desdichados cuyos ojos no salen del infierno. Un fraile de alma ilícita, es el demonio: los rayos habían caído, las vacas habían muerto, los padres estaban con hambre, todo a causa de don Juan Montalvo y sus doctrinas, a causa de él y sus prosélitos: ¡hay más que decir! Que en poblaciones donde la ignorancia tiene la sartén por el mango abusen de ella en esta forma esos misioneros de Satanás, pudiera admitir explicación; pero que en una capital, una ciudad de ochenta mil almas, donde se cree que la clase ilustrada es numerosa, den la ley y encaminen al pueblo pillos huídos quizá de La Carraca o de los pontones de El Ferrol, esto es lo que pudiera causar la muerte, si uno ahondara con el pensamiento ese abismo de miseria y falta de luces sin las cuales no hay vida civilizada. Hase visto en Quito un cabrón de Mendés subir al púlpito, quemarse las manos en un mechero, meter en la boca una vela encendida, probando con esto que la virtud de Dios obraba en él, gritar que en ese instante el diablo estaba andando suelto por la iglesia, y formar remolinos espantosos de plebe engañada y escarnecida. Y no ha habido policía que baje a ese pícaro del pes-

cuezo y le imponga un fuerte castigo corporal, ni gobierno que le mande con grillete a Guayaquil, a embarcarlo en el primer buque ballenero que parezca. Al mismo penitente embaidor se le había visto, cuando el terremoto de Imbabura, salir azotándose por las calles de Quito, y gritando que por las maldades y falta de devoción de la gente había ocurrido esa desgracia. Levantada ahí al punto una armazón de madera en la plaza de la Catedral de Quito, subió allá el arlequín, y desnudo por delante seis dedos abajo el ombligo, forrada la espalda con un cuero de vaca debajo de un tul negro, se dio cinco mil azotes, burlándose así de las cosas santas, del pueblo congregado, del siglo decimonono, del Gobierno, y hasta de Sancho Panza, quien, al fin y al cabo, se dio siquiera cinco buenos y pasaderos. En Bogotá, Caracas, Santiago, Lima, Buenos Aires, parecerán imposibles estas escenas de nefanda barbarie, que se han visto repetir mil veces en Quito en las mayores aflicciones públicas. Terremotos, lluvias de ceniza, cóleras furibundas de los volcanes, allí están los frailes gachupines a quemarse las manos en el púlpito, a morder cabos de vela, a ver al diablo con sus ojos, y decir que todo lo provocan y lo hacen los liberales. ¿Quién puede vivir en pueblo semejante? Los frailes con cristos por las calles, arrastrando a la gente a lo que les conviene, son espectáculos tan comunes allí que quien no tiene noticia de ellos no ha oído campanas. Predican, éstos, ¡y en qué lengua! Una casa de mancebía no es instituto más peligroso para la castidad de la esposa y la inocencia de la virgen. Todo lo dicen, y lo dicen como no lo dijeron soldados, de la manera más bestial que puede usar humana lengua. Ha llovido tierra, porque los herejes están andando impunes; ha hecho una erupción de fuego el Cotopaxi, porque fulano y fulana están viviendo amancebados; ha habido eclipse de sol, porque los padres no tienen que comer. Y ahí es que no es nada lo que omitimos por desfallecimiento de la pluma.

Estos bribones son hoy el partido, la fuerza de Ignacio Veintemilla. El clero nacional casi todo le es adverso; mas puede menos que estos caballos de brujas, que con nombre de descalzos y capuchinos, se han dilatado ya hasta las orillas del Carchi. El clero está, pues, dividido; y de aquí saco yo un argumento sin vuelta de hoja contra clérigos y clericales. Jesuítas y capuchinos están sosteniendo la religión en el Gobierno de Veintemilla: vicarios, canónigos y frailes nacionales tienen por perdida la religión, mandando Ignacio Veintemilla. Nunca han sido más sinceros estos hombres sin conciencia, sin caridad ni patriotismo.¹

¹"Dicen los papeles de España que en Marsella ha sido detenido el célebre cabecilla carlista don José Agramunt, conocido por cura de Flix. La prisión y proceso por los tribunales franceses están motivados en haberle sorprendido en flagrante delito de expedición de moneda falsa". (*La Estrella de Panamá* de 1º de enero de 1881).

De estos son los gachupines que han inundado el Ecuador desde el Macará hasta el Carchi. Si el cura de Flix consigue fugarse de las galeras de Marsella, vendrá a Quito a quemarse las manos en el púlpito y azotarse, desnudo hasta la gran pelvis.

Los pueblos de Barcelona, Valencia y Alicante se han levantado contra los capuchinos, y los han obligado a recbarcarse, el instante mismo que habían desembarcado. Esta noticia dan los periódicos de Barcelona, de los cuales la ha tomado el mismo número de *La Estrella*.

Sermones de capuchinos, descalzos y jesuitas, éstas son las escuelas del *ilustrado* Gobierno del general Veintemilla; *ilustrado*, según afirman los que no saben lo que es ese capuchino. En cuanto a planteles de educación, los superiores, como la Universidad de Quito, han corrido en manos de ese bárbaro la suerte que todos saben. Los de enseñanza primaria, casi todos son privados, costeados por los padres de familia que están viendo con horror el olvido hasta de la lectura y la escritura, si este régimen pasa adelante. La providencia más urgente de Ignacio sin Cartilla, tan luego como hubo triunfado, fue un decreto por el cual rebajaba a la mitad los sueldos de los institutores de uno y otro sexo; sueldos tan exigüos ya, que es vergüenza. Hallábame yo en Guayaquil: eché un rayo, y el Mudo, aterrado, se volvió atrás, porque su poder no tenía aún cimientos. Pero la restitución fue de pura política oficial; pues si hay empleados que no reciben el precio de su labor, son los de la instrucción pública. Y publica por la imprenta el capuchino que su Gobierno invierte en la instrucción popular más que los Estados Unidos.

En la Confederación Helvética no hay habitante mayor de siete años que no sepa leer y escribir perfectamente, contar, y aun hacer cálculos de aritmética superior. La plebe de Suiza es la más ilustrada de Europa: los suizos saben la geografía física, por lo menos del antiguo continente; la política, de las grandes naciones que los rodean: saben la historia nacional, y tienen nociones de la universal. Suizo a quien no se pueda tachar de crasa ignorancia como a un indio o un chagra de los nuestros, no hay. Y echad de ver que la libertad y la instrucción popular se dan la mano: el pueblo suizo es a un tiempo el más libre y el más ilustrado de Europa. Libertad sensata, la suya: libertad con ley imperante, legislador sabio, juez recto: libertad con buenas costumbres y virtudes: libertad con obediencia de la una parte, rectitud y moderación de la otra. ¿Cuándo tendremos nosotros ciudadanos austeros y útiles? Cuando tengamos escuelas donde la religión y la moral, escamondadas de pillerías, entren con las primeras letras en el corazón de los niños: cuando los hombres de buenas intenciones y de saber no sean el hito de la persecución: cuando el clero no se sirva de Dios ni de Jesucristo para sostener y perpetuar a los tiranos, y arruinar en la opinión de la mayoría inculta a los amigos de la libertad y el adelanto. Mientras un jesuitilla malicioso, chiquito, redondo y pícaro a las derechas suba al púlpito a excomulgar escritos que van enderezados al derribo de la tiranía, y tenga clarísimos oyentes que le oigan y le crean, no hay esperanza de remedio. Mientras un animal cubierto de cerda, tan burdo de alma como de cuerpo, sea poderoso a dirigir a la muchedumbre con su bestial palabra y sus embustes de trufaldín, el capuchino Ignacio Veintemilla será señor de vidas y haciendas, y *el conde Patricio* tendrá en su mano el frustrar cuantas revoluciones intenten los patriotas por el Norte.

Ilustrado, cosa rara; a ese le falta hasta la curiosidad maquinal de los salviajes. Chactas, siendo joven, pudo ilustrarse en Francia a fuerza de curiosidad, viéndolo todo, preguntándolo todo: Ignacio Veintemilla, en seis años que ha bebido y dormido en Europa, no conoce un museo, una biblioteca,

un monumento público. Obligado por dos ecuatorianos a ir al palacio del Louvre una ocasión, llevó su condescendencia hasta el vestíbulo: allí se plantó y dijo: Vayan ustedes; aquí los espero. Volvióse a la puerta, prendió un cigarró, repulgó la boca, y con un enorme hocico se estuvo allí va y viene, cual gendarme encargado de la custodia de ese barrio. La Virgen del niño, de Murillo, que está en una de las primeras salas; los cuadros de Poussin; los de Rubens, de que abunda ese depósito maravilloso de obras maestras, no existían para él. Las tres gracias, desnudas, le están saludando al extranjero con sonrisa de amor y vergüenza: si hubiera sabido ese garañón que allí a cuatro pasos, subiendo una escalera de mármol, estaban tres cuerpos de mujer, todo visible, de seguro que hubiera ido a comérselos con el furor de su concupiscencia. Todas tres están cabizbajas, como quienes ocultan con la vista los pechos sobresalientes; las caderas ostentan derrames suavísimos, por donde ruedan invisibles amores y placeres; las piernas, en diferentes posturas forman con la gorda pantorrilla una como cariatíde donde está entronizada la voluptuosidad. Este grupo divino, henchido de provocadora inocencia, es embeleso de la imaginación y el espíritu. Pues ni eso fue a ver el *ilustrado* Ignacio Veintemilla. De más buena gana oyerá yo relinchar a mi caballo, decía un rey bárbaro, después de haber oído a Ismenías, célebre músico, los sonos encantados de cuya flauta hacían llorar a las piedras y mataban de amor a las serpientes. Ignacio Veintemilla no fue jamás a la Opera italiana, el Teatro Lírico, el Concierto de Mozart; a ninguna parte donde sonara el arte de los dioses. Acuérdome haberle topado una vez en la calle de Rívoli: anduvimos juntos unos como cincuenta pasos, cuando se volvió y dijo: hasta luego, yo no voy por allá. Figuróseme que había columbrado hacia el jardín de las Tullerías algún rancio acreedor, como el zapatero Ségoire, y le dejé ir sin averiguación ninguna. Pues no era el zapatero, sino las bandas de la guardia de París que rompían ese instante en sublime estallido debajo de los viejos castaños del parque. La *Sinfonía militar* de Haydn fue una culebra para ese *sebondoy* estrafalario. ¡Y cómo apretaba el paso para ganar la calle Real y doblar a la Magdalena! La música le cogía, esa armoniosa tempestad le pisaba los talones. Averiguando yo después el motivo de prisa tan ridícula, respondió que, muerto su hermano Pepe, música, pintura, escultura, todo era muerto para él. ¿No me ve usted siempre de negro? Pero el café, pero el garito, pero el lupanar, vivos que vivos. ¡Pluguiera al cielo que el homenaje que rendía a la memoria de su hermano con huir de la música, lo hubiera rendido con un santo respeto a la virtud de la huérfana!

En Madrid no conoció siquiera la célebre Armería Real, ese cúmulo de armas famosas, que es un tesoro para el soldado. La espada de Bernardo del Carpio, la del Cid Campeador, la de San Fernando, conquistador de Sevilla, ¿qué son para uno que no sabe quiénes han sido éstos, ni cuándo han vivido, ni lo que han hecho? *Ilustrado*, un irracional sin noticia de ciencias, artes, instituciones, filosofía, moral, derecho público ni civil, político, ¡nada! La destrucción del Conservatorio de Quito, principiada por el animero don Antonio, la ha concluido el capuchino Veintemilla, repartiendo los valiosos ense-

res de esa fundación entre sus torpes admiradores. Puede verse en las Memorias de don Antonio la prueba de su proclividad y su ignorancia, concu- rriendo allí con su amor y sus amores. "La dicha Teresita se casaba, dice: yo tenía vela en ese entierro, como legítimo pretendiente de su hermana. En justos y creyentes, vuestro servidor no sabía bailar entonces; y quien no acier- ta a hacer un paso atrás en unas bodas, a las primeras de cambio, está dicen- do que aún no ha soltado el pelo de la dehesa. Cada vez que *mi recuerdo* se me ponen los pelos de punta: ¡ah mi buen Jesús, qué es ver un joven que no sabe de danza! La chica más aficionada al casorio se le pone de uñas, y el más pintado galán va a parar allá donde Cristo dio las tres voces. Pero yo, cuya sagacidad no tiene comparación, me guiño un ojo a mí mismo, voy, me encierro en mi cuarto, y en quince días de ejercicio solitario de esa gimnás- tica celestial, me tuve por tan enterado en ella, que Vestris, ni el famoso Marcelo pudieran mirarme sino a la hebilla del zapato. Que me tosan, que me tosan, estaba yo diciendo entre mí la noche del matrimonio. La Juanita Corpiño, la Rosa Mansisidor, la Gertrudis Bañuelo, estaban allí con todos sus alfileres. ¡Qué perejiles, padre San José, los de la vieja Cuarta Trabeliá- nica! Dándolas de muchacha la ojo de bigote, me estaba echando sus vista- zos torcidos que querían decir: "Aquí me tienes, amor". Que la tengan pe- rros a la vieja: el alimento de mi alma está allí en esa morena divina, cuyos grandes, negros ojos valen para mí más que dos cajetas de manjar blanco. Que baile Antonio, que baile Antonio, dijeron madre y abuela de la ya ca- sada y de la... por casar. Voy, me tiro de hinojos ante la sin par Cristoba- lina, me honra ella con su albedrío, salgo, bailo, me estoy desmayando de satisfacción, persuadido de que no había otra cosa que ver mi gracia consu- mada en el arte de Berecintia; cuando el canónigo Cuesta, mi tío, se me acerca y me dice callando: "Baila de veras, camueso, no es ésta ocasión de burlas".

¡Cuál sería mi bailado, exclama don Antonio, cuando a mi mismo tío le pareció cosa de chanza! Al otro día tomó maestro de baile, y dentro de seis meses cortos llegó a tal, según afirma, que sus gambetas y cabriolas obtu- vieron medalla de oro en la Exposición de Viena. Desde entonces todo ha sido aprovecharse de su elocuencia pedestre, sin que la gravedad anexa a un *presidente constitucional*, como él se llama hasta en la puerta de la iglesia, hubiera sido óbice al ejercicio de sus zancajos. Y tiene de raro don Antonio que no sabe bailar sin música: exige por lo menos un castrapuercos; esto le sobra muchas veces para levantarlo en alas de poesía e ilusiones. A falta de castrapuercos, bueno estima un piano: en este concepto, una noche que an- daba de chungu, mandó un piquete de ministriles al Conservatorio: con la orden escrita del presidente constitucional de la República, el director tuvo que rascarse pelo arriba, y dando al diablo la extravagante corrupción de aquel viejo prostituto, entregó el rey de sus pianos. El Conservatorio quedó herido: *el ilustrado* Ignacio de Veintemilla le ha dado el trampazo o último golpe, y muerto es el paraíso del espíritu.¹

¹Habiéndose hecho este cargo por la imprenta al indocto Borrero, los *borreguistas* fue-

Durante el *ilustrado* Gobierno de Veintemilla y Urbina no ha habido escuela ni colegio que no sirvan de cuartel. Pasando por la ciudad de Latacunga el viejo Zapote, preguntó hacia dónde quedaba el de niñas, y allá mandó la tropa: el inconcluso edificio retrocedió un año; los deterioros de la canalla de bayoneta son mortales. El colegio de San Gabriel en Quito, obra en la cual García Moreno había echado el resto de su furor de construir, fue presa de los milites de uno y otro sexo: mapas soberbios, esferas, utensilios de educación de todo linaje estaban rodando a los pies de esa muchedumbre destructora. Y yo vi en San Juan de Dios de Ambato llegar un batallón, echar a los niños de la casa-escuela sita en la Merced, y aposentarse en ella con caballos y todo. Cuando hubo salido esa legión de traviesos orangutanes, todo era ruinas: las hojas de las puertas estaban yendo y viniendo sobre una sola alcayata; las barandillas de las ventanas, torcidas; los pilares, quemados por las velas a que habían servido de candeleros; los pasamanos, leña de las voluntarias, quienes tenían sus fogones en los lugares más decentes y respetables; enormes estacas clavadas a viva fuerza en las paredes, las habían desconchado y resentido en todas direcciones; el cielo raso, cosido a bayonetazos y lanzazos; las piedras canteras de los terraplenes, caídas rodando por el patio. ¿Los humos serían tan brutales destructores como los *regeneradores* de Ignacio sin Cartilla y José María pilla-pilla? Primero que los niños pudiesen volver a su escuela, se pasaron tres meses, en tanto que el subdirector con mil trabajos hubiese podido remendar y rehacer el local vilipendiado. Esos son el *hombre atento*, el *gobierno ilustrado* de los juriconsultos de manga ancha que defienden a Dios y a la ventura. Si esto hacen en seco, ¿qué no harán en mojado los reyes de copas del Ecuador? Si las primeras letras, quiero decir, corren esta suerte, ¿cuál no será la de la instrucción superior, las artes liberales, las buenas artes? Había en Quito una escuela de escultura, regida por un profesor español de los estudiados en Roma. Por treinta pesos mensuales el pobre extranjero, a fuerza de necesidad y generosidad, enseñaba su noble arte. El diseño de la estatua de Sucre está ahí declarando en abono de González. Tan prolijo, tan puntual este europeo, que parecía no tener ocupación, si no era el adelantamiento de sus alumnos, *cholitos* que recién nacidos saben ya entallar sus Virgencitas y sus San Antonios de a cuatro reales. Pudiera muy bien haber sucedido que de allí salieran un Apolo de Belvedere, una Venus de Milo, un Gladiador moribundo de esos que ocupan en eterno silencio las galerías del Vaticano. De repente la escuela es suprimida, sin que tal nuestro español hubiera pensado. "Por deficiencia de rentas públicas", decía la nota cicatera; y al propio tiempo publicaban en el periódico oficial un superávit de setecientos mil pesos. Todo mentira, todo patraña en ese felón lleno de barbarie, esto es, "*el ilustrado general Ignacio de Veintemilla*".

Un día vi entrar a mi aposento una niña de diez a doce años: Señor don

ron por la desmentida: el director del Conservatorio respondió que todo era cierta, y que nada habían dicho los escritores.

Juan, dijo, estoy nombrada para el certamen: vengo a pedirle un favor. El que tú quieras, mi vida. Deme un discurso, como suyo. Serás servida, chica: desde mañana te vienes a ensayarlo. En tres días lo tenía, no en la memoria solamente, sino también en los ojos, la boca, las manos, el cuerpo: ¡tan declaradas eran su inteligencia y sus dotes oratorias! Guayaquileña de dos mil demonios, la sal no le podía faltar: Señor don Juan, señor don Juan, me dijo en vísperas del certamen, ¿no le digo al Mudo cara de caballo, siquiera al fin de mi discurso? ¡Loca! cómo le has de decir eso en un acto público a ese grande hombre. Cuando le veas pasar por debajo de tus balcones, dile cara de puerco, si te gusta. Fue el certamen, y la niña aplaudida que se venía abajo la casa, no por la letra, sino por el aire suyo y por sus negros, limpios ojos. El parrafito vedlo aquí:

“Señores: En este tiempo en que las mujeres están empeñadas por la adquisición de todos los derechos sociales y políticos, no será mucho si nosotras reclamamos siquiera el apoyo del Gobierno para la mediana educación que acostumbraban darnos en las repúblicas hispanoamericanas. El menosprecio o el descuido tocante a la cultura del sexo femenino, por fuerza refluye sobre los hombres, atrasándolos y volviéndolos toscos e ignorantes. Donde las mujeres son instruidas, los varones son sabios; donde ellas son honestas, ellos son pundonorosos; donde ellas son diligentes, ellos son activos y trabajadores: imposible es pulir y cultivar al uno, sin que la otra aproveche de las ventajas de la civilización: así es que ahora no nos estamos quejando de privilegios ni desigualdades en que nosotros lleváramos la peor parte; lamentámonos sí de esa bárbara indiferencia de todos por la educación de todos y de este paso tardo y ruin con que nos estamos quedando atrás de las naciones hermanas. Ni fomento, ni estímulo entre nosotros: un colegio es, por lo común, establecimiento que no alcanza la menor consideración, porque ahí está siempre para recibir soldados de tránsito haciendo de cuartel, si es tan dichoso que no lo conviertan en depósito de caballos. Una escuela, por la mayor parte, no está expuesta a servir de cuartel, porque felizmente es tan reducida, que gracias al cielo si pasa de tienda o de triste cuarto en un traspatio. Los Estados Unidos tienen presupuestos de instrucción primaria que juntos suman muchos millones de pesos fuertes: las escuelas de niños son grandes edificios, las de niñas son palacios, y todo es correspondiente a esta ilustre ostentación de riqueza y lujo materiales. Así es que los Estados Unidos, con ser que apenas nos llevan cuarenta años de ventaja, son una de las naciones más intruidas y felices de la tierra; son felices porque cumplen con sus deberes sociales y disfrutan de sus derechos en medio de la libertad y de las luces. A esta posición no llegan sino los pueblos que estudian y aprenden; la felicidad es imposible sin las virtudes, y la práctica de las virtudes es incompatible con la crasa ignorancia. Gobierno a cuyos ojos la escuela sea más que el cuartel, habrá dado en el punto de la dificultad: y si procura que sus obras sean conformes con su dictamen, las bendiciones de los pueblos le comunican alegría en lo presente y le prometen buena fama en lo futuro. No vamos tan adelante en nuestras exigencias, señores, que

nos pongamos ahora a reclamar el pleno ejercicio de los derechos políticos, como en mala hora están haciendo en Francia, Alemania y otras naciones ciertas mujeres de poco juicio; queremos solamente que la incuria de las municipalidades o la ojeriza de los gobiernos incultos no nos priven de los medios de instruirnos cual conviene a la vida modesta que llevamos en nuestros pueblos. Nosotras, en verdad, no queremos ser legisladoras, ni presidentas, ni ministros como esa loca André Leó que en París da conferencias de socialismo-hembra, y pide un sillón en el Cuerpo legislativo. No aspiramos siquiera a esas profesiones que, sin ser incompatibles con nuestras facultades intelectuales, no parecen con todo, cuadrar a nuestro sexo: una buena esposa vale más que un buen abogado, y una buena madre de familia más que un buen médico. Hay actualmente en la Unión Americana señoras recibidas de médicos, juristas, agrimensores: en la Universidad de Ohio, una señorita da con lucimiento lecciones de humanidades y crítica literaria: digo más, mujer hay que ha recibido las órdenes sacerdotales, y dice su buena misa o hace los oficios de su secta en un templo presbiteriano: testigo Olimpia Brown. Verdad es que el sacerdocio, en tiempos antiguos, estuvo en manos de las mujeres lo mismo que en las de los hombres: esas intérpretes entusiastas de la voluntad de los dioses, esas transmisoras inspiradas de sus órdenes en los templos de Delfos y Dodona daban la ley al mundo, eran sacerdotisas de Júpiter y Apolo. La sibila que presentó al rey de Roma los libros de la sabiduría eterna, sacerdotisa fue. Las vestales, esas puras vírgenes que guardaban el fuego sagrado, sacerdotisas. Pero como los dioses se fueron, fuéronse igualmente las costumbres paganas: hoy la mujer es sacerdotisa del hogar: para el altar, el hombre. Dicen que una buena señora llamada Juana ha ocupado la silla de San Pedro: los que combaten la jerarquía eclesiástica, y esa, digamos, santa genealogía o hilo celeste del papado, le designan con el nombre de la papisa Juana. Los canonistas combaten como invención sin fundamento ese alto sacerdocio femenino, y los católicos de buena ley no lo admiten como histórico. Nosotras no pensamos que algo pierdan las mujeres con que esa doña Juana no hubiese realmente ceñido sus sienes con la tiara pontificia: el honesto embozo de la anciana que lleva sus pasos a la iglesia, alumbrado el corazón con el fulgor de las virtudes, es más respetable que lo fuera una mujer en el trono de Hildebrando, ensoberbecida quizá con la grandeza de la Sede romana.

“No queremos, repito, ser electoras ni elegibles; diputados, ministros de la Corte Suprema ni otra cosa; mas enseñadnos por Dios a leer y escribir, contar y hacer cálculos: dadnos luces respecto de esta gran máquina del universo, qué cosa son los astros, de dónde nace la luz y lo que es el mundo mismo en que habitamos. La historia, señores, la historia es la enseñanza del porvenir: ignorar los tiempos pasados es no ser aptos para los venideros: hacednos saber algo respecto del género humano, las razas, las naciones; cómo han vivido, lo que han pensado y lo que han hecho. Si nada sabemos, ¿en dónde hemos de tomar ejemplares de virtud? Hubo en los tiempos santos una mujer llamada Rebeca: si todas la conociéramos, todas las amáramos, y

en amándola, ¿cuándo para ser malas? Hubo otra llamada Ester: Ester, la inocencia, la pureza misma; su tío Mardoqueo la instruye; habla ella, y tiembla Amán; habla y salva a su nación, porque Asuero ve la verdad en ella. Si Ester fuera nuestro paradigma, ¿hubiera una que no fuese santa? ¿hubiera una que no salvase a su nación con las virtudes?

“Un poco de historia; nociones de geografía física y política, conocimiento, siquiera en globo, de esa parte de las humanidades que hoy llaman literatura; tal cual arte femenina, como el dibujo, la música; una lengua extranjera, por lo menos; grande apego al hogar, y mucho amor a la sabiduría doméstica, imprimido o reforzado por la enseñanza, ésta es la educación que deseamos y pedimos”.

Pasando por la ciudad de San Juan de Dios de Ambato *el ilustrado* presidente de la República, declaró depuesto al director de estudios, por haber consentido en que semejante discurso se pronunciara en un acto solemne, y dijo: “Ya el infame no comerá de mi bolsillo”. ¿Qué decís, señores, qué decís? ¿es ilustrado, culto el hombre que usa estas maneras, y lleva a mal que tales cosas sean dichas en tales razones? Horacio Mann hubiera sido mártir en ese triste pueblo. Indiferencia por la instrucción popular, no fuera mucho: se la persigue y con furor. Cuando el viejo Pestalozzi bajaba del Jura apoyado en su bordón, los niños de Ginebra corrían a abrazarle las rodillas: ¿quién bajará del Pichincha diciendo: “Venid a mí los párvulos”, que no vaya a comerse su hambre y beberse su sed en un rincón oscuro!

OCTAVA

TANTO MONTA CORTAR COMO DESATAR

LOS PUEBLOS enunciados en el opúsculo anterior componen, según el mapa de Manier, la primera categoría, esto es, pueblos muy adelantados. Los cantones de Zurich y Lucerna son los más instruidos de la Confederación Helvética, sin que los de Berna y Vanz les vayan en zaga. En éstos de cien conscriptos no hay sitio sino tres que leen y escriben con perfección; los noventa y siete son verdaderos pendolistas en lo tocante a la pluma; y por lo que hace a la vocalización y el acento, el poeta Zorrilla no les echa el pie adelante en la lengua de Santa Teresa de Jesús. Ventura de la Vega y Zorrilla tienen gran nombre de lectores en España. Como hay treinta personas reunidas, en el ducado de Wurtemberg y otros países de Alemania, están ya obligados a tener escuela. En Dresde, capital de Sajonia, por donde uno va "siente inhalaciones de cultura", dice un ameno viajero hispanoamericano. Por cualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabía a contento y placer, dice Cervantes. El contento y placer que se derramaban por todos los ángulos de esa aldea, fruto eran de la inocencia, quietud del corazón, buenas costumbres y abundancia para las necesidades de la vida. Las inhalaciones de cultura de otra ciudad son efecto de la virtud de la inteligencia, que en roce con el estudio, da de sí un vapor invisible que baña el alma y la acrisola por medio de pacíficos y nobles transportes. La cultura es feliz estado del hombre que le tiene predispuesto a la felicidad del espíritu, con esas fruiciones íntimas que suelen mantenerle siempre despierto a las cosas grandes y profundas, para las cuales está durmiendo la ignorancia. En el ducado de Baden la instrucción primaria es uno como poder independiente de la Iglesia y el Estado, siendo, como es, derecho y deber de los padres de familia. Comisiones nombradas por éstos dirigen las escuelas y con muy buen éxito. En Baden, Badenbaden, Wiesbaden no hay niño que no las frecuente, ni hombre mayor que no parezca haber sido discípulo de aquel buen viejo Horacio, que saliendo de entre los párvulos con quienes ha vivido doce años, maestro de escuela humilde, se muestra de repente en el Congreso de los Estados Unidos, y con frente

erguida le hace temblar a Webster, el poderoso, el inexorable campeón de la esclavitud. En todos esos pueblos donde no hay varón ni mujer que no sepa leer y escribir, la enseñanza es obligatoria: ley benéfica, no sabemos por qué tan combatida por los clericales, quienes se precian de filántropos y propagadores. Propagadores ¿de qué? ¿de las luces? No sino de la fe. La enseñanza obligatoria quebranta la libertad, dicen. Las leyes todas quebrantan la libertad de los individuos; ¿en su provecho? ¿o en su daño? pregunto yo. Obligar a los padres a mandar sus hijos a la escuela es, ciertamente, esclavizarlos. Y ellos, los católicos, enemigos de la enseñanza obligatoria, ¿no supeditan a nadie cuando le excomulgan a uno y le mandan al infierno porque no paga diezmos y primicias? Los pueblos del Norte son conceptuados más serios y morales que los del Mediodía; si porque en ellos las pasiones son más dóciles al freno de la razón, o porque la instrucción los va guiando como lámpara bienhechora por las tortuosidades de la vida, no sé; pero es verdad de a folio que las luces generales sufragan por la moral, y que mientras más culta una República, menos tendremos que lamentar esos trasposos de las leyes divinas y humanas que llamamos pecados mortales y delitos.

Francia, quién lo creyera, no es de las naciones más adelantadas; en ésta, como en la Gran Bretaña, los conocimientos humanos se hallan tan sesgadamente distribuidos, que forman una alta aristocracia de sabiduría y una miserable plebe de ignorancia, ni más ni menos que las riquezas tienen dividida la asociación general en terratenientes poderosos y en hijos del terruño desvalidos. Nada ha prestado en Francia que Pascal, Nicole y otros varones de este fuste se hubiesen dedicado a la enseñanza de niños y jóvenes: los hombres de genio han absorbido los rayos del sol, y donde ha resplandecido un sabio, mil ignorantes le han estado afligiendo con su obscuridad alrededor. Ningún pueblo más rico en hombres eminentes: los ramos del saber, cuantos son ellos, han tenido sacerdotes profundos en sus misterios: ciencias, humanidades, filosofía, artes, oficios, Francia es la que los cultiva y lleva a mayor altura. Los sabios de Puerto-Real, a despecho de los jesuitas, salen con las primeras insignias en la larga procesión de filósofos que está cruzando por los tiempos modernos; la majestad de Luis XIV recibe luz de los grandes plebeyos que ennoblecen su reinado; Corneille, bueno para príncipe, según Napoleón; Racine, Molière, rodeado de las Musas invisibles; La Bruyère, La Rochefoucauld, moralistas insignes; San Simón, Sevigné, aunque aristócratas, escritores de primera línea. Después de aquel gran monarca vienen los del siglo XVIII; y, digan lo que quieran los papistas, esos varones perillustres le dan un gran empuje al género humano; aun cuando no sea sino con la Revolución francesa, provocada por ellos.

No soy amigo de Voltaire; antes me disgusta ese *rietus* espantoso que le aterraba a de Maistre. "Falsa deidad del siglo XVIII, que nada sabe, nada dice y nada puede", llama al dios de Ferney el citado de Maistre en las veladas de San Petersburgo. Si nada sabe, nada dice y nada puede, es camasquinque que no merece sino el desdén de los que saben, dicen y pueden mucho; ¿por qué entonces ese alzamiento universal contra ese viejo de *frente hundida* que está

agazapado por ahí en un rincón entre dos naciones? Las cruzadas no fueron ni más numerosas, ni más coléricas que las algaradas de los católicos contra el escarabajo de de Maistre, que nada sabe, nada dice y nada puede. El viejo mágico sale de su caverna, y moviendo cien brazos, como el gigante Briareo, los muele a todos. Pero ahí está su busto en la Ermita para que vayan a vengarse los aporreados, leyendo la tontera en esa *frente hundida*, y la condenación eterna en esos ojos sin luz.

Víctor Hugo ha tenido autos últimamente con obispos de rumbo sobre Francisco María Arouet. ¿Sabéis quién es ese Francisco María? Es un pillastre que estudió en el colegio de Louis le Grand bajo la dirección de los jesuitas. ¡Pues digamos que no prometía el niño! Las menciones honrosas que alcanzó, y las medallas que obtuvo, y las alegrías que causó a sus maestros, no son para numeradas; y ese bribonzuelo que estaba criándose para ser un Hildebrando, sale de repente, y asorda el mundo con esta voz: ¡Yo soy Voltaire! Este no tardó tanto como el susodicho poeta en abrir los ojos a la luz; abriólos tempranito, y alzado sobre la punta de los pies, usurpó la estatura del varón cabal desde muchacho, y pareció un monstruo, cuando apenas acababa de ser el chico Francisco María. Víctor Hugo no: a los cuarenta años de edad, aún no abría los ojos; ¿y sabéis por qué? Porque, habiendo sido educado por un clérigo, no podía abrirlos sino tarde y con esfuerzos. ¡Teneos, oh, teneos! yo no digo esto; él lo dice. Si el caso fuera menos grave, yo no le dijera a la legión de católicos que ya se viene encima, sino: *Envaine osté*, seor Carranza. Pues lejos de salir por el chiquillo de Louis le Grand y el viejo de Ferney, soy el primero en notar esa *frente hundida*, donde no puede aposentarse la inteligencia; ese pecho ahuecado, que no ofrece lugar para la verdad del corazón; esos ojos de resplandor siniestro, que todo están metiendo fuego al mundo; esa sonrisa del demonio, que todo lo hiela y envenena; esa mano descarnada, que parece garra del infierno. El conde José de Maistre está contento de mí: en otras veladas que pase en San Petersburgo, tendré la gloria de sentarme entre él y el senador, y juntos le daremos en qué merecer al palaciego del rey de Prusia.

Iba yo a decir que el ilustrísimo obispo de Orleáns, a quien le sea la tierra ligera, le dirigió no ha mucho una epístola al poeta Víctor Hugo; *Sanctus Deus! sanctus Deus!* ¡qué no le dijo el padre al pobre viejo Víctor! Pues le dijo las verdades del barquero, y le puso como sotana de cura de aldea, sacándole a relucir los arandelas y argamandales de su vida. Hasta murciélago recién salido del ratón le dijo el ilustrísimo señor al bardo octogenario, cuya culpa fue haber ido a pronunciar una oración fúnebre en la fiesta del centenario de Voltaire. Es el caso que el poeta ha sido enemigo de este filósofo sus cuarenta primeros años, y no se ha estado sin decir chus ni mus respecto del muy pícaro: ¿qué? si Voltaire, según don Víctor joven, ha sido el corruptor del género humano, el alma del diablo, que por permisión del Altísimo había tomado forma de mortal para tentar y perder a los hombres. Su ilustrísima, que tenía buena memoria, no echó en olvido tan excelente cooperación; cuando el poeta hubo llamado a Voltaire una cosa como bienhechor del gé-

nero humano, he allí a nuestro obispo que le sale al paso, y le mete la contradicción por los ojos. El poeta, con mucha cólera, responde: Caballero, habéis cometido una imprudencia: ¿se os olvida por ventura que me educó un eclesiástico, y que por lo mismo he debido tardar mucho en abrir los ojos a la luz? Tapaboca más católico no se ha dado desde que Dios es Cristo. ¿De dónde había de imaginar el digno prelado que el señor Hugo había de salir por ese registro? Esto se llama cachifollar a uno y mandarle punto en boca adonde no le entren las moscas. Si el viejo ladino tira por otra parte, de seguro que el revolcón que le quería dar el santo obispo hubiera sido de capa de coro; pero él, conociendo su defecto de armadura, se echó allí un parche de franqueza y verdad amasada con un tanto de grosería, y el proyectil, rechazado por esa dura materia, fue a herir de rebote en el pecho del Febo de la Iglesia.

¿Qué comezón será ésta que todos tenemos de llamarle viejo al que tiene la desgracia de haber nacido un año antes que nosotros? No hay satisfacción como la de tratarle de viejo a uno que nos hace sentir con razón o sin ella: salvo el derecho de irnos a las manos y arrancarle la lengua al que a su vez nos denigra con ese defecto de leso mundo. No hay cosa más amarga que oírse llamar viejo; pero no hay cosa más dulce que llamarle viejo a otro. Cuando mis enemigos me dan lugar a ponerles peluca, soy el hombre dichoso de la tierra. ¡Qué fruición interior ésta de llamarle calvo a un tonto y echarle pasadores respecto de sus navidades y su pantalón antiguo, y sus dientes postizos, y su peluca! Pues el ilustrísimo obispo de Orleáns, que adolecía de esta flaqueza tanto como cualquier hijo de vecino, le llamó viejo a Víctor Hugo; y no así como quiera, sino viejo, reviejo, viejísimo; y como no se contentó con una vez, ni con dos, sino que le estuvo recordando su edad desde la Cruz, hasta la fecha, el señor don Víctor, por su parte, no pudo resistir a la provocación y respondió que su larga vida había sido bien vivida, con honra y en servicio de la patria; y no como *otros jóvenes* menores que él con cuatro años, que mientras morían en las calles de París diez mil franceses por orden del hombre del 2 de diciembre, ellos estaban comiendo carne y bebiendo vino *imperial* en un palacio. Cuando poeta se enoja, cosa mala es: Dios me guarde de hacerle tús tús a un Víctor Hugo, ni aun cuando éste sea hombre de ochenta años.

En una de las comedias de Moratín, *La Mojigata*, me parece, hay un don Jerónimo, que es el Esgaranello de Molière; y un don Manuel, que es el Aristo. Aristo, el cuerdo, bueno, hábil en las cosas de la vida: Esgaranello, el refunfuñón, egoísta, cauteloso. Don Jerónimo y don Manuel son hermanos, casados por la gracia de Dios, con dos hermanas. Al prudente, el hábil, no se le llueve la casa: condescendencia razonable, libertad medida, estimación y cariño realizados por la dignidad, vuelven de su esposa una de éstas que todo hombre amigo de su propio bien apetece y busca desaladamente. El cauteloso, el desconfiado encierra a su mujer como un turco, la cela como un moro, brama e importuna de día y de noche. No contento con oprimir a su mujer, oprime también a su hermano; don Manuel es mayor que él con dos años;

viejo por aquí, viejo por allí; viejo tonto, viejo bruto; a su edad, paseos, convites, bailes, la loca de su mujer adelante. Teatros jueves y domingo; tertulias, visitas; ¿en qué ha de parar? Naturalmente la buena pécora de la Leonorcica se ha de ir con el primer tuno que parezca; y todo por causa de su propio cónyuge. El viejo desvanecido, a su edad, está cogiendo la flor de la vida, sin aprender de su hermano el modo de vivir, el arte del casado. Ah, viejo, viejo majadero; ya verá lo que le sucede. Tan viejo soy, Jerónimo, que te llevo con dos años: quiera el cielo que tu juventud y tu sabiduría no sean fuentes donde bebas amarguras. . . Dicho y hecho: el día menos pensado se fue la cautiva con un fraile, o sería militar, que esto no se me acuerda. El joven se quedó pelando las barbas; y el viejo, el prudente viejo, no riéndose de su pobre hermano, sino compadeciendo su suerte, y dando gracias a Dios de la suya propia, que era buena, pues la *Leonorcica*, llena de estimación por su esposo, se llenó ella misma de virtud y buenas intenciones. El ilustrísimo Dupanloup fue el don Jerónimo desotra comedia; Víctor Hugo el don Manuel aunque irritado: al joven se le subió el santo al cielo, al viejo le es fiel su gran esposa, la fama universal. Entre Esgaranello y Aristo, amigos míos, quedaos al más cuerdo, aun cuando tenga dos años más que vosotros, y sea *viejo desvanecido*.

Voltaire. . . No le hemos de aflojar al anciano de Farney sin sacar algún provecho para nosotros. Los que censuran las Catilinarías a tanto por línea, dicen que esos *retratos personales son indebidos* e inusitados en las buenas letras: los autores que saben poner las cosas en su punto no andan buscando a moco de candil *cogotes que parecen cerviguillo de toro padre*, ni *ojos de besugo*, ni *orejas que sirven de taragallo*. En cuanto a los pies, puede uno tenerlos como de banco, sin que este privilegio de la naturaleza sea contra la honra ni la felicidad del individuo. Marco Tulio Cicerón no sabía poner las cosas en su punto, cuando desde el *rostrum* o púlpito gentil le llamaba "cotudo" a Craso; y no tampoco así como quiera, sino pesando de abajo para arriba en ambas manos los lamparones con que la suerte adversa le favoreciera a ese famoso rico de su tiempo. El coto, nos parece, salvo error, no es defecto del alma, ni tacha sobre la conducta política de nadie. Pues el más grande orador de Roma le dijo "cotudo" en la tribuna al imprudente que le estaba molestando con tomarle en fantásticas contradicciones. Si esta autoridad no es válida, por antigua y precatólica, el señor conde don José acude en mi favor y me pone en cobro de la mala crítica. "Id, dice, contemplad esa cabeza en el palacio de la Ermita; en esa cara está escrito el anatema de Dios; la frente abyecta nunca enrojecida por el pudor; los ojos apagados, que todavía parecen chispear de odio y lujuria. La boca. . . digo mal, ese *victus* espantoso que corre de oreja a oreja; esos labios comprimidos por la malicia, siempre prontos a desatarse en sarcasmos y blasfemias; oh, no me habléis de este hombre".

¡Pobre Pachito! y lo peor es que se burlan de él negando en sus barbas la verdad fundamental de que cada palo debe aguantar su vela. Tras que le

llama bocón el conde don José, sostiene que no lo ha dicho él. Oh, dice, no me habléis de este hombre. ¿Pues quién le ha cogido sobre ojo y le está bebiendo la sangre con la lengua? Ya veis que los *ojos apagados* de ese sátiro están chispeando de lujuria. Esta lujuria debe ser la tumba, yerta y repulsiva, simbolizada por los gusanos. Ojos apagados donde está chispeando la lujuria. . . *Aliquando bonus dormitat Homerus*. Atrevidillo es el semibárbaro, dirá por ventura cualquier europeo que por casualidad deje caer la vista en estas paginillas. ¡Venirle a poner el dedo en las mataduras a todo un conde José de Maistre! No señor, no soy yo quien tal ha hecho. ¿Pues quién, seo levoso? ¡Yo qué diablos sé! No sé sino que el dicho conde le había medido la boca a Voltaire, y tras prolijas operaciones trigonométricas vino en conocimiento de que ella era tan ancha como la entrada de la cueva de Montecinos. Craso fue cotudo para Cicerón, Francisco María Arouet pudiera compararse con la de estos varones ínclitos, Ignacio Veintemilla sería patón para mí. Las sublimes bajezas de la elocuencia son como las *bajezas sublimes* del cristianismo: preciso es ser un Cicerón o un San Pablo para descender a ellas elevándose más y más a los ojos del mundo. Todo está en saberlas tañer; el que las sabe las tañe, dice por ahí una sentencia popular: cuando yo sepa tañerlas, veré si acometo a llamarle cara de caballo a mi amigo el general Ignacio de los Palotes; hasta cuando esto sucede, delíneen a este grave romano los que entienden más de sombras y coloridos.

“General, le dice un día un granadino de campanillas, topándole en la calle, ¡qué gordura es esta! ¿será cosa de enfermedad?”

“Sí, sí: acaba otro de decírmelo”.

“En serio, general: usted debe hacer mucho ejercicio: estas carnes no son naturales”.

“Estoy en ello; me han hecho ya esta advertencia”.

“Vamos, señor don Ignacio, repare usted en su persona: esa cara. . .”.

“Es de lo mucho que como: ya me lo han dicho”.

“Esa sangre. . .”.

“Es de lo mucho que bebo”.

“Parece que tiene usted dificultad en dar los pasos”.

“¿Y cómo no? si estoy hinchado. ¿No ve usted, doctor, que bebo ocho botellas de vino por día?”.

“Hablo formalmente, general: es preciso curarse”.

“Otro lo ha dicho ya, doctor”.

“El vientre me parece que amenaza con. . .”.

“Con una reventazón, sí, señor: acaban por ahí de decírmelo”.

“El cuello. . .”.

“Sí, sí: el cuello se me está acortando, se me está metiendo en los hombros. Si no me lo cortan con tiempo, acabaré por apoplejía”.

“No digo eso, general; pero, en fin, su salud es preciosa”.

“Estoy hidrópico; sí: otro lo ha dicho antes que usted”.

“Los ojos. . .”.

“Los ojos de besugo están hundidos, sí”.

“La nariz. . .”.

“Sí, sí, la nariz. . . la nariz, sí: ya sé lo que usted quiere darme a entender”.

“La boca, general. . .”.

“La boca. . . inflamada, ¿no es verdad? Los labios, morados; los dientes, amarillos, mi doctor; sí, sí”.

“Echo de ver que las manos. . .”.

“Sí, las manos; parece cada cual pulpa de res fresca; gorda, trémula, torpe. Ya lo han dicho. Y de los pies ¿no me pide usted noticia, mi doctor? Pues sepa que son cuadrados de la hipotenusa”.

Y con esto pasa adelante el presidente de la República, dejándole absorto al médico granadino. Va éste, cuenta por ahí la aventura a un compatriota suyo, maravillándose de la ironía de su excelencia: Qué ha hecho usted, don Cayetano, se oye responder; si le ha ido usted a echar el agraz en el ojo, o digamos las Catilinarías en la cara. Oír Catilinarías el doctor, correr en busca de ellas, leerlas de un tirón, y quedar abismado de la coincidencia, todo fue cosa de una noche. Ignacio *de* Veintemilla no dirá, por lo menos, que no le proporcione algún descuento de sus amarguras: entrar en un opúsculo de los míos junto con Craso el cotudo y Voltaire el bocón, no es moco de pavo. El mismo, él, me brinda con un venero de imágenes y decires, que si fueran de Cervantes fueran la sal del mundo. Ha dado fiestas de toros en estos días a los penitentes de Quito: vestido de rey el pobre hombre, a semejanza de los indios que dan comedias en la fiesta de los magos, de pie sobre su excelso palco, se ha hecho oír de esta manera:

“¡Soldados! mis enemigos son tan chiquitos, tan chiquitos, que todos ellos amasados no alcanzan componer uno de mis pies”.

Ya lo creo: para que sus enemigos pudiesen componer uno de sus pies, sería preciso los amasasen con polvos de rosas y aceite de ungit reyes encantados. Virgilio es, dicen, el autor más casto, pulcro y decoroso de la antigüedad: conceptos maliciosos, nunca en sus exámetros; palabras vulgares, nunca en sus labios; todo puro, todo culto; aunque a mí se me trasluce que la pobre Elisa es arrastrada por ahí a una gruta, mientras sus vasallos andan en la batida, y víctima o poco menos, del atrevido hijo de Anquises. Delicada será la expresión que nos descubre esa maldad del cariño: el concepto adolece de malicia, tanto como una estrofa de Anacreonte. En buena hora se me acuerda en esta página esa virtud de Virgilio, y el encarecimiento que de su limpieza hacen los autores; que de no, pudiera yo haber flaqueado, y en vez de polvos de rosas y aceite de ungit reyes encantados, haber dicho unguento de Holloway y asafétida.

“¡Soldados! con razón decía el romano Jeremías Bentham, llegaos a los soldados, y tendrás todo”.

Que comer, que beber, que jugar, todo: espuelas y estriberas de oro macizo, con el siete por mil sobre los predios rústicos, en vez del uno que hasta hoy habían pagado los mogoles del Ecuador. Y lo dice Jeremías Bentham.

“¡Soldados! yo confío en tus bayonetas; tées confiaos en mi espada”.

Tées, plural de ti. Gracias a Dios que la gramática va a ser reformada.

¿Para qué necesitamos el *vosotros* en adelante? Si en Santafé de Bogotá, ciudad cultísima, hay poetas que dicen *ereis* en vez de *sois*, nadie tendrá por encarecimiento y modo de capear a un gran señor esto de poner en sus labios *ties* por *vosotros*: en Quito, en las cumbres de donde parte el rayo, se pueden oír y se oyen, cosas mejores.

“¡Soldados! mi espada he dicho, esta espada que se hundirá en el abismo, antes que volverse contra mis comilitones”.

En esto andábamos también fuera de camino. Había sido comilitones y no conmlitones.

“¡Soldados! los cuatro insignificantes que se llaman enemigos míos, vendrían a besarme los pies, si yo les ofreciéramos amplexos”.

Los pies, no, por Dios, señor don Ignacio: en ese caso la boca. ¿Por qué quiere usted matarnos por las narices?

“¡Soldados! ¿hais oído que a los valientes les llaman hombres de pelo en pecho? Sabeos que yo tengo no pelo solamente, sino cerdas, y muy largas”.

Convenido; sino que lo de atrás pasa adelante su excelencia.

“¡Soldados! mis enemigos piensan que soy algún orejón como ellos: los he fregar”.

¿Cuál es más, esta arenga cívica o el sermón del padre capuchino? Y con su pelo y con su lana, ¿quién lo creyera sino los que le han oído? “A cada rato salía a dar un paseo en la galería de su tablado, nos cuenta un colombiano que tuvo la fortuna de verle; así han de haber sido Manco Cápac y Moctezuma”. Pangiél Urcon, embajador de Birmania, cuando se paseaba con su séquito en la Exposición Universal de París, no era menos interesante que el general Ignacio de Veintemilla en su tablado de toros en medio de su numerosa *bebitiva*: ¿hasta cuándo ha ser ser comitiva?

“La reputación literaria de Montalvo está muy expuesta”, ha dicho un viejo troglodita, habiendo leído el retrato del *chagra* en la primera Catilinaria. ¿Qué será de mí, ay de mí, con el retrato del presidente? Ese bosquejo ha sido reproducido en periódicos y revistas de tomo y lomo, *La Patria* de Bogotá, verbigracia; y sobre ese bosquejo, en especial, he recibido cartas en las cuales anda el *chagra* hombro a hombro, con los personajes de La Bruyère.¹ Mi reputación está muy expuesta con los siete pecados capitales de la segunda Catilinaria. . . Muy expuestos a irse a los infiernos están los bribones que no llevan a mal que uno los cometa cada día sino que otro los fiscalice y haga por refrenar a los malvados. ¿El inocentón que iba a proponer a la Academia Española (no sé si ha sido propuesto) adopte para su lengua las interjecciones del quichua, posee realmente el caudal de buen juicio y buen gusto necesarios para amenazar con el descrédito al autor de las Catilinas? *La Estrella de Panamá*, *El Pueblo Chileno* y otros periódicos las han reproducido

¹El retrato de Veintemilla está trazado de *main de matire* y vale un Potosí; dudo al propio tiempo, de que en sus famosos retratos La Bruyère haya escrito nada mejor que las dos escasas páginas que usted dedica al *chagra*. — JOSÉ CARLOS MANÓ.

íntegras, como *modelos de literatura*, dicen en la introducción; y he allí que un pelele, alto, sobre sus zuecos, le amenaza al dueño de ellas con el descrédito literario. Autor de hacha y capellina, Cantú de segunda mesa, no tiene asiento en el banquete de los escritores, ni voz ni voto en el hecho de composiciones que están fuera de sus alcances intelectuales. Si yo tratara de proponer a la Academia Española el *achachay* de los indios para su diccionario, pudiera correr peligro de que me tosesen don Juan Valera y me riesen don Manuel de la Revilla; pero si Dios me ayuda, y mis retratos son copiados por artistas hábiles y muchos, ¿cómo he de estar expuesto a perder mi reputación? *Achachay*. . . ciertamente, los españoles no tienen manera de expresar sus sensaciones físicas, ni saben cómo han de decir que tienen frío: si no dicen *achachay*, se han de morir entumidos sin siquiera el desahogo de la queja. Por vía de calentarse, y a modo de comprar frazada deben aprender a decir *achachay*, que así lo desea un filólogo de tres al cuarto. Los indios cuando les duele la barriga, dicen *ananay* el protector: del quichua está admirado de la bobería de los chapetones que no dicen también *ananay* cuando les queja el achaque de los indios. Fray Luis de León fue un porro, cuando ni dijo *ananay* en sus odas ni una sola vez; y Rodrigo Caro no supo de la misa la media, cuando puso:

*Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.*

Debió haber dicho:

*Estos, Fabio, ananay, que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa;*

y el zahorí de las buenas letras estuviera contento; aunque no del todo; pues mientras no le digan *atatay* los que tienen asco de una porquería, como las que abrigan en el pecho los malsines envidiosos, no ha de tener por fija la lengua castellana. Bien pues: ya hemos hecho la preciosa adquisición del *achachay* para el frío, el *ananay* para el dolor, el *atatay* para el asco; ¿qué nos da el académico de la Argamasilla para el ardor? Este Quisquis de la literatura no se detiene en barras: si se quemó usted la mano con lacre o agua hirviendo, ¿qué más hubo sino decir *arrarray*? Diga usted *arrarray*, y écheles la puerta afuera a Quevedo y Tirso de Molina, quienes acostumbraban decir cuando se quemaban. ¡Oxte! ¡oxte puto! Tan amigo es el historiador indiano de las cosas que principian por ox, que él mismo está en poco de decidirse por el oxte; por el oxte puto, con más gana; y en Dios y en conciencia devuelve a sus legítimos y únicos poseedores el *arrarray*, o la *arrarray*, interjección, tan entera como la madre que le parió. Si algo hubiera en este lugar de perteneciente al *Syllabus* o al *Indice*, allá con Miguel de Cervantes.

Sin recta derivación no hay neologismo razonable: los orígenes de la lengua de Castilla son las sabias, esos difuntos majestuosos que yacen largo a largo en las ruinas de Atenas y Roma, dando desde el sepulcro la ley de la cultura a las naciones. Del hebreo mismo tomaron muy poco los fundadores de nuestro idioma; del árabe, algo más; pero aun ésta es lengua sabia y reconocida como una de las fuentes de la española. Ir a buscar términos cerriles de lenguas bárbaras para exornación a una de las más pulidas y sonoras de los tiempos modernos, es delirio de insensatos o majadería de tontos. Y éstos son los que se proclaman ellos mismos jueces de las buenas letras, y precisores de infortunios literarios.

“Ya molestan tantos insultos”. ¿Y quién le obliga a *maese Pedro* a leellos, poniéndole entre la espada y la pared? Tras el que parece insulto, el lector contemplativo y de buena fe no descubre sino el crimen acosado, el vicio escarnecido, la moral triunfante, las leyes divinas y humanas puestas en cobro y adoradas por su belleza y santidad. La ironía delicada es para culpables delicados: Alcides se va tras Caco, y alcanzándole, no le da a entender con finos circunloquios que es ladrón; levanta su clava y le fracasa el cráneo. Para un malhechor ordinario, más que ordinario, bestial; masa enorme de carne de la cual el demonio ha exprimido a toda fuerza la inteligencia y la virtud conjuntas con el género humano; sería fuera de tiempo y lugar la sal ática con que el dulce Andócides pudiera zaherir al brillante Alcibíades. Yo también si las hubiera con Napoleón el Grande, procurara gastar la pimienta de Horacio: para irme sobre jayanes y ladrones, el lenguaje de Teseo. Tácito y Suetonio deben *molestarlos* a los lectores remirados con *tantos insultos*, cuando tratan de Tiberio, de Nerón; ¿mas no saben *los historiadores de escalera abajo* que los príncipes de la historia no le han perdonado ni los *scelleri* o posturas infames al hijo de Livia, ni su matrimonio con Sporo al hijo de Agripina? El rostro lleno de excrecencias, el cuerpo largo y echado para delante de ese horrible tirano, son insultos que suenan mal a los oídos de los varones superfinos de nuestro tiempo. Tácito no lo pensaba así, y le seguía al monstruo hasta dentro de la cama para verle los tubérculos secretos y las llagas ocultas con que el enemigo de sus semejantes vivía padeciendo debajo del poder de las deidades propicias a los hombres. La murmuración individual no es sino el contingente que cada ruín pone en la derrama general de infames para perseguir al azote de crímenes y vicios, y traer a menos, si es posible, a los que ellos temen por rectos e inexorables.

Caco huía de Hércules: yo soy menos temible que este héroe; Ignacio Veintemilla no huye de mí; antes me sale al paso, me espera a la vuelta de la calle, y me descamina a cada rato. Por ahora don Antonio está andando más advertido; tiene cuenta con no llegárame, y si pasa, es de puntillas, todo encogido para que yo no le oiga ni le vea. ¡Pobre don Antonio! qué gana tengo de hacerle la mamola en esa cara de ténporas y vigiliás, viacrucis por donde malicia y tontera se han dado catorce revolcones. Ibamos tratando de la instrucción popular en Francia. Voltaire y sus enciclopedistas en contrapo-

sición con el pueblo cuya tercera parte no sabe leer ni escribir, vinieron citados para mí como pruebas del repartimiento desigual e injusto de las luces. Unos que saben todo y otros que todo ignoran, componen una de las naciones más ilustres de la tierra. En la patria de Bossuet, Fenelón, Boileau, hay personas, y en gran número, que no aciertan a poner sus nombres. Los últimos años, de cien parejas que se llegaron al corregimiento a casarse ante el juez civil, no pudieron firmar su contrato de matrimonio sino treinta y cuatro. La desproporción es horrible. En la Confederación Helvética, según que lo hemos visto, habría tres que lo firmasen de modo imperfecto; que no lo firmen de ninguna manera, ni un solo. Entre los soldados, 16 por ciento no saben leer ni escribir: la orden del día del coronel alemán a su batallón no cabe en la ilustrada Francia; pues el buen jefe se expondría a escarnecer y volver despreciable todo su cuerpo de tropas. La ignorancia entre las mujeres es mucho mayor que entre los varones en Francia; y tan infeliz la suerte de ellas, que, en ciertas provincias, como las mencionadas por Aimé Martín, la mujer, uncida con el burro, está arando de cinco a cinco. Michelet, en su libro titulado *La femme*, corrobora la triste noticia del de la *Educación de las madres*. Michelet dice lo propio, que en Francia, en pleno siglo XIX, la mujer campesina, uncida con el asno, rinde su tarea en ocho o diez horas. Las lamentaciones de este ilustre autor parten el corazón, como dicen. ¿Los que nos llaman bárbaros a los sudamericanos hallarían en nuestras haciendas una *chagra*, una india que corriese tan triste suerte? La marquesa de Sevigné, la condesa de Grignan, sabias como son y maestras en la pluma, admirarían la ignorancia de sus compatriotas; mujeres piadosas como la señora de Chantal, se caerían muertas de dolor al ver una criatura de su sexo puesta allí en lugar de buey. ¿Y el hombre que empuña la esteva y va arreando la yunta, tiene el valor de usar de la ajada contra su mujer? ¿La punza, la hiere cuando roncea la infeliz porque no puede más? Los turcos tienen suntuosos hospitales para los perros; los hombres mueren en extramuros de las ciudades, sin que nadie se detenga a mirarlos: lord Byron vio un cadáver humano en una calle atrasada de Constantinopla, y cuenta con horrenda precisión cómo el pelo del muerto se enredaba en los dientes de los canes que le estaban royendo el cráneo. En Francia se han fundado sociedades cuyo fin es proteger a los animales contra la brutalidad de los arrieros, y allí está la mujer del campo sin que nadie se acuerde de ella. Digo mal, nadie: Aimé Martín, Michelet y otros impíos excomulgados por los clérigos católicos, llevan sus pasos por esos lugares de dolor, desentrañan esos secretos, y con santa cólera refrenada por las lágrimas, sacuden esos trapos asquerosos de la sociedad moderna a los ojos del mundo espantado de su propia barbarie.

Yo vi, siendo muchacho, en una hacienda de Imbabura adonde había ido por recreo, un espectáculo que hubiera hecho de mí un Horacio Mann, un Carlos Sumner, si la esclavitud no hubiera sido abolida antes que yo fuera hombre. Era un trapiche: Entrando adonde molían la caña, quedé aterrado: los negros, medio desnudos, estaban todos con mordaza. Debí haberme puesto pálido: pregunté allí qué significaba eso, y vine a oír que era para

que no chupasen una caña; una caña de los mares de esa planta que ellos regaban con el sudor de su frente, la sembraban, desherbaban y cosechaban, todo de balde. El estómago vacío y sediento; el pecho encendido con el fuego del clima, la garganta árida, el cuerpo entero, la naturaleza estaba exigiendo vivamente un bocado de aquel zumo bienhechor; y refrigerio tan abundante, tan fácil, imposible para esos desdichados. ¡Gran Dios! ¿son hombres, son fieras los ricos? Negros esclavos, hombres cosas, eran tratados de ese modo en una República hispanoamericana; ya no lo son: la blanca libre, uncida al yugo, ara la tierra en Francia. El género humano tiene mil defectos de armadura: el filósofo, el moralista pueden herirle por mil partes con sus flechas. La desigualdad de las clases sociales, a despecho de la Revolución francesa, es todavía clamorosa en todo el mundo: las costumbres conservan ímpiamente lo que las leyes han abolido. En Francia, cuya capital, dicen, es el paraíso de las mujeres, hay departamentos que sirven a las mujeres de lugares de expiación; y no porque esta nación perínclita no haga nada tocante a la igualdad de las cosas que deben ser comunes a todos, sino porque los males sociales suelen ser pertinaces, bien como ciertos achaques físicos que se burlan de la sabiduría misma. Hay actualmente en la República 74.340 escuelas de enseñanza primaria, fuera de las casas de asilo, que contienen más de cinco millones de niños; y con todo, más de doscientos mil hijos del pueblo están privados constantemente de instrucción: no saben leer, escribir ni contar; no saben la doctrina cristiana, ni la señal de la cruz: no tienen, por tanto, idea ninguna de religión ni moral, de derecho ni deberes. Esta parte desventurada de la asociación civil, creciendo en el desamparo, luchando con el hambre, sin familia, sin hogar, ni arbitrios para la vida, rompe por todo, declara guerra a muerte a los que así los abandonan, y, teñidos en sangre, van a arrastrar las cadenas en los depósitos de criminales, o bogan el remo de las galeras, condenados a trabajos perpetuos. Sería cosa de pedirle a Dios que en las naciones cultas hubiera menos sabios, menos filósofos, menos escritores, menos poetas, menos diplomáticos, menos guerreros, menos varones ínclitos y menos ignorantes. Esto de que todo lo sepan unos y nada otros, es fuente de tantos males como eso de que todo lo poseen unos y nada otros: el hambre del espíritu, la desnudez de la inteligencia son desdichas tan grandes por lo menos como el hambre y desnudez del cuerpo. Que todos sepan leer, escribir y alabar a Dios, es tan necesario como el que todos tengan un plato de comida y un trapo con qué cubrirse. Esta, esta igualdad es la que deseamos, y la que hará la felicidad de los hombres, algún día.

Más de doscientos mil niños no saben leer ni escribir en Francia; pero entre éstos no se cuenta el presidente de la República: dicen que monsieur Thiers sabía leer; no es cosa bien averiguada; escribir sí, parece que sabía el vejezuelo; a menos que nos haya hecho una pega a todos vendiéndonos por suya la *Historia del Consulado y el Imperio*, cuando no hizo sino robarles a unos huérfanos de Marsella, cuyo padre, viejo notario de anteojos y peluca, la dejó entre sus pingos y los procesos que él mismo había hurtado de la escribanía.

La *Historia de la Revolución francesa*, otro que tal, vino a su poder comprada en cinco reales en el cajón de un mercachifle del Puente de las Artes o del muelle Voltaire. Allí estaba el manuscrito entre un catalejo del tiempo de Galileo, un sombrero apócrifo de Robespierre y un búho embalsamado, cuando el tío Adolfo, pasando una tarde, reparó en ese tesoro, y echándose al bolsillo al mercachifle, se fue con la obra maestra, por cinco reales, como queda dicho. Al general Ignacio *de Veintemilla* le pueden convenir estos apuntes, para que alegue en su favor que el primer presidente de la República Francesa no sabía leer tampoco. Mal de muchos consuelo de bobos. Por vulgar que sea el refrán, aquí viene como de perilla. Mac-Mahón no es un Bismarck, pero sí un hombre ilustrado y caballero de punto, no menos que soldado valeroso: y Grévy, el actual presidente, lo ha sido antes del Cuerpo legislativo; vale decir que es varón provecto, si en política, si en letras humanas. Aunque para ilustrado, ninguno como nuestro Ignacio *de Veintemilla*: “Venga usted acá, le dijo un día al rojito Marcos Alfaro en Guayaquil; usted me escribe y firma hoy mismo un papel en el cual dice llanamente que es católico, apostólico, romano, y que se propone defender los intereses de la Iglesia como un verdadero obispo. Su *Popular* me va a costar medio millón de pesos”. Los iba a poner él de su peculio en la campaña que el dicho periódico le obligaba a abrir contra los clérigos. Que la ignorancia es atrevida, todos lo saben; que la estupidez fuera graciosa, no lo habíamos sabido todavía. Otro día volvió a llamar al liberal de rompe y rasga y le dijo: ¿Ha escrito usted el papel? No, señor. ¿Y por qué? Porque no me parece urgente esa profesión de fe. En cuanto a proponerme defender como un obispo los intereses católicos, no puede ser, porque no soy ni diácono. Pues, sepa usted, replicó el jefe supremo, que yo sí soy diáfano con los que van por donde yo los dirijo; pero soy impertérrito, y hasta sutil, con los que me resisten en mala hora.

Hubo tiempo en España donde los católicos daban la comunión a moros y judíos, “boquiabriéndolos con una artimaña de madera”, dice Mor de Fuentes, traductor de Gibbon; bien amarrados o puestos en el cepo. Las maldiciones, los reniegos con que esos escogidos tomaban la hostia en la lengua eran moderaditos en gracia de Dios. ¿Quién creyera que escenas semejantes se habían de reproducir en el año de gracia de 1876 en la clara y libre América? ¿Conque Ignacio *de Veintemilla*, nuevo Felipe II, los va a comulgar a los rojos del Ecuador, boquiabriéndolos con artimañas de madera? Y cuidado, que él es muy diáfano, si abren la boca, buenamente: si se empeñan en apretar las mandíbulas, es impertérrito, y hasta sutil. ¡Cielos! ¿Estos son los hombres que llegan a mandar entre los ecuatorianos? Pues que los comulguen amarrados, y los boquicieren con artimañas de cuero a esos católicos, apostólicos, romanos. Ignacio *de Veintimolla* prisa por ser católico; Antonio *de Borrero* y Cortázar aprieta con la herejía: ¡qué para de caras de caballo! Estos dos bodoques, arriero el uno, escudero el otro, han hecho de la religión la albarda de la venta: el uno tira que tira, el otro tene que tene. Cada cual de ellos es más católico que el Sacro Colegio, y por nada quiere que el otro lo sea. Al fin y a la postre, ¿cuál ha sido el verdadero defensor de la

religión? Está claro: don Antonio, como perdido, corrido, sucumbido; burlado, desterrado y *fregado*, es el hereje. El Mudo, comiendo pavo en medio de jesuitas, descalzos y capuchinos, es el católico.

La Ilustración Española y Americana dijo no ha mucho que se veía en la necesidad de hablar una cosa como francés, como castellano, para ser entendida por los españoles; pues si hablamos lengua pura, ¿quién nos entendería? Estos chapetones sí que no se andan en chiquitas, y dicen unas de a puño, de las de a pocas en libra. Nosotros, semibárbaros del Nuevo Mundo, pensamos por el contrario que, lejos de dar pábulo a la ignorancia y fomentar el abuso, los que llevan la voz o tienen la *battuta*, deben dar la ley de la cultura, oponiéndose a pecho descubierto a la prostitución y ruina de lengua tan primorosa como la castellana. Fuera de este punto, en el cual vamos con *La Ilustración* de Madrid por riberas opuestas; fuera de esta ligera disparidad de opiniones, digo, en todo lo demás estoy en un corazón con esa bien traída gachupina; tanto más cuanto ahora mismo voy a beneficiar su ejemplo en mi favor, ora tocante a la doctrina, ora al atrevimiento, como uno que no se anda en tiquis miquis, dice de sopetón *fregado*. Si no digo *fregado*, ¿quién me ha de entender en Sudamérica? El general Ventimolla dijo también no ha mucho en la plaza de toros que los había de *fregar* a sus enemigos. Con estotra autoridad, que es más que una Academia, queda dicho *fregado*, y quieran los manes de fray Luis de Granada, fray Luis de León, el padre Nieremberg, el maestro Avila, Malón de Chaide, Cervantes y Jovellanos, recibir en los brazos ese neófito y echarle el agua de la lengua castellana.

Cuentan por ahí que el rey Luis XIV dijo una vez por equivocación en masculino un nombre del género femenino: habiendo caído en la cuenta de su error el augusto monarca, se encendió en vergüenza, de suerte que las orejas parecían ascuas vivas. ¿Qué hicieron sus cortesanos? salieron algunos de los camastrones, y a la vuelta de seis horas andaban circulando por la ciudad de París magníficos artículos con firmas ilustres, en los cuales aquel vocablo hembra se había convertido en macho, no siquiera de la noche a la mañana, sino así, del mediodía a la noche. Desde entonces quedó variado el género de ese sustantivo, y ahora sería cosa de bozales ir a proferirlo o a estamparlo con sus antiguas enaguas. Si mal no se me acuerda, ese vocablo es *carrosse*; femenino antes del rey don Luis, y masculino de entonces para acá. Debo advertir solamente que el autor de esta noticia no dice tantos disparates en la materia; y aun se me trasluce que eso de los cortesanos es puro sueño y patraña de mi geniecillo invencionero; sueño y patraña, eso sí, que envuelven un perfil característico de los palaciegos. Cuanto al *fregar* de Veintemilla, es la verdad entre dos platos. Si Luis XIV pudo variar el género de un nombre, ¿por qué estotro rey no ha de ser poderoso a introducir en el buen hablar un término bahúno? Por algo ha de ser tan *ilustrado*, y algo tendrá el vino cuando lo empinan sobre el codo.

El ministro de la Guerra se presentó una vez al presidente de la República disputando acaloradísimo con el de Relaciones exteriores: los dos Bismares deseaban que el rey decidiera, si cuando se disputaba fuertemente con

una mujer, en lo más recio de la indignación se le podía decir: ¡No, señor! El juez literario, después de echadas bien sus cuentas, resolvió que, si la mujer era del sexo masculino, se le podía decir, no, señor. Salomón no hubiera dado sentencia más cumplida. "Mi general, de miedo de que me mate vuecelencia", respondió un pobrecito cadete que había hecho algunos marros, y estaba allí temblando, reconvenido por el presidente. ¿Y cuándo te he matado, pícaro? gritó con furia el noble militar. "Tiene buen corazón", he oído algunas veces, aludiendo al más perverso de los nacidos: "ladrón es, pero tiene buen corazón". Tiene buen corazón, a nadie mata dos veces. A Vicente Piedrahíta no le ha matado sino una vez; y por esta bagatela no se cansan de clamorear los hipócritas defensores de la vida humana, de hombres útiles e inocentes. Al negro José Julián no le mató ni una vez: no le dio sino un lanzazo a traición, cuando el moreno estaba abrazado con un compadre suyo; pero el negro, negro al fin, no quiso morir de redondo. Y le llaman perverso los demagogos al angelote que no hace sino derramarle las tripas a un negro que se halla en brazos ajenos; a Ignacio Veintemilla que tuvo la inverecundia necesaria para mangonear de verdugo, y poner en el patíbulo a Manuel Tomás Maldonado. Ah, ya no hay reír ni sonreír: ese malvado modifica mi humor, cuando sus alevosías y traiciones, sus delitos y crímenes acuden en tropel a mi memoria. Esa masa enorme de carne medio podrida ya, con dos pedazos de vidrio clavados en una pulpa de buey que habrá sido cara en otro tiempo, alimenta en las entrañas esos animales aciagos que se llaman traición, asesinato, incesto, bichos cubiertos de lana que ortiga a los que los tocan, y causan enfermedades incurables.

La belleza interior de Sócrates trasciende al exterior de su persona, y el más feo de los mortales viene a ser el más hermoso de los hombres, según la expresión de su discípulo Alcibiades. Inteligencia empapada en emanaciones suavísimas de otro mundo; castidad ennoblecida por la intención, como que no falta por el ímpetu de la sangre; abstinencia que admiran los espíritus; bondad con el género humano, tolerancia, sufrimiento; modesta alegría; esa con la cual está de continuo sonriendo a las sobrevientas y atropellos de la irreductible Xantipa; todas estas virtudes y muchas más repujadas afuera, componen esos toques y perfiles llenos de divinidad que infunden amor y veneración en los filósofos. Un hombre bien apersonado, bello, si queréis, será el más feo de los nacidos, cuando crímenes y vicios le desfiguran adentro, y su rostro, espejo de su alma, está reflejando las apostemas podridas, las excrecencias pútridas, los azotes enconados, las úlceras infectas, la sarna asquerosa que envilecen y desgracian ese corazón perverso, esa alma entregada al demonio aun antes de que rompa su cárcel por orden de Dios, y vaya a sepultarse de cabeza en los infiernos.

El pecado es feo en todas sus edades; el pecado viejo, pertinaz, cerdoso, es monstruo que no imaginaran ni los inventores de la mitología. Bello, jamás el hombre sin ventura que ha perdido el respeto por sus semejantes, la vergüenza que es el prurito de las almas inocentes; el temor de Dios, y el miedo de ese abismo que se nos está abriendo al otro lado de la sepultura

con nombre de inmortalidad. Lázaro, cubierto de lepra, bañado de pus, caídos los dedos de falange en falange, es el feliz; Ignacio Veintemilla, sentado sobre un millón de duros, rodeado de sumisos palaciegos, asqueando vinos y manjares deliciosos, es el desgraciado: Lázaro tiene la elefancia en el cuerpo. Ignacio Veintemilla la tiene en el alma. Y aun por defuera ha perdido el miserable las proporciones sin las cuales no puede haber hermosura ni simpatía: el Gran Mogol se pesaba cada año en una balanza de oro; siendo esta ceremonia la mayor y más solemne del imperio; cuando sucedía que el peso se aumentara una o dos libras, los mogoles, los habitantes más dichosos de la tierra; y tan próspero suceso era festejado con juegos nacionales y regocijos públicos. Ignacio Veintemilla acaba también de pesarse por el año 1881: él no se pesa en balanza de oro, como el Gran Mogol; hase pesado en la romana pública del rastro; y como el serenísimo señor resulta este año con media arroba más de carne y grasa que el anterior, ha decretado corridas de toros y grandes alegrías nacionales. Los quiteños, mogoles de Sudamérica, son dichosos; el Gran Mudo ha pesado más que el año último; pues a beber, a bailar, a manifestar alborozo de mil y mil maneras. Catorce muertos y veinte heridos en aras del Gran Mudo: no es cosa; en las de los ídolos mejicanos caían hasta veinte mil por año, dicen ponderativamente. ¿Tienen derecho de queja esos mogoles? Ayer no más andaban todos ellos santiguándose por las calles, porque el Gran Mogol había hecho castrar un médico de los suyos; hoy se tiran a solemnizar su gordura, a darle el gusto de verle y oírle en la plaza improvisada de toros. Ciro corrompió e infamó a los lidios para afirmar su tiranía: les habituó a los festines, les dio vino a manta de Dios, les proporcionó bailes, escaramuzas y mascaradas, y no paró hasta cuando los hubo vestido de mujeres. Si el Gran Mogol de Quito quiere vestirlos de peliforras a los ecuatorianos, ya ellos están en punto; no habrá uno solo que rechace las enaguas, tanto menos cuanto el señor ministro de lo Interior y Relaciones exteriores es una pelandusca que se pone tiempo ha bajos o centros de bayeta amarilla, zarcillos de perlas falsas y sortijas de hueso de coco. Bajos o centros son los que ellos, en su gran idioma quichuahispano, llaman *ucunchi* o *incunchina*, para eterna risa de don Francisco de Quevedo, quien llama bajos la ropa blanca o las enaguas de la Capilla Real. Ellos, los pelanduscos machos, son los *ucunchis*, en su vil sometimiento e infame condescendencia; lo que las hermosas españolas se ponen debajo de la saya, no tanto por abrigo, cuanto por dar realce a los miembros tentadores, no son *ucunchis* ni *incunchinas*, como los de los valientes ecuatorianos, sino bajos o centros, que son los términos castizos. Pueblo donde se azotan mujeres y se castran hombres debe tener *el alma triste hasta la muerte*; y no es así. *Il y a eu pendaison par ici*, escribía madame de Sevigné a su hija de la Baja Bretaña a París; y lo decía en *post scriptum*, como el asunto más baladí de la carta. *Il y a eu pendaison*. . . ¡Gran Dios! ¿dónde está el corazón de la mujer? ¿dónde la nobleza de sentimiento en ese ánimo siempre elevado? *Il y a eu pendaison par ici*, esto es, ha habido ahorcaderas por aquí. El rey había mandado ahorcar veinte o treinta bretones, y la ilustre señora no ha-

lló otro modo de dar la noticia, sin comentario ninguno, que éste: *Il y a eu pendaison*: ¡ha habido ahorcaderas! No, yo no diré: Ha habido *capaderas* en Quito, y los quiteños se han tirado a un espectáculo de alegría en turbiones inmensos. Yo diré: se ha mutilado a un hombre, se ha escarnecido al género humano, se ha ofendido a la asociación universal, se ha hecho un insulto a la religión, y los hijos de una ciudad cristiana y presumida de culta, han volado a festejar al capador, al verdugo de la majestad de la especie humana. “La bajeza es la que, por de contado, produce la tiranía; y por justa reacción la tiranía prolonga la bajeza”. Este modo de decir de Chateaubriand sale horriblemente verdadero en la práctica: no hay tiranuelo que no lo sea, gracias a los viles que le impulsan; ni viles que no vean fomentada su vileza con el premio que por ella les dan los tiranuelos. Este Ignacio Veintemilla, que ya es un monstruo, obra es de los guayaquileños: sin su condescendencia, pudo haber mandado, pero con freno y respeto. Cuando a los quiteños, con decir que Veintemilla los castra, y les consuela con corridas de toros, dicho se está que son la flor y nata de los hispanoamericanos.

Veisse, prosélito de Hegel, piensa que muy bien puede ser que unos hombres sean inmortales y otros no; suposición espantosa que tiene sus sombras y dejos de verdad: si uno como Ignacio Veintemilla tiene alma, ¿de qué modo se manifiesta en él esta parte celestial de la humana criatura? Alma es inteligencia; donde no hay inteligencia, no hay alma. Alma es virtud; donde no hay virtud, no hay alma. A lo menos sucederá que ciertos individuos, puesto que tengan alma, no tendrán espíritu. El alma es el asiento, la morada del espíritu: es la pulpa del ojo, como dice un Santo Padre; puede ser que todos tengan alma, y muchos carezcan de espíritu, bien así como sucede que muchos tienen ojos, y carecen de vista. Ella será en este caso, asiento sin persona, nicho vacío, que por exceso de ruindad en el dueño de esa alma, no ha descendido a llenarlas el ángel que en los filósofos, los sabios, los poetas excelsos, los varones ínclitos se llama espíritu o partícula desprendida en silencio del todo vasto y luminoso que ocupa cielos y tierra con nombre de Dios. El materialista Broussais decía! Treinta años ha vivido ocupados en disecciones, y nunca la punta de nuestro escarpelo ha topado con una alma. ¡Qué gentil pieza! ¿quién le ha dicho al amigo Broussais que el cadáver tiene alma? Búsquela en cuerpo vivo, y puede que la hallé, aunque no sea sino de cántaro. Si la busca en el de Ignacio Veintemilla, seguro es que topa con un cerdo. La somnámbula de Teófilo Gautier no es más delicada, aérea, que este hijo invisible de las Musas, ni tiene relaciones más secretas con seres de otros mundos. Pone el oído a la música de la tumba, y se está temblando de placer, herido por la chispa eléctrica de la inmortalidad: cierra los ojos, y ve allá, allí, un abismo lejano, bañado por luz desconocida para nosotros; ve, digo, cosas tan bellas, que le hacen sonreír con alegría inefable. Alarga el brazo, como quien busca el apoyo de la eternidad, y mueve el pie hacia un infinito lleno de sombras embelesantes. Sonámbulo maravilloso, ente divino huye de la tierra, y entre resplandores y música de serafines, húndete en

la nada temible, donde por ventura hallarás el secreto de las cosas y la resolución de los enigmas eternos.

Inglaterra, patria de Newton, no es de los pueblos más adelantados. Si en Francia hay doscientos mil niños que no reciben educación ninguna, los privados de luces comunes en Inglaterra, hasta ahora poco, eran dos millones. La mitad de los miembros de esta gran monarquía poco más o menos, no saben leer ni escribir, llevándose la mayor parte de tan negra herencia Irlanda la católica. El pan del espíritu anda allí tan escaso como el del cuerpo: el hambre de uno y otro es mortal. ¡Hambre, digo! No ha más de veinte años, de cien ingleses detenidos en Preston, cuarenta no habían oído jamás el nombre de Jesucristo; no sabían que Marfía diera a luz en el retablo el Salvador del mundo; ignoraban el argumento del poema sublime que conocemos con el nombre de Sagrada Escritura, y no les era dable responder quién hizo la luz ni el universo. No hay francés, aun de los que no saben leer ni escribir, que no haya oído el nombre de sus reyes; de esos mismos cautivos de Preston, sesenta individuos no sabían el de doña Victoria, reina de la Gran Bretaña, emperatriz de la India. Los esfuerzos del Gobierno han sido insuficientes para sacar de las tinieblas al pueblo cerril de las montañas de Irlanda y del país de Gales; necesario ha sido que los filántropos o amigos del género humano le presten su cooperación: las sociedades de instrucción pública han hecho progresos increíbles: en ocho años el número de niños asistentes a las escuelas ha subido un millón. A este paso no habrá dentro de cincuenta años ingleses que ignoren el nombre de su Dios y el de su reina.

En Bélgica, otro que tal, la ignorancia anda con vara alta: el cuarenta y nueve por ciento de sus hijos carecen de toda instrucción: de cuarenta y nueve a cincuenta ¿qué va? ¡Santo cielo! la mitad del pueblo belga no sabe leer ni escribir, ni contar, ni alabar a Dios, ni firmar su contrato de matrimonio; y con todo, Bélgica no se halla entre los pueblos atrasados en el mapa de Manier. Si éstos son los adelantados, ¿cuáles serán los atrasados? ¿y cuáles los muy atrasados? Las sombras avanzan y se espesan hacia el mediodía de Europa: Italia entra ya entre la categoría de las naciones atrasadas; y con razón, pues no ha más de diez años, el 71 por ciento de los italianos ignoraba por completo las primeras letras. Los Estados Pontificios y el reino de las Dos Sicilias eran, y son todavía, los más ignorantes: el Gran Ducado de Toscana y el Piamonte han hecho esfuerzos continuos por no quedarse atrás de las demás naciones. Milán, ciudad cultísima, a despecho de la opresión de los austriacos, era el París de Italia: Beccaria, Manzoni y Silvio Pellico echaban afuera ráfagas encendidas de su espíritu, y comunicaban luz y animación a su patria. Los Bombas de Caserta, los lazzaroni de Nápoles, los bandoleros de Calabria, eran la sombra, sombra inmensa, de la península itálica. La unidad de provincias, el nuevo Gobierno, el impulso de los patriotas eminentes, están haciendo progresos en la instrucción pública, fundamento sin el cual no ha de levantarse una nación a la cumbre de donde la contemple maravillada la posteridad.

Pueblos atrasados son hoy, naturalmente, los que fueron muy adelanta-

dos. Cuando Pericles levantaba el Partenón por mano de Fidias, cuando Aspasia reunía en su casa la flor de Atenas y daba lecciones de buen decir y ejemplos de donaire; cuando Pausanias y Aristides rechazaban en Platea herida de muerte a la barbarie; cuando las señoras de Corinto, las niñas hermosas, ceñida la túnica de púrpura con torsales de oro, asistían a las escuelas; entonces Grecia era de los pueblos muy adelantados: hoy cuando los siglos y los turcos han batido en ruina la Acrópolis, el templo de Minerva; hoy cuando la Elida no ve congregarse los Anfictiones en su recinto sagrado; hoy cuando la cuna de Alejandro no es Macedonia sino Albania, guarida de ladrones, Grecia es de los pueblos muy atrasados.

¿Y España, España? ¡Pobre España! España es también de los pueblos muy atrasados. Cuando Manier hubo exhibido su gran mapa, de la instrucción popular, algunos españoles de esos que dan ciento en la herradura y una en el clavo, pusieron el grito en el cielo, apellidando envidia, calumnia de los franceses el lugar que su patria ocupaba en el terrible mapa. Pero otros, que no todos llevan el rabo tuerto, hicieron oír voces de dolor, dejando la cólera para cuando el caso lo pidiere. El autor del mapa no ha hecho sino servirse de las estadísticas oficiales, ¿cómo nos calumnia? Si hay error, él estará en los encargados de componer el censo; si calumnia, en el Gobierno que lo ha dado a la luz pública. ¡Cómo refresca el alma encontrar con hombres verídicos y sinceros! A los nobles chapetones que así hablaron, de bonísima gana los llamamos hermanos y los tenemos por tales. Lo que importa es, dijeron éstos, no ocultar la verdad y andar a la greña, sino poner el hombro a la empresa de pasar adelante y dejar de ser *pueblo muy atrasado*. Ahora veinte años cabales, en 1861, el 75 por ciento de los españoles no sabían leer ni escribir, ¡qué deshonra! De las mujeres, pobres mujeres, el 86 por ciento. Apenas si están olvidando los viejos de América el sombrío principio que de sus mayores habían heredado: esto es, que las mujeres no sabían leer ni escribir; ¿y por qué, si gustáis, hombres anticuados, viejos feroces? Ah, sí, porque no se hallen las pobrecitas en aptitud de ponerse en correspondencia epistolar con sus pretendientes. La causal es de tomo: cuando un pelucón de chaleco verde escupe por el colmillo estas máximas de Agésilao, firma el rey. Pero los españoles pelan la pava, y no han menester cartas ni billetes bien pergeñados. ¿Sabéis, amigos del Nuevo Mundo, lo que es pelar la pava en Madrid, Sevilla, Zaragoza? Pelar la pava es comparecer allí un enamorado, con el embozo hasta las narices, a boca de noche, se entiendo; sombrero de ancha ala, puñal al pecho: llegarse callandito al pie de un balcón, y oír la gloria en el *¡pit!* que baja de allá envuelto en aromas del paraíso. La bella que a las veces es bellaca, sale de entre cortinas y celosías, *pian pianino*, para que ni la sientan ni la vean, se cuelga en el antepecho del balcón y tira de aquí, tira de allí, al cabo de un cuarto de hora se han dicho las de Calixto y Melibea, y se han prometido las de Diego Marcilla y doña Isabel de Segura. Esto es pelar la pava. Nuestros augustos padres, que tantas buenas cosas nos dejaron, anduvieron cucañeros en el presente más lindo: ¿por qué se llevaron, cuando los pusimos en la calle, *el pelar la*

pava, sin dejarnos ni las plumas? Preciso es que los sudamericanos sepan lo que es pelar la pava, para que la pelen en regla, y no se anden por ahí dándose de hocicos con abuelas celosas, tíos entrometidos y dueñas impertinentes, que en la mejor ocasión, por falta de saber nosotros pelar la pava como es debido, nos cogen entre dos puertas y nos trasquilan a cruces, si no hacemos la del humo.

Y no vaya nadie a pensar que en España el descuido de la instrucción popular es absoluto: los pasos que esa antigua nación europea ha dado hacia el siglo XIX son largos, y muy largos. Caída en tierra después de los grandes reinados de Carlos V y Felipe II, ha vuelto a ser respetable, y aun temible, gracias al carácter de sus hijos que se empeñan, ahora más que nunca, en tomar *sus recuerdos por sus esperanzas*. De Rienzi, Porcaro y otros repúblicos de Roma ha dicho madame de Stael esta linda expresión: en ellos los recuerdos no fueron sino flores de la tumba: Roma, muerta, y bien muerta, no quiso resucitar entonces, y no resucitará si Apolonio Thyaneo viene a tocarla con su varilla mágica. Su cadáver, como el del gigante Ticio, ocupa nueve yugadas de tierra en el infierno: si volviese al mundo, crecida dos mil años, no tendría por dónde extender y desperezar los miembros. España ha resucitado, pero no del todo: apenas si le vemos la cabeza fuera del sepulcro, levantándose con afán y dolor sobre los codos. La España de Felipe II cuya Invencible Armada hizo temblar a la hoy reina de los mares, llegó a tal extremo de decadencia y miseria, que en tiempo de sus malos reyes posteriores no se veían por toda flota y poder marítimo sino dos o tres pontones abandonados en una triste bahía.¹ Cuanto a la patria del Albucense, que supo todo cuanto hay que saber según su epitafio; la de Hurtado de Mendoza, Fuenmayor, Mariana y otros escritores de más de la marca, esa nación esclarecida llegó a no tener más que traductores zarramplines que no sabían ni su lengua ni la ajena. Hoy que está en tela de juicio si Castelar es o no el más grande orador del mundo, España, aun cuando pierda el pleito, puede blasonar de haber producido últimamente algunos de los varones más conspicuos de nuestra edad, en lo tocante a las letras humanas, puesto que, al volver la cabeza, topemos con Calomarde.

Si algún laborioso hispanoamericano acometiera la empresa de componer un mapa de la instrucción popular en nuestras Repúblicas, atajado se vería de razones, y muy alcanzado de datos y materiales. Las estadísticas son lo más difícil de la administración civil en pueblos como éstos, donde los ciudadanos, cautelándose de día y de noche de las providencias del Gobierno, temerosos de nuevos males, se niegan a contribuir para el descubrimiento y la fijación de la verdad. ¡Oh, verdad lamentable! queda, queda escondida debajo de tus sombras, primero que vengas a afligirnos con tu tristeza y descorazonarnos con tus horribles números. En Portugal, por 70 niños uno va a la

¹*Buckle: Spain.*

escuela; en ciertas repúblicas de las nuestras el cómputo sería aún más lastimoso; podemos afirmar que el 80 por ciento de los habitantes no sabe leer ni escribir. Los indios componen la tercera parte de la población en algunas provincias de Bolivia, el Perú, el Ecuador, por ejemplo; y en algunas la mitad. De entre la clase social que llamamos *cholos*, *chagras*, *rotos*, *huasos*, *huachos*, *léperos*, *gauchos*, esto es, mestizos, en las ciudades y los campos, la cuarta parte quizá van a la escuela cuando niños. Los negros, en las poblaciones marítimas, no saben leer ni escribir. Los zambos, los mulatos, optan por el machete y el cuchillo; como sean hombres de tirarse al agua y darle de puñaladas por la barriga a un cocodrilo, luchando cuerpo a cuerpo, no han menester papel ni pluma. El estado llano, por la mayor parte, es inclinado a la ilustración: de él salen jurisperitos, médicos, sacerdotes; si bien, lo digo con dolor, entre estos científicos de capa y gorra cinco por ciento escriben con propiedad, porque han visto la gramática y han tomado libros para leer en ellos.

Siendo yo minorista fui de puro intruso a un acto literario en la Universidad de Quito: el examinando era un doctor en jurisprudencia que iba a cumplir con la última disposición de la ley para quedar abogado perfecto. ¿Cuáles son las figuras de dicción? preguntó uno de los catedráticos. Metempsicosis, parálisis, metamorfosis, parásitos, fósiles, temístocles, hipertobones, respondió con admisible desparpajo el señor doctor. Y como las definiciones de estas figuras, y los ejemplos que adujo fuesen correspondientes en un todo a sus nombres, fue aprobado por unanimidad. En poco estuvo que la honorable corporación no le proclamase Doctor Sutil o Doctor Iluminado. Este Albucense acaba de ser presidente de la Corte Suprema, y lo es el día de hoy, si, como León Gambetta, ha sido reelecto para el año de 1881, época de honra y sabiduría para el Guayas y el Rucu-Pichincha. "Yo ei cido su padre, testiga su madre", decía en un soberbio escrito para la imprenta un senador perpetuo de los congresos del Ecuador, hablando del hijo de su mujer; y ese, polvo, y ceniza ya, Dios le haya perdonado, goza de gran reputación de hombre de talento, instruido y orador de competir con monsieur Rouher o con míster Gladstone; al paso que don Juan, el pobrecito don Juan, cuando no es loco es tonto de capirote en su tierra. No me quejo: la justicia de los pueblos está medida por su ilustración; así juzgan como saben. Pueblo donde el presidente de la República manda se le quite el punto a la i, porque está por demás; y el presidente de la Corte Suprema da examen de retórica de fósiles y temístocles; no digo a un pobre embarrador de papel como yo, a Chateaubriand le hubiera tenido por jumento. Yo vi, Dios me perdone a mí también; yo vi con estos ojos que se han de volver tierra, una carta de un clérigo, cura de parroquia principal a una hermana suya:

"Estoy tan enjuermo, decía, queya no puedo desirmisa niacaballo: las elecciones Las gaNan los rojos: lorina nomedeja. . . seacavó el vino: la ye-Huita chuga semurió: man Dame un rial de millocos. tuermano.

N. G."

Si tomamos otro ministro cualquiera de la Corte Suprema, un médico de los renombrados, o un canónigo notario de la Silla Apostólica, no escribirá a su hermana cartas mejores que la de ese venerable párroco. El jurisconsulto piensa que con meterse en la cholla a macha martillo el código civil, ha llenado todos los números de la sabiduría; el médico mira como cosa ajena de su profesión los conocimientos que de ella se apartan, y pone la monta en ignorarlo todo; el clérigo, peor el fraile, se propasa en la ignorancia hasta el extremo de no saber ni lo relativo al sacrificio de la misa. Yo he visto idiotas ordenados de mayores, y oradores sagrados que hacían morir de risa al auditorio. “¿Qué me estará viendo ese cara de perro que está arrimado al pilar?” dijo en el púlpito un afamado misionero, una tarde que había sermón: “ya ha de haber venido a alegrarse de la muerte de Jesucristo: liberal ha de ser: si no le sacan a ese entremetido, no sigo predicando”. Aquí, como en la carta del cura, he puesto los dos puntos de mi propio caudal: lo que ellos escriben y predicán está más conforme con las leyes de la Real Academia de la lengua. Al cinco por ciento, como queda dicho, no le alcanza esta negra recriminación: suplico a todos ciento se tenga cada cual por uno de los cinco, y no me eche un pasquín de los suyos el jurisconsulto, un sermón personal el clérigo o el fraile, ni me dé receta con veneno el señor doctor en medicina. “Dende que se avrieron las haulas asta que se serraron”, decía en un certificado un catedrático que fue luego rector de la Universidad, sin haber mejorado de escritura. En Colombia todo es bambolla, dijo un viajero alemán, cuando hubo regresado a Europa. Del Ecuador ¿qué dirían alemanes o franceses? Imposible parecen esas cosas; mas nadie pensará que uno sea harto audaz y falto de patriotismo, que vaya a imaginarlas, sin más que por prurito de fantasear y hacer mala obra a sus coterráneos. Amigo Pedro, amigo Juan; pero más amiga la verdad. Si lo digo en español, no es por falta de latín, sino por ser comprendido de todos; que para no más decir *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, me sobran provisiones debajo de la peluca. Demócrito se quitó la vida, según que lo recordé en otra Catilinaria, cuando echó de ver que su inteligencia estaba viniendo en disminución: el día que yo necesite de peluca, me volaré la tapa de los sesos, lo oyen los cielos donde más largamente se contienen. Cartas he recibido varias veces de lueñes tierras, en las cuales me tratan como a hombre de sesenta años: aquí ha sido cuando he querido hacer un *indignation meeting* conmigo mismo, y protestar en mil formas y maneras; pero no ha habido ocasión; y sin oportunidad, no hay acierto. Como no la hay ahora más que otras veces, o paso adelante a referir la curiosidad siguiente: ¿Quién es Pothier? ¿quién es D’Aguesseau? preguntaba en un escrito en son de burla el abogado de *la testiga*, rector de la Universidad de Quito y senador *ad vitam*, y esto decía contestando a un varón provector, de esos pocos antiguos en quienes sabiduría y virtud eran hermanas. Don Ramón Borja, jurisconsulto a lo grande, había citado en su apoyo a Pothier, a D’Aguesseau; ¿quién es Potier? ¿quién es Dago? contestaba riéndose el defensor de la parte contraria; y le matraqueaba, repitiendo en varias formas esos nombres que a él le parecían bárbaros y ri-

dículos. Nuestros abogados no son unos Beryer ni unos Lachaud; pero ¿quién les amenaza con la horca si no escriben *testiga* en vez de testigo? En orden a los doctores en medicina, ¿qué es, mi Dios, leer a un Trousseau, un Debay, médicos que no les van en zaga ni por el estilo, ni por el lenguaje, a un Guizot, un Lamartine! Trousseau es uno de los escritores más cultos y amenos: Debay, en su *Higiene del matrimonio*, cumple con la regla general de la elocuencia, la cual es instruir deleitando, y deleitar instruyendo. Quien ha leído una vez la *Fisiología de las pasiones* de Alibert, seguro está que dé por vista y sabida esa bella obra; volverá al regosto cada año, si es posible. La *Historia natural del género humano* de Virey es obra maestra en todos conceptos; ni puede haber gran científico que no sea gran escritor: si hay hombres de conocimientos que no saben ponerlos a beneficio y sacar de ellos fama y gloria, ni con la palabra, ni con la pluma, esos son tontos sabios, como aquel a quien admiró Bolívar en la ciudad de Quito. “Vaya un tonto sabio”, exclamó cuando hubo penetrado la calidad de ese Tritemio desheredado de inteligencia.

Entre las repúblicas sudamericanas, la Argentina y la de Chile, me parece, son las más adelantadas en la instrucción popular; esto es, tienen mayor número de escuelas y de alumnos. En cuanto a lo que se llama educación superior o ilustración, dudo que en otro país de Sudamérica haya más hombres notables que en Nueva Colombia o Nueva Granada. Sabios como Triana, políglotos como Uricoechea, se han abierto en nuestros días lugar en Europa; y Torres Caicedo, a fuerza de laboriosidad y talento, se ha elevado al alto puesto que ocupa en el mundo de las letras humanas y en la diplomacia. Para maestros de la lengua ahí está en Bogotá ese grupo respetable de filólogos, harto conocido ya en España. Escritores, muchos y muy buenos; hombres distinguidos, en gran número. Venezuela ha sido fecunda en varones eminentes así de espada como de pluma: de donde salió un Bolívar, pudo muy bien salir un Bello. Hoy mismo abundan en Caracas y otras ciudades los hombres de saber, los jóvenes de talento. El Ecuador ¡ay de mí! es el Portugal del Nuevo Mundo; el Portugal en cuanto al veinte por ciento que saben leer, no en cuanto a la facultad y la potencia de producir un Camoens en lo antiguo, un Herculano Carvallo en lo moderno. Y no por falta de aptitudes, ¡gran Dios! sino por sobra de desgracia: la tiranía prolongada destruye hasta la inteligencia de los pueblos; donde todas las libertades están muertas, la ignorancia anda de bando mayor: libertad de asociación, libertad de palabra, libertad de imprenta. Bien así como los miembros sin ejercicio se entorpecen, bien así como las coyunturas sin movimiento acaban en la anquilosis, y dentro de poco; así el talento sin acción pierde su elasticidad y poderío: cortadas las guías, el águila ha perdido el imperio de las nubes. El rey de los montes y el rey de los poetas hispanoamericanos tienen una misma cura: ese país de enanos suele producir gigantes.

NOVENA

TANTO MONTA CORTAR COMO DESATAR

LA SUERTE de las naciones puede ser medida por la calidad de sus gobernantes, bien así en lo que dice a las luces generales como en lo que frisa con la moral pública. En países de escasa o ninguna civilización la ignorancia anda de bando mayor; y en pueblos viles y corrompidos será mucho si no son facinerosos los que tienen en su poder los destinos de los asociados. Ocurre que en la monarquía el príncipe no siempre es un pozo de ciencia: en esta forma de gobierno el mérito personal suele ser gran cosa, pero de ninguna manera indispensable en el heredero del trono. El gobierno, a despecho de la medianía del rey o el emperador, si está en manos de hombres en quienes el saber concurre junto con las buenas intenciones, puede ser gran gobierno. El verdugo es el primer ministro de un gran príncipe, dicen los secuaces de Hobbes y Puffendorf: los primeros ministros de una gran nación deben ser las virtudes, imperando las cuales el verdugo vendría a ser personaje inoficioso. Guillermo Hohenzollern, sin ser monarca vulgar, no es quien ha imprimido en Alemania el semblante de grandeza con que el día de hoy está resplandeciendo esta potencia a los ojos del mundo: la fuerza intelectual y moral de su ministro es la que mueve esa máquina portentosa de guerra y de política. El mérito de ese ilustre anciano consiste en la modestia con que difiere al concepto de los que alcanzan más que él, bien así en ideas como en la práctica de la razón de estado; que si fuera viejo cabezudo, leyes sus caprichos, y no su imperio el que tuviera la sartén por el mango. Con hombres como Bismarck, si su inteligencia no halla contrarresto en la mediocridad de los que gozan del poder absoluto, las pequeñas naciones serían luego naciones de primer orden, y de menguado se convertiría en insigne el pueblo que tuviese la fortuna de producir varones de profundo corazón y alto consejo.

El reino de Cerdeña ha venido a convertirse en reino de Italia; ¿a quién la gloria de esta transmutación gloriosa? No su rey, su ministro es el opera-

rio de esta refundición de pueblos y coronas. Víctor Manuel, maravillado del grande hombre de su tiempo, le dejó poner por obra sus planes concernientes a la patria, y he allí la unidad italiana, para asombro del mismo que había ofrecido sangre y tesoros, sin caer en la cuenta de los designios del estadista industrioso a quien estaba protegiendo antes por vanidad que por filantropía. Cavour, modelo de patriotas y hombres públicos, ha demostrado lo mucho que puede uno de talento y fuerza de alma, cuando no las ha con la envidia opuesta a sus intentos.

Sabido es que el monarca reina y no gobierna en la Gran Bretaña: no tenga cuidado la señora doña Victoria de que las cosas anden mal, si ella no tiene cargo del gobierno: póngalas en manos de lord Palmerton, y échese a dormir, o gaste las horas santamente en sus devociones. Cuando le falte el noble lord, ahí está el gran Derby; y cuando éste sea derribado por el parlamento, no faltará un judío de triste origen a quien nombrar canciller, al tiempo que se le alza de la calle con el título de conde de Beaconsfield. Si aun éste cae y rueda por el suelo a los golpes de esos cíclopes conocidos con los nombres de Bright, Beales, ¿no está ahí un noble plebeyo que por ventura se llama Gladstone?

La moderación del actual presidente de la República Francesa parte límites con la insignificancia: los periódicos de la oposición le delínean como hombre bueno, buen padre de familia, buen dueño de casa, buen amigo, buen marido y cien buenos más de esos que forman un malísimo hombre de estado. Pero digan lo que quieran los republicanos enemigos de la república, los demócratas difamadores de la democracia, el Gobierno de la francesa es bueno, y no al estilo de su presidente, sino bueno por elevado y amigo del bien general. Un gran periódico español,¹ de esos que si fueran americanos fueran *godos*, hace notar que una de las obras más humildes de la República es la disminución de más de doscientos millones de francos de contribuciones. En orden a la instrucción popular, es asombroso el vuelo que ha tomado en estos últimos años, multiplicándose el número de escuelas en términos que, si el actual régimen permanece, vendrá a competir con las naciones del Norte que más adelante han llevado la enseñanza de todas las clases sociales.

La República y su Gobierno acaban de cometer un horrible pecado para con el partido conservador; este es el secreto, y este el motivo de los libelos que contra ella andan circulando por el mundo, muy especialmente por las repúblicas más democráticas y adelantadas. Ha puesto en ejecución una ley que había quedado sin efecto; ha despertado un dormido de algunos años; ha disuelto, en una palabra, las congregaciones religiosas no autorizadas; pues la República es una Cafarnaum, su gobierno una gazapina, Grévy un bruto, Gambetta un pícaro. Los legisladores que dictaron esa ley habrán puesto en limpio la materia: no es mío entrar en prolija averiguación de lo pasado en autoridad de cosa juzgada; digo solamente que esta providencia

¹La *Ilustración Española y Americana*. Según el *Courrier des Etats-Unis*, hasta el mes de Julio del presente año se habían suprimido 269 millones de francos de impuestos.

de la República no es crimen por el cual se la condene a muerte, negándole sus buenas obras y virtudes. Que los aláteres de Chambord, súbditos de Enrique V, campeones de la bandera blanca, entren en combate con la flor de lis en la mano, podemos llevar en paciencia; que los bonapartistas hagan la guerra a su modo, puede también pasar; pero que republicanos de convicción y demócratas de nacimiento anden pidiendo al cielo la caída de la república en nación como la francesa que tanto puede con nosotros, esto es lo que no le cabe a uno en el juicio. Los días de Nerón, los de Diocleciano han vuelto a Francia, después de recorrer su órbita obscura en más de doce siglos. Un hijo de Pablo Feval llama a la puerta de un convento. ¿Qué quieres, chico? Vengo para que me disuelvan junto con los padres. ¡Joven sublime! entra a recibir la corona del martirio. Llegan los policías: Tan, tan! ¿Quién va? ¡Agentes del Gobierno! ¿Qué quieren? Traemos una orden. No hay órdenes contra Dios.

¡Santo Dios! ¿qué dioses ésos competidores del alto y poderoso que reina en los cielos y tierra? Gimen las hachas, caen las puertas: Reverendísimo padres, sed servidos de disolveros: *si vobis videtur, discedite*. ¿Disolvemos? ¿qué es disolverse, bellaco? responde el superior atrás de un montón de barbas, que Dios sabe si son postizas. ¿Disolvemos decís? ¿a qué llamáis disolverse, pícaro de más de marca? ¿se disuelve Jesucristo? ¿se disuelve San Pedro? ¿se disuelven los ángeles, alma de búho? *Par Dieu!* replica el comisario, yo no vengo a dilucidar con vuestros reverendos puntos contenciosos; vengo a cumplir una orden, y nada más. ¿Orden y nada más, pedazo de estuco? ¿qué es orden y nada más, cernícalo lagartijero? Al comisario se le erizan los bigotes, le crujen los dientes en las mandíbulas, y echando de la una oreja a la otra el sombrero de dos picos: ¡*Sacapapié!* ministriles, cumplid vuestro deber. Los gendarmes se llegan al mártir que se ha echado de largo en el suelo: Padre, no nos obligue vuestra reverenda a servirnos de la fuerza: dígnese ponerse de pies. Mátenme, responde el fraile. No venimos a matar, a nadie, padre, sino a poner a vuestras reverendas en la calle, para que cada cual se vaya a su casa. Mátenme, repite el fraile, y se aferra contra los ladrillos. Los gendarmes, lo más delicadamente posible, vertiendo lágrimas, dicen los católicos llorones; torrentes de lágrimas; lágrimas de gendarme, toman al provincial entre cuatro de ellos, uno de cada brazo, otro de cada pierna. El fraile, como cadáver, *tanquam ac cadaver*, se deja sacar sin forcejear, justo es decirlo; mas no sin protestar ruidosamente y sin mandar a los quintos infiernos a la República, la democracia, el Gobierno, el presidente, los ministros, Gambetta, Ferry, Constant y más herejes que así les privan de su comodidad.

Como el tirarse a tierra, el agarrarse a las patas de las tarimas, el hacer barricadas con los muebles había sido santo compromiso de todas las comunidades, así lo hicieron desde Tolosa hasta Bolonia. Los dientes le han sudado al gobierno de la República, para mondar el haza en los más de doscientos monasterios que habían caído bajo la jurisdicción de la ley. *Legem, res surdam, inexorabilem esse;* y han echado la gota gruesa los pobres cor-

chetes sacando en brazos las barrigas desafortunadas de los benedictinos, los pescuezos descomunales de los capuchinos. Los jesuitas, gente más advertida, no estuvieron por dejarse arrastrar: con sus propios pies, los pobrecitos, ganaban la calle, llevando en sus propias manos cositas de oro que ellos se tenían allá para sí en bien de la religión. ¿Y el hijo de Pablo Feval? ¿dónde está el niño mártir? Muchacho, le dice el comisario, ¿y tú qué haces aquí? He venido para que ustedes me expulsen del convenio junto con los padres. El comisario le toma por una oreja y le pone en el corredor. El hijo de Pablo Feval, la corona del martirio en las sienes, sube al cielo. ¡Dichosos católicos! No serán tortas y pan pintado lo que me den estos señores, Dios de misericordia: Para llamarle impío a un buen cristiano, bribón a un hombre de bien, comunista a un campeón de la libertad, *petrolero* a uno que no usa ni aceite de almendras, ellos son: mansedumbre, bondad de Jesucristo, en ellos: caridad, perdón, ellos. Salsa de perro, cara de caballo, alma de bayeta negra, ¿qué no es el que no profesa sus opiniones de buena o de mala fe? Y aun no tan malo si no es más que esto: aínas le califican de ladrón, asesino y blasfemo; pero sin dar la cara, porque a nadie le gusta que le manteen como a Sancho, ni que le suelten por esas calles bañado en alcohol y prendido en fuego.

Pregúnteme si yo hubiera hecho lo que Gambetta; yo responderé que no; adolece de envidia esto de quitarle a un capuchino el capón de la boca: y tengo por ojeriza reprehensible no dejarle al buen padre benedictino beber del vino que le gusta. En España los franceses son carísimos; pues tendrán que hartarse de valdepeñas, y ahí se las den todas a Gambetta. Don Tomás Cipriano tampoco se anduvo en chinitas: padres y madres se fueron a buscar la vida en otra parte, habiéndoles roto las ollas de Egipto el viejo reformador. No le habrá sido bien contado a don Tomás en ese tiempo: el infierno está listo para cualquier picardihuela; ni puede nadie alzarle los ojos a un Plutón de estos metido con cabeza y todo en el pesado abismo que llaman hábito. Hoy no hay quien se acuerde de la famosa alcaldada de Mosquera, ni en Colombia; y no hay quien no se desgañite, aun en Colombia, contra ese don Tomás Cipriano sin espada que está dando la ley a orillas del Sena. La razón es que los del uno son hechos consumados, y los del otro tienen que pasar rompiendo las filas enemigas para consumarse. El bautismo de hiel y tinta de los periódicos es sacramento que imprime carácter: el que pasa por él, ya tiene nombre, y es persona. Quemada la frente, herido el corazón triunfa por fuerza de la naturaleza, y es hecho consumado. No hay cosa más dura que el hecho consumado: éste es la lima de la zorra; los que le muerden, muerden en vano, y gritan y padecen, y al fin se quedan en silencio.

Mi ánimo era insinuar que, gracias a unos pocos hombres bien intencionados, la República Francesa estaba medrando a ojos vista de las monarquías de Europa. Uno solo, como esté en su mano comunicar movimiento a la política, puede formar un buen gobierno: donde la voluntad de un perverso es ley, y las extravagancias de un tonto no sufren contrarrestos, la nación está

perdida. Tal sucede en el Ecuador, la más desgraciada, sin duda, de las repúblicas hispanoamericanas. Los extranjeros que llaman *ilustrado* al moloso que le tiene en los dientes, ¿saben lo que dicen? Tan fecunda es la materia, que después de dos Catilnarias, hay pruebas tan esenciales de la ilustración de aquel Maximino, que no sufre la verdad las omitamos. Presidentes ilustrados, gracias a Dios, los hemos visto desde el Plata hasta el Funza, desde el Orinoco hasta el Apurímac. En Buenos Aires, tomando el agua no de muy arriba, don Domingo Sarmiento, Avellaneda, hombres civiles de facultades eminentes. Entre los militares mismos, sabido es que el general Mitre así meneaba la espada como gobierna la pluma. Roca, el actual presidente, no le va en zaga, y procura emular a los mejores gobernantes.

Desde don Manuel Montt, Chile ha visto al frente de la República sus hijos más beneméritos: Errázuriz, escritor de los primeros, reformador astuto, patriota sin mancilla. Pinto no es letrado ni literato; pero sí hombre de juicio recto, y no extraño a los secretos de la política. En cuanto al Perú, don Manuel Pardo es tenido en opinión de haber sido uno de los peruanos más ilustrados y hábiles. Colombia no es ganga de los ineptos: Don Tomás Cipriano de Mosquera debió a su talento no menos que a su fuerte brazo la preponderancia con que sirvió de guión a un gran partido. Ospina es antiguo de profundos conocimientos, diestro escritor y terrible polemista; es uno como Luis Veuillot que ha ceñido la banda presidencial. Murillo salió por sí mismo de la obscuridad, y brilló bajo el solio por sus méritos. Santiago Pérez es uno de los más aventajados escritores de Sudamérica, habiendo cultivado varios ramos de la literatura. Por lo que respecta al presidente actual, don Rafael Núñez, todos saben que es gran pluma, sin que escascen los conocimientos en ninguna materia que toma a pechos. En Colombia no es inútil la inteligencia, y menos perjudicial, como en su infortunado vecino: donde la ineptitud es infanta heredera, la inteligencia muere, si no huye; donde reinan crímenes, y vicios son monarcas, las virtudes hacen sombra que conviene disipar. Ignacio Veintemilla no sabe leer ni escribir: el círculo de sus ideas es tan estrecho, que no sale de un restringido epicureísmo; conocimientos en historia, economía política, derecho de gentes, mal ha de tener uno que no puede averiguarse con el libro. Y con todo, personas hay en el Perú, en Colombia, que le llaman *ilustrado* y encarecen la bondad de su gobierno. Sobre el Perú no gravita el horrible cargo que con este fundamento pudiéramos hacer: los apologistas del opresor son gente de allende el mar, de esos que entran por todo, sin que obre en ellos deseos del bien ni les mueva patriotismo. Pruebas llevamos aducidas de la ilustración y la rectitud de aquel singular presidente de una república; ¿gustaríades de otra no menos trascendental? Miradla aquí:

Por decreto ejecutivo, Ignacio Veintemilla da súbitamente abajo con los profesores de la Universidad de Quito, quienes se hallaban posesionados de sus cátedras habidas por oposición. Los estudiantes, ofendidos, dirigen al Gobierno una solicitud en forma de protesta: Ignacio Veintemilla, imaginando que ese es el caso de mostrarse valiente y hombre que sabe, respon-

de con orden de persecución a muerte. El panóptico, o casa de penitenciaría, recibe a los jóvenes más notables de la capital y las provincias: sometidos al régimen del palo, ven lastimados en ellos los fueros de la sabiduría y la esperanza. Azotar a los jóvenes en el patio de una casa infame, los jóvenes de la Universidad, es azotar el porvenir. Estas penas de hecho sin ley que las autorice, sin juez que haya desentrañado el delito, sin sentencia que las vuelva inevitables, son la obra de la barbarie que más irrita a la equidad, que más aflige a la justicia. Sin equidad ni justicia, sin ley ni juicio, ¿qué ilustración? ¿qué civilización? He allí, pues, un bárbaro tan torpe como feroz, proclamado “hombre ilustrado, cuerdo gobernante”, por la codicia, prostituta medio loca que se anda echando mentiras por el mundo. Venid acá, patronos de la barbarie: o es falso este último escándalo, o Ignacio Veintemilla hizo bien de cometerlo: no lo primero, puesto que es verdad notoria hasta para las naciones vecinas; no lo segundo, porque lo absurdo no prevalece dentro de los límites de la razón. El que obra sin ley ni derecho, rompiendo por las cosas más respetables, al modo que los bandoleros penetran en el tabernáculo y roban los vasos sagrados, ése no solamente es bárbaro; es también malhechor, insigne malhechor, a quien deben perseguir los hombres de bien de todo el mundo. La Universidad es el templo de la sabiduría; en él enseñan unos, aprenden otros los secretos de la felicidad de las naciones; y en esos jóvenes ciudadanos está viendo la patria desde lejos sus legisladores, sus jueces, sus jurisconsultos, sus médicos, sus poetas, sus generales, sus sacerdotes, sus hombres de gobierno: el que azota ese golpe de muchachos condecorados por el porvenir, azota y escarnece la ciencia y las virtudes. Matar las esperanzas de los pueblos con los filtros de ignorancia, envileciendo y apocando a los que se crían para hijos y padres de la patria, delito es de esos para los cuales, por inverosímiles, las leyes no han señalado pena. Tú, niño de pundonor, ¿qué pensabas cuando debajo del poder de un negro recibías en el cuerpo la vara que lastima el corazón más que la piel? ¿era ilustrado, sabio gobernante para ti, la bestia sin freno que había puesto el azote en manos del verdugo? Sí, esa bestia sin freno, sin luz moral ni intelectual, es “hombre ilustrado” para los que se empuercan con el asco de la paga. Dinero es el héroe de los vicios: ¿qué no alcanza este rufián poderoso?

Las protestas de los católicos franceses contra el gobierno han sido mero pretexto de bravíos desahogos: el Gobierno, sordo a la injuria, no ha puesto la monta sino en la ejecución de su orden emanada de la ley. Si Grévy fuera tan ilustrado y cuerdo gobernante como Veintemilla, el palo hubiera andado en Francia de modo de venirse abajo la República: ni tuerto han dejado de decirle a Gambetta los benévolos papistas: ese jayán tiene pelos en el corazón, y tal correa, que si le tiran a la cabeza el cántaro de Xantipa no sale de sus casillas. ¿Qué palos, qué látigos en Francia a causa de las protestas? Los húngaros protestaron contra la idea de federación que suponían en el emperador de Austria; protestaron como audaces y atrevidos: Francisco José no mandó a Spielberg a los autores de la protesta, condenados a *carcere duro*. La majestad de Ignacio Veintemilla, más delicada, más excelsa, no ha

podido sufrir una solicitud, y ha puesto su desagravio en manos del verdugo, ése que cuando no mata el cuerpo, mata el alma con la infamia. La firmeza de los estudiantes los ha salvado de ello: con valor para resistir el trato de los negros que les daban los sayones, se han burlado del malhechor; ni el palo ni el hambre han podido una mínima con esos muchachos a cuyos ojos ha estado presente la honra. Contraprotesta a látigos; ¿hay bruto extravagante? ¿y de qué le hubiera servido esa contraprotesta cuando todo el mundo estaba viendo de los medios que se servía para arrancarla? Su fin era humillar, su timbre es humillar. Obra de grandes, obra de buenos es elevar, acrisolar, comunicar nobleza a los con quienes tratan como superiores. El flujo por envilecer acredita corazón depravado, alma baja. Si los hombres tuviéramos roce con los seres divinos, su contacto nos sirviera de purificación: inteligencia, virtud, crece y más crece en nosotros a medida que vamos cultivando las relaciones celestiales. Nadie se tenga en algo sino en cuanto se juzga capaz de enseñar y mejorar a los que tienen que hacer con él: si pervierte es inferior a ese a quien corrompe: el desmejoramiento de los que nos oyen y escuchan, los que reciben el peso de nuestras acciones, es pérdida para nosotros, si pícaros y corrompidos tienen algo que perder. ¿Qué galardón es este de apocar, deprimir a nuestros semejantes? Si nos seduce la fama de ser temidos por más fuertes, labremos esa pura y brillante que nace de las buenas, grandes obras: para fama, negra fama, también la tienen los ladrones: éstos son superiores a los a quienes roban y matan. La fama de los tiranos, ésta es: la de los tiranuelos, todavía más ruin. Filósofos, poetas, grandes hombres nos subyugan, nos pueden; ¿a látigos, pregunto yo? Nos hacen confesar nuestra inferioridad, nos obligan a jurarles admiración con ese torniquete encantado que tan profundas y delicadas sensaciones causa en nosotros, esto es, la inteligencia revestida de sabiduría o empapada en poesía.

Un palaciego del tiranuelo Ignacio Veintemilla ha desaparecido de su casa y la ciudad: madre, esposa del infeliz echan a andar por esas calles en demanda del hijo y el marido. Nadie sabe dónde para, nadie da razón del hombre que tantas lágrimas les cuesta ya. Busca buscando, llora llorando, saben al fin se halla preso; preso, mas no en dónde ni por qué. La prisión es rigurosa: ni comida, ni vestido: ¿y cómo protegerle, cuando su calabozo mismo es un misterio? Si la muerte, si el destierro, nadie lo alcanza; unos decían que había sido ya asesinado y enterrado secretamente; otros, que estaba andando camino de las selvas de Napo y Amazonas. El máscara de hierro no fue personaje más oculto y escondido. Una noche un hombre pálido se presenta de súbito en casa de una anciana: mudo, tético, allí está sin atreverse a abrir los labios. La anciana se le tira al cuello: ¡Hijo, hijo de mi alma! ¿no estás muerto? Sale una mujer joven de la recámara, y se abraza con el espectro: ¡Fidel! ¡Fidel! grita entre sollozos. Era el máscara de hierro; había salido de la prisión. Salió, para huir, para buscar un agujero en donde las

miradas de los hombres no escudriñen la noche de su alma, rompiéndole con los ojos el secreto que le abruma, la vergüenza que le mata.

Abelardo es la fábula de las gentes; Fulbert el odio de la naturaleza herida y descabalada.

No hay en estos países sino un ejemplo de este crimen, me ha dicho una persona antigua de Colombia: Sarria, con tener su venganza reflejos de legitimidad, llenó de espanto estas provincias. Veintemilla es un monstruo: a él no le abonan siquiera los celos legales.

El caso fue que un hombre llamado Sarria tenía un compadre; tan estrecha la amistad entre ellos, que no conocían mío y tuyo; amistad santificada, en cierto modo, por los vínculos de ese parentesco sagrado que contraemos en la pila bautismal. La mujer de Sarria era como hija o hermana de su compadre; ciega la confianza entre ellos. Hermosa, en la hora menguada, y pérfida esa mujer, y desleal. Sarria, jayán de entrañas duras, no era suave sino con su padre. Un día su esposa echó de ver que estando en silencio, fija la mirada en tierra, encapotó la frente y frunció en entrecejo; la mujer tembló; el crimen es animal inquietísimo. No hubo nada esa tarde. Al otro día, Sarria, de muy buen humor, pide el almuerzo antes de lo acostumbrado. ¿Y por qué? pregunta ella. Hija, si tengo que ir a la hacienda: más de veinte novillos quedaron sin herrar la otra semana. Almuerza el huaso: vengan los zamarras de cuero de chivo, las espuelas de rodajas como la rueda mayor de la máquina de Cortliss. Abraza a su mujer, le pasa la mano por el cerro a su buena mula; monta, se va, despidiéndose hasta el sábado. Allí vuelve; algo se había de olvidar: Rosa, a mi compadre, que no se me descuide de la chúcará. Y se va otra vez, ahora de veras y del todo.¹

Son las dos de la mañana: golpes a la puerta del dormitorio: ¡Abre, o echo abajo la puerta!

*Azque dio una gran voz
Diciendo: ¡Abrí esas ventanas!
Los que me lloráis, oídme.
Abrieron, y así les habla.*

A Sarria no le abrieron: él la echó abajo; pero cuando se botaba furioso adentro, dos personas se tiraban por el balcón al solar vecino. La mujer vuela, gana la ciudad, salva la vida en un monasterio; el compadre, como si le hubiera tragado la tierra. Sarria, oculto a su vez, se dejó estar en acecho algunos días. Ha descubierto al fin el paradero del seductor en las afueras de Popayán: lanza en mano, invade la casa que le sirve de refugio; tírase el delincuente otra vez por la ventana, huye, corre por esos trigos; su compadre, atrás, le pisa los talones, le coge, ¡ya le coge! Rendido el prófugo, cae debajo de un guayabo: Sarria le ata al tronco, le ata muy de propósito. El sacrificio fue consumado, Sarria quedó satisfecho, los tribunales le absolvieron.

¹La mujer era Rosa Croches, el marido Pío Quinto Toro.

No nos engolfaremos en discurrir ahora acerca de la crueldad del reo y la sentencia de los jueces; bástenos recordar que la mujer de Sarria fue su esposa ante Dios y ante los hombres; que su compadre era para él como hermano, y que los había tomado *in flagranti* delito de adulterio. Si algo pudiera disculpar acción tan atroz, sería este conjunto de graves circunstancias. Ignacio Veintemilla no reivindicaba sino los derechos del incesto, *volviendo por la honra* de su difunto hermano, cuando hacía castrar a su médico en un sótano a la luz de una lámpara criminal. Personas respetables, con fianza de sus nombres, han hecho denuncia de este nuevo atentado a la América civilizada: la ilustración, la civilización de ese facineroso tienen notorios fundamentos.

¿Cómo no ha de ser hombre ilustrado, juicioso gobernante, cuando suprime el sueldo, esto es, impone multa a la Corte Suprema, por no haber sus vocales asistido a *las barricadas*? Las barricadas de Quito son una comedia donde una soez ramera hace de primera dama, con los Comentarios de César bajo el brazo. Venían de hacia el Norte un torbellino de chagras con palos y garrochas como para bueyes: las tropas del gobierno, veteranas, eran dos mil valientes cholos con sendos Remingtons de los mejores. El general se encierra en la plaza mayor, construye barricadas, irrogando con ellas una ofensa gratuita a sus batallones que no podían sino dar sobre el enemigo. El general gasta un millón de cápsulas en matar los campanarios, las torres, las paredes de la ciudad. Por un tiro de escopeta que hacía allá un fraile desde la ventana de su celda, la valerosa dama cuatro o seis descargas generales, sin que nadie supiera contra quién. La artillería, más que en Waterloo, hizo destrozos ese día memorable, en las puertas de las casas vacías, los tejados, las bóvedas de los templos: para algo le habían de servir los Comentarios de César a esa que, habiendo pasado la edad de la prostitución personal, entendía en la de los otros: especie de madre Celestina con casaca, va y viene, y difunde la cobardía, y vende al miedo la honra, y entrega la vergüenza al que se la pide a media noche. Los chagras se han ido a sus casas, la revolución se ha concluido: ahora es cuando más le sirven los Comentarios de César a la señora de gorra: ¡fuego a las torres! ¡descargas cerradas a las iglesias! ¡cañonazos a los balcones! ¡Oh día de valor y hazañas memorables! Gente muerta, en gran número: viejos, mujeres, niños: la señora ha venido al fin a persuadirse de que es hombre de batalla. La madre Celestina es famosa en España; Quevedo ha inmortalizado a la madre Labrusca; la madre Planosa es celeberrima en Burgos; la madre Guía en Madrid; la tía Cornelia, con haber ascendido a ministro de Relaciones exteriores, ha vuelto insigne a la ciudad de Quito.

Los chagras se fueron, como queda sentado: su excelencia el general Ignacio de Veintemilla cae como un rayo en el campo del honor y el heroísmo: ahora, ahora es cuando debe venir el valiente, puesto que ya no hay guerra. Vino, vio y venció. . . a los vocales de la Corte Suprema; y les impuso mul-

ta, por no haber asistido los buenos de los viejos a las barricadas. Las personas que componen ese augusto tribunal suelen ser hombres maduros, si no del todo ancianos: la ley misma los excluye, por su edad, del servicio de las armas; ¿ahora su dignidad? Varones que tienen la balanza de Temis en la mano, de suyo son respetables, ya por su grandioso ministerio, ya porque sus facultades físicas no les abonan para la guerra. ¿Quién les había requerido, por otra parte, para que concurriesen a ese espectáculo miserable? La misa, dígala el cura: así como los militares no tienen obligación de ir a apoyar con sus consejos a los ministros de la Corte Suprema cuando va de un escabroso litigio, así éstos no la tienen de encerrarse en *las barricadas* junto con la prostituta consabida.

En yendo de la patria, la libertad u otra causa grande, viejos y niños, en buen hora, hagan suya la defensa común: mujeres han dado muchas veces ejemplo de valor y denuedo, desde la romana Clelia que se arroja al Tíber, hasta la española Agustina en las murallas de Zaragoza. Mas por un garañón que se está titulando ahí jefe supremo, mediante una felonía, ¿qué deber les corría a viejos, mujeres y niños de tirarse a las barricadas, no a morir, pues no había quien los matara, sino a cubrirse de ridiculez y prostitución rozando con la mujer de mala vida que allí estaba vestida de hombre con título de jefe de la plaza? En las grandes ocasiones la bandera del profeta es izada en el palacio del Gran Turco, y ésta la señal para que todos los hombres, desde los siete hasta los setenta años, se presenten a tomar las armas. Ignacio Veintemilla se estima en tanto como el Gran Turco: delito es de lesa majestad no botarse a defenderle, sea uno viejo, sea joven; sea varón, sea mujer. Un anciano que ha pasado la vida en destinos subalternos; maduro de caerse; sin fuerzas ya ni para portero de la oficina que le tolera de lástima; este anciano, apoyado en su bordón, temblándole todo el cuerpo, se presenta en casa del excelentísimo señor jefe supremo. Taitico, ¿qué quieres? le pregunta el gran hombre: Señor, vengo por ver si vuecelencia manda devolverme el sueldo que me han suprimido. ¿Estuviste en las barricadas? No sea, pues, tan tonto, señor: ¿cómo he de estar en barricadas ni reductos, cuando a la sepultura no puedo ya llegar sino en brazos ajenos? A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; el jefe supremo no mandó fusilar ese anciano, ni se dejó arrebatar de la ira; antes se encendió en vergüenza cuando el viejo le hubo hecho ver la demasía de su estupidez. Dicen que la nariz se le hinchó que parecía hígado de toro; las orejas se le pusieron como palas salidas de la fragua; los ojos, revueltos en materiales inmundos, se le clavaron en el suelo; hizo conocer el Mudo, en una palabra, que el viejo le había dado en las mataduras. Cuando salió el chocho, el jefe supremo alzó la cabeza y dijo: ¿Han visto ustedes la necedad de este Matusalén? quería irse a la sepultura con sus propios pies.

Camilo Furio no les impuso multa a los senadores porque no se habían encerrado en el Capitolio junto con los restos del ejército roto y destruido a orillas del Allia: esos varones ilustres, clarísimos y espectables, metido cada cual en su trabea o vestido rozagante, empuñado el cetro de marfil que era

su insignia, se estuvieron gravemente en el Senado hasta cuando los galos llegaban a cortarles la cabeza. Espada para el soldado: en manos del senador, el cetro de marfil. Por causas grandes, como queda dicho, el viejo es joven: por causas ruines, ojalá no hubiera un solo hombre de bien y pundonor que expusiese vida ni sosiego. Los ladrones, defiéndanse ellos; pero no: son los que menos se molestan, puestos en cobro cuando los demás están peleando. Ignacio Veintemilla, que impone multa a los vocales de la Corte por no haber estado en las barricadas, en lo que menos piensa es en acudir al peligro; por su parte, come, come y más come; bebe, bebe y más bebe en Guayaquil, la puerta de la República. Triunfan los soldados, suya es la victoria; mueren los soldados, él se embarca repleto de dinero y se va a Europa a comer, beber, dormir, jugar y llevar adelante su vida de padre de los vicios.

¿Cómo sucede que este caballero del milagro haya venido a ser dueño absoluto de un pueblo que se titula civilizado y libre? preguntarán quizá las repúblicas vecinas. He lo ya dicho, y con fuerza; pero como el verdadero autor de esta situación lamentable lo echa todo a doce, sin tener cuenta con verdad ni buena fe, lo habré de repetir en pocas expresiones, a fin de que los sucesos, a fuerza de dar golpes en el entendimiento y la memoria de ciertos pícaros grandemente culpables, queden, si puede ser, grabados en ellos. Un indio echado del Perú por ser espía de los chilenos, ha publicado en Panamá cinco piezas de increíbles falsedades, ocultando su patria y su nombre, como prueba de las mentiras que daba al viento sin género de fianza. Ramón Borrero no es Ramón Borrero; ni es de los morlacos de quienes don Francisco José de Caldas habla con tanto encarecimiento en el *Semanario*; es Juan Francisco Rodríguez, de la ciudad de Loja. Quien así se oculta para ver de hacer cargos tan graves, deponiendo está contra sí mismo: la verdad infunde valor en el ánimo más flaco; para decirla, el que se siente fuerte con ella no principia por negarse a sí mismo, renegando de su prosapia, y hasta del lugar de su cuna. ¿Por qué Ramón Borrero, esto es, Antonio Borrero, ex presidente de la República del Ecuador, no dijo con firma lo que ha dicho con otra fingida y apócrifa? Porque él sabía muy bien que lo que estaba estampado en el papel respecto de los pocos liberales de rectitud, todo era falso. Se ha excedido ese cautiverio en términos de poner en mis labios palabras que, si no son de él, son de canalla que sólo en él puede hallar semejante; y esto sin tener advertencia a cronología, verosimilitud, lógica, nada. El primer paso de la revolución de Ignacio Veintemilla fue mi destierro, a causa de una obra que él estimaba perjudicial para él de todo punto. Entre Antonio Borrero y esa revolución, yo no habría vacilado entonces, ya porque este zanguajo, de liberal acababa de volverse terrorista, ya porque nadie podía imaginarse que ese caballo bendito de Ignacio Veintemilla había de prevalecer por los crímenes y los vicios sobre todos los tiranuelos de Sudamérica. ¿Y no traté de ponerlo a un lado sin pérdida de tiempo, quizá por una visión profética de lo que había de ser este malvado? La revolución, podía quedar; mi empeño de hombre de bien fue destruir al propio tiempo la causa de las

negras cosas que estamos viendo y padeciendo. Si ahora fuera de mi competencia poner al frente de la República uno de esos raros personajes, yo diría que uno y otro son peores. Don Antonio Borrero, único en su especie, tuvo para sí que le habíamos sacado en la noche de su vida, no más que por dar espacio a su índole afectuosa: todo lo reducía al amor ese Diego Marcilla.

*Del amor sus desventuras
Salen y en él van a dar.*

Vuelto de mi destierro, tomo el hilo de mis escritos y encrudezco mi oposición al infame Veintemilla: ¿cuándo, a qué hora he dicho las indignidades que ha puesto en mi boca el miserable Borrero? Tan luego como hube desembarcado en Guayaquil, principié mi campaña sin cautela; de tal modo que Urbina recibió orden de sacarme otra vez inmediatamente del Ecuador. El viejo porquerón tuvo miedo: los jóvenes liberales estaban rugiendo todavía, y no le hubiera sido bien contado al zorro, si ejecuta la orden de su señor. Después de eso *El Regenerador*, *El Consejo de guerra*, *Vicente Piedrahíta*, *Eloy Alfaro*, muestras de acendrado patriotismo e increíble audacia una tras otra, el veneno al frente y el puñal a la espalda; ¡y he allí que un trotaconventos llamado Antonio Borrero se mete en el albañal, y sin ser visto de nadie, grita que Ignacio Veintemilla es obra de Juan Montalvo! Ignacio Veintemilla, por el contrario, negaba haber hecho revolución: "No he hecho sino salvar a la República de Montalvo y los radicales", dijo repetidas veces. Luego la revolución de Veintemilla no fue la mía. Lo dije ya; pero a sordos ¿qué palabra?; pero a necios ¿qué razón?; pero a inícuos ¿qué verdad?

Una noche fui a una casuca del barrio de la Recoleta en la ciudad de Quito. Había guardia en el zaguán, centinelas en la puerta de calle, desdiciendo este aparato de la desnudez de esa pobre morada. Entro a un aposento, una vela apagadiza está allí muriéndose de tristeza; el moco de la torcida, largo de una pulgada, ruega en vano por las despabiladeras. Donde habitan almas oscuras la luz no tiene protección. Un hombre está acurrucado en una esquina de la sala: llégome, háblome; es un morisco trasquimocho de catadura poco excelentísima ni presidencial. Juntas y a nivel las piernas, tiene las manos metidas entre los muslos, bien como si estuvieran en el cepo a causa de un prodigio de esos que llaman hurtos. Caída la cabeza, tiene la quijada clavada en el pecho. Levanta sesgamente los ojos, quiere ponerse de pies, y se queda a medio camino torpe y sin maña. Como no ha sacado las manos de entre las piernas, al enderezarse a medias ellas han quedado en la bragadura. Así me está mirando por sobre el párpado el hombre tenebroso. Yo hago los honores de su casa: Siéntese, señor don Antonio. Se sienta. Cúbbrase. El zoquete alarga el brazo, toma por ahí un objeto y se lo cala: Era la gorra del coronel Polanco, visita recién venida. ¡Y digo si estaba ridícula esa cara de notario de la curia con cachucha militar! Señor don Antonio, vengo

para ver si evitamos una calamidad pública: los liberales del Guayas me han autorizado para entrar con usted en arreglos. Sin esto, la revolución es un hecho. ¿*Rebulución*? contestó, abriendo unos ojos que parecían anteojos. Sí, *re-bu-lución*, dije, cargando el acento en la *bu*. Don Antonio se quedó callado. ¿Qué es lo que piden los masones? dijo al fin. Una prenda de la lealtad de usted: por ahora se contentan con que nombre usted ministro al señor Carbo.

“¿Qué dirán los señores obispos!”

“Los señores obispos dirán que los liberales no hemos elegido presidente a don Antonio Borrero a pesar de ellos, para que ellos manden sin contrarresto y den la ley de la sacristía. Los señores obispos no son la República; ni la política es negocio de su voluntad exclusiva. Vamos, don Antonio, pecho al agua”.

“¿Y qué dirán los señores liberales, si usted los pone así debajo del poder de esos Poncio Pilatos que los han tenido entregados a los judíos durante quince horribles años? ¿le hemos sacado a usted de su hogar doméstico para que nos venda de este modo y se burle de nosotros? No queremos perseguir a terroristas, clérigos ni clericales; pero no queremos tampoco ser otra vez víctimas de ellos. *Nihil timendum*, señor don Antonio”.

“¿Qué dirán los señores obispos!”

“Los señores obispos dirán que el hombre que le debe todo a un partido, si es justo, leal y prudente, no se vuelve contra él puñal en mano, agavillado con sus enemigos perpetuos; dirán que la buena política consiste en no ofender e irritar a dómynes que pueden mucho, ya por la inteligencia, ya por la audacia; dirán que el mejor gobierno es el que se compone del mayor número de hombres notables por las luces y las virtudes; dirán que ya es crecida generosidad en los liberales proponerle a usted convenio, después de esta como traición que nos ha hecho”.

“¿Qué dirán los señores obispos!”

Vamos; con este bruto no he de hacer cosa. “¿Qué dirán los señores obispos!” y para decirme esto, siempre esto, nada más que esto, se había puesto gorra de soldado.

“Oigasé, me dijo cuando me estaba yendo lleno de cólera: nombraré ministro al señor Carbo; pero no ha de haber *rebulución*”.

“¿Qué dirán los señores obispos, señor don Antonio?” pregunté volviéndome. Bajó los ojos, y repuso: “Vaya, proponga por la imprenta la combinación; pero no antes de haber escrito a mi hermano Ramón: si él aprueba nuestro convenio, delo por cosa hecha”. Escribí a su hermano Ramón: le escribí al indio pícaro. “Sabia combinación, contestó a correo vuelto: ella le salva a Antonio, ella salva a la República”. Cuando a mí me contestaba esto, a Antonio le decía: “¿Y qué dirán los señores obispos?” Propuse el convenio por la imprenta: el grandísimo bellaco de don Antonio nombró ministro ese mismo día a un enemigo mortal de los liberales. ¿Qué dirán los señores obispos! ¿Y qué dirá el señor obispo Ignacio de Veintemilla cuando se acuerde que el señor morisco Antonio Borrero le puso la *rebulu-*

ción en las manos? Tampoco nosotros la íbamos a hacer; pero el ilustrísimo señor obispo Ignacio de Veintemilla salvó a la República de Montalvo y los liberales. Así es como es presidente este egregio Capador. Uno de los dictados que más aprecia el Gran Turco es el de matador: Ignacio de la Cuchilla a trueque de ningún título diera el de Capador. Hablando yo una vez con ciertos godos ecuatorianos respecto de la desventura de la patria y su tiranuelo, fueron de parecer que para el malvado el talión era la pena. Querían castrarlo esos buenos católicos, a modo de caridad y santa justicia. Napoleón el Grande le prohibió al papa castrar muchachos para el canto del *Miserere*: Si no hay Napoleón que le salve y ampare, los católicos del Ecuador le castran al castrador el día que le puedan haber a las manos. Como yo no tengo parte ni arte en esa brutal administración de justicia, ni apruebo esa negra sentencia, no me amargaré verle apacible al Mudo, y suelto sin perjuicio de nadie. Por lo menos le habrán librado de las estacas de los yangüeses; pues entonces no habrá tomar mal siniestro; y esto es no poco servirle. Los católicos tiran a dos hitos, o hacen una vía y dos mandados; le ahorran las estacas al señor de Veintemilla y les ponen en salvo sus yeguas a los dichos yangüeses. Esos sí que lo pueden todo sin hacer mala, sino buena obra; Sarrias benditos, manos a ella!

Un hombre tan injusto como necio, tan cruel como canalla, me anda moliendo de día y de noche con esta admiración: ¡Un hombre solo! ¡un hombre solo azota, mata, hace temblar el mundo: qué liberales los del Ecuador, qué pueblo! Faltaba el menguado a toda clase de miramientos, así como faltaba a la razón. Era yo su huésped involuntario, me hallaba a la sombra de un pabellón respetable, amenazado de muerte por el famoso García Moreno, y me insultaba de este modo a cada instante: “¡Qué país éste, qué gente! ¿qué liberales!” Y todo en mi presencia. Si yo era víctima inerme de aquel huaso, no hay para qué se diga; pero inútiles las ofrendas violentas con que yo hacía por contenerle. La enorme borla de su gorra de mil colores se le caía a cada paso a la nariz: “¡qué país, qué gente!” El país, la gente del Ecuador tenían la culpa de la borla.

Un hombre solo... El tirano es uno; sus admiradores, sus esclavos, sus esbirros no tienen cuento. El manda, siempre es uno; los que obedecen y ejecutan, siempre muchos. Si el tirano fuera solo contra todos, es claro que no existiera. ¿Quería ese *matachín* abominable que García Moreno fuera él mismo ciento, doscientos, mil tiranos? Un hombre solo... Y no ha habido opresor más acompañado y apoyado: clérigos y frailes, todos suyos; esto es, mayoría inmensa en país donde el que no quiere trabajar se rapa el cogote y se adhiere al dictador que nunca falta, para honra de la democracia y gloria de la república. Un hombre solo... ¿Y los soldados? a fuerza de látigos y dinero, todos suyos. Sabido es que en el Ecuador los liberales son veinticinco: no es poco lo que han hecho estos jayanes con mandar a los infiernos al hijo de las tinieblas, y dar patas arriba con ese capuchino llamado Antonio Borrero. Jorge Isaacs ha dicho que no hay más que un liberal en el

Ecuador: en poco está que yo no concurra en un parecer con ese valiente chico. Y tan desemejable le juzga a ese único liberal, que le llama Micifuz: guay de los ratones diplomáticos.

Así ya empiezan a decir de Veintemilla: "Un hombre solo", y no es solo: es la suya gavilla numerosísima de pícaros. En pueblos corrompidos e ignorantes, la broza de la sociedad humana son las tres cuartas partes de la población; el de los perversos afortunados es siempre el partido más numeroso. Toda esa estopa antigua, esos cascos apolillados del tiempo de mariacastaña, que se llaman generales, todos son aparceros y corchetes de Ignacio Veintemilla: tiene cada cual su agujero conocido en las arcas nacionales, y por nada consentirán en que se lo atarugue. Jesuítas, descalzos y capuchinos, son predicadores del católico Veintemilla, proveedor del *Miserere*... Sus enemigos mismos le favorecen, le ayudan, le sirven de espías de los campeones de la libertad. Acaba un sacapotras infame de decir en un libelo que "entre Montalvo y Veintemilla no había que vacilar". Veintemilla es mal menor para la patria; pero yo no le he azotado a ese *mitayo*, ni le he inhabilitado... Había sido *el conde Patricio* echado del Ecuador por causas privadas e infamantes; ¿podía yo sufrir que se hombrease conmigo? Aquí de aquel diplomático: ¡qué país! ¡qué pueblo!

Otras veces, para estimularlos a los ecuatorianos, para animarlos, he dicho que si el pueblo quisiera, diera abajo con ese puñado de ladrones. ¿De qué medios no se vale el que ansía la libertad de la patria, la era de la civilización? Tomadme en contradicciones, escritores de la hampa; el hecho es que he cumplido con mi deber haciendo cuanto cabe por levantar el ánimo de los pueblos a deseo de grandes cosas. Causa maravilla ciertamente, que hombre como el actual dueño del Ecuador sea capaz de mantenerse bajo el solio: talento se necesita para lo bueno y para lo malo; y ese no lo tiene: ¡qué ha de tener! Bobo es, ¡oh, si es bobo! sus tragaderas, increíbles. Una noche estaban contando chascarrillos en su casa, como suele entre gente de pocas obligaciones: un guayaquileño por ahí refirió que el viejo español padre de García Moreno había tenido por costumbre tomarles el toque a sus hijos conforme iban naciendo; y la prueba era estrellarlos de barriga contra la pared. El Trabuco, el canónigo cayeron al suelo como sapos; el viejo movió la cabeza en señal de ninguna esperanza: hum, dijo, esto no vale nada. Vino don Gabriel al mundo; el viejo de su padre a tomarle el toque; alza al avechucho implume, sopesóle, columpióle en las manos muy despacio, y volviéndole la barriga a la pared, le da contra ella. El chiquito, lejos de caer como sus hermanos, prende las uñas; y no solamente se queda allí prendido, sino que se sube y se pasea en cuatro pies por el cielo raso, que era de morir de gusto. El viejo español, estregando las manos una con otra, inundado en júbilo, exclama: ¡Este es el bueno!

Veintemilla había estado oyendo con esa cara... esa cara... esa cara suya, y no digo más: concluida la verdadera historia, se vuelve a Zuled, su hermano de leche, que estaba a su lado, y, rostro a rostro con éste tan parecido a él, de la mayor buena fe del mundo le pregunta: ¿Cierto será? Pensaba

el infelizote que pudiera ser verdad pajarotada como ésa. Digan los terroristas lo que quieran, nunca me harán creer que García Moreno, recién nacido, se hubiese subido de uñas por la pared. Después las uñas le sirvieron para mucho, no lo niego.

Como esa noche la mentira tuviese viento en popa, un general llamado Cuero de Vaca contó que en Paíta había visto una cuna que se mecía sin necesidad de persona que tuviera cargo del parvulito. Cuna de cedro, decía el tragaldabas: examinando el secreto de esa complicación, no le hallé ninguno; cosa era de perder el juicio. He oído que en Europa hay aparatos cuyo agente es una hormiga; busco la hormiga, por si está metida en el asiento de la cuna, o en rendija artificiosa por ahí; nada: ni hormiga, ni pulga, ni perro que ande la noria. Con ser soldado, yo siempre he creído en duendes y ánimas benditas; si la difunta abuela de ese avejorro de la cuna no andaba en el enredo, el diablo era la máquina. Su precio doscientos duros: servía, eso sí, para toda la familia, aun cuando de cada parto nacieran siete cachorritos, como ya sucedió en Posorja con una negra que yo conozco.

Natural es que la hayas conocido, puesto que tuya es la mitad del secreto de los siete monos, respondió José María Urbina, el general de la lágrima colorada. ¡Tunante! replicó su viejo compinche; ¿soy yo negrero como tú? Para negros, amigo Pancho, con los de tu corazón pudieras formar una mitad de caballería, volvió a decir el de la lágrima colorada. Los cuales, todos juntos, respondió Cuero de Vaca, no bebieran lo que tú. En eso de beber, Panchito Vaca, Dios sabe si hemos mudado de bisiesto: aquí está Ignacio que no me dejará mentir. Seis meses ha, dijo el testigo, que yo y José María no bebemos sino por puro patriotismo, allá a la vuelta de media hora. Sin contradicción podemos sostener que estamos reformados.

Reformados... como otros que yo conozco, dijo Sánchez Rubio. Si vuecencia no lo lleva a mal, haré relación de ese cambio milagroso de costumbres. Echa tu jácara, respondió el jefe supremo; y Sánchez Rubio tomó la mano a desenvolver su historia.

LOS DOS REFORMADOS

Poco después de la guerra de la independencia vivían dos veteranos en la ciudad de Chuquisaca, los cuales mientras Bolívar y Sucre peleaban contra el rey de España en Junín y Ayacucho, ellos habían permanecido cruzados los pescuezos, rascándose mutuamente como buenos amigos y compañeros. Llamábase el más viejo don Crispín Zapote; el otro tenía por nombre Agamenón Chinchilla, uno y otro generales, por sus hazañas y servicios. Es fama que los dos ilustres raígones de esa noble guerra bebían chicha raras veces, algunas vino, muchas coñac, y aguardiente por costumbre. Agamenón, le dijo un día el general Crispín a su camarada, preciso es mudar de vida; tú bebes más de lo que cumple para tu calidad: modérate; si es posible, refórmate. Bien dices, Crispín, respondió el general Chinchilla: yo he pensado lo mismo; de hoy en adelante juro por la cruz de mi espada no tomar ni caldo de gallina.

El aguardiente irrita, lo pone a uno de mal humor, le da pesadillas de noche: no bebo.

Olvidas el peor de sus efectos, Agamenón; y es que le hace ridículo al que lo bebe: mira esa cara hinchada, esos ojos llenos de torpeza. El borracho es el demonio en cuerpo y alma. Hace dos semanas que por mi parte no consumo sino dos botellas por día, fuera del vino; y te sé decir que no me está yendo mal. ¿Y tú, Agamenón? Yo, respondió el general Chinchilla, hace un mes que no tomo sino un trago cada quince minutos, para humedecer la canal maestra y entonar el estómago. Será la pólvora esto de tener un soldado echando polvo el gaznate. Mira, hombre, ¿qué te parece este coñac que me ha llegado últimamente? El general Zapote se echa al colete un vaso de a media botella, y responde saboreando: Esto debe de venir de la fábrica; pero aún no me hago cargo: echa acá una narigadita de tu coñaquillo. . . ¿him? ¡hum! regular, regular: así, así. Conque el amigo Chinchilla toma coñac de a cinco pesos, fuera del casco. . . Como te iba diciendo, la intemperancia mina la inteligencia: no bebas, Agamenón. Mi pobre zamba. . . ahorita se me viene a la memoria: acompáñame a tomar una copa por ella. De mil amores, Crispín, puesto que tú me acompañes después a tomar otra por. . . quien tú ya sabes. Badulaque, repuso el general Zapote; y alzando el codo ambos capitanes insignes: “¡Salud!” “¡Salud!”.

Siempre he pensado, dijo Agamenón, que un caballero debe tomar una copita antes de almorzar y otra antes de comer; pero el menudeo en que has caído, Crispín amigo, es ya cosa de borrachos: deja esta costumbre, que en verdad te perjudica. Me estás debiendo la que bebí por la de. . . Paita. Cuenta y razón conserva amistad; Agamenón querido: “¡Salud!” “¡Salud!”.

Esto de beber, dijo Crispín Zapote, es el vicio que más deprava y envilece a la humana criatura: la embriaguez consume riquezas, corroe entrañas, perverte corazones, oscurece entendimientos, empaña honras: el ebrio de profesión es miembro podrido en el cuerpo social: se le debe cortar, cortar, cortar.

Tú sabes, respondió Chinchilla, que para estas operaciones usan hoy los cirujanos el cloroformo: puesto que te quieres cortar, preciso es que yo te cloroformice. ¡Tunante! replicó Zapote, riéndose con los ojos; y tomando el vaso que le ofrecía su camarada, se cloroformizaron uno y otro.

Puede uno echar un trago allá por muerte de un judío, querido Agamenón; como ahora que ha muerto Víctor Manuel; esto de beber de día y de noche, te ha de quitar la vida, dijo sirviendo dos portazos de aguardiente amarillo: toma, por la pena que te habrá dado la defunción de tu compadre de Saboya. Verdaderamente, respondió Chinchilla, yo me llevaba muy bien con Víctor. Buen muchacho: ¿no sabes que en Roma me dio un convite en el Quirinal? Quiri. . . Quiri. . . dijo el viejo Zapote, mascando su aguardiente con vidrio y todo. . . nal. Ah, sí, yo sé lo que hay en esto: Quirinal. . . ¿no es consonante de liberal? Ahora pues, si hemos bebido a la salud de Víctor Manuel, sería poco cristiano en nosotros no beber a la de Pío IX, quien también acaba de morir. ¿Será a la salud eterna de esos dos amigos? preguntó Chinchilla. Eso

se entiende, respondió Zapote; y echaron los dos su copa a la salvación del papa y el rey de Italia.

Recorramos la historia, Agamenón, y dime si desde los asirios hasta los caldeos hay un solo grande hombre que no hubiese tomado su trago. Mas no me pierdas de vista que uno es tomar una copa en vía de regeneración, y otro beber por inclinación y costumbre, como sucede contigo: no bebas, Agamenón. Y le alargó la copa rebosante de coñac superior. Te he dicho, respondió Chinchilla, que mi propósito es inquebrantable: no beberé; te ofrezco no beber. Este es de otro, ¿eh? me parece de más consistencia, agregó estimándolo despacio en los labios. ¡Pues! volvió a decir Crispín Zapote; y apecharon la tercer botella.

Esto de beber por vicio, Chinchilla hermano, es el colmo de la miseria; bebe con buena ocasión: el frío, verbigracia, requiere una copa; mira si te sienta bien cuando la empinas de propósito. El calor excita al paladar: sin esta fuerza de la vida que llamamos aguardiente, ¿qué fuera de nosotros en los climas cálidos? En el arte militar de Federico el Grande, mi querido Zapote, he visto que eran cinco las causas de beber:

*Cinco, si bien me aseguro,
Son las causas del beber:
Si llega un huésped tener,
Sed presente o de futuro;
Ser el vino bueno y puro,
Y otro motivo cualquier.*

Rióse el viejo Capote, y dijo: Esa máxima no es de Federico el Grande, con quien yo privo mucho; es de San Crispín, patrono de los bebedores. Invócale, y verás cuán blandamente pasas este bocado. El general Chinchilla tomó el que se le ofrecía y, ebrio más de las dos terceras partes, se puso a cantar en tono de rogativa: Santa Catalina, ora pro nobis. ¿Qué Catalina dices, pájaro culebrero? gritó Zapote; Crispín he dicho. *Sancti Crispinis*, volvió a cantar Chinchilla, ahora en latín, en buen latín; a lo cual respondió su viejo Mentor: ora pro nobis! Y cada santo lo asentaba con una buena porción de coñac negro.

Habrá de ser noche buena, dijo Zapote, después de doce santos, para que yo vuelva a tomar una copa; y sabe que mi palabra es oro; y *tin, tin, tin*, hizo sonar la orilla del vaso en los dientes.

He oído, Zapote amigo, que los licores fuertes son la cosa más perjudicial del mundo para el amor y sus beneficios: los borrachos, dicen, son por la mayor parte indiferentes a los incentivos de la hermosura, sin que den golpe en su corazón sino los halagos de la diosa Viña. ¡Peste! respondió su viejo interlocutor; si esto es así, juro en Dios y en mi ánima no ver, oír, oler, gustar ni palpar una copa; y puesto que no he de beber en adelante, quiero tomar una, valga ésta para todo el resto de mi vida. Si aprecias a las hermosas,

acompañame, Chinchilla; que por ellas tomamos. ¿Por ellas? no digo una sino cuatro: va por las hijas de la Eva, Crispín heroico. Y gor gor gor, no fue copa sino botella la que empinó cada uno.

Conque licor y amor implica: ¿de dónde sabes esto, Agamenón? ¿haslo visto en los autores? ¿Lecturita tenemos, eh, filosofín? ¡Viejo, no te caigas! exclamó Chinchilla, echándole mano al colete: ¿parece que hemos bebido, chico? Y agarrados uno de otro se estuvieron allí tambaleando, hasta que acertaron a sentarse de nuevo.

Has de saber que yo tenía un asiento, dijo Zapote: cuando quería beber el muy bellaco... ¿bellaco, bellaco dije? ¿no es verdad que dije bellaco? Agamenón, mira, me parece que me está andando un cientopiés por el pescuezo. Rióse como caballo el general Chinchilla, y asentándose en el hombro una descomunal puñada: ¡Con mil diablos! ¿por qué me han llenado de luces el cuarto? ¿no saben que tengo mal de ojos? ¡Edecanes! Ah, canalla...

*Tenía yo un guacamayo
Que decía quis, quis, quis.*

¿Qué preguntó el viejo Zapote alzando la cabeza moribunda? ¿guacamayo que decía quis, quis, quis? Por esta y por otras razones te decía que no debías beber. El beber y el amar se hacen la guerra: yo no bebo, luego amo. Yo no amo, luego bebo, dijo Chinchilla, y se echó al colete un vaso desmedido; después del cual discurrió de esta manera: Amar con correspondencia es ser feliz; beber sin oposición es ser feliz: luego beber y amar son una misma cosa; luego beber es amar. Yo bebo, luego amo: yo amo, luego bebo. Viejo, ¿eh? ¿echamos un traguete? Mejor será que no me lo des, respondió Zapote; pero dámelo. Esto de beber, Chinchilla hermano, por lo menos es flaqueza, puesto que no sea corrupción. Heme propuesto no beber, y no bebo, Agamenón. Dime, Crispín, morigerado Crispín, Crispín de agua, Crispín juicioso, Crispín de buenas costumbres, ¿ese propósito corre desde hoy día? ¡Y qué sandío te parió tu madre! respondió ofendido el general Zapote; propósitos semejantes nunca corren desde hoy día, sino desde mañana. Echa acá una copa. Tomóla junto con su camarada, y se puso a cantar balbuciente:

*Esta triste vida
Se te ha de acabar.*

Agamenón, todavía no es mañana... Toma, viejo, respondió Chinchilla, y sirvió un buen porqué de aguardiente. Habían echado tranca a la puerta los dos hombres sobrios, para que nadie los interrumpiera. Después de media noche, creyéndoles muertos, sus edecanes la forzaron, y tuvieron que llevarlos atrastrados a sus camas a sus generales y excelencias.

Yo no sé si es un recuerdo, o si acaba de ocurrírseme esta idea, decía madama de Sevigné tocando a una cuyo origen le parecía dudoso. Crisipo ni

Corneille nunca han influido en mí con esa su máxima de tomar lo suyo donde lo encontraban; y suyo llamaban esos filósofos todo lo bueno, de cualquiera que fuese. Antes por el contrario, le tengo horror al plagio; con decir que ni las imitaciones son de mi gusto, dicho se está que si en alguno me toman será porque no habré sabido, como madama de Sevigné, si tal pensamiento acaba de nacer en mi cerebro, o si es cosa que la tengo leída veinte años ha. La comedia de *Los dos reformados* tiene su modelo: seguro está que lectores ecuatorianos, de tan escaso condumio literario, me tomaran en la imitación; mas como han dado en leer, y hasta en reproducir las *Catilnarias* escritores de otras repúblicas, no me he de exponer a que en Colombia, en Chile, y principalmente en Venezuela, donde Aristarco ha dejado una gentil descendencia, salga por ahí un crítico sin entrañas y me grite: ¡Hola, amigo! ¿en dónde hizo usted pie para levantar el edificio de los dos borrachos? parece que en la Vida de Molière, por Glimarest, hay una cosa parecida. Efectivamente, Despreaux y Chapelle, dos íntimos amigos del gran autor, se proponen dejar de beber y reformarse. O más bien, Despreaux, condolido de la suerte de su camarada Chapelle, toma por suyo el contenerle en la desventurada carrera de la embriaguez. Mira, le dice un día, el abismo adonde te acercas sin conocimiento: detente, vuélvete atrás, abre los ojos, infeliz amigo. Chapelle se pone a llorar muy de veras. Despreaux, amigo, tú me salvas; ¿beber yo? ¿beber? ¡Jamás! Y toma una copa con su amigo. El uno aconsejando, el otro agradeciendo y llorando, se emborracharon de manera que fue preciso llevarles en angarillas a sus casas.

Como esta escena se ha repetido con Ignacio Veintemilla y José María Urbina, yo siempre la hubiera puesto por escrito, aun cuando Despreaux y Chapelle estuvieran inocentes de ella. Una tarde se encerraron esos dos insignes capitanes de América a tratar de cosas muchas, muy buenas y muy grandes. Como sonasen las tres de la mañana, sus oficiales echaron la puerta al suelo, y los hallaron boca abajo al uno, boca arriba al otro, soplando como dos tiburones. Aquí no hay imitación; el suceso es el repetido: pudo Glimarest no habérselo contado; yo siempre le hubiera dado cabida en esta Catilinaria. Y si es imitación, no es mía; el viejo Sánchez Rubio es quien refiere la verdadera historia de los famosos generales Agamenón Chinchilla y Crispín Zapote. Además, Glimarest pone en cuatro palabras cabales el chasco de los dos amigos de Molière: y la de Sánchez Rubio es comedia en un acto redonda y bien torneada. Urbina y Veintemilla se le quedaron viendo de soslayo al viejo atrevido que así les había echado un venablo en forma de apólogo; y sin querer ahondar el asunto, dijo Veintemilla: ¿Y de la cuna qué fue, amigo Pancho Cuero? Allá la encontré, respondió Cuero, y allí la dejé; que no quiero perro con cencerro.

No ponemos la monta en la tersura del lenguaje, dijo a su vez el general Zapote: cuero, perro y cencerro, tres asonantes acumulados en una línea: esta disonancia se evita con decir: "amigo Pancho Vaca", y ande la paz en el corro. ¿Conque no quieres perro con cencerro, Pancho Cuero de Vaca? Tampoco lo quería Panza. Tú que has andado por el antiguo mundo, Ignacio,

oh Ignacio, mi querido Ignacio, ¿no has visto algo así como esa máquina prodigiosa, en la cual el movimiento perpetuo está visible? Chinchilla respondió: Yo he visto en París, en casa del palacio del duque Ruchafucolda (La Rochefoucauld) una cuna que no solamente se mueve de por sí y arrulla al duquesito, sino también le da de mamar de su propio peculio.

Asombrados quedaron todos y en silencio, hasta cuando Crispín Zapote dijo: Esa es alusión oratoria: según se me trasluce. Ignacio habla figuradamente. La cuna es la República, él es el duquesito.

Rióse el Mudo como caballo, y respondió: Tú también eres duquesito...

Duquesitos, duquesitos, repitió desternillándose de risa toda esa chusma de coroneles y generales güeros; y haciéndose lenguas del ingenio del presidente, se fue cada uno a seguir mamando en su cuna de movimiento perpetuo.

Don Antonio Borrero, presidente constitucional de la República, en Ayacucho, se había estado con una tercia de oreja, mientras Ignacio Chinchilla, presidente constitucional de la República, echaba en Quito la pajarota de la cuna. Cuando éste hubo concluido, volvióse don Antonio a su hermano, el indio Ramón, que estaba a su lado, y con esa carota hollienta, cerdosa, preguntó: ¿Cierto será?

Pensaba don Antonio que podía ser cierta la pamplina de la cuna que da de mamar de su propio peculio. De estos son los presidentes del Ecuador, esos Estados Unidos que no se cansan de producir Franklins, Washingtons, Lincolns, Seward.

DECIMA

TANTO MONTA CORTAR COMO DESATAR

LA DESGRACIA tiene sus méritos: desgraciado cuya virtud no alcanza a respetarlo, devora sus amarguras, sin disfrutar de esos dulces recobros que a fuerza de ennoblecerla vienen a hacer de ella uno como bien o felicidad. Los méritos de la desgracia son sufrimientos, resistencia a sus continuas embestidas, silencio decoroso, o palabra llena de señorío, armas con que nos levantamos contra los que nos persiguen, y nos volvemos objeto imposible para el desprecio y la risa de nuestros semejantes. Hombres que en el remate de la sociedad humana brillan por la moderación y el buen juicio, se suelen volver grandes en la caída y resplandecer en las sombras del infortunio. Bolívar conoció los méritos del infortunio; sobre la corona del valor, se echó la de espinas, que es la de los desengaños crueles y los dolores profundos. Miradle allí, orillas de la mar, despedido y abandonado: ¿despedido y abandonado solamente? Proscrito digo, sin consuelo para sus aflicciones, sin camisa para sus carnes. Y no es encarecimiento, ni modo de decir: su médico, el francés Reverend, con lágrimas que caían a lo largo de su rostro, tuvo que echar mano por una de las suyas para ver de enterrarle, cuando el Libertador hubo fallecido. Y éste no se quejaba, ni hacía reclamos, ni maldecía a sus enemigos, ni lanzaba mentiras al viento en forma de pasquines: si sus labios se abrieron en sus últimos días, fue para máximas de sana moral, o para profecías que se han cumplido en mal nuestro y por nuestra culpa. Grandeza de alma requiere más la adversa que la buena fortuna; si bien es raro el que, siendo un varón de virtudes en la prosperidad, no lo sea igualmente en la adversidad. Napoleón se hubiera tenido por perdido, si hubiera ensuciado sus cadenas con una injuria a sus vencedores: mentir contra ellos, ocultar su nombre para difamarlos, ¿cuándo hombre como él? Sin verdad no hay virtud, sin virtud no hay gloria. Oh vosotros, juguetes de la fortuna, que ya sois sus resplandecientes validos, ya sus negras víctimas, grandes sed en sus brazos, sedlo no menos a sus pies. Satanás, hollado por el Arcángel, no es todavía ruin: sus alaridos hacen temblar cielos y tierra, y la santa ira de su rival triunfante le

comunica una como gloria en el abismo adonde vuelve a ser precipitado. Soberbia, orgullo, venganza en forma de águila pueden hacer de nosotros personajes terribles; bajeza, vileza, cobardía infaman la desgracia, y de un grande caído hacen un canalla ajeno de amor ni consideración. A fuerza de ser desgraciados nos hacemos ridículos, dice Javier de Maistre. Puesto que no nos revistamos de la majestad de la desgracia, señor conde: el decoro nos salva de la ridiculez; y decoro en ella es paciencia, fortaleza, templanza en afectos y palabras, verdad en todo caso, sin la cual no granjearnos ni la estima de los hombres de bien, ni la compasión de los bien formados corazones. Julio César, cócido a puñaladas, no piensa sino en morir decorosamente: estira la esquina de su manto, se cubre como rey, y va a caer en postura decente a los pies de la estatua de Pompeyo. ¡Así procurarán cubrirse todos los que ruedan por el suelo a los embates de la suerte, y no mostrarán, como adrede, las reservas del cuerpo, para que su derrumbamiento cause risa!

Un presidente de los nuestros no es un emperador romano; mas no por esto se ha de poner a dar zapatetas en el aire de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, como ya hizo don Quijote de la Mancha, y como lo está haciendo don Antonio Borrero. Este pobre hombre, sorprendido de ese reventón de la fortuna que va y le toma en su agujero para colocarle bajo el solío por arte de birlibirloque, siente que se le va la cabeza, y en alocado vaivén no sabe lo que se diga ni lo que se haga. No hay un suceso brillante en sus días prósperos, ni un rasgo trágico en los adversos: todo en él es ridículo; en términos que, si le hubieran matado, por equivocación hubiera sido, y nadie exclamara: “¡Pobre don Antonio!” sino con la sonrisa en los labios. Hizo acto posesivo de su empleo con más de diez revolcones por el camino, en tanto que llegaba a la capital de la República. “Hombre enfermo”, decían las viejas de Quito, para disculpar sus porradas y desmaños. Si alguna vez había montado a caballo, nunca había salido de los términos de su parroquia, cuando iba con la caja de óleos a la humilde morada de un moribundo en las afueras de su pueblo. Montaba, y eso a yegua; la primera vez que le fue preciso apretar entre las piernas un alazán brioso, se vino al suelo de narices. Leemos en sus Memorias, la verdad sea, que allá por los tiempos de Godoy, príncipe de la Paz, siendo él barragán de veinte años, era gran montador en toros, y nadie le echaba el pie adelante en lo de capearlo e irse tras el bravo animal vestido de pesetas. Pero esas bodas traen estas tortas: de tan peliagudos ejercicios ecuestres le provino la más impertinente y morosa de las enfermedades. Mandó hacer entonces una rosca descomunal, que bien le hubiera servido de corona o guirnalda al gigante Polifemo, si no fuera así, de materiales tan ruines, como son camisas viejas y piernas de pantalón caídas de las de su negro hermano. Sobre esta rosca o nido de buitres se pone a caballo don Antonio, y es de ver ese aire y ese aquel con que se gallardea, cual Rugero en su Frontino o cual Reinaldos de Moltalbán en su Bayarte.

No era así cuando montaba en toro, muchacho elástico y expedito por extre-

mo: ¡ay si se engarataba en el espinazo de la feroz alimaña más y mejor que el mono de maese Pedro al pescuezo de su fiel y sufrido mastín! Cuentan sus Memorias que le echaría pierna a un barroso formidable al cual no se atrevían ni los capeadores de profesión. Acometió el obispo a contradecirle, don Antonio a permanecer en lo dicho: su ilustrísima a herir en la honra, el muchacho a volver por ella: don Antonio, que entonces no era sino Antonio, se puso como un gerifalte sobre la fiera, la cual salió dando corcovos desmedidos y bebiéndose el palenque con esos grandes saltos que infunden admiración y terror en cuantos son los espectadores. Ofrecido sea al diablo el esquilmo que sacó de este hecho de armas el adalid toruno, si a trueque de un rosario de pan bendito que le ganó a su ilustrísima, le nacieron y le quedaron para todo el resto de sus días esas que no son buenas para nombradas. Juró don Antonio desde entonces sobre un libro misal, a usanza de antiguo caballero, non a caballo montare, ni con los toros jugare, aun cuando viviese más años que Sarra. Cumplido había su palabra hasta cuando unos infelízotes llamados liberales tuvieron la idea pizmienda de elegirle presidente de la República, y una por una le eligieron. Allí fue el conflicto del jurado: entrar en yegua a la capital, no era posible; en toro, menos; hubo de romper lo jurado y montar a caballo, e irse cayendo como a posta en todas las cabezas de provincias, de donde salían hacia él los grandes señores y los ilustres concejos municipales.

Nadie imagine que tiro a vulnerar la importancia del señor presidente, ni a herir su delicadeza, cuando hago mención de esos sus fuertes hechos de montar en toro bravo y dar saltos descomunales en la playa, aferrado sobre la cerviz movediza. La tauromaquia ha sido arte de caballeros, y aun de reyes: mirad allí al muy ilustre Carlos V, rey de España y emperador de Alemania, en la plaza de Valladolid, cómo se tira a ese negro toro, y provocándole con el manto real, cuando carga la fiera, le mete la espada por entre las espaldillas hasta la empuñadura, y la deja muerta de un solo golpe. Pues el gran señor don Diego Ramírez ¿qué hacía en la de Madrid? ¿y qué don Pedro Ponce de León en la de Sevilla? Paseándose está embozado de su capa al pie de la galería de su señora esposa doña Catalina de Ribera, como quien no dice nada. Llega el toro, derriba él de súbito la capa, se pone en suerte, le mata de una espadada, vuelve a su embozo y sigue paseándose muy despacio, cual si no hubiera ocurrido cosa ninguna. Este gallardo español, arrebozado con su manto, hasta los ojos su sombrero de ancha ala, que tira del florete y deja a sus pies un animal furioso, no dirá don Antonio que es triste figura. Si bien no deja de ir algo de un don Pedro Ponce de León que obsequia a su mujer con una proeza inaudita, a un Antonio de por ahí que por apuesta con el obispo se expone a la risa universal montando en toro bravo. El oficio de espía era glorioso en tiempos antiguos: Gedeón va de espía al campo de Madrián; Ulises y Diómedes al de los troyanos; Sertorio, con ser quien es, se ofrece para ir al de los teutones y los cimbríos. Hoy un espía es tan infame como un alcahuete: a otros siglos otras costumbres. Don Antonio Cortázar tiene en su apoyo el ejemplo de don Diego Ramírez, don Pedro Ponce de

León, y, lo que mejor suena, el de Carlos V, para esto de haberlas mano a mano en la plaza con el toro. Mas hoy por hoy el torero es menos que el rufián; así, don Antonio, montando en todo por la triste ganga de un rosario de pan bendito, ha caído en caso de menor valer; su mérito allá se va con el de Montes, Cúchares y Redondo; y a bien librar, podrá disputarle la precedencia a Pepe Vera.

Teníamosle cerca de la capital empavesada *ad hoc* al nuevo y novel presidente. He allí que vienen a su encuentro los grandes dignatarios de la República, el ilustre Concejo municipal en corporación, a cuestras la casaca de rabo de colibrí, el sublime tocado de dos picos en la cabeza: corbata y chaleco blanco, pantalón negro de trabilla, espuela de plata, y vardasca en la mano abrigada con el rico guante de previl. Bien es verdad que algunos de los más cultos y remirados concejales lo tienen de hilo verde de lana, tejido en las fábricas de Latacunga por los ingleses operarios de ese terrateniente y barón poderoso llamado sir Manuel Torres de la Goma, lord Mógicon y duque de la Quiebra. Las comunidades religiosas, en largas filas, adelantan a paso de procesión, metidos los frailes en sus hábitos, cuáles blancos, cuáles negros; éstos azules, ésos de pelo de camello, todos a horcajadas en mulas de uno y otro sexo, a cual más católico y garboso. No hay cosa como un fraile a caballo, con ese contrabando de telas derramadas profusamente alrededor, sirviendo sus hospitalandas de paramentos que cubren hasta la cola de la caballería. Fraile no se pone bota ni zamarra cuando sale de rúa a paseo; y como no tiene derecho al calcetín, el cuero veloso y amarillo de la pierna se le está asomando un jeme sobre el carcañal, mientras el pie oculta sus gollerías en el zapato agujereado a posta para los callos. Sobre este airoso cuerpo echadle el sombrero de teja, y ved si no le sobra razón a don Quijote de arremeter con ellos cuando los encuentra por los andurriales de sus aventuras, y aun en carreteras y mesones. Los jesuitas, cabizbajos, llevan metidos los ojos en la barriga, y allí ocultan sus virtudes que consisten en esconder la vista y el alma, a fin de que nadie vea la gloria con que fulgura en ellos la malicia. Los capuchinos, todo barbas, son jinetes descubiertos: aherrojados de por vida en el cepo o tormento que llaman hábito burdo, tienen ganado el reino de los cielos mediante la cerda de esa horrible estofa que los está pinchando e hiriendo de continuo en carnes sin camisa ni calzones. Bien así como en las selvas cálidas pululan culebras, alacranes y toda clase de sabandijas venenosas, así en los hábitos del capuchino viven y procrean esos serafinillos resplandecientes que se llaman pecados capitales.

Los señores prebendados y canónigos, con sus respectivos vientres asentados sobre la cabezada de la silla, van allí en modo pontifical, desabotonada la sotana hasta más arriba del ombligo, a efecto de volver factible la postura a caballo, la cual, como todos saben, es la de horcajadas u horcajadillas. Por tras la carrera de botones de azabache está pareciendo el pecho de la camisa alechugada, en cuyos pliegues y escondrijos soberbias pulgas tienen sus pala-

cios. Si alguien tuviere por sobrado familiar este personaje para obra como esta tropológica o doctrinal, yo responderé que Juan Goethe, el Homero moderno, me anima a la audacia y me autoriza con el ejemplo.

*Advint que chez un prince
Une puce logeail.*

Sucedió que una pulga viviese en casa de un príncipe. Y esto en poema como *El Doctor Juan Fausto*. Si pues una pulga vivía en casa de un príncipe, ¿por qué otras no han de vivir en la camisa de un canónigo aventajado de sangre? En cuidado se tiene de matarlas ni echarlas su señoría; antes las cuida y atiende con nimia solicitud, por cuanto ellas le sirven de sanguijuelas y le descargan del superávit dañino o la plétora, que pudiera causarle un patatús el día menos pensado. El príncipe del doctor Juan Fausto no sólo le da alojamiento generoso en su real mansión a la pulga afortunada, pero también la protege y viste a la moda.

*Par son tailleur Cassandre
Du gentil damoiseau
La mesure il fit prendre
Pour culotte et manteau.*

Cómo echan de ver aquí los que saben de lengua francesa, el rey le hizo cortar calzón y capa con su sastre Casandra. Mis canónigos no son para tanto: sus pulgas se están en su lecho sin calzoncillos ni gorro de dormir, trebejos que no han menester, pues el calor natural del palacio en que habitan les sirve de ropa de por casa, siendo como es todo buen canónigo, más que medianamente gordo y sanguíneo. Los hay que son flacos, y éstos son los temibles: en el sumario del envenenamiento del ilustrísimo señor arzobispo de Quito constan las declaraciones de dos santas mujeres contra persona inocente: estrechadas éstas y tomadas en contradicción fugó la una, la otra confesó en privado que su director las había constreñido a esa calumnia, con decir que era para el triunfo de la religión. Ese canónigo era flaco; probable es que Dios le haya remitido ésta y otras fechorías de conciencia; para eso es infinita su misericordia: si no, ya estará gordo el santo sacerdote con el guiso de culebras y la torta de sapos con que mantienen gratis los alojeros del infierno a sus respetables huéspedes. A los canónigos ni los frailes gordos no les temo: como les dejen dormir hasta las nueve del día y les den de comer a su sabor, no piensan en tramoyas de perturbar al Gobierno ni la Iglesia. Clérigo flaco, fraile flaco, abrenuncio. Canónigo, por la mayor parte, es gordo: ¿es mala por ventura la vida que se da el hijo de la catedral? Su primera refacción es un buen porqué de caldo de gallina, en cuya superficie están yendo y viniendo esos ojos dorados que acreditan la pinguosidad del ave doméstica: tal cual desportillón de pechuga nada de una parte a otra, a manera de restos de un

nafragio, y choca por ahí con la molleja que le sale al paso como torpedo aveoso. Esto no le aterra a su señoría; antes con buen talante y ánimo varonil alza el recipiente de su café de gallina, y con soberbio desdén por la cuchara, da buena cuenta de su contenido. La circunferencia de la taza no es la del cráter del Vesubio; mas sí será como el disco de la luna llena; y no tan profunda que no puedan buccar en ella dos o tres dedos del santo hombre, si a dicha sucede que se va a pique la pata de pollo, que le gusta más que la capucha del pescuzo. Su segunda refacción, dos horas después de este leve desayuno, se compone de cuatro o cinco huevos estrellados, con su comitiva de pan frito, largas lenguas mudas de plátano de Otaití, y unos retacitos barrigones de longaniza que al reventar entre las mandíbulas llenan las concavidades del paladar de manteca vaporosa. Viene en seguida el lomo de vaca, tan bien tostado a la parrilla, que la superficie está abierta en grietas y delicadas astillas que simpatizan por extremo con los dientes, adonde concurren junto con los doblones de papas, vidriosas de puro bien dispuestas. No es hombre su señoría de quedarse en chiquitas: un morcillón en forma de corona, atados los extremos con torzal de seda, comparece sobre fuente redonda: así va derramándose el intrincado condumio por obra del cuchillo, como sonriendo voluptuosamente su paternidad: hay *afinidad electiva* entre un canónigo, un prior muy gordos y la morcilla: bien hacen de quererse; sus entrañas son unas mismas. No dirán que el señor prebendado concluye su almuerzo sin chocolate; en España el chocolate es bebida matinal; en Francia, el que lo toma, no tiene derecho a otra cosa; a los sudamericanos que van a París, y piden chocolate después de la carne y los huevos, y el pescado, el muchacho le hace la mamola allá entre sí, y con una atroz sonrisa le está diciendo: No sea usted tan . . . inocente. En América no hay almuerzo para los antiguos, si no bautizan la gallina, y la ternera, y el tocino que tienen adentro con una aventajada escudilla de chocolate. Costumbre buena o costumbre mala, el antiguo quiere que vala.

Todas estas corporaciones y otras muchas salieron al encuentro de don Antonio, junto con mangas de gente popular amontonada en chirriones arrastrados por bueyes, y brujas en palos de escoba, y enanos en unicornios, y negras en chivos, y mágicas en lobos sin cabeza. La entrada de Voltaire a París, cuando volvió de Alemania, no fue más suntuosa y concurrida. Todo ese golpe de gente se iba por esos caminos, cuando he ahí un hombre cubierto el rostro con papahígo verde, enjazzado el caballo con alforjas, sobre un maralón que no puede haber otro. Amigo, ¿en dónde queda su excelencia el presidente de la República? Yo sooooy, responde el caminante en voz larga, apagada y cavernosa. ¿Será cosa de ponernos a darnos brega a cuantos somos los que aquí venimos? le apostrofa airado el gobernador de la provincia de Pichincha: eh, buen hombre o buen diablo, ¿en dónde queda el presidente de la República? Yo sooooy, vuelve a responder don Antonio en las profundidades de su papahígo. Su señoría el vicario capitular, hombre irascible y pronto

de manos, se le va encima, altas las riendas, a castigarle su atrevimiento y superchería, cuando uno como escudero que viene tras el máscara, pica su rucio, y con sinceras y fuertes razones hace ver que ese que parece diablo es realmente su excelencia el señor don Antonio Borrero y Cortázar, presidente constitucional de la República.

Reconocido este excelente magistrado por los grandes dignatarios de ella, el ilustre Concejo municipal, las órdenes religiosas, el cabildo eclesiástico y el pueblo que había salido a su encuentro, como el de Roma al de Cicerón, hiciéronle tomar descanso en una casa de recreo llamada la "Arcadia", dos leguas de Quito. Sería bien que vuecelencia se descubriese un tanto, ya para que le conozcamos los que aspiramos a esa dicha, ya para irse refrescando y poder entrar a la capital a cara descubierta. Padezco de corrimiento, señor gobernador, respondió el presidente, allá tras la barricada de su mascarilla: a lo menos el resfrío es un hecho. Hecho y derecho, dijo el vicario capitular: el hecho genuino es que vuecelencia no puede pasar por los arcos que le esperan en Quito así con estos aperos de viaje; no solamente la mascarilla, pero también los zamarros se ha de quitar vuestra excelencia. Y diciendo y haciendo, con el desenfado de uno que goza de fuero, le echó el clérigo mano a esa funda de cara que tan feo le ponía al ilustre caminante. Resistió éste, desde luego, mas hubo de rendirse a las más de cuatro manos que arremetieron a su papahígo, y dejó ver el rostro más singular y curioso del mundo: trasquilado a cercén, el pelo corto formaba una media luna en la orilla de la frente. A pesar de los anteojos de hojalata, el polvo había formado ojerías desmesuradas: secos los labios, parecían tierra abertal caída en menosprecio. La nariz en el buen señor no debe ser grande ni pequeña, ni chata ni acame llada, pues no hablan de ella las crónicas; por donde yo mismo vengo a verme a obscuras en tan grave materia, y con harta pesadumbre paso por alto las narices de don Antonio. por no ser de historiadores de conciencia esto de hablar de lo que no saben ni entienden. Pésame de vos, señor, que no hayan sido las vuestras unas como las de Tomé Cecial; mas ya que no le es dable a don Antonio prevalecer por las narices, vengamos a su zamarra, y veamos si nos otorga la gracia de quitársela. Era esta prenda de cuero de jaguar, adquirida a toda costa por el presidente electo, habiéndole parecido que entrar a la capital de la República sin pantalón de cuero de jaguar, no era decoroso ni posible. Mandó, pues, matar una bestia de esas en los montes de Zamora, y que la curtan y fundan; la piel, se entiende. ¡Y miren si no le arma al presidente ese vestido de pelo con largas tiras negras en campo amarillo! ¿Agora quién se lo quita? El vicario capitular y las comunidades religiosas hubieron de acudir a la religión para ver de obligarle a poner a un lado esos pingos ridículos: ¿Cómo quiere vuecelencia entrar con cuero de tigre a la casa de Dios, cuero de animal tan enemigo del catolicismo? No hubo más resistir: sacóse la zamarra en buen hora don Antonio; y hora men guada fue para él esa en que se la sacara; pues compareció allí un gentil conjunto de miembros para dechado o patrón de lechuginos de París o lindos don Diegos de Londres. El pantalón, de duradera azul, tan ajustado y adherido

a las piernas, que bien se puede tomar esa estofa por segundo pellejo. Las choquezuelas o rótulas, en forma de tapa de cajeta, prevalecen imprimidas a lo exterior. El dicho pantalón no es abierto según lo usamos en el día, sino de puerta de una hoja que se levanta y cae, como puente levadizo. Bien que por lo estrecho de él no ha menester agujetas ni tirantes, los trae el viajero; tirantes de grana, anchos como la mano, con flores de seda negra, que se le cruzan en la espalda. Dicho se está que el señor vicario y los provinciales de los conventos le habían ya despojado del chaquetón de pana, para echarle levita de paño; por donde la encrucijada de los tirantes vino a ser visible para los cronistas o *reporters*, quienes me han confiado sus mamotretos y transmitido sus apuntes, a fin de que yo haga de ellos el uso que me convenga. Corbata no tiene el magistrado, sino gorguera o collar de lienzo reducido a alforzas preñadas de aire, como lo habrán visto los curiosos de libros clásicos en los retratos de Cervantes y don Alonso de Ercilla.

Desvestido don Antonio, y nuevamente vestido, se puso a caballo; y el diablo, que en todo se mete, hizo que la duradera se fuese desde la horcajadura hasta la rodilla con ruido como de hojas secas, o como raso que el mercader rompe con todo ímpetu. No era cosa de tomo este suceso en ocasión tan solemne, y así no hubo quien mirase en él, sino en llevar adelante la gran batalla político religiosa. Estaba ya a caballo el presidente, y esto lo que importaba. Ahora el caballo, me dirán, ¿cómo era? En esto sí que no he de quitar ni poner: los buenos de los terroristas, que ya llevaban en su ánimo apoderarse del presidente de los liberales, le habían hecho platear los cascos al palafrén que le destinaban; largas cintas de colores varios, entreveradas con las cerdas de la cola, descendiendo hasta los corvejones; la crin revuelta con espumilla de oro, es campo donde los Genios del Gobierno jugueteaban, visibles para don Antonio solamente. Una gualdrapa negra paramentada con franjas blancas cubre los cuartos traseros del aristócrata animal, mientras las borlas se columpian y se encuentran por debajo de los ijares. En la frente, plantado entre las orejas, lleva el Bucéfalo un penacho o airón de plumas rojas y amarillas, las cuales hacen graciosa figura, levantadas sobre las hebillas y chapetas de plata que taracean el jaquimón. El señor presidente, sin miramiento ninguno por su regia alfana, ni por el pueblo que le circueña, bien asido al pico del galápagó, iba diciendo: *Sanctus Deus! Sanctus Deus!* pálido como un difunto.

Así entró a la capital, así fue al *Te Deum*, así le vieron al pobre don Antonio diez mil ojos ese día memorable. Algunos de mis lectores piensan a dicha que la imaginación entra por mucho en mis cuadros y descripciones; y que el personaje *de la manufactura que queda delineado*, es hijo de ella antes que de la realidad. Parece que un don Quijote así es realmente producto de la fantasía; mas yo invoco el testimonio de los mismos que de este modo envilecieron a ese hombre infeliz, mandando platearle los cascos al caballo, y en-

tretejando crin y cola con cintas de mil colores. Para tal pueblo tal monarca. Gente ruda, gente ruin, no se escarnece de este modo a un presidente. Si yo hubiera sido que don Antonio, le hubiera hecho dar quinientos palos al pícaro que tuvo la idea infame de adornarle el caballo como para rey de naipes o para príncipe de feria. Nada hizo don Antonio, y santiguándose tres veces, echó pierna a semejante corcel: ¿qué mucho que a las veinticuatro horas haya salido por la tangente? El que entra por el Sur caballero en un bridón de cascos plateados, bien merecida se tiene la suerte de irse por el Norte en haca de bulero. No puedo menos que aplaudir la resolución que ha tomado don Antonio de hacerse pastor: pastorcillo tú que vas, pastorcillo tú que vienes. Y no se crea que no tiene a quien imitar en ello: *La Arcadia*, drama pastoral de Jacobo Zanázaro, está hirviendo en pastores; *El Pastor de Filida*, de Luis Gálvez de Montalvo, es bello paradigma. Oh qué polidas cucharas tiene don Antonio de hacer cuando pastor se vea. Y para no quedarse atrás ni de los pastores de las Eglosas, ni de los de la Aminta, ya tiene compuesta una que mal año para Virgilio Marón y Torcuato Tasso. ¿Cuál será la pastora de don Antonio? ¿será Dafnis? ¿será Clori? ¿o será más bien Teresona, como la de Sancho Panza? Por ninfa no ha de faltar: el indio Ramón podrá prestar su inicial, para que se llame Remolacha; o la podrá formar del suyo propio el enamorado pastor, y llamarla Autucresta o Anticrista. No por eso dejará de ser un Alfesibeo, esto es, mago o hechicero que anda echando las habas a cada trinquete: brava cosa.

No faltará quizá quien diga que tanta es la fuerza que empleo en reprobar a los que escarnecen a ese hombre sin ventura, como la que gasto en escarnecerle yo mismo; mas ruégoos, señores, consideréis que ni la persona que hace, ni las circunstancias son de la propia naturaleza. Trátase en el un caso de ciudadanos cuyas virtudes, divulgadas por bocas fementidas, se presentaban a los ojos de todos cual verdad amable y consoladora: hombre sin tacha visible, para con quien respeto y consideraciones eran obligatorios, ya por la buena fama de que había gozado, ya por haber tenido la dicha de subir al solio por el voto de considerable mayoría. Pudo Borrero haber sido dechado de presidentes, sin esfuerzos de inteligencia y valor: todo para él era propicio; así es que por un instante fue esperanza para muchos. A este personaje feliz, rodeado del aura popular, ennoblecido por un engaño de la República, es a quien apocan y vuelven risible los palaciegos con tempranadas de adulación, tales como platearle los cascos al caballo, y echarle a él mismo sobre los hombros el mantón de escarlata con que suelen condecorar en los castillos a los andantes caballeros. Si alguien citare en mis escritos un término encaminado a deprimir y afligir a un sujeto de virtud, yo le doy por vencedor, y que me quebrante la cabeza. He perseguido desde niño la tiranía en el tirano, el crimen en el criminal, el vicio en el corrompido, yéndome tras la libertad y el bien de mis semejantes con tal ímpetu, que muchas veces estuve para quedarme en la estacada. Tengo un odio en la antigüedad, este es Aristófanes: proponerse traer a menos al mortal dichoso a quien el oráculo había declarado el más cuerdo y virtuoso de los hombres, agravio es al género hu-

mano, que los de bien no debemos olvidar ni después de treinta siglos. La comedia de *Las Nubes* es el perjurio con el cual ese griego perverso niega la dignidad en el majestuoso, la pureza en el inocente, la virtud en el justo. Sócrates hubiera sido bueno para héroe de los cantos de Débora; sacarle a las tablas para hacer reír de él al populacho de Atenas, empresa es de poeta que se da la mano con el juez que condena a cruz al mismo a quien tiene por hijo de Dios. Dicen que la zumba de Aristófanes influyó no poco en el ánimo de los vocales que condenaron al filósofo a beber la cicuta; mas al otro día de esta muerte infausta, los acusadores fueron lapidados por el pueblo, a quien el ignominioso comediante había corrompido. La virtud acendrada no se presta a la ridiculez: la hipocresía inhábil deja caer la máscara cuando menos acuerda, y es objeto muchas veces de burla y pasatiempo.

En don Antonio Borrero no he perseguido yo ni al magistrado decoroso, ni al ciudadano ilustre, ni siquiera al hombre de bien; he perseguido al tráfuga inicuo, el traidor sin punto de honra, el ingrato sin memoria, el ambicioso sin patriotismo, el liberalista sin verdad, el necio sin prudencia, el prófugo canalla: al hombre aciago a quien la patria debe ruina e infamia. A éste, deber mío es imponerle el castigo que requieren, su malicia por una parte, su torpeza por otra, aun dado que me desentienda de agravios personales, que me los ha irrogado de tomo y lomo, en detrimento, no del individuo solamente, pero también de la asociación general y los intereses comunes.

Iba yo una tarde en medio de dos amigos hacia el Ejido del Norte en la ciudad de Quito: por ahí se nos viene de vuelta encontrada un batallón que ha pasado el día en el campo comiendo vaca y bebiendo aguardiente. Entre el Observatorio y Santa Prisca, ellos por un lado, yo por otro: he allí un oficial que se desprende de su compañía, y, espada en mano, se me tira a fondo por la espalda, cubriéndome de improperios. Si vuelvo la cara, si huyo, me mata; mirarle como a perro fue mi salvación. Otro oficial sigue la corriente del primero, sale con ímpetu de formación, blande la hoja homicida: ¡“Muera este tal!” me hiere, ya me hiere, todo por atrás; yo no vuelvo la cabeza, ni aprieto el paso: viviendo estoy para castigo de traidores, asesinos y canallas.

He leído que Augusto se hallaba un día contemplando un abismo en las sierras de Cantabria, de pie a la ceja de un espantoso derrumbadero. Un ibero descomunal, pagado para asesinarle, había seguido los pasos del romano; llégase de puntillas, alarga los brazos, va a empujarle: Augusto se vuelve y le está mirando con la serenidad de un dios; el asesino, aterrado, huye y se esconde por las breñas. Confesó después que el semblante de la víctima sin miedo ni alteración, le salvó la vida. El terror de uno es muchas veces cómplice del furor del otro: el miedo del agredido anima poderosamente al agresor.

Andando un día por las afueras de Málaga, orillas del Guadalquivir, me tentó el semblante de una quinta cuya casería estaba brillando a la distancia entre árboles oscuros. El callejón para ir a ella era larguísimo. Yo soy gran camina-

dor a pie: *Musa pedestris*. Cosa de doscientos pasos me hallaría de la casa de recreo cuando, estirados como saetas, se vienen hacia mí una jauría de perros y mastines, y una mujer tras ellos advirtiéndome a gritos que me ponga en cobro. ¿A dónde huir? ¿por qué medio salvarme? Horribles los trances de la vida, e inesperados los más graves peligros. Si me encomiendo a los pies, allí me matan las fieras. Sabía yo la virtud oculatoria sobre ciertos brutos: detengo el paso, clavo el bastón en tierra, y en postura arrogante espero a los perros feroces que la llegan. Inmóvil como una estatua, mirando a una perra negra de barriga amarilla, que es la que viene a vanguardia, me estoy allí, no sin mandar el corazón al cielo. Llega la fiera, y al llegar, afloja la rabia: ese hombre sin movimiento ni muestras de terror, no era su presa. Su ladrar es de perro que amaina: en el lomo, erizado todavía, se le va echando el pelo; la cola se menea, no ya en señal de muerte; ladra como de remota amenaza, y me está dando media vuelta, sin que yo aparte un punto mis ojos de los suyos. Los demás, al ver a su capitana caída en mansedumbre, amainan todos. ¡Señorito! dice llegando la mujer, usted trae la virgen de las Mercedes al seno: ya le vi a usted despedazado: tigres son. Mulata, ah mulata, tú eres siempre la de estos correrías. Y le echa mano al collar. La perra, de la mansedumbre pasa al amor; agachadas las orejas, altos los ojos, la cola en suave vaivén, sólo hablar le falta para decirle: No sabes cuánto te amo. No se mueva, señorito, dijo la mujer, hasta cuando yo haya cerrado la puerta sobre mí: serían capaces de volverse estas alhajas, si vieses que usted echaba a andar: ¿Tarik? ¡anda; Oppas, Sisebuto, vamos! ¿Y por qué, buena mujer, dejan sueltos estos perros, si son tan bravos? ¿Sueltos, señor? si ha sido el jaragán del Santiago quien los ha dejado salir de puro *descuidoso*: siempre están a buen recaudo.

A los perros de Málaga había sido bueno darles la cara: a los oficiales de don Antonio, la espalda.

Puesta la queja por mis compañeros de paseo al presidente de la República, éste respondió que castigo ejemplar sería hecho en esos infractores de la disciplina militar y las garantías sociales. Como ninguna providencia encaminada a la represión de ese género de abusos llegase a nuestro conocimiento, volvieron al presidente mis amigos: “¡Qué tengo yo que ver en eso! gritó indignado el recto, el probo: los militares tienen sus estatutos y su administración; ellos sabrán lo que hacen”. No sabía el bueno de don Antonio que con estas cuatro palabras fatídicas echaba por tierra, no las buenas costumbres y el orden solamente, mas aún la condición indispensable para la existencia del Gobierno. Los cuerpos colectivos o potestades que gozan de independencia absoluta sin sujeción a una regla general ni a un inspector superior, son un Estado en otro Estado, y esta incrustación destruye, con la anarquía, la forma de gobierno, al paso que vuelve imposible el orden, sin el cual no hay sociedad humana. Si el jurisconsulto, condecorado con la banda presidencial hubiera tenido noticias del Espíritu de las leyes, no hubiera echado así por el atajo, poniendo de

manifiesto de repente la sangre de su alma dormida en el miedo, no menos que su ignorancia de los leyes que mantienen y salvan las naciones. ¿No era eso autorizar para todo a los malvados y fomentar el asesinato? ¡Qué mucho, si el que había puesto el puñal en manos de esos jóvenes de pundonor, soldados de valor, era su primer ministro! El comandante general mandó levantar, después de no pocos reclamos, auto cabeza de proceso: el consejo militar, él solo, sin citación de partes, sin notificación, sin que yo supiese de nada, dictó veredicto absolutorio. El señor Juan Montalvo había provocado al batallón, yéndosele a fondo: los oficiales estuvieron en su derecho. ¿Qué tal, compatriotas civilizados de Sud-américa? ¿estamos bien por allá a los pies del Rucupichincha? Bien quisiera yo ser Morgante Maggiore, para matar con un badajazo diez mil, no que trescientos de esa canalla que, con un pedazo de cuero en la cabeza, se llaman soldados; o el caballero de la Ardiente Espada que arremete con dos mil follones y hace riza en ellos. Hombre del día, y no de los aventajados de músculos, suplo con el buen ánimo lo que me falta de fuerzas; pero siendo los enemigos más de dos, ya no los acometo, si bien me apercibo a la defensa, aun cuando sean cuatro. Mata uno los que puede, y cae en olor de valentía: esto siempre es algo para esa cuya parte en la distribución de los bienes de la naturaleza no son barbas de chivo ni nervios de toro. Sin el punto de honra ¿qué hubiera sido de mí cien veces en las calles de Quito? Cuándo solo, cuándo con cuatro amigos, he puesto en calzas prietas a las turbas que me han salido al paso. Borrero, Borrerito. . . Si este notario forrado de beata ha dejado de ser ridículo por un instante, eso ha sido para ser perverso.

Tenga, don Juan, la mano: ¿cólera con don Antonio? No en sus días: antes díganos lo que hizo el don Antonio cuando hubo salido de la catedral, adonde le llevaron sus pecados; sus pecados, pues según tenemos barruntos, allá debió entrar metido en esos veleros de duradera que vuesa merced nos ha imprimido en la memoria con el *punte levadizo*. Tenemos también especie de que la dicha duradera se le rasgó con ruido de hojas secas desde la horcajadura hasta la rodilla. Así entró al *Te Deum*, así salió el señor presidente, así se fue a su casa, así se levantó al otro día, así procedió a componer su ministerio. Para de lo Interior y Relaciones exteriores no le había de faltar un vellón de lana denominado Manuel Gómez de la Torre, conde de Puño en rostro, como abofeteado por García Moreno; y marqués de la Saliva, como escupido en la cara por ese mismo jayán. Don Manuel, viejo de ruines antecedentes, había resplandecido por el agio en otros gobiernos, y volvía a la sazón de París, en donde aínas le meten en Bicetre, por sobra de cordura. Bicetre en París, Bedlam en Londres, son hospicios de locos: *atádvostlo en las manos como cintas*, para que no se os olvide lo que puede servirnos andando el tiempo y las Catilinarias. ¿Pensáis que don Antonio y don Manuel tiran como buenos por el camino del adelanto y la felicidad pública sin punto de reposo? Nada menos que eso: el uno suelta el trapo a mil sandeces que llenan de aflicción a los que le están viendo el poder en la mano; el otro echa la capa al toro y se entrega en cuerpo y alma a sus aventuras de amor. Yo fui de propósito a conocer la ventana por donde don Antonio se descolgaba

a las once de la noche, para irse por esas calles cual un don Félix de Montemar. El era dueño de su casa, la puerta estaba allí, ¿por qué no salía por ella? Su gusto era derrumbarse por la ventana; de otro modo no le hubiera parecido aventura. Y no así como quiera, sino cautelándose nimiamente, de puntillas y a tienta paredes, no sea que el presidente constitucional de la República le tome en la fuga amatoria. Por una curiosa ficción de la fantasía, don Antonio se suele descomponer en dos personas, allá cuando canta el gallo: el presidente se queda muy en orden en su casa; don Antonio, como queda dicho, se tira por la ventana. En volviendo al rayar la aurora, sube, entra chiquitito, quedo, quedo por ese cuarto, gana la cama, y he allí a don Antonio de presidente de la República. Estos enamorados nocturnos tienen cosas, que en verdad, no suceden con los galanes del día; ¿a quién le ocurre sino a un don Gaíferos descomponerse por arte secreta en dos personas, y tener suma aprensión la una de la otra?

Era la ventana sin reja, una vara sobre la calle, bien como de casa a pie llano, de tal suerte que el estudiante de Salamanca no tenía sino que dar un salto de niño, y tener por suyo el campo de las aventuras. Mas esto no le satisfacía tampoco: había él de pensar y creer que iba a descolgarle de una muralla altísima, para que la calaverada fuera buena. Así es que, contemplando el abismo, ora intentaba descender de costado, ora de espalda; ya embestía de barriga, ya de cabeza; y dos horas después, allá por la una de la mañana, don Félix de Montemar, metido en las sombras, se iba a hablar con el diablo y a disputarles sus mujeres a los difuntos.

Los que conozcan las torres de San Francisco de la ciudad de Quito se llenarán de asombro, y sentirán ponérseles de punta los pelos cuando sepan que un fraile tenía por costumbre bajar por ellas las noches, para no hacer marras a las bebezonas y los tripudios de San Roque; y no por soga ni cable, mas aun haciendo pie en las labores de las piedras sillares. Don Antonio se ríe de esta proeza y le da papilla al religioso: la suya por la ventana, a una vara sobre el suelo, ésa es la buena.

Léese en las historias que en Roma llegó a darse el espectáculo increíble de elefantes sonámbulos que de altas torres bajaban por una maroma, un hombre sentado en cada uno de ellos. Ne es otro el caso de Manuel Méndez y el negro Capulí, quienes se propusieron un día, no bajar, sino subir por una cuerda de la plaza de Santo Domingo al campanario de la iglesia, cruzando todo ese vasto cuadrilátero. Era Méndez acróbata habilísimo, capaz de subirse por un alambre a los cuernos de la luna; y cosa de morir de alegría los muchachos verle sobre la cuerda vestido de ángel, chaqueta de terciopelo carmesí, pollera de lo mismo con briscados de plata, y ancho cinturón tan bordado como la coraza. Este famoso volatín había salido de Venezuela, cruzó la Nueva Granada, y en Quito estaba dando funciones a las cuales asistía hasta el cuerpo diplomático, por los años adonde se dirige este recuerdo. No había disparidad entre la proeza de los elefantes en Roma y la de Méndez en Quito, sino que éstos bajaban por una sola cuerda, y éste mandó templar dos cables paralelos, por donde pudieran subir asidos de la mano él y el negro Capulí.

Méndez no daba indicios de temor: esta ocasión se había vestido de ángel verde, todo terciopelo de seda y fina argentería. Llevaba en las sienes el polizonte una guirnalda de rosas, y era harto bien parecido que las bolsiconas más desolladas exclamaran: ¡Ay qué hombre tan lindo!

De un salto se pusieron sobre las maromas los dos héroes: rompida la música en son de marcha triunfal, principió el ascenso pausado y majestuoso. Capulí no las tenía todas consigo; al primer paso el negro se volvió amarillo. A los veinte metros de altura, el pueblo empezó a gritar: ¡Basta! ¡basta! ¡que bajen! Méndez, envalentonado con esa manifestación de benevolencia, afirmó el cuerpo, y más y más seguro fue conquistando la cuerda que empezaba a ponerse de pie delante de ellos. Estarían treinta metros arriba, cuando el pueblo asordó a voces: ¡Viva Méndez! ¡viva Capulí! ¡abajo! ¡abajo! Méndez sigue subiendo sobre la maroma ya casi perpendicular. Capulí, blanco, tenía los ojos fijos en ella ¡Abajo! ¡abajo! ¡estamos satisfechos! ¡que se vuelvan! Habían andado más de medio camino los bárbaros: ya los veían los espectadores caer sobre ellos y volverse añicos. A los reclamos enérgicos de la muchedumbre, se detuvieron los acróbatas, y fueron pie atrás, pie atrás, hasta cuando, a seis u ocho varas de altura, se soltaron las manos, y, cada cual por su lado, ganaron tierra con un elegante brinco.

Méndez y Capulí son los precursores de don Antonio. Estotro admirable volatín no ha sido tan feliz en sus ensayos; ni presume de competir con José Flores. Los hermanos Montgolfier no habían descubierto aún el globo aerostático, y había ya un aventurero que por doscientos pesos daba funciones de elevarse a las nubes en una frágil bomba. El agente impulsor era el simple humo de pajas: el asiento del aeronauta, dos palos en cruz a la boca del globo, donde se engarabataba, sueltas las piernas. Ingeniábase de modo el grandísimo bellaco, que siempre iba a caer en el patio de un monasterio. ¡Y digo si eran de las comunes las alharacas de las monjas! Nuncio del cielo, las más bodoques caían de hinojos ante él: otras, menos bobaliconas, pensaban que era don Francisco de Asís de Borbón o el general O'Donnell, esos que tenían por costumbre ponerse en cobro de los salteadores nocturnos en un convento de religiosas de Madrid. José Flores salía del monasterio colmado de presentes y reliquias: estampas del Niño Jesús, rosarios de cuentas de pan ácimo, relicarios con astillitas de huesos benditos, mil y mil chilindrinas de suma importancia espiritual. Bien comido, bien bebido, a las veinticuatro horas se estaba asomando por la portería, y no antes que la curia eclesiástica hubiera tenido que echar mano por el brazo secular, mediante un artículo de la Ley de Patronato. Probablemente es que este suicida inmortal haya muerto en la demanda; pero, dicen los antiguos, cien veces alcanzó la corona del triunfo. No así, don Antonio Borrero; la primera vez que se elevó, cayó, y no en patio de monasterio (eso se hubiera querido), sino en un charco verde de agua pútrida, en donde, hasta el cuello, está cantando junto con las ranas y pidiendo rey al padre de los dioses.

Mucho se ha de engañar el que piense que las aventuras de don Antonio tienen de lo fabuloso. Puede ser que yo, con detrimento de la exactitud histó-

rica, les desfigure, así, un tantico, una nadita, cuando no tomo las cosas en la mano para mirarlas con ojos de historiador ni de filósofo. Tampoco es cierto a la letra lo que Cervantes nos cuenta de don Quijote; y nadie deja de estar viendo y tocando a este sublime personaje. Cuando me formalizo, la austeridad es la norma de mi palabra, y la verdad me favorece con todos sus números. Como fabulista podemos pedir sobre tarja a la imaginación: la historia no sufre chanzas ni infidelidades a la virtud. Ya que va de aventuras y desventuras de amor, adelantémonos cuatro pasos a los hechos, y pongámosle recluido al señor don Antonio Borrero y Cortázar; recluido... ¡Y éste era el presidente de la República que iba a engrandecer el calabozo, con las buenas costumbres y las virtudes caídas en desgracia! Si la prisión no queda oliendo a mirra e incienso cuando el preso muere o se va, él es quien lleva imprimida en el alma la obscuridad de esas paredes, la fetidez de ese recinto innoble. Viejo que en lo más triste de la suerte está pensando en el triunfo de la carne, más que corrompido, es vil. No se profana así con mujeres de mala vida la mansión de la desgracia, ni se echa en tierra por mano del vicio la fábrica sublime de los dolores decorosos. Las lágrimas, como no sean de cobardía, estarán allí mejor que los júbilos de la malicia. Varones delicados que rinden homenaje a su propio infortunio, tienen santos recelos, hasta para las satisfacciones legítimas: la esposa de un gran preso sale virgen de su visita. Y si no ¿cuáles son nuestros títulos al respeto de nuestros amigos, a la lástima de los indiferentes, a la veneración de las almas virtuosas? Oh tú, hijo de la fortuna, caído al suelo de sus brazos, si amontonas podredumbre en la cárcel donde te ponen tus vencedores, ¿qué derecho tienes a quejarte del mal olor de cuanto te rodea? Donde hay cieno, permanece como el cisne sin moverte a un lado ni a otro; y no te ensucias, y vuelas como alma pura cuando Dios te abre las puertas, y dejas aclarada tu prisión con la luz de la virtud, y santificas con ella a los que te suceden en este triste puesto.

Hombre sin buenas costumbres no puede gobernar; ley de Solón. Tras la ineptitud los vicios en ese desventurado: Solón le excluye del gobierno. Y no se diga que la del calabozo, el cuartel, es vida privada: los ojos de la República están fijos en la prisión de un presidente. Si tan escaso es el respeto de este miserable para con los que le están viendo, justo es que el Censor castigue los desmanes de un prisionero infame, y corrija, si es posible, a los pecadores atrevidos que no dejarán de comparecer, a ejemplo de Antonio Borrero e Ignacio Veintemilla.

Yendo agua arriba por la historia, a cuatro pasos hallamos a nuestro presidente que está nombrando sus señores ministros. El de lo Interior y Relaciones exteriores, como lo hemos advertido en otro lugar, es un vellón de lana llamado Manuel Torres desde luego, y después don Manuel Gómez de la Torre, a guisa del clásico Juan Pérez, quien, andando el tiempo y la fortuna, vino a ser señor don Juan Pérez de Montalván.

*El señor tú te lo pones,
El Montalván no lo tienes:
Ahora quitándote el don
Vienes a quedar Juan Pérez.*

Con justicia los hombres de Estado suelen poner en la frontera a los poetas, y no siempre coronados de flores: ¡infeliz del que cae en manos de uno de esos que no se andan en chiquitas y saben poner las cosas en su punto!

*El Gómez no ha sido tuyo;
El de la tú te lo pones:
Ahora quitándote el don
Te quedas de Manuel Torres*

Gómez no es sino diminutivo de Gumersindo, nombre propio que puede tener cualquier trascantón o palanquín, así como hasta los asesinos se llaman Ignacio y los ladrones José María: testigos Ignacio Denier, de Ofmann, y José María, de Fernán Caballero. Subir de un salto a la cumbre de la aristocracia, sin más que robarle a la nada un apellido insignificante, es rara fortuna, como la de estos muertos de hambre que hallan un tesoro y se vuelven ricos de la noche a la mañana; o como esos pordioseros que se sientan bajo el solío por parte del diablo, y ven convertidos sus arripiezos en manto real, y sus dos cuartos de limosna en dos o tres millones de pesos: testigo Ignacio Veintemilla. Rodríguez, hijo de Rodrigo; Sánchez, hijo de Sancho; Gómez, hijo de Gumersindo, ved adónde van a dar vuestros títulos de nobleza, grandes de España de Cuchiracahui. Siendo como es notoria la ignorancia de Manuel Torres, el presidente constitucional de la República no tuvo más fundamento para asociarle a su Gobierno sino decir que *pertenecía a la aristocracia*. El judío Disraeli que acaba de morir conde de Beaconsfield, par de Inglaterra, fue no ha mucho primer ministro de la Gran Bretaña, habiendo salido, como salió, de la hez del pueblo. El *cholo* Gladstone le está dando cada día en la cara a la reina Victoria con las ejecutorias y los dictados de grandeza que ella no se cansa de ofrecerle; y es, no por aristócrata, sino por hombre de talento, canciller de esa gran monarquía. Don Antonio Borrero en una República democrática, está buscando a moco de candil barones y marqueses para que empuñen las riendas del gobierno, aun cuando tengan la cabeza a las once, y no hayan sabido leer ni escribir ni cuando fueron locos todavía. ¡Qué maravilla! El mismo es la quinta esencia de la nobleza, como hermano de padre y madre del indio Ramón Borrado. Al rey de Francia nunca le ocurrió pedirle sus papeles a Richelieu, el clérigo famoso que con fuerte brazo hizo temblar el mundo, tan grande hombre como él. Jiménez de Cisneros rigió la nación española con pulso, no de Quijote, sino de hombre que sabía donde le apretaba el zapato. Si nuestros clérigos fueran para algo, serían admiradores de estos tres célebres hijos del pueblo, cardenales y dueños de naciones. Nada de esto: lo que quieren es ser aristócratas ellos también, y,

por consiguiente, no servir para maldita la cosa, sino de estorbo en la República.

Don Manuel Torres de la Goma, una vez hecho ministro a causa de su nobleza, tiró con ímpetu por la senda de las mejoras y los progresos materiales; su reino, Dios sabe si es el de la enseñanza popular; sin teoría no hay práctica; las maravillas visibles son efecto de los prodigios que se hallan escondidos en el seno de la inteligencia, y se echan afuera en forma de telégrafos, ferrocarriles, perforaciones de los montes, cosas admirables. Las fábricas sublimes del Asia antigua obra fueron de pueblos civilizados y ricos, y no de pobretes ignorantes como nosotros: si nada sabemos, nada podemos; es insensatez poner la mira a grandezas como las que ilustran a las naciones cultas y poderosas. Ni escuelas, ni colegios, ni talleres: y don Manuel arriba, a levantar torres de Babel en Quito; a convertir en puerto esta ciudad andina; a hacer túneles como los del Támesis; a perforar la Cordillera y poner en contacto los dos océanos; ¡hay viejo simple! Hablando yo una vez acerca del programa del ministro con el señor Carbo, mostré dudar de la realidad de esas proposiciones, a pesar de que mi opinión respecto de ese prohombre no es para hacerle rey. Cuanto a la torre de Babel, respondió don Pedro, yo no le he oído, pero el túnel del Támesis, a mí me lo ha dicho. Este túnel del Támesis, o pasaje de la Opera, como lo llamaba don Manuel, promiscuando cosas tan diversas, era un socavón que, rompido al pie de la Chilena, iba a salir en Luluncoto, por debajo de toda la ciudad y del Machángara. La obra es grande, respondió don Pedro; ¿mas de qué nos servirá botar en ella diez a doce millones de pesos? ¿De qué? replicó don Manuel, allí pondremos a las indias de la Magdalena con sus legumbres, sus granos y su tráfico ridículo; y así no andarán a molestarnos por las casas con los gritos de: “¡Cuajadata randi, siñorááá!” “¡muti peladota randi, siñorááá!”.

Don Pedro Carbo es hombre sumamente grave; mas suele echar carcajadas de matar de cólera a los muertos. Don Manuel tomó tal berrinche que estuvo en poco de reventar en injurias. Tuvo la mano con todo, y con benignidad ficticia: ¿Se ríe usted de obra semejante, señor don Pedro? ¿dónde está su patriotismo? ¿dónde su ilustración? Usted ha viajado en Europa, y está manifestando que no ha salido de los términos de su lugar. ¿No ha visto usted el túnel del Támesis? ¿no le he encontrado yo mismo varias ocasiones en el pasaje de la Opera? ¿no sabe que los franceses junto con los italianos han perforado los Alpes por el Mont Cenís, y lo están perforando por el San Gotardo? ¿Pues qué mucho que yo rompa la ciudad de Quito por adentro, y me pasee por una galería como la del Palacio Real de París? Los susodichos franceses en unión de los ingleses van a unir la gran isla con el continente por debajo del canal de la Mancha; y le parece a usted obra de romanos el puchero de enfermo de abrir un socavón de la Chilena a Luluncoto, o viceversa. Usted está viendo esos montones de naranjas y peras podridas; esos toldos debajo de los cuales tienen las indias su fogón y su cazuela chirriadora; esos canastos llenos de las mil porquerías que no debo nombrar; pues todo eso irá al túnel; y será un gusto andar de canto a canto en medio de la luz

eléctrica de que pienso dotar ese establecimiento. ¿Y no nos dará usted telégrafo dentro del túnel? preguntó don Pedro. Telégrafo, respondió el ministro, y ferrocarril, y globo aerostático; ¿están pensando que he vivido para nada ocho años en Europa! Don Pedro convino en todo, menos en el globo aerostático subterráneo; ¿pues cómo, decía entre sí, se elevará este globo? Mas no tuvo a bien poner dificultades, por cuanto el señor ministro se estaba entripando de cada vez más, y no hubiera sido prudente raspar en el sandio hasta que apareciera el loco furioso.

Un *natural* llamado Miguel Egas me ha contado que, siendo él tesorero en el siglo de oro de don Manuel y don Antonio, recibió en su oficina el presupuesto de la obra pública del túnel, y la orden del ministerio de consignar la suma requerida por los gastos preparatorios. Sorprendido el tesorero, quien, si es bellaco por extremo, no es del todo bruto, encarpetó la orden y fue a pedir explicaciones al presidente de la República. A don Manuel, respondió su excelencia; cosas de don Manuel. No le haga caso, señor tesorero. Luego la especie del túnel no es invención mía ni de nadie; ¡qué ha de ser, cuando tampoco es invención ajena lo de la torre de Babel! Era ésta una obra de cal y santo, que levantándose en medio de las dos crestas, sobrepujase con mucho a los últimos picos de la Cordillera, y sirviese de faro a las costas del Pacífico y el Atlántico. Don Manuel quiere ser, ante todo, benefactor del género humano: condolido de los naufragios de ambos mares, discurrió el medio por donde toda catástrofe oceánica viniese a ser imposible; si bien es cierto que una segunda intención personal sirve de fundamento al beneficio público. Levantada esa famosa torre, ella le servirá de solar, y tendrá donde mecerse su dorada cuna.

Este don Manuel, este pobre hombre don Manuel, saca mil perjuicios de su propia sabiduría. Una vez hizo un mar interior en su hacienda de Tilipulo en Latacunga. Mandó cerrar con un dique la garganta por donde las aguas de una gran dehesa fluían a las demás planicies. Hecha una como cuenca o taza anchurosa, trajo a ella un regular torrente de los cerros vecinos. En treinta días el mar estaba formado: don Manuel se regodeaba: ¡ahí es que no es nada eso de ser almirante en su propia casa! El almirante había ocurrido ya por flota a Europa; la Gran Bretaña le cedía el *Great Eastern* o *Leviatán*, el rey de Italia le vendía a buen precio el *Duilio* y el *Dandolo*; los Estados Unidos reconstruían para él los monitores que se perdieron en la última guerra. Cuanto a Chile, como ya no necesita de escuadra, le daba no muy caros el *Cochrane* y el *Blanco Encalada*. Estos juguetitos habían ya llegado al Arenal del Chimborazo; pero en mala hora don Manuel no tuvo cuenta con desviar el torrente: sin desagüe por una parte, con ese tributo continuo por otra, rebosó la cuenca, se fue el dique, corrieron impetuosos los raudales, fue ese un diluvio para la provincia, se lo llevó el demonio todo cuanto era ese aparato hidráulico. Así las aguas que ocupaban la mesa de Bogotá rompieron por el Boquerón, allá hacia los tiempos de Bóchica, y fueron a echarse de cabeza en el Tequendama.

Dos mil pesos que le había costado el dique, y setecientas reses que se le

ahogaron, ved si ganó poco el ingeniero en su octava maravilla. Pero la ciencia sacó provecho inaudito: en el limo que había dejado el mar en su lecho vio don Manuel, lleno de asombro, la producción espontánea de los seres vivientes. Infatuado del *darwinismo*, tuvo por cierto, y no hay quien le apee de su burra, que el sistema de Darwin es verdad de a folio. Antes no había golondrinas en Tilipulo: ahora las hay; yo no las he llevado ni sacado cría de este pájaro; luego la producción espontánea es un hecho. De este modo arguyó un día con un clérigo, quien, ya por razonable, ya por católico, no quería deferir a su concepto. Don Tomás Cipriano de Mosquera admite cuatro razas de hombres, o le da cuatro orígenes al género humano; esto es, cuatro Adanes y cuatro Evas; don Manuel Torres de la Goma nos va a probar que los hombres son fruto directo e inmediato de la tierra; por donde le viene a dar un golpe mortal a una de las más sacrosantas instituciones, cual es el matrimonio. Si éste es innecesario, no hay tampoco necesidad de que las leyes divinas lo consagren y las humanas lo legalicen. Sobrada razón ha tenido siempre el pueblo de juzgarle impío a don Manuel: ahora es darwinista; y no hay cosa peor.

El proyecto de convertir en puerto de mar la ciudad de Quito, una de las más elevadas del globo, no le va en zaga al de la torre de Babel. Ha visto a dicha el Nemrod del Nuevo Mundo las represas del Sena que forman el canal San Martín, y, por ley analógica, se propone levantar el Machángara, de suerte que las bellas quiteñas no tengan sino alargar el pie desde los umbrales de sus palacios de mármol, para embarcarse en sus góndolas e irse cantando por Guápulo y Cumbayá, bien como suelen irse por el Lido, orillas del Adriático, las no menos hermosas hijas de San Marcos. Una vez navegable ese riachuelo, don Manuel sale por él al Pita en el *Blanco Encalada*; de allí entra al Guailabamba, se incorpora en el Mira, y cata allí al océano Pacífico. ¿No es la isla del Gallo esa que está brillando en lontananza con una lucecita que semeja la estrella del norte? El Almirante endereza a ella el rumbo; de allí pasa a la Gorgona, y reconoce la célebre isla donde Francisco Pizarro y sus compañeros esperaron siete meses mortales la vuelta de sus carabelas. Tira hacia el istmo don Manuel, y las antiguas fortalezas de Panamá, aunque ya no existen, le saludan con veintiún cañonazos.

Un crítico inglés, encareciendo el ingenio de Cervantes, dice que con un loco y un tonto ha llenado el mundo de su fama. No deben ser lo mismo un tonto y un loco, pues con éstos no llenaré yo con mi nombre ni los términos de mi parroquia; si el presidente más tonto, si el ministro más loco, no me es dable decir: afirmo sólo que uno y otro son graciosos, el uno con sus amores, el otro con sus proyectos. El ministro, para ser respetable, ha de ser un Sully, el hombre de las virtudes; para ser temible, un Richelieu, ese clérigo cortapescuezos que no se andaba en chiquitas. Don Manuel Torres de la Goma, cuando le hube echado de un puntapié patas arriba, ensayó tímidamente algunas tentativas de asesinato, desbautizado como estaba con haberse visto caer de la torre de Babel cuando más gloria se prometía para su nombre, y para su caja de fierro, que es lo que importa. Un día vi venir para

mí de vuelta encontrada un pelotón de gente, no del peor aspecto, como hombres de capa y levita; en medio de ellos un mozo cuadrado como frasco de ginebra, con un sombrerito redondo que le servía de tapa. Y no que él sea gordo; antes es pata de gallo; pero se había echado a cuestras cuantos eran sus pingos de vestir, a efecto de que los balazos que esperaba le hiciesen menos perjuicio. Traía éste la mano en la alforja de uno como hábito de capuchino con que se aparejara sobre todo; y era que venía asido de su pistola montada en can o puesta en el disparador. A cuatro pasos de mí, tira por ella y hace fuego. Lívido, temblándole los labios, allí se está el desmañado similirate. ¡Vuelve a tirar, belitre! y le pongo el punto con un *Smith* soberbio. Se me fue el tiro por casualidad; responde. Por casualidad había salido también el arma traidora de ese almacén de trapos. Matar un perro que se rehusaba a defenderse, no era para mí. Tan mal salió don Manuel con los oficiales del batallón ebrio, como con el Rinconete de su hijo. ¡Qué Gobierno ése, compuesto de dos asesinos de intención, incapaces de la práctica por falta de valor! Si alguna vez dejó de ser ridículo el padre Torres, como el amigo don Antonio, fue para ser bribón.

Pero no me he de formalizar; personajes hay que no se prestan para lo serio, aun cuando nos esperen puñal en mano a la vuelta de una esquina. De la fatuidad a la locura no hay ni un paso; si bien es cierto que no le valieron poco al señor conde de Puño en rostro las farándulas con que aturdía desde la capital de Francia. Había comprado una fotografía del palacio de Luxemburgo, residencia de María de Médicis y otros reyes antiguos: “Esta es mi casa”, escribió a su familia. *El palacio de Manuel*, en París, dio la vuelta de la ciudad de Quito. ¡Qué hombre! exclamaban los Torrecitos de la Loma, ¡vivir en esta casa! Allí daban convites a los ministros de Napoleón III y los embajadores de las grandes potencias; allí tenía *petits lundis*, como la emperatriz Eugenia, adonde concurría la flor y nata de los literatos y poetas; allí bailaban con él contradanza de *Los Lanceros* la trágica Ristori, la lírica Adeline Patti, la cantatriz Alboni. ¡Este es mucho hombre! decían sus hermanos al leer tales grandezas en cartas confidenciales: ¡y qué gusto ha de ser oírle a Manuel hablar lengua francesa con toda esa gente! Oh sí, era mucho gusto para mí oírle hablar en lengua francesa tal y tan buena, que podía pasar por las picas de Flandes. Ocurrió que falleciese en una aldea fuera de París un mediquito ecuatoriano; fuimos sus compatriotas a echar sobre él la tierra del olvido. De vuelta del cementerio, entramos casa del cura a pagar los derechos: en todas partes cuecen habas y en la mía a calderadas. Don Manuel, prepósito de la comitiva fúnebre por sus barbas, llevó la palabra, y con pasmosa volubilidad, sin tropezar un punto, le dirigió al cura una elocuente exhortación; de la cual se me ha quedado en la memoria este pasaje: “Es un lloven sen fortuna que vino per estudié: nu lui vinimos enterrande. Unos dicen que del fígado, otros que del pulmón: el fecho es que se murí. Conténtese señor cura con unes trescientos fran: ques tuce que puvon doner a vu nu”. El buen párroco, hombre excelente, gordo y grasiento, se vuelve a mí y me pregunta: ¿Qué lengua habla este señor? La francesa, señor cura. Hasta ahora estoy

oyendo la carcajada del imprudente clérigo. Don Manuel, barruntando por ventura que se trataba de él, se formalizó muy mucho, y en buen castellano dijo: ¿De qué se ríe este monigote?

El bueno de don Antonio, rebosando de admiración por ecuatoriano que tanto podía en Europa, le nombra ministro de lo Interior y Relaciones exteriores, y uno tras otro se van de narices a esas Lagunas Pontinas donde están pataleando sin que haya quien los valpa. "Este Manuel Gómez me convida a comer para matarme de hambre, me dijo una vez Ignacio Veintemilla en París: no tiene vergüenza el canalla de meterme a fondas de a dos francos por cabeza". A los embajadores de las grandes potencias les llevaba, sin duda, al *bauillon Duval*, ese grande establecimiento donde los aristócratas por el estilo del marqués de la Saliva comen sin mantel ni servilleta el pan negro del pauperismo avaro. Con trufaldines como éstos, y sin el apoyo militar, ¿qué bobierno podía permanecer?

Aquí le dejo a don Manuel, para tomarle cuando Dios quiera, y vuelvo a don Antonio, y le hallo de hocicos por esos suelos, derrotado, prófugo y perdido. El pobre hombre, lejos de darse como despreciado majestuoso, se encomienda a los pies, cuando llega la escolta que ha ido por él a la hacienda donde estaba tapado con un cuero de vaca. ¡Y miren si don Antonio había tenido buenas piernas! Manuel Cornejo tuvo que levantar el caballo, y aun escaparlo por esos trigos, para ver de hacerle preso. ¡Pare allí, so tal! o le paso de parte a parte con esta lanza. Para don Antonio, y cae de rodillas; le toman los soldados, le ponen a horcajadas sobre un macho, le amarran contra la albarda, y pique usted, a Quito la católica. Ahora no hay saludar "ta te", como en sus tiempos imperiales, mas antes humildad y abatimiento indignos de hombres fuertes, esos que se sienten crecer en la desgracia, y ven para abajo a los enemigos vencedores. Cuentan las historias que el presidente de la República, recién llegado a la capital, empezó a saludar hasta a las viejas del gordillo y a los indios con esta fórmula tan ridícula como vulgar: "Buenos días: ¿cómo ha amanecido?" Los que tenían cuenta con el decoro de ese magistrado, le hicieron ver que convenía alguna elevación y elegancia, ora en el porte, ora en los términos del trato social. En cuidado se lo tuvo el presidente: se estiró desde entonces, sacó el pecho afuera, como el Tajo, y tiesiergo empezó a contestar a los que le saludaban en la calle: "Ta te". Esto quiere decir "¿cómo está usted?" Síncopa, apócope, laconismo, de todo hay en este gentil modo de decir. Negándome yo a dar crédito a semejante sandez cuando me la contaban, me propuse encomendarme a mis propios ojos y oídos; tanto más cuanto que aún no tenía la gloria de conocer a mi excelente don Antonio: salgo, voy, me hago enconradizo: Señor presidente, a los pies de vuestra magnificencia. "Ta te", me oigo responder con energía y desembozo de testa coronada. Este "ta te" de don Antonio se me ha sembrado tan profundamente en la memoria, que no está en mi mano olvidarlo, ni dejarme de reír cuando de él me acuerdo.

Ya está preso don Antonio; ya sale de la prisión, empeñada su palabra de irse fuera de la República por la frontera del norte, en el término perentorio

de quince días. Sale el rey caído, gana la legación de Colombia, e invoca la ley del asilo en su favor; ¿y su palabra? A la fe, señores, bellaco de esta alcaña no mereció salir de los interiores de la patria y levantarse resplandeciendo por el voto de treinta mil zopencos que no sabían lo que hacían. Palabra y punto de honra son una misma cosa: en pueblos cultos a ella se atienen los hombres para quienes la estima es condición de la vida social. La fuga de Bazaine es ignominia sobre ignominia; y eso que el mariscal degradado no había prometido guardar su prisión. Presidente que da su palabra, y falta a ella, es ruin que bien merece la figura con que está campeando en las Cati-linarias, y el concepto en que le tienen los sudamericanos. Sin respeto a su palabra, dos meses después, sale por el Norte, y eso, obligado por las diligencias de la diplomacia. Pasa el Carchí: ni la manta le había de faltar al infeliz para ser perfecto gobernador. Pensativo además iba don Anotnio entre los *huangudos* y los *sebondoyes* que le llevaban la soga al cuello por los derrumbaderos de Guaitarilla; como hiciese alto la escolta para tomar su desayuno, sentóse don Antonio sobre un tronco, a modo del dios Príapo, en tanto que Vertumno presidía las danzas de los céfiros: "No hay duda, dijo en voz lenta y convencida, sino que ese ladrón del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madásima". Un indio furibundo que hacía de guión de la escolta se levanta, y sin decir oste ni moste le aturde a cintarazos al pobre gobernador. Era el caso que la mujer de ese bárbaro tenía el nombre de Damacia; y al oírle al prisionero esa memoria de la reina Madásima, tuvo para sí que la calumnia se dirigía a su esposa. Grillos por equivocación, cantaletas, cuchilladas de a catorce puntos, sambenitos, untos de miera en la casa, ¡qué no sufrió el noble magistrado en el tránsito por la tierra de sus mayores, que en hora menguada se hallaba en revolución! Pasando por las picas, esto es, mil trabajos y desventuras, se deja rodar Andes abajo, y va a parar en Barbacoas, una oreja menos, todo abollado y lastimado: allí los negros chiquitos le siguen por la calle en pelotones de a veinte: "Oh, no juegue", decían al verle, y morían de risa. Un bondadoso señor, ribereño del Telembí, le iba confortando y consolando al lado: No se aflija, señor don Antonio; eso es a mí, eso es a mí. Llega a Tumaco el viajero: ya no hay "ta te"; allí todo es humildad y bajeza: Tenga la bondad de cambiarme estas oncitas, caballero, le dice a un negro de esos pícaros de más de marca que suelen estar como gavilanes en los desembarcaderos. Con mucho gusto, responde cortésmente el ladrón. Don Antonio hasta ahora está esperando la plata blanca.

Se va, toma tierra en el Perú: "Por fin estoy en tierra de cristianos", escribe. Los granadinos le habían parecido moros. En Ayavaca abre tienda, vende aguardiente, gana la vida: no pasa, eso sí, ni una gota de la medida, que es un cubilete pequeño de hojalata, amarillo del uso. Rompe la guerra entre Chile y el Perú: Llegada es mi vez, dice don Antonio: ahora veremos si no se le vuelve la albarda a la barriga al mudo Veintemilla; y hele allí en Lima, guante blanco, anteojos verdes, y "ta te" por salutación. Prado le hace la mamola, y en voz llena de lástima: No me sea tan así, señor don Antonio: ¿qué auxilio le vamos a dar a usted ahora que nosotros mismos estamos en guerra? Pero

en Lima se halla como en su casa don Antonio: gente buena, gente devota; el presidente constitucional está holgándose; come patas de res, bebe chicha, reza estaciones. El día menos pensado don Antonio desaparece: ¿le mataron asesinos? ¿le comieron perros? Nadie lo sabe. Los estudiantes de la Universidad le saludan con una cerrada en casa vacía, le dan palos en cuerpo ausente. Don Antonio, pasajero de tercera clase, está navegando hacia las tierras conquistadas por Valdivia. Si no se va pronto, los cristianos del Perú hubieran sido moros, tan moros como los de la Nueva Granada. ¿Qué ha sucedido? El pobre hombre, sin saber lo que hace, va y escribe que en Lima todos los clérigos viven amancebados con todas las monjas: ni el obispo se escapa de ese contubernio general. Niega por la imprenta, niega todo, y se oculta de ese camino, y se embarca esa misma noche. Llegando a Valparaíso, lo primero que hace es reconocer su juicio crítico y fincar en él su gloria. Como viajero, dice, pude muy bien aparear monjas con frailes. No los aparcé en Chile, porque también los chilenos le han de parecer moros. ¿Qué prestigio tiene esto del amancebamiento en la imaginación de don Antonio? En todas partes anda amancebando a la gente: En Colombia fue el maestro Elisabat con la reina Madásima; en el Perú, los frailes con las monjas: ¿a quién amancebará en Chile? Por falta de hombres buenos a mi padre hicieron alcalde, ha de decir; y le ha de amancebar al indio Ramón, con una araucana probablemente. Bien estuvo en el Perú, pero está mejor en Chile: ¿cuántas veces no ha escrito el papamoscas a sus papanatas que viene ya con tres mil Remigtons y dos navíos que le da esa República vencedora? Chile es pueblo de juicio: por crecidas que sean las cuentas que tiene que tomarle a Ignacio pillilla-pilla, no ha de ir a poner armas en manos de ese trataconventos, bueno a lo sumo para seguirles los pasos nocturnos a los clérigos y dar razón de flaquezas de monjas. El capitán Cook. Sir John Franklin, Laperousse, ¿cuál de esos marinos quiere ser? ¿o prefiere venir de Nelson, y cogerle en Trafalgar a su gran amigo Ignacio de Veintemilla?

Ya me vais a preguntar, vosotros los averiguadores importunos de vidas ajenas, ¿cómo fue presidente caballero por el estilo? A esto vos respondemos que la respuesta es imposible, si no es con un apólogo, providencia aconsejada por Cicerón y Quintiliano. Sucedió que en un pueblo de la Nueva Granada se presentasen un día en mi casa tres muchachitas de mayor a menor, cuyos argamandales estaban acreditando el rigor de la fortuna para con ellas. ¿Quiénes son ustedes? Somos hijas del señor cura, señor, respondió la de más edad, la cual no pasaría de quince años. ¿Qué se les ofrece? Venimos a pedirle alguna cosita, señor: mañana domingo no tenemos con qué comprar para la semana. ¿Alguna cosita? repliqué: ¿hijas del señor cura, y alguna cosita? Qué, señor, si nunca nos da nada. ¿Y por qué no van ustedes allá? Nos sueltan los perros cuando vamos, señor. ¿Cómo te llamas? Rosa; ésta es Beatricita, y estica Sixta. La *huabua* de pechos se llama Inés. ¿Hijas todas de un mismo padre? volví a preguntar. Sí, señor: todas cuatro somos hijas del señor cura. ¿Nunca les da nada; les suelta los perros cuando van a su casa, y hay niña

de pechos! ¿Cómo es esto, Rosa? ¿quién es tu madre? Bajó los ojos la mestiza, y agachada, respondió: Ahí verá, señor.

Cuando a mí me pregunten cómo sucede que tenemos esa niña de pechos llamada don Antonio, ¿qué he de responder sino: Ahí verá, señor? El "ahí verá, señor", de la hija del cura significa: Tal es la flaqueza de la mujer, tal la condición del género humano. Ese "ahí verá, señor", es el *mullierem fortem ¿quis inveniet?* de la Escritura. La fuerza de las pasiones, los caprichos del corazón, los errores de los sentidos, la insistencia del vicio, la pertinacia del pecado, todo esto y mucho más está denunciado por el simbólico "ahí verá, señor", que es la elocuencia vencedora en boca de la ignorancia. El "ahí verá, señor", que salga de mis labios ha de equivaler a: Los hombres somos tan ciegos, que casi nunca vemos la luz; tan malos, que adrede huímos del bien. Los hombres somos tan ruines, que buscamos lo más bajo para someternos a ello; tan menguados, que nunca acertamos a poner las cosas en su punto. Los hombres somos tan corrompidos, que como la corrupción de los demás produzca algo para nosotros, la llamamos virtud; tan ignorantes, que apenas somos capaces de conocer la ignorancia de los otros. Mi "ahí verá, señor", ha de significar: Si la inteligencia tuviera derecho al mando, Platón hubiera sido rey; si la virtud gozara de algún poder, los hombres buenos, los sabios, los santos no murieran en el martirio. Mi "ahí verá, señor", ha de significar: La fuerza prevalece sobre el saber, el vicio sobre las buenas costumbres, el crimen sobre la justicia en pueblos mal inclinados de suyo, de escasa civilización, corrompidos además por los apóstoles de la iniquidad. Mi "ahí verá, señor", ha de significar: Si los hombres no caemos de propósito en errores, incurrimos en ellos por falta de luces y cordura; y es tal nuestro desatino, que si a dicha podemos labrar nuestra suerte libremente, el voto de la mayoría es por lo peor. Con menos experiencia dije en una obrita de las mías, que el pueblo si le dejaban elegir, siempre elegía lo mejor. Un filósofo muy atinado dice que el pueblo tiene aversión invencible a los hombres superiores, los varones eminentes; y que su voto, cuando es libre, siempre se dirige a la medianía. El que más vive sabe más: me atengo al sentir de ese filósofo, teniendo a la medianía por más ruin que lo peor. Cuando me acuerdo que Catón de Utica fue rechazado por dos veces del consulado. ¿qué caso no de hacer del voto de los electores? Nerón, amor del pueblo; Caracalla, idolatría de los soldados. Entre Cavaignac, Lamartine y Luis Bonaparte, los franceses honraron con inmensa mayoría al único de los tres que era incapaz de labrar su dicha. Si la gente de mi país tuviera hoy en día el poder de elegir según su gusto, viendo estoy levantarse de entre las turbas ciegas el más bajo de los principales, incapaz de la felicidad pública, ya por falta de virtudes, ya por sobra de ineptitud y malicia. La hija del cura me ha dado un curso de moral con ese "ahí verá, señor", que es el compendio de las obras de Teofrastro y La Buyère. "Ahí verá, señor", en esto hay para llotar cuarenta días la suerte del género humano.

UNDECIMA

TANTO MONTA CORTAR COMO DESATAR

LA NOBLEZA se ha ennoblecido últimamente: los sabios, los inventores de las cosas, los escritores, los filósofos, los artistas, los mártires de las ideas obtienen los mayores títulos, las condecoraciones más brillantes. Virtud, valor, inteligencia son hoy fuentes de la sangre; y si no, preguntádselo al astrónomo Herschell, al músico Liszt; al carbonero, al sastre que han dado hijos para la cámara de los lores, y han fundado orgullosas baronías. Roberto Stéphen-son, par de Inglaterra, fue hijo de Jorge Stéphen-son, porquerizo desde luego, y después zapatero de viejo. El zapatero *era millonario sin saberlo*; tenía la locomotora en la cabeza; su hijo fue lord, gracias a su padre y a sus propios méritos. Habéis visto que la cuna de este grande de la Gran Bretaña rodó en las obscuridades hambrientas de la plebe. Disraeli, judío de humilde origen, es también lord, y conde, y ha sido primer ministro si gustáis, por obra de su saber y su talento. Alfonso XII acaba de dar una prueba de respeto a la democracia, confiando el título de marqués a un escritor: don Ignacio José Escobar, decano de los periodistas de Madrid, es hoy marqués de Valdeiglesias. Este siglo-rey, siglo luminoso, aclara hasta el pecho de los reyes: ahora las hazañas de los escritores no son menos que las de los militares: si el general Martínez Campos ha sido elevado a la aristocracia a causa de su espada, el periodista Escobar lo ha sido a causa de su pluma. La sangre de la inteligencia vale tanto como la del heroísmo. Y echad de ver una cosa, es a saber, que ninguno de esos nobles se ha puesto el *de francés* antes de su apelativo: ni el marqués de Cartagena es *de* Martínez, ni el de Valdeiglesias es *de* Escobar: Martínez y Escobar se han quedado, a guisa de Juan Prim, Pedro Giron y otros miembros de la nobleza de España: el conde de Reus y el duque de Osuna no han menester ese pegote con que se hacen ridículos en el día los que a falta de ejecutorias, se van de noche furtivamente tras el *de*, y lo sacan de debajo de una piedra.

Sucedió que un hombre notable llegase a Guayaquil volviendo de Europa: Ignacio Veintemilla tuvo para sí que algún día pudiera necesitar de ese personaje, e hizo por dejarlo satisfecho: mandóle a bordo una tarjeta bordada,

pintada y perifraseda, a modo de pelandusca vanidosa y señora de entresuelo; mandóle, digo, esa tarjeta con este sobrescrito "Señor general don Mariano Ignacio del Prado". Hasta encajito tenía alrededor la tarjeta de la señora condesa de Veintemilla. El presidente del Perú, hombre de juicio, contestó *Mariano Prado*, a secas.

Ignacio Veintemilla vive pirrándose por ser noble: este beocio diera el alma al diablo porque un lacayo de casaca verde con franjas amarillas le anunciase en las salas de París: ¡Su Alteza Monseñor el Gran Duque de Gerosstein! o ¡El señor barón de Subeyrán! Y no ha perdido la esperanza de ser Monseñor, pues ya tiene el *de* que es lo principal: no está lejos el día en que criados de librea le anuncien de este modo: ¡Su excelencia el señor conde de Veintemilla! Pero cuando sepan que tras ese opulento señor está el prófugo de Madrid, Fernando Mondego ha de poner pícs en polvorosa, o ha de ir *al palacio* de Mazas. Acá para entre nosotros solemos decir que los europeos son más corrompidos que los americanos: bien puede ser; pero nuestra culpable tolerancia con infames o malvados es inusitada en la tierra del punto de honra; tan luego como llega a transpirar una acción ignominiosa en el hombre de mejor aspecto, no le será bien contado si se asoma por las puertas de una casa decente: la señora, sin contestarle la salutación, llama un criado y le dice: *Reconduisez monsieur*; esto es, sacad a este señor. El que cae en caso de menos valer ha perdido la esperanza de llevar de brazo al comedor a la señora condesa ni a la señorita su hija.

Por su origen, puede ser noble Ignacio Veintemilla: el gran Taborlán, el emperador Justino, porquerizos, lo fueron antes que él. El pobre Ignacio Jarrín, oriundo del pueblo de Cayambe, nieto de mayordomos rurales, es hoy Ignacio *de* Veintemilla: no tardará en ser feldmariscal von Veintemilla, a modo de feldmariscal von Moltke. No es necesario que el presidente sepa nada, me dijo una vez que yo le argüía con su ignorancia; basta con que los ministros sepan algo. Este señor de capa y espada erró su siglo: la Edad Media era su asunto. Gran amigo de condecoraciones y cruces nobiliarias el feldmariscal von Jarrín: en París salía de repente con una patena de hojalata en el ombligo; otras veces salía con una rodaja de espuela al pecho; los mozos del café le conocían con el nombre de *el señor de la fosca estrella*. Al fin fue creciendo en nobleza, y andaba por las calles adornado el ojal con la cinta de la Legión de honor. Napoleón III dio un rescripto por el cual declaraba falsificadores a los que se pusiesen insignias y veneras que en realidad no tenían. No haga eso, don Ignacio, le dijo un ecuatoriano: se expone usted a cosas graves: las penas de este abuso son terribles. Lo que sabe esa alimaña es hincharse de ira a una observación razonable, un consejo saludable. Siguió de caballero de la Legión de honor, hasta cuando el perito y sagaz Antonio Borrero le proclamó jefe supremo y capitán general de la República.

Los turcos se rigen por la oreja para juzgar del extranjero que se asoma por los dominios del Gran Señor: la oreja es la medida de la sangre. Lord Byron dice que a la suya chiquita y bien formada debió las consideraciones de que disfrutó en el palacio de Alí Tebelen, bajá de Janina. Veintemilla no

correría el peligro de que el Gran Turco le diese con las puertas en la cara, por plebeyo; pues con orejas como las suyas, que le sirven de taragallo, no pasará jamás por la Sublime Puerta. El pobre capitán general sería gente de escalera abajo en Constantinopla.

Los europeos juzgan de la sangre por las manos y los pies: *Il a les extrémités petites*, dicen en Francia; *c'est signe de bonne race*. Tiene chiquitas las extremidades: eso indica buena raza. El general O'Leary encarece la exigüedad, la perfección de las manos y los pies del general Simón Bolívar: "Una mujer los habría envidiado", dice; y no una sino muchas se los besaron y comieron apasionadas del héroe y galán irresistible. ¿Dónde están las quiteñas y limeñas que le han besado los suyos a ese cómitre desemejable, esa gigante Andandona que se llama Ignacio Veintemilla? Su majestad no está bien por esta parte: le puede suceder lo que al fondista a quien le pusieron los criados en la calle, sin más que haberle visto los pies en un palacio de Londres. Don Manuel, le dije una vez a un zapatero de gran fama que hay en el Ecuador; zapatero, por más señas, que tiene diplomas de las congregaciones del oficio de París y Berlín; don Manuel, ¿qué ataúdes son éstos? ¿se le han muertos dos de sus oficiales y va usted a clavarlos esta noche? No, señor don Juan, son las hormas del general Veintemilla. ¡Cristo crucificado! ¿cómo es posible que así se deshonne a la especie humana? Vaciadas esas hormas, holgadamente cabrían en ellas dos indios muertos. Mi amigo el general Veintemilla no puede ser noble con semejantes pies; pies monos, lo que los franceses llaman *mignons*: pies de quiteña, pies de limeña; pies para museo, pies para exhibición universal: ¡ah pies, santos pies, pies beneméritos! En la mesa de una poetisa estarían muy bien en forma de tintero. Safo, no lo dudamos, halló su inspiración y su amor en el bello Ignacio, y sacó sus apasionados cantares de sus pies. Decimos *bello Narciso*, del muchacho que se murió de amor propio y vanidad: ¿por qué no hemos de decir *bello Ignacio*, de éste que vive enamorado de sus pies?

"Lo primero que vemos las mujeres en los hombres que se nos presentan desde luego, son los pies", nos dijo una ocasión una hermosa rubia. Desventurado presidente, infelice Veintemilla, cuando te ocurre visitar a las hijas del Pichincha, a las del Guayas, déjate los pies en el cuartel junto con los cañones.

La oreja de Lord Byron y el pie de don Pedro Girón ha menester el que quiere ser noble y echar raya en la aristocracia europea. Aquí no, aquí somos nobles de confianza con orejas de burro y pies de *chagra*, como el señor general don Ignacio Jarrín de Borbón. Puede estar seguro ese personaje de que no tardará en honrar con su bella persona el museo de figuras de cera de madama Tussaud en Londres.

*No soy yo de los Capoches
De Oviedo, ¿hay más que decir?*

Los Capoches y los Tochos de Sudamérica no son menos presumidos de nobles que la vieja linajuda de Oviedo; como se ponga el *de* y sean Ignacio

de Capoché y José María de Tocho, ya no hay más que decir. Otros, y esto es más recio, cambian del todo el nombre de sus padres. Un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de José María Tocho nos conversaba que en Lima encontró a un pobre hombre de Quito llamado Falcón, mucho más medrado de lo que andaba por su tierra. ¡Amigo Falcón! Dispense usted, señor ministro, aquí soy Falconi. Estaba de italiano el caballero. Siguiendo a Chile el Talleyrancito del Ecuador, encuentra en Santiago a su paisano: ¡Señor Falconi! Ya no soy Falconi, señor ministro; ahora soy Falconet. Estaba en francés el bellaco. De allí pasó a Buenos Aires, en donde probablemente se fue a llamar Falcóney, a la inglesa. Sin el menor respeto por sus abuelos hacen de su nombre un trapo los menguados que, a falta de méritos personales, se engalanan con los sueños de la vanidad. En esta subversión vergonzosa de las tradiciones de la familia hay uno como delito. Que un aventurero sin trascendencia haga de su capa un sayo, puede pasar sin perjuicio de la sociedad humana; pero que familias conocidas, que están allí a la vista de todos, se acuesten Torres y se levanten Gómez de la Torre, esto es lo que debe reprimir la ley. Y lo reprime en pueblos más advertidos que los nuestros. “En muchas naciones la legislación que rige el estado civil impide cambiar arbitrariamente el apellido, y obliga a mantener intacto el que cada cual ha recibido de sus ascendientes”, dice don José Godoy Alcántara en su *Ensayo sobre los apellidos castellanos*. No están contentos de su cuna, ni tienen para sí que el nombre de sus padres les comunica honra a los que reniegan de ellos negando su apellido y echando manadas de vergüenza sobre su tumba. Roberto, el hijo de zapatero de quien os hablamos poco ha, no juzgó necesario desfigurar el nombre de su humilde padre para pasar a la nobleza de la Gran Bretaña: Stéphenon había sido el zapatero remendón, Stéphenon fue el par de Inglaterra. Lo que conviene es dar lustre al nombre de nuestros mayores con nuestras hazañas o nuestras virtudes, y no vivir empeñados en prevalecer sobre ellos por la vanidad y la soberbia. Si todo lo hemos perdido cuando hemos echado sobre ellos la tierra de la muerte, guardemos siquiera esta prenda visible con la cual estamos reconociendo la patria potestad allá en las jurisdicciones del olvido. ¿Cuál apellido más suave, armonioso y brillante para el joven de corazón bien formado y juicio recto que el de su padre, puesto que éste haya sido hombre de bien y buen hijo de la patria? Los que lo modifican o lo sustituyen con otro, están declarando contra sus progenitores ante ese tribunal curioso e investigador que se llama opinión pública. Tan estrechos son los vínculos de la naturaleza, que en algunos pueblos de la antigüedad las leyes prohibían a los jóvenes seguir otra profesión que la de sus padres; ahora no somos tan escrupulosos: la profesión de cada cual nace de su inclinación y sus aptitudes; pero cuando la genealogía es cosa fija, ¿qué razón sufre que todos anden enredando las cosas y poniendo patas arriba el árbol genealógico? Los romanos sacaban sus nombres generalmente de un hecho heroico, o cosa así recomendable a la memoria de las gentes: en este concepto Marcio, el soberbio patricio, vino a llamarse Coriolano, por haber tomado a Corioles; y Escipión fue Africano, cuando hubo sometido

ese continente al poder de Roma con la destrucción de Cartago. Otras veces las personas componían sus apellidos de algún defecto corporal, o cosa notable en el rostro: no hay quien ignore la etimología del nombre de Cicerón. ¿El hijo de este romano insigne habrá tenido a menos llamarse como su padre?

Si profesamos la democracia y somos demócratas por la razón o la fuerza, faltamos al buen sentido y destruimos el fundamento de las cosas cuando andamos prevaleciendo por la nobleza de la sangre. Las familias antiguas, de tradiciones solariegas, que no han recibido carta desafortada, ni por el crimen, ni por la infamia, hacen bien quizá en blasonar de su cuna, si al lado del recién nacido están palpitando esos angelitos hermosos que se llaman virtudes. Mas la guentuala sin historia, sin luz en lo pasado, ni acciones honorables en lo presente, lejos de hacerse ridícula con la fatuidad, debe ilustrar con la modestia su insignificancia. Con el *de* o el *del* que roban los tontos a la aristocracia francesa, ¿cobran talento, valor, gallardía? A Juan Prim, conde de Reus, marqués de los Castillejos, nunca le ocurrió llamarse Juan *de* Prim; y el duque de Rivas siempre ha sido Angel Saavedra. Algunas ediciones de *El Moro Expósito* están firmadas por Angel *de* Saavedra; pero la Academia Española, entre sus miembros difuntos, le trae sin el *de* chinchoso; y entre los vivos hallamos a don Mariano Roca, marqués de Molins, y a don Joaquín Ignacio Mencos y Manso, conde de Guendulain. Don Mariano Roca no necesita ser *de* Roca para ser presidente de la Real Academia, ni para ir de embajador de España a la República francesa. El marqués de Molins, simple Mariano Roca, se hombrea en la corte de Francia con los condes von Arnim y los duques de Decazes. Los cholos y los indios nos van a salvar en Sudamérica de la peste negra del *de*, que está cebándose hasta en las familias de buena razón; ya hemos visto, gracias a Dios, al curtidor Chinchilla firmar Pedro de Chinchilla; y un indio carnicero de Cuenca ha dado en la flor de llamarse Ramón *de* Caspicara. Ignacio *de* Veintemilla y Pedro *de* Chinchilla son la nata de la nobleza hispanoamericana, son los Grandes de España de Cayambe. Alfaro me ha traído en estos días un cuadernito firmado por Ignacio Veintemilla, sin *de*: es el mismo que este hijo de la panza hizo escribir en favor de su hermano Pepe, cuando García Moreno le dio de baja, por largo de uñas. Ignacio Chinchilla no era noble todavía; aún no había fugado del *Hotel de las Cuatro Naciones* con el exiguo tesoro del pobre italiano Borella.

El *de* y el *tú* son inseparables en su Alteza Monseñor el Gran Duque de Jarrín: desde que dio en llamarse *de* Veintemilla, no le llama usted a nadie; tú el joven, tú el viejo; tú el varón, tú la mujer. Imagina que el tutear es prerrogativa de presidentes, y al Padre Santo no le perdona el tú: si don Pedro de Braganza se asomara a su puerta, le dijera: Pedro, ¿cómo estás? Llegando a la villa de San Juan de Dios de Ambato, lo primero que hizo fue tutear a su huésped, la viuda del general Gabriel Urbina. Señora anciana, respetable por sus años cuando menos, y por su condición de viuda, se vio saludar de don Ignacio de Chinchilla: "Isabel, ¿cómo te va?" y era la primera vez que

la saludaba en su vida. No digo que no haya tontos en el mundo. ¡Jesús si los hay! Anda, anda, inocente, y buena manderecha.

Los ingleses no usan este pronombre ni con sus hijos, ni con sus criados: el tú indica lo sumo del respeto, o lo sumo del desprecio: hablando con Dios echan mano por ese tú lleno de amor y veneración que sale del corazón piadoso. A la ínfima plebe la tutean también los insolentes; los comedidos, jamás. El *vous* francés envuelve ese mundo de urbanidad y delicadeza con que esa nación caballerosa prepondera sobre las demás: el emperador, el rey no tutean a nadie. Los hijos tutean a sus padres, por amor; uso moderno que nunca aprobarán los que piensan que el cariño filial debe estar callado debajo de un mundo de respeto: me parece mejor el padre de Chateaubriand, el padre antiguo, ese delante del cual esposa e hijos permanecen en silencio, mientras el calvo anciano va y viene a lo largo de la sala, que el padre de moda para quien los hijos son hermanos malcriados y atrevidos. En cuanto a los españoles, su gravedad característica no les permite el tú entre padres e hijos: a Dios le dirigimos algunas veces el tú de la misericordia y el perdón: ¡Tú, Señor! decimos: vuelve, Señor, los ojos a este desventurado. Los americanos tenemos el derecho innato de tutear a los indios y los negros: estas razas desgraciadas reconocen su vasallaje, llevando en paciencia el agravio diario del *tú*, sin volvernos jamás la ofensa. Cuando los negros empiecen a tutearnos, perdidos somos. Los ecuatorianos son indios y negros para el señor conde Ignacio de Chinchilla; a todos los tutea, y no hay uno que se le suba a las barbas. No siempre los tutea, pues lo más común es el *ti* en sus dientes. Usted debe ilustrar su nombre con irse a la guerra de Cuba, le dijo un día un mal aconsejado consejero. ¿Y *ti* por qué no te vas? respondió encendido en cólera. Ordenando la campaña contra el ejército de don Antonio (don Antonio también tiene ejército): *Ti*, le dijo a Urbina, tomas por la derecha; *ti*, a Sánchez Rubio, por la zurda. *Ti* vas adelante, *ti* te vienes por detrás. En Austerlitz no se había desenvuelto plan de batalla más brillante. El señor capitán general no sabe siquiera los términos militares de vanguardia, retaguardia. Cuando se acuerda de vanguardia, dice manguardia; y si se le ofrece dar una orden, sus oficiales le han oído mil veces: "Pongasén a la retaguardia".

Un día recibí una carta firmada por Enrique Pérez de Peralta, en la cual me pedía un artículo de encomio para unas botas que pensaba mandar a la exposición universal de Filadelfia. ¿Quién era ese Enrique Pérez de Peralta? Imposible me fue dar con el busilis: averiguando el caso con cuantos querían oírme, vine en conocimiento de que Enrique Pérez de Peralta era un zapatero que yo había conocido en un pueblo del Ecuador, llamado Pedro Rico. El Pedro le hizo Pérez, el Rico Enrique, y para mayor lustre de su sangre, a su cuenta y riesgo se puso *de Peralta*. En cuando a las botas, artículo era que podía entrar en docena con la máquina monstruo de Corliss, el cañón Krupp que Prusia mandó a la dicha exposición de Filadelfia, y los pies del señor general Chinchilla. Más razonable anduvo Jerónimo Buzón de los Herreros cuando pidió a un congreso que por decreto legislativo le suprimiese el *Herreros*

y el *de los*. Como republicano de nacimiento y demócrata de buena fe, decía el peticionario, quería llamarse Jerónimo Buzón mondo y lirondo. Ignacio de Veintemilla por nada fuera Ignacio Buzón: ¡uno que ha tenido cartas con reyes y emperadores! Desde que don Antonio le hizo jefe supremo, cuatro o cinco veces se ha dirigido ya a todas las potencias de la tierra para darles cuenta de su grandeza. El hijo del Celeste Imperio, ciertamente, ha de fijar consideración en el grave suceso de haberse elevado a una como presidencia, uno como caballo, en una como república. “Grande y buen amigo” al rey de España; “grande y buen amigo” al emperador de Alemania; “grande y buen amigo” al zar de Rusia. ¿Creerán los sudamericanos que el destripaterrones ha mandado parte al sultán de Turquía? El Gran Turco es su *grande y buen amigo*. Cuando manda parte al emperador de la China, ése es capaz de mandarle tarjeta bordada y pintada al Padre Eterno, llamándole *grande y buen amigo*, León XIII no se ha escapado de la tarjeta rodeada de encaje del señor general don Ignacio Cochinilla; como el ministro de este grande es de su propia calaña, al Sumo Pontífice le ha ido a llamar también “grande y buen amigo”, como si el Papa no fuera *Padre Santísimo*, aun cuando sea nuestro amigo. La reina de la Gran Bretaña es asimismo *grande y buena amiga* de nuestro grande y buen caballo, por cuyo grande y buen tragadero están pasando en forma de cebada tesoros nacionales y honra patria. De bonísima gana modificáramos nosotros el derecho consuetudinario en esto del *grande y buen amigo*; causa tirría ver a un majagranzas como Ignacio Jarrín, ignorante de las primeras letras, hombrearse con el zar de Rusia, y llamarle *amigo*. La dignidad de la nación, desde luego, amayora a la pequeña, y la sube hasta la grande; ¿mas los humildes no deben renunciar algunas de esas ridículas ventajas en favor de la modestia? Nada perdemos, ni perderían el regidor de San Marino, el juez de Andorra, con tratar de señor y majestad al emperador de Alemania; de beatitud al pontífice romano. Ellos a su vez nos titularían *excelencias*; y si nos llaman grande y buen amigo, tanto mejor. El presidente de los Estados Unidos, el de la República francesa, esos como testas coronadas que echan el montante entre las naciones, son quizá menos soberbios que nosotros; menos tontos, no hay para qué decirlo. Washington, Mádison, el sombrero en la mano ante el menor de sus iguales; ante los reyes de Europa, no humildes, pero sí modestos, con su casaca negra, símbolo de la grandeza republicana. Nadie supiera que Grévy es presidente de una gran nación, si no fuera por su nombre: el señor de Veintemilla, no contento con haberse hecho bordar de oro las orejas, como ya lo hicimos saber, se ha pasado una argolla en el tabique nasal: así los arrieros de los Andes les pasan un cabestro a sus bueyes cargadores, para guiarlos por las escabrosidades de los caminos. Ignacio Veintemilla no se ha pasado la argolla para esto, sino para dar a conocer que es aristócrata y jefe de la tribu.

El noble a quien no le sea dado sujetar su nombre al análisis etimológico, diga que su nobleza es subrepticia, y sus ejecutorias no han sido concedidas por los que tienen derecho de hacer merced de hábito y de armar caballeros con la pescozada y el espaldarazo. Carlos V volvió ilustres de este modo a

varios señores castellanos, y el rey de Portugal consagró la nobleza de Vasco de Lobeira en el procinto de la batalla de Aljubarrota. Los valientes han estado siempre en potencia propinqua de llegar a deudos de los reyes, así como los hombres de alto ingenio han conseguido el *don* respetable por las hazañas de la inteligencia. Los Reyes Católicos ennoblecieron al hijo del cardador de Génova, después del descubrimiento del Nuevo Mundo, y le concedieron la facultad de que se pudiese *intitular dende en adelante don Cristóbal Colón*. La nobleza antigua trae envueltas en sus nombres las virtudes o altas prendas que acreditan en su dueño gran corazón y ánimo excelso. El rey de los godos que hasta hoy es timbre de su raza, descompone el suyo en términos como estos: *adel*, nobleza, y *ric*, héroe, guerrero. Alarico significa, pues, noble guerrero, o gran señor de espada que entra ciudades y naciones, y echa los fundamentos del imperio que luego será extendido por cuantas son las partes de la tierra.

Darío no pensaba que Alejandro venía a *socorrerle* a sus dominios; ni con haber sido grande la virtud de su enemigo en respetar la de su mujer y sus hijas, tuvo por cierto que el macedón había tomado por suya la felicidad de los persas; y ni por eso el hijo de Filipo dejó de llamarse *auxiliador o socorredor de los hombres*; que no otra cosa quiere decir *Alejandro*, vocablo numeroso que pasa de siglo a siglo asordando el universo. *Alexo*, verbo griego, yo socorro: *andros*, a los hombres. Socorriólos, efectivamente, en Arbela, cuando con el rayo en la mano fue consumiendo las falanges de Memnón, y ahogó a los príncipes asiáticos en mares de su propia sangre. Socorriólos en la India, tomando prisionero y cargando de cadenas al invicto Poro. Socorriólos en Tiro, socorriólos en el Granico. En el Granico él iba siendo el socorrido con un golpe gentil en la cabeza; y lo hubiera sido, a no ser por Clito, el amigo de su corazón. Clito, pobre Clito, tú salvaste a tu amigo, y he allí, que se te viene encima la espada desenvainada. Borracho está: huye, Clito, ponte en cobro. Tu rey es, puede matarte: hasle ofendido, desdichado; y le provocas todavía, y le esperas. . . ¡Rompido el pecho, un torrente de sangre afuera, allí yace el pobre Clito, amigo de Alejandro! ¿Qué presta la desesperación, qué valen los gemidos del matador, cuando, vuelto en sí, ve lo que ha hecho? Alejandro era el *socorredor de los hombres*, y los andaba socorriendo en dondequiera: ¡pobrecito! llegó a Babilonia, y le socorrieron a él con un vaso de veneno. Vaso digo; no fue vaso: fue uña de caballo, único recipiente que podría resistir la fuerza destructura del agua de la laguna Estigia. ¿Quién mandó el tósigo? ¿fue Aristóteles su maestro? ¿fueron sus capitanes ambiciosos? Sea de esto lo que fuere, el hecho es que el más noble de los príncipes daba a entender con su nombre grandes cosas, y fundaba su nobleza en las virtudes.

Catorce siglos antes de Jesucristo nació un muchacho en Tebas, la de las siete puertas. Los griegos tuvieron buen cuidado de no poner la cuna de Minerva en la Beocia, ni imaginaron que el dios de la luz hubiese venido al mundo en ella; y con estas preocupaciones pudieron llamar *beocio* al que brillase por la tontera y prevaleciese por los arranques brutales de los sentidos. Pínda-

ro les está dando hasta hoy la desmentida con esa voz alta y sublime con que hace resonar la cumbre del Parnaso; mas no por eso dejará de llamarse beocio el menguado que ni sirve de provecho alguno a sus semejantes, ni rompe el firmamento con el alma y requiere con los ojos del espíritu los secretos de la eternidad. Hércules sí, pudo haber nacido en Tebas: el bien musculado, el huesudo, el velludo, es dios de la fuerza, terror de los ladrones y leones. La piel con que vuelve cubierto de una de sus aventuras, esa piel amarilla tirante a rojo, de la cual no ha cercenado ni las garras, es la del león de Nemea: no le mató con las flechas de Apolo, sino con su propia maza; esto es, no se valió de los ardidés del ingenio, mas sí de la fuerza bruta.

El padre de los dioses ha desaparecido una noche del Olimpo: Juno, su esposa, está allí saliéndose de madre, fieta como es esa deidad en hecho de amores y de celos. Dos veces desleal, el padre de los dioses ha dejado a su mujer para buscar la ajena. Anfitríon no pensó que Hércules fuese hijo suyo; pero no llamó a singular batalla a Júpiter para desagraciarse. Nació el hijo de la fuerza o Alcides; y éste es el semidiós que simboliza las obras difíciles y las proezas inauditas. *Hércules* se compone de *bêra* y *klêos*, y quiere decir *gloria de Juno*. ¡El testigo de su daño era su gloria! Esa divinidad adusta no lo pensaba así: las víctimas de su venganza están acreditando que los hijos de su marido en sus rivales no eran dicha ni timbre para ella. En todo caso, los Heráclides fincan su nobleza en la gloria, y los grandes hechos son los títulos de su orgullo.

Temístocles significa *gloria de la justicia*. Ese hijo del pueblo que salva la patria del furor de los bárbaros, transponiéndose con él y sus penates a la sagrada Salamina, ése labra su fama y funda su imperio en el amor a la ley, la razón, la justicia, que todo esto quiere decir *Temístocles*.

Oh vosotros, nobles de nuestro tiempo, caballeros de la democracia sudamericana, veamos si vuestros apelativos descompuestos vos confieren virtudes en lo pasado ni prometen gloria en lo porvenir: *Ignacio Jarrín*, ¿qué significa? ¿grandes hechos de armas, donde el fuerte brazo estuviera obedeciendo a la inteligencia? ¿virtudes cívicas, de esas con las cuales Marco Tulio Cicerón engrandece a Roma? ¿obras de magnanimidad y sacrificio, como las de Guzmán el Bueno? ¡Machuca, Diego, machuca! gritaba el rey de Castilla, al ver cómo Diego Vargas hacía riza en los moros en un combate con un brazo de árbol que había desgajado por ahí, cuando se le hubo roto la espalda. La familia de Diego Vargas es nobilísima, a causa de ese demonio que hace montones de muertos en el campo, y pone en fuga espantados a los enemigos de España y de Jesús. El que se llame Machuca, ya podrá presumir de solar esclarecido, puesto que sea descendiente de aquel soldado valeroso. Los abuelos de Ignacio Jarrín ¿qué han machucado? ¿moros en la batalla? No han machucado; han molido, jora en la piedra, y por eso son Jorines o Jarrines.

Jorín no es *gloria de la justicia*, como *Temístocles*; ni *socorredor de los hombres*, como Alejandro. Castrador de gente, eso sí; castrador de médicos, sus amigos confidentiales. *Ignacio Jorín* quiere decir, no socorredor, sino castrador de hombres. ¿Dónde está Hércules para este malhechor? ¡Hércules! Hér-

cules para el león de Nema: para el perro-lobo, el palo de un ganadero basta. Y ése es aristócrata, noble; nobleza proveniente de las hazañas o de las virtudes; nobleza de Alarico, nobleza de Faramundo. El árbol genealógico de Ignacio Jorín, en la segunda rama da con la gente del gordillo, y lo que suena peor, con . . . uno de los más negros pecados. Lo abultado de sus miembros, lo grosero de sus modales, lo ruín de sus obras están deponiendo en contra de su nobleza. Esa cara de idiota ebrio, esos ojos en los cuales están resplandeciendo los vicios de la ignorancia; esas piernas brutales, columnas sin pulimento; esos pies anchos, juanetudos, como los de Monipodio, todo indica sangre ordinaria en ese facineroso, cuna vil, rodeada de crímenes y miserias, hambre y andrajos.

Siempre había estado diciendo que su familia era española, y que se iba a España, por cuanto sus parientes le llamaban; sus parientes, los Ladrones de Guevara y los condes de Alcaudete. Andando un día por las calles de París, la nariz arremangada, origen de los Nilos que están fluyendo eternamente hacia el mar muerto de su boca; andando así como un bausán dotado de pesada locomoción: echó de ver un letrero en una esquina, y preguntó. ¿Qué dice ahí? *Rue de Veintemille*, respondió su adlátere. ¿No te lo había dicho? yo soy francés; mi familia pertenece a la nobleza de Francia: allí tienes mi nombre. Desde entonces no es español sino francés; y no Jarrín sino *de Veintemilla*. Francés . . . francés . . . Si a los pies del Cayambe nacieran portugueses, éste fuera portugués. ¿Dónde el ingenio, dónde la chispa, dónde la cortesía, donde la gracia, dónde la elevación moral de los franceses, los más cultos y amables europeos? Fuera del color, todo es indio en esa fea, desmañada criatura. No vaya a pensar que estoy hablando de él con uno como cariño cuando le llamo criatura: un burro es criatura, un oso es criatura; todo ser criado es criatura; él, como esos otros, es también criatura: criatura gorda, pesada, grasienta; criatura perversa, criminal, patibularia, criatura indigna del Criador, como Caín; indigna de la patria, como don Julián y Galalón; indigna de sus maestros y amigos, como Judas. Criatura es: el perro por una parte, el verdugo por otra, son criaturas. Criatura noble, criatura blanca. Blanca es, eso sí, blanca. ¿Pero eso qué quiere decir sino que nevó el Cayambe la noche de su triste nacimiento, y que la ventisca nocturna le trajo al rostro un puñado de plumas de nieve que se le pegaron en la enjundia de que estaba cubierto? Por un descarrío lamentable de la naturaleza los negros suelen padrear hijos blanquísimos: éstos son los más desgraciados de los hombres, porque adolecen de mil achaques físicos y morales. Los albinos tienen conexiones estrechas con los caquerlaques u hombres nocturnos que andan cometiendo acciones reprobadas en lo secreto y callado de las sombras. Conque si de negros nacen blancos, de *chagras* pueden nacer blanquísimos, y ser esta descendencia la que se come el cadáver de la República y es la infamia de la tierra. La flor de lis no está brillando debajo de esa blancura, ni el Toisón de oro condecora el pecho del caquerlaque. En cuanto a la pinta de su cabello, ese ocre moribundo que los cholos de Quito llaman *chahuarejo*, sepa el señor Jorín que es el de Judas Iscariote, el aristócrata de la Judea que entregó a Jesús a los esbirros del rey Herodes.

Jesús... ya la nombramos a esa dulce persona. *Jesús* tiene también su etimología, dimana de *Jehovah*, el ser por excelencia. Y de Jesús se derivan Juan, Joan, *Jounnes*. El hebreo *Jehobhanan* es fuente y origen de todos esos suaves términos, los cuales, como su raíz, quieren decir ser bueno, compasivo, misericordioso.¹ Jesús es bueno, compasivo, misericordioso. Juan Bautista fue un tanto acedo; el precursor del Mesías no puso la monta en la dulcedumbre del genio ni la untuosidad de las maneras: viva en nuestro tiempo, y le hubiéramos llamado misántropo los respetuosos; que los atrevidos le hubieran calificado de montaraz y selvático. Juan, el primer hermano de Jesús, ése sí fue como su maestro y amigo, bueno, humilde, avenidero con todo.. De bonísima gana hace los mandados de la Virgen, ayuda a llorar a las mujeres, y se está ahí al pie de la cruz mirando hacia arriba con amor y piedad infinita. ¡Así fuera ley del individuo la etimología de su nombre! Don Juan Fausto no hiciera pacto con el diablo, don Juan Tenorio no anduviera arrasando mujeres, don Juan Montalvo no le llamara cara de caballo a Ignacio Cochinilla, porque todos fueran buenos, compasivos y misericordiosos con sus semejantes. Con mis semejantes, lo soy, gracias a Dios; ¿mas por qué ha de ser mi semejante esa alimaña vergonzosa, enemigo de la inteligencia, aborrecedor de las virtudes? El que ama a Dios sobre todas las cosas; el que no jura su santo nombre en vano; el que le santifica y glorifica en su corazón; el que honra padre y madre; el que no mata con lengua ni con puñal; el que no hurta; el que no miente ni levanta falso testimonio el que no codicia los bienes ajenos, ése es mi semejante, y con ése soy bueno y compasivo. Jesús lo era con todos, aun con los perversos, en cuanto eran capaces de arrepentimiento; mas esto le correspondía a él por su parte divina; que lo de amar a nuestros enemigos es lo más incomprensible, duro y escabroso de la doctrina cristiana. Los que la rezan todos los días, muchos son; los que la cumplen al pie de la letra ¿dónde están? No puede ser bueno, cuando no es malo con los malos, decía un filósofo antiguo, hablando de un alma de cántaro que acariciaba a los bribones, como San Francisco de Sales se iba a la caballeriza a darles besos a los brutos, por amor y fraternidad. Aflige la consideración de que, por la razón o la fuerza, y por justo que sea nuestro sentir respecto de los malvados, unos somos con ellos en la especie, y con ellos respiramos, y con ellos vivimos en la tierra. Cuando salimos al otro lado por esa puerta excusada que se llama sepultura, ya el deslinde es completo. Ignacio Veintemilla, el mutilador de sus semejantes, el infamador de los difuntos, el violador de las hijas de sus hermanos, el traidor a la patria, el asesino nocturno, el codicioso de los bienes ajenos, el impío por ignorancia, el hijo del crimen y padre de los vicios, no estará allí en la misma gradería de los que amamos a Dios, tememos su juicio, y, aunque pecadores, abrigamos la convicción de ser de los escogidos.

¹Para que no se diga que las estoy dando de helenista ni de hebraizante, me cumple citar aquí a don Pedro Felipe Monlau, en cuyo Diccionario etimológico he debido, a flor de sabiduría, estos conocimientos de lenguas orientales. La carne, mía, es; solamente el esqueleto, el hueso desnudo es de don Pedro.

Todos los hombres, dice Séneca, tienen un mismo origen: uno no es más noble que otro sino en cuanto ha recibido de la naturaleza mejores disposiciones morales. Si las buenas disposiciones morales son la fuente de la nobleza, ¿cómo han de ser nobles los que las tienen bajas o altamente infamantes? Veamos si Ignacio de Veintemilla puede sentarse a la Tabla Redonda y ser de los doce pares: Roldán, Reinaldos de Montalbán, Ricarte de Normandía, Gui de Borgoña, ¿al lado de cuál de estos paladines está su sillón dorado?

*Caballeros son de estima,
De grande estado y linaje,
De los doce que a la mesa
Redonda comían pane.*

El romance del marqués de Mantua no hace mención de Ignacio de la Morcilla, el cual no debe comer pane a la mesa de Carlomagno, sino carnaza medio cruda en el banco del truhán y del pinche.

*No hayáis miedo, mis sobrinos,
Rui Velasquez respondía:
Todos son moros astrosos,
Moros de poca valía.*

Moros astrosos y de poca valía son esos aristócratas de la hampa, cuya mano brutal no es para la empuñadura del bracamarte de Toledo, sino para la escoba, arma con la cual la canalla doméstica lleva a felice cima sus aventuras de traspatio. El chagra Ignacio Jarrín, no; él quiere tener sumiller de la cava, sumiller de la cortina; potagier, salcier, frutier; contralor o veedor; pajes y doncellas, monteros y maestresalas; guardamangier, guardamujer; dueñas y damas de honor, azafatas y meninas: es un rey esta gigante Andandona del sexo masculino.

Sir Roderick Murchison, célebre geólogo, recibió de su majestad la reina de la Gran Bretaña carta de nobleza, en premio de sus estudios y sus descubrimientos. El zar de Rusia le había condecorado también al señor barón Roderick con la cruz de Santa Ana, después de un viaje científico por la cordillera del Ural. Veamos las cruces nobiliarias de don Antonio Borrero, estotro aristócrata de la quebrada: ¿Cuál es el Ural por donde él ha ido sopesando la naturaleza en su mano cargada de sabiduría? Muéstreños los fósiles arrancados por él a la profundidad de la madre tierra, con los cuales, nuevo Cuvier, ha recompuesto el mastodonte de la época terciaria. ¿Dónde están los zares o emperadores que le han clavado al pecho las veneras de la ciencia y las virtudes? Fingiéndose el buen hombre no dar con uno adecuado para ministro de lo Interior y Relaciones exteriores, un ciudadano bien intencionado indicó a un hombre de bien. Apto, dijo don Antonio instruido, inteligente, sin tacha ni reproche. Por desgracia es de familia obscura. De otro a quien sus palaciegos

le delineaban como la suma de los vicios, inepto además y no nada a propósito para el empleo de que estaban tratando otra ocasión: Que se le pase el nombramiento, dijo; es de la aristocracia. Rara justicia, y más rara perspicacia de magistrado, que en una república democrática anda poniendo a un lado inteligencia, instrucción y buenas costumbres, para colocar al viso, ignorancia, negadéz y embriaguez! Pobre diablo sin antecedentes, leguleyo de parroquia, ¡hele allí picando en gran señor, y poniendo pies con cabeza las cosas de la república y la democracia triunfante en el Nuevo Mundo!

Bien como los turcos juzgan por la oreja de los quilates de la sangre, así nosotros vamos a regirnos, en el asunto de la nobleza de don Antonio, por el género de sus bebidas predilectas. Napoleón III gustaba sobremanera el vino de Champaña, ese Roederer espumoso que chisporrotea en larga copa. Dicen que el viejo Guillermo Hohenzollern, emperador de Alemania, paladea con indecible placer el Chateau-Yquem, vino de Burdeos que hoy se vende hasta a cuatro mil duros el barril. El precio ordinario, según la edad de esta delicada poción, suele ser de ochocientos a dos mil pesos: ahora que el *filoxera* está dando buena cuenta de las viñas de Europa, el Chateau Lafitte, Chateau-Margaux, Chateau-Yquem tienen precios fabulosos. Las testas coronadas y los lores de Inglaterra son los únicos que saborean el néctar de los dioses que con esos nombres, ríspidos para labios españoles, salen de Francia.

Los romanos antiguos no apuraban cosa mejor que el Falerno: Lúculo se iba de todas cuando su maestresala, por ecónomo y hacendoso, dejaba alguna vez de ponerlo a la mesa. ¡Belitre! le dijo una ocasión, ¿qué quiere decir esto? Señor, como hoy no hay convidados, me pareció que no era necesario tanto dispendio. ¿Y no sabías que Lúculo comía en casa de Lúculo? Hoy la Italia no prevalece por los vinos: Francia y España se la llevan de calles, y aun Alemania con su Tokay, su Marcó Brúnner y sus mil cordiales que en botellas elegantes están aherrojados a modo de diablos traviesos y revolvedores. El *lacrimacristi* es vinito que apetece el viajero, andando a lo largo del Mediterráneo por Sorrento y Castellamare mas de él al jerez seco de veinte años, va todo un mundo. Nosotros teníamos en Venecia rara predilección por el *vino de Chipre*: entre pecho y espalda dos o tres copitas por comida, no era de salir tirando piedras. No es cosa de borrachos esa; de Gracias es, y de Musas en el monte Parnaso. Es de morir de risa ver a los hijos de los Andes, encaramados sobre sus montañas, beber a destajo Chateau-Margaux, Chateau-Yquem, moscatel, vinos franceses, jerez seco, albilllo de España; vino de madera, *oportó*, *chablos*, "roederer", a seis reales la botella. Los de a dos mil pesos el barril ellos lo toman por ocho reales; y no se contentan con decir que es bueno, sino que *mascan la uva*. Las porquerías que mascan los infelizotes Dios lo sabe, y nosotros no lo queremos decir: allá cuando echen los bofes con el vomitivo que les ha de dar el diablo, verán lo que han mascado en su vida de bebezonas y zipízapes. Nosotros hemos visto en un tenducho de lugar botellas de manto dorado con este rótulo sublime: *Tocay de primera clase*. A doce reales la pieza, voló el Tokay; cuando en las bodegas del Rin, una cosa como botella le cuesta veinte duros al que lo quiere por curiosidad. Los que *mascan*

la uva en el Tokay a dos mil quinientas leguas de la mata, ya pueden no comer sino huevos del ave Fénix.

Pues nuestro don Antonio no los come sino de pato, y sus vinos son la chicha, tarde y mañana; tarde, mañana y noche. El "rœderer" de Napoleón III no le gusta; el *chateau-yquem* del emperador Guillermo, le hace daño; la disolución de oro que sale a torrentes de los carrales de Jerez, no está buena; el vino de Borgoña, porquería; el *soterna* francés, ese añejo de treinta años, que nadie gusta por menos de cinco duros, caldo de pollo; el *mosto* de Chile, patarata; el *cabello dorado* de Moquegua, suero sin purificación; *champagne*, *elias*, *moscatel*, aguadija: don Antonio masca la uva en la chica; y no sabe el majadero que no está mascando sino jora.

Un don Manuel *Gómez de la Torre*, Grande de España de primera clase, marqués de Coimbra en Portugal, príncipe Novgorod en Rusia; aristocraton endemoniado, noble de siete suelas, le dio al señor don Antonio el banquete con que tiene por costumbre recomendarse a la memoria de todos los que entran a mandar, tan luego como ese digno magistrado hubo llegado a la capital de la República. Este es vino, señor don Antonio, le dijo; pruébelo. Probólo el Washington de Azuay, y respondió: Este debe ser del mismo Burdeos: aquí se masca la uva. Sonrió al anfitrión como quien quisiera decir: Proviene de las Tullerías, regalo de mi prima Eugenia.

Después de una pierna de Borrego: "Cate vucencia estotra agüita de canela". Echasele al coletto don Antonio, y contesta: *chato margo*. Qué chato margo, dice don Manuel; si es valdepeñas.

Comparece el *ají de cu*. . . lebras. (No lo acabo de decir, por no ir por el varón de Humboldt). En Europa, señores acostumbran un traguete de champaña; mire vucelencia si se anima. Don Antonio nunca deja animarse: alzó el codo, y exclamó: ¡*Chato margo!* — Se le ha dicho que es champaña, amigo don Antonio.

Después del *locro*, dijo don Manuel, el emperador de Austria suele gustar una copita de vino blanco: ¿lo bebe, señor don Antonio? Lo bebo y lo rebebo, contestó don Antonio; ni dirá Francisco José que en Cuenca somos para menos. ¿Este vino blanco debe de ser el tinto, ese tan renombrado de que hablan los periódicos? Sompredido el Grande de España, no quiso dar la contradicción; antes respondió que sí: pero volviéndose al viejo Teodoro: ¿Has visto el error del presidente? quiere que el vino blanco sea negro.

Llegaron los postres de don Manuel: mazapán de Toledo, chocolate de Astorga, torta real de Motril. Las monjas de San Pelayo y de Rondela echaron el resto de su habilidad en los dulces de ese convite memorable. Allí estuvieron los turrónes sublimes de Alicante y de Gijón, allí el alfajor morisco. Roscas de Utrera, yemas de San Leandro de Sevilla, buñuelos de Trapisonda, ¿qué no había en ese banquete de los dioses? El bollo maimón de Zamora cerraba la marcha, junto con las coronitas de almendra de Pancaya. Todo esto hubo en la mesa del príncipe de la Torre de Babel; o más bien, hubiera habido, si hubieran llegado a tiempo; pero el diablo fue que la flota que traía esas gollerías vino por el Cabo de Hornos, y hasta hoy día de la fecha no

puede vencer los vientos contrarios. Supliólas don Manuel Novgorod con los indefectibles mojicones de Ibarra, los alfeñiques de Carpuela y la famosa miel de abejas de Tilipulo, bocadillos que le gustaron por extremo al presidente de la República. De los mojicones comió seis, y tan buenos le parecieron, que preguntó si no eran huevos de pavo real. Eso se quería don Manuel, que le tomasen por manjares regios sus drogas, y le alabasen de vinos archisuperiores sus aguas de Campeche y su suero embotellado. Sobre los huevos de pavo real, dijo sonriendo, el *chato margo*, señor don Antonio, cae como miel sobre hojuelas. Y le presentó una cosa amarilla, agria a la vista, abominable al espíritu. ¡Chicha! grita triunfante don Antonio, pulsándola minuciosamente con los labios, y cual si fuera el elixir de la vida, apura el licor de los inmortales con indecible satisfacción.

Alzados los manteles, don Manuel no hubiera dado gracias a Dios: él es, dice, volteriano, y está montado a la francesa; pero don Antonio, católico rancio, con cuatro dedos de enjundia de monasterio sobre el alma, hizo rezar su buen *pater noster*, les echó la bendición a los más de cincuenta convidados, y salió con los suyos quejándose amargamente de la grosería de su ministro que así le había dicho: "Este es vino"; como si él no estuviera hecho a los de las bodegas de Spira.

Cualquier judío tomará café, té, agua del Paraguay al dejar la cama: si es español, venga la jícara. Don Antonio Borrero, antes de lavarse, peinarse, atacarse bien el pantalón, un jarro de chicha; no vaso sino jarro; jarro grande, soberbio; jarro antiguo: de esos entre morado y rojo por dentro, y azul por fuera; morado y rojo que son el rosicler de los mineros. Sobre esta presea tuvo don Antonio autos con una rama segundona de su casa, y ganó el pleito en primera, segunda y tercera instancia, con costas, habiendo probado *luce meridiana clariores*, que con haber pertenecido la joya a los condes de Puño en rostro, a él, descendiente en línea recta de varón del último de los mayorazgos, le tocaba el jarro tradicional de la familia. Consérvalo don Antonio, más como blasón de su escudo que por su valor intrínseco; sin deterioro, si no es habersele roto el asa en sus aventuras de Nueva Colombia, cuando los pastusos le ponían grillos por equivocación, y le emporcaban las botas mientras el gran señor estaba en su agosto lecho. Y es de ver la prosopopeya con que el presidente constitucional de la República se echa al colete su buen jarro, y la gana con que dice ¡aaah! cuando lo ha trasegado a la barriga. Chicha en ayunas; este es el *sistema* de la borrachera, yo diré *cisma* que pondrá la Iglesia de los bebedores entre un Juan XXXIII y otro antipapa desmedido. Pobre champañá, infortunado burdeos; dónde son idos vuestros días de gloria y ventura, como hubiera dicho Fígaro.

Las legiones romanas cargaban vasos de bronce, y no de materias transparentes, a fin de que el soldado no viese el agua que le deparaba la fortuna en los desiertos o las breñas por donde ella los llevase. No de otra manera don Antonio, como el continente sea noble y puro, carga poco el juicio en el contenido. Su jarro es lo que importa: la cerámica ha de ser enriquecida con alhaja tan proveya, merced a la filantropía del presidente del Ecuador, cuando este

generoso príncipe la regale al museo de Cluny, después de haberla puesto a la vista del mundo en la primera exposición universal con que una de las grandes potencias vuelva a obsequiar a las naciones. Ante el jarro de don Antonio serán cachivaches los objetos que engrandecieron la de 1878. El vaso de Neptuno, de tres metros de altura, cuyo fondo verde y azulado se le llevaba los ojos a Bernardo de Palissy a trescientos años de profundidad en el abismo de la tumba. El vaso de Fulvy, gigante que pudiera brindar a los dioses con el Pactolo prisionero entre sus paredes. El Brongiart, combinación admirable de bronce y porcelana que está reposando sobre una garra de águila. El vaso de Clodion, el de Nimes, ese de Milo tan famoso, ¿cuál se afronta con el jarro de don Antonio? Los vasos de Rodas, maravilla de ese certamen del ingenio y la habilidad humana, son cáscaras de nuez al lado de la gran pieza en que bebe ese ilustre americano. Pues las copas del Renacimiento, la celebrísima del Delfín, esa labor intrincada de oro en madejas de cristal espeso y claro; las de Enrique II, las de Rívoli, ¿qué son para con el jarro de don Antonio? Los vasos que en el Trocadero figuraban el triunfo de Venus Afrodita, el embarque para Citera, tierra prometida de los placeres; el carnaval de Guido, las danzas de los Corybantes presididas por el dios Pan, son chilindrinas y baratijas; el jarro de don Antonio, esto es lo que hay que ver: allí están representados los Silfos de Lutecia que huyen de los gnomos de la Selva Negra; las Náyades del Po en el acto de recibir en sus brazos a Faetón herido; las ondinas del mar Egeo que ven llenas de gozo venir a ellas la décima Musa, cuando esta apasionada griega se tira del promontorio de Leucadia. Bien así como Fidias entalló al disimulo en el Partenón la imagen de Pericles y la suya propia, así don Antonio se ha hecho grabar en su jarro entre Psiquis sorprendida y Amor enojado. Un sátiro de ancha cara, negro como el fierro bruto, está allí mirando boquiabierto hacia las sílfides que con don Antonio juguetean: ése es su hermano Ramón, a quien no ha puesto en olvido el amado de las Gracias. Píramo y Tisbe, Romeo y Julieta, don Antonio y Altisidora ostentan allí en rasgos superfinos. El artista dio en la mueca: le toma a don Antonio cuando este Alcibíades está entrando a la capital de la República con su papahígo de percalina verde, su sombrero con funda de cuero blanco o sus alforjas azules de Loja, compañeras inseparables de su grandeza. Fidias pagó con la vida su vana temeridad; pues habéis de saber que la ley castigaba de muerte al artista que reprodujera en los monumentos públicos su propia imagen ni la de cualquier otro mortal: a don Antonio, juzgándole según las leyes de Atenas, le condenaremos al último suplicio, por haberse hecho retratar en su jarro.

Los hispanoamericanos, sin haberla heredado de sus antecesores, tienen la costumbre de cerrar el almuerzo con una infusión negruzca que llaman chocolate: nuestros susodichos antecesores lo tomaban en Madrid, Sevilla, Zaragoza y otras partes, y lo toman nuestros hermanos de hoy, en exigua cantidad, espeso y dulce como la miel de Hiblea; y no en el almuerzo, sino por primera refacción, así como los neogranadinos toman su hidromel, y los chilenos su mate. Don Antonio no está por nada de esto: venga su jarro, su querida loza

morada. Ya bebió, ya se hartó el pobre hombre. Chicha después de los huevos estrellados, esto sí que es bueno. Don Antonio está mascando la uva, y tiene que tascar el freno por felón y canalla. Si puede decirnos las verdades, ¿por qué toma el nombre de Juan Francisco Rodríguez, y fecha sus imposturas en la ciudad de Loja, cuando se halla en Chile? Don Antonio va a hacer en Rancagua un *meeting of indignation* con el indio Ramón; no importa: vuelva a tomar su jarro, alce el codo, beba, pille la mona de costumbre. Después del manjar blanco, la miel, los albaricoques ahogados en almíbar, lo que piden a gritos el paladar, la garganta, la naturaleza, es un vaso de agua fresca, cristalina; vaso de verse la cara en él, como lo quería Horacio; vaso apetecible, regenerador; placer no conocido por franceses, ingleses ni alemanes; vaso de agua del Paraíso, donde nuestros primeros padres no apuraron ponzoña de ninguna clase, sino la pura y suave que a borbollones estaba brotando de una peña sobre una fuente rústica. El vaso de agua después de dulce, placer no disfrutado por los europeos.

Ni por don Antonio Borrero: su jarro, su buena vasija desmirlada; con ella se abraza, con ella es feliz. "Señorita, yo la haré feliz", le decía Ignacio Veintemilla a una de las del oficio en el *boulevard* de los italianos, la misma noche que hubo llegado a la capital de Francia. A don Antonio le hace feliz su jarro; con él se acuesta, con él se levanta; en ayunas, jarro de chicha; en el almuerzo, jarro de chicha; mesa de once, jarro de chicha; comida, jarro de chicha; cena, jarro de chicha. A fuego de católico, don Antonio y el rosario son una misma cosa: va a dormir, va a desollar la zorra: bebe, hijo, bebe tu jarro, ya rezaste, ya te encomendaste a Dios y tu patrono. Ahora duerme, duerme, bendito.

No tendré dificultad en creer y confesar que Luis Napoleón Bonaparte que toma "røederer", Guillermo Hohenzollern *chateau-yquem*, Humberto de Saboya falerno de estos días, Alfonso XII jerez de cuarenta años, Alejandro Romanoff vino tokay; que todos éstos, digo, son nobles señores, y aristócratas de nacimiento; mas don Antonio Borrero no me persuadirá jamás que, bebiéndose un galón de chicha por día, pueda blasonar fundadamente de su abuelo, ni poner la pica en Flandes en hecho de condecoraciones nobiliarias. La jora no es de la heráldica. Los indios, los indios, sí, son señores con ella, y aun reyes y magos, cuando beben hasta perder el juicio.

Cuenta Clemencín en sus comentarios al Ingenioso Hidalgo, que el licenciado Diego Matute, natural de Granada, había escrito el árbol genealógico de Felipe III y el de su valido el duque de Lerma. Tomólos a uno y otro desde Adán, y a lo largo de veinte generaciones les vino a dar por abuelo a Tros, rey de Troya. Don Felipe era descendiente de Ilo, y el de Lerma lo venía a ser de Asáraco, hijos del dicho rey de Troya; mas no sin haber pasado por las entrañas de la sibila Eritrea, nuera del patriarca Noé. ¡Lo que puede un sastre!

Siendo presidente de la República el don Antonio escribió una cosa como libro, donde el papel era más que la razón, como decía Quevedo y como hu-

biera dicho Voltaire de las obras de su amigo el rey de Prusia; y lo dio a la estampa por medio de su ministro llamándolo "Biografía del excelentísimo señor don Antonio Borrero, presidente, etc., etc., etc". Las veces que corrigió, refundió, aumentó, suprimió, amplió, rehízo, y volvió a corregir, refundir, aumentar, ampliar, suprimir y rehacer, sólo Dios en su sabiduría infinita lo puede tener sabido. Tanto corregía, borraba y aumentaba, que los nueve meses de su preñez no bastaron para obra tan principal y necesaria: vino Ignacio sin Cartilla, y el árbol genealógico del insigne presidente fue hijo póstumo que no vio la luz del día sino para morir en las tinieblas. La biografía de don Antonio es una Odisea: héroe más interesante, lleno de talento, ilustrado, astuto, buen mozo y noble, no hay en poema, epopeya, oda ni composición grande de poeta esclarecido. Desbaratado su trono de la noche a la mañana, don Antonio no quiso que nadie tuviese conocimiento de su grandeza, y mandó echar al fuego su Eneida. ¡Maldición sobre el vándalo de la literatura que así destruye en un Jesús el monumento que hubiera sido gloria de la raza hispanoamericana! Ya los historiadores y filósofos lamentaron la suerte de la biblioteca Alejandrina: ¿cuáles no serán nuestros gemidos, si contemplamos la enormidad de estotra desgracia pública? Hay en Quito un bibliógrafo que se va tras los libros raros, como si estuviera dando pasos para la salvación de su alma: a lince como un *biblióphilo* o *philobiblion*, no se le podía ocultar el libro de la prosapia de don Antonio: medio por astucia de uno, medio por condescendencia de otro, dueño es y legítimo poseedor de un ejemplar de ese nuevo *Quijote*, y lo lee, y lo relee, y lo conversa y lo propaga, y lo ríe y lo baila, y lo vuelve famoso con el mundo entero.¹ Allí don Antonio se toma él mismo desde Adán, pasa por la tribu de Leví, llega a San José y viene a ser pariente inmediato de San Joaquín y nuestra señora Santa Ana. El rey Wamba, Witiza, don Pelayo, sus abuelos; doña Berenguela, Isabel la Católica, Juana la Loca, sus abuelas; Alfonso el Sabio, su tío; Carlos V, su primo. Don Antonio hace hincapié en su deudo con la infanta doña Urraca, heredera de Zamora, ignorante, sin duda, de los horribles propósitos de esa princesa desafortunada. Su padre don Fernando está rindiendo el aliento en su lecho de muerte, y ella a la cabecera.

*Morir os queredes, padre
Sant Miguel os haya el alma.*

.....
.....

Andando de zocos en colodros, el príncipe real llega al conquistador Quedada, quien se da las astas con Sebastián de Benalcázar sobre la paternidad de don Antonio. Don Antonio es granadino, quiere serlo; llega Federman por el Orinoco, y de allí otro abuelo de don Antonio: no hay duda, el bello in-

¹El señor Semblantes posee el dicho ejemplar de esa Enciclopedia de fatuidades, mentiras y adesios.

fante es hijo de conquistadores. Nieto de tres o cuatro virreyes del Nuevo Reino de Granada, se levanta una noche el siroco andino, lleva a la cordillera del Azuay un puñado de simiente de sacristán, y confiándole a una nube de paso, lo hace llover sobre el Machángara de Cuenca. ¡He aquí el Men Rodríguez de Sanabria de Castilla, el Moncada y Requesen de Cataluña, el Villanovar y Rebella de Valencia, el Rocabertis y Nuza de Aragón, el Alencastre de Lisboa, el Borghese de Roma, el Palavicini de Génova, el Malatesta de Milán, el Este de Ferrara, el Montecuculi de Nápoles, el Mafey de Venecia, el Montmorency de París, el Obérbory de Londres, el von Manteuffel de Berlín, el Tuapanta de Tacunga, el Cholotillo de Ilapo, el Rumiñahui de Machachi, el Duchicela de Paute, el Mayancela de Cañar! He aquí el Paralipómenon de las tres estrellas, el Tirante el Blanco de la roca salada, el Astorildo de Calidonia, el Brianjes de Boacia, el Florisel de Niquea, el Tablante de Ricamonte. Este es el caballero de la ardiente espada, éste es Pentápolin del arremangado brazo, éste Pandafilando de la fosca vista.

Cosas hay en don Antonio que llenan todos los números de la gracia; esto de su nobleza no tiene parecido en el *Quijote*. ¿Cómo lo ha de tener, cuando ni en la sibila quiere ser menos que Matute? Veamos a cuál de las diez le pone el ojo para hacer su bisabuela. Según Varrón diez han sido esas profetisas misteriosas que, puestas en el trípode sagrado, echaban al mundo sus secretos envueltos en la espuma de la revelación. La hija de Tiresias, desde luego; la más antigua de todas; Eritrea, la que predijo la ruina de Troya; la Cumana, llamada Deifobe; Pitho o Etifila, en tiempo de Numa. Díganos don Antonio, sin que lleguemos a las diez, ¿cuál de éstas en su abuela? ¿inclinase por ventura a Deifobe? ¿tiene simpatía por la hija de Tiresias? ¿o le parece mejor la adusta Pitho? Nada de eso: don Antonio es descendiente de Albuena, la sibila Tiburtina; él lo dice en el libro de su prosapia.

Entre el licenciado Diego Manute y el licenciado Antonio Muteta, ¿a cuál os quedáis, católicos? Yo me decido por el primo de la infanta doña Urraca.

Nobleza obliga, dicen los caballeros para quienes buen proceder y punto de honra son cartas ejecutorias. Elevación del ánimo, generosidad, magnanimidad son caracteres de la verdadera nobleza, la cual de ningún modo puede andar lejos de las virtudes. Nobleza obliga a cosas honorables, que son el fundamento de esa aristocracia respetable por su continente, amable por las mil gallardías con que viene cautivando a la sociedad humana en su carrera de pundonor y largueza irrestricta. El noble que sigue los principios de su raza tiene entendido que no es superior a las demás clases sociales sino en cuanto a que él está siempre aparejado a hechos por los cuales los demás no son idóneos. El noble no se desvía un punto de la línea que le prescriben las tradiciones de su clase y su familia: bajeza, cobardía no son vicios en que él puede dar. Si se trata de acometer la aventura del Endriago, él está allí, a él le incumbe ese alto peligro; y armado de todas armas se echará sin miedo a averiguar y descubrir los pavorosos secretos de la Cámara Defendida. ¿Ni cómo un caballero, a quien reinas han ceñido la espada, y princesas han cal-

zado las espuelas, había de sentir recelo de exponer la vida en un trance de pundonor?

*Afuera, afuera Rodrigo,
El soberbio castellano:
Acordársete debiera
De aquel tiempo ya pasado
Cuando fuiste caballero
En el altar de Santiago:
Mi padre te dio las armas,
Mi madre te dio el caballo,
Yo te calcé las espuelas,
Porque fueses más honrado.*

El Cid Campeador no podía hacer ruín uso de esas armas dadas por un rey, ese caballo ofrecido por una reina, y esas espuelas calzadas por una princesa tan hermosa como la infanta doña Urraca. Yo les quisiera preguntar a nuestros nobles, los nobles del *de* francés, ¿en dónde están los Fernandos que les han ceñido la espada, las Berenguelas que les han dado el caballo y las Urracas que les han calzado las espuelas, para que sean estos grandes señores que no caben de soberbia en su vida de pequeñeces, ruindades y cobardías? El origen de la nobleza es el valor: los que prevalecieron sobre todos al principio de las humanas sociedades, éstos fundaron las clases sociales, y se pusieron al frente de ellas con nombre de caballeros y nobles. Hoy la inteligencia es también fuente de nobleza, y la industria se levanta con Stéphenson a los primeros peldaños de la aristocracia. Nobles americanos, mestizos por la razón o la fuerza, si lo ilustre de vuestros nombres no está sino en el *de* propio o ajeno, teneos por hijos del vulgo y por insignificantes miembros de la plebe.

París, Noviembre 5 de 1881

Los errores ortográficos no le afligen mucho al autor ausente; los tipográficos, menos; pero lo que mira a la esencia de la lengua, ya es cosa que no puede pasar uno que tiene sangre en el ojo.

“Las republiquillas hispanoamericanas, donde el despotismo asiático *gallardea* . . .”.

Este verbo, para ser castizo, ha de ser recíproco; así es que me devolverán ustedes el *se* que me ha regalado Cervantes. “Bajo la visera, se afirmó en los estribos, *se gallardeó* en la silla. . .”.

Ya saben ustedes quién se gallardeó en la silla; es nuestro antiguo camarada don Quijote.

El verbo *fugar* catece de la inflexión que distingue a los reflexivos: hablando de un caballero del milagro digo que *fugó* de Madrid. Tantas gracias por el *se* con que me lo han adornado allá: lo devuelvo sin uso ninguno. Ignacio Veintemilla *fugó* del Hotel de las Cuatro Naciones: aunque él es uno muy

capaz de *fugarse*. Esto en la sexta Catilinaria; en la séptima está dicho que si el cura Félix consigue *fugarse* de las galeras de Marsella, irá al Ecuador a ser padre milagroso, como los capuchinos. Quiera Dios que no consiga *fugar* ese monedero falso, para que no tengan un santo más de éstos a quien besarle los pies los bodoques de mis compatriotas.

La planicie desde donde midió el Chimborazo el barón de Humboldt a principios de este siglo, no se llama *Tapia* sino *Tapi*, la cual se dilata a las puertas de la ciudad de Riobamba. Lugares célebres que traen consigo un gran recuerdo, son sagrados: ni a mí, ni a mi impresor nos es dado quitar ni ponerles letras.

Cuando las pelanduscas de la calle Pigalle le llamaban *mon petit chat* al señor general Ignacio de Pillapilla, esas pelanduscas no son *palabras* sino *gabachas*, esto es, francesas. "Buena gana tendrán de penetrar el sentimiento de estas palabras los que no entienden de lengua gálica ni de arrumacos de *gabachas* apasionadas". ¿Cómo hubiera yo repetido a la vuelta de una línea el vocablo *palabras*, y menos cuando la segunda vez no tiene sentido? Póngansemé las *gabachas* en su lugar, y quede el señor general de *petit chat* y *petit chou*; para eso es tan chiquito y tan bonito.

Unos, sin ha, no es sino el plural de uno; el famoso pueblo del Norte que tras Atila salió de sus selvas a batir en ruina la Europa, es el de los Hunos. El suelo donde ponía los cascos el caballo de Atila, no volvía a producir hierba: plugiese al cielo que la República sobre la cual asiente su pluma un patriota bien intencionado, viese secarse los tiranos y no volviere a criar esclavos.

DUODECIMA

TANTO MONTA CORTAR COMO DESATAR

SI ME PREGUNTAN cuál de las edades del hombre es la más hermosa, yo responderé que la juventud; puesto que si me preguntasen cuál es la más feliz, respondería que la puericia. La infancia no; éste es período sin conocimiento ni de la persona propia, ni de las cosas del mundo: es la inocencia debajo de las alas del sueño, que está madurando para la sabiduría, pero no sabe nada hasta cuando el alma se asoma a la luz y empieza a abrir los ojos a los sinsabores de la vida. El hombre en su primer época ni goza ni padece, sino en cuanto es capaz de gozar y padecer un organismo delicado que lleva adelante sus funciones sujeto a las leyes de la materia. El espíritu nace con el género humano, pero sigue durmiendo en su lecho, que es el alma, hasta cuando las campanadas de las pasiones le despiertan a fuerza de asordar ese recinto obscuro que llamamos corazón, pecho o seno de la naturaleza. El niño es animalito feliz cuyo pensamiento no va a estrellarse contra los secretos de Dios, ni gime herido por las asperezas de la duda: sus afectos no translimitan la órbita del amor maternal, ni sus disgustos pasan de los físicos, y esos que son para él comunes con los irracionales, en quienes la ausencia, verbigracia, del ser protector, causa una como pesadumbre puesta en el cúmulo de las desdichas humanas en forma de gritos y plañidos lastimeros. Aun por esto dice el refrán: amor de niño, agua en cestillo. La memoria, bien así en la cabeza como en el corazón, es tan frágil en esta criatura incompleta, a quien los años acabarán y pondrán apta para esos regalos del mundo que llamamos placeres y dolores, risa y lágrimas, triunfos y caídas. Algunos filósofos no cuentan en la vida del hombre los días de la infancia; pues el niño, dicen, “¿qué es sino un cabrito que se anda por ahí saltando?”.

A fin de que los cazadores de impíos, proveedores feroces del infierno, que no sufren que el demonio carezca de ánimas fresquecitas ni un día; a fin de que estos difamadores de la Providencia, malhechores de sus semejantes, no me avienten a los quintos infiernos también por esto que aquí digo, acogerme he al manto de un gran sacerdote, de donde no me podrán sacar ni entero ni

en pedazos los canes de la sacristía. Cuando digo un filósofo, ya están pensando el fraile audaz, el clérigo ignorante, el obispo sanguinario, que aludo a Voltaire o a Juan Jacobo Rousseau: no; un teólogo sabio, sacerdote virtuoso, varón apostólico es ahora mi padrino: fray Luis de Granada es quien dice eso del niño y el cabrito. Si me empujan al abismo mis clérigos y frailes, mis jesuitas y capuchinos, mis descalzos y calzados, ha de ser junto con ese doctor de la Iglesia: me he de asir a sus santos hábitos de manera que, antes que arrancarme de él, me han de arrastrar con él y todo. O más bien, encastillado en tan gran personaje eclesiástico, les he de favorecer con tal puntapié, que he de dar patas arriba en las regiones de Dite con los mochileros de las tinieblas. También es droga estarse uno yendo al infierno a cada triquete de orden de un cabrón de éstos que no saben de cosas visibles ni invisibles, presentes ni futuras, ni dan puntada en los secretos de las ciencias inmortales. ¿Al infierno porque digo que en el niño el alma está dormida, eh? Así estuviera dormida en vosotros, oh vosotros condenadores de oficio y beneficio, desde la cuna hasta la sepultura, y el mundo se ahorrara embustes sin cuento, patrañas, comedias, extorsiones, abusos y desgracias, pues, a despecho de las barbas de chivo, serfais cabritos que se anduvieran por ahí saltando, buenos quizá para algo, sin ser perjudiciales, por falta de alma. Les cría el alma a esos, y se les obscurece, y se petrifica en la ambición, y la codicia la marca con su sello, y son horribles con nombre de prelados, curas, confesores.

Molinos, inventor del quietismo, discurre de este modo: Ninguna virtud agrada más a Dios que la humildad; nada humilla más que el pecado; luego nada agrada a Dios más que el pecado. Esta lógica infame fue aprobada desde luego por la Santa Sede; y el quietismo, ley de una gran porción de católicos.¹ ¡Prelados, curas, confesores, humillaos! ¿Queréis ser salvos? ¡humillaos! y una vez en la postura reverente del varón grave que sufre con paciencia las flaquezas de sus prójimos, los tiros de sus enemigos, yo os levantaré con mano respetuosa diciéndoos: Vosotros los buenos, vosotros los sabios, vosotros los justos, lejos de provocar mi cólera ni excitar mi odio, sois los bienvenidos de mi corazón, y coronados estáis por esta mi mano, pecadora, mas no culpable de acero homicida ni de pluma envenenada. A los perversos, como el alacrán sagrado, los mato; a los útiles, los austeros, los grandes, no los pico. ¿Cuál es el sacerdote de poco tiento que se da por herido de mis saetas? ¿hay alguno? ¿grita por ahí caído en tierra? Ese es el malo, el hipócrita, el impío. Oh tú, varón excelso, enviado de Su Santidad Apostólica, excelentísimo señor delegado a látere: tú que has venido a llamar conspiradores infames a los amigos de la libertad; enemigos del bien a los defensores del pueblo; perversos y malvados a los que se exponen al sacrificio de la cruz, bandera alzada contra crímenes y vicios; tú, mal hombre y peor sacerdote, tú, Mario Mocenni, tú estás herido: esos borbollones de sangre pútrida acreditan en ti el corazón negro con el cual te has enamorado del más feo de los

¹Cuando el Pontífice Romano hubo caído en la cuenta fue declarada herética la doctrina de Molinos; pero con este impío se guardó miramientos.

nacidos, el ladrón de honras y haciendas, el castrador de agente, el matador a oscuras.

Oh tú, hombre bondadoso que tienes en mucho las humildades del Evangelio y en nada las soberbias del mundo; que lloras en silencio las desgracias de tus semejantes, y estás pidiendo a Dios el perdón de sus culpas; que alargas el brazo para llamar, no para rechazar a los que llevan sobre los hombros la pesada carga de ilustrar y libertar a pueblos esclavizados e ignorantes; tú que sientes hervir en el pecho la santa ira de la justicia burlada, la religión ofendida, las virtudes echadas a los animales inmundos; tú hombre bueno, buen sacerdote, y buen ciudadano, tú no me miras con horror ni me entregas al enemigo malo, por cuanto mi obra de perseguir a los destructores de las buenas costumbres, los opresores de los humildes, los criminales y corrompidos, bendiciones requiere, no maldiciones de los apóstoles de la moral y agentes de la felicidad de todos.

Hemos vivido de prisa, según se me trasluce: no ha mucho estuvimos en la infancia, edad de ángeles sin sabiduría, y ya nos hallamos en la de las bajezas y adulaciones, sobornos y granjerías, imposturas y ruindades, que es la de los hombres maduros, siquier viejos inicuos, quienes así se hubieran ido a la obscuridad de la nada, antes que estar brillando con el fuego fatuo de la prostitución y el crimen. Por dicha Dios nos ha dotado con la preciosa facultad de volvernos atrás, bien con el pensamiento, bien con los pasos corporales, aunque, ¡ay de nosotros! no nos es dable desandar ni un palmo lo andado en el camino de la vida. Los años no admiten retroacción: con la memoria podemos ser jóvenes en todo tiempo; las canas, las arrugas son corchetes ciegos que nos llevan a buen recaudo, sin dejarnos volver los ojos hacia esa parca de rostro frío, inexorable, que nos está esperando al borde de la sepultura. Reina sin amor, tirano sin piedad, Vejez se llama ese ente flaco y trémulo que echa la garra y no afloja sino en la eternidad. Hasta cuando algún día vengamos a ser viejos incapaces, hagamos de las nuestras: la muerte goza de mero mixto imperio en los términos de la vejez; mas digan lo que quieran sus serviles no nos convencerán de que toca pito en este órgano de Móstoles que llamamos juventud, montada en la salud, afinado por esas artistas diabólicas que se denominan pasiones, y tocado por ese músico impetuoso cuyo agente interior es sangre ardiente y corazón terrible. Chico y puro estaba el hombre ahora cuatro páginas; y ya le tenemos de delegado apostólico a Mario Mocenni, de presidente de la República a Ignacio Veintemilla. En este siglo eléctrico todo puede ser: cuando ya en el de Lope de Vega no andaba el género humano más despacio.

*Quien sin apuntarle el bozo
Salió en el acto primero,
Saca al último unas barbas
Como Carón el barquero.*

Dejando las barbas para después, tomémosle cuando aún no las tiene, en esa flor que en la carrera de la vida conocemos con nombre de puericia, desde que se bis caen los dientes hasta cuando empieza a apuntarnos el bozo a los hombres, y las mujeres principian a pagar su tributo secreto a la diosa de rojas flores. Esta edad no es de las tempestades: su firmamento es límpido, y allá una nube escarmenada y tenue está concibiendo por ventura del destino el monstruo de pesadumbres y amarguras que no muy tarde nos ha de comer el corazón y enturbiar el alma. De los siete años para adelante ella ya tiene ojos para la luz, y echa de ver de una en una las mil cosas de que se componen el mundo moral y el físico. Cuanto a las afecciones, los temperamentos melancólicos, esos en los cuales el sistema nervioso acabalado y perfecto en edad temprana les vuelve aptos para el amor y el dolor, éstos suelen ser maduros ya en época donde los pocos favorecidos por la madre naturaleza son torpes aún e incapaces de esos vuelos inexplicables de sensibilidad y enternecimiento con que prevalecen varones y mujeres de contextura interior fina y ardiente. Algunos habrá, poetas de corazón, si no de pluma, que se acuerden de los dolores que padecieron allá en sus diez años, no por infantiles menos acerbos que los que han sufrido a los veinticinco. Otros suelen llegar a los diez y ocho sin un cariño, sin una dulce pena: éstos son los tristes y desgraciados. Tanto más valemos a los ojos de la naturaleza cuanto mayor es en nosotros la capacidad de padecer y hacer padecer: la virtud de arrancar lágrimas de dolor apasionado es tributo de fuertes caracteres, esos que por el arte mágico de las pasiones echan las suyas afuera y las estrellan contra el pecho que, por simpatía inexplicable, está anhelando recibirlas en sus todavía inocentes profundidades.

A los catorce años cumplidos principia la juventud; el último de esta época de alegría incorrupta nacemos para las mejores y peores cosas de la vida: dentro de los límites de la juventud están encerrados los amores, los dolores grandes; las aventuras, las empresas atrevidas; las hazañas, las obras del fuerte brazo; las esperanzas de tomo, los negros desengaños; los arranques de la ambición, las caídas de la impotencia; las glorias del triunfo, las vergüenzas del mal éxito; los gritos del placer loco, las lágrimas ruidosas de las profundas aflicciones. Ese grupo de años comprendido entre los catorce y los treinta, arbolado por una parte, quemado por otra, es el compendio de la vida, si vivir es gozar y padecer, como dicen los filósofos que se desentienden de los fines ocultos con que el hombre nace, vive y muere, siendo la muerte nuevo nacimiento a cosas no columbradas por nosotros. La sensibilidad es suma en el género humano cuando el joven está aspirando esa flor lujuriente que se llama *veinte años*: entonces se infatúa justamente con la fuerza de sus miembros y las esperanzas de su pecho. En unos todo es ilusión: flores que no dan fruto, esas ilusiones caen desbaratadas, y no hay remedio sino la muerte; en otros la fortuna se cuaja en gruesos pomos de oro, palmas elevadas, coronitas de mirto, y el dichoso mortal su protegido es rey de la sociedad humana con nombre de poeta, héroe, príncipe, triunfador de cualquier linaje que despierta admiración y goza del respeto de sus semejantes.

Hoy otra juventud que, arrancando de los treinta años, se suele dilatar en algunos individuos privilegiados hasta los cincuenta: buenas costumbres, hábitos pulcros y decentes son la fada Urganda que prolonga la vida de su amigo, y hace que a los ochenta años parecza apenas de cuarenta el afortunado Amadís. El ejercicio del pensamiento refresca el alma, la frescura del alma pasa al corazón; y corazón fresco es fuente de emociones que tienen la virtud de prolongar la vida. Hombres hay ancianos a los cincuenta: otros son jóvenes, ya al exterior, ya en lo interior, a esa misma edad. De allí para adelante entramos en la jurisdicción de la vejez, en cuyos términos suelen orillar la consumada prudencia y la sabiduría, en roce invisible con los heraldos de la muerte que se presentan en forma de esas enfermedades que tienen algo de divino respecto de los varones eminentes a quienes con ellas favorece Hipócrates, el sabidor de la antigua Grecia.

Quisiera yo saber en cuál de estas edades quiere permanecer el excelentísimo señor don Ignacio de Veintemilla. Cuando en proclamas, arengas, brindis; en decretos, órdenes, ordenanzas; en periódicos literarios, políticos, oficiales vemos a cada paso esta noble calificación: "Joven y valiente general", deseamos descubrir en cuál de los períodos de la vida se ha clavado este poste del crimen, estaca de los vicios. Su anhelo por ser joven, yo lo comprendo, pues yo mismo he suspirado largos y profundos al ver que me huían los verdes, frescos y amables años de la edad florida. Cosa es tan halagüeña la rosada aurora, que en verdad, si por medio de una impostura pudiéramos quedarnos en ella, muchos frívolos hay, yo entre ellos, que echaran a este propósito una gentil mentira. Si con mentir habéis de ser jóvenes veinte años más, mentid, jóvenes; mentid, viejos; mentid; varones; mentid, mujeres; mentid, aristócratas; mentid, indios. Mentira es virtud en esta circunstancia: terso el cutis, briosa la mirada, negro el cabello, firme el paso, nos bebemos el mundo, y vamos depositando en nuestra historia mil sucesos que, siendo orgullo presente, son gloria para nuestros hijos: ¿cómo no hemos de mentir para ser jóvenes? "Sí, mi don Juanito, ya vamos, ya vamos aproximándonos a los cuarenta y dos", me dijo hace doce años el excelentísimo señor conde de Puño en rostro, don Manuel Torres de la Goma. Trucha o no comerla: esta mentira es *contraproductentem*: la mentira posible, razonable, tocante a la edad, no puede salir de un estrecho círculo de cuatro o cinco años: mentira larga de diez y ocho, viene a ser absurdo a todas luces. Nunca le he visto más arrugado, canoso, enclenque y chocho a ese noble señor que cuando trató comulgarme con la rueda de molino de sus cuarenta y dos años. La lujuria cansada, el pecado desmayado estaban corriendo por esos lagrimales que semejaban sepultura de gusanos. Ojos garzos sin lumbré de inteligencia ni fuego de amor, parecían en él difuntos que se mueven por obra del galvanismo. La barba rucía y enmarañada, servía de palacio a mil insectos de esos que cría la cabellera de las paredes arruinadas: yo mismo vi salir de entre ella un *caballo del diablo* que venía atrastrando una araña negra de vientre cenizoso "Sí, mi don Juanito, ya vamos, ya vamos aproximándonos a los cuarenta y dos". La estupidez de su vista, ciega en el vicio, pudo solamente no descubrir mi risa

interior, esa con la cual yo me prometía hacer este recuerdo alguna vez, en pago de los embustes con que ese perverso ha hecho por desfigurarme. Si no hubiera sido cebar los vicios, yo le hubiera dado una peseta siempre que le encontraba: de este modo no hubiera sido yo el *ingrato*, sino él, y no le pagara con disciplina los *favores* que me ha hecho. Sus favores consisten, y no lo he dicho hasta ahora, en haberme defraudado de una cantidad de dinero enviada por su conducto, y en haber puesto en mis manos, dice, una carta de Víctor Hugo, cuando pudo haberla ocultado. “¿Ese malvado? ¿ese monstruo?”, respondió una vez un clérigo a un buen patriota que le hablaba de mí como una esperanza de salvación pública: “basta saber lo que ha hecho con los Gómez de la Torre, para huir de él haciéndole la cruz”. Para quedar yo limpio de las imputaciones que envuelve esta calumnia a costal cerrado, basta decir que ese clérigo es canónigo flaco, de esos que mandan a sus confesados hacer falsos testimonios para triunfo de la religión. Aún no se engorda esa vaina de diablo, porque aún vive; pero allá le esperan los manjares que le harán reventar y llenar los antros del infierno de lodo colorado y sabandijas asquerosas. Cuando así me calificaba de monstruo el canónigo flaco, me hacía visitas nocturnas, encaminando la palabra a una *revolución redentora*. “Malvado, monstruo...” ¡raro agente de la redención! A los Torres de la Goma no les he hecho sino quebrantarles la cabeza y darles chirlos en la cara, cuando han querido que la inteligencia y el honor sirvan a la ineptitud y la infamia. Favores, nunca de ellos; agravios, muchos, de esos que los viles suelen irrogar con la mentira. Haber huído siempre de su casa; haberlos mirado para abajo a despecho de su *nobleza*, esta es mi culpa para con esa canalla.

Mas no se trata de la maldad sino de la edad de don Manuel: “Sí, mi don Juanito, ya vamos, ya vamos aproximándonos a los cuarenta y dos”. En un tris estaba que yo no fuera mayor que él, yo, que siendo niño, no de teta como don Antonio, pero muchacho, le veía en casa de mi hermano todos los días aparejado con su levita de bayeta de color de mono, sombrero de lana, ese que los pinches de Quito llaman *panza e burro*, en los gloriosos tiempos en que ser demócrata era ser ministro de Estado y candidato para la presidencia de la República. ¿No sería de quince abriles don Manuel cuando era ya el risueño coronel de la dulce espada, o de la espada de dulce? Así como en Venezuela son generales los porteros de las oficinas del despacho universal, los regatones, los zapateros de viejo, así en el Ecuador son coroneles los hermanos de las cofradías religiosas, los síndicos de la Virgen, los priostes de San José. Cuando don Antonio Borrero y Cortázar es coronel del Santísimo Sacramento, ¿por qué don Manuel Torres de la Goma no ha de ser coronel con buen derecho? Su hermano Teodoro lo es asimismo: el uno el de la bronca, el otro el de la dulce espada, envejecidos ambos en medio de la pólvora de azúcar, rompidos al fuego del hogar doméstico. Las balas rasas de estos dos militares son los mojicones de Ibarra, esos con que vienen derrocando fortalezas, rindiendo voluntades y conquistando empleos y sueldos desde Bolívar hasta la presente. Cuando el señor Don Manuel regía el batallón de estudiantes, invadiendo Flores la República; cuando el dicho coronel mandaba

el dicho batallón con su espada de alfeñique, era ya barrigón de cuarenta años; y treinta que van de esa cruz a esta fecha, son setenta lisos y mundos como el pelo de la masa. Don Manuel no tiene obligación de refutar este argumento: *ad impossibile nemo est tenetur*. Mas no se aflija: él ha oído, sin duda, que la chochez y la infancia se dan la mano. Cuando iba a los Campos Elíseos a montar en los caballos de palo que están ahí suspendidos a una rueda para juego de niños, ¿no era viejo, yo presumo? Andando yo un día por ese bello sitio de París con un compatriota al lado: ¡Véale, véale a don Manuel Gómez! me dijo de repente. El buen viejo, con su costal de barbas cenicientas por delante, bien enhorquetado en su caballo de madera, estaba dando vueltas junto con más de veinte muchachitos, quienes todos juntos no tenían los años que él: ninguno pasaría de seis. No de otro modo el señor don Gabriel García Moreno salía en medio de un mar de viejas por las calles de Quito cantando en alta voz las oraciones de la Virgen. Don Manuel, al fin, puede alegar antecedentes: Agesilao, rey de Esparta, hacía cabalgatas ruidosas en el patio de su casa con sus hijos, tanto él como los chiquitos, caballeros en palos de escoba; Escipión el Africano se iba corriendo con los niños por las orillas del mar en busca de conchitas blancas y coloradas: ¿por qué don Manuel no hubiera montado en París en caballo de madera? Don Quijote montó asimismo; Sancho Paza, *idem per idem*. Mas don Gabriel García Moreno es inventor de su sistema de procesiones y cargar la cruz, él, hombre único, en medio de dos o trescientas mujeres.

Volvemos a la pregunta que aún no ha tenido contestación: ¿Cuál es la edad en que ha echado raíces el gran señor don Ignacio de Ventimolla? Cuando se llama "joven y valiente general" ¿no quiere darnos a entender, probablemente, que se halla en la infancia, dulce principio de la vida? Por nada consintiera en ser infante ese grande hombre como no fuese infante heredero, el cual puede ser de cuarenta años. El príncipe de Gales está frisando con los cuarenta años, y es infante de Inglaterra. Don Carlos, el porfiado don Carlos, es infante de España, e infante fue su padre. Ignacio de Ventimolla no quisiera ser infante sino en cuanto heredero de su trono: lo que es niño de teta, como don Antonio, no quisiera; los niños no comen carne ni beben aguardiente: Veintemilla no quiere ser niño. Los niños no comen más carne, ni beben más aguardiente, ni mandan asesinar de noche a los a quienes temen: Veintemilla no quiere ser niño. Los niños no vuelven a comer carne, ni a beber aguardiente, ni ponen en Europa uno o dos millones de pesos, pilla de aquí, pilla de allí: Veintemilla no quiere ser niño. Para él no hay más tiempo que el presente; el pasado no existe; el futuro nada le importa. Estos materialistas por ignorancia son los peores enemigos del género humano, cuando la suerte quiere que tengan predominio sobre una vasta porción de hombres; los materialistas filósofos, pensadores son peste del mundo moral; los materialistas sin filosofía ni pensamiento son simples verdugos que sacrifican en su pecho, que es patíbulo, los santos personajes que se llaman virtudes. Honestidad, probidad, a la horca; pudor, pundonor, a la horca; templanza, continencia, a la horca. Todo muere en ese pecho, y de la sangre de sus víctimas nacen y

se levantan crímenes, y vicios: ¡impudicia, latrocinio, arriba! ¡Infamia, desvergüenza, arriba! ¡Mala fe, calumnia, arriba! ¡Oh subversión inicua del orden de las cosas! ¡Oh negro triunfo del pecado en sus peores formas! ¡Oh suerte miserable de pueblo nacido para las lágrimas y la ignominia!

Veintemilla no quiere ser niño: ¿gustará de hallarse en la puericia, la fresca edad donde los afectos íntimos rompen las capas del corazón y muestran afuera el sonrosado crisma, bien como plantas olorosas que poseen mágicas virtudes? ¿esa edad donde las pasiones empiezan a tomar fuego, y arden silenciosas en mundo tibio aún, no animadas sino por tal o cual ráfaga que pasa sobre el hombre de esos años despertándole el corazón a sustos inmotivados, júbilos insensatos, y por ventura dolores indecisos? No, Ignacio Veintemilla no quiere hallarse en la puericia, porque no se le caigan los dientes: sin dientes ¿qué fuera de él? Su vida está en los dientes: para la carne, para la difamación, dientes necesita; morder es vivir para él; apenas abre los labios que no sean mentiras y vanidades la materia de su razonamiento. Dientes largos, puntia-gudos, de esos que rompen la inocencia, se clavan en la ausencia y causan groseras heridas. Caballo carnívoro, el bueno, el pundonoroso son su presa: si las virtudes se asoman por allí, abre las mandíbulas, y festín para sus dientes. Los caballos de Diómedes se comieron a su dueño; las yeguas de Potno, enloquecidas de amor por ese bello muchacho, se lo tragaron en pedazos. Ignacio Veintemilla, enloquecido, no de amor sino de odio, se traga también a pedazos talento, valor, buena fama, y los rumia a la larga, no como caballo, sino como buey, porque su placer es mascar: mascar viandas, mascar honras, Bestia rara por lo feo, por lo torpe, no podemos explicar su vida sino por *la paciencia de Dios*, esa voluntad inmóvil que, sufriendo los agravios de los perversos, con designios favorables quizá para los buenos, consiente en que éstos lleven adelante su carrera de crímenes, que son injurias al cielo; su profesión de vicios, que son desmentidas a la virtud. La paciencia de Dios estuvo salvando a las ciudades malditas mucho tiempo; la paciencia de Dios le salvó a Nerón catorce años; la paciencia de Dios se prendió en ira, y llovió fuego sobre Sodoma; la paciencia de Dios se volvió justicia, y Nerón se cortó el pescuezo con su mano. Si ese malvado que se llama Ignacio Veintemilla vive y reina todavía, no lo atribuya a la protección, sino a la paciencia de Dios que sufre y espera el día de sus decretos. La paciencia de Dios se inflamará y el mísero caerá cortado el pescuezo, y los perros arrancarán jirones de su carne, y los puercos hozarán sus entrañas, y estarán sus miembros como inmundicias por las calles, y su alma habrá volado hacia abajo negra y pestilente. ¿Es para menos el negar a Dios negando la verdad; el asesinarle asesinando a los buenos, los útiles; el ofenderle con todo género de obras ilícitas; el irritarle con invocaciones diarias, como si a su apoyo debiera él las maldades con que hace gemir a sus semejantes? La paciencia de Dios es silencio de muerte; cuando él dice en la Escritura: "Acallaré mi furor", los perversos se ponen a dar diente con diente. Dios acalla su furor contra los peores; su paciencia es sentencia de muerte y condenación.

Ni los crímenes me irritan más que los vicios en ese tiranuelo infame; su aborrecimiento por la verdad no tiene límites; su amor desenfrenado a la mentira está acreditando el demonio que dentro de su pecho preside sus palabras y sus actos. No ha mucho estaba en Quito un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú: Ignacio Veintemilla y José María Urbina, teniendo por cierto el triunfo de esta nación, fueron peruanos, en término de no ahorrar brutalidades ni desmaños respecto de Chile. Don Juan Luna, por tanto, privaba con el presidente del Ecuador: respetos, consideraciones y adulaciones de todo linaje, para Luna, el ministro de la República vencedora. Cae Lima, se pierde el Perú; su enviado se va de Quito a tomar su parte en las amarguras y lágrimas de su patria; su amigo Veintemilla alarga los dientes, le muerde por atrás, procura ensuciarle con su baba. Y el señor ministro del Perú no lo sabe; y yo tengo a bien hacerle saber ahora la felonía de su camarada de Quito, a fin de que se vuelva con la furia del hombre de bien herido en la honra, y le castigue con un bofetón de cuello vuelto al pícaro que beneficia la ausencia del amigo con imposturas, vergonzosas en galopines y matmitones.

Llegóse un día el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile a Ignacio Veintemilla, y le dijo: Señor presidente, ¿sería posible que cesase la persecución al señor don Francisco Montalvo? Parece que el encono de vucelencia contra este hombre de paz no tiene fundamento. No me hable usted de esto, respondió el hijo del robo y la mentira; Luna le ha denunciado al doctor Montalvo; pues me ha dicho que le ha pedido a él armas y dinero para la revolución con que intentan derribarme. Yo sé, replicó el ministro de Chile, que el señor Montalvo no conoce al señor Luna, ni se ha dirigido a él por medio de cartas. Si es así, volvió a decir el hijo del robo y la mentira, Luna ha mentido. Pero yo tengo a bien atenerme a lo que él me dijo: la persecución de don Francisco no cesará mientras yo tenga el poder en la mano.

Llegóse otro día a don Ignacio Veintemilla el delegado de Su Santidad apostólica y le dijo: Señor presidente, ¿qué hay respecto del señor Francisco Montalvo? ¿por qué se le persigue? Ese es un pícaro, respondió el hijo del robo y la mentira: a Luna, ministro del Perú, le importunó mil veces con solicitar auxilios de armas y dinero contra mí; y Luna me lo ha dicho. El clérigo italiano agachó la cabeza, otorgando con ella la impostura de su proveedor; el chileno había tenido el ánimo necesario para darle un mentís al condecorado farandulero. Efectivamente, mi hermano Francisco no conoce al señor Luna: ¿y no hubiera sido, más que estupidez, insensatez, ir a solicitar auxilios contra Veintemilla del partidario, el confidente de Veintemilla? Si el ministro de Chile hubiera sido ausente, a él le hubiera achacado *la denuncia* el hijo del robo y la mentira. Mintió, pues, por la gorja Ignacio Veintemilla cuando dijo que el ministro del Perú había denunciado a mi hermano Francisco: miente cada vez que lo repite, y mentirá como bellaco y mal nacido cuantas veces insistiere en esa nefanda imputación. El señor Luna no tiene necesidad de desmentirle: ni yo ni nadie hemos dado ascenso a tamaña bellaquería; mas si fuera de justicia le diera una mangonada al vil que ha tratado

deshonrarle ante dos personas tales como dos enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios. Las Catilinas, he ahí *las armas* que han solicitado contra él mis parientes y amigos. Justos por pecadores, ley de hombres sin conciencia que sacrifican hijos por padres, hermanos por hermanos. Si yo le hubiera consultado al mío respecto de estos opúsculos, viendo estoy su fuerte oposición; no hay de común entre nosotros sino la hombría de bien y el patriotismo: temperamento, genio, política van por vías diferentes; y por esto me he visto obligado a privarme de sus consejos en cuanto he hecho y escrito en mi vida. Moderación irrestricta, calma, sufrimiento son virtudes de mi hermano: yo me le voy a fondo al tirano, al delincuente, al indigno, y no así paulatinamente, sino de primer entrada: y los echo en tierra, y allí los tengo a mis pies quebrantada la cabeza, y que den sus alaridos como Satán. Ignacio Veintemilla se venga de mí con perseguir a mi hermano; esta venganza no debe ser la *dulce* con que se saboreaba García Moreno; venganza insípida, sin gusto ni satisfacción; venganza de ruin, venganza de tonto, que ni es venganza.

Con que si Ignacio Veintemilla no tuviera dientes, se viera en ayunas de estas gollerías: no quiere por esto hallarse en los siete años de edad, cuando principia la puericia. Ser "joven y valiente general" es, yo supongo, hallarse en el centro de ese círculo resplandeciente de los veinticinco a los cuarenta años. Hoche, pacificador de la Vandea, era joven y valiente general de la República, esa República que surgió como ángel repentino del seno del infierno. Hoche, a los veinticuatro años fue general: en viviendo algo más hubiera sido, dicen, el brazo derecho de Napoleón. Marceau, más joven aún, mereció las lágrimas del Estado Mayor enemigo, cuando entró la oficialidad austriaca al castillo de Alterkirchen y rodeó en silencio el lecho donde estaba estirado el cadáver de ese niño maravilloso. Marceau, general de división a los veintidós años, jefe de ejércitos vencedores, fue *joven y valiente general*. ¿Cuántos años tiene Ignacio Veintemilla para serlo a su vez? Ahora quince, reinando García Moreno, presentó al Congreso su hoja de servicios: el lanzazo al negro José Julián, cuando éste se hallaba abrazado con otro; su obra de verdugo de poner en el patíbulo a Manuel Tomás; los palos llevados orillas del Carchi en pueblo de Colombia; la cabeza rota, el cuerpo arrastrado, las orejas tiradas por hombres y mujeres: todo esto alegó ante el Congreso, y se puso treinta años de edad. La barra exclamó: ¿Y por qué se ha quitado trece el bruto? "¡Joven y valiente general!" con cincuenta y ocho años a cuestas! Bolívar murió de cuarenta y siete teniéndose por viejo; Napoleón apenas había trasmontado los cincuenta, y eso adjuntando a ellos los ocho de Santa Elena, que no fueron sino muerte en vida. A nadie que pasa de cuarenta le ocurre llamarse joven, como no sea un sandío. Don Quijote frisaba con los cincuenta: ¿andaba el generoso hidalgo a llamarse joven a cada vuelta de hoja? "¡Joven y valiente general!" un bestión que sólo en la cerviz tiene cuarenta años! No le pongamos sino diez en la sublime andorga; ¿cuántos quedan para los pies? Ocho, cuatro para cada uno. Luego tiene cincuenta y ocho, y es viejo, por mucho que Crispín Zapote nos aturda llamándole "joven" en sus brindis empapados en aguar-

diente. Cincuenta y ocho tiene el joven; y eso dando de barato que cada uno de sus pies no tenga sino cuatro; lo cual pudieran poner en contingencia estimadores y tasadores menos benévolos que yo; pues así, de cuatro años de edad, dirían, no son posibles esos abominables secretos que, si salieran del zapato de siete suelas, serían la caja de Pandora, y vómito prieto para las repúblicas hispanoamericanas.

No es cosa de nuestros días el vicio de ocultar los años: el amor al oriente de la vida nos viene desde nuestros primeros padres, en términos que Matusalén, a los ochocientos noventa y nueve, escondía siquiera uno, y decía ochocientos noventa y ocho, cuando le preguntaban por su edad. Tan ventajoso debe ser este período del tiempo, que entre los dioses, fuera de Saturno, apenas hay quien no sea mozo de treinta años, si varón; muchacha de veinte, si mujer. Esta es la edad de Venus; que la bella Psiquis, la fresca Hebe, no pasan de diez y seis, lo mismo que la pura Vesta, esa deidad amable cuyo ministerio es velar el fuego sagrado. Apolo es garzón de edad florida: ni puede por menos: la poesía es siempre joven, como la aurora. ¿Ignacio Veintemilla será como Apolo, dios de la luz, que con ágil planta, el arco en la mano, el carcaj al hombro, descendiendo del Olimpo a proteger a Héctor? Dudo que Apolo hubiese cargado sobre sí el pescuezo convencional que le hace prevalecer sobre provinciales y canónigos al joven y valiente general Ignacio Veintemilla. El célebre oculista Desmarres, dándome un día suaves golpecitos entre pecho y espalda, me dijo: *A quarante ans le ventre viendra*. Luego para empezar a tener barriga se necesita haber pasado de los cuarenta: es así que la de Ignacio de Ventimolla no le va en zaga a la del más proveccto benedictino: luego ese viejo religioso no es joven y valiente general. ¿Y los pies? ¡Santiguaos, viejas! ¡Santiguaos, clérigos! ¡Santiguaos, beatas y beatos! ¿Los católicos no tienen la mala maña de expresar su admiración de una cosa grande, fea y desmedida con santiguarse una y otra vez? Pues ahora es cuando viene como de perilla esa muestra de caridad. ¡Y cuántas veces no se han santiguado mentalmente las señoritas de Quito, cuando han visto delante de ellas ese dios de la luz que no acertaba a esconder esas dos prensas diminutas de imprimir versos de Corina! Cuadrados, juanetudos como los de Monipodio, esos pies divinos tienen los dedos jorobados, a modo de giba de camello, y el empeine cubierto de pelos tan gruesos, que suben a la categoría de cerdas. Los jóvenes lacedemonios tenían obligación de pasar cada semana desnudos delante de los éforos, quienes castigaban a los gordos y pesados con el azote de la patria *ainda mais* una buena multa; el joven Ignacio *de* Veintemilla saldría ileso merced a la graciosa delgadez y la agilidad de sus miembros, de esa prueba gimnástica que era certificado del mérito de cada uno.

Sucedió que navegando hacia Europa en 1869, mi camarote se hallase contiguo al de Ignacio Veintemilla: salgo un día por mi puerta, empujo la suya. . . ¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal! Diana, sorprendida desnuda por Alcmeón en la rústica fuente donde estaba bañándose, llevó tal susto que, si no fuera diosa, se hubiera muerto; el joven del camarote se enderezó de sú-

bito, pero ya no me vio, pues volé por la escalinata arriba. Como yo subía, un grito agudo vino a herir mis oídos: era una joven inglesa que caía desmayada frente por frente a la puerta de Diana de bigotes, quien se le había presentado como le parió su madre en medio de su angosto departamento. Puesta la queja al capitán del buque por el marido de la inglesa, la Diana de bigotes se defendió como un Demóstenes; pues dijo que en lo secreto de su morada pudo haber estado del modo que más cumpliera a su voluntad, y al espejo de medio cuerpo donde se había estado mirando en cuatro pies el instante que yo empujé su puerta en mala hora. El inglés no sacó nada: mas sí la inglesa cuatro días de indisposición especial, sobre el recargo de vómito, indispensable en el Atlántico. Acudió el joven lacedemonio a vengarse de mí con fuertes reconvenciones; mas hubo de reportarse cuando le hice ver que era una ganga eso de haber producido tan gentil desmayo en una de las muchachas más guapas de a bordo; y que más se quería haberse visto en demanda por desnudo. Rióse el joven, y dijo que ciertamente la inglesita nunca había soñado ver una cosa tan buena. ¿Y por qué no hubiera estado desnudo? Niso y Eurialo, desnudos corren parejas en la Eneida; Niso y Eurialo, muchachos hermosos como el dios del amor. El joven Ignacio *de Veintemilla*, más hermoso, no está por ocultar sus hechizos, cuando puede dar síncope maliciosos y arrancar gritos de mística lascivia. Autólico, Critóbulo, Dailoco no eran más jóvenes ni más bellos que este Adonis resucitado a las faldas del Cayambe. En la mitología no hay figuras más puras e interesantes que Psiquis sorprendida y Amor enojado: ¿cuál de estos dos luminosos personajes quiere ser el joven Ignacio *de Veintemilla*? ¿Psiquis sorprendida? ¿Amor enojado? Partes son las suyas que pueden hacer de él una Venus en el acto de estar saliendo de la espuma del mar, bañada por los rayos de la aurora. El emblema de Capaneo, uno de los jefes que fueron contra Tebas, era un hombre desnudo con una antorcha en la mano: Ignacio Veintemilla honrará algún día el escudo de Capaneo, sin otra diferencia sino que, lo que, en el un desnudo es antorcha, en el otro son uñas largas y puñal. El Fauno de Praxiteles, el Apolo de Belvedere, desnudos están; desnudo el Gladiador del Vaticano; desnuda la Venus de Milo en el Museo de Florencia; desnudo Cupido; desnuda las tres Gracias: ¿por qué no ha de estar desnudo el mudo Ignacio Veintemilla? A don Antonio sí no le quisiéramos ver en cueros: todo eso ha de ser una pura lástima. Pero dejemos su bella persona interior para cuando este famoso adalid nos vuelva a llamar a singular combate cubierto de todas armas, las cuales en él se reducen a la mascarilla para no ser conocido, y a la pluma de ganso, que no hiere como la espada de Roldán el encantado.

En la última guerra de los rusos con los turcos descuellan dos figuras que, por escasa que sea la imaginación de quien las mira, se quedan allí grabadas para siempre. Gurko y Scobelev son dos generales del zar Alejandro, a quienes sólo empresas que acometer y dificultades que vencer les ha faltado, para subir al grado eminente de héroes y sujetos de novela: las que se les pusieron por delante, las acometieron y vencieron. Gurko es soldado de caballería que

rige una división de cosacos, esos terribles semibárbaros que en otro tiempo perseguían al sofí de Bactriana por las *niveas llanuras de Astracán*, según que lo vio Milton en *El Paraíso Perdido*. Gurko jinetea un corcel blanco, de cola esparcida, que se yergue en penacho sobre el anca. El ojo de ese animal es de fuego; los dientes están asomados afuera, por cuanto los labios, en arruga belicosa, se recogen cerca de las fauces. La crin larga y crespa desafía al viento; la oreja diminuta está erguida en tensión amenazante. Gurko, sable en mano, vuela como un genio de la Escitia, y a saltos desmedidos va difundiendo muerte y terror entre los hijos del Profeta. Sus cosacos le siguen: Gurko al frente de ellos, es ésa una legión de espíritus siniestros que amagan la ruina del Islam. Terrible en la batalla, Gurko es humano y generoso en la derrota, magnánimo como valiente, la cuchilla de Mourawieff se ha roto en sus manos.

Scobelegg es soldado de infantería: el amor de sus tropas por él raya en delirio. Scobelegg, terrateniente acaudalado, gran señor en la paz, es grande general de la guerra: trasunto de Cimón, a su mesa se sientan todos los oficiales del ejército; los soldados tienen derecho a la mitad del pan y el vino de su jefe. Para valiente, Scobelegg; para atrevido, Scobelegg es uno como Febo en el ejército, brillando como brilla por la mocedad y la hermosura. La diplomacia se interpuso entre este muchacho y sus esperanzas: a nada menos había tirado sus líneas que a izar la bandera moscovita en el palacio del Gran Turco, entrada Constantinopla a furor de espada. Gurko y Scobelegg, bien como Hoche y Marceau, son jóvenes y valientes generales: si éstos no llegaron a los treinta, éstos no llegarán a los cuarenta. Chanflones de la orden de Ignacio Veintemilla, gordos como abadesas, pesados como indios carniceros, lentos y doloridos como curas gotosos; cobardes además y ajenos al punto de honra, ¿por dónde ni a qué título vienen a ser jóvenes y valientes? "Aquí me llama valiente, decía Ignacio Veintemilla, señalando con el dedo una página cualquiera del *Regenerador*; allí dice que soy tonto: contradicción, pura contradicción todo este Juan Montalvo". No sólo valiente: cuando me ha sido menester llamarle ladrón, he anticipado la advertencia de que es joven. Cuando me ha cumplido calificarle de traidor, no ha sido posible, sino adornándole con la prenda de la belleza; y asesino le he llamado, envolviendo este puro carácter en la alcorza del amor. Los redactores de la formidable "Candela" le prometieron tenerle por un Napoleón, si les dejaba llegar a doce números: diez y ocho embestidas aguantó el fatuo frunciéndose y diciendo: ¡Arrarray! ¡ananay! interjecciones de la lengua quichua que un famoso filólogo de Molliambato ha puesto para su gran diccionario de la Academia Española. Mas viendo el Napoleón de yeso que ni a los veinte números le cumplía la palabra, juró en Dios y en su ánima no sufrir en adelante periódico liberal ni periódico conservador.

Tenía yo una ocasión necesidad de acusarle de un robo que acababa de hacer: Ladrón, dije; pero no carece de valor. Otra vez fue preciso recordar sus traiciones, en eso de haber llamado a los colombianos: Traidor, dije, mas no se puede negar que es joven. Por último le eché en cara un asesinato; Asesino, dije, pero sabe insinuarse con las damas. Sin guardar este temperamento, ¿cómo piensan ustedes que hubiera yo podido echar a luz tantos y tan

terribles escritos en las barbas de ese *chagra* desaforado, tan perverso como ignorante?

*Così a l'egro fianciu! gli orli del vaso
Di soave licor por giamo aspersi:*

Torcuato Tasso quiere decir que, así como al niño enfermo le damos de beber la droga, enganándole con untarle de almíbar la orilla del vaso, así a los tontos se les unta de vanidad la embocadura de la copa y ellos tragan cuanto brebaje tienen a bien propinarles los sabidores de la imprenta. Pero hablando en Dios y en conciencia, ¿cómo ha de ser valiente canalla que desde joven ha sufrido los bofetones de quien ha querido dárselos, sin llegarse a él enseñada a pedirle cuenta con la espada? Manuel Tomás era jayán de veras bravo: sale un día, encuentra por ahí a Ignacio Veintemilla: “Infame, bien que te necesitaba yo”, y cachete con él; cachete y más cachete; cachete con una y otra mano, hasta que al fin le da un porrazo en la oreja y le echa a la plaza desde el portal del palacio del presidente. Precursor de García Moreno cayó por allí mismo por donde años después su dueño había de buscar la eternidad patas arriba. El joven y valiente coronel se levantó sano y bueno y, trato trote, trote, trote, mirando hacia atrás, ganó su casa y mandó cerrar la puerta: Manuel Tomás hasta ahora está esperando el billete del desafío: ¿Ha de ser valiente, infame que se deja abofetear en la calle y no vuelve por la honra? Coronel zurrado, coronel abofeteado ahora treinta años, en ley de justicia ¿ha de ser hoy “joven y valiente general”? Este joven tan valiente buscó su desagravio en el patíbulo: como hombre, no le halló Maldonado: cuando miró en torno, vio soldados que lloraban en silencio, y un jefe que rebosaba en alegría. Gabriel García Moreno le vengó a Ignacio Veintemilla: el que ha menester un caballero andante para sus desfacimientos o reparaciones, es ruin que no puede vivir sin protección ajena. Valiente: ¿cuándo ha convenido este calificativo al verdugo? Este no es sino infame. Tomar con fuerza armada a un hombre solo; echarle grillos, traerle velando sobre él con ojos de basilisco; ponerle en las gradas del cadalso; irse a su casa salpicado de sangre, ¿esto es ser valiente? Pero ni esta sangre ha podido borrar las huellas de los cinco dedos que Manuel Tomás le puso en la cara. Aristócrata escupido como Manuel Torres; militar abofeteado como Ignacio Veintemilla, son la hez de la sociedad humana: en pueblos sin educación ni virtudes solamente pueden preponderar estos rufianes que se levantan muy gustosos después del centenar de costumbre.

*A espaldas vueltas me dieron
El usado centenar,*

dice un alcahuete en una obra clásica española. Este alcahuete, con los acostumbrados cien látigos atrás, y los cien bofetones consabidos adelante, se llama hoy presidente de la República. Alcahuete del patíbulo, le lleva la muerte bien pagada. A García Moreno le aborrecí por tirano: a Veintemilla no le

puedo aborrecer: la infamia no alcanza el honor del odio: desprecio es el que este confidente del patíbulo me inspira: desprecio acre, amargo. No le perdonara por desprecio, si cayera en mis manos; le condenara a muerte despreciable: la horca es honra para delinquentes así tan bajos y soeces. Bolívar no se desdenó de ahorcar a Zuazola: la bala generosa; el noble acero no merecía la triste suerte de quitar la vida a los que la han manchado con las más viles acciones. Traición, robo, incesto, asesinato, perjurio, no son para la señorial espada ni el soberbio Remington. Bolívar tuvo vergüenza de fusilar a Zuazola: le hizo ahorcar a vista y paciencia de los españoles encerrados en Puerto Cabello.

¿Qué me estás diciendo ahí, Clearco? ¿quieres que me manifieste indigno de la corona, precisamente cuando estoy empeñado en ser rey? de este modo respondió el joven Ciro a uno de sus generales que le aconsejaban permanecer a retaguardia durante la pelca; este muchacho merecía la corona, aun cuando hubiera perdido la batalla. Napoleón, emperador ya, en una de las mayores, dijo a sus oficiales: Entrad; a la menor señal de indecisión de la victoria, me veréis delante de vosotros. Adelante se ponen los valientes, no atrás ni a un lado, como el cobarde Veintemilla. Sabedor éste de que el ejército enemigo avanzaba por su izquierda, tomó por la derecha con la flor de los guayaquileños, defraudándole sí a esta brava milicia del honor del combate; y mandó contra los que venían a un anciano tan cobarde como él y por ventura más borracho. Suerte, casualidad, fatalidad, de todo hubo en el llano de Galte; menos inteligencia ni valor en el jefe victorioso, aunque sí mucho de esto en algunos de sus tenientes y oficiales. Cuando el jefe supremo, se fue con dos mil hombres por donde no había enemigos, si no eran trescientos chagras de Azuay, tan pusilánimes como desarmados. El odio erró poco de hacer una buena obra: a quinientos pasos del *joven y valiente general*, un muchacho le envió una bala con tan desdichada suerte, que en vez de matar la de arriba, mató la mula de abajo. "Tras estas paredes se escondió el mudo de Veintemilla cuando le mataron la mula", me dijo un caminante, como pasábamos por los Molinos de vuelta de Guayaquil. Cayó la mula: el jinete, desconcertado, pálido, corre y busca paredes que le protejan. No es éste el joven Ciro que le reprende al general que le aconseja preservar la vida, ni el joven Bonaparte que se arroja sobre la granada reventada a sus pies, y la aplica humeante a las fauces de su caballo. Caballero en bestia mular, vestido de religioso, ¿qué joven ni qué valiente había de ser fraile como ese con pescuezo y barriga de prior? Valiente. . . Le mataron la mula; esto sobra para su fama. De suerte que si los yangüeses le hubieran acabado de matar a Rocinante cuando este joven tomó mal siniestro con sus yeguas, ¿don Quijote se hubiera tenido por el más valeroso de los caballeros a causa de la muerte de su buen amigo? Don Quijote sí que era bravo donde más largamente se contiene: embestir, arremeter quedar en el campo como bueno o salir airoso, esta es su vida. Ni le vemos alabarse de que los yangüeses le hubieran malferido su corcel de guerra. Un hombre emboscado a quinientos pasos le mata la mula: Ignacio Veintemilla es el más valiente de los mortales; y su mula muerta le rejuvenece a él; pues

no es valiente, sino también joven a causa de la mula. ¿De modo que el dueño de un perro que matan los policiales, será también joven y valiente? ¿y la vieja que manda matar en pascuas un puerco gordo, es asimismo joven y valiente? A falta de pan buenas son tortas, Chinchilla hermano; y el muerto a la fosa y el vivo a la hozaga.

Cuando oigo a los enemigos inhábiles de este zanguango llamarle soldado en vía de hacerle injuria, hervor de indignación. Julio César es soldado; Pirro, el de las pavonadas armas, soldado; Bonaparte, soldado; San Martín, soldado; Simón Bolívar, soldado; Antonio José de Sucre, soldado; José Antonio Páez, soldado; soldados, esto es, conquistadores, libertadores, fundadores, hombres de pensamiento excelso y fuerte brazo, que reinan en la memoria de sus semejantes por sus hechos buenos o malos, pero grandes, esos que se denominan hazañas y que causan admiración. La carrera de las armas bien comprendida, bien seguida, es la más brillante de cuantas pueden abrazar los hombres que nacen para el bien del género humano, como que en su jurisdicción entra valor, inteligencia, patriotismo, sacrificio, todas las virtudes conjuntas con el resplandor temeroso del acero. ¿Soldado un criminal ajeno a los derechos y los deberes de milicia? ¿Soldado un asesino a media noche, ladrón a medio día? ¿Soldado un tosco nieto de la plebe sin primeras letras ni asomo de educación militar? ¿Soldado uno que no tiene ni sospechas de la sabiduría de la espada? ¿Soldado uno con quien nada tiene que ver el punto? En ciertos países de América, el término "soldado" ha venido a ser sinónimo de bandolero, infame: cuando sus enemigos de poca maña le llaman soldado a Ignacio Veintemilla, lo que quieren decirle es asesino, ladrón, ignorante. Yo vuelvo por los que fueron de esa noble clase y hago mi protesta con el corazón y la pluma contra esa mal avisada e injuriosa trocatinta. Soldado es von Moltke, gran escritor, gran ciudadano; soldado es Garibaldi, libertador de las dos Sicilias, amor de un pueblo ilustre; soldado es MacMahon, caballero sin miedo y sin tacha; soldado fue Juan Prim, español capaz de toda gallardía. Decir "soldado" para insultar a un pícaro, es error que envuelve una calumnía en el globo: si queremos darle su merecido, digamos que no lo es. Los nuestros no lo son: yo les hago justicia con no tenerlos por soldados: ineptitud y crimen revueltos en aguardiente, no son militares. El buen hijo de la patria, el juez recto, el magistrado sabio, el escritor luminoso, el maestro de virtudes son soldados de la República: todos la sirven, la defienden y engrandecen con las armas de la inteligencia y el amor, las cuales nos son menos útiles que la espada vencedora.

Milicia y valor, milicia y pundonor son una misma cosa: pundonoroso ya lo hemos visto a Ignacio Veintemilla; valiente, cuando la hazaña de la mula. Los valientes son como el caballero del Cisne: "Se levantó luego a pie, e metió mano a la espada e comenzó a se defender muy fieramente, e dábales tamañas feridas que al que alcanzaba bien no había menester maestro". "¿Por qué no metió mano a la espada Ignacio de Veintemilla e comenzó a se defender muy fieramente e a darles tamañas feridas a los que allende el Carchi, en tierra de Ipiales, le doblaron a palos por enamorado y por entremetido? Ima-

ginó este beocio que en pueblo de poco más o menos le era dable entrarse puertas adentro en dondequiera, enturbiar la vergüenza y arremeter con el pudor: tuvo además a bien ser parte interesada en elecciones; y los buenos hijos de los Andes le dieron todo junto, como al perro los palos. Un día desembocó en la plaza una muchacha a todo correr y se metió a la iglesia: Ignacio Veintemilla la seguía sin sombrero, gritando: ¡Bartolita! ¡Bartolita!

*Si el aguijón de amor pica
Excusado es poner tregua:
Va el caballo tras la yegua
Y el asno tras la borrica
Rebuznando*

Válame Dios, y que don Juan esté así, para echarnos socapa de católico este género de acotaciones peliagudas y escabrosas! Pésame de vos, señor cabeza torcida, o santo quemado, como se llama el hipócrita, que así tenéis por malo y no pasadero lo que en tiempos de más honestidad e ingenuidad ha pasado por las picas de Flandes de la Santa Inquisición con venia del arzobispo de Toledo, primado de las Indias; pues no diréis que Cristóbal de Castillejos hubiese concurrido a un auto de fé con las brujas de Zugarramurdi, ni que hubiese entregado el alma al diablo a causa de ese cuarteto de pie quebrado y los otros muy más ardientes que omito por inocencia y pureza en el decir. El bueno de Castillejos no echó a la luz del día, ni la podía echar su oda al amor, sin previa censura eclesiástica; por donde mis clérigos ni clericales no tienen lugar a reclamo, sin incurrir en ese delito que proviene de hurgar en lo pasado en autoridad de cosa juzgada. Si los versos de Don Cristóbal adolecen de rubicundez, la Santa Inquisición tiene la culpa que le dio pasaporte para la posteridad. Pero, mi don Juan, a otros tiempos otras costumbres, y a otras costumbres otro lenguaje: el corazón ha empeorado quizá en nosotros, mas los oídos han ganado en limpieza. A esto no vos podemos responder, venerables apóstoles de la moral hablada, aunque no de la sentida ni la practicada, sino en la promesa de no volver a citar al atrevido Castillejos. Lo que importaba saber es cómo le fue a nuestro joven proscrito con su amor al aire libre, y si le fue bien contado cuando embistió con la fugitiva. Pues mándoles yo a los ofendidos que se queden con tamaña injuria: dieron sobre él por de pronto tres o cuatro ciudadanos libres con sendas estacas, y en dos por tres le rompieron la cabeza en doce partes. Acudió el pueblo; por hombre sin ventura se hubiera tenido el que no le hubiera logrado con un soplamocos, donde las viejas arremetían a las orejas del corderillo, quien se puso a cantar el kirielei-són o pedir calaguala, como dicen, con unos gritazos de tonto que llenaran los ámbitos del pueblo. Bien molido, bien pateado, bien arrastrado, debió la vida el infelice a la intervención del cura, que no todos son de hacha y machete, sino de paz algunos y de misericordia. Bautizado así por más de mil demonios, pidió su pasaporte a la reina obscuridad y maldita la satisfacción que han tenido Chiles y Cumbal de volverle a ver en tierra de Colombia.

Habr  sabido usted, me dijo una vez el joven enamorado, que me rompieron la cabeza en Ipiiales. Y qué entripado fue el del señor general cuando le respond : Hola, hola,  conque me le rompieron la cabeza?  No sabe usted que Atenas conminaba con pena de muerte al extranjero que tomara parte en el sufragio popular, por cuanto los atenienses tenian creido que eso era usurpar el derecho de soberanía? Qué soberanía ni que. . . alforja, volvió a decir:  no hay más soberanía sino que me rompieron la cabeza! Si ntolo en el alma, repliqué: para en otra, y t ngalo usted en cuidado, no hay que irse así suelto tras mora ni cristiana; ni haga finta de querer alzarse con la honra de casada ni soltera, porque ahí serán los palos para vuestra excelencia.

 Palos? siendo presidente los ha llevado, y de más de la marca; ahí está Francisco Bermúdez que no me dejar  mentir:  qu  habrá sido cuando era simple galopín, nieto de mayordomos rurales? Este es el "joven y valiente general", éste es el capitán sabio y perito en cosas de guerra. "Todo lo tengo meditado y previsto", les dijo a ciertos jefes que le querian indicar el plan de campaa contra el Gobierno al cual acababa de hacer traición en Guayaquil: "d jenmelos ustedes llegar a las puertas de esta plaza: de aquí los arreo y los meto de sopetón en Quito. Yo no entro, no señor; me hago a las faldas del Pichincha como quien no quiere la cosa; les corto el agua, el aire; un tiro a la derecha, otro a la izquierda; pasa una res,  atrapa! viene un caballo,  pau! Le doy el asalto a la Magdalena, y le quito la cuajada al enemigo; me apodero de Sambisa de Noay n, y le privo de las esteras. Borrero ha de ir probablemente a rodear monumentos el jueves santo: yo caigo como un rayo sobre Cotocollao, y prosigo paulatinamente mis operaciones.  C mo piensan ustedes que Sucre se lo mamá al padre Velasco? (No fue al padre Velasco, sino a Aimerich, mi general).

 Pobre don Antonio! si así como su católico enemigo le iba a interceptarle el aire y cortarle la cuajada, le cortara también la chicha,  qu  hubiera sido de él?

Aníbal adelanta a Roma a paso largo. En el Anio, en Trasimeno, en Cannas, en todas partes ha vencido, ha destrozado las legiones enemigas. El pueblo deja ver su terror a grito herido: el Senado, que es todavía una junta de dioses, permanece impasible. Los cónsules tienen a cargo la defensa de la patria: el cartaginés se acerca, temblando el suelo bajo los pies de sus elefantes armados en guerra. El un cónsul ocupa la llanura, y le pica la retaguardia: Aníbal da una estampida hacia atrás y le escarmienta. El otro le sigue por las laderas, las montaa, sin apartar un punto la vista del enemigo de Roma.  Veis esa nube? les dice a sus generales el hijo de Amílcar enseñándoles con la mano el ejército de Fabio Máximo; es eso lo que yo temo. En cuanto al huracán que viene tras nosotros, de un estornudo lo disipo. Y diciendo y haciendo, se vuelve otra otra vez sobre el cónsul imprudente, y le destruye. El viejo Fabio Máximo salv  a Roma con la sabiduría.

Monsieur Jourdain había hablado prosa cuarenta años sin saberlo: mi amigo Ignacio de Ventimolla está imitando a Fabio Máximo sin caer en la cuenta. Los elefantes de don Antonio requieren que no baje de las montaa hasta el

fin del mundo; a menos que éste no vaya a dar en las horcas caudinas del jueves santo. Esto es ser militar. Pero a lo menos el viejo Fabio no les cortó el aire ni les interceptó la cuajada a los cartagineses.

Lectores habrá quizá que tengan por imaginación *demasiado fuerte* la mía, bien como Bernardino de Saint-Pierre juzgaba de la de Chateaubriand, tomándolo en mala parte; y por muy asentado el carboncillo en los perfiles de ese extraordinario semblante: en Quito sabe el mundo entero que Ignacio Veintemilla mandó una tarde prender a Balmes y ponerle grillos. Como oyese una cita contra los opresores de los pueblos, cita del gran campeón del catolicismo, en un impreso que a dicha estaban leyendo en su presencia, llamó aparte a un oficial de servicio y le dijo: Anda, y préndeme a ese demagogo, y échale un buen par de grillos, para que sepa con quién las ha. Vuela el sicario, cierra la ciudad en demanda del clérigo demagogo que ha insultado a su excelencia. "No seas bruto", le dice por ahí un antiguo de esos de capa larga, zuecos y anteojos que suelen abundar entre los cristianos de los barrios: "si quieres tomar preso a Balmes, tienes que pasar a España, y aun más adentro, pues tiempo ha que es muerto ese claro varón, ese fuerte hijo de la Iglesia". El que manda a prender a Balmes en Quito, ¿por qué no hubiera concebido ese plan de campaña, mejor que el de Fabio Máximo?

Todos los vicios son impetuosos en ese desdichado: su organización posee la violencia del mal; siendo preciso decir a cuál defecto se inclina con más fuerza, yo respondería que a la mentira y al robo. Por mentir, y nada más que por mentir, niega a Dios a pesar de su conciencia. Cuanto a robar, el órgano de este crimen es en él tan abultado, tan grosero, que en su cráneo parece una cabeza sobre otra. Un pobre hombre, un buen hombre lo ha protegido, socorrido con buena voluntad en sus hambres al señor mariscal Ignacio *de* Veintemilla y sus tres Furias. ¡Pobre gente esa, la hambrienta! y buen pueblo ese, pueblo compasivo que da de comer y vestir a los príncipes de la sangre. Don Ignacio *de* Veintemilla y su real casa, recibiendo a pistos, han llegado a deberle dos mil pesos al buen hombre, al pobre hombre: siendo presidente el señor mariscal, el bueno, el pobre topa con un pariente suyo: Ahora sí que estás del otro lado: ¿te tienes ya en tu casa tus dos mil pesos? Pierde el color el pobre hombre, y temblando de ira, contesta: Yo no sé cómo los diablos no cargan conmigo: ¿sabes que el Mudo me descuenta lo que me debe con el sueldo de mi empleo? Por tonto le tienen al señor mariscal de Pilla-pilla, y por antonomasia es llamado el Mudo, no ya en el Ecuador solamente, pero también en las repúblicas vecinas; mas yo echo de ver que es Salomón del latrocinio. ¿A quién se le ocurre pagar deudas personales, deudas rancias, con el propio sueldo del acreedor, a quien ha empleado adrede? No hay duda sino que este Luis XIV es el Tesoro, bien como el otro era el Estado. Deponiendo airadamente a un director de estudios, ya recordamos este hecho, dijo: "El infame no vivirá en adelante de mi bolsillo". Las arcas nacionales son su bolsillo, y es cuanto podemos decir. ¿De suerte que nosotros intentamos robarle cuando hacemos por devolver el tesoro a la nación? Yo vi una vez una donosa caricatura de Cham: eran dos bandidos que estaban despojando de prendas y dinero a

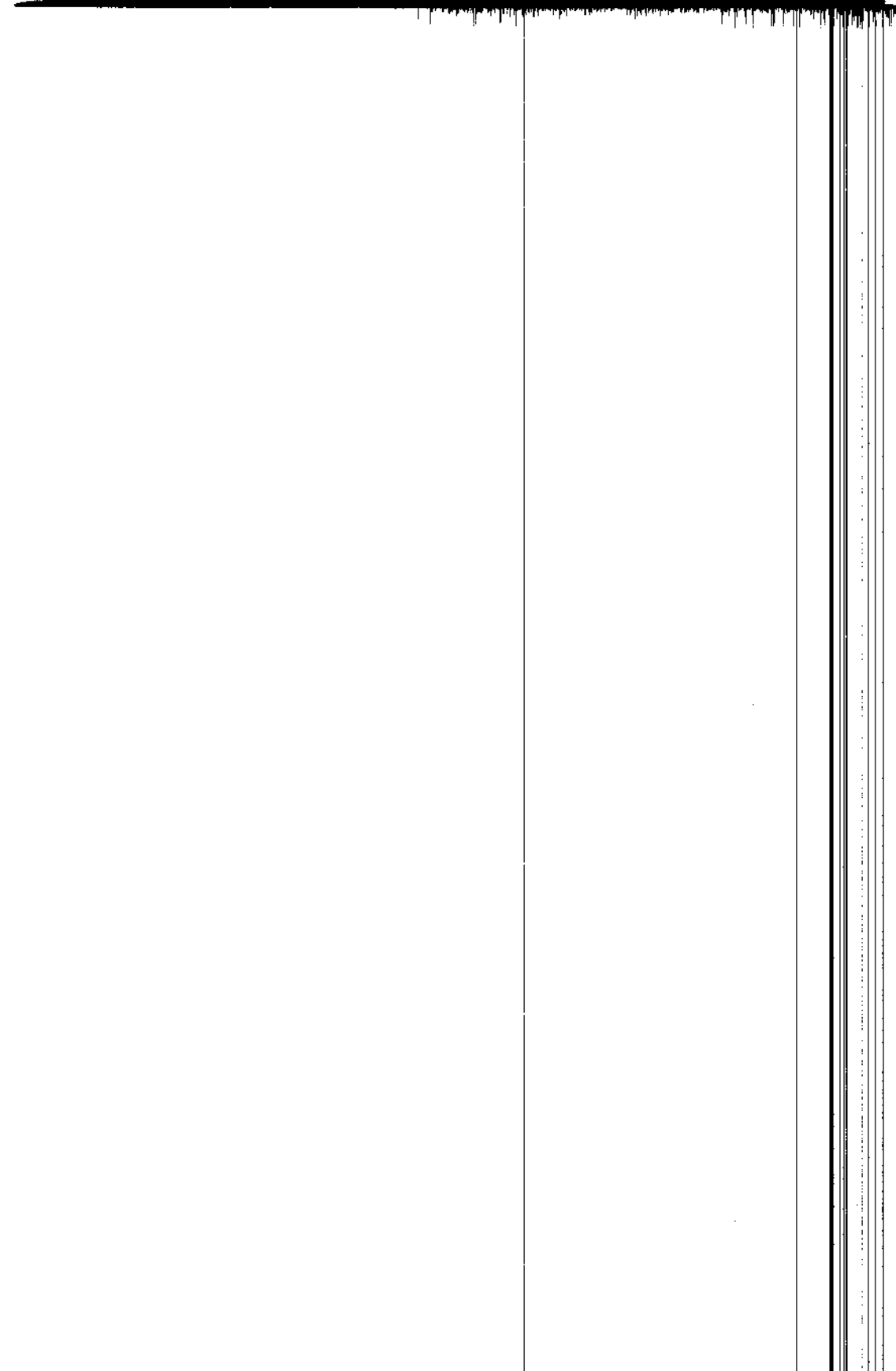
un vindante: *Nous sommes volés*, exclamó uno de ellos al tiempo que le saca el dinero de la faltriquera; *il n'a que de l'argent*. Nos ha robado este pícaro; no tiene sino plata. La República les está robando de igual modo a Ignacio Veintemilla y José María Urbina: no tiene sino plata: les roba el oro y los diamantes que no tiene. ¿Qué decís, amigos, qué decís de uno que defrauda de una miserable suma a un protector infeliz, teniendo como se tiene ya en los bancos de Londres cerca de dos millones de pesos?

Había en la antigüedad un rey poderoso a cuya jurisdicción estaban sometidas naciones y gentes de gran parte de la tierra. El poder era tan grande como las riquezas en ese monarca, el cual hubiera cubierto medio mundo con el oro que poseía. Innumerables sus rebaños: montes y valles no son suficientes para esas manadas de animales que están rebosando en territorios sin límites. Un hombre por ahí, un viejo cargado de familia, tiene una oveja con cuya leche sustenta y cría a su hijo recién nacido, porque a su esposa, enferma, se le había perdido la suya. Llegan un día a su cabaña unos hombres barbudos con picas y lanzas en la mano, y de orden del rey se llevan la oveja del anciano campesino. Esta cabeza única, aislada, ¿de qué le sirve a hombre tan rico? Ni el mar aumenta su caudal con una gota de agua que se derrama en él, ni el desierto de Sahara sus arenas con un grano que le trae el viento, ni ese potentado ve crecer sus rebaños con ese infeliz animalito; pues se lo lleva el rico, y manda soltarlo en sus dehesas. El dueño de la oveja cae en pesadumbre, mas no se atreve a hacer reclamo. Su hijito, el niño que vivía de la leche de esa humilde alimaña, muere de hambre; su esposa, de dolor. El viejo, solo en el mundo, volviendo los ojos arriba, dice: Señor, ¿así están reposo y vida de tus servidores al arbitrio de fuertes y soberbios? Ves aquí un desgraciado sin bienes de fortuna, sin esposa, sin hijos: el hurto de mi oveja ha sido la muerte de los míos, esos seres queridos en quienes yo tenía puestos corazón y pensamiento. Oigo decir que lo que los hombres hacen tú lo haces: ¿es verdad que tú permites estas cosas? Tú las miras: los malvados infringen tus leyes; pero allá en el recinto temeroso de la justicia eterna el castigo está aparejado. Tú eres bueno, tú eres santo; bendita sea tu voluntad, y bendita la hora en que los que padecen salen de este mundo.

¡Maldita sed de oro! exclama un profeta enfurecido con las inquietudes y bajezas de estos hombres voraces que engullen a dos manos ese metal siniestro. Yo quisiera que con el oro sucediera lo que con el maná del desierto, esto es, que lo que sobrara del necesario se corrompiera al punto. Quisiera, digo, que las riquezas excesivas, las superfluas de los avaros, las perjudiciales de los vicios se convirtieran en estaño, en vil escoria. Tener cada cual el equilibrio perfecto de las necesidades y las satisfacciones: esta oposición permanente entre el trabajo con la riqueza, del hambre con la abundancia compone el mundo mortal en que vivimos zozobrando, y nos estrellamos quiénes contra, quiénes contra la gula. Este murmullo vasto, heterogéneo que des y naciones, es un conjunto lastimero de hurras y ayes que se oyen en los palacios ebrios y de las cabañas hambrientas, donde los ho

dos extremos de la suerte, ofenden a Dios con el guirigay de la embriaguez y la soberbia, o le bendicen con el suave concierto de la resignación y la alabanza. Los fuertes persiguen a los flacos; ley de la naturaleza es ésta: el león al ciervo, el águila al cisne. Y en las profundidades del océano, en esas regiones oscuras no exploradas por nosotros, ¿sabéis qué de atrocidades no llevan adelante el tiburón, la tintorera en los pejes de menor cuantía que ni por vivos y ligeros se escapan del apetito de esos monstruos? Tirano sin entrañas, soldado sin piedad, juez sin rectitud, rico de bronco pecho son los tiburones de la sociedad humana, que en este mar de perversidades y desdichas donde vamos todos al remo de la vida, se disparan sobre el hombre de bien humilde, el pobre sin arbitrios, el débil sin resistencia. Cosa mala es el mundo; pero él se compondrá cuando, apurada la clemencia divina, naciones y ciudades, imperios y repúblicas sean montones de difuntas piedras que estén compitiendo con las que han vuelto estériles para siempre las orillas del lago del Desierto.

Puede un tirano ahogar la imprenta en los contornos de su jurisdicción; la imprenta vive en el proscrito, huye con él y puesta en salvo con su amigo, da ayes profundos, voces altas que hacen temblar a los opresores de los pueblos. ¿Qué fuera de éstos si, con asesinar a unos, sepultar en prisiones a otros, tener aterrados a los demás hijos de la patria, los tiranuelos hubieran coronado su obra? Mudas están las víctimas en su presencia; pero hablan al exterior: ventrílocuos prodigiosos, le tienen aturcido al capataz ignorante que, látigo en mano, se está volviendo a un lado y a otro, sin saber en dónde ha de dejar caer el brazo. El amenaza a todos, hiere a todos; todos le amenazan a él con la cólera divina. La cólera divina es camaleón incomprensible: las formas que toma y los colores que reviste no tienen cuento; apoplejía fulminante es cólera divina; puñal de la salud es cólera divina; rayo que estalla y deja muerto al aborrecido del género humano es cólera divina. ¡Malvados! la cólera divina es sombra cautelosa muchas veces; cuando vais a salir, ella está tras la puerta: os sigue, os ciega; llegó el día del demonio; suyos sois, hombres felices que os tituláis ricos, grandes y poderosos. Nunca mueren los malvados, dice Sófocles: parece que los dioses se complacen en sacar del infierno todo lo perverso y dejarlo que viva en el mundo eternamente. Sí mueren: mira allí, poeta, ese hervidero de sangre podrida en donde están saltando larvas y sabandijas que crecen y suben y se vuelven grandes monstruos: es la sangre de los malvados que van muriendo. Pero de ella nacen otros, de ese hervidero salen los que prolongan su vida, y acaece que parezca no tener fin la de estos enemigos de Dios y de los hombres.





CRONOLOGIA*

* La Cronología de este volumen ha sido revisada y completada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

1832

Juan Montalvo nace en Ambato. La partida de bautizo dice: "El 13 de abril de mil ochocientos treinta y dos, el párroco Fr. Domingo Benítez bautizó solemnemente a Juan María, hijo legítimo del ciudadano Marcos Montalvo y de la ciudadana Josefa Fiallos; fue su obligación —Doy fe, Fr. Mariano Domingo Benítez".
Montalvo describe a sus padres: "Fue mi padre inglés por la blancura, español por la gallardía de su persona física y moral. Mi madre, de buena raza, señora de altas prendas". (*Siete tratados*, tomo I, París, 1882, p. 131).

1833

E: El gral José Hilario López se subleva en Popayán en favor de Colombia. El presidente Juan José Flores y el gral. José María Obando firman un arreglo que fija el río Carchi como frontera. Desorden general: soldadesca levantisca, falsificación de moneda, hambre.

AL: F. de Paula Santander presidente de Colombia. Minas de plata en Chañarcillo, Chile. Los "Yorkinos" deponen al presidente mexicano Bustamante. Leyes democratizantes en Brasil.

E. Echeverría: *Elvira o la novia de Plata*.
A. Bello: *Principios de derecho de gentes*.

E: Se organiza la Sociedad "El Quiteño Libre". Su periódico *El Republicano* inicia la oposición. Vicente Rocafuerte, diputado, es destituido por el Congreso y desterrado a Perú. Sublevación del comandante venezolano Pedro Mena, quien proclama a Rocafuerte Jefe Supremo. Amanecen colgados los integrantes de "El Quiteño Libre". "Guerra de los chihuahuas". Asesinato del gral. José María Jáenz.

V. Rocafuerte: *Discurso de renuncia como diputado por la provincia de Pichincha*.

AL: Los ingleses se apoderan de las Islas Malvinas. Gobierno del gral. español Tacón en Cuba. Guerra civil en Perú, Orbegoso presidente. El Congreso venezolano, a pedido de Páez, decreta honores a Bolívar. Constitución conservadora en Chile. Revuelta del indio Aquino, en El Salvador.

F. Pardo: *Una huérfana en Chorrillos*.

Ley de reforma electoral en Inglaterra. Epidemia de cólera en Europa. Formación del gabinete Thiers-Guizot-Brogie en París. Nuevas revueltas en Italia. Regencia de María Cristina en España. Amenaza de guerra de secesión en EE.UU.

Pellico: *Mis prisiones*. Goethe: *Fausto* (2ª parte). G. Sand: *Indiana*. Larra inicia la publicación de sus *Artículos de costumbres*.

Gran Bretaña posee cien mil telares mecánicos. Ley sobre el trabajo de menores. Muere Fernando VII en España, lo sucede su hija Isabel. Levantamiento carlista de Talavera. Conspiración de Mazzini contra Carlos Alberto. Supresión de privilegios de la Compañía inglesa de las Indias.

Faraday estudia los fenómenos electrolíticos. Gauss inventa el telégrafo eléctrico. Michelet inicia publicación de la *Historia de Francia*. Heine: *De la France*. Balzac: *Eugenia Grandet*. Rude: *La Marsellesa*.

1834

1835

E: Convenio entre Flores y Rocafuerte. Rocafuerte, Jefe Supremo del Guayas.

AL: Santa Anna presidente de México: victoria de los centralistas o unitarios. Reforma liberal de la Constitución del Perú. Libertad de cultos en Venezuela. Rivera deja la presidencia de Uruguay; asume Oribe. Santa Cruz, presidente de Bolivia, propone formar la Confederación peruano-boliviana.

J. E. Caro: *Lara o los Bucaneros*. Echeverría: *Los consuelos*. Pardo y Aliaga: *La jeta* (-39). *Revista Bimestre Cubana* (fundada en 1831).

E: Batalla de Miñarica, en la llanura cercana a Ambato. Rocafuerte Jefe Supremo. Abolición del tributo de indios. Liberación de impuestos a la importación de maquinaria agrícola y minera. Convención Nacional, en Ambato, dicta la segunda Constitución. Supresión de los priestazgos y del cobro violento de diezmos y primicias. Rocafuerte presidente constitucional, el 2 de agosto. Fundación del Colegio de Santa María del Socorro, para señoritas.

J. J. Olmedo: *Al general Flores, vencedor de Miñarica*. Vicente Solano: *Semanario Eclesiástico*. Benigno Malo: *La voz del Ecuador*.

AL: Guerra civil en Río Grande do Sul. Establecimiento de la Confederación peruano-boliviana; A. Santa Cruz presidente. J. M. Vargas presidente de Venezuela. Facundo Quiroga asesinado y Rosas gobernador de Buenos Aires con la suma del poder. San Salvador se subleva contra el gobierno de la República de América Central. Guerra civil y Congreso en México: Constitución unitaria; Te-

Cuádruple alianza: Francia, Inglaterra, España y Portugal. Primer Ministerio Peel en Gran Bretaña. Continúa guerra carlista en España. Crecimiento en Francia de movimientos sociales de Fourier y Saint-Simon. En vigor Zollverein general de los estados germanos. Garibaldi se incorpora a la "Joven Italia". Abolición de la esclavitud en las colonias inglesas.

G. Bancroft: *Historia de los Estados Unidos de América* (-74). Gogol: *Relatos de Mirgorod*. Musset: *Lorenzaccio* y *Un espectáculo en un sillón*. Balzac: *Papá Goriot* (-35). Larra: *Macías*. Duque de Rivas: *El moro expósito*. Daumier: *La calle Transonain*.

Predominio político de los liberales ingleses. Atentado de Fieschi en París. Influencia de Metternich en Austria.

Fundación del *New York Herald* y de la Agencia Havas. Tocqueville: *La democracia en América* (-40). Andersen: *Cuentos*. Gautier: *Señorita Maupin*. Hugo: *Cantos del crepúsculo*. Duque de Rivas: *Don Alonso o la fuerza del sino*. Emerson: *Naturaleza*. Musset: *Noches* (-37). Büchner: *La muerte de Danton*. Browning: *Paracelso*.

1836

Enferma de viruelas, y éstas dejan huellas en su cara. En su autorretrato, escribe: "Yo venero a Eduardo Jenner, y no puedo quejarme que hubiese venido tarde al mundo ese benefactor del género humano: no es la culpa suya si la vacuna, por pasada, o porque el virus infernal hubiere hecho ya acto posesivo de mis venas, no produjo efecto chico ni grande. Esas brujas invisibles, Circes asquerosas que convierten a los hombres en monstruos, me echaron a devorar a sus canes; y dando gracias a Dios salí con vista e inteligencia de esa negra batalla; lo demás, todo se fue anticipadamente, para advertirme, quizá, que no olvidase mis despojos y fuese luego a buscarlos en la deliciosa posesión que llamamos sepultura. Deteneos, no, no vayáis a discutir que puedo entrar en docena con Scarrón y Mirabeau: gracias al cielo y a mi madre, no quedé ni ciego, ni tuerto, ni remellado, ni picoso hasta no más, y quizá por esto he perdido ser un Milton, o un Camoëns, o la mayor cabeza de Francia; pero el adorable blandor de la niñez, la disolución de rosas que corría debajo de epidermis aterciopelada, se fueron, ¡ay! se fueron, y harta falta me han hecho en mil trances de la vida". (ST, tomo I, p. 131).

1837

xas se declara república autónoma. Franquicias en los puertos de Panamá y Porto Belo.

Bello: *Principios de ortología y métrica castellana*. Lira: *El Parnaso Oriental*. De Abreu e Lima: *Bosquejo histórico, político y literario del Brasil*.

E: Rocafuerte combate la anarquía con mano férrea: látigo, destierro, fusilamientos. Colonias militares en Napo y Chinchipe. Sublevación del coronel Bravo, en Tulcán, sofocada por el fusilamiento de uno de los cabecillas colombianos.

Creación del Centro coordinador de la educación, del Instituto Agrario, la Escuela de Obstetricia; restablecimiento de la Escuela Náutica y reconstrucción de las pirámides geodésicas de Caraburo y Oyambaro. R. García Goyena: *Fábulas y poesías varias*. V. Rocafuerte: *Discurso en la apertura de las Cámaras Legislativas*. J. Mascote: *Vida de Pedro Negrete*.

AL: Vargas renuncia a la presidencia de Venezuela. Chile declara la guerra a Perú. Rivera en lucha con Oribe en Uruguay; ayuda de Rosas a Oribe. Proclamación de la independencia de la Provincia de Río Grande do Sul.

Gonçalves de Magalhaes: *Suspiros poéticos y saudades*. J. J. Milanés: *La isla de Cuba tal cual está*. J. L. Mora: *México y sus revoluciones*. F. Xavier Foxá: *Pedro de Castilla*. Caro y J. J. Ortiz: *La estrella nacional*. A. Zárraga y Heredia traduce *Hernani*, de Víctor Hugo.

E: Rocafuerte organiza la Guardia Nacional e inicia la Contabilidad Fiscal. El Congreso prohíbe el cobro eclesiástico por partidas de bautismo y defunción. Pugna entre el presidente y el Congreso, presidido por Flores.

Ministerio Thiers en Francia. Grave crisis financiera en Francia e Inglaterra. Revolución de La Granja en España y retorno a la Constitución del 12.

Berzelius descubre los fenómenos catalíticos. Bolyai y Lobachevsky: trabajos de geometría no-euclidiana. García Gutiérrez: *El trovador*. Musset: *Confesiones de un hijo del siglo*. Dickens: *Papeles póstumos del Club Pickwick* (-37). Gogol: *El inspector*.

Reinado de Victoria en Gran Bretaña, hasta 1901. Francia prosigue la conquista de Argelia. Kossuth impulsa reivindicaciones liberales en Hungría. Crisis financiera en EE. UU.

1838

Ingresa en "la escuela del maestro Romero", de su Ambato natal.

F. V. Solano: *Carta de F. Gargajo o anatomía completa del Dr. Chusquito y Cañonazos de un artillero americano contra un escopetero andaluz*. F. E. Tamariz: *Escopetazo a los pájaros de Zafón*. J. J. Flores: *Dos composiciones poéticas*.

AL: Abolición de la esclavitud en México. Argentina se prepara para la guerra con Bolivia. Asesinado en Chile Diego Portales. Tratado de Paucarpata entre Chile y la Confederación. Epidemia de cólera morbo en América Central. Pedro de Araujo Lima regente de Brasil; se extienden las revueltas campesinas.

Echeverría: *Rimas* (incluye *La Cautiva*)
M. María de Solar: *Canto fúnebre a la muerte de Diego Portales*. "Salón literario" de los jóvenes románticos argentinos.

E: Rocafuerte funda la Escuela Militar, seculariza colegios y crea nuevas cátedras universitarias. Establecimiento de la Imprenta Nacional; se proveen textos y material didáctico a las escuelas. José Rodríguez atraviesa el río Guayas en un submarino construido por él.

Rocafuerte: *Discurso reglamentario de la Instrucción Pública*.

AL: Disolución de la Federación Centroamericana y división al año siguiente en cinco repúblicas: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Expedición francesa invade Veracruz. Bloqueo francés a las costas de Buenos Aires. Predominio de Rivera en la lucha por el poder, Oribe abandona la presidencia del Uruguay.

Milanes: *El expósito*. F. Tristán: *Peregrinaciones de una paria*. Pesado: *El amor frustrado. El Iniciador*, en Montevideo (Lamas y Cané) "Asociación de Mayo" o de la Joven Generación Argentina.

Construcción del ferrocarril París-Saint Germain-en-Laye. Dickens: *Oliver Twist*. Prescott: *El reinado de Fernando e Isabel*. Carlyle: *La Revolución Francesa*. Balzac: *Las ilusiones perdidas* (-43). Espronceda: *El estudiante de Salamanca* (1ª versión). Hartzenbusch: *Los amantes de Teruel*. Suicidio de Larra; muerte de Pushkin.

Convención de Dresde unifica la moneda en Alemania. Cobden y la Ley de Granos en Inglaterra. Ocupación de Aden.

Boucher de Perthes sienta las bases de la prehistoria. Poe: *Arthur Gordon Pym*. Hugo: *Ruy Blas*. D'Angers: *Hugo* Dickens: *Nicolás Nickleby* (-39). Éxitos musicales de Liszt y Chopin.

1839

El ex-presidente del Ecuador, Vicente Rocafuerte, terminado su período administrativo y de retorno a la ciudad natal de Guayaquil, de paso por Ambato, visita la escuelita del maestro Romero. La escena se grabó en el recuerdo del escolar. Años más tarde, en el número 12 de *El Regenerador*, la describía así: "Siendo yo escolar en un tenducho de Ambato que parecía casa de hormigas, se asomó un día a la puerta un vejete... y se dejó estar una buena pieza parado en el umbral sin determinarse a entrar o visitar despacio la escuela".

1840

Sobre recuerdos de su infancia, escribe: "De los siete años para adelante, ella [su alma] ya tiene ojos para la luz y echa de ver de una en una las mil cosas de que se componen el mundo moral y físico".

E: El 31 de enero Rocafuerte entrega el poder. El Congreso designa a Flores presidente. Rocafuerte, gobernador del Guayas, continúa su obra.

F. Vicente Solano: *Bosquejo de la Europa y de la América en 1800. Juicio imparcial sobre la Exposición del señor Obispo de Popayán. La verdad desnuda.*

AL: México concluye la guerra con Francia. Batalla de Yungay; derrota de la Confederación peruano-boliviana en la guerra con Chile. Ballivián presidente de Bolivia, Gamarra de Perú. Rivera triunfa en Cagancha; crece hegemonía de Rosas en el interior de Argentina.

C. Villaverde: *Cecilia Valdés* (1ª parte) Ascasubi: *Paulino Lucero* (-51) Echeverría: *El matadero*. Segura: *El Sargento Canuto*. Vidaurre: *Vidaurre contra Vidaurre*. Polémica Luz y Caballero/González del Valle sobre el eclecticismo.

E: No se reúne el Congreso Nacional por falta de quórum. Flores en guerra contra el Gral. Obando, levantado en armas contra el presidente colombiano Mosquera. Triunfo de Flores. España reconoce la independencia de Ecuador.

AL: Muere Francia en el Paraguay; fin de su largo gobierno inaugurado en 1814. Guerra civil en México y en Colombia. Rafael Carrera, presidente de Guatemala. Pedro II Emperador de Brasil. Ingleses y franceses levantan el bloqueo del Río de la Plata.

A. J. de Irisarri: *Epístola crítico-balanzario-melódrica*. Pardo: *El espejo de mi tierra*. Periódico *El Venezolano* (-46, A. L. Guzmán) Cuba: "la habanera".

Agitación cartista en Inglaterra. Fin de la guerra carlista en España. Crisis europea por la cuestión egipcia.

Reunión del primer congreso científico italiano en Pisa. Louis Blanc: *Sobre la organización del trabajo*. Stendhal: *La Cartuja de Parma*. P. Borel: *Madame Putifar*. Longfellow: *Voces de la noche*. Wagner en París.

Ministerio Guizot, en Francia, hasta la crisis del 48. Inglaterra realiza más del 30% del comercio internacional. Espartero regente de España. Guillermo II en los Países Bajos. Partido abolicionista en los EE.UU. Comienzo de las misiones de Livingstone. Los ingleses en N. Zelandia. Primeras importaciones de guano en Europa. Guerra del opio en China.

Primera línea de transatlánticos en Inglaterra. Lermontov: *Un héroe de nuestro tiempo*. Heine: *Lutezia*. Proudhon: *¿Qué es la propiedad?* Guérin: *El centauro*. Saint-Beuve: *Port-Royal* (-48). A. Thierry: *Relatos de los tiempos merovingios*. J. F. Cooper: *El guía*. Cabet: *Viaje a Icaria*. Nerval traduce el *Fausto* de Goethe. Zorrilla: *Los cantos del trovador*. Nace E. Zola.

1841

Uno de sus recuerdos infantiles se refiere al terrible general Otamendi (brazo punitivo del presidente Flores) y quien de paso por Ambato en sus correrías guerreras contra los enemigos del "Fundador", decide alojarse en la casa de Marcos Montalvo: "Eché pie a tierra el general, negrazo bien cortado, bello en su especie, y tomó posesión de su departamento. Mi padre pasó inmediatamente a hacerle la visita de etiqueta, que fue pagada entre reyes, allí enseguida, sin más tiempo que el que hubo menester nuestro terrible huésped, para deponer el vestido de viaje y vestirse de ciudad. Bien se me acuerda esa estampa, porque la estuve viendo tras una puerta: pantalón blanco, de paño; casaca azul muy larga, de vueltas cruzadas y cuello alto, como son los retratos de los héroes de la independencia". (*El Espectador*, tom. III, París, 1888, pp. 185-191).

1842

E: Instalación del Congreso y posterior disolución al anularse la elección de algunos diputados. El presidente Flores convoca una Convención Nacional. Oposición de la opinión nacional (el Dr. Francisco Montalvo, hermano mayor de Juan Montalvo es uno de los opositores). Se firma con Colombia el Convenio de Pasto, que anexa Túquerres a Ecuador. La Universidad de Quito confiere a Flores el título de "Doctor". Es inaugurado el "Guayas", primer barco a vapor construido en la costa sudamericana del Pacífico.

AL: Ejército peruano invade Bolivia; derrota y muerte en Ingavi. Herrán presidente de Colombia. Derrocamiento de Bustamante en México y nueva presidencia de Santa Anna. Bulnes presidente de Chile.

Baralt: *Resumen de la historia de Venezuela*. F. Orgaz: *Preludios del arpa*. O' Leary: *Memorias*. Gómez de Avellaneda: *Sab*.

E: José M^o Flores realiza en Quito ascesiones espectaculares en globo.

AL: Anarquía en Perú; campaña de Castilla en Tacna. En Brasil, disolución de la Cámara de Diputados y frustración de las esperanzas liberales. Fusilamiento de F. Morazán, héroe de la independencia centroamericana.

Alberdi: *El gigante Amapolas*. G. de la Concepción Valdez (Plácido): *El veguero*. En Chile, inauguración de su Universidad (rector Andrés Bello); fundación de la *Sociedad Literaria*; aparición del primer periódico, *El Progreso* (fundado por el exiliado D. F. Sarmiento); famosa polémica literaria Bello-Sarmiento.

Avance del monarquismo constitucionalista en reinos escandinavos. Caída del gabinete liberal en Inglaterra. Desastre de Auckland en Afghanistan. Sindicato de mineros ingleses.

Ley de Joule sobre energía eléctrica. Carlyle: *Los héroes*. Gogol: *Almas muertas*. Feuerbach: *La esencia del cristianismo*. Schopenhauer: *Los dos problemas fundamentales de la moral*. Emerson: *Ensayos* (-44). Poe: *Los crímenes de la rue Morgue*.

Aumenta concentración de obreros textiles en fábricas de Inglaterra. Fijación de la frontera EE.UU.-Canadá. Los ingleses reocupan Cabul y penetran Beluchistán. Tratado de Nankín: fin de la guerra del opio.

I.: *Nación*, órgano de la Joven Irlanda. A. Bertrand: *Gaspar de la noche*. Sue: *Los misterios de París*. Comte: *Curso de filosofía positiva*. S. Mill: *Lógica*. C. Franck: *Tríos*. Nace S. Mallarmé.

1843

Francisco Montalvo, el primer hermano, es desterrado al Perú por Juan José Flores. Juan Montalvo, niño de once años, ve pasar a su hermano, en medio de la escolta que le conduce a la frontera sur. Al llegar a Guayaquil, cae víctima de la fiebre amarilla, de lo que sale con vida, y prosigue hacia el destierro.

1844

E: El 15 de enero se reúne la Asamblea Constituyente convocada por Flores, que expide la Constitución llamada "Carta de Esclavitud" y en marzo lo elige presidente constitucional. El barco "Reina Victoria" lleva desde Panamá a Guayaquil la fiebre amarilla, que mata en 26 días a 326 personas. Inauguración del Colegio San Vicente, hoy llamado Vicente Rocafuerte.

Rocafuerte: *A la Nación* (10 números).

AL: Santa Anna: "Bases orgánicas o nueva Constitución" en México. Soubllette presidente de Venezuela y Vivanco Director Supremo de Perú. Chile ocupa el Estrecho de Magallanes. Guerra Grande en el Río de la Plata: sitio de Montevideo por Oribe y Rosas, y defensa de Rivera y las legiones franco-inglesa e italiana.

Lastarria: *El mendigo*. Revista *Minerva Brasiliense* en Brasil.

E: Desde Lima, Rocafuerte combate a Flores con sus "Manifiestos a la Nación". Pedro Moncayo hace otro tanto con su "Linterna Mágica". Flores crea el tributo de 3,40 pesos "por cabeza". Nace en Quito Federico González Suárez.

Se funda la *Sociedad Filantrópico-Literaria*, luego llamada *Sociedad Filotécnica*. Periódicos: *El ecuatoriano*, *El censor*, *El Atalaya*.

AL: Independencia de Dominicana y Guatemala; Boyer derrotado en Haití. Insurrección negra en Cuba. Revueltas militares en México contra Santa Anna. Crisis económica en Montevideo a consecuencia del bloqueo. En Perú, comienzo de la explotación de guano. Convención de alianza y amistad entre Rivera y los insurgentes de Río Grande do Sul. En Pa-

agitación en Irlanda. Revuelta en España: exilio de Espartero. Revolución en Atenas. Los ingleses se anexionan Natal. Segundo Trek de los boers.

Kierkegaard: *Diario de un seductor*. Ma-caulay: *Ensayos críticos e históricos*. Dickens: *Martin Chuzzlewit*. Prescott: *Historia de la conquista de México*. Donizetti: *Don Pascual*.

Movimiento cooperativo de Rochdale. Reorganización del Banco de Inglaterra. Mazzini funda la "Joven Europa". Guerra franco-marroquí.

Primer telégrafo eléctrico de Baltimore a Washington. Zorrilla: *Don Juan Tenorio*. Dumas: *Los tres mosqueteros* y *El Conde de Montecristo* (-45). Lacordaire: *Conferencias de Notre-Dame* (-51). E. Barrer Browning: *Poemas*. Kierkegaard: *El concepto de la angustia*. Carlyle: *Pasado y presente*. Marx, refugiado en París, redacta los *Manuscritos económico-filosóficos*. Dostoiévski traduce al ruso *Eugenia Grandet*.

1845

El Dr. Francisco Montalvo regresa del destierro. Montalvo lo cuenta así: "Sucedió por entonces, que volviere del Perú mi hermano primogénito, desterrado por Flores (esto del destierro nos viene a nosotros de familia); volvió mi dicho hermano y cargó conmigo a la capital". Otro hermano de Juan Montalvo, don Mariano, también desterrado por Flores, se estableció en el Perú y nunca se supo más de él.

1846

El Dr. Francisco Montalvo, nombrado Director de Crédito Público por el Presidente Roca y radicado en Quito, matricula a su hermano Juan en el Colegio de San Fernando, regentado por los religiosos de Santo Domingo, en el que hace los estudios de latinidad. En los claustros del Colegio, en una fiesta, escucha el discurso de un compañero. A la noche, en un círculo de estudiantes, Montalvo lo reproduce de memoria. El hecho causa sorpresa y alguien insinúa que Montalvo escribió el discurso. Este aclara: "No, el discurso de un amigo obliga toda mi atención y me lo aprendí de memoria". Era la primera demostración de su poderosa capacidad intelectual.

raguay, el Congreso vota la Constitución y establece período presidencial por diez años; Carlos López presidente.

F. Bilbao: *Sociabilidad chilena*. J. M. de Macedo: *La Moreninha*. Vélez de Herrera: *Elvira de Oquendo*.

E: El 6 de marzo estalla la Revolución Nacionalista contra Flores. Vencido éste, se firma el "Tratado de Virginia". Convocada la Convención Nacional, elige presidente a Vicente Ramón Roca. Colombia moviliza su ejército contra Ecuador.

F. V. Solano: *La escoba*. V. Rocafuerte: *A la Nación* (Nº 12, 13, 14).

AL: Castilla presidente de Perú, Mosquera de Colombia. España reconoce independencia de Venezuela. Primera línea de vapores entre Cádiz y La Habana.

Sarmiento: *Facundo*. Segura: *Ña Calita*. M. Payno: *El fístol del diablo*. V. F. López: *Manual de historia de Chile*. "Jota-beche" funda *El Copiapino*, en Chile. En Montevideo, *El Comercio del Plata* (Florencio Varela); en Asunción, *El Paraguayo Independiente*.

E: El Congreso desconoce el Tratado de Virginia. Flores propone en España "la reconquista de América". Convenio de paz, amistad y límites con Colombia.

García Moreno: *El Zurriago* (periódico) F. V. Solano: *Tonterías del Dr. Mantecquita*. M. Vintimilla: *Contestación al libelo Nº 1 del Fraile del Gallinazo*.

AL: EE.UU. invade México; derrota mexicana en Palo Alto y ocupación norteamericana de Monterrey y Nueva California. Reección de Bulnes en Chile. Astilleros de Punta Arenas, en Mauá, los

Hambre en Irlanda. Los jesuitas en Lucerna. Nueva Constitución española. Tratado franco-chino de Whampoa.

Faraday: estudios sobre la polarización de la luz. Poe: *El cuervo*. Disraeli: *Sybil*. Wagner: *Tannhauser*. A. Humboldt: *Cosmos*. Marx escribe su tesis sobre Feuerbach. Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

Abolición de la Ley de Granos en Inglaterra. Escisión en el partido conservador. Ministerio liberal Russell. Manifestaciones anti-austríacas en Milán. "Asamblea intelectual del pueblo alemán" en Francfort. Austria se anexa Cracovia. Revolución en Portugal, intervención inglesa. Tratado anglo-americano de Washington. Régimen parlamentario en Canadá.

Le Verrier descubre el planeta Neptuno. Proudhon: *Sistema de contradicciones económicas*. Michelet: *El Pueblo*. G. Sand: *El pantano del diablo*. Dostoievski: *Pobre gente*. Thackeray: *Feria de vanidades*. Kel-

1847

Prosigue los estudios en el Colegio San Fernando.

1848

En setiembre, se matricula en el Seminario de San Luis, en donde hará sus estudios de filosofía. La influencia del medio se observa en sus primeros versos, de orientación religiosa. Se conoce un poema: "A María de Agua Santa de Baños".

primeros de América del Sur. Primera presidencia de Monagas en Venezuela.

Echevarría: *Dogma socialista*. J. M. Gutiérrez: *América poética*. Gómez de Avellaneda: *Guatimozín*. Gonçalves Dias: *Primeros cantos*.

E: Inglaterra y Venezuela abogan por Flores y el cumplimiento del Tratado de Virginia. El 16 de mayo muere Rocafuerte en Lima.

García Moreno, en *El Vengador*, combate los planes de invasión de Flores desde España.

AL: Nueva declaración de independencia de Guatemala. Veracruz capitula ante la flota norteamericana. Primeras sociedades obreras chilenas.

Irisarri: *El cristiano errante*. A. Bello: *Gramática de la lengua castellana*. B. Mitre: *Soledad*.

E: García Moreno alcalde municipal de Quito. Relativa paz en el país.

F. V. Solano: *Viaje a Loja*.

AL: Tratado Guadalupe - Hidalgo: México cede California, Arizona, Nuevo México y Texas. Castilla convoca en Perú un Congreso Internacional. Constitución de Honduras. Monagas disuelve el Congreso venezolano. Belzú, presidente de Bolivia, inicia era de "caudillos bárbaros". Inglaterra se apodera del puerto nicaragüense de San Juan. Revuelta liberal en Pernambuco. Abolición del ejército en Costa Rica.

Aréstequi: *El padre Horán*. J. A. Saco: *Ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos*. De Paula Vigil: *Sobre la autoridad de los gobiernos*. Luz y Caballero funda en Cuba el colegio El Salvador.

ler: *Poesías*. Berlioz: *La condenación de Fausto*.

Crisis económica general en Europa. Movimiento italiano del "Risorgimento". Ley inglesa sobre duración de trabajo femenino. Ministerio liberal Rogier en Bélgica. Yacimientos de oro en California. Guerra del Sanderbund en Suiza.

Helmholtz formula el principio de conservación de la energía. Gervinus funda la *Gaceta alemana*. Lamartine: *Historia de los girondinos*. Michelet: *Historia de la revolución francesa*. (-53). Prescott: *Historia de la conquista del Perú*. E. Brontë: *Cumbres borrascosas*. Emerson: *Poemas*.

Revolución de Febrero en Francia. Caída de Luis Felipe. Proclamación de la Segunda República. Insurrecciones proletarias de Julio. Represión de Cavaignac. Luis Bonaparte presidente. República húngara de Kossuth. Caída de Metternich. Asamblea de Francfort por un Reich alemán. Alzamientos contra los Habsburgo en Italia. República de Venecia. Guerra anglo-boer. Primera constitución danesa. Inglaterra concede el self-government a Australia, Nueva Escocia y Canadá.

Krupp: primer cañón de acero fundido. S. Mill: *Principios de economía política*. J. Grimm: *Historia de la lengua alemana*. A. Dumas (h): *La dama de las camelias*. T. B. Macaulay: *Historia de Inglaterra* (-61). D. G. Rossetti: la Hermandad Pre-rafaelista. Marx y Engels: *Manifiesto Comunista*.

Vida y obra de Juan Montalvo

1849

Continúa sus estudios en el Seminario de San Luis. "En este tiempo —escribe—, simple estudiante de filosofía, habían pasado ya por mis horcas caudinas los *Paralelos* de los varones ilustres de Plutarco, las *Décadas* de Tito Livio, los *Doce Césares* de Suetonio, la vida de Alejandro por Middleton y otras muchas por el estilo". (ER, vol. II, p. 233, París, Garnier).

1850

Prosigue los estudios de filosofía en el Seminario de San Luis.

1851

En mayo, se gradúa de Maestro de Filosofía, con tres A.A.A. El Dr. Francisco Montalvo es nombrado Gobernador del Tungurahua. En setiembre, Juan Montalvo se matricula en la Universidad e inicia estudios de Jurisprudencia. Por influencias del primogénito, es nombrado Secretario del Convictorio Nacional de San Fernando.

E: El Congreso, dividido entre "noboístas" y "elizaldistas" encarga el poder al vicepresidente, Manuel de Ascázubi.

AL: Soulouque se proclama Faustino I, Emperador de Haití. Fuerzas paraguayas ocupan Misiones. Insurrección de Páez contra Monagas en Venezuela; exilio de Monagas. Perú acrecienta ventas de guano a Europa. Guerra racial en Yucatán.

Alamán: *Historia de México* (-55). Márquez: *La bandera de Ayacucho*. F. Toro: *La sibila de los Andes*.

E: El Gral. José María Urbina desconoce al presidente Ascázubi y proclama la jefatura suprema de Diego Noboa. Nueva Convención Nacional y quinta Constitución. Noboa presidente constitucional. Regresan los jesuitas al país.

F. V. Solano: traducción de *La guerra de Catilina*, de Salustio.

AL: Acuerdo entre la Confederación y el comisionado inglés en el Plata. Mueren San Martín en Francia y Artigas en el Paraguay. Los jesuitas expulsados de Colombia. En Brasil, la producción del café suplanta a la del azúcar; ley contra el tráfico de negros. Tratado Bulwer-Clayton entre Inglaterra y EE.UU., estableciendo zonas de influencia en A. Central.

M. Cervantes: *Caramurú*. Sarmiento: *Recuerdos de provincia*.

E: El Gral. Urbina derroca al presidente Noboa y se proclama Jefe Supremo. Túquerres manifiesta su deseo de pertenecer al Ecuador. Colombia amenaza con otra guerra. Flores, en Puná, intenta invadir Guayaquil. Decreto de abolición de la esclavitud.

Mazzini y Garibaldi derrotados por los austriacos. Actuación de Luis Bonaparte y la "Montaña". Ministerio extra-parlamentario de L. Bonaparte. Alianza austro-rusa contra los húngaros. República de Roma. Invasión francesa. Alianza de los tres Emperadores. Taylor presidente de EE.UU.

Experiencias de Fizeau sobre la velocidad de la luz. Dickens: *D. Copperfield* (-50). Ruskín: *Las siete lámparas de la arquitectura*. F. Caballero: *La gaviota*. Courbet: *Los peones*. H. Melville: *Mardi y un viaje al más allá*. Muere Poe.

Crece poder político de L. Bonaparte. Ley Falloux sobre enseñanza y ley electoral Thiers. Nueva Constitución prusiana. Acuerdo austro-ruso contra Prusia. Regreso del Papa a Roma. Ministerio de Cavour. Compromiso Clay sobre la esclavitud en California. Ley sobre colonización en Argelia. Expedición de Barth a África Central.

Primer cable submarino entre Douvres y Calais. Fundación de la Agencia Reuter. Hawthorne: *La letra escarlata*. Schopenhauer: *Parerga y Paralipomena*. Emerson: *Hombres representativos*. Wagner: *Lobengrin*. Goya: *Los proverbios*. Muere Balzac.

Golpe de Estado de Louis Bonaparte. Supresión de la libertad de prensa. Bismarck representante de Prusia en la Dieta germánica. Federación de mecánicos en Inglaterra. Revuelta de Saldanha en Portugal y toma de Lisboa. Revuelta de los Taipings en China.

1852

El 6 de marzo, las sociedades *Miguel de Santiago*, *Ilustración*, *Filarmónica* y otras, celebran el aniversario del derrocamiento del "genízaro" general Flores. Montalvo pronuncia el discurso de orden: "Solemnicemos, señores, el día en que el tirano se vio confundido al golpe eléctrico del brazo de la nación, solemnecemos el triunfo de la patria con el civismo de la inteligencia; y la voz del artesano, por la segunda vez en la tribuna, sea también en honra del pendón de la victoria, clavado en marzo en los felices campos de la Elvira, tinto en la sangre del genízaro...".

El 19 de noviembre muere el Dr. Francisco Montalvo y Juan queda sin ayuda.

1853

Este es un año de tráfago militar. En uno de los viajes entre Quito y Ambato, Ambato y Quito, el jinete se enfrenta con un batallón que cambia de plaza. Montalvo relata así el mal encuentro: "Quíntenle el caballo a ese tal —grita un oficial—. Cuatro cholos se me vienen encima: ¡Pie a tierra, ca...tólico! —¿A tierra?, contesto como bueno. Eso será lo que tase un sastre. —¿Estudias para abogado, chiquillo,

Anónimo: *Establecimiento de la Compañía de Jesús en la República del Ecuador en el año de 1851*. García Moreno: *Defensa de los jesuitas*.

AL: Insurrección de Sierra Madre y ataque de Matamoros en México. Insurrección de Agüero en Cuba. Fin del sitio de Montevideo. Urquiza prepara Ejército Grande contra Rosas. Abolición de la esclavitud en Colombia. Fracaso de la Revolución Liberal en Chile. Primer ferrocarril entre Lima y Callao.

Mármol: *Amalia* (-55) y *Armonías*. Lastarria: *Diario político*. Maitín: *Obras poéticas*. Gonçalves Dias: *Ultimos cantos*. Mure Echevarría en Montevideo.

E: Flores bombardea Guayaquil y es derrotado. Urbina destierra a los jesuitas. La Convención fija los fondos para la manumisión de los negros. Urbina presidente constitucional. Orden de destierro contra los periodistas de *La Nación*, periódico de oposición.

J. Zaldumbide: *Canto a la música*.

AL: Derrota de Rosas en Caseros, exilio, gobierno provisional de Urquiza. Código civil en Perú. Política de fusión en Uruguay. Telégrafo en Brasil.

Alberdi: *Bases*. J. F. Lisboa: *Diario de Timón*. M. Bilbao: *El inquisidor mayor*. Arcos Arlegui: *Carta a F. Bilbao*.

E: El Congreso, a petición del presidente, decreta "la libertad de estudios".

F. V. Solano: *La escoba*. García Moreno: *La Sátira*, *Al general Urbina*, *La Nación*. R. Carvajal: *Por ahora*.

Primera Exposición Internacional en Londres (Crystal Palace). Invención de la prensa rotativa. Melville: *Moby Dick*. Becher Stowe: *La cabaña del tío Tom*. Nerval: *Viaje a Oriente*. Hermanos Goncourt: *Diarios* (-84). Longfellow: *La leyenda dorada*. Macaulay: *Ensayos biográficos*. Murger: *Escenas de la vida de bohemia*. Ruskin: *Las piedras de Venecia*. Verdi: *Rigoletto*.

Restablecimiento del Imperio en Francia. Proyectos de Haussman de remodelación de París. Cavour preside consejo piamentés. Negociaciones de Austria con Alemania del sur para unión aduanera. Coalición de Darmstadt. Prusia denuncia el Zollverein. Independencia de Montenegro. Inglaterra reconoce independencia de Transvaal.

Se funda el primer "gran magazin" en París: el *Bon Marché*. Los Grimm inician el *Diccionario alemán*. Gautier: *Esmaltes y camafleos*. Leconte De Lisle: *Poemas antiguos*. Turgueniev: *Relatos de un cazador*. Comte: *Catecismo positivista*. V. Hugo: *Napoleón el Pequeño*. Cánovas del Castillo: *Historia de la decadencia de España*. Baltard construye los Halles centrales de París (-58).

Rusia propone a Inglaterra el reparto de Turquía. Flotas franco-inglesas en los Dardanelos. Ocupación rusa de principados danubianos. Rusos y americanos reclaman acceso al Japón. Pierce, presidente de EE.UU. Los Tai-pong se apoderan de

o eres embrión de clérigo? —dice chanceando el oficial. Déjate de subterfugios y echa acá ese alazán, que bien lo he menester para mi Rosa que viene mal montada. Di mi nombre, no hubo remedio. —¡Tate!, exclamó el Jefe: ese doctor es persona: mi General lo llama Pachito: dejen pasar al 'estudiante'. Gracias a mi hermano, salvé la vida, pues el caballo no hubiera aflojado yo, sino pasando por las bayonetas de los cholos".

Muere su padre, don Marcos Montalvo, el 11 de agosto.

1854

Abandona los estudios de jurisprudencia y retorna a los huertos solariegos de Ficoa. Decide ser escritor y se dedica de lleno a la lectura de Plutarco, Tito Livio, Suetonio. Le subyuga la lectura de la vida de los grandes hombres y para entregarse a ella busca la soledad. Las rarezas y originalidades del esquizotímico hacen su aparición.

En noviembre, publica un poema, "En un álbum", en *La Democracia*, periódico que dirige su segundo hermano, el Dr. Francisco Javier. Juan Montalvo utiliza como pseudónimo su anagrama *Tomanvol*.

1855

La insoportable insolencia de los "tauras", negros militarizados a las órdenes de Urbina, es así descrita por Montalvo: "Un día, asomándome al balcón de la casa de campo que habitaba, llevé un susto mortal: un taura enfurecido estaba allí, tronando contra mi hermano Francisco, quien tenía en la mano una lanza formidable: era la del negro, arrebatada de hombre a hombre, por un indio gallardo a quien el soldado había querido herir... 'A su cuartel', le dijo mi hermano, entregándosela; tomóla el negro, y empezó a escoger entre nosotros con la vista a cuál despanzuraría desde luego; pero el indio, todo un hombre como dicen, estaba allí con su maza de Hércules a punto, y la hoja larga de mi estoque no hubiera faltado a su deber. Fuese

AL: Sublevación de Castilla en Perú. En México, caída y exilio de Arista y restauración de Santa Anna. Nueva Constitución en Colombia. Urquiza presidente de Argentina; primera Constitución argentina. En Brasil, tregua política y gobierno de conciliación entre liberales y conservadores.

Best Gana: *Una escena social*. Corpancho: *Brisas de mar* y *La lira patriótica*. A. de Azevedo: *Poesías*. Monte Alverne: *Obras oratorias*. Nace José Martí. Muere J. E. Caro.

E: Urbina firma contrato con Elías Mocatta para arreglar la deuda inglesa de la independencia.

F. J. Aguirre: *Discurso sobre la manumisión de esclavos y Gabriel García Moreno o la verdad contra sus calumniadores*.

AL: Abolición de la esclavitud en Venezuela y Perú. Plan de Ayutla contra Santa Anna en México. Buenos Aires formaliza su segregación del resto de las provincias. Dictadura de Melo en Colombia. Empréstito extraordinario de Brasil a Uruguay e intervención armada.

Pesado: *Los aztecas*. V. F. López: *La novia del hereje*. Varnhagen: *Historia general de Brasil* (tomo I). M. A. de Almeida: *Memorias de un sargento de milicias* (-55).

E: El militarismo nacional agobia al pueblo: los "tauras" nacionales reemplazan a los "etíopes" venezolanos. "Mis canónigos", llama Urbina a sus negros militarizados.

P. F. Cevallos: *Cuadro sinóptico de la República del Ecuador*.

AL: Segunda presidencia de Castilla en Perú —"era de los millones de guano"— y de Monagas en Venezuela. Exilio de

Nankín.

Gobineau: *Ensayos sobre la desigualdad de las razas* (-55). V. Hugo: *Los castigos*. Gogol: *Taras Bulba*. Verdi: *La Traviata*.

Guerra de Crimea entre Rusia y alianza anglo-francesa. Revuelta de O'Donnell en Madrid. Se inicia el conflicto Kansas en EE.UU. Fundación de la primera hilandería de algodón en Bombay.

Guerra de Crimea: primer reportaje fotográfico de actualidad. Berthelot y los principios de la termodinámica. Mommsen: *Historia de Roma*. Nerval: *Las quimeras y Silvia*. Tennyson: *La carga de la brigada ligera*. Viollet-le-Duc: *Diccionario razonado de la arquitectura francesa*. Ch. Renouvier: *Ensayos de crítica general* (-75). D. H. Thoreau: *Walden*. Tiutchev: *Poesías*. Nace A. Rimbaud.

Atentados contra Napoleón III. Leyes sobre trabajos y propiedad industrial. Batalla de Sebastopol y derrota aliada. Autorización a Lesseps para construir canal de Suez. Masacre de musulmanes en Yunnan.

Exposición Internacional en París (Palacio de la Industria). Los Rothschild fundan el Kreditanstalt de Viena. Le Play: *Los obreros europeos*. Whitman: *Hojas de hierba* (-91). Browning: *Hombres y mujeres*. Baudelaire: *El Splen de París*. Ner-

el taura, refunfuñando y amenazando con un pronto regreso. Así andaban en Quito, los negros de Urbina..." (*Catilinarias*, IV).

1856

Lector contumaz y esquizotímico puro, busca la soledad de Ficoa o de la hacienda de Puntzang, en Baños del Tungurahua.

Escribe un artículo: "Lamartine (A los ecuatorianos)", exaltando al poeta francés: "Yo te amo, Lamartine, porque amo la melancolía del corazón; yo te amo, porque amo la libertad... Compré tus libros, estando acaso falto de lo necesario; y cuando me acuerdo que pronto seré ciego, mi perturbada vista no se cansa de vagar por tus hermosos versos: yo los aprendo, yo los grabo en mi memoria, para repetirlos en medio de las sombras, cuando mis ojos se hayan cerrado a esta hermosa luz que quiere huirme. Quito, 28 de junio de 1886".

Montalvo padecía entonces una enfermedad de los ojos. El gran oculista Desmarres atendióle, en París.

1857

El 17 de febrero recibe el nombramiento de Adjunto Civil a la Legación Ecuatoriana en Italia. Viaja a Europa en el barco *Paraná*. Llega a París. El Ministro ecuatoriano es Pedro Moncayo, quien acoge al joven escritor.

En carta a su hermano Francisco Javier, del 11 de setiembre, le cuenta: "Paso mis días, bien en los bosques de los alrededores, bien en los museos y bibliotecas: casi siempre voy al Louvre, y no salgo sino cuando los guardianes gritan: Messieurs, on va fermer".

Santa Anna, lo sucede Alvarez; Benito Juárez Ministro e iniciación de la Reforma. Código Civil, en Chile, obra de Andrés Bello. R. Carrera presidente vitalicio de Guatemala.

Abreu e Lima: *El Socialismo*.

E: Gral. Francisco Robles electo presidente. Decreto de amnistía. Robles negocia empréstito con hipoteca del Archipiélago de Galápagos.

D. Veintemilla de Galindo: *A mi madre*. A. Borrero y otros: *La República*.

AL: Alianza centroamericana para rechazar al norteamericano Walker en Nicaragua. Constitución liberal en Perú. Ley Lerdo de desmortización de bienes eclesiásticos, en México.

Vélez de Herrera: *Romancero cubano*. C. Acosta: *Cosas sabidas y cosas por saberse*. Polémica entre Gonçalves de Magalhães y José de Alencar, en Brasil.

E: El Congreso entrega a los acreedores ingleses la colonización de los territorios de la margen izquierda del Amazonas y extensa zona en el Pailón. Ley de defensa gratuita a los indios. García Moreno Rector de la Universidad Central.

D. Veintemilla de Galindo: *Necrología*. El libro *La Predestinación*, de F. V. Solano, en el Índice de Libros Prohibidos. Suicidio de D. Veintemilla de Galindo.

AL: Ospina presidente de Colombia. Nueva Constitución en Venezuela. Walker expulsado de Centroamérica. Confederación Granadina (-61). Nueva Constitución en México, rechazada por los conservadores militares y eclesiásticos; se inicia la resistencia de Benito Juárez.

J. de Alencar: *El guaraní*. E. del Campo: *Carta de Anastasio el Pollo sobre el beneficio de la señora La Grúa*.

val: *Aurelia*. Castelar: *Ernesto*. Courbet: *El taller*. Muere Kietkegaard.

Ley sobre sociedades anónimas en Inglaterra. Caída de O'Donnell en España. Tratado de París. Memorandum de Cavour sobre Italia. Convención internacional sobre la guerra naval. Guerra anglo-persa.

Nueva era del acero: horno de oxidación de Bessemer. Taine: *Ensayo sobre Tito Livio*. Barret Browning: *Aurora Leigh*. Aksakov: *Crónica familiar*. Wagner: *La Walkiria*. Nace Freud.

Grave crisis financiera en Inglaterra. Aumenta lucha por los mercados y expansión colonial. Entrevista entre Napoleón y el Zar. Constitución esclavista en Kansas. Revuelta de los cipayos en la India. Los franco-ingleses ocupan Cantón.

Flaubert: *Madame Bovary*. Baudelaire: *Las flores del mal* y traducción de las *Historias extraordinarias*, de Poe. Eliot: *Escenas de la vida clerical*. Champfleury: Manifiesto *El realismo*. Ibsen: *Olav Liljekrans*. Courbet: *Muchachos a la orilla del Sena*.

1858

Viaja a Roma. Escribe para el periódico quiteño *La Democracia*: "Hace algunos días que estoy en Roma y creo que mi tiempo no está mal empleado. Desde la elevada cúpula de San Pedro hasta las oscuras catacumbas, desde el espléndido Vaticano hasta la salvaje gruta de Caco, todo lo he recorrido, todo lo he visitado... Pasé la noche en Roma, y al otro día madrugué para ir a Roma... Roma está para mí en las colinas, en el Foro, en los fragmentos de la Vía Sacra; Roma está para mí en el Panteón y en el Coliseo, en el Tíber y los viejos muros...". Visita Pompeya.

Secretario de la Legación del Ecuador en París (1º de julio). Escribe una sentimental carta a Lamartine, que se publica en un diario de París, en la que invita al poeta, ya en la pobreza y el ocaso, a vivir en América. El poeta contesta con una esquila "amando esa mano extranjera".

Escribe a su hermano Francisco Javier y en sus cartas describe Roma, Florencia, Génova, Venecia, Pompeya.

1859

Ante la noticia de la difícil situación del erario, escribe al Ministro de Relaciones Exteriores renunciando a la mitad del sueldo. Enferma gravemente de artritis, en París. En junio, resuelve renunciar al cargo y retornar al país. Los trámites demoran. Visita España antes del regreso.

E: El gobierno expulsa al Ministro peruano Cavero. Protesta peruana y bloqueo a los puertos ecuatorianos. En el Congreso, García Moreno maquina contra el gobierno de Robles. Disuelto el Congreso por falta de quórum. Robles establece su gobierno en Riobamba.

J. L. Mera: *Poemas*.

AL: Juárez establece su cuartel general en Veracruz. J. Castro presidente de Venezuela. Abolición de la república unitaria y reconstitución de la república federativa de los Estados Unidos de Colombia. Segunda Revolución Liberal en Chile.

Sousândrade: *Harpas salvajes*. Colección *El laúd del desterrado* (J. M. Heredia, J. Quintero, J. C. Zenea).

E: Terremoto destruye provincias centrales. Anarquía en el país; el general Maldonado se subleva en Guayaquil; Cuenca se declara independiente del gobierno central; Loja se proclama distrito federal; en Quito, triunvirato: García Moreno, Jerónimo Carrión y Pedro José de Arteta. García Moreno, derrotado en Tumbuco, huye al Perú. Gral. Guillermo Franco proclamado Jefe Supremo, firma con el presidente peruano el célebre tratado de Napasingue. García Moreno solicita el protectorado de Francia para el Ecuador. Tratado secreto Selaya-Mosquera de colonización del Ecuador.

B. Malo: *Catálogo de errores*.

AL: Notorio desarrollo de Paraguay bajo el gobierno autonomista de C. A. López. Buenos Aires incorporada a la Confederación. Primer ferrocarril en Argentina. Miramón dirige a los anti-juaristas en México, separación iglesia-estado.

Atentado de Orsini contra Napoleón III. Supresión de la Compañía de las Indias. Liberación de siervos del dominio imperial ruso. Europa reconoce la independencia de Montenegro. Campaña electoral de Illinois: Douglas contra Lincoln. Derrota final de los cipayos. Los franco-ingleses toman Tien Tsin.

"Apariciones" de Lourdes en Francia. Nadar: primera fotografía aérea desde un globo. Polémicas entre Pasteur y Pouchet sobre generación espontánea. H. Taine: *Ensayos de crítica y de historia* (-94). Prescott: *Historia del reinado de Felipe II*. Carlyle: *Historia de Federico II*. A. F. Pisemski: *Mil almas*. A. Daudet: *Las amorosas*. Offenbach: *Orfeo en el infierno*. Proudhon: *La justicia en la revolución y en la iglesia*.

Guerra italiana por la unidad: Francia y Cerdeña contra Austria. Austria ataca Reino de Cerdeña. Batallas de Magenta y Solferino. Garibaldi inicia campaña libertadora en Italia. Fortalecimiento del ejército prusiano bajo Guillermo Hohenzollern. Parma y Modena anexadas. Los franceses en Saigón.

Primer empleo de la sonda para búsqueda de petróleo en EE.UU. Darwin: *El origen de las especies*. Marx: *Crítica de la economía política*. G. Sand: *Ella y él*. A. Bain: *Las emociones y la voluntad*. V. Hugo: *La leyenda de los siglos*. E. Castellar: *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo* (-62). Ingres: *El baño turco*. Gounod: *Fausto*.

1860

Montalvo llega a Guayaquil a mediados de año, apoyado en muletas y se detiene en Bodeguita de Yaguachi. Desde ese lugar, advierte el caos y la anarquía que destruyen el país. García Moreno se alza como un exterminador furibundo. Montalvo le dirige una carta (26 de setiembre) y en ella le llama por vez primera "tirano": "Déjeme Ud. hablar con claridad: Hay en Ud. elementos de héroe y de... suavicemos la palabra, de tirano". García Moreno, diez años mayor, archiva la carta. Este silencio despectivo hará fermentar en el pecho de Montalvo un odio corrosivo contra el terrible presidente.

1861

Llega Montalvo a su paisaje y a sus heredades. Conoce el amor. Ella se llama María Adelaída Guzmán, ambateña. Colabora en la revista literaria *Iris*, que se publica, en Quito. Su artículo tiene por título "Dios se acomoda a todos".

J. V. González: *Biografía de J. F. Ribas*.
Orgaz: *Las tropicales*. Casimiro de Abreu:
Primaveras.

E: García Moreno llama a J. J. Flores para combatir a Franco, quien es derrotado y huye al Perú. García Moreno, Jefe Supremo, unifica el país a sangre y fuego.

F. V. Solano: *Reflexiones sobre la infalibilidad del Papa*. P. Herrera: *Ensayo sobre la Historia de la literatura ecuatoriana*. J. Zaldumbide: "A mis lágrimas" (en *El Imparcial*).

AL: Constitución conservadora en Perú. Guerra civil en Colombia. Triunfo de las reformas liberales en México.

Vicuña Mackenna: *Historia de la independencia en el Perú*. Blest Gana: *La aritmética en el amor*.

E: Convención Nacional expide nueva Constitución: libertad de imprenta, abolición de la pena de muerte, ejército obediente y no deliberante. Se crea la provincia de Tungurahua. El 2 de abril, García Moreno presidente constitucional. Se organiza el Tribunal de Cuentas, se funda el colegio Bolívar, de Ambato; la bandera nacional es la tricolor. Llegan las religiosas francesas de los Sagrados Corazones para la educación femenina. La Constituyente crea la "Academia Nacional Científica y Literaria".

J. Castro: *Porvenir*. J. L. Mera: *La Virgen del Sol*. P. Herrera: *El Correo del Ecuador*. Periódicos: *El Club de Guayas*, *El Iris* (primera revista literaria en Quito).

AL: Santo Domingo reincorporado al Imperio Hispánico. México suspende pago de deuda externa y expulsa obispos; reforma agraria; intervención armada de

Garibaldi en Calabria. Nápoles y Sicilia se unen al reino de Italia. Saqueo de Pekín por fuerzas europeas. Grémieux funda la Alianza Israelita Universal. Lincoln presidente de EE.UU. Secesión de Carolina del Sur.

Construcción del "metro" en Londres. Speke y Grant descubren las fuentes del Nilo. Lenoir inventa el motor a explosión. Baudelaire: *Los paraísos artificiales*. Taine: *La Fontaine y sus fábulas*. Gontcharov: *Oblomov*. P. A. de Alarcón: *Diario de un testigo de la guerra de Africa*. Saint-Saëns: *Oratorio de Navidad*.

Parlamento italiano. Muerte de Cavour. Estatuto de campesinos liberados de la esclavitud en Rusia. Principado de Rumania. Formación de los Estados Confederados de América. Secesión de Virginia: bloque de estados sudistas.

S. Mill: *Sobre el utilitarismo*. Proudhon: *Teoría del impuesto*. Eliot: *Silas Marner*. Dostoievski: *Recuerdos de la casa de los muertos*. Dickens: *Grandes esperanzas*. A. Cournot: *Tratado del encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias y en la historia*. Garnier inicia la construcción de la Ópera de París.

1862

El amor apasionado da su fruto: nace un hijo, Alfonso.

1863

Permanece en Ambato.

Francia, Inglaterra y España; ocupación de San Juan de Ulloa por tropas españolas. Dictadura de Páez en Venezuela. Revuelta de Mitre en Argentina contra los federalistas del Congreso; guerra civil y victoria de Mitre; el Congreso contra Urquiza.

Cisneros: *Julia o escenas de la vida de Lima*. Rhodakanaty: *Cartilla socialista*. Primera Exposición Nacional en Brasil. Nace José Rizal.

E: Se inicia construcción de la carretera Quito-Guayaquil. Concordato con el Vaticano. Regresan los jesuitas y varias comunidades religiosas para organizar colegios y escuelas. Expediciones armadas de Urbina contra el gobierno de García Moreno, todas fracasadas. Conflicto con Colombia: Arboleda derrota a García Moreno en Batalla de Tulcán.

P. F. Cevallos: *Breve catálogo de errores*. Periódicos: *El Centinela* (Cuenca), *La Patria* (Quito). *El Constitucional* (-65).

AL: Solano López presidente de Paraguay; San Román de Perú; Mitre de Argentina. Juárez ocupa ciudad de México.

Blest Gana: *Martín Rivas*. Segura: *Las tres viudas*.

E: Nuevo conflicto con Colombia: batalla de Cuaspuquí y derrota de García Moreno. Tratado de Pínsaquí. Ley Orgánica de Educación. Ingreso de los Hermanos Cristianos al país e iniciación de su labor en la escuela primaria. Fundación del Instituto de San Juan Bautista de la Salle, en Quito.

M. A. Corral: *Al pueblo ecuatoriano*. Periódico *Los Andes*, en Guayaquil.

AL: Francia ocupa ciudad de México y proclama emperador al Archiduque Ma-

Intento de Garibaldi contra Roma. Batalla de Aspromonte. Bismarck primer ministro prusiano. Negativa de Prusia al acceso de Austria al Zollverein. Batalla de Antietam en EE.UU. Lincoln libera a los esclavos en los estados rebeldes. Los franceses en Conchinchina y Obock.

Foucault mide la velocidad de la luz. Bernard descubre el rol de los nervios vaso-motores. Spencer: *Primeros principios*. Hugo. *Los miserables*. Thiers: *Historia del consulado y el imperio*. Flaubert: *Salambo*. Leconte De Lisle: *Poemas bárbaros*. Manet: *Lola de Valencia*.

Impacto de la guerra de secesión sobre la industria textil inglesa. Lasalle funda la asociación de trabajadores alemanes. Bismarck disuelve el Landtag. Revolución en Polonia. Creación de bancos nacionales por los nordistas en EE.UU. Batalla de Gettysburgh. Lincoln inicia "reconstrucción" del Sur. Protectorado francés en Camboya.

Fundación del Crédit Lyonnais en Francia. Renan: *Vida de Jesús*. Proudhon: *Sobre el principio federativo*. Ibsen: *Los pretendientes*. Littré: *Diccionario de la len-*

1864

ximiliano. Brasil ocupa territorios uruguayos en la frontera. Constitución federal en Colombia. Nueva sublevación proclama la república en S. Domingo. Gobierno federal de Falcón en Venezuela. Escuadra española en el Callao. Afianzamiento del conservadurismo en Nicaragua.

Palma: *Anales de la Inquisición de Lima*. Arona: *Ruinas*. Hostos: *La peregrinación de Bayoán*. Hernández: *Vida del Chacho*. Vicuña Mackenna: *Don Diego Portales*.

E: El Municipio de Guayaquil protesta por la ocupación española de las islas Chíncha. García Moreno declara la neutralidad en el conflicto. El representante peruano en Quito declara terminada su misión y abandona la capital. Desembarco del Gral. Urbina en El Oro y toma de Machala. Sublevación de Alfaro en Manabí, derrotada por las fuerzas garcianas. García Moreno hace fusilar en Quito al Gral. Manuel Tomás Maldonado. Juan Borja muere torturado. Construcción del Penal García Moreno y del Observatorio Astronómico.

Circulación clandestina de periódicos antigarcianos: *El Duende*, *La Unión Libre*, *La Opinión Nacional*.

AL: Congreso de Naciones Americanas, en Lima. Melgarcejo gobierna Bolivia. Escuadra española se apodera de las Islas Chíncha de Perú. Apoyo chileno a Perú. Maximiliano desembarca en Veracruz; ofensiva republicana. Constitución estableciendo los Estados Unidos de Venezuela. Sarmiento, Ministro Plenipotenciario de Argentina ante Chile y Perú.

Machado de Assis: *Crisálidas*. L. B. Cisneros: *Edgardo*.

gua francesa (-68). Dostoyevski: *Memorias del subsuelo*. N. Cernysevskif: *¿Qué hacer?* Manet: *Almuerzo en la hierba*. Sainte-Beuve: *Nuevos lunes* (-70). R. de Castro: *Cantares gallegos*. J. Verne: *Cinco semanas en globo*. Licnzos impresionistas en el Salón de los Rechazados, en París. Primer número del *Petit Journal*.

Fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores. Primera Internacional, en Londres. Cruz Roja Internacional, en Ginebra. Encíclicas papales contra el librepensamiento. Derecho de huelga en Francia. Tratado de Viena austro-pruso-danés. Conflicto entre Lincoln y el Congreso. Sherman ocupa Atlanta y Georgia. Reelección de Lincoln.

Robls explora el Sahara. Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua*. Le Play: *La reforma social*. Los Goncourt: *Renée Maupertius*. Tennyson: *Enoch Arden*. Taine: *Historia de la literatura inglesa* (-72). García Gutiérrez: *Venganza catalana*. Offenbach: *La bella fulana*. Rodin: *El hombre de la nariz rota*. Degas: *Retrato de Manet*.

1865

Montalvo contrae matrimonio con María Adelaida Guzmán, madre de su hijo Alfonso. Ya casado, Montalvo tiene otra hija: María del Carmen.

1866

El 3 de enero, publica el primer número de *El Cosmopolita*: "Mucho es que ya podamos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos a fuerza de callar por fuerza...".

García Moreno contesta con dos sonetos atrabiliarios y que aparecieron en el periódico *El Sud-Americano*: "A Juan que volvió tullido de sus viajes sentimentales" y "Soneto bilingüe dedicado al Cosmopolino". José Modesto Espinosa, bajo el anagrama de Tomesdo Pisenaso, publica una crítica en *La Patria*. Montalvo contesta las gramaticalerías en el N^o 2 del periódico con el acre artículo "Contracensura": "Pensamos por un instante encontrar en el colaborador de *La Patria* al hombre moderado, al censor benigno, al adversario culto: vana y fugaz satisfacción! El número 18 de ese periódico viene destilando

E: Nueva sublevación de Urbina, que se apodera del golfo de Guayaquil. García Moreno le ataca en Jambell y le derrota; fusilamiento de 26 prisioneros y del médico argentino Santiago Viola. Fin del período presidencial de García Moreno. Jerónimo Carrión nuevo presidente. Fundación de las Escuelas de Agronomía y Obstetricia.

J. Zaldumbide: *El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República*. "Unos quiteños": *El Señor G. García Moreno y don Julio Zaldumbide*. Periódicos *Primero de Mayo*, *El Conservador*, *El Republicano*, *El Clero*, en Quito; *La Unión Colombiana*, en Guayaquil. Juan León Mera compone la letra del Himno Nacional. Muere Vicente Solano.

AL: Triple Alianza de Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay y protesta de Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú. España se retira de Santo Domingo. Muere Carrera en Guatemala.

Palma: *Armonías y La lira americana*. J. M. Gutiérrez: *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos del siglo XIX*. Muere Andrés Bello. Nace José Asunción Silva.

E: García Moreno, Ministro Plenipotenciario en Chile. Al pasar por Lima, Juan Viteri le dispara dos tiros.

V. Molestina: *Lira ecuatoriana*. N. Pompilio Llona: *Cantos americanos*. Anónimo: *Biografía del Dr. Juan Borja y Lizarburu, muerto en prisión*. R. Aguirre: *El asesinato y los republicanos*.

AL: Sucesivas derrotas de Solano López en la guerra contra la Triple Alianza. Bombardeo del Callao y derrota española en la guerra contra Perú y Chile. Trata-

Reconocimiento legal del valor cheque en Francia. Ministerio Russell en Inglaterra. Congreso norteamericano vota abolición esclavitud. Capitulación de Lee en Appomatox. Asesinato de Lincoln. Negativa del Congreso a admitir Estados sudistas reconstruidos.

Mendel: leyes de la herencia. C. Bernard: *Introducción a la medicina experimental*. Proudhon: *Sobre el principio del arte*. Carrol: *Alicia en el país de las maravillas*. Tolstoi: *Guerra y Paz* (-69). Los Goncourt: *Germinie Lacerteux*. Taine: *Filosofía del arte en Italia*. Manet: *Olympia*.

Polémica en la Internacional entre proudhonianos y marxistas. Confederación del Norte de Alemania. Conflicto entre Austria y Prusia. Batalla de Sadowa: fusiles de retrocarga y ferrocarriles para movilización. Venecia se une al reino de Italia. *Black friday* londinense. El Congreso de EE.UU. asegura la igualdad civil a los negros. Fundación del Ku-Klux-Klan.

Nobel inventa la dinamita. Inauguración del primer cable transatlántico. Dostoievski: *Crimen y castigo*. Verlaine: *Poemas saturnianos*. Antología *Parnaso Contemporáneo*.

huel, empapado en veneno sutil y corroedor... Es verdad que cuando nos vio ya le hervía la mala intención en las entrañas porque le faltó el ánimo, habló trémulo, y aún tras la lana de membrillo que le cubre el rostro no pudo ocultar bien su falsía". (*El Cosmopolita*, N° 2 y N° 3, mayo).

1867

Miguel Antonio Caro y José Cuervo aplauden a Montalvo. Dícele el primero en carta fechada en Bogotá, el 30 de setiembre de 1867: "Digo a Ud. sin lisonja que me ha sorprendido en sus escritos un raro conjunto de condiciones por una parte difíciles de conciliar, y por otra nada comunes en escritores americanos. Hallo en Ud. un estilo natural y vigoroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada. Por lo que hace al fondo noto elevación de miras, grandeza de pensamiento, riqueza de recuerdos...". (*EC*, N° 4, 7 de agosto; *El Precursor del Cosmopolita*, 3 de diciembre).

1868

Se enfrasca en odios lugareños: los Montalvo contra los Martínez y Juan León Mera. Montalvo hace sus primeros ensayos de libelista: "Marcelino y medio", "El masonismo negro", "El búho de Ambato", "El peregrino de la Meca", "Bailar sobre las ruinas", "Coronación del Dr. Martínez en Ambato y en qué se ocupa este personaje" y "Vísperas sicilianas".

El Cosmopolita N° 5, 5 de noviembre: en este número escribe el artículo intitulado "El trastorno de Imbabura", dedicado a Víctor Hugo. *El Cosmopolita*: N° 6, 30 de noviembre; N° 7, 15 de diciembre; N° 8, 31 de diciembre. En el N° 8 escribe: "El programa es horrible, señor García Moreno: sumisión a la Santa Sede, el Sílabus, y el caldoso...".

do de límites entre Chile y Bolivia y acuerdo para dividir exportaciones de guano.

Gutiérrez González: *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*. Del Campo: *Fausto*.

E: El presidente Carrión firma el decreto que crea las "Corporaciones Universitarias" en Guayaquil y Cuenca. Javier Espinosa nuevo presidente, en lugar del renunciante Carrión. Creación del Banco del Ecuador.

P. F. Cevallos: *Instituciones de derecho práctico ecuatoriano*. L. Cordero: *Epigramas* (en *El Popular*, de Cuenca).

AL: Francia abandona México; Maximiliano fusilado, Benito Juárez presidente. Guerra civil en Haití. Mosquera prisionero, asume Santos Acosta en Colombia. Tratado de límites Brasil-Bolivia. Mitre desplazado de la dirección de la Triple Alianza.

Lastarria: *La América*. R. J. Cuervo: *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (-72) Caro y Cuervo: *Gramática de la lengua latina*. Sousândrade: *Güesa* (-88) Isaacs: *María*.

E: Terremoto de Imbatura: más de 20.000 muertos. García Moreno es nombrado Jefe Civil e inicia la reconstrucción de Imbatura. Francisco J. Montalvo, gobernador del Tungurahua.

Conservadores de Pichincha: *El señor G. García Moreno y los liberales del Guayas*. J. L. Mera: *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*. P. Moncayo: *El 10 de agosto y el ciudadano Vicente Rocafuerte*.

AL: Grito de Yara, primera guerra de independencia en Cuba y Grito de Lares en Puerto Rico. Balta presidente de Perú:

ráneo. Swinburne: *Poemas y baladas*. A. Daudet: *Cartas de mi molino*. Renan: *Los Apóstoles*. Corot: *La iglesia de Marissel*. Offenbach: *La vida parisiense*. Smetana: *La novia vendida*.

Imperio ultramarino de Inglaterra: 200 millones de habitantes. Etapa de fortalecimiento de los Estados nacionales. Conspiración de los fenianos en Inglaterra. Compromiso austro-húngaro, constitución de la Doble Monarquía. Garibaldi invade estado pontificio. Comienzo del reino de "carpetbaggers", en el sur de EE.UU. Constitución federal de Canadá. EE.UU. compra Alaska a Rusia.

Inención de la prensa rotativa de Marioni. Exposición Internacional de París. Marx: *El Capital* (T. I.). J. Michelet: *Historia de Francia* (último tomo). Ibsen: *Pecr Gynt* y *Brand*. B. Harte: *Papeles vagabundos*. Millet: *El Angelus*. Gounod: *Romeo y Julieta*. Manet: *Fusilamiento del Emperador Maximiliano de México*.

Disolución de la sección francesa de la Internacional. Primer congreso de Trade-Unionts. Primer Ministerio Gladstone: los liberales en el poder. Revolución en España, huida de Isabel, Prim dictador. Derecho de voto garantido a los negros en EE.UU. Comienza "occidentalización" de Japón.

Restos del hombre del Cromagnon. Fundación de la Escuela Práctica de Altos Estudios en París. Dostoievski: *El idiota*. Lautréamont: *Los Cantos de Maldoror*. Browning: *El anillo y el libro*. Wagner:

1869

El Cosmopolita, N^o 9, enero; "El Peregrino de la Meca", enero 5. Proclamado García Moreno Jefe Supremo, Montalvo se asila en la Legación de Colombia y sale luego al destierro voluntario, en Ipiales, (febrero). Pasará siete años fuera de la patria. De Ipiales, en compañía de Ignacio de Veintemilla y Mariano Mestanza, viaja a Tumaco y Panamá. A mediados de año, va a París.

"El Padre Lachaise" (Homenaje a la madre): "Genio benéfico, ángel de la guarda, ambiente puro y saludable, la madre rodea al hijo, le ve, le cuida, le defiende por todas partes: delegado de Dios...".

1870

Montalvo llega a una Francia que se prepara para la guerra. Viaja a Alemania.

En París, Montalvo vive días de apremio económico y tiene que acudir a las humillantes "dádivas" de connacionales y amigos.

Retorna a Panamá, avanza a Lima y se entrevista con el general Urbina, desterrado, pobre y viejo. Resuelve aposentarse en Ipiales.

concesión única del guano a la casa Dreyfus, Sarmiento presidente de Argentina. Tratado de Colombia con EE.UU. por Canal de Panamá, queda incompleto. Intento de Baca de entregar S. Domingo a EE.UU. que invoca doctrina del "Destino Manifiesto".

Considéranse: *Cuatro cartas al mariscal Bazaine*. "Escuela de Recife" (Tobías Barreto, Silvio Romero) I. M. Altamirano: *Revistas Literarias de México*, folletín de *La Iberia*.

E: Cuartelada de García Moreno ante posible triunfo del candidato liberal (Francisco J. Aguirre) y proclamación de Jefe Supremo. La Constituyente convocada aprueba la "Carta Negra de Esclavitud al Vaticano" y nombra a García Moreno presidente constitucional. Nueva organización de la Universidad de Quito. Fundación del Politécnico y de la Escuela Militar.

AL: Se mantiene resistencia de Paraguay frente a la Triple Alianza. El primer censo nacional argentino arroja cifras iguales de argentinos y extranjeros en la capital. Segundo tratado sobre canal de Panamá.

J. M. Gutiérrez: *Poesías*. I. M. Altamirano: *Clemencia*. En Buenos Aires: *La Prensa*; en La Habana, *El Cubano Libre*.

E: Ejecución en Cuenca de tres cabecillas de una revuelta contra García Moreno. El presidente hace traer de Francia a las Hermanas de la Caridad y a los Lazaristas.

P. F. Cevallos: *Resumen de la Historia del Ecuador*. Muere Benigno Malo.

AL: Fin de la guerra del Paraguay: muerte de Solano López, destrucción del desarrollo económico del país y de la población, principalmente masculina. Caída del Melgarejo en Bolivia. Primera presidencia de Guzmán Blanco en Venezuela. Gobier-

Los maestros cantores. Nekrasov: *Anales patrios*. G. Moreau: *Edipo y la esfinge*.

Concilio del Vaticano. Constitución del partido social-demócrata en el congreso de Eisenach. Tensiones diplomáticas entre Francia y Prusia por la cuestión española. Grant presidente de EE.UU. Suspensión de la Iglesia estatal anglicana en Irlanda. Inauguración del canal de Suez.

A. Bergès: energía a partir del salto de agua. Mendeleiev: ley periódica de los elementos. Dickinson: *Poemas* (ed. 1890). Flaubert: *La educación sentimental*. Verlainne: *Fiestas galantes*. Verne: *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Franck: *Las Beatitudes*.

Guerra franco-prusiana. Capitulación de Napoleón III en Sedán. Caída del Segundo Imperio. Gambetta proclama en París gobierno de defensa nacional. Alemanes sitian París. Agitación en Irlanda. Dogma de la infalibilidad papal en el Concilio Vaticano. Asesinato de Prim, Amadeo de Saboya rey de España. Primera hilandería mecánica en Japón. Extracción de petróleo inicia nueva revolución industrial. Rockefeller funda la Standard Oil Co.

Schliemann: primeros descubrimientos de Troya. Taine: *De la inteligencia*. Pérez

1871

Llega a Ipiales. Inicia sus cinco años de destierro en esa localidad. Lo atormenta la nostalgia, la pobreza, la envidia de estar expuesto al odio de García Moreno. Escribe: "Si tenéis corazón, derretíos en lágrimas: estoy sin libros".

A fines de este año, inicia la redacción de sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

1872

En seis meses termina de escribir en Ipiales sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Con el subtítulo "Ensayo de imitación de un libro inimitable" se publicarán, póstumamente, en 1895 (Besançon, Imp. Pablo Jacquín). También en Ipiales escribe los dramas *Jara*, *La leprosa*, *Granja*, tres de los cinco que integran el *Libro de las pasiones*. Publica en Bogotá *El antropófago*, libelo contra Mera, Marcos Espinel y Mariano Mestanza. Como apareciera plagado de errores ortográficos, Montalvo condena al fuego la edición y anuncia que "El antropófago renacerá de las cenizas".

no liberal de Salgar en Colombia. Formación del Partido Republicano en Brasil. Revolución de las Lanzas en Uruguay.

L. V. Mansilla: *Una excursión a los indios ranqueles*. En Buenos Aires, *La Nación* (B. Mitre); en Río de Janeiro, *La República*.

E: Adopción del Código Civil chileno. García Moreno protesta contra la unidad italiana; Pío IX le regala una medalla. Llegan las religiosas francesas de La Providencia para la educación femenina. Ley Orgánica Militar.

F. Campos: *Narraciones históricas*. Periódicos *El Nacional* (J. L. Mera) y *La Verdad* (J. M. Espinosa).

AL: Juárez reelegido en México; Porfirio Díaz inicia revuelta contra el gobierno. Conflicto de Guzmán Blanco con la iglesia venezolana. Melgarejo asesinado en Lima. Libertad para hijos de esclavos en Brasil. Conflicto entre Honduras y Guatemala. Fiebre amarilla en Buenos Aires. Errázuriz Zañartu, liberal, presidente de Chile.

J. Martí: *Ensayo sobre el presidio político en Cuba*. Cortés: *El Parnaso peruano*. *Revista del Río de la Plata* (J. M. Gutiérrez y V. F. López) en Buenos Aires. I. M. Altamirano - M. Payno: *El Federalista*, en México. Nace José Enrique Rodó. Muere fusilado Juan Clemente Zenea.

E: Inauguración del Protectorado (Escuela de Artes y Oficios). Fundación de la Escuela de Bellas Artes.

V. Cuesta: *Viaje a Tierra Santa*.

AL: Muere Benito Juárez; Lerdo de Tejada presidente de México. Unión Centroamericana (Honduras, Salvador, Costa Rica, Guatemala). M. Pardo, presidente de Perú.

Galdós: *La fontana de oro*. Tielener: *Vida de Prescott*. Cézanne: *Naturaleza muerta con péndulo*. Delibes: *Coppelia*. Muere Bécquer.

Armisticio franco-prusiano. Creación del Imperio de Alemania en Versalles. Revolución de París: la Semana Sangrienta de la Comuna. Estatuto legal de los Trade-Unions en Inglaterra. Escándalo de Tammany-Hall en Nueva York. Abolición de los clanes y reorganización administrativa en Japón.

Darwin: *El origen del hombre*. Renan: *La reforma intelectual y moral*. Bakunin: *Dios y el Estado*. Zola: *Los Rougon-Macquart* (-93). Cartoll: *A través del espejo*. Whitman: *Perspectivas democráticas*. Nietzsche: *El origen de la tragedia*. Verdi: *Aida*. G. A. Bécquer: *Rimas*. Marx: *La guerra civil en Francia*. Inauguración de la Opera de París. Nace Proust.

Congreso de la Internacional en La Haya. Don Carlos se proclama rey de España: nuevas guerras carlistas. La "Kulturkampf" en Alemania. Amnistía de los sudistas en EE.UU.

Fundación de la Oficina Internacional de Pesas y Medidas. Butler: *Erewhon*. Daudet: *Tartarin de Tarascón*. Brandes: *Grandes corrientes de la literatura europea*

1873

Escribe "El descomulgado", "El dictador" (7 de agosto). Mariano Mestanza publica en Lima un libelo contra Montalvo: *La verdad. Refutación a las calumnias de Juan Montalvo*. Montalvo responde con *Judas*, publicado en Ipiiales. El *post-criptum* está dedicado a Juan León Mera, a quien considera el posible autor del pasquín.

1874

En Ipiiales escribe *Geometría Moral*. Dirige al periódico *Star and Herald*, de Panamá, el opúsculo *La dictadura perpetua*. En forma premonitoria dice acerca de la muerte de García Moreno: "Ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo". El rey Alfaro lo edita en un folleto de gran circulación. El oficialismo vigiló correo y aduana tratando de evitar su ingreso al Ecuador. La reacción garciana fue violenta. Se publicó un libelo intitulado: "D. Juan Montalvo y la verdad contra él, o sea la defensa del Ecuador contra las calumnias e injurias publicadas en el folleto titulado "La dictadura perpetua". Se le llamaba "el energúmeno Montalvo", "dictador de los bolsillos de sus amigos". "¡Montalvo llamando ladrón a García Moreno! Están cambiados los papeles...".

Palma: *Tradiciones peruanas* (-91) Hernández: *Martín Fierro*. Academia Francesa, en Recife (-75, Capistrano de Abreu, Rocha Lima, Araripe Jr.).

E: Comienza a funcionar la carretera "García Moreno", de Quito a Riobamba. Consagración de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús. Se funda la primera Congregación Ecuatoriana de las religiosas Marianitas.

J. L. Mera: *Obras selectas de la célebre monja Sor Juana Inés de la Cruz*. Unos ecuatorianos: *Mentiras y verdades*.

AL: Muere Páez en Nueva York. Enmiendas liberales a la Constitución mexicana y ferrocarril Veracruz-México. Barrios en Guatemala confisca iglesias y expulsa congregaciones. Perú y Bolivia aliados contra Chile. España ejecuta a los revolucionarios cubanos del "Virginus". Monopolio inglés sobre telégrafos brasileños. Matrimonio civil en Venezuela.

J. E. Caro: *Obras escogidas en prosa y verso*.

E: Crisis económica por exceso de billetes emitidos por el Banco del Ecuador. García Moreno carga la cruz por las calles de Quito, en una procesión de Semana Santa.

J. L. Mera: *Biografía de Pedro Fermín Cevallos*. M. Riofrío: *Correcciones de defectos del lenguaje*. Federico Proaño y Miguel Valverde publican el periódico *La Nueva Era*. García Moreno lo confisca y destierra a los periodistas a las selvas del Amazonas.

AL: Nueva Constitución en Venezuela; ruptura con la Santa Sede. Reformas liberales y anticlericales en Guatemala. Llega la primera locomotora a Titicaca, atra-

del siglo XIX. Daumier: *La Monarquía*. Renoir: *Los remeros de Chatoa*.

Crisis económica mundial. El ejército alemán evacua Francia. Abdicación de Amadeo I en España y proclamación de la República. Alianza de los tres emperadores europeos. Monometalismo-oro en Europa y EE.UU.

Primera máquina de escribir. Marx: edición definitiva de *El Capital*. Rimbaud: *Una temporada en el infierno*. Barbey d'Aureville: *Las diabólicas*. Verne: *La vuelta al mundo en ochenta días*. Campopamor: *Pequeños poemas* (-92). Pérez Galdós comienza los *Episodios Nacionales*. Guizot: *Historia de Francia*. Brahm: *Requiem alemán*.

Ministerio Disraeli a la caída de Gladstone en Inglaterra. Alfonso XII rey de España. Demócratas reconquistan mayoría en el Congreso norteamericano. Ley contra la prensa socialista en Alemania.

Stanley atraviesa Africa. Fundación de la Unión Postal Internacional en Berna. Valera: *Pepita Jiménez*. P. A. de Alarcón: *El sombrero de tres picos*. Grieg: *Peer Gynt*. Primera exposición impresionista (Sala del fotógrafo Nadar). Monet: *La impresión*.

1875

Al enterarse de la muerte de García Moreno, exclama en Ipiales la famosa: "Mi pluma lo mató".

Escribe: *El último de los tiranos*; *Misiva patriótica* dirigida a los guayaquileños: *Constitución nueva. Convención... La Constitución dada por García Moreno es un documento de ignominia.* (A orillas del Carchi, 25 de agosto de 1875); *Proclama del excelentísimo señor Antonio Flores Mastuerzo a sus conciudadanos*, donde ridiculiza al candidato a la presidencia; *La voz del Norte*, Ipiales, setiembre 20; *Revolución del Norte*, Ipiales, octubre 26; *Muerte de García Moreno*, Ipiales, octubre 27; *El último de los tiranos*, reimpresso en Quito, octubre 19. Apoya la candidatura de Antonio Borrero Cortázar, contribuyendo a su triunfo.

1876

El desterrado en Ipiales regresa a la patria después de esperar en vano, durante diez meses, una invitación de Borrero, y el 2 de mayo entra en Quito.

Hoja volante: *Del Ministro de Estado*, contra Manuel Gómez de la Torre, Ministro de Borrero en la que desahoga su resentimiento contra el gobierno.

El Regenerador N° 1 (22-VI) en Quito. Atentado contra Montalvo por un sobrino del Ministro Gómez de la Torre.

El Regenerador N° 2 (13-VII) en Quito. *El Regenerador*, N° 3 (7-VIII). "Voy a tomar un baño de poesía, a darme un toque de silencio y olvido en el seno de la naturaleza, a las puertas de las selvas orientales, y procuraré salir león de donde voy a entrar tigre cebado". El 6 de setiembre, Montalvo es recibido triunfante en Guayaquil.

Aparece el N° 4 de *El Regenerador*, en Guayaquil (7-IX) "El ejemplo es oro", artículo publicado en Guayaquil, para evitar un enfrentamiento entre las fuerzas del Presidente Borrero y Veintemilla, Jefe Supremo, propone un triunvirato: Pedro Carbo, Manuel Vega y Manuel Angulo. Veintemilla le destierra a Panamá. "Confieso que en siete años de destierro de García Moreno padecí menos que en el destierro de Veintemilla".

vesando los Andes. Litigios entre la casa Dreyfus y el gobierno peruano.

Cuervo: *Notas a la Gramática de Bello*. J. P. Varela: *La educación del pueblo*.

E: García Moreno asesinado en el atrio del Palacio Nacional. Se encarga del poder el Ministro de lo Interior, Javier de León. El gobierno exige que Colombia entregue a Juan Montalvo. Antonio Borrero, electo presidente de la República.

J. L. Mera: *Catecismo de Geografía del Ecuador*. Periódico *La libertad cristiana*. Fundación de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

AL: Creación de la Universidad de Guatemala y de la Escuela de Minas de Ouro Presto. Salitre en Antofagasta. Se agudiza la crisis económica argentina por endeudamiento con el extranjero.

Alencar: *El sertanero*. T. Barreto: *Estudios de filosofía y crítica*. J. A. Saco: *Historia de la esclavitud*. Academia Mexicana de la Lengua.

E: Varias poblaciones dirigen al presidente Borrero peticiones para que convoque una Convención que modifique la *Carta Negra* garciana. El "Catón Azuayo" se niega a hacerlo. Gral. Ignacio Veintemilla se proclama Jefe Supremo, en Guayaquil. Combates fratricidas de "Calte" y "Los molinos" y triunfo del "Capitán General".

F. J. Salazar: *La verdad contra la calumnia*. Q. Sánchez: *Retórica y poética*. H. Vázquez: *Cuestiones gramaticales*. J. L. Mera: *El héroe mártir*. Periódico *La civilización católica*.

AL: Porfirio Díaz ocupa México y asume el poder. Muere Santa Anna. Coronel Latorre, dictador en Uruguay: se inicia la década militarista. Aníbal Pinto, presidente de Chile. Ley de inmigración y

Las congregaciones expulsadas en Alemania. Congreso de Götha que reúne a los partidos obreros alemanes. Parnell en la Cámara de los Comunes. Conflicto de Bismarck con Francia.

Fundación del *Petit Parisien*. Mme. Blavatsky funda la Sociedad Teosófica. M. Berthelot: *La síntesis química*. Tolstoi: *Ana Karenina* (-77). Meredith: *La carrera de Beau-champ*. Tennyson: *La Reina María*. Eça de Queiroz: *El crimen del padre Amaro* (-76). Núñez de Arce: *Gritos de combate*. Bizet: *Carmen*. Saint-Saëns: *Danza macabra*. Manet: *Los remeros de Argenteuil*.

Disolución de la primera Internacional. Guerra de Turquía en los Balcanes. Movimiento "Tierra y Libertad" en Rusia. Creación de la Asociación Internacional Africana.

Koch descubre el bacilo del ántrax. Bell inventa el teléfono. Primer motor a explosión construido por Otto. Inauguración del Festival wagneriano de Bayreuth: *El anillo de los nibelungos*. Taine: *Orígenes de la Francia contemporánea*. (-93). Mallarmé: *La tarde de un fauno*. Twain: *Las aventuras de Tom Sawyer*. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*. Zola: *La taberna*. Lombroso: *El hombre delincuente*. Emerson: *Literatura y objetivos sociales*. Renoir: *El molino de la Galette*.

1877

Nº 5 de *El Regenerador*, en Panamá (22-I). Luego de cuatro meses de destierro, regresa al Ecuador.

El Regenerador en Quito: Nº 6 (2-IX); Nº 7 (16-X); Nº 8 (20/XII). En este último condena la invasión colombiana: "Hemos llegado por fin al último grado de miseria y desventura a que suelen llegar los pueblos que van apurando las desgracias anexas a las humanas sociedades... La intervención extranjera es síntoma de agonía para un pueblo... Yo sé que me expongo al tercer destierro o cosa peor, al expresarme con este desembarazo, mas si no hubiera un ecuatoriano que alzara el pecho gimiendo por estas calamidades, protestando contra estos abusos, todos se hallarán en aptitud de llamar al Ecuador 'pueblo vil', 'pueblo infame', y lo que también es malo, aunque no peor, 'pueblo ignorante', 'pueblo ciego'".

1878

El Regenerador, en Quito: Nº 9 (7-I); Nº 10 (28-I); Nº 11 (11-II); Nº 12 (26-VIII).

Con motivo del asesinato de Vicente Piedrahíta, crimen que la opinión pública inculpa a Veintemilla, Montalvo escribe: "Donde la justicia flaquea, el crimen se robustece; y donde la cuchilla de la ley está dormida, el puñal está despierto haciendo temblar al mundo". Ataque

colonización en Argentina.

F. Bauzá: *Ensayo sobre la formación de una clase media*. B. Mitre: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*.

E: Muere envenenado el Arzobispo Checa y Barba. Motines en Quito contra Veintemilla. Erupción del Cotopaxi. Suspensión del Concordato y expedición de la ley de Patronato. Fuerzas armadas invaden el país en respaldo del gobierno, enfrentado a una sublevación del gral. Cornelio Vernaza. Lucha callejera en Quito. Derrota de Vernaza.

F. González Suárez: *Exposición en defensa de los principios católicos y republicanos*. M. Moreno y H. Vázquez: *Sábados de Mayo*. J. Castro: *Benito el toreador*. J. B. Vela: *A una nariz* (Imitación del soneto de Quevedo) N. Pompilio Lina: *Odisea del alma*. L. Cordero: *El cultivo de las quinás*. R. Espinosa traduce *Alejandro de la Ferronnays*.

AL: México contrata ferrocarriles con J. Sullivan. Alcántara presidente de Venezuela y Guzmán Blanco en Europa. Crisis financiera en Perú y Chile. Unión Tipográfica, primer sindicato argentino. Muere Rosas en Inglaterra. El presidente Parra decreta la libertad de enseñanza en Colombia. Llega a San Pablo primer grupo de inmigrantes italianos.

Squier: *Perú, viaje y exploración en la tierra de los Incas*. Fundación del Ateneo de Montevideo. R. Barbosa: *El Papa y el Concilio*. O. V. Andrade: *Nido de cóndores*. *Revista de Cuba* (-84).

E: Instalación de la Convención de Ambato. Ignacio Veintemilla presidente constitucional con facultades extraordinarias concedidas por la Convención. Vida sibarita en el palacio presidencial. El gobierno se confiere el derecho de nom-

Guerra ruso-turca. Muere Thiers. Hayes, presidente de EE.UU., retira las tropas del sur. Victoria, emperatriz de la India. Reorganización del partido liberal en Inglaterra.

Edison inventa el micrófono y el fonógrafo. Empleo de vagones frigoríficos en EE.UU. Flaubert: *Tres cuentos*. Mommsen: *El sistema militar de César*. Traducción al francés de la *Filosofía del inconsciente* de Hartmann. Spencer: *Principios de sociedad*. Carducci: *Odas bárbaras*. Rodin: *La edad de bronce*.

Humberto I rey de Italia. León XIII Papa. Armisticio de Andrinópolis y tratado de San Stefano: los turcos entregan Chipre a Inglaterra. Disolución del Reichstag y leyes antisociales en Alemania.

frontal al gobierno de Veintemilla en el opúsculo *La peor de las revoluciones*.

1879

Publica el opúsculo *Eloy Alfaro*, en defensa del caudillo liberal: "Si Veintemilla supiera a qué hombre está haciendo lo que está haciendo, por bronco que sea su corazón se moriría de vergüenza... García Moreno tuvo su Juan Borja; Veintemilla quiere tener su Eloy Alfaro...". En el *post-scriptum*, añade: "Y César, ese mi sobrinito de diecinueve años que acaba de ser desterrado, ¿qué culpa tiene? Una muy grande: se llama Montalvo, y por tanto, nació para la venganza del señor Veintemilla".

Montalvo se destierra voluntariamente. Parte de su Ambato natal para no volver. En setiembre llega a Ipiales.

brar autoridades y profesores universitarios. Es desterrado el Rector de la Universidad de Quito, Dr. Miguel Egas. Persecución a universitarios. Asesinato de Vicente Piedrahíta; la opinión pública acusa al presidente Veintemilla.

F. González Suárez: *Estudios históricos sobre los cañaris*. P. Carbo: *Páginas de la historia del Ecuador*. J. Castro: *Discurso en defensa de la unidad católica*. J. Zaldumbide: *A María*. Periódico *La Candela* de los jóvenes liberales, en Quito.

AL: Bolivia impone impuestos en Antofagasta. Tratado del Zanjón en Cuba; España concede representación en Cortes. Enmienda constitucional mexicana prohíbe reelección presidencial. Muere García Granados. Asesinato del ex-presidente peruano Pardo. Gobierno liberal de Trujillo en Colombia.

Lastarria: *Recuerdos literarios*. Galván: *Enriquillo* (-82). J. I. Medina: *Historia de la literatura colonial de Chile*.

E: Descubierta conspiración de Alfaro en Guayaquil. Alfaro engrillado en "el infiernillo" y luego desterrado. Circulan en Guayaquil los primeros tranvías a tracción animal. Se inauguran las oficinas del cable submarino. Se inicia la construcción del Teatro Nacional Sucre, en Quito.

J. L. Mera: *Cumandá*. J. P. Sanz: *El Dr. Antonio Borrero en transparencia*. J. A. Echeverría: *Nueva lira ecuatoriana*.

AL: Guerra del Pacífico o "Salitrea": Chile en guerra con Perú y Bolivia. Combate naval de Iquique. Muere Prat. Chile vence en Tarapacá, ocupa Antofagasta y Atacama. Guzmán Blanco presidente de Venezuela. Lesseps organiza la compañía del Canal, para construirlo en Panamá. En Argentina, Campaña del Desierto al mando de Roca.

Booth funda el Ejército de Salvación. Edison y Swan inventan la lámpara eléctrica. Utilización de la hulla blanca. J. Neruda: *Cuentos de la Mala Strana*. Sully Prudhomme: *La justicia*. Eça de Queiroz: *El primo Basilio*. Pereda: *Gonzalo González de la Gonzalera*. Nietzsche: *Humano, demasiado humano*. Engels: *El Anti-Dühring*.

Alianza austro-alemana. Fin de la "Kulturkampf". Atentados contra Alejandro II. Consolidación de la Tercera República francesa. Partido Obrero Francés. Fortalecimiento militar e industrial del Reich germano. Se inicia difusión de sistemas de enseñanza laica y común.

Pasteur descubre el principio de las vacunas. Wundt: laboratorio de psicología experimental. Tolstoi: *Los evangelios y mi religión*. A. Bain: *Ciencia de la educación*. Ibsen: *Casa de muñecas*. Dostoiévski: *Los hermanos Karamazov* (-80). Zola: *Nana*. H. James: *Daisy Miller*. Meredith: *el egoísta*. Chaicovski: *Fugenio Onegin*. Nace Einstein.

1880

De Ipiales avanza a Panamá. Con el apoyo de Eloy Alfaro publica su primera *Catilinaria*. Siguen cuatro más.

Gran influencia de *Napoleón el pequeño*, de Víctor Hugo.

Montalvo conocía a Veintemilla, su negadez mental, su vulgaridad y animalidad: "La causa primera del acre desprecio que yo he sentido siempre por Ignacio Veintemilla fue el haberle visto una vez tirarse desnudo de la cama y ponerse a hacer aguas en presencia de gente, con desenfado de verdadero animal".

1881

De Panamá viaja el desterrado a París. Inicia la publicación de los *Siete tratados*.

En Panamá, Eloy Alfaro financia la publicación de las *Catilinarías*: 6ª (10-IX); 7ª (17-IX); 8ª (3-X); 9ª (1ª-XI); 10ª (11-XI); 11ª (9-XII).

El Jefe Supremo Veintemilla apresa y destierra al Rector de la Universidad de Quito. Los estudiantes piden a Montalvo, entonces desterrado en Ipiales, defender al Rector. Al final de la 5ª *Catilinaria*, Montalvo escribe: "Desgraciado del pueblo donde la juventud es humilde con el tirano y donde los estudiantes no hacen temblar el mundo".

Hernández: *La vuelta de Martín Fierro*.
E. Gutiérrez: folletín de *Juan Moreira*.
Zorrilla de San Martín: *La leyenda patria*.
F. Távora y N. Midosí: *Revista Brasileña*.
Exposición general de Bellas Artes en Río
de Janeiro.

E: Se inaugura en Guayaquil la estatua
de Rocafuerte. Ley de elecciones. El Con-
greso decreta nuevamente la libertad de
estudios. Nueva expedición de Alfaro que
fracasa en Esmeralda. Se crea la provin-
cia de Veintemilla, hoy del Carchi. Abo-
lición de la prisión por deudas.

N. Pompilio Llona: *Cien sonetos, Corona
Fúnebre a la memoria del Dr. Julio Zal-
dumbide*. J. Zaldumbide traduce *Lara*, de
Byron y *Los sepulcros*, de Pindemonte.

AL: Bloqueo del Callao. Batalla de Tac-
na. Comienza abolición de la esclavitud
en Cuba. Núñez presidente de Colom-
bia. Primer cargamento bananero de Cos-
ta Rica a Nueva York. Renuncia Latorre:
"los uruguayos son ingobernables". Pre-
sidencia de Julio A. Roca en Argentina:
"Paz y Administración". Empieza la épo-
ca del café en Guatemala y Colombia.

Ameghino: *La antigüedad del hombre
en el Plata*. Altamirano: *Rimas y Cuen-
tos de invierno*. J. Isaacs: *La Revolución
Radical en Antioquia*. Hostos funda la Es-
cuela Normal de Puerto Rico. Varona ini-
cia conferencias filosóficas en La Habana.

E: Guayaquil postula a Pedro Carbo
para la presidencia. En Quito, el candi-
dato es Julio Zaldumbide. Deterioro de
la educación pública: se reducen las es-
cuelas y colegios; el maestro es el símbolo
del hambre nacional.

N. Pompilio Llona: *Clamores de Occiden-
te, Interrogaciones, Poemas filosóficos*.

AL: Batallas de Chorrillos y Miraflores

Guerra anglo-boer. Fundación de la Com-
pañía del canal de Panamá. Elecciones li-
berales en Inglaterra: Gladstone reempla-
za a Disraeli. Decreto contra las congre-
gaciones en Francia. J. Ferry presidente
del Consejo.

Ebert descubre el bacilo de la tifoidea. In-
vención de la bicicleta. Maupassant: *Bo-
la de sebo*. Swinburne: *Cantos de prima-
vera*. Tennyson: *Balada*. Menéndez Pelayo:
Historia de los heterodoxos españoles (-82)
R. de Castro: *Follas novas*. A. Daudet:
Numa Rumeistán. Rodin: *El pensador*.

Muere Disraeli. Salisbury, líder conserva-
dor. Alejandro II asesinado, asciende Ale-
jandro III. Garfield, presidente de EE.UU.
pero muere en setiembre. Se renueva la
alianza de los Tres Emperadores europeos.
Congreso anarquista en Londres.

Ribot: *Las enfermedades de la memoria*.
H. James: *Washington Square*. France:
El crimen de Sylvestre Bonnard. Verlai-

1882

12^a *Catilinaria*, 1^o de enero, en Panamá. Impresión de los *Siete tratados*, en París.

1883

Junto con los *Siete tratados*, aparece en París *Azotes por virtudes*. Montalvo condena la elección de Plácido Caamaño a la presidencia del Ecuador: "Pero, ¿qué corrompido ofuscamiento es el de ese partido innoble [el liberal], que no pierde ocasión de manifestar su ineptitud y vileza?". Plácido Caamaño ofrece a Montalvo, desterrado en París, una diputación. Este rechaza con señorío. El Gobierno de Venezuela condecora a Montalvo "por haberse distinguido en las letras". Varias sociedades de Latinoamérica le hacen su

y ocupación de Lima por el ejército chileno con destrucción de la Biblioteca Nacional. Presidente Calderón prisionero y enviado a Chile. Constitución en Venezuela, inspirada en la suiza. Incremento de los latifundios en Argentina, por venta de territorios conquistados al indio. Presidencia de Santa María en Chile: auge económico y fomento de la educación.

A. Azevedo: *El mulato*. A. Bello: *Filosofía del entendimiento*. Machado de Assis: *Memorias póstumas de Bras Cubas*. Cambaceres: *Pot-pourri*. Debate B. Mitre - V. F. López. *Revista Venezolana* fundada por Martí. Muere Cecilio Acosta.

E: El gral. Ignacio Veintemilla se proclama nuevamente Jefe Supremo. Esmeraldas rechaza a Veintemilla. Se inicia el movimiento de la "Restauración".

N. Pompilio Llona: *Himnos, dianas y elegías*. Quintiliano Sánchez: *La hija del Shiri*.

AL: Heureaux presidente de Santo Domingo. Fundación de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Comienza unificación y reconstrucción de Perú tras la derrota con Chile.

Martí: *Ismaelillo*. Villaverde: *Cecilia Valdés* (versión definitiva) Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado* (-86). J. T. Medina: *Los aborígenes de Chile*. *La Nación* nombra a Martí su corresponsal en Nueva York.

E: Triunfo del movimiento nacional de la "Restauración" y toma de Quito. Tres gobiernos: Pentavirato, en Quito; Pedro Carbo, Jefe Supremo, en Guayaquil; Eloy Alfaro, Jefe Supremo de Esmeraldas y Manabí. Veintemilla asalta el Banco del Ecuador, en Guayaquil, y se apodera de 320.000 pesos. El 9 de julio, derrotado, huye al Perú. La Constituyente se reúne

ne; *Cordura*. Verga: *Los Malavoglia*. I. Ranke: *Historia del mundo* (-88). Offenbach: *Los cuentos de Hoffman*. Renoir: *El almuerzo de los remeros*. F. de Saussure enseña lingüística en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París (-91). Muere Carlyle.

Triple Alianza: Austria, Alemania, Italia. Leyes sobre la enseñanza primaria en Francia. Muere Gambetta. Expulsión de los judíos de Rusia. Intervención inglesa en Egipto e italiana en Eritrea. Primeras leyes restringiendo la emigración a EE.UU. Chinos y japoneses ocupan Seul.

Koch descubre el bacilo de la tuberculosis. Charcot: experiencias en la Salpêtrière. Carducci: *Confesiones y batallas*. J. M. Pereda: *El sabor de la tierra*. V. Hugo: *Torquemada*. F. Giner de los Ríos: Institución Libre de Enseñanza. Manet: *El bar del Folies-Bergère*. Wagner: *Parsifal*. Nacen Joyce y Stravinski. Muere Emerson.

Fundación de la *Fabian Society* en Londres. Plejanov y Akselrod fundan el partido marxista ruso. Los franceses en Indochina y guerra franco-china. Ocupación de Madagascar. Segundo Ministerio Ferry.

Dépez realiza el primer transporte de energía eléctrica a distancia. Nietzsche: *Así hablaba Zaratrusta* (-91). Stevenson:

Miembro de Honor. De París va a Madrid. Emilio Castelar, Ramón de Campoamor y Gaspar Núñez de Arce agotan los recursos para lograr el ingreso de Juan Montalvo en la Real Academia Española de la Lengua. Los esfuerzos fracasan a causa de las ideas liberales del gran escritor. Este reacciona con los mordaces artículos: "Modelo de elocuencias académicas" y "Academia de Tirteafuera".

1884

Montalvo es elegido Senador por la provincia de Esmeralda. Desde París, se excusa el Senador electo. Condenados sus *Siete Tratados* por el Arzobispo Ordóñez, Montalvo, publica su *Mercurial Eclesiástica, Libro de las verdades*: "César Cantú, grande y verdadero cristiano, me salve; Ignacio Ordóñez, impío por ignorancia, temerario por corrupción, me condena. ¿Cuál de estas dos sustancias vale?".

el 11 de octubre. José María Plácido Camaño, presidente.

J. L. Mera: *Ultimos momentos de Bolívar*. R. Crespo Toral: *Los últimos pensamientos de Bolívar*. L. Cordero: *Recuerdos patrióticos*. J. Castro: *Bolívar como orador*.

AL: Chile ocupa Arequipa. Tratado de Ancón, donde Perú cede Tarapacá y Tacna y Arica por diez años. Concesión venezolana a Cía. Hamilton para explotar "bosques y asfaltos". Otálora presidente de Colombia.

Gutiérrez Nájera: *Cuentos frágiles*. Varona: *Estudios literarios y filosóficos*. J. Calcaño: *Cuentos fantásticos*. Castro Alves: *Los esclavos*. Sarmiento: *Conflictos y armonías de las razas en América*. Capistrano de Abreu: *El descubrimiento de Brasil y su desarrollo en el siglo XVI*. V. F. López: *Historia de la República Argentina*. De María: *Anales de la Defensa de Montevideo* (-87).

E: Eloy Alfaro se alza en atmas en Manabí. Batalla naval de Jaramijó y derrota de Alfaro. Introducción del telégrafo. El arzobispo de Quito, Ignacio Ordóñez condena los *Siete tratados*: "Nidada de vrboras en cesto de flores".

J. L. Mera: *La dictadura y la Restauración en la República de Ecuador y El doctor D. Vicente Cuesta*. F. Proaño: *Artículos literarios*. F. J. S.: *García Moreno*. P. Carbo: *Biografía de José J. Olmedo y Vicente Rocafuerte*. R. Crespo Toral: *El Progreso* (revista literaria). L. Cordero: *Cuchiquilca*.

AL: Pacto de Truce, Chile retiene costa boliviana de Atacama. Ciclo de presidentes conservadores en Bolivia. Esclavitud abolida en Ceará, Brasil. Porfirio Díaz reelegido en México (-1911) y Núñez en

La isla del tesoro. Maupassant: *Una vida*. Bourget: *Ensayos de psicología contemporánea*. Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu*. Amiel: *Diario íntimo*. Menéndez Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España* (-91). Seurat: *Un baño en Asnières*. Delibes: *Lakmé*. C. Franck: *El cazador furtivo*. Muere Marx.

Crack bursátil en N. York. Convocatoria de la Conferencia Colonial Internacional en Berlín. Los ingleses en Sudán. Ley de seguro social en accidentes de trabajo en Alemania. Minas de oro en Transvaal. Ley Waldech-Rousseau sobre sindicatos.

Los hermanos Renard construyen un globo dirigible. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Huysmans: *Al revés*. Daudet: *Safo*. Leconte De Lisle: *Poemas trágicos*. Strindberg: *Casados* (1ª serie). E. Castelar: *Retratos históricos*. Bruckner: *Séptima Sinfonía*. A. Gaudí: *La Sagrada Familia*.

1885

“Hecho de armas”, en el N° 98 de la revista *Europa y América*, París (15-I) y “Mala diplomacia”, en el N° 111 de la misma, (1°-VIII). Posiblemente Montalvo asistiera a las honras fúnebres de Víctor Hugo, bajo el Arco del Triunfo. Nada especial —que conozcamos—, escribió acerca de la muerte del poeta francés. Pero en los *Siete tratados* habla de él como de un genio: “Víctor Hugo se ha elevado tanto sobre sus compatriotas y sobre el mundo, que su frente está resplandeciendo allá, perdida casi en las nubes”.

Vive un romance con una francesa, con la que tiene un hijo.

1886

Contesta las insinuantes cartas de la escritora española Emilia Pardo Bazán, con cortesía pero evasivamente. El 1° de junio aparece el libro primero de *El Espectador*. Recibe opiniones favorables de Cuervo y Rivas Groot, de Colombia; del poeta venezolano Julio Calcaño; del escritor ruso Tannenberg. En el periódico *El diluvio de Barcelona*, apareció el siguiente comentario: “Cada vez que viene a nuestras manos un escrito de este eminente prosador, es una fiesta para nosotros, y si el escrito llega a libro, la fiesta tiene solemnidad, porque Montalvo es hoy en día el primero de los prosistas agraciados de todas las tierras donde se habla español”.

Colombia. J. Crespo presidente de Venezuela; Guzmán Blanco ministro en París. Ferrocarril trasandino argentino-chileno.

Matto de Turner: *Tradiciones cuzqueñas*. Gavidia: *Versos*. Barros Arana: *Historia general de Chile*. E. Acevedo Díaz: *Brenda*. Bilac: *Poesías*. M. Cané: *Juvenilia*. Groussac: *Fruto vedado*. Muere Juan Bautista Alberdi. Nace Rómulo Gallegos.

E: Lucha del liberalismo contra el gobierno de Caamaño. Se establece la pena de muerte por delitos políticos. El liberal Nicolás Infante fusilado en Babahoyo; Leopoldo González linchado en Latacunga.

C. R. Tobar: *Brochadas*. F. Campos: *Galería biográfica de hombres célebres ecuatorianos*. H. Vázquez: *En el destierro*, *Hojas literarias*. R. Crespo Toral: *Mi poema*. P. Moncayo: *El Ecuador de 1825-1875*.

AL: Concesión venezolana Hamilton transferida a N. York y Bermúdez Co. Ley de colonización en México. Alianza de Costa Rica, Nicaragua y Salvador contra Guatemala. Los "marines" ocupan Colón, Panamá. En Perú, Iglesias derrocado.

Martí: *Amistad funesta*. Darío: *Epístolas y poemas*. Arona: *Sonetos y chispazos*. G. Prieto: *El romancero nacional*. Varona: *Revista Cubana* (-95).

E: El liberal Amador Viteri fusilado en Guayaquil. Se le concede la gracia de dar al pelotón de fusilamiento la voz de fuego.

R. Espinosa: *Leyenda de cielo*. P. Herrera: *La verdad en su punto* y *Del gran Magistrado Doctor don Gabriel García Moreno*.

AL: Abolición de la esclavitud en dominios españoles. Gradual emancipación de esclavos en Brasil. Constitución colom-

Guerra servio-búlgara. Alfonso XIII rey de España: regencia de María Cristina de Habsburgo. Gabinete Salisbury en Inglaterra. Presidencia de Cleveland en EE.UU. Creación en Berlín del estado independiente del Congo. Los italianos ocupan Massaua y los ingleses Nigeria.

Pasteur: vacuna contra la rabia. Maxim inventa la ametralladora. H. Richardson: almacenes Marshall, Field & Co., en Chicago. Zola: *Germinal*. Laforgue: *Las lamentaciones*. Guyau: *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*. W. Pater: *Mario el epicúreo*. Bécque: *La Parisienne*. J. M. Pereda: *Sotileza*. L. Alas (Clarín): *La Regenta*. Muere Víctor Hugo.

Tratado de Bucarest sobre la cuestión servio-búlgara. Crecimiento del socialismo británico. Se concluye el Canadian Pacific. Manifestación obrera en Chicago. Se funda la Federación de Obreros Americanos.

Hertz descubre las ondas electromagnéticas. Rimbaud: *Las iluminaciones*. Morás: *Manifiesto simbolista*. L. Bloy: *El desesperado*. D'Amicis: *Corazón*. E. Pardo Bazán: *Los pazos de Ulloa*. Kraft-Ebing: *Psicopa-*

1887

Doña Emilia Pardo Bazán se queja de la indiferencia de Montalvo:
"Usted me ha borrado ya del libro grande, amigo mío...".
Aparece el libro segundo de *El Espectador*.

biana abandona unión federal; Núñez se reelige. Guzmán Blanco presidente de Venezuela, Balmaceda de Chile, Juárez Celman de Argentina.

García Icazbalceta: *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. Díaz Mirón: *Poesías escogidas*. Cuervo: *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (-93). Rubén Darío en Chile. Sara Bernhard por primera vez en el Río de la Plata. Discurso de M. González Prada en el Ateneo de Lima. Primer Salón de Bellas Artes en Bogotá.

E: Luis Vargas Torres, liberal, inicia una invasión armada desde Perú. Es vencido y fusilado en Cuenca. Se niega a ser vendido: "Las balas enemigas se reciben de frente". Convenio Espinoza-Bonifaz para el arreglo de límites con Perú.

P. Herrera: *Apuntes biográficos de D. José Joaquín Olmedo*. R. Espinosa: *La amistad*. P. J. Cevallos Salvador: *El Dr. Pedro Moncayo y su folleto titulado "El Ecuador de 1825 a 1875"*. M. M. Pólit: *Escritos y discursos de Gabriel García Moreno*. F. I. S.: *Defensa documental del General Francisco Javier Salazar*. Muere Julio Zaldumbide, poeta y amigo de Montalvo.

AL: Telégrafo entre México y Guatemala. Primer concordato entre Colombia y la iglesia. Restauración del principismo en el Uruguay. Oposición liberal a Cáceres en Perú. Predominio del Congreso chileno y debilitamiento del poder presidencial bajo la presidencia de Balmaceda.

Rabasa: *La bola*. A. K. Owen: *El sueño de una ciudad ideal*. Darío: *Abrojos*. Rizal: *Noli me tangere*. B. Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación americana* (-88).

tología sexual. Bartholdi: *La libertad, iluminando el mundo*. Stevenson: *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*. P. Loti: *Pescador de Islandia*. Giner de los Ríos: *Estudios sobre educación*. H. Sullivan: *Auditorium* (Chicago).

Primera conferencia imperial inglesa. Condominio franco-inglés sobre las Nuevas Hébridas. Elección de Sadi Carnot en Francia.

Invencción de la linotipo y del neumático. L. Zamenhof: el esperanto. Kipling: *Cuentos simples de las colinas*. D'Annunzio: *Las elegías romanas*. Strindberg: *Hijo de sirvienta*. Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta*. Van Gogh: *El padre Tanguy*. Debussy: *La doncella elegida*. Antoine inaugura el Teatro Libre. Nace Le Corbusier.

1888

Aparece el libro tercero de *El Espectador* (15-III) que, el 14 de diciembre, es condenado al "Index Librorum Prohibitorum". El 7 de julio, el gobierno de José María Plácido Caamaño le ofrece el consulado en Burdeos. Montalvo se excusa: "Veinte años de lucha por mis ideas, de procripciones y de padecimientos de todo género, sobrellevados con buen ánimo, no son para ir a hundirse tristemente en un empleo ofrecido por un gobierno del partido contrario".
Enferma gravemente en la primavera.

1889

El 17 de enero muere en París.
Varias de sus obras serán publicadas póstumamente, entre ellas *De la risa* (Ambato, 1916) texto que probablemente debió constituir otro tratado. Desde 1912 se inicia la edición de sus obras, a cargo de Gonzalo Zaldumbide, en la Biblioteca de Grandes Autores Americanos (París, Garnier Hnos.) comenzando por los *Siete tratados*, que prologa Rufino Blanco Fombona.

E: Plácido Caamaño termina su período presidencial. Le sucede Antonio Flores Jijón.

J. M. Aguirre: *A la memoria del Excmo. señor Gabriel García Moreno en el XIII aniversario de su muerte*. C. Crespo Toral: *García Moreno*. C. R. Tobar: *Más brochadas*. R. Espinoza: *Miscelánea literaria*.

AL: Ley áurea de abolición de la esclavitud en Brasil. J. P. Rojas Paúl presidente de Venezuela. Rebelión de J. Crespo. Se suspenden trabajos en el canal de Panamá.

Darío: *Azul*. Hostos: *Moral social*. Romero: *Historia de la literatura brasileña*. Acevedo Díaz: *Ismael*. Zorrilla de San Martín: *Tabaré*. F. Gamboa: *Del natural*. Altamirano: *El zarco*. R. Pompeía: *El Ateneo*. Sanín Cano: *Colombia hace 60 años*. Discurso de González Prada en el Politeama de Lima. Muere Sarmiento.

E: A. Borrero Cortázar: *Refutación por A.B.C. del libro titulado García Moreno, por Berthe*. C. Borja: *Vespertina*. H. Vázquez: *Arte y moral*.

AL: Revolución en Río de Janeiro, deposición del Emperador y proclamación de la República. Pacto provisorio de unión entre Salvador, Honduras y Guatemala. Primera conferencia de los Estados americanos en Washington.

Matto de Turner: *Aves sin nido*. Martí: *La edad de oro y Vindicación de Cuba*. J. Sierra: *México social y político*. M. Noreña: *Cuauiémoc*. Picón Febres: *El sargento Felipe*. J. Verísimo: *Estudios brasileños*. Gómez Carrillo llega a Europa.

Ascensión de Guillermo II. Conflicto germano-norteamericano por las islas Samoa. Expedición de Nansen a Groenlandia.

Forest: primer motor de gasolina. Nietzsche: *El Anticristo*. Maupassant: *Pedro y Juan*. Strindberg: *La señorita Julia*. Ribot: *Psicología de la atención*. Gauguin: *El Cristo amarillo*. Debussy: *Dos arabescos*. Rimsky-Korsakov: *Sheherezade*.

Fundación de la Segunda Internacional en París: el 1º de mayo, día de los trabajadores. Conferencia colonial de Bruselas. Huelgas mineras en Alemania y leyes de protección social. Huelga de los *dockers* en Inglaterra. Harrison presidente de EE.UU. Conferencia Panamericana de Washington. Muere Luis I de Portugal. Cecil Rhodes recibe las concesiones africanas.

Exposición Internacional de París: la torre Eiffel. Eastman: fotografía en celuloide. Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Yeats: *Peregrinaciones de Oisen*. Valera: *Cartas americanas*. Hauptmann: *Antes de amanecer*. P. Bourget: *El discípulo*. Van Gogh: *Paisaje con ciprés*.

BIBLIOGRAFIA*

* Una información bibliográfica exhaustiva puede consultarse en Plutarco Naranjo, *Juan Montalvo, estudio bibliográfico*, tomo I: Los escritos de Montalvo (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana) 364 pp. y Plutarco Naranjo y Carlos Rolando, *Juan Montalvo, estudio bibliográfico*, tomo II: Bibliografía montalvina (Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana) 275 pp. Asimismo un repertorio amplio de estudios críticos en *La Casa de Montalvo* (1931-1952).

OBRAS

- EL COSMOPOLITA N° 1. Quito, Tip. D. F. Bermeo, enero 3 de 1866, 42 pp. Prospecto. De la libertad de imprenta. Chile y España. A don Andrés Bello. El Congreso. El Luxemburgo.
- EL COSMOPOLITA N° 2. Quito, Tip. D. F. Bermeo, mayo de 1866, 48 pp. Ojeada sobre América. La imprenta en el Ecuador. Carta de un cristiano viejo.
- EL COSMOPOLITA N° 3. Quito, Tip. D. F. Bermeo, mayo de 1866, 50 pp. España y la Triple Alianza. La parte ilustrada del Ecuador. Contestación a la carta de un sacerdote católico.
- EL COSMOPOLITA N° 4. Quito, Tip. D. F. Bermeo, agosto 7 de 1867, 143 pp. Advertencias. Méjico. De la República. Lecciones al pueblo. Cuadros históricos. La mujer. Capítulo que se le olvidó a Cervantes. Aventuras tenebrosas. Carta de un padre joven. El padre Yerovi. Una provincial, no de las de Pascal. Otras cosas.
- EL PRECURSOR DEL COSMOPOLITA. Quito, diciembre 3 de 1867.
- EL MASONISMO NEGRO. Quito, Imprenta Nacional, 1868.
- BAILAR SOBRE LAS RUINAS. Quito, Tip. D. F. Bermeo, 1868, 23 pp.
- EL COSMOPOLITA N° 5. Quito, Tip. D. F. Bermeo, noviembre 5 de 1868, 20 pp. Egotismo. Del periodismo. El terremoto de Imbabura. El nuevo Junius I. A los partidos políticos. Otras cosas.
- EL COSMOPOLITA N° 6. Quito, Tip. D. F. Bermeo, noviembre 30 de 1868, 16 pp. De la política. El libelismo. El Nuevo Junius II. Otras cosas.
- EL COSMOPOLITA N° 7. Quito, Tip. D. F. Bermeo, diciembre 5 de 1868, 16 pp. Derecho de reunión. De la ineficacia de la razón. Del juramento. Cartas al Cosmopolita. Otras cosas.
- EL COSMOPOLITA N° 8. Quito, Tip. D. F. Bermeo, diciembre 31 de 1868, 16 pp. Del espíritu de asociación. Palabras de un creyente. El Nuevo Junius III. A don Gabriel García Moreno.
- EL COSMOPOLITA N° 9. Quito, Tip. D. F. Bermeo, enero de 1869, 16 pp. De algunas sociedades notables. El Nuevo Junius IV. A la clase militar. Otras cosas.

- FORTUNA Y FELICIDAD. Ipiales, Tip. Nicanor Médicis, enero 22 de 1872, 18 pp.
- EL ANTROPÓFAGO. Bogotá, Tip. de Nicolás Pontón y Cía., 1872. El Antropófago. Prosa de la prosa. Los incurables. Otro incurable y León Mera.
- JUDAS. Ipiales, Tip. Nicanor Médicis, marzo de 1873, 38 pp.
- LA DICTADURA PERPETUA. Panamá, Tip. M. R. de la Torre e hijos, octubre de 1874, 24 pp.
- EL REGENERADOR N° 1. Quito, Tip. D. F. Bermeo, junio 22 de 1876, 16 pp. Nota como literaria. Lecciones al pueblo. Del juramento. Los enfermos del Lazareto. Otras cosas.
- EL REGENERADOR N° 2. Quito, Tip. D. F. Bermeo, julio 13 de 1876, 32 pp. Lecciones al pueblo. La guerra y su poesía. Nobleza obliga. Otras cosas.
- EL REGENERADOR N° 3. Quito, Tip. D. F. Bermeo, agosto 7 de 1876, 48 pp. Lecciones al pueblo. Liberales y conservadores. Los mártires. Otras cosas.
- EL REGENERADOR N° 4. Guayaquil, Impr. El Comercio, setiembre 7 de 1876, 1 p. A los guayaquileños. Trata sobre la libertad.
- EL REGENERADOR N° 5. Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, 1877, 74 pp. Las leyes de García Moreno. Las leyes de García Moreno y la Reforma. Varias cosas.
- EL PRECURSOR DEL REGENERADOR. Quito, Tip. D. F. Bermeo, setiembre 22 de 1877.
- EL REGENERADOR N° 6. Quito, Tip. D. F. Bermeo, setiembre 25 de 1877, 24 pp. La Convención. Del orador. Otras cosas.
- EL REGENERADOR N° 7. Quito, Tip. D. F. Bermeo, octubre 16 de 1877, 24 pp. La clase militar. Defectos de nuestra raza. Las mujeres en política. Otras cosas.
- EL REGENERADOR N° 8. Quito, Imp. Manuel V. Flor, diciembre de 1877, 24 pp. La intervención armada. El sufragio universal. Otras cosas.
- EL REGENERADOR N° 9. Quito, Imp. Manuel V. Flor, enero 7 de 1878, 24 pp. La guerra civil. Escenas de la guerra civil. De los ejércitos permanentes. Otras cosas.
- EL REGENERADOR N° 10. Quito, Imp. Manuel V. Flor, 1878, 24 pp. Sermón del Padre Juan. De la pena de muerte. Otras cosas.
- EL REGENERADOR N° 11. Quito, Imp. Manuel V. Flor, febrero 11 de 1878, 24 pp. Sin partido no hay gobierno. Efectos de la intervención. Don Antonio. Otras cosas.
- EL REGENERADOR N° 12. Quito, Imp. Roberto Arias, agosto 26 de 1878, 16 pp. Colegio, cuartel y convento. La Nueva Granada a un colegio, Venezuela a un cuartel, el Ecuador a un convento.
- LAS CATILINARIAS: 1ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, 1880, 24 pp.
- LAS CATILINARIAS: 2ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, 1880, 24 pp.
- LAS CATILINARIAS: 3ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, abril 14 de 1880, 28 pp.
- LAS CATILINARIAS: 4ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, abril 23 de 1880, 28 pp.
- LAS CATILINARIAS: 5ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, mayo de 1880, 24 pp.
- LAS CATILINARIAS: 6ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, setiembre 10 de 1881, 34 pp.
- LAS CATILINARIAS: 7ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, setiembre de 1881, 24 pp.
- LAS CATILINARIAS: 8ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, octubre 3 de 1881, 26 pp.
- LAS CATILINARIAS: 9ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, noviembre 1 de 1881, 32 pp.
- LAS CATILINARIAS: 10ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, noviembre 11 de 1881, 33 pp.
- LAS CATILINARIAS: 11ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, diciembre 9 de 1881, 32 pp.
- LAS CATILINARIAS: 12ª Panamá, Imp. La Estrella de Panamá, enero 1 de 1882, 34 pp.

- SIETE TRATADOS. Bezançon, Imp. José Jacquin, 1882-3, dos vols. de 400 y 415 pp. I. De la nobleza. De la belleza en el género humano. Réplica a un sofista pseudocatólico. II. Del genio. Los héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana. Los banquetes de los filósofos. El Buscapié.
- MERCURIAL ECLESIASTICA. París, Biblioteca de Europa y América, Ed. J. Y. Ferrer, 1884, 232 pp.
- EL ESPECTADOR. París, Ed. J. Y. Ferrer, 1886-8. Tres vols. de 219, 280 y 218 pp. I. ¿Quién va? Pro-Patria. El polemista. La lluvia de estrellas. Flammarion. Otras cosas. II. Los matrimonios deslizados. La república en el Asia. De extremo a extremo. La república en América. Ir a la guerra y casar, nunca se ha de aconsejar. Correspondencia literarias y otras cosas. III. La república francesa. Urcu. Sacha. La caridad en París. Otras cosas.
- CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES. Ensayo de imitación de un libro inimitable. Bezançon, Imp. Pablo Jacquin, 1895, 435 pp.
- DE LA RISA. Ambato, Taller Instituto Luis Martínez, 1916, 25 pp. (Introd. de Juan B. Vela).
- LA LEPROSA, JARA, EL DESCOMULGADO, GRANJA, EL DICTADOR. Ambato, 1916. (Dramas póstumos).
- GEOMETRÍA MORAL. Madrid, Imp. de García y Galo Sáens, 1917, 173 pp. (Carta prólogo de Juan Valera).
- PÁGINAS DESCONOCIDAS. La Habana, Revista de la Universidad de La Habana, Imp. Cultural, 1936, 473 pp. (Edición e introducción de Roberto Agramonte).
- Edición dirigida por Gonzalo Zaldumbide, en la Biblioteca de Grandes Autores Americanos, de la editorial Garnier Hnos. de París:
- SIETE TRATADOS. París, 1912. Dos vols. de 383 y 400 pp. (Prólogo de Rufino Blanco Fombona).
- CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES. París, 1921, 393 pp. (Presentación de Gonzalo Zaldumbide).
- EL COSMOPOLITA. París, 1923-7. Dos vols. de 378 y 396 pp. (Prólogo de Gonzalo Zaldumbide).
- LAS CATILINARIAS. París, 1925. Dos vols.
- EL REGENERADOR. París, 1929. Dos vols. de 238, y 366 pp. (Prólogo de F. García Calderón).

ESTUDIOS

- AGRAMONTE Y PICHARDO, ROBERTO. *El panorama cultural de Montalvo*. Ambato: Casa de Montalvo, 1935.
- La ética de Montalvo*. La Habana: Rev. de la Universidad de La Habana, 1940.
- ÁLVAREZ, R., H. TORO B. *Biografía y crítica de Montalvo*. Ambato: Quito: Imprenta de la Escuela Central Técnica, 1939.
- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. *El arte de la prosa en Juan Montalvo*. México: El Colegio de México, 1948.

- ANDRADE, ROBERTO. *Montalvo y García Moreno*. Puebla: Cajica, 1970, 2 vols.
—*Juan Montalvo*. La Habana: Tip. Molina y Cía., 1933.
- ARCINIEGAS, GERMÁN. *América mágica*. Buenos Aires: Sudamericana, 1961.
- ARGÜELLO, S. *Letras apostólicas*. La Habana. Molina y Cía., 1929.
—*Juan Montalvo*. Quito: 1931.
- ARIAS, AUGUSTO. *Vida de don Juan Montalvo*. San José de Costa Rica: 1936.
—*Juan Montalvo*. Quito: Ed. La Salle, 1961.
- ARROYO, CÉSAR E. "Cervantistas Hispanoamericanos" en *Retablo*. Madrid: Ariel, 1921.
- BARRERA, ISAAC J. *Montalvo ensayista*. Quito: Imp. Universidad Central, 1932.
—*Juan Montalvo*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1954.
—*Montalvo y García Moreno, dos hombres notables de América*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1956.
- BLANCO FOMBONA, RUFINO. *Grandes escritores de América*. Madrid: Renacimiento, 1917.
—Prólogo a *Siete tratados*. París, Garnier Hnos., 1921.
- CALLE, MANUEL J. *Figuras y siluetas*. Quito: Tip. Escuela de Artes y Oficios, 1899.
- CARRIÓN, BENJAMÍN. *El pensamiento vivo de Montalvo*. Buenos Aires: Losada, 1961.
—*Unanimo y Montalvo*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1954.
—*García Moreno. El santo del patíbulo*. México: Fondo de Cultura, 1959.
- CÓRDOVA, FEDERICO. *Juan Montalvo*. La Habana: Imp. El Siglo, 1922.
- CHECA DROWET, B. *Vida de Juan Montalvo*. Lima: Excelsior, s. f.
- EGUEZ, S. "Montalvo y su centenario". *La Casa de Montalvo*, N° 6 y 7. Ambato, 1932.
- ENDARA, C. H. *Juan Montalvo*. Quito: Talleres El Día, 1928.
- ESPINOSA CORDERO, N. *Juan Montalvo*. Cuenca: Ed. del Colegio Benigno Malo, 1934.
- FIGUEROA, P. P. *Juan Montalvo*. Bogotá: Ed. de J. J. Pérez, 1891.
- GARCÉS, V. M. *Juan Montalvo, apóstol del laicismo*. Quito: Ed. Fray Jodoco Ricke, 1958.
- GARCÍA CALDERÓN, VENTURA. *Montalvo*. Madrid, 1920.
- GARCÍA ORTIZ, G. *Montalvo y su sentimiento religioso*. Ibarra: Ed. El Comercio, 1932.
- GÓMEZ, E. *Don Juan Montalvo*. Ambato: Talleres Gráficos, 1944.
- GONZÁLEZ, CLODOVEO. *San Juan Montalvo; soldado y campeón de la libertad, maestro de los maestros laicos*. Quito: Ed. Atahualpa, 1960.
- GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO. "Caducidad y vigencia de Juan Montalvo". *Cuadernos Americanos*, VIII, México, 1949.
- GUEVARA, DARÍO C. *Magisterio de dos colosos: Montalvo, Rodó*. Quito: Talleres Gráficos Minerva, 1963.
Quijote y maestro; biografía novelada de Juan Montalvo o el Cervantes de América. Quito: Ed. Ecuador, 1947.
- IDUARTE, ANDRÉS. "Un libro sobre Juan Montalvo". *Revista Hispánica Moderna*, Vol. XII, N° 3-4, Buenos Aires, julio-octubre, 1947, III, N° 31, "Los 'Capítulos' de Montalvo". 1952.
- JARRÍN, M. E. *La personalidad de Montalvo como educador*. Guaranda: Imp. Silema, 1926.
- JIMÉNEZ, N. *Juan Montalvo*. La Paz: Imp. Artística, 1933.
- LLORET BASTIDAS, ANTONIO. *Montalvo y una glosa a las Catilinarias*. Cuenca: Imp. de la Universidad, 1962.

- MARCHÁN, R. M. *Estudios críticos. "Los 7 tratados" de Montalvo*. Bogotá, 1886.
- MARTÍNEZ, J. L. *Juan Montalvo*. México, 1944.
- MARTÍNEZ DE TINAJERO. *Cervantes y Montalvo*. Ambato: Imp. Municipal, 1959.
- MATA, GONZALO HUMBERTO. *Zaldumbide y Montalvo*. Cuenca: Biblioteca Cenit, 1966.
- MEAD, ROBERT G. *Montalvo, Hostos y el ensayo hispanoamericano. Perspectivas inter-americanas: literatura y libertad*. Nueva York: Las Américas Publishing Co., 1967.
- MEJÍA SÁNCHEZ, E. "Darío y Montalvo". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, N° 4 El Colegio de México, 1948.
- MORENO, J. E. *Juan Montalvo*. Quito: Casa de la Cultura, 1948.
- PATEE, R. *Gabriel García Moreno y el Ecuador de su tiempo*. Quito, 1941.
- REYES, OSCAR EFRÉN. *Vida de Juan Montalvo*. 2ª ed. Quito: Talleres Gráficos de Educación, 1943.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE. "Montalvo" en *El mirador de Próspero*. Montevideo: Librería Cervantes, 1913.
- ROSENBLAT, ANGEL. Prólogo a *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Buenos Aires: Americalec, 1944.
- SACOTO, ANTONIO. "García Moreno y la política en la obra de Montalvo". *Cuadernos Americanos*, XXVIII, N° 3, México, 1969.
 "El pensamiento de Montalvo sobre el indio y el negro". *Cuadernos Americanos*, XLVIII, N° 3, 1968.
 "Ojeada de Juan Montalvo sobre América en la segunda mitad del siglo XIX". *Cuadernos Americanos*, CLXIX, N° 2, México, 1969.
Juan Montalvo: el escritor y el estilista. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1973.
- SÁENZ, VICENTE. *Actualidad y elogio de Don Juan Montalvo*. México, 1946.
- SEVILLA, C. B. *Montalvo y sus obras*. Ambato: Colegio Bolívar, 1937.
- VASCONEZ HURTADO, GUSTAVO. *Pluma de acero o la vida novelesca de Juan Montalvo*. México: Biblioteca Continental, 1944.
- VITIER, MEDARDO. "Los 7 tratados de Montalvo" en *Del ensayo americano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945.
- UNAMUNO, MIGUEL DE. Prólogo a *Las Catilinas*. París: Garnier, 1925.
- YEROVI, AGUSTÍN L. *Juan Montalvo; ensayo biográfico*. París, 1901.
- ZALDUMBIDE, GONZALO. *Cuatro clásicos americanos: Rodó-Montalvo-Fray Gaspar de Villarreal-P. J. B. Aguirre*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1951.
Montalvo. París: Garnier Hnos., 1937.
Montalvo y Rodó. Nueva York: Instituto de las Españas, 1938.

INDICE

PRÓLOGO, por Benjamín Carrión IX

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN XXXVIII

EL COSMOPOLITA (1866/1869) [Selección]

| | |
|---|----|
| Ojeada sobre América | 3 |
| La virtud antigua y la virtud moderna | 12 |
| Contestación a la "Carta de un sacerdote católico al redactor de «El Cosmopolita»" | 25 |
| Carta de un padre joven | 36 |
| El nuevo Junius. I | 53 |
| El nuevo Junius. II | 60 |
| De la ineficacia de la razón | 64 |
| El nuevo Junius. III | 73 |
| El nuevo Junius. IV | 83 |

LA DICTADURA PERPETUA 91

EL REGENERADOR (1876/1878) [Selección]

| | |
|------------------------|-----|
| 1. Lecciones al pueblo | 109 |
| 2. Lecciones al pueblo | 114 |

| | |
|---|-----|
| 3. Lecciones al pueblo | 118 |
| 4. | 128 |
| 7. La clase militar | 130 |
| 8. La intervención armada | 136 |
| 9. La guerra civil | 142 |
| 10. Sermón del Padre Juan, predicado en la Basílica de San Juan Mártir | 145 |
| 11. Sin partido no hay gobierno | 157 |
| 12. Colegio, cuartel y convento | 161 |

LAS CATILINARIAS (1880/1882)

| | |
|-----------|-----|
| Primera | 173 |
| Segunda | 189 |
| Tercera | 205 |
| Cuarta | 224 |
| Quinta | 246 |
| Sexta | 263 |
| Séptima | 286 |
| Octava | 311 |
| Novena | 334 |
| Décima | 355 |
| Undécima | 379 |
| Duodécima | 400 |

| | |
|--------------|-----|
| CRONOLOGÍA | 421 |
| BIBLIOGRAFÍA | 485 |